

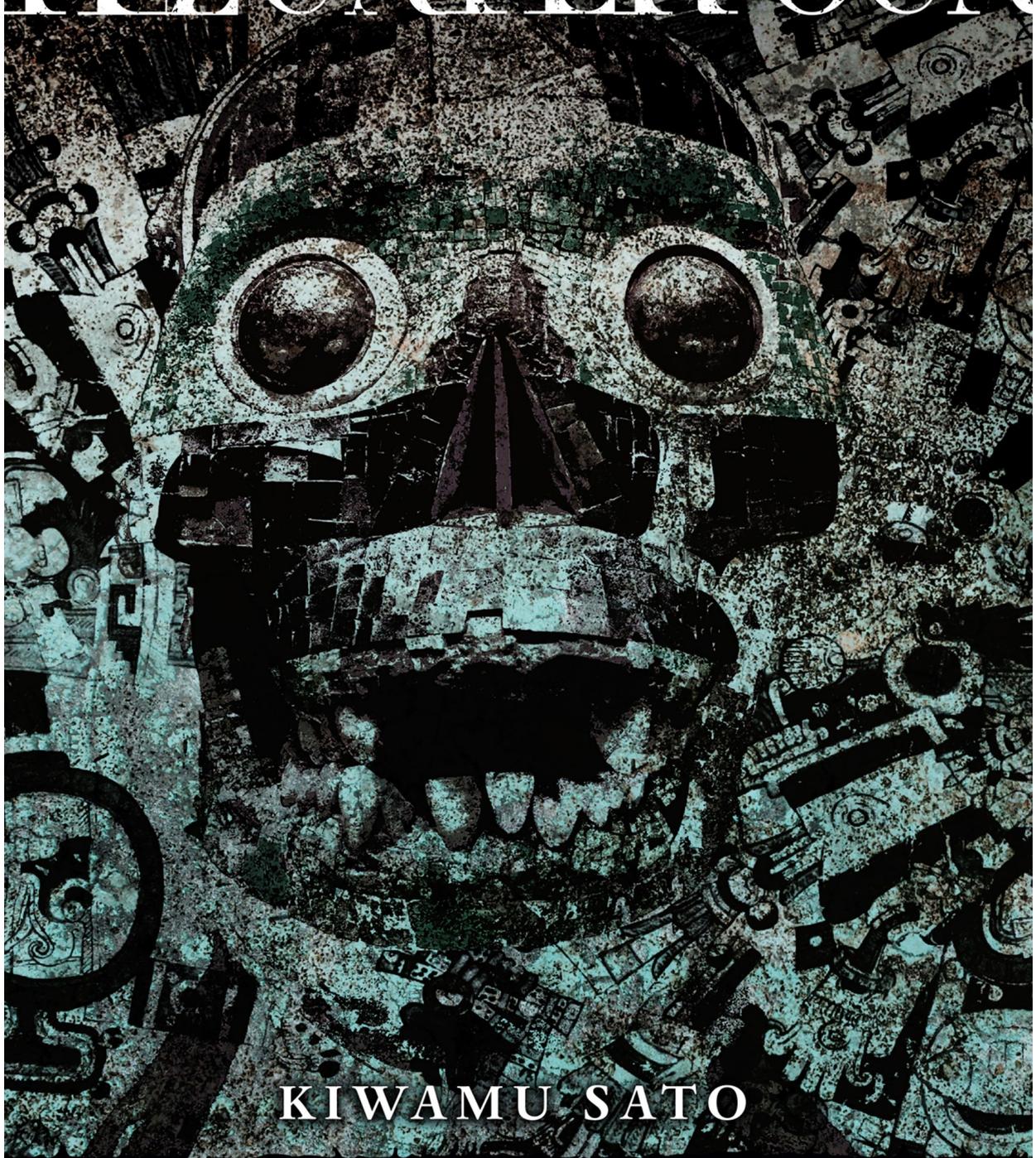
TEZCATLIPOCA



KIWAMU SATO

HECHO POR ANDY

TEZCATLIPOCA



KIWAMU SATO





HECHO POR ANDY

TEZCATLIPOCA



Kiwamu Sato

YEN
ON
NEW YORK

Tezcatlipoca

テスカトリポカ

Autor:

SATOU Kiwamu

Pais de Publicacion:

JP(JAPÓN)

Estado:

1 - finalizado

Traducción MTL & PDF

POR ANDY

Sinopsis:

Expulsado por un cartel rival, un brutal narcotraficante huye de México hacia el Lejano Oriente. Un niño no deseado comete un acto terrible y es encerrado durante años. Un cardiocirujano japonés es rechazado por la comunidad médica y empieza a trabajar como traficante ilegal de órganos. Tres vidas se enredan en hilos de carne y se sumergen profundamente en un mundo de sangre y huesos. Juntos forjan un nuevo imperio criminal, pero ¿cuánto puede durar una dinastía? El destino no lo deciden los mortales. Es lanzado por la Noche y el Viento. Es lanzado por Tezcatlipoca.

I

En Ixtli En Yollotl

(Cara y Corazón)

Sólo los dioses son reales.

—Neil Gaiman, *Dioses americanos*

01

cē

Al norte de los Estados Unidos Mexicanos, al otro lado de la frontera nacional, se encuentra El Dorado, la tierra del oro. Esta es una historia que algunos eligen creer, mientras que otros no tienen más remedio *que* creer.

Caminan a través de tormentas de polvo hacia el rojo amanecer, trazando una ruta sin camino. Atraviesan voluntariamente el peligroso desierto de rocas y cactus, haciendo la señal de la cruz y arrastrando sus pies exhaustos hacia adelante.

La Patrulla Fronteriza de los Estados Unidos de América los espera, pero no hay muchos ojos que puedan mirar. La frontera es simplemente demasiado grande. México y Estados Unidos comparten una frontera de casi dos mil millas de largo, la zona de contrabando más grande del mundo. Cientos de miles de personas cruzan la frontera ilegalmente cada año, utilizando todos los medios imaginables.

No todos sobreviven al viaje. Los helicópteros de la Patrulla Fronteriza conducen a los migrantes como rebaños de ovejas, una táctica llamada *desempolvar* que las organizaciones de derechos humanos denuncian como inhumana. Un helicóptero en vuelo bajo puede amenazar y dispersar a un grupo de viajeros a pie, empujándolos hacia México. Escapar del helicóptero a menudo significa separarse de sus compañeros, dejándolos atrás para enfrentarse solos a las fulminantes condiciones del desierto. El destino de cualquier perdido en los áridos páramos es indiscutible.

Aún así, la gente continúa intentando cruzar la frontera, desesperada por escapar de un ciclo de pobreza sin salida. No queda más remedio que hacer el viaje al imperio del capitalismo que brilla como el sol: América.

Lucía nació en una ciudad del noroeste de México cerca del Pacífico, y ella también lo habría hecho. Quería intentar cruzar a Estados Unidos. Era otra vida que podría haber llevado en algún mundo paralelo de fantasía. Pero no lo hizo. Dejó el país, pero no hacia el norte.

En 1996, Lucía Sepúlveda tenía diecisiete años, era *mestiza* —en *parte india*, en parte española—, de cabello negro brillante y ojos aún más oscuros, grandes y negros como la obsidiana.

Su ciudad natal de Culiacán, ciudad capital del estado de Sinaloa, probablemente parecía un lugar absolutamente común para los turistas que no sabían mejor que nunca habían venido a Culiacán. En verdad, sin embargo, la ciudad estaba gobernada por fuerzas fuera de la ley: violencia y miedo. Las calles no estaban llenas de cadáveres, pero la ciudad era una zona de guerra de todos modos. El conflicto era del tipo que ninguna fuerza de mantenimiento de la paz de la ONU resolvería: la guerra contra las drogas.

El cartel gobernaba la ciudad y sus miembros, los narcos, estaban por todas partes. Siempre observando. No eran traficantes callejeros que vendían drogas en callejones furtivos; conducían en Lamborghinis y Ferraris. Llevaban rifles de asalto y recurrían a actos terroristas si era necesario.

Los cárteles mexicanos tenían redes que se extendían más allá de las fronteras nacionales. Era un negocio internacional. Su principal exportación era **polvo de oro**, *golden dust*—cocaína. El mercado más grande estaba al otro lado de la frontera en Estados Unidos, con Canadá, la UE y Australia sirviendo para impulsar sus ganancias astronómicas. Nadie se preocupó nunca por pagar impuestos sobre este tipo de productos.

Asia (Japón, Filipinas y especialmente Indonesia) se consideraba un mercado en crecimiento. Allí, la cocaína pasó a un segundo plano frente a las ventas de metanfetamina. Los cárteles lo llamaron *hielo*, o hielo.

Los cárteles poseían granjas de coca en lugares como Colombia y Perú, donde supervisaban el cultivo, la producción, el transporte y la distribución de cocaína por sí mismos. Compraron a políticos, funcionarios, fiscales y policías, absorbiéndolos en el negocio de las drogas. Constantemente se producían nuevas formas de lavar dinero. El secuestro metódico, la tortura y el asesinato eran parte del negocio del cartel, y un ejército de narcos apoyaba la vasta empresa criminal. No había un edificio de oficinas centrales con ventanas de medio espejo que reflejaran el cielo, ni directores ejecutivos en las reuniones de la sala de juntas, pero los cárteles aún poseían suficiente capital para influir en las finanzas mundiales. Nadie los cruzó. La libertad de expresión no tenía sentido. Atacar abiertamente a los cárteles era invitar a la parca a tu casa, donde vivías tú y tu familia.

Cuando era una niña en Culiacán, Lucía soñaba con ir a una escuela privada en la Ciudad de México, pero sus padres, que regentaban un pequeño mercado, no podían pagar la matrícula mensual de dos mil pesos. Lucía sabía que probablemente ella tampoco iría a ninguna escuela local. Sus padres no tenían conexión con el negocio de las drogas. Eran pobres y tenían deudas. Lucía abandonó su sueño de la escuela secundaria sin decir una palabra al respecto, decidiendo ayudar en la tienda.

Una tarde de julio, durante la temporada de lluvias, dos hombres llegaron a la tienda mientras ella trabajaba en la caja registradora. Uno tenía una cámara de video funcionando. No eran locales. Quizás eran turistas de Texas, aunque Culiacán no era un destino turístico en ese momento.

No eran turistas, pero *eran* estadounidenses. El de la cámara le sonrió a Lucía y le dijo: "**Soy periodista**". El otro no dijo nada. Dejó una bolsa de almendras, un tubo de protector solar y dos Dos Equis Ambers en el mostrador y pagó en silencio.

Saber que eran periodistas preocupó a Lucía. Solo había un tema que la gente vendría a este lugar para cubrir.

Sus temores estaban bien fundados. Al día siguiente, los hombres regresaron a su tienda con tres narcos con los que se habían puesto en contacto de alguna manera. Compraron más Dos Equis Ambers y ofrecieron las cervezas frías a los narcos, quienes usaban gorras de béisbol y pañuelos para cubrirse la cara. Empezaron a beber, y luego comenzó la entrevista, justo en el medio de la tienda general.

Lucía maldijo la falta de sentido común de los americanos y rogó a Dios que esto no trajera ningún problema. No quería escuchar lo que decían, pero sus murmullos eran bastante audibles. No había nadie más en la tienda. Nadie se atrevería a entrar con ellos alrededor.

El trío de hombres con pistolas metidas en sus cinturones parecía disfrutar tener la cámara sobre ellos.

"¿Crees que eres el tipo más duro del mundo?" preguntó el americano.

"¿Creer, como, de una manera religiosa?" respondió uno de los narcos.

"No, en el sentido real".

"Apuesto a que el ejército *de los gringos* es más duro. Los marinos."

"¿Tú crees?"

"Hemos tenido tiroteos con la SEMAR. Esa es la Marina aquí. Fuerzas especiales", dijo otro narco. "Escuché que sus Marines son mejores que ellos. Así que probablemente nos ganaron".

El que aún no había hablado se rió entre dientes. "Pero si ellos son *los más fuertes*, entonces nosotros somos el ***silbato de la muerte***".

"¿Qué significa eso?" preguntó el americano.

"Significa que si hacemos sonar el silbato, la muerte viene por ti".

Dejaron sus botellas vacías en la caja registradora y el hombre de la cámara los siguió.

Silbato de la muerte. El silbido de la muerte. El sonido de las palabras perseguía a Lucía, negándose a salir de sus oídos.

Los dos estadounidenses continuaron su cobertura hasta el fin de semana. Lucía había empezado a creer que tenían buena suerte y la protección de Dios hasta el domingo por la mañana, cuando aparecieron muertos en un solar baldío en las afueras del barrio.

Era un misterio por qué los narcos les habían hecho sonar el silbato. Tal vez pensaron que los hombres no eran periodistas sino agentes encubiertos de la DEA. No importa cuán cuidadoso uno intente ser, la muerte llega rápidamente y por las razones más triviales. Ambos recibieron disparos en la frente, la materia cerebral de sus cráneos rotos cubrió el interior de sus gorras de béisbol como si fuera pasta. Su cámara de video y grabadora no estaban, al igual que sus billeteras e identificación. Lo único en el bolsillo del pantalón cargo del camarógrafo fue el tubo de bloqueador solar comprado en la tienda de Lucía.

Cuando vio el breve artículo periodístico sobre sus muertes, cerró los ojos y suspiró.

Este es el pueblo en el que vivo.

Lucía tenía un hermano llamado Julio. Él era dos años mayor que ella, alto, flaco y huesudo, con hombros muy anchos. Fueron tan notables que sus amigos lo apodaron El Hombre.

Como tantos otros, Julio quería ir a Estados Unidos y ganar algo de dinero para enviárselo a sus padres pobres.

Para trabajar el mayor tiempo posible y de la forma más lucrativa posible, necesitaba cruzar la frontera ilegalmente.

Las rutas secretas hacia Estados Unidos estaban controladas por los coyotes, traficantes de inmigrantes vinculados a los narcos. En otras palabras, eran esencialmente una parte de los cárteles.

Julio trató desesperadamente de encontrar un contrabandista que no fuera un coyote. Sus amigos se rieron de él y dijeron que sería más fácil hacerse rico cavando en busca de esmeraldas, pero Julio no se inmutó.

Pedir prestada la ayuda de un coyote creó una conexión con los narcos, una que duró de por vida. Te obligaban a contrabandear cocaína o venderla en la calle. Pasarías el resto de tus días con los nervios tensos como alambre.

Por fin, Julio encontró a un hombre que afirmó que no era un coyote. Afirmó ser un ex miembro del personal de la ONU, por lo que Julio puso su destino en las manos del hombre y le pagó veinte mil pesos que había tardado años en reunir. Fue una apuesta desesperada.

Dos días después, un extraño se acercó a Julio. “Si quieres cruzar la frontera, son otros veinte mil”, dijo. “Si no puedes pagar, tendrás que contrabandear cocaína”.

El hombre que Julio había encontrado estaba conectado con los narcos, como todos los demás. Era tan simple como eso.

Julio rechazó esas opciones. Si transportaba drogas, estaría atrapado por el resto de su vida. Quería que le devolvieran los veinte mil pesos, pero no podía hacer nada al respecto. Normalmente, ese hubiera sido el final: te engañaron y perdiste tu dinero por una mala apuesta. Pero no en Culiacán. Las cosas solo llegaron a una conclusión cuando los narcos dijeron que sí.

Los restos de Julio aparecieron al día siguiente. Le habían arrancado los ojos y le habían quitado la lengua. Lo dejaron desnudo en la calle con cada una de sus largas y desgarbadas extremidades cortadas en la articulación y colocadas cerca. Castigaron a Julio por buscar a un contrabandista que no era un coyote, y lo convirtieron en un ejemplo.

Ese fue el final del hermano de Lucía y sus diecinueve años de vida.

La policía llegó a deshacerse del cuerpo, usando pasamontañas negros para ocultar sus rostros. Pusieron una cinta de advertencia amarilla, tomaron fotografías y terminaron rápidamente su examen. Pasaron menos de veinte minutos antes de que cayera la cinta y la camioneta se marchara, llevando el cuerpo de Julio a Identificación.

La sangre manchó el asfalto. El viento levantó un diablo de arena. Un perro flacucho se acercó, con la cabeza caída y las costillas visibles, atraído por el olor de la sangre.

Las escenas de matanza de los narcos eran normales, como fenómenos naturales, casi imposibles de evitar. Como todos los demás, Lucía entendió una verdad básica: nadie te iba a salvar.

Mientras sus padres lloraban, Lucía organizó un funeral. Vendió todas las posesiones de Julio que valían cualquier dinero e hizo todo lo posible para eliminar hasta el último recuerdo físico de su hermano.

Lucía se dio cuenta de que era la última oportunidad para decidirse. El miedo la mantendría atrapada para siempre en este lugar si no actuaba ahora.

Ni siquiera dejó una carta para sus padres. La evidencia solo conduciría a la confusión y posiblemente a la atención de los narcos. Tenía que desaparecer, sin dejar rastro. Sin decir una palabra a nadie, besó el crucifijo en la pared del dormitorio y luego se despidió de Culiacán, Sinaloa.

A diferencia de su hermano, ella no buscó ayuda de contrabandistas que no fueran coyotes. Ella no buscó la ayuda de nadie.

Si cruzar la frontera norte hacia Estados Unidos significara pagar dinero a los narcos, entonces ella no iría a Estados Unidos en absoluto.

Lucía se dirigió al sur.

Era el viaje solitario de una chica mexicana de diecisiete años.

Hizo todo lo que pudo para seguir viajando hacia el sur, colándose en el remolque de un camión que transportaba un cargamento de carne de res, envolviéndose en una manta y durmiendo debajo de un árbol, y viajando en autobuses desconocidos en estados desconocidos. Incluso llamó a un tractor agrícola conducido por un anciano arrugado y exigió que la llevara, a pesar de que se movía más lento que una carreta de bueyes.

Y no importa cuán amistosas fueran las sonrisas, ella nunca confió en nadie.

El hogar le había enseñado esa lección. Si percibía el peligro de otro en alguna medida, estaba lista para sacar el machete en miniatura escondido debajo de su vestido y matar. Aunque fuera una abuela mayor.

Nayarit, Jalisco, Michoacán—después de varios días y noches, la joven de diecisiete años llegó a Acapulco, la capital del estado de Guerrero, a orillas del Océano Pacífico.

Que todavía estoy vivo.

Lucía miraba al cielo aturdida mientras la brisa del mar soplaba contra su rostro. No la habían violado y dejado atrás con la garganta cortada, y no estaba flotando boca abajo en un río de color fangoso. Por difícil que fuera de creer, había recorrido todo este camino sola.

Hizo la señal de la cruz y ofreció una oración a Nuestra Señora de Guadalupe. A pesar de su logro, no se alegró mucho del momento. Lucía se sentía como si hubiera envejecido décadas y su único sentimiento era un alivio que se acercaba a la resignación.

Acapulco en los años 90 era un lugar deslumbrante lleno de turistas. Se sentía como el cielo comparado con Culiacán.

Con el tiempo, Acapulco también se convertiría en un campo de batalla de la guerra contra las drogas. Los turistas desaparecerían de los centros turísticos y los asesinatos ocurrirían todas las noches, pero eso fue en los años venideros.

Lucía encontró trabajo en un restaurante, donde vestía el uniforme y el delantal que le proporcionaban, y sacaba bebidas y comida a las mesas. Con su rico cabello negro, piel morena y grandes ojos de obsidiana, era muy popular entre los invitados internacionales, aunque solo hablaba español. Algunas personas visitaron el restaurante varias veces durante su estadía. Los hombres la invitaron a salir y ella recibió más propinas que los otros servidores.

Siempre ponía una cara alegre en el restaurante, pero era solo una fachada. Los horrores que había experimentado habían perforado un agujero en su corazón a través del cual todo pasaba. En su turno, sofocó su cautela natural y enmascaró su mirada fría; todo sonrisas para los invitados.

“Buenas noches”, decía ella.

Una calurosa tarde de mayo, un joven blanco vestido con ropa elegante llegó solo al restaurante. El hombre bebió una michelada y cortó su *carne a la tampiqueña* en silencio. Eventualmente, dejó el cuchillo y el tenedor y comenzó a colocar fósforos en la esquina de la mesa. Colocó tres verticalmente; sus cabezas estaban blancas, y la cerilla del centro estaba rota por la mitad.

El rostro de Lucía se contrajo cuando vio los fósforos. Fingiendo no haber notado nada, llenó el vaso de agua del joven y se retiró a la cocina. Apartó a Alejandra, la compañera de trabajo con la que se sentía más cercana, y susurró: "Cuidado con el tipo de esa mesa".

"¿Por qué?"

"No dejes que te hable o aprenda tu nombre".

"¿Te dijo algo?" preguntó Alejandra, que era peruana.

Lucía frunció los labios y no dijo nada.

Un rato después, el hombre blanco terminó su comida, se secó los labios en silencio con la servilleta, dejó dinero para la cuenta y la propina y salió del restaurante. Lucía, que aún no estaba lista para relajarse, observó cómo Alejandra se acercaba a la mesa, la miraba y recogía el dinero.

Ella regresó con una sonrisa. "¿Estabas preocupado por los partidos?"

Ahora fue el turno de Lucía de mirar perpleja. ¿Alejandra sabía lo que significaban esos partidos?

"¿Estás tratando de engañarme para que me asuste?" preguntó Alejandra riendo. "Ese letrero significa que hay un narco aquí, ¿verdad? A la gente le gusta hacer eso por diversión en estos días".

Antes de que Lucía pudiera recobrar la voz, Alejandra agarró el delantal de la otra chica y metió un billete en el bolsillo. "Aquí está tu consejo".

Después de su turno, Alejandra y Lucía salieron a cenar, donde la primera le contó a la segunda sobre un drama televisivo llamado *Mandamiento*(Commandment).

Fue un programa popular que contó con un famoso actor de Hollywood en el elenco. La historia estaba ambientada en Acapulco, y el personaje principal era un joven narco que intentaba avanzar en las filas del cartel. Según Alejandra, la práctica de colocar fósforos sobre la mesa apareció en varias escenas memorables. Entonces, ya sea como una broma o porque pensó que era genial, el joven blanco simplemente había estado copiando lo que había visto.

Mientras comía, Lucía se avergonzó de su terror. Sin embargo, ella tampoco podía reírse de eso. Lucía había visto una señal de partido real en casa, así como el tiroteo que estalló después, que se cobró la vida de su amiga. Sin embargo, no le mencionó nada de eso a Alejandra.

Lucía pensó en su hermano y luego en sus padres. Había abandonado a su anciano padre ya su madre, quebrantando el mandamiento de Dios, y se fue de casa. *Pero, ¿quién fue el primero en desobedecer a Dios?* pensó. ¿Quién mutiló y asesinó a su hermano y vivió para contarlo? ¿Quién les compraba cocaína? ¿El programa de televisión? ¿Turistas haciéndose pasar por narcos? El mundo era una gran broma enferma.

Lucía estuvo un año trabajando en Acapulco. En el vestuario después de un turno, Alejandra le dijo a Lucía que renunciaba. La única amiga de Lucía deshizo su larga cabellera, que ella tenía atada para el trabajo, y la sacudió. “Regresaré a Perú por un tiempo y luego estaré trabajando en Japón”.

Eso fue una sorpresa. **Japón.** Lucía sabía el nombre, por supuesto, pero le costaría encontrarlo en un mapa. Los turistas japoneses venían al restaurante, pero no podía distinguirlos de los chinos.

“Conseguiré una visa de corto plazo y haré todo lo que pueda para ganar yenes”, explicó Alejandra. “El dinero japonés es fuerte. Ustedes tienen a América justo al lado, pero los peruanos tienen que viajar a Japón para conseguir un buen trabajo. Tokio, Kawasaki, Nagoya, Osaka...”

La idea fue una revelación para Lucía. Y Alejandra tenía razón. Cuando los mexicanos pensaron en un lugar de mejores oportunidades, Estados Unidos fue lo único que les vino a la mente. Por eso arriesgaron sus vidas para cruzar la frontera.

“Si puedo casarme con un hombre japonés mientras estoy allí, estaré lista para toda la vida”, dijo Alejandra. Se había quitado el uniforme y metió la mano en un casillero para sacar la camiseta naranja en la percha adentro. “Podré trabajar todo lo que quiera”.

"¿Dónde está Japón?" Lucía aún vestía su uniforme de camarera. Ni siquiera se había desabrochado los botones de la manga.

Alejandra se retorció dentro de la camiseta hasta que su cabeza salió del cuello.

"Al borde del Pacífico." —The edge of the Pacific.

02

ome

Lucía siguió trabajando en el restaurante después de que Alejandra se fuera. Llevó bebidas y comida, sonrió a los turistas y accedió a aparecer en sus fotografías. En los descansos, fumaba cigarrillos en la parte de atrás. Mientras exhalaba, la voz de Alejandra resonó en su mente.

Al borde del Pacífico. La frase sonaba hermosa, poética e inolvidable. Guatemala, Costa Rica, Panamá, Colombia, Perú, Brasil, ningún otro país dejó una huella más grande en su corazón.

Quiero ir allí.

Lucía se abstuvo de pensar más en ello. Nunca sucedería. Ella no conocía a nadie allí y no hablaba el idioma. Rastrear a Alejandra sería imposible. La amistad entre los trabajadores extranjeros era como la de los turistas: comenzaba y terminaba en el mismo lugar. Aunque Lucía encontrara alguna comunidad peruana en Japón, no habría lugar para un mexicano entre ellos.

A pesar de tantos factores, la añoranza de Lucía por el otro lado del mar seguía creciendo.

¿Por qué? se preguntó a sí misma. *¿Qué me imagino que voy a hacer allí?*

Si hubiera una respuesta, probablemente no tuviera nada que ver con la esperanza de una vida mejor o la búsqueda de la felicidad. Fue por un corazón casi vacío.

Crecer en su ciudad natal había dejado el pecho de Lucía vacío, como si le hubieran arrancado el centro. Llenarlo era imposible, y Lucía no aspiraba a intentarlo. *En cambio, quiero estar aún más vacío.*

Su deseo era vivir tan insustancialmente como el viento. Quizás eso significaba existir como un vagabundo perpetuo. Su viaje fuera de Culiacán aún estaba en curso. Viajaría a una tierra desconocida y no se convertiría en nadie. Tal vez finalmente podría olvidar todo sobre sí misma si dejara México, Perú, Argentina y las Américas por completo. Si viviera en una isla del Lejano Oriente. A través de un mar más vasto que cualquier desierto.

Lucía consideró unirse a uno de esos grupos que viajaban a Japón a trabajar, de esos de los que hablaba Alejandra, pero no había tales oportunidades en un destino turístico como Acapulco.

Había traído sus documentos de identificación cuando salió de Culiacán, por lo que hizo que le hicieran un pasaporte en la oficina de Acapulco y buscó visas a corto plazo para Japón. Sin embargo, supo que, a diferencia de los peruanos o los colombianos, los mexicanos no necesitaban visa para viajar a Japón. Sin visa, la duración máxima de la estadía era de seis meses. Pero si fueron más de noventa días, tendrías que visitar el Ministerio de Justicia de Japón antes del final de la estadía para actualizar tus documentos.

Lucía no quería involucrarse con funcionarios de *ningún* país. Podrían deportarla. Pero mientras jugara bien sus cartas, podría permanecer en Japón durante medio año.

En el Aeropuerto Internacional de Acapulco, Lucía abordó un avión por primera vez en su vida, maravillándose de que cruzaría la frontera sin encontrar fin como su hermano. Sin embargo, a pesar de todo lo surrealista de ese momento, el azul del mar visto desde arriba era aún más increíble. Lucía tembló al ver el Pacífico, que parecía un abismo absoluto. Lo siguiente que supo fue que solo había blanco más allá de la ventana, y le tomó un tiempo a la niña comprender que el avión volaba a través de las nubes. Arriba, mucho más allá del cielo distante, había una oscuridad eterna, como Lucía nunca había visto.

Lucía llegó *a la frontera del Pacífico* el viernes 3 de julio de 1998. Tomó un autobús desde el aeropuerto de Narita hasta Tokio y buscó trabajo en restaurantes, pero no podía hablar ni una palabra de japonés, por lo que todos la rechazaron. Además de eso, ningún gerente adecuado iba a contratar a alguien que había entrado al país por motivos de turismo.

Se alojó en un hotel de negocios. Cada respiro que tomaste en esta ciudad costó dinero. El precio de los bienes era impactante, pero afortunadamente, Lucía finalmente logró conseguir un trabajo. Un hombre del área de Kansai, en el oeste de Japón, que administraba un hotel en Roppongi, accedió a contratarla para ordenar las habitaciones sin pedir una identificación. Después de un rápido tutorial de los limpiadores vietnamitas que ya trabajaban allí, Lucía fregó las bañeras, quitó las sábanas de los colchones y reemplazó los botes de basura llenos de condones usados. Los japoneses llamaban a este lugar un “hotel del amor”, y era un lugar expresamente para tener sexo. Prostitutos masculinos y femeninos, estudiantes, adultos normales: Todos venían aquí.

En el decimoséptimo día de trabajo de Lucía, el dueño la llamó a su oficina. *Me va a despedir*, pensó. Quizá ya había llamado a la policía.

Temiendo lo peor, abrió la puerta y vio al dueño del hotel sentado en el escritorio con un mapa abierto. Como lo había hecho durante su entrevista de contratación, el gerente habló simple y lentamente en japonés, mezclando algunas palabras en inglés. Lucía solo podía entender el inglés. Ella escuchó e hizo algunas preguntas cuando fue apropiado hasta que entendió lo que el hombre le estaba diciendo. Fue una suerte que hubiera aprendido un poco de inglés en Acapulco.

“Lado sur, Kansai, Osaka. Mega ciudad. ¿Usted lo consigue?” dijo, señalando el mapa. “En la ciudad de Nanba, el negocio de mi amigo. Mahjong, juego chino. Quieren mujer trabajadora. Bonito vestido chino, ¿lo entiendes? *Gaijin* está bien, sin identificación está bien. Sirves bebidas, cenicero limpio, linda sonrisa...”

El jefe terminó con una frase en inglés, la parte más importante de todas.

Tres veces el salario.

Con la oportunidad de un nuevo trabajo en su bolsillo, Lucía compró un mapa en español en Roppongi y tomó el tren bala a Osaka, una experiencia completamente nueva para ella.

Era más de la una de la madrugada cuando encontró el edificio de uso mixto en un pequeño callejón trasero de Nanba. Mencionó el nombre del dueño del love hotel en la entrada y le dijeron que esperara afuera. Finalmente, un hombre bajó las escaleras y la acompañó a subir con él.

Como había explicado el dueño del hotel, había una habitación llena de gente jugando al mahjong de las fichas chinas en el segundo piso. A continuación, el hombre la condujo al cuarto piso, donde nadie jugaba al mahjong. En cambio, había hombres y mujeres de pie alrededor de mesas forradas con fieltro verde y llenas de fichas. Los juegos aquí eran la ruleta, el póquer y el blackjack. No todos los jugadores eran japoneses.

El hombre tocó el hombro de Lucía y dijo en inglés: “Esto es tuyo”. Él le entregó una gran bolsa de compras. Ella lo tomó y miró dentro. No contenía un vestido chino como el anunciado, sino un disfraz de conejita.

Lucía no requirió explicación para entender que este lugar era claramente un casino. Sin embargo, hasta ahora no sabía que las apuestas eran ilegales en Japón. Era legal en México.

Lucía miró dentro de la bolsa y consideró sus opciones. No tenía ningún otro lugar a donde ir, podía trabajar aquí sin una identificación y la paga era tres veces mayor que la que recibía por limpiar las habitaciones del hotel.

Su nuevo trabajo comenzó la noche siguiente. Lucía se recogió el cabello y usó la diadema larga con orejas de conejo, medias de red y zapatos de tacón alto. Sirvió bebidas y comida ligera a los jugadores en el casino ilegal y aprendió algo de japonés al mismo tiempo. El salario cotizado resultó ser exacto, por lo que comenzó a acumular algunos ahorros reales en yenes.

Cuando su período inicial de noventa días llegó a su fin, habló con el gerente del casino al respecto y él le dio un certificado de inscripción en una escuela de idioma japonés, falso, por supuesto. Fue a una oficina de inmigración local, contó una triste historia inventada sobre su lucha por continuar con sus estudios de idiomas y recibió con éxito una extensión de su estadía.

Lucía no hizo amigos como Alejandra allá en Acapulco, así que siempre estaba sola. Sin embargo, el buen dinero que ganaba le permitía aprender sobre ropa y cosméticos. Fue de compras para desahogarse, luego visitó el bar para beber. Ignorar a los hombres que acudían a ella era molesto, y deseaba haber algún lugar donde pudiera beber en paz. Un día, le preguntó al gerente del casino al respecto.

“¿Quieres beber solo? Entonces bebe en casa. Y si no quieres hacer eso, fuma puros. Quieres un salón de puros.

Le habló de un lugar en Shinsaibashi-suji. Todos los clientes en el salón de cigarros eran hombres, y parecía haber una regla tácita de que no se permitían mujeres. El cantinero trató de quitarle la importancia, pero ella le dio una buena propina, y luego él sonrió como si no pasara nada y le dio un bourbon de cuenta de la casa.

Lucía tomó un sorbo de su bebida y saboreó el aroma de un cigarro cubano.

Una vez que era una habitual, comenzó a pedir mezcal que había sido importado de Jalisco, México. Lucía siempre había sentido curiosidad por él desde que lo vio por primera vez en el estante. El mezcal era un destilado de *maguey* y agave, y le metían un gusano dentro de la botella. Cuando bebía mezcal, Lucía tenía una mirada en sus ojos que asustó a los demás clientes habituales y al cantinero. Había algo frío y vacío al respecto. Eventualmente, comenzaron a asumir que Lucía era una especie de prostituta latinoamericana de alto precio, propiedad exclusiva de uno de los yakuza locales. Después de eso, nadie intentó coquetear con ella nunca más, y nunca le preguntaron cuánto por una noche.

Ese invierno, Lucía se resfrió de uno de los clientes habituales del casino y pidió tomarse la noche libre. Sin embargo, el gerente se negó y le dijo que se presentara, incluso si llegaba tarde. Entonces Lucía tomó un medicamento, se maquilló y se puso un abrigo largo y una bufanda. La fiebre hizo que su reflejo en el espejo fuera borroso. Agarró una bolsa de Hermès que le había dado un cliente, se puso las botas y salió de su apartamento con piernas inseguras.

Lucía llegó con una hora completa de retraso al casino, que abrió a la una de la mañana, y cuando llegó allí, se detuvo en seco al ver el edificio de usos mixtos bañado en luz roja. Parecía que se estaba quemando, pero el rojo no era del fuego. Era **la policía**.

Había allí once coches de la policía de la prefectura de Osaka, con las luces encendidas, y también varias furgonetas. A Lucía le extrañó que hubiera tantos espectadores cerca. Los japoneses en Nanba caminaron hasta la cinta policial amarilla para mirar. En Culiacán nunca nadie hizo eso; observabas desde la vuelta de la esquina o a través de la ventana como una persona sensata. Te mantuvo fuera de la línea de fuego si estallaba un tiroteo.

La multitud vio cómo los trabajadores del casino y los invitados subían a las camionetas y se los llevaban a la estación. Lucía regresó a su departamento de inmediato. Aunque trabajaba con un nombre falso, era peligroso permanecer en Nanba ahora. Ansiosa y temblando de escalofríos, recogió sus pertenencias y consideró su siguiente paso. Ella no tenía adónde ir. Cualquier persona a la que pudiera pedir ayuda estaba conectada con el casino de alguna manera.

¿Debería probar el salón de cigarros en Shinsaibashi? De ninguna manera. Los hombres que visitan allí son de los que le dirán a la policía todo lo que quieran saber.

A Lucía le subía la fiebre, los escalofríos empeoraban y se sentía mal del estómago. Su período de residencia de seis meses también terminaba pronto. Tenía que pensar en una solución a ese problema. Lucía estaba exhausta, pero reunió la fuerza suficiente para sacar su pesada maleta y llamar a un taxi en medio de la noche, vigilando atentamente a los oficiales que patrullaban.

“A la estación Shin-Osaka”, le dijo al conductor. Dijo que el último tren de la noche se había ido hacía mucho tiempo, pero ella le aseguró que todo estaba bien. Iba a buscar un restaurante abierto las veinticuatro horas cerca de la estación y esperar a que salieran los trenes.

Cuando la puerta se cerró y el taxi se alejó, Lucía de repente recordó la cara de un hombre, alguien que había conocido en el salón de puros. Era uno de los pocos que le había hablado allí, pero sólo una vez.

"¿A qué te dedicas?" preguntó.

Se te permitía charlar con amigos en el salón de puros, pero la mayor parte del tiempo no molestabas a nadie más.

Lucía estaba allí en su día libre porque no quería que los hombres la coquetearan. Este hombre estaba rompiendo la regla de la casa. Ella exhaló humo e ignoró al hombre, mirando en su lugar al cantinero. Él le devolvió la mirada con una amplia sonrisa.

Esto era algo que Lucía no había entendido en absoluto cuando llegó por primera vez a Japón, pero ahora lo reconoció. La sonrisa del cantinero era del tipo que ocasionalmente veía en el gerente del casino clandestino. Señaló una excepción, una señal de que el hombre aquí tenía una relación especial con el negocio.

“Trabajo en un salón de mahjong”, dijo en un japonés entrecortado al hombre sentado dos asientos más abajo. Esa fue la respuesta que el gerente le había indicado que diera.

"¿Dominó chino? ¿Dijiste un salón de mahjong? preguntó el hombre, mirando intensamente el lado de la cara de Lucía. "¿Dónde está este salón?"

"Nanba".

“¿Apila baldosas, señorita?”

“¿Quieres decir si juego al mahjong?”

"Sí."

“No”, respondió Lucía. El español *no*.

"No lo creo". El hombre se rió entre dientes, los hombros rebotando ligeramente. Todavía la estaba mirando.

Pidió a Lucía el bourbon más caro de la barra y luego se fumó el cigarro en silencio. Abrió la boca lo suficiente para permitir que una bocanada como hielo seco vaporizado escapara, flotando, girando en espiral, hacia las luces apagadas del techo. A diferencia de los hombres en el casino que intentaron agarrar su trasero, él no contó chistes verdes ni hizo movimientos agresivos. Llevaba el pelo peinado hacia atrás y llevaba gafas sin montura. Su traje le quedaba perfecto y sin duda fue hecho a la medida. Su corbata estaba sujeta con un alfiler de oro, y cada uno de sus gemelos contenía una piedra negra brillante.

“Da la casualidad de que tengo mi propio lugar”, comentó. "Un club. Si quieres trabajar para mí, me encantaría hablar. Contratamos extranjeros y estaríamos encantados de tener a alguien como tú. Sin embargo, no está en Osaka. ¿Qué opinas? ¿Te importa hablar de negocios?”

Lucía negó con la cabeza. Le había preguntado su nombre y ella le había dado el alias de Alejandra, por si acaso.

El hombre se levantó de su asiento y el cantinero reconoció esto como la señal para recuperar su abrigo. Luego de deslizar los brazos por las mangas, el hombre se acercó a Lucía, apoyó un codo en el mostrador y la miró a los ojos. “Es difícil sobrevivir, ¿no? La vida te arroja tanto. Es suficiente para dejar vacía incluso a una chica bonita. Como tus ojos.

Mientras el taxi rodaba por su ruta, Lucía hurgaba en su bolso en busca de tarjetas de presentación. No tenía ni uno solo de los clientes del casino, pero guardó algunos que había recibido en otros lugares.

La encontró metida en su cartera: la tarjeta del hombre que dirigía un club que contrataba a extranjeros.

Club Sardis

Saiwai, Kawasaki, Kanagawa

kozo hijikata

Lucía dio la vuelta a la tarjeta. Había un número de teléfono escrito a mano y la misma información que en el frente, solo que escrita en japonés.

No había ningún número de casa o calle en ninguna parte, ni en inglés ni en japonés. ¿Había realmente un club? ¿Era esto solo otro casino? Lucía no lo sabía, pero tampoco tenía mucha elección.

Después de una larga y oscura noche esperando el primer tren, Lucía finalmente cerró los ojos en un asiento de un tren bala a la región de Kanto. Pensó en Kozo Hijikata. Su conversación había durado solo diez minutos como máximo, pero se dio cuenta de que él tenía el mismo aire que los hombres que dirigían el casino. No era un hombre de negocios tradicional.

Lucía cambió de tren en la estación Shinagawa y se detuvo nuevamente en Kawasaki, donde usó un teléfono público para llamar al número de la tarjeta. Asumió que no saldría nada de eso y mantuvo bajas sus expectativas, pero el mismo Kozo Hijikata contestó el teléfono.

Vino a buscarla y la llevó directamente al club. No estaba abierto a la mitad del día, pero sí era real, al igual que la oferta de trabajo. El establecimiento tampoco era un casino clandestino. Parecía como si todas las preocupaciones de Lucía fueran infundadas. Sin embargo, su intuición era correcta sobre Kozo Hijikata. El hombre era un mafioso. Dirigía un club de lujo en Saiwai y un almacén en la zona del puerto.

Lucía no se alarmó al enterarse de los antecedentes del hombre. Ella sabía que esto iba a suceder. Todo lo que importaba era escapar de la policía de Osaka y lidiar con la fecha límite de su período de residencia. Comenzó a trabajar como anfitriona en el club de Kawasaki, y pronto estuvo viviendo con Kozo Hijikata.

La joven se dijo a sí misma:

Por muy malo que sea, no puede ser tan malo como los narcos de México.

03

ëyi

Koshimo Hijikata nació en un hospital de Kawasaki el miércoles 20 de marzo de 2002. Su hora de nacimiento registrada fue a las 4:08 a. m. y pesó 4,3 kilogramos.

Su padre, Kozo Hijikata, era un yakuza japonés, y su madre, Lucía, era una mexicana que trabajaba en el club de su padre. Debido a que estaban legalmente casados, Lucía recibió el estatus de residente y su hijo entró al mundo con ciudadanía japonesa.

El padre no podía soportar el llanto del bebé y en gran medida se mantuvo alejado de la casa, dejando a Lucía, de veintitrés años, sola para criar a su hijo. No tenía parientes ni amigos.

Kawasaki tenía muchos trabajadores extranjeros, pero muy pocos eran mexicanos. No había comunidad para Lucía, y el matrimonio la dejó aún más sola, materialmente satisfecha pero emocionalmente despojada.

Ese vacío era algo que ella deseaba.

Sin embargo, incluso las cosas que deseas pueden hacerte daño.

Después del nacimiento de su hijo, comenzó a reflexionar sobre el hogar que había abandonado. Ahora tenía otra personita con ella que estaba igual de sola en el mundo.

¿Qué se supone que debo decirle? ¿Dónde están sus raíces? Todo lo que veo es el cadáver de mi hermano y mis padres gritando. Todo lo que tengo es vacío y odio. No tengo nada más que recuerdos culpables.

Cautiva por su pasado, Lucía no se molestó en enseñarle a su hijo nacido en Japón el idioma local, sino que optó por leer una Biblia en español que logró encontrar en una librería de libros usados en la ciudad. También se sintió obligada a obsequiarlo con la leyenda de Nuestra Señora de Guadalupe, que no era una parte oficial de la Biblia, pero igual de importante para los mexicanos. Ella repetía la historia una y otra vez.

Lucía también le contó sobre sus recuerdos de la única vez que visitó la Ciudad de México para vivir la gloria de la víspera del Día de la Independencia. A las once de la noche del 15 de septiembre, ante una multitud abarrotada en El Zócalo, el mandatario se paró en el balcón de Palacio Nacional y tocó la Campana de Dolores, gritando: “¡Viva México!”. La multitud se lo repitió.

"¡Viva Mexico! ¡Viva Mexico!"

Los fuegos artificiales tiñeron el cielo nocturno con destellos de verde, blanco y rojo, los colores de la bandera. Los paracaidistas realizaron una demostración. Lucía caminó con su hermano por el Paseo de la Reforma, que fue construido para parecerse a los Campos Elíseos en París, sus sentidos abrumados por el aluvión de fuegos artificiales y el atronador rugido de la multitud...

Mientras Lucía le contaba a su hijo los detalles de la historia, sus ojos perdieron gradualmente el foco y su comprensión de la diferencia entre la memoria y la realidad se volvió borrosa. El joven Koshimo no podía entender qué significaba nada de eso. Todo lo que podía hacer era mirar fijamente el rostro en trance de su madre.

Koshimo no fue al preescolar ni al jardín de infantes. Se quedó con su madre, y solo se reunía con su padre ocasionalmente. Aprendió japonés viendo la televisión. Cuando fue un poco mayor, escuchaba la radio a bajo volumen. Podía entender las palabras pero era totalmente incapaz de leer o escribir. Ingresó a una escuela primaria ordinaria para niños japoneses en el barrio, pero no pudo seguir el ritmo de las clases. Los otros niños se rieron de él.

En 2011, se promulgó una medida anti-yakuza, oficialmente, una “ordenanza de exclusión del crimen organizado”, en la prefectura de Kanagawa, y Kozo Hijikata de repente encontró que su vida era mucho más difícil. Las condiciones ya eran difíciles debido a la recesión mundial que comenzó tres años antes, y ahora las cuentas bancarias del sindicato estaban siendo congeladas a diestra y siniestra. Según la ordenanza, tuvo que renunciar al club de alto nivel. En cambio, se concentró en el almacén del puerto que todavía tenía, buscando oportunidades para detener las pérdidas. Desafortunadamente, la nueva ley creó un vacío de poder que un grupo chino rival de Yokohama aprovechó para aprovechar.

Kozo Hijikata tuvo que vender sus autos y se dedicó a la bebida. Volvió a pelear en la calle para quitarse el estrés, una actividad que no había hecho desde que se convirtió en teniente de la yakuza. Se metía en peleas con aspirantes a tipos duros y jóvenes motociclistas, los golpeaba y los obligaba a desnudarse y disculparse.

Después de pasar la noche en el tanque de borrachos, llegaba a casa de mal humor y golpeaba a Lucía sin provocación alguna. Koshimo vio a su aterrador padre abusar de su madre. A medida que avanzaba este patrón, Lucía hablaba cada vez menos, mostrando menos emociones. Con el tiempo, dejó de cocinar.

Koshimo, que ahora tiene nueve años, cocinaba solo. Probó las espinacas hervidas. Usó la sartén para cocinar los huevos con la parte soleada hacia arriba, pero la yema se reventó porque no pudo romper bien los huevos. Encontró un poco de pollo en el congelador, lo hirvió en una olla y le agregó un poco de sal. Eso, decidió, sabía mejor que todo. Desde entonces, cada vez que encontraba pollo en el congelador, siempre lo comía.

La madre de Koshimo, que ahora era una madre negligente, salía de compras de vez en cuando. Llegó a casa con una pequeña cantidad de alimentos y artículos para el hogar y siempre estaba curiosamente enérgica. Era más anormal que cualquier actividad natural; un estado de agitación. Cantaba y reía e incluso bailaba por la casa.

Irónicamente, la vivacidad de Lucía provenía de un producto de los narcos que tanto despreciaba. Llegó a Kawasaki desde el otro lado del océano, pero no era *polvo de oro*, el bien máspreciado de los narcos. “Mientras no sea cocaína”, se dijo Lucía, negándose a admitir su traición.

“Esto es diferente”, le dijo a Koshimo, que era demasiado joven para entender, mientras agarraba una aguja. “No lo esnifas. Es solo un pequeño empujón”.

Koshimo siempre tenía hambre y odiaba ir a la escuela. No tenía amigos allí y no podía seguir el ritmo de las lecciones. Su familia no había pagado el programa de almuerzo y la maestra lo regañaba por eso todos los días.

La primavera en que comenzó el cuarto grado, Koshimo caminó desde su casa hasta el río Tama, balanceó su mochila con los libros de texto adentro y la arrojó al agua que fluía. Dejó de asistir a la escuela a partir de ese día y nadie le dijo una palabra al respecto.

Su sonriente madre vivía en una bruma de confusión y alucinaciones. Se sentaba con una mirada vacía en sus ojos, luego comenzaba a bailar al momento siguiente.

Koshimo sacó dinero de su billetera y fue al carnicero, donde compró pechuga de pollo barata. Lo hirvió en la olla, le puso sal y lo devoró. Trituró los huesos y bebió hasta la última gota del líquido que quedaba en la olla.

A pesar de su dieta tosca y desequilibrada, Koshimo crecía día a día. Cada vez que se miraba en el espejo del baño, agrietado por el lugar donde su madre había estrellado una botella contra él, lo desconcertaba lo que veía. Sus hombros eran muy anchos, y sus miembros eran tan largos y delgados como palos. Sus mejillas estaban hundidas, y cuando se quitó la camisa, podía ver sus costillas.

Cuando tenía once años, Koshimo ya medía más de ciento setenta centímetros.

Escuchó a su madre murmurar español en sus pesadillas hasta el amanecer, ya las seis se levantó e hizo otra comida de pollo. Lavó el plato y usó una lata vacía como termo. Como todos los días, tomó la lata de agua y un cuchillo que robó de la habitación de su padre y se fue a un parque infantil cercano.

En el parque, recogía ramas muertas que habían caído de los árboles, luego se sentaba en el banco y quitaba la corteza con el cuchillo. Una vez que la rama estuvo agradable y suave, talló delicados patrones en ella. Los arreglos fueron variados, desde formas geométricas como círculos y triángulos, hasta imágenes de perros y pájaros.

Koshimo no era el único visitante habitual del parque infantil. Todas las mañanas aparecía un anciano en silla de ruedas. Llevaba un gorro andrajoso y una chaqueta de trabajo azul oscuro. Empujó la silla de ruedas él solo. Su mano izquierda no tenía dedo meñique ni anular.

La actividad diaria del anciano era fumar cigarrillos junto al banco y leer las probabilidades de la carrera de bicicletas. Murmuraba para sí mismo y marcaba los nombres de los jugadores con un lápiz rojo.

Cuando Koshimo tuvo sed, bebió el agua de su lata. Había un grifo en el parque, pero descubrió que podía concentrarse mejor en su tallado cuando el agua estaba cerca. El niño talló símbolos en sus ramas y el anciano en la silla de ruedas estudió las probabilidades. Ninguno interfería con el otro; bien podrían haber sido invisibles. Durante mucho, mucho tiempo, nunca compartieron una sola palabra.

Un sábado por la mañana, seis estudiantes de secundaria que usaban el parque como lugar de reunión nocturno llegaron en busca de algo que habían perdido. Nunca antes habían venido tan temprano y se detuvieron cuando vieron una cara desconocida.

Habían visto muchas veces al anciano en silla de ruedas, pero no conocían al tipo del banco. Su piel estaba en el lado más oscuro, y sus iris negros eran más grandes y profundos que los de una persona japonesa. Parecía extranjero.

El niño que encabezaba el grupo de seis vestía una chaqueta Puma nueva como entrenador y un reloj Grand Seiko que parecía recién salido de la caja. Los había comprado a ambos con el dinero que ganó estafando a personas mayores por teléfono.

"Oye", llamó el chico de la chaqueta elegante en un tono de voz amistoso. "¿Vives por aquí?"

Koshimo mantuvo la cabeza gacha y continuó tallando la rama en sus manos.

"¿Viste algún auricular en el suelo cerca de este banco? Eran mis favoritos".

Koshimo no dijo nada.

El chico de la chaqueta de entrenador se agachó para poder mirar a Koshimo a la cara. "¿Eres de Perú?" preguntó mientras encendía un porro. Los estudiantes de secundaria habían estado fumando hierba en el parque anoche, pero nunca lo hicieron cuando había luz.

"Escucha", dijo el chico. "Hay una palabra, *shikato*. Puede que no lo sepas porque no eres de aquí, pero significa 'ignorar a alguien'. Hay un juego de cartas llamado *hanafuda*, y tienen dibujos elegantes. La tarjeta de octubre tiene un ciervo dándole la espalda a la luna. Eso es ciervo, *shika* y diez, *to*. *Shikato*. ¿Por qué es un ciervo? Bueno, el chico del casino me enseñó que significa 'falta de respeto'. No es un tigre o un lobo, sino un pequeño ciervo debilucho que te está mostrando el culo. Por eso dicen que nunca dejes que nadie te *haga shika*. Ahora, ¿no fue eso amable de mi parte? Te enseñé una lección.

Mientras el chico de la chaqueta daba su discurso, uno de sus amigos más grandes se coló por detrás del banco y rápidamente pasó su brazo alrededor del cuello de Koshimo. Fue un estrangulador trasero desnudo, o al menos una aproximación cruda de uno. Su antebrazo comprimió la tráquea de Koshimo, y el chico más joven atacó.

"¡Mierda, es fuerte!" gritó el chico grande. "Vamos, ayúdame".

Los demás se acercaron corriendo, y se necesitaron cuatro estudiantes de secundaria para sujetar al niño de once años. La rama y el cuchillo cayeron de los dedos de Koshimo.

El chico de la chaqueta de entrenador recogió el cuchillo y apuntó al rostro enrojecido y dolorido de Koshimo. No me ignores. Cuando te hago una pregunta, respondes. Si no entiendes japonés, di *hola* o *buenos*, lo que sea".

El chico acercó aún más el filo del cuchillo a la cara de Koshimo hasta presionarlo contra su frente. La sangre goteaba de la línea vertical en la carne. Emocionado, el chico añadió un corte horizontal. Un rastro rojo rezumaba por el rostro de Koshimo.

El anciano en la silla de ruedas al lado del banco continuó leyendo las probabilidades de la bicicleta, ignorando la pelea. Ya nadie lo percibía, como una roca al costado del camino.

“Mañana nos vas a traer el dinero del tributo”, dijo el chico. Pateó la lata de agua del banco.

—Déjalo ya —dijo bruscamente el hombre de la silla de ruedas—. Koshimo nunca lo había escuchado hablar antes.

Con la atención de los adolescentes en él, el anciano levantó la vista de las probabilidades de la bicicleta.

"Ese es el hijo de Hijikata-san".

Los chicos que sujetaban a Koshimo entraron en pánico y lo soltaron de inmediato. El brazo que bloqueaba su tráquea se soltó y Koshimo tosió dolorosamente. Había lágrimas en sus ojos.

“Escucha, viejo”, dijo el chico de la chaqueta, acercándose al hombre de la silla de ruedas, “más vale que no estés diciendo tonterías”.

“Si no me crees, por todos los medios, continúa. Me importa una mierda.

"¿Tienes pruebas?"

"Prueba de mierda", dijo el anciano. “Lleven al chico a la oficina y pregunten por ustedes mismos. ¿Quieres que vaya contigo?

Él se rió y levantó la mano. Cuando el niño vio los dedos que faltaban, palideció y se calló. Si el anciano decía la verdad, recibirían algo peor que una paliza. No volverían a casa.

Mientras Koshimo tosía y tosía, los seis niños se apiñaban como jugadores de fútbol antes de un partido y susurraban el nombre del sindicato yakuza.

Koshimo podía escucharlos, pero el nombre del grupo y los asuntos de su padre no eran de su incumbencia. Una vez que su respiración se estabilizó, se puso de pie y caminó hacia el niño grande que lo había estrangulado. El chico era un adolescente, pero Koshimo era más alto. Agarró el cabello del niño con su mano derecha y, a pesar de la feroz resistencia, lo arrastró hasta el suelo, prácticamente estrellándolo contra el suelo.

Los otros cinco estaban atónitos ante el poder en el cuerpo del chico flaco. Pelos sueltos enredados en los dedos de Koshimo.

La cabeza del niño golpeó el suelo y se quedó inmóvil. El de la chaqueta de entrenador entró en pánico y le arrojó una piedra a Koshimo. Golpeó su mejilla con un golpe sordo. Su mejilla derecha estaba partida y sangrando, al igual que el interior de su boca. Conducido a la furia por el dolor, Koshimo se movió sobre el estudiante de secundaria con una mirada aterradora en sus ojos.

El chico de la elegante cazadora se había criado en Kawasaki, como Koshimo, y había visto una gran variedad de adultos en mal estado. Había una clase de personas llamadas "chicos de prisión" que eran despreciados incluso entre los yakuza. Eran los más bajos del peldaño bajo del sistema, los que no podían controlar sus propios impulsos violentos. Debido a esto, estaban constantemente entrando y saliendo de prisión. Un niño de la prisión simplemente chocó con otro tipo duro en un club de anfitrionas y terminó golpeando al otro hombre docenas de veces, le tapó la boca con cinta adhesiva y lo llevó al río Tama. Ató a su desafortunado enemigo, lo dejó solo en un pequeño bote de pesca y lo envió al agua. El bote fue visto en la desembocadura del río y el hombre fue rescatado antes de ser arrastrado a la bahía de Tokio. Cuando arrestaron al niño de la prisión, dijo sin una pizca de culpa: "¿Qué? Si fuera a matarlo, no lo habría metido en el bote. ¿Qué hice mal?"

El chico de la chaqueta de entrenador también conocía a algunos "ultras". Así llamaban a los ultradrogadictos; la gente estaba tan nerviosa que básicamente habían perdido la cabeza. Un ultra saltó descalzo desde un apartamento del tercer piso al asfalto. Arrastró su pierna derecha hacia atrás con el hueso sobresaliendo y se dirigió a un café al otro lado de la calle, luego metió la mano en la pecera al lado de la puerta automática y agarró el pez dorado dentro. Se rió mientras comía hasta el último pez del tanque.

Claramente, este niño estaba en la misma categoría que esas personas. No podía ser tratado con medios ordinarios. Los ojos de Koshimo brillaron rojos con la sangre que latía a través de ellos, y sus dientes rechinantes estaban manchados del mismo color. Parecía un animal salvaje cubierto con la sangre de sus víctimas.

El chico había cogido el cuchillo de Koshimo y también tenía su propio cuchillo de mariposa, pero había miedo en lo profundo de sus huesos. Su oponente no era diferente de un chico de prisión o un ultra.

Mierda, pensó. Mi papá es un problema, pero este tipo es aún peor. Si peleo con él, me joderán. Intentará matarme. El esta loco.

"Te mato," amenazó Koshimo.

"E-espera, espera", dijo el niño, abrumado por la hostilidad asesina. Necesitó toda su fuerza de voluntad para no darse la vuelta y correr por su vida. "Lo lamento."

El chico aterrorizado apretó los dientes y sacó un montón de dinero en efectivo, luego lo metió en el bolsillo del estómago de la sudadera con capucha barata de Koshimo. Esa fue la señal de retirada. Los estudiantes de secundaria intentaron huir, abandonando a su amigo colapsado, pero el anciano en la silla de ruedas les gritó. Dos se quedaron y trataron de levantar al niño inconsciente, pero tuvieron grandes dificultades. El niño que Koshimo tiró al suelo pesaba más de ochenta kilogramos. Después de treinta segundos, volvió en sí, mirando a sus dos amigos con expresión ausente. No parecía recordar lo que había sucedido. Los dos que se quedaron atrás le ofrecieron sus hombros, y el trío salió a trompicones del parque infantil.

Koshimo recogió el palo roto, el cuchillo para tallar y la lata vacía y los dejó en el banco. Luego caminó hacia el grifo del parque y abrió la válvula, lavándose las heridas en la frente y la mejilla mientras consideraba al anciano en la silla de ruedas.

Cuando volvió al banco, el anciano habló primero. "Eso fue duro", comentó. Pero tienes un don para el desguace. Eso es de tu viejo.

"¿Ya sabes como soy?"

"Sí. Tu madre es mexicana, ¿no?"

"Ouch," murmuró Koshimo, tocándose la frente y luego la mejilla. "Me duele aquí."

"Ve a casa y ponle hielo".

"Bueno. Adiós."

"Espera", llamó el anciano. "Niño, ¿cuánto se metió en tu tazón allí?"

"Bol..."

"Ese es el bolsillo sobre tu estómago. Tu tazón", explicó el anciano, señalando su propio estómago.

Koshimo se quitó los pelos sueltos de los dedos y metió la mano en el bolsillo. Dentro había tres billetes de diez mil yenes arrugados. Como un médico que atiende a un paciente, el anciano casualmente se acercó y tomó las facturas de Koshimo, arreglándolas. Luego se embolsó dos y devolvió uno.

"Eso es un buen gasto de dinero que acabas de ganar", dijo, sonriendo. Casi todos sus dientes frontales habían desaparecido. "¿Quieres ir a las carreras la próxima semana?"

04

nāhui

Con la fresca brisa otoñal soplando sobre su frente y mejilla sanando, Koshimo se sentó en el banco del parque como siempre, tallando una rama con entusiasmo.

La silla de ruedas estaba aparcada junto al banco. Pero el anciano no estaba leyendo las probabilidades de bicicleta en el periódico. Se había comprado un televisor portátil con el dinero que ganó en la carrera la semana anterior y lo escuchaba con unos auriculares.

Koshimo cortó con el cuchillo en la felicidad hasta que una sombra pasó sobre él, y miró hacia arriba. La silla de ruedas se había movido para descansar justo frente a él.

"Muy buen trabajo," dijo el anciano, mirando la rama en las manos de Koshimo. "¿Están esos gorriones en él?"

"*Cuervos*," lo corrigió Koshimo, luego cambió a japonés. "Cuervos".

"Oh. Perdóname", dijo el anciano. "Pero, ¿no es agotador tallar esas pequeñas cosas en ese palo endeble? ¿Por qué no comprar uno más grueso?"

"¿Romperme la espalda? No. ¿Por qué me rompí la espalda?"

Koshimo volvió a su tarea. Disfrutaba tallando el palo más delgado posible. Cuando estaba en la zona, no tenía que sentir hambre.

El hombre giró la rueda derecha de su silla para que girara, luego se le ocurrió una idea y giró noventa grados para poder hablar con Koshimo, que se había dado la vuelta. "En Kawasaki, los únicos juegos para jugar son las bicicletas y los caballos. Pero también está el juego de poner la pelota en el balde. ¿Alguna vez has visto esto, chico?"

Antes de que Koshimo pudiera responder, el hombre de la silla de ruedas se desconectó los auriculares y le mostró el nuevo televisor portátil. Hombres corpulentos competían por una pelota de color naranja oscuro en la pequeña pantalla. Uno de ellos lo arrojó contra el suelo. La pelota rebotó en su mano y repitió esa acción mientras corría. Luego se lanzó a un salto majestuoso, evitando el brazo extendido de un oponente, y arrojó la pelota a una red por encima de la cabeza.

"Lindo." El anciano sonrió. Tomó un trago de whisky de una petaca de bolsillo para combatir el frío otoñal. "Si tan solo pudiera tomar alguna acción sobre esto".

Koshimo se inclinó hacia delante para ver mejor la pantalla. Recordó un juego durante la escuela primaria que se parecía a este, pero no podía recordar su nombre.

¿Es lo mismo? Tal vez no.

Trató de imaginar su reflejo en el espejo corriendo por la cancha como esos hombres altos. Sin embargo, los jugadores que luchaban por la pelota de color naranja oscuro eran más grandes, más rápidos y más fuertes que él. Se movieron de un lado a otro rápidamente, sumando puntos y corriendo de un extremo al otro, y el tiempo se desvaneció. Los ojos de Koshimo recorrieron la pantalla de un lado a otro. Dos jugadores chocaron; uno cayó al suelo y el otro se paró sobre él y miró a su oponente. Sonó un silbato. Después de una breve pausa, el juego comenzó de nuevo. Fue un milagro que los dos hombres no se pelearan. Una hoja de ginkgo descolorida aterrizó en la cabeza de Koshimo mientras se concentraba en la pantalla.

"Buenas cosas, ¿eh?" dijo el anciano.

"Estas personas," dijo Koshimo. "¿Qué personas son?"

Estaba tratando de preguntar cuál era el nombre del deporte, pero el anciano en silla de ruedas dijo el nombre de una empresa de electrónica. La empresa con sede en Kawasaki fue el patrocinador y homónimo del equipo al que apoyaba el anciano. Confundiéndolo con el nombre del deporte, Koshimo lo repitió una y otra vez como una oración de la Biblia mientras observaba la segunda mitad del juego.

El anciano en silla de ruedas se fue y Koshimo estaba solo en el parque infantil. Cuando el sol comenzó a ponerse, finalmente guardó el cuchillo de tallar, recogió los cuatro palos que había tallado con patrones durante el transcurso del día y se dirigió al lote de la antigua fábrica de repuestos para máquinas. Las sombras cayeron a lo largo de su camino. La planta cerró durante la crisis financiera mundial y, aunque se retiraron las máquinas y las piezas, el edificio vacío nunca se demolió. Había un cartel que prohibía el ingreso de intrusos y alambre de púas. Entrar no fue fácil. Según el anciano, los narcotraficantes y compradores se colaban por un boquete en el alambre de púas para hacer negocios de noche.

Koshimo sabía que su madre se drogaba; ella misma se lo había dicho. Se inyectó una droga que no era cocaína en su brazo. *¿Madre viene aquí a comprar drogas?*

La pared de bloques de hormigón en el lado oeste del lote se había derrumbado, lo que permitía acercarse un poco más al edificio. Koshimo arrojó sus palos al techo de chapa de hierro manchado.

El montón de ramas sobre el metal oxidado parecía un nido de pájaro. Todos ellos eran obra de Koshimo. Las ramas más nuevas en la parte superior eran de color más claro, pero las de la parte inferior estaban descoloridas y sin brillo. Cada palo que talló fue arrojado al techo de la fábrica abandonada: esa era la regla de Koshimo.

Después de alejarse de la pared derrumbada, Koshimo metió las manos en el bolsillo de la sudadera con capucha y sacó el billete de diez mil yenes del adolescente que parecía a punto de llorar. Miró el trozo de papel.

Tal vez podría usar este dinero para comprar la pelota del juego que le mostró el anciano. El deporte en el que corrías con la pelota y la lanzabas a la red.

Después de pensarlo un poco, Koshimo pensó que recordaba dónde encontrar una tienda de artículos deportivos y caminó hacia el oeste por la calle Shinkawa, luego cruzó el puente peatonal hacia el vecindario de Sakai y tomó la calle del otro lado.

Cuando llegó a la vieja y lúgubre tienda de artículos deportivos a cargo de una pareja de ancianos, Koshimo se olió los mocos y preguntó el nombre del fabricante de productos electrónicos. La pareja de ancianos le dijo dónde encontrar una tienda de electrónica cercana. Cuando llegó allí, repitió su pregunta. Le mostraron una fila de diferentes bombillas, dejándolo completamente estupefacto. ¿Cómo sucedió esto?

Abatido, Koshimo remató de cabeza sin balón. Mientras cruzaba el puente peatonal que sale de Sakai, pasó junto a algunos niños de primaria.

“Amo a Kawasaki, la ciudad del amor”. Estaban cantando la canción del camión de la basura. Koshimo también estaba familiarizado con eso. “I Love Kawasaki, City of Love” era el título real de la canción, pero debido a que los camiones de basura siempre tocaban la melodía, los niños la llamaban la canción del camión de basura. Los niños terminaron su canción abruptamente, corriendo hacia la barandilla del puente y mirando hacia abajo. Habían notado a uno de sus compañeros de clase abajo, andando en bicicleta. Juntos, gritaron:

"¡¿Adónde vas?!"

El chico de la bicicleta se detuvo, sobresaltado, y miró hacia el puente. Mientras los niños reían y reían tontamente, Koshimo bajó los escalones solo y continuó su camino a casa.

La madre de Koshimo estaba viendo la televisión en el apartamento. Su padre tuvo que dejar el club de lujo, pero ella encontró trabajo en otro.

Debe estar yendo a trabajar, pensó Koshimo. Por lo general, no está despierta a esta hora.

Su cabello estaba atado y se había maquillado. Vestía ropa fina, olía dulce y lucía las uñas limpias. La mujer era incluso más delgada que su hijo, pero era una verdadera belleza cuando no estaba drogada.

Por lo general, Koshimo sacaba dinero de su billetera, pero como estaba sobria, lo pidió en su lugar. Ella se negó, pero él siguió preguntando.

“Qué pesado”, lo regañó, pero Koshimo estaba satisfecho. No era el dinero que quería.

05

mäcuilli

A medida que crecía, Koshimo aprendió a robar una variedad de cosas: bicicletas dejadas al costado de la carretera, ropa, zapatos y cuchillos para trincar de la ferretería. No solía tomar comida. Podía comprar pollo con el dinero que robó de la billetera de su madre.

Cuando tenía doce años, Koshimo se encontró viviendo en un nuevo hogar. Las nuevas ordenanzas de la yakuza redujeron aún más los ingresos de su padre, por lo que tuvieron que dejar atrás el gran apartamento. Se mudaron a un edificio en el distrito Takatsu de Kawasaki, donde un viejo amigo de la escuela de su padre tenía una ferretería en el primer piso y alquilaba el piso de arriba para obtener ingresos adicionales.

Consiguieron mudarse sin pagar un depósito de seguridad ni ningún cargo extra por única vez, pero al igual que en el antiguo lugar, Kozo Hijikata casi nunca se quedaba allí. Era como si no lo considerara su hogar. En las pocas ocasiones en que se presentó, nunca le dio dinero a la madre de Koshimo para pagar las cuentas.

En cambio, pagó el alquiler con el dinero que ganó trabajando en el club, y todo lo que sobró se destinó a las drogas. Sus compañeros de trabajo en el club le estaban vendiendo.

Basura amontonada en su nuevo hogar más pequeño. La madre de Koshimo dejó su ropa por todos lados. Cuando los camiones pasaban por la carretera principal al lado del edificio, la vibración sacudía las ventanas.

Fue triste que cuando despertó en el segundo piso de la ferretería, no pudo ir al conocido parque infantil y ver al anciano en silla de ruedas. Sin embargo, Koshimo estaba acostumbrado a estar solo. Pronto encontró otra diversión que seguir.

Iba en bicicleta robada a Todoroki Ryokuchi, un parque en el distrito de Nakahara, donde estaba el Todoroki Arena. Luego compraba un boleto en la ventanilla y miraba un partido. Podía entrar al precio de los niños si traía la tarjeta del seguro de su madre. No fue hasta que se mudaron al distrito de Takatsu que Koshimo descubrió, por sí mismo, que el nombre del deporte era *baloncesto*, y que lo que el anciano le había enseñado era simplemente el nombre del equipo propiedad de la compañía de electrónica con sede en Kawasaki.

A los doce años, Koshimo ya medía ciento ochenta centímetros. Cuando caminó por el vestíbulo de la arena, las personas con las que se cruzó asumieron que Koshimo era un jugador de baloncesto local, pero él nunca había tocado una pelota de baloncesto y, en el mejor de los casos, su comprensión de las reglas era vaga. Aun así, le encantaba ver los partidos.

Las gradas tenían muchos espacios vacíos. La mayoría de las personas que se presentaron a un partido de liga de empresas amateur estaban asociadas con las empresas y había pocos fanáticos independientes de los equipos. Koshimo mantuvo su capota baja y siempre se sentaba solo en las partes más oscuras de la cubierta superior. Los jugadores le parecían enormes. *Me pregunto si seré como ellos algún día.*

El jugador favorito de Koshimo era un hombre negro construido como un árbol. Kerry Ducasse jugó de centro, medía doscientos diez centímetros y pesaba ciento veinte kilogramos. En este día en particular, jugó un papel importante en la segunda mitad, ayudando al equipo de la compañía electrónica a remontar para ganar. Después de abandonar la arena, Koshimo pedaleó hasta una gran tienda de artículos deportivos en el distrito de Nakahara. Ya había explorado el lugar dos días antes. Mientras los empleados estaban ocupados inspeccionando un nuevo envío de inventario, Koshimo tomó una pelota de baloncesto sintética talla siete. Era la primera vez que tocaba una pelota de baloncesto de competencia, pero los largos dedos de Koshimo pudieron agarrarla y levantarla con una sola mano, al igual que los adultos. Salió de la tienda, arrojó su botín en la cesta de la bicicleta y cabalgó contra el viento, un poco más rápido de lo habitual.

A la mañana siguiente, se levantó temprano y regresó al barrio donde vivía. Koshimo nunca había viajado solo en tren o autobús, por lo que siempre usaba una bicicleta.

Fue al parque infantil con la esperanza de mostrarle la pelota al anciano en silla de ruedas, pero lo único que encontró fueron unas cuantas palomas errantes. Se sentó en el banco y esperó. Al mediodía, el anciano todavía no estaba allí. Koshimo tampoco había traído su cuchillo para tallar palos. Como se estaba aburriendo, intentó driblar y arrojó la pelota contra el tronco de un árbol de ginkgo en una imitación de tiro. Esperó hasta que se puso el sol, pero el anciano nunca apareció, por lo que Koshimo se dio por vencido, devolvió la pelota a la canasta de su bicicleta y pedaleó de regreso al apartamento en Takatsu.

El anciano en la silla de ruedas estaba muerto. Había tenido un accidente solo seis días antes de que Koshimo regresara al parque infantil. Borracho por el whisky de su petaca, había caído sobre la Ruta Nacional 15, donde un camión de diez toneladas cargado de grava lo atropelló a él ya la silla de ruedas, aplastando instantáneamente la estructura de metal que sostenía su cuerpo. Tornillos y pernos volaron por el camino hacia los carriles que se aproximaban, brillando al sol mientras rebotaban en el asfalto.

La Primera Unidad Móvil de Tráfico y la Unidad Móvil de Patrulla de la Policía de la Prefectura de Kanagawa acordonaron el lugar del accidente, y la División de Investigación de Tráfico examinó la escena en medio de los gases de escape de los camiones que pasaban por carriles abiertos. Tomaron fotografías de las marcas de los frenos, fragmentos de faros, restos de la botella de whisky y trozos de carne, y los recogieron diligentemente.

Un miembro de la División de Investigación de Tránsito encontró algo extraño entre las piezas esparcidas de la silla de ruedas en el lado opuesto de la carretera. Era un palo tallado con finas imágenes de pájaros y símbolos geométricos. Quizá fuera algún artículo privado perteneciente al anciano. Si es así, tendría que dárselo a su familia.

Suponiendo que aparezca alguna familia, reflexionó el investigador.

Tomó una foto del palo y luego lo colocó dentro de una bolsa de plástico para guardarlo.

Con una pelota de baloncesto reglamentaria de tamaño siete en su poder, Koshimo creó un nuevo horario diario para sí mismo. Cuando se despertó arriba de la ferretería, tomó su cuchillo, una pelota de baloncesto, una lata de caballa en salmuera y una botella de plástico llena de agua del grifo, y caminó hasta la orilla del río Tama. No jugó con la pelota de baloncesto de inmediato. Primero, encontró un palo y talló patrones hasta el mediodía. Sin reloj, se quedó para medir el paso del tiempo por el hambre. Si no acababa con un palo, lo escondía en la hierba y volvía a buscarlo al día siguiente.

Después de comer la caballa enlatada y beber agua del grifo de la botella, Koshimo siempre tomaba una siesta en la orilla del río. Cuando el sol comenzó a ponerse, llevó la pelota de baloncesto al Parque Mizonokuchi. Se quedó fuera hasta la noche por la misma razón de siempre: no había nada que hacer en casa.

Los estudiantes de secundaria y preparatoria de camino a casa susurraron, preguntándose quién *era* : la persona que botaba una pelota de baloncesto en el parque sin entender los conceptos básicos de cómo funcionaba. Koshimo trató de imitar el estilo de volcada de Kerry Ducasse, saltando para agarrar una rama gruesa de cerezo por encima de su cabeza. Asustó a un cuervo, que despegó graznando. Koshimo se colgó de la rama por un rato, dejando que sus pies colgaran en el aire.

Los niños de la escuela primaria que pasaban por el parque en su camino a la tutoría después de la escuela vieron a la figura alta y larguirucha jugando con su baloncesto en la oscuridad, y lo apodaron Golem.

"¿Viste a Golem hoy?"

"Si, lo hice."

"¿Qué hace, solo así?"

"El juega basketball."

“¿Llamas a eso baloncesto? Solo lo está tirando contra un árbol. También habla con los pájaros. Creo que está loco.

06

chicuace

El parque Mizonokuchi estaba lleno de cigarras zumbantes. La gente que se dirigía a la biblioteca justo más allá del parque pasó corriendo junto a Koshimo. Todavía había luz, pero la biblioteca cerraría pronto.

Koshimo, de trece años, observaba a estas personas de vez en cuando mientras continuaba practicando su estilo único de regate. Nunca había entrado en la biblioteca. Le recordaba a la escuela, que odiaba, y de todos modos no podía leer los kanji en los libros. Los libros ilustrados parecían interesantes, pero no quería sentarse con los niños pequeños para leerlos.

En poco tiempo, las puertas de la biblioteca se cerraron y el cielo del oeste se había enrojecido. Era como si hubiera estallado una bomba silenciosa en la ciudad y todo estuviera en llamas. El color que se extendió por el cielo desarrolló toques de amarillo oscuro y naranja. Incluso un poco de verde. Las nubes parecían cicatrices dejadas por las garras de algún monstruo gigantesco.

Cuando el sol se hundió, la luz roja se volvió del color de la sangre oscura, y las nubes parecían entrañas desgarradas. El espantoso retrato flotó ordenadamente hacia el oeste, y cuando Koshimo ya no pudo distinguir su sombra ni la de la pelota de baloncesto, decidió que era hora de irse a casa. Se subió la parte inferior de la camiseta para secarse el sudor de la frente y luego caminó por el parque, botando la pelota de vez en cuando. Las cigarras en los árboles a su alrededor llenaban el aire con un zumbido constante, y un cuervo cruzó el cielo oscuro sobre su cabeza.

Durante su viaje a casa, Koshimo pensó en su madre, que estaría de vuelta en el apartamento encima de la ferretería, murmurando en español por lo bajo. En estos días, a veces la encontraba desnuda y desmayada en la entrada o meándose en la cocina. De vez en cuando, ella gritaba de la nada.

Cuando llegó a la ruta principal con mucho tráfico, Koshimo dejó de regatear. No estaba tan seguro de su habilidad como para confiar en que la pelota de baloncesto no rodaría hacia la calle. Y esa pelota era una amiga preciada. Lo palmeó, alternando entre derecha e izquierda, mientras continuaba.

Las luces seguían encendidas en la ferretería. El dueño y arrendador afilaba cuchillos por una tarifa, y cuando se hacía tarde, las personas que trabajaban en las cocinas de los bares cercanos le traían sus cuchillos.

Koshimo solo había estado en la ferretería una vez, justo después de que su familia se mudara allí. El dueño, amigo de su padre, le dijo "Hola" a Koshimo mientras fumaba un cigarrillo. Koshimo inclinó un poco la cabeza y luego examinó los estantes para ver si había algún cuchillo adecuado para tallar. Si hubiera encontrado uno, lo habría robado, pero los muchos cubiertos eran todos para la cocina. También había una tetera de oro barata y una olla comercial, pero eso era todo.

Koshimo subió las escaleras en el exterior del edificio, sosteniendo la pelota de baloncesto contra su pecho. La puerta del apartamento de arriba estaba abierta; escuchó gritos adentro. Koshimo abrió la puerta y vio a su padre, que no había estado en casa en un mes, pateando a su madre caída. Ella estaba agarrando algo para protegerlo. Su cabeza apuntaba hacia abajo sobre el tatami, sus brazos estaban cruzados debajo de su estómago y su largo cabello negro colgaba hasta el suelo. Su padre se agachó y la agarró del brazo.

"¡Eso duele!" ella gritó en japonés. "¡Para!"

"Dolor en mi culo", espetó. "¿Tengo que cortarte todo el brazo?"

Koshimo estaba de pie en la entrada, mirando con los zapatos todavía puestos. Recordó las marcas oscuras en el brazo de su madre, las que ella se esforzaba tanto por ocultar. *¿Está enojado por las inyecciones?* el se preguntó. *Pero esos han estado allí durante años. No tiene sentido estar enojado ahora.*

Koshimo los observó el tiempo suficiente para comprender lo que estaba haciendo su padre. No estaba enojado por las marcas de las agujas; él estaba tratando de robar su anillo. Llevaba un anillo con piedras preciosas en el dedo anular izquierdo.

Kozo Hijikata quería vender el anillo de Lucía antes de que pudiera.

"Pero es el anillo que me diste", se lamentó.

Kozo sabía que eso era mentira. Ella no tenía su anillo de bodas. Ella había vendido ese hace mucho tiempo.

El artículo brillante en su dedo anular fue un regalo de un invitado en el club de la calle Nakamise-dori donde trabajaba Lucía. Cinco esmeraldas de Zambia de 0,08 quilates tachonaban la alianza. El hombre que se lo había dado a Lucía estaba obsesionado con las latinas y ella no se había molestado en decirle que era la esposa de Kozo Hijikata.

Sorprendido por la resistencia de Lucía y sintiéndose exhausto, Kozo comenzó a fumar un cigarrillo. No se molestó en usar un cenicero, golpeando la colilla justo sobre el suelo de tatami y manchando la fibra de paja.

Un silbido abrupto y agudo tomó a Koshimo por sorpresa, y también a Kozo. En la estufa de gas de la cocina había una cafetera de acero inoxidable. Estaba chillando y emitiendo vapor blanco y caliente.

Kozo Hijikata finalmente notó a Koshimo parado en la entrada con una pelota de baloncesto en sus manos. Miró a su hijo con furia y dijo: "Apaga la estufa".

Koshimo se quitó los zapatos y entró, luego giró la perilla.

"Ven aquí", le ordenó su padre. "Mantén los brazos de esta mujer hacia abajo".

Koshimo fingió no escuchar, en lugar de ir al lavabo con la cabeza gacha. Pero los gruesos dedos de su padre agarraron su hombro. Kozo hizo girar a Koshimo y lo obligó a levantar la cabeza hasta que sus ojos se encontraron con los de su padre.

"Mírate", dijo Kozo, mirando horrorizado a su hijo. "Eres incluso jodidamente más grande ahora. ¿Qué diablos comes? ¿Comida de perro?"

Es tan pequeño, pensó Koshimo mientras miraba a su padre. Si el hombre estuviera alineado junto a Kerry Ducasse, parecería un niño.

Una vez, el padre de Koshimo había sido tan aterrador que el niño no podía mirarlo, pero cada vez que se encontraban, un poco de esa amenaza desaparecía. Con ciento setenta y seis centímetros, Kozo no era pequeño; sus brazos, piernas y cuello eran gruesos, y su pecho era ancho y poderoso. Pero Koshimo había superado a su padre durante mucho tiempo. Kozo no había cambiado en absoluto a lo largo de los años, Koshimo sí. Sin darse cuenta, el chico comenzó a sonreír.

La mirada de desprecio en el rostro de su hijo enfureció a Kozo. Rugió y abofeteó a Koshimo en la mejilla. Fue un golpe completo, y el último poco de autocontrol de Kozo fue lo único que evitó que fuera un puñetazo cerrado. Un golpe como ese podría haber matado a Koshimo.

Sin embargo, a pesar del golpe, Koshimo se mantuvo firme. Ni siquiera dejó caer la pelota de baloncesto. Y seguía sonriendo. La poca racionalidad que conservaba Kozo salió volando por la ventana y comenzó a golpear a su hijo como si fuera una pelea callejera en el barrio rojo.

Sin embargo, Koshimo soportó el castigo sin perder nunca el equilibrio. No solo eso, empujó sus largos brazos hacia afuera, todavía sosteniendo la pelota de baloncesto, y empujó a su padre.

Kozo cayó justo sobre su espalda, sin palabras. Todo lo que pudo hacer fue quedarse boquiabierto con asombro hasta que el aire volvió a sus pulmones, momento en el que levantó la cabeza vacilante. Miró a su hijo con las mejillas hinchadas con total incredulidad. Estaba más allá de él para procesar lo que había ocurrido. Nunca antes lo habían derribado en una pelea. Al menos, no que él recuerde.

Su fuerza está por las nubes, pensó Kozo. ¿Es esa mi sangre o la de su madre drogadicta? Una vez que su tos disminuyó, se puso de pie de un salto y abrió la despensa. Estaba buscando un cuchillo de cocina pero no pudo encontrar ninguno. De hecho, no había ninguno en el apartamento. Koshimo se había deshecho de todos ellos porque su madre los cambiaba cuando estaba en uno de sus estados. La daga y el cuchillo para tallar que Koshimo usaba para tallar ramas estaban escondidos en el fondo del armario.

El cuchillo largo que Kozo había llevado consigo durante muchos años ya no estaba en su poder. En estos días, la policía podría detenerlo fácilmente por posesión de un cortapapeles, por no hablar de un arma adecuada. En lugar de espadas, los mafiosos llevaban gases lacrimógenos para la autodefensa. Pero la idea de que un yakuza usara algo así en lugar de un arma real le parecía una broma a Kozo.

El padre de Koshimo pateó la puerta de la despensa con furia y se volvió para salir del apartamento. Koshimo lo escuchó descender rápidamente las escaleras afuera y miró su pelota de baloncesto. *Él volverá.*

Tal como esperaba, su padre regresó con una mirada peligrosa en su rostro y un cuchillo tomado de la ferretería de abajo. Era un cuchillo de chef *gyuto de veinte centímetros que un bar local había dejado allí para que lo afilaran.* El borde recién afilado brillaba débilmente, como nubes de lluvia antes de un chubasco vespertino.

Kozo, con los ojos inyectados en sangre, empujó el cuchillo, pero Koshimo retrocedió con calma para evitarlo. Este movimiento era más fácil de predecir que la forma salvaje y atolondrada en que Lucía balanceaba las espadas.

El hombre había perdido totalmente toda racionalidad. Estaba tratando de apuñalar a su propio hijo.

Cuando el cuchillo se abalanzó sobre su estómago, Koshimo lo detuvo con la pelota de baloncesto en sus manos. El cuchillo se hundió profundamente en el cuero sintético y la bola estalló con fuerza. Perdió su resistencia y cayó al suelo, muerto.

La ira surgió en Koshimo. Kozo sacó el cuchillo de la bola muerta y atacó de nuevo. Padre e hijo forcejearon. Kozo cortó el cuello de Koshimo. El corte fue superficial pero derramó sangre que pintó dibujos en el tatami. Koshimo agarró la garganta de su padre con una mano y apretó la arteria carótida con una fuerza increíble, levantándolo del suelo solo con ese brazo. Los ojos de Kozo se abrieron con sorpresa y agonía. Sus pies colgaban. Koshimo no mostró piedad. Al igual que su padre.

"¿Por qué mataste a mi amigo?" dijo Koshimo.

La cabeza de su padre golpeó el techo, rompiendo la bombilla del techo. El vidrio se hizo añicos y la luz se apagó. Desde lo más profundo del grueso cuello de Kozo llegó el sonido de un hueso rompiéndose.

En la repentina oscuridad, Lucía observó distraídamente cómo la silueta de su hijo levantaba a su esposo del suelo con su brazo izquierdo. Los dedos de los pies de Kozo colgaban débilmente en el aire y no parecían moverse.

El presente imposible se mezclaba con el aturdimiento habitual de las drogas de Lucía, asaltando sus sentidos. El sudor corría por su piel como una cascada, y se adentró en una realidad creada por su propia mente. Ella no vio a su esposo e hijo. **Julio**. Su hermano, de anchos hombros, alta estatura y el apodo de El Hombro, se paró frente a ella. Estaba estrangulando a uno de esos repugnantes narcos. Una Lucía encantada volvió a ser una niña de diecisiete años.

A su alrededor estaba el aroma de tallos de maguey y alcohol: tequila y mezcal.

Julio se ha vengado, así que tenemos que hacer una gran fiesta. Lucía estaba a punto de comenzar los preparativos cuando una sombra cayó sobre sus ojos y su hermano desapareció.

Se apartó el cabello resbaladizo por el sudor de sus ojos y miró hacia la oscuridad. Ahora era su hermano el que estaba muerto. Se sumió de nuevo en una terrible desesperación. Después de todo, había sido asesinado. Lucía miró el anillo en su dedo. *Así es, pensó ella. me perseguían Intentaban robarme el anillo. Pero no pueden tenerlo. Lo venderé y usaré el dinero para salir de esta ciudad. Tengo prisa. Tiene que darse prisa.*

Lucía miró hacia arriba, lista para correr, y vio la espalda de un hombre terriblemente alto. Parecía estar mirando el cadáver de su hermano. Se volvió.

Al sentir peligro, Lucía notó un pequeño machete que descansaba sobre una paja seca cercana. Era el que se había llevado al salir de Culiacán. Se abalanzó sobre el arma, agitando el cabello violentamente, y arremetió contra el narco que había torturado a su hermano de diecinueve años.

Sorprendido por la vista de su madre recogiendo el *gyuto* del tatami y atacando, Koshimo reaccionó golpeándola. Lleno de adrenalina por la pelea con su padre, no se contuvo. Se estrelló contra la pared, cayó sobre su trasero y se derrumbó como una marioneta.

Koshimo habló.

Madre.

El dueño de la ferretería, a quien le faltaba su cuchillo recién afilado, se preguntó si debía contactar a la policía o no. Fumó varios cigarrillos con nerviosismo mientras escuchaba los ruidos del piso de arriba. Entre los pasos, escuchó algo estallar. *Será mejor que no sea un arma*, pensó. Una vez que las cosas se calmaron, una imagen inquietante se formó en su cabeza.

Los pasos descendieron por las escaleras y la puerta de la tienda se abrió. Pero en lugar de Kozo Hijikata cubierto con la sangre de la familia que había asesinado, el propietario de la ferretería vio a su hijo alto y mestizo. El chico estaba con las manos vacías. Había una gran mancha de sangre en su camiseta.

"¿Te cortaron?" preguntó el hombre.

"Solo un poco", respondió Koshimo, señalando la herida en su cuello.

"¿Dónde está tu viejo?"

"Llame a la policía, por favor."

"¿Qué?"

Koshimo estaba en un estado tan febril que no se dio cuenta de que estaba hablando en español. Se repetía una y otra vez, preguntándose por qué no le llegaba el mensaje. *Por favor llame a la policía.*

Muchas sirenas superpuestas corrían por la avenida Fuchu-kaido, sus luces intermitentes coloreaban la entrada de la ferretería del color de la sangre brillante. Cuando los oficiales abrieron la puerta del apartamento de arriba, vieron a un niño de trece años sentado contra la pared, lanzando una pelota de baloncesto marchita al aire. Los cuerpos de sus padres yacían cerca, en el suelo de la habitación a oscuras.

"¿Entiende japonés?" llamó un oficial, el haz frío y fuerte de su linterna brillando sobre el niño.

07

chicome

La historia inexacta que corrió por el barrio después del incidente afirmaba que un extranjero había invadido la casa de una familia japonesa y los había asesinado.

Cuando el automóvil de Asuntos Criminales regresó a la comisaría de Takatsu-Minami desde la escena del crimen, las cámaras de los medios de comunicación destellaron hacia los vidrios polarizados. Capturaron nada más que imágenes de ventanas negras, e incluso si hubieran visto al sospechoso, era menor de edad y no podía ser exhibido legalmente. Aun así, había cierto valor informativo en la imagen de un coche que transportaba a un asesino.

Koshimo fue conducido a través de la estación esposado y con una correa alrededor de la cintura. Una vez que le habían atendido el ligero corte en el cuello, le hicieron beber agua y le tomaron una muestra de orina para detectar drogas. Luego lo llevaron a una habitación para interrogarlo. El oficial uniformado ató la correa de Koshimo a la pata de la mesa y finalmente le quitó las esposas.

Un hombre y una mujer entraron, sentados frente a Koshimo. El hombre era el subinspector Nobuhiko Terashima de Asuntos Criminales y la mujer era la oficial de patrulla Noriko Kasai de Seguridad Comunitaria. El oficial Kasai estaba a cargo de los delitos juveniles.

"Solo para confirmar, ¿eres tú?" preguntó el asistente del inspector Terashima mientras le mostraba un documento a Koshimo.

"No lo creo," contestó Koshimo, sacudiendo la cabeza. No reconoció el kanji en él.

"Pero este es tu nombre," dijo suavemente Kasai. Es tu nombre legal. ¿Entiendes lo que eso significa?

Koshimo volvió a mirar lo que estaba impreso en el formulario.

土方小霜

Kasai dijo: "Vamos a necesitar que firme algunos formularios y me gustaría que los firmara así. Usando estos kanji."

Koshimo podía entender los dos primeros, *Hijikata*, y también podía escribirlos. Pero él no conocía al siguiente par. Los miró fijamente.

¿Lees esos dos últimos como "Koshimo"?

Se enteró de que su nombre tenía su propio kanji mientras estaba en una sala de interrogatorios de la policía.

Koshimo había tirado su mochila al río Tama en la escuela primaria y no había ido a la escuela desde entonces. Cuanta más información obtenía Kasai al interrogarlo, más pronto se daba cuenta de que el chico estaba equivocado acerca de su propia edad.

"Koshimo", dijo, "tú no naciste en el 2000, naciste en el 2002. Tu edad no es quince años; tienes trece.

"Trece," repitió Koshimo, asintiendo. *Trece.*

"¿Puedes decirme el nombre de tu padre?"

"Kozo".

"¿Sabes lo que hace?"

Yakuza. Mafioso en Kawasaki.

"¿Y tu madre?"

Madre. Koshimo se rascó la nariz.

Los padres del niño estaban muertos. Según el examen inicial, su padre falleció por fractura de vértebras cervicales y separación de la médula espinal, y su madre murió por una herida externa en la cabeza. Tendrían que esperar al forense para obtener más detalles, pero ambas muertes parecían casi instantáneas, según el estado de la escena del crimen.

"**Madre** es Lucía," dijo Koshimo. "Lucía Sepúlveda, *Koshimo* y *Lucía.*"

"¿Qué significa eso?"

"Significa Koshimo y Lucía."

Él le mostró cómo escribirlo.

Koshimo y Lucía

"¿Sabes de dónde vino tu madre?" ella preguntó.

"México. Sinaloa, Culiacán. En japonés, diga *Mekishiko*."

"Sí, México". Kasai asintió. Internamente, ella gimió. "¿Estuviste en casa toda la noche?"

"Me fui a casa cuando oscureció".

"¿Alrededor de que hora?" cuestionó el asistente del inspector Terashima.

Los dos querían un registro de los eventos que condujeron al asesinato de los padres de Koshimo, pero descubrieron que sus declaraciones eran inútiles cuando llegaba el momento. Nunca miró la hora. Ni siquiera podía leer un reloj analógico.

En cambio, los interrogadores decidieron hablar sobre los padres de Koshimo. No sabía mucho sobre su padre, así que le preguntaron por su madre. "*Madre amaba el hielo.*"

No estaban seguros de lo que quería decir con eso y se preguntaron si lo habían oído mal.

"¿Dijiste 'amarillo'? ¿Amaba a los hombres asiáticos? preguntó Kasai.

"No. Hielo."

"¿Hielo?"

"Sí. es hielo Pero no hielo.

"¿Este tipo de hielo?" Terashima simuló una aguja clavándose en su brazo. "¿Es eso lo que estaba haciendo tu madre?"

"Sí", respondió Koshimo.

Después de preguntar en la estación, confirmaron que el término latinoamericano para la metanfetamina cristalina era *hielo*.

"Koshimo", dijo Kasai, "tú no haces *hielo*, ¿verdad?"

Los chicos negaron con la cabeza. "No."

Llamaron a la puerta de la sala de interrogatorios. Era el inspector Taketoki Yoshimura del Departamento de Crimen Organizado de la Policía de la Prefectura de Kanagawa.

El inspector Yoshimura se apresuró a ir a la estación Takatsu-Minami al enterarse del cuartel general que Kozo Hijikata, lugarteniente de la organización Ishizaki Shindokai, había sido asesinado. Habló con el subinspector Terashima, un antiguo compañero de clase en la academia, y salieron al pasillo.

Koshimo se recostó contra la silla con estructura de tubo, mirando distraídamente al techo. El oficial Kasai, ahora solo con él en la habitación, trató de imaginar el futuro del niño. Padre Yakuza, madre angustiada, mestizo, vida hogareña descuidada, sin educación. Fue una combinación de circunstancias desafiantes para un niño en Kawasaki, y aunque necesitaba expiar el crimen de matar a sus padres, no se le podía culpar por completo. *Nació con mala suerte*, concluyó.

Yoshimura y Terashima regresaron a la sala de interrogatorios. Yoshimura miró a Koshimo y dijo: "Muéstrame tu brazo". Su voz era profunda.

"¿Cuál?" preguntó Koshimo.

"El brazo con el que agarraste el cuello de tu padre".

Están buscando marcas de agujas, pensó Koshimo. *Pero yo no hago eso. ¿Por qué no me creen?*

Dejó caer su largo brazo sobre la mesa; se había cambiado de camiseta en la estación. Koshimo levantó la palma de la mano para que la policía pudiera ver el interior de su codo.

Sin embargo, el inspector Yoshimura no estaba buscando marcas de inyección. Después de una larga carrera en el departamento de Crimen Organizado, su interés estaba en el propio brazo del niño. "Flexiona un poco tus músculos", instruyó.

Koshimo miró al hombre sin comprender, sin saber qué buscaba. Aun así, obedeció, apretando los dedos en un puño. Provocó una transformación en el brazo largo y delgado del niño. Tanto su bíceps como su antebrazo se hincharon, trayendo gruesas venas a la superficie.

Los tres policías parpadearon. Era *solo un brazo*. Sin tatuajes, sin marcas de agujas, sin autolesiones. Sólo la extremidad de un niño. Y, sin embargo, tenía tanto poder como cualquier pistola o navaja que hubieran confiscado en Kawasaki. Era como si una pitón hubiera aparecido encima de la mesa, agresiva y capaz de violencia. El trío de adultos entendió que simplemente hablar con el niño no les daría una imagen de su verdadera naturaleza.

El inspector Yoshimura había arrestado a muchos mafiosos que estaban orgullosos de su habilidad para pelear. De todos ellos, solo cuatro o cinco eran realmente poderosos y podían clasificarse en varias categorías. Sin embargo, la impresión que daba este chico era diferente a cualquier otra. Ni siquiera se parecía al de su padre.

Durante la escuela secundaria, Kozo Hijikata practicó sumo en el distrito Tsurumi de Yokohama. Cuando fue a la escuela secundaria en Kawasaki, se unió al equipo de fútbol americano. Jugaba como corredor y era lo suficientemente bueno como para ser conocido en toda la región de Kanto por su habilidad.

También era conocido por su habilidad en una pelea. Sacó una página del libro de fútbol usando un protector bucal y, sabiendo que otros no eran tan sabios, rompió los dientes de sus oponentes. Cuando no pudo encontrar a alguien con quien pelear, fingió estar borracho en la calle y tropezó con la gente, disculpándose. Si se enojaban con él, felizmente accionaría el interruptor y lanzaría un puñetazo.

Yoshimura fue a una escuela en Yokohama y a menudo escuchaba sobre Hijikata, que era un año menor que él. Yoshimura era un atleta de judo de peso pesado lo suficientemente talentoso como para llegar a la final nacional. Al equipo se le prohibió absolutamente involucrarse en cualquier tipo de violencia, una regla que Yoshimura siguió diligentemente. Sin embargo, disfrutaba escuchando historias sobre las tonterías que hacían los delincuentes y se reía de ellas con sus compañeros de equipo. Pasar el rato en el vestuario del equipo de judo fue una excelente manera de escuchar historias desagradables de toda la prefectura de Kanagawa. Los del invicto Kozo Hijikata pintaban el retrato de un auténtico salvaje. Era imposible creer que fueran las hazañas de un chico de dieciséis años.

Según un relato, Hijikata irrumpió borracho en un gimnasio deportivo del que no era miembro, ignoró las órdenes insistentes del personal y levantó ciento cincuenta kilogramos sin ayuda. Se rompió un vaso sanguíneo y le sangró la nariz, luego se desmayó y empezó a roncar. La policía apareció, lo despertó a bofetadas y lo echó del gimnasio, con la camisa ensangrentada y todo.

Cuando Yoshimura escuchó esta historia, él y sus compañeros de equipo discutieron si era realmente posible levantar ciento cincuenta kilos sin ayuda mientras estaba borracho. Llegaron a la conclusión de que, al igual que el cuento del pez que escapó, esta leyenda había crecido un poco en la narración. Pero incluso levantar doscientas libras exigía una fuerza increíble mientras se martillaba.

También hubo otra historia particularmente reveladora sobre Hijikata.

Una noche de julio, después de una dura ronda de práctica de fútbol, salió al barrio rojo de Horinouchi y se peleó con un ladrador nigeriano. El nigeriano era un ex boxeador, de unos dos metros. Hijikata no solo le rompió los dientes frontales al otro hombre, sino que le agarró el puño, le rompió los dedos y trató de arrancarlos. Cuando llegaron la policía y los paramédicos, el nigeriano miraba sus dedos medio y anular, que colgaban y dislocaban, y gritaba como loco.

Hijikata tenía una beca universitaria para jugar al fútbol, pero en el verano de su último año de secundaria, fue arrestado por posesión de marihuana y perdió la beca. Abandonó voluntariamente la escuela secundaria y, después de eso, su comportamiento empeoró.

Cuando Yoshimura se graduó de la universidad y tomó un trabajo con la policía de la prefectura de Kanagawa, Hijikata ya era miembro de un grupo de crimen organizado designado y a menudo se le veía yendo y viniendo de la oficina del grupo.

Los dos nunca se conocieron en la escuela secundaria, y ahora que eran adultos, estaban en lados opuestos de la dicotomía policía-yakuza. Hijikata nunca había escuchado el nombre de Yoshimura, pero cuando finalmente se encontraron cara a cara, Yoshimura no pudo contener su adrenalina.

Los rumores sobre Hijikata eran ciertos. Los dos se pelearon a empujones en la oficina de la yakuza, pero el mafioso finalmente se dio por vencido y dejó que Yoshimura lo esposara. Esa breve pelea fue suficiente para que Yoshimura entendiera cuán poderoso era Hijikata. No había nadie más así, ni siquiera en judo. Y Hijikata no se había tomado la pelea en serio. Estaba dando vueltas, sonriendo e irradiando confianza. Debajo de la piel tatuada, sus músculos ondulantes dormían, esperando para atacar. No era el tipo de persona a la que quisieras enfrentarte sin respaldo. Un arma de fuego sería la única opción.

La fuerza y ferocidad de Hijikata eran famosas, incluso entre sus compañeros yakuza. Si no tuvieras en cuenta sus bromas con los policías, nunca perdería una verdadera pelea.

Y ahora estaba muerto. Así.

Según el forense, Hijikata medía ciento setenta y seis centímetros y pesaba ciento dos kilogramos. Sin embargo, lo levantaron del suelo con una mano, lo golpearon contra el techo y le rompieron el cuello. El inspector Yoshimura todavía visitaba activamente el dojo de judo en la sede de la policía para hacer ejercicio, y no podía creer este estado de cosas. Nadie era tan poderoso. ¿Cuánta fuerza de agarre, brazo y espalda se necesitaría para lograr tal cosa? Sin mencionar la fuerza instantánea. Contra un hombre como Kozo Hijikata, nada menos.

Si este niño de trece años lo mató, entonces no era más que un monstruo. La policía sabía que Hijikata tenía un hijo, pero no tenía antecedentes penales y no le habían prestado atención.

Y pensar que estaba criando a un niño así, pensó Yoshimura. "Eso es suficiente. Relajarse."

Koshimo dejó de flexionarse.

"Levántate," ordenó Yoshimura.

"Volvamos a poner las esposas, por si acaso", dijo el asistente del inspector Terashima.

"No, esta bien." Yoshimura miró fijamente a los ojos de Koshimo. "Pórtate bien. ¿Lo tengo? Ahora ponte de pie.

Koshimo deslizó hoscamente la silla con estructura de tubo hacia atrás, provocando un chillido desagradable, y se puso de pie lentamente. La cuerda todavía estaba atada alrededor de la pata de la mesa. Medía seis pies y dos. Su cabeza se acercó al techo, y cuando miró hacia la puerta, su mirada viajó directamente sobre la cabeza del inspector Yoshimura. Yoshimura miró al chico.

"¿Seré condenado a muerte?" preguntó Koshimo.

Yoshimura no respondió de inmediato. Miró a Koshimo a los ojos y luego dijo: "Después de un examen en el hospital, serás juzgado. Dependiendo de los resultados, podrías ir al reformatorio.

Debido a que solo tiene trece años, probablemente irá a un centro de detención Tipo-Uno, pensó Yoshimura. Recibiría una educación correctiva y volvería a salir en unos pocos años. Pero, si es posible, sería mejor que el niño nunca saliera.

"Oh, sí", dijo Koshimo. "¿Podré jugar baloncesto?"

Yoshimura lo miró fijamente. "Piensa en lo que has hecho antes de hablar".

"Fue culpa del *padre*", dijo *Koshimo*. "Él mató el baloncesto. Era mi amigo."

La habitación estaba en silencio. Los tres agentes de policía miraron al niño de trece años y pensaron en los largos, largos días que le esperaban.

"No he visto a ese tipo por aquí".

"Sí, me pregunto a dónde fue".

Después de que enviaron a *Koshimo* al centro de detención juvenil de Sagamihara en agosto de 2015, los niños que pasaron por el parque Mizonokuchi al anochecer notaron que Golem se había ido.

Estaban decepcionados de que una de sus leyendas urbanas favoritas hubiera desaparecido repentinamente. Lo más probable es que Golem viviera en las alcantarillas y subiera a la superficie desde las alcantarillas. Lanzó la pelota de baloncesto contra los árboles para aturdir a los insectos y pájaros y poder comérselos.

Incluso después de desaparecer, Golem siguió siendo un tema de discusión entre los niños durante un tiempo. Algunos de ellos incluso patearon balones de fútbol contra el tronco de un árbol para imitarlo.

Pero eventualmente, toda mención de él se extinguió. Una vez que surgió una nueva historia sobre un cocodrilo de cuatro ojos que vivía en el río Tama, lo olvidaron por completo.

08

chicueyi

Ejecuciones, asesinatos, cadáveres...

Hombres y mujeres colgaban del puente sin la cabeza, el sacerdote y la procesión fueron rociados con metralletas mientras realizaban un funeral solemne en el cementerio: la **realidad**.

Asesinatos, retribución, sacrificio...

Un autobús escolar en llamas, padres que gritan, helicópteros dando vueltas, **realidad**, coches de policía blindados acelerando por el camino a la escuela.

Pesadillas, atrocidades, cuerpos...

Edificios bombardeados, miembros esparcidos por el suelo, vísceras derramadas, **realidad**, una camioneta cargada de cocaína circulando sobre un fondo de humo negro.

En la **guerra contra las drogas**, la maldita **realidad** que enfrentaba el país, la batalla en Nuevo Laredo, Tamaulipas, en el noreste de México, fue la peor. La desesperación cubrió la tierra, y los vientos crueles de la muerte soplaron por todas las calles. La guerra abierta entre dos cárteles había convertido la ciudad en un infierno.

Al otro lado de la frontera en Estados Unidos, el *San Antonio Journal* dijo lo siguiente en la edición matutina de su periódico del 11 de septiembre de 2015:

La última guerra contra las drogas está llegando a su etapa final después de dos años de lucha. Al igual que Culiacán, Sinaloa en el noroeste de México, la nueva zona sin ley es Nuevo Laredo, Tamaulipas, en el noreste. Los ciudadanos llevan su vida, los perros pasean por las calles, los coches pasan y los semáforos funcionan, pero el peligro que acecha por toda la ciudad es inconmensurable.

Justo al otro lado de la frontera con Texas, Nuevo Laredo está conectado con la ruta del oro, la Interestatal 35. Este vasto tramo de carretera que va hasta Minnesota transporta el cuarenta por ciento de todas las drogas contrabandeadas a Estados Unidos desde México. Eso trae una cantidad astronómica de dinero a los bolsillos de los narcotraficantes. Incluso si la actual guerra contra las drogas en el noreste de México se resuelve sola, la cantidad de cocaína no cambiará, solo la red de conexiones que la suministran y el nombre del cartel.

Las fuerzas que tomaron el control del noroeste están esperando su momento, observando la guerra en el noreste. El cártel con base en Sinaloa maneja la mitad de las drogas que se contrabandean aquí desde México, y están más que felices de ver cómo sus rivales se enfrentan. Cuanta más fuerza pierdan los demás, más crecerá su propio territorio.

Los viejos tiranos del noreste, Los Casasolas, están en declive, destinados a seguir el camino del Tyrannosaurus Rex. Pronto llegará la era del Cartel Dogo.

La cantidad de cocaína que cruza la frontera no cambiará. Y tampoco lo será el estatus de Estados Unidos como el mercado más grande.

Diario San Antonio

Nacidos en Veracruz, los hermanos Casasola avanzaron hacia el noreste de México y convirtieron a Los Casasolas en una operación masiva durante dos décadas, pero su territorio estaba siendo devorado por el nuevo Cartel Dogo, lo que provocó una guerra de pandillas en 2013.

Cualquiera que hubiera desafiado a Los Casasolas en el pasado se extinguió. Esta nueva guerra contra las drogas llamó la atención de las autoridades mexicanas, así como de la DEA y la CIA en la frontera.

El líder del Cartel Dogo no era mexicano. Nació en Argentina y nombró a su cartel en honor al orgulloso Dogo Argentino, una raza de perro de pelea que podría matar a un puma.

Su elección del mejor perro de pelea del mundo como símbolo fue apropiada. El Cartel Dogo poseía una naturaleza agresiva; una vez que hincaron el diente en Los Casasolas, se negaron a dejarlo ir, independientemente de cualquier retribución.

No pasaba un día sin que los dos cárteles se enzarzaran en un tiroteo en las calles de Nuevo Laredo, derramando sangre y cartuchos vacíos sobre el asfalto, y sembrando la muerte a su paso.

Dondequiera que encontraban a sus enemigos, comenzaban a disparar, maldita sea la población civil.

Más de cincuenta narcos se enfrentaron en una batalla urbana, dejando todos los edificios en un radio de cincuenta metros acribillados a balazos. Dieciocho pasajeros murieron dentro de un *pesero*, un minibús atrapado en el fuego cruzado, sus ventanas y cuerpo no pudieron detener las balas. Algunos disparos alcanzaron una camioneta que transportaba a algunos jóvenes jugadores de béisbol prometedores, matando a dos. Su equipo celebró un solemne juego conmemorativo, pero nadie habló mal de los cárteles. Nadie se atrevió a mencionar sus nombres.

La guerra solo empeoró hasta el punto de que los periódicos locales no hablaron más de ella. Lamentaron a los muertos en sus portadas, pero ni un solo artículo decía la verdad sobre los cárteles responsables.

Los Casasolas y Cartel del Dogo.

Palabras que deberían haber adornado la portada todos los días pero que nunca se publicaron por temor a represalias.

Ayoze Rubiales, 55 años, periodista.

Tomás Tellechéa, 41 años, periodista.

Perpétua Lucientes, 33, periodista.

Viviano Frías, 27, escritor/bloguero.

Ángel Garza, 38, productor de canal de televisión.

La lista de personas que valientemente criticaron la guerra de los cárteles y fueron amenazados y ejecutados sumariamente por ello no tenía fin. Sus voces fueron enterradas bajo tierra fría, y la sangre que corría por las calles sobre ellos presagiaba la muerte de cosas magnánimas como la ley, el orden y el periodismo.

La autocensura de los medios sobre los temas de los cárteles comenzó tras la muerte del autor superventas Casimiro San Martín, quien tenía su propia red de información y visiones humanísticas. Criticó duramente la relación corrupta entre Los Casasolas y la policía local.

El cártel mató fácilmente a los once guardaespaldas de Casimiro y lo secuestró. No se le volvió a ver hasta cinco días después, en una planta procesadora de chile. El estado del cuerpo era tan lamentable que incluso los investigadores acostumbrados a la crueldad de los narcos tuvieron dificultades para examinarlo.

Brazo derecho, brazo izquierdo, pierna derecha, pierna izquierda: ninguno de ellos era reconocible. El equipo forense llegó a la conclusión de que habían congelado las extremidades del autor de setenta y tres años mientras aún estaba vivo y luego las habían aplastado con algo duro, como un martillo. La causa oficial de la muerte fue el shock por la pérdida de sangre, pero seguramente el terror y la agonía habían detenido el corazón del anciano antes de eso. Eso siempre sería una conjetura educada, porque no pudieron encontrar el corazón para confirmarlo. Fue tallado en su cuerpo, dejando una cavidad vacía en su pecho.

Los narcos de Los Casasolas lanzaron una granada a través del vidrio blindado de un Jeep del Cartel Dogo.

Incapaz de evitar el automóvil volcado e incendiado, los vehículos detrás de él se amontonaron rápidamente. Los hombres de Casasola rápidamente llovieron a sus enemigos con balas, lanzando una granada de mano ocasional. Una vez que se quedaron sin artillería, se acercaron a los autos, buscaron a alguien que aún respirara y los arrastraron a la intemperie, donde les arrancaron la ropa y les cortaron las arterias carótidas. Grabar ejecuciones y ponerlas en Internet era una actividad habitual en este momento; el Cartel Dogo hizo lo mismo. Pero no hubo tiempo para quedarse filmando durante una batalla tan feroz como esta. Tenían que concentrarse en matar lo más rápido posible, antes de que llegaran los refuerzos enemigos. Mataron seres humanos vivos con la eficacia e impunidad de sacrificar ganado o aplastar insectos. Era el límite extremo de la violencia, del terror sin límites, un infierno sin fin. La sangre cubrió la calle.

Cuando llegaron las fuerzas especiales de la policía, Los Casasolas intercambió disparos con ellos pero se retiraron en gran medida. Habían gastado una cantidad extravagante de municiones en sus rivales, pero hacer lo mismo con la policía sería una pérdida de gastos. Ese era el sabor particular del pragmatismo que favorecían los cárteles. Al final, todo fue un negocio.

Combatir a la policía con sus cascos y chalecos blindados significaría gastar miles, incluso decenas de miles de balas. Pero si atacaste a oficiales individuales en su camino hacia o desde el trabajo, podrías eliminarlos con solo un puñado. Para eso enviaron los carteles a sus *sicarios*.

Aísle y elimine a cada oficial al mando, uno a la vez, y mate también a sus familias. Al colocar un objetivo en la mira los 365 días del año, los cárteles pudieron mantener a los policías asustados y apaciguados. Los fiscales y jueces hostiles podrían ser presionados de manera similar. Mantendrían el calor hasta que sus objetivos desistieran y huyeran a la tierra de *los gringos*. De lo contrario, sería solo otro cuerpo para agregar a la cuenta.

Cuatro hermanos dirigían Los Casasolas.

“La Pirámide”, Bernardo Casasola.

“El Jaguar”, Giovanni Casasola.

“El Polvo”, Valmiro Casasola.

“El Dedo”, Duilio Casasola.

Sus enemigos, el Cartel Dogo, construyeron un sistema de interceptación de comunicaciones que rivalizaba con el de la DEA estadounidense y pudieron precisar las coordenadas del escondite de Los Casasolas, una mansión en las afueras de la ciudad, y atacaron de una manera que los cuatro hermanos nunca esperaron.

A las cuatro de la mañana del 9 de septiembre de 2015, llevaron a cabo un bombardeo con drones del tipo que los estadounidenses hacían todo el tiempo en el Medio Oriente.

El dron era enorme, con una envergadura de ocho metros, y zumbaba en la oscuridad. Arrojó una bomba militar de quinientas libras sobre la mansión, haciéndola explotar en pedazos. Bernardo y Giovanni, el primer y segundo hermano, no sobrevivieron a la explosión inicial. Todo lo que quedaba de ellos eran pedazos de carne quemada, nada a lo que se le pudiera dar un entierro apropiado.

El tercer hermano, Valmiro Casasola, escapó del ataque por casualidad. No pudo dormir, salió a fumar un cigarro y terminó hablando con el centinela de la puerta. Cuando se dio la vuelta para ver explotar la mansión, su pensamiento inicial fue que habían sido alcanzados por un misil aire-tierra. Así que ya estaba mirando al cielo cuando su subordinado llegó corriendo por los terrenos, señalando al aire y gritando.

Basándose en el tamaño de la silueta del dron recortada contra la luna y las estrellas, Valmiro creía que el ataque podría haber venido de la SEMAR, la Armada de México. Sin embargo, la Marina no renunciaría a ningún intento de capturar objetivos y optaría por bombardearlos.

Debe ser el Cártel Dogo, pensó Valmiro.

Su esposa e hijos estaban escondidos en el sótano de la mansión. Su túnel de escape se derrumbó, bloqueado por hormigón, por lo que por decisión del cuarto hermano, Duilio Casasola, la familia fue enviada de regreso al nivel del suelo.

Valmiro podía ver la sangre brotando de la cabeza de su hermano. Duilio llevaba un AR-18, un rifle de asalto estadounidense. Lo que más le gustaba hacer era alimentar a los cerdos con los dedos de sus enemigos vivos. Por eso le decían El Dedo, "El Dedo".

"¡Pinche cabrón!" Duilio maldijo, cargando a todas las familias de los hermanos en vehículos blindados. Había un Grand Cherokee y tres Range Rover. *"¡Vamos! ¡Vamos!"*

"No, alto", advirtió Valmiro, pero cayó una segunda bomba, sacudiendo el suelo y derribando árboles. Una bola de fuego estalló, borrando el rostro de Duilio.

El automóvil que transportaba a la esposa y los hijos de Valmiro acababa de salir sin problemas. Un segundo dron enorme lo persiguió. Su seguimiento fue preciso; uno de los hombres de Casasola en el Cherokee se asomó por la ventana y apuntó con un lanzador antitanque de fabricación rusa, pero el dron ya había dejado caer su carga útil en las coordenadas calculadas. Los cuatro autos volaron por los aires. La explosión destrozó el suelo y cobró la vida de todos los que estaban cerca.

La radio de Valmiro vibró con una advertencia de que los vehículos del Cartel Dogo estaban en camino, pero ya era demasiado tarde. La línea de faros ya era visible.

Agarró un puñado de pistolas y granadas, las arrojó a una camioneta Ram 1500 y aceleró por el camino del bosque bajo el cielo antes del amanecer, con disparos resonando detrás de él. Mantuvo el pie en el acelerador y consideró la cámara de alta resolución con la que seguramente estaría equipado el gran dron.

¿Será capaz de identificar mi cara? Probablemente. Así seguirá.

Valmiro huyó del escondite de la mansión a un lote baldío a unos treinta y un kilómetros de distancia y escondió la camioneta dentro de un cobertizo que había sido abandonado por el ocupante anterior. Dejar el coche donde se viera el techo lo convertiría en un blanco fácil. Ni siquiera tuvo un momento para llorar a su familia. Valmiro rápidamente se tumbó boca abajo en la hierba alta y, mirando cuidadosamente a su alrededor, llamó por radio a su subordinado, Andrés Mejía.

Cuando apareció Andrés, traía binoculares y una mochila llena de C-4. Apuntó los binoculares hacia el cielo cada vez más brillante, observando el elegante zumbido.

“Ese es un dron militar”, dijo Andrés, “pero no es de la fuerza aérea. Se parece mucho a un Boeing X-45 para mí”.

Andrés había estado en el ejército mexicano antes de convertirse en narco y sabía bastante sobre armamento. Le entregó los binoculares a Valmiro, quien miró a través de los lentes. La espeluznante nave tenía casi ocho metros de largo, con un cuerpo gris y sin ventanas. Dio la vuelta al cielo sobre Nuevo Laredo. Estaba claro lo que buscaba el Cartel Dogo.

Han visto las imágenes de mí escapando.

El Polvo: El Polvo. Era un apodo conocido entre los narcos, las fuerzas del orden y el mundo en general. Era el más vicioso de los cuatro hermanos que dirigían Los Casasolas. El Cartel Dogo había matado a tres de los hermanos, pero aún no habían terminado el trabajo.

Valmiro y Andrés esperaron a que terminara la búsqueda del gran dron y luego se dirigieron hacia el centro de la ciudad. No los seguiría allí. De vuelta en la Ram 1500, pasaron menos de cinco minutos hasta que los vehículos Dogo los vieron y se desató un feroz tiroteo. El parabrisas de vidrio reforzado de la camioneta se agrietó y se puso blanco, como si estuviera empañado por el rocío de la mañana, antes de hacerse añicos. Los neumáticos reventaron y la camioneta patinó.

Los dos hombres saltaron del auto y devolvieron el fuego. Andrés disparó su arma y arrojó una granada pero rápidamente recibió una bala en su hombro derecho; la sangre salpicó la mejilla de Valmiro. Andrés se derrumbó en el suelo y se alejó gateando. Las balas enemigas rebotaban en el asfalto y vibraban contra las señales de tráfico.

Valmiro sabía que no podía salvar a Andrés. Agarró la mochila llena de C-4 y corrió en sentido contrario, hacia la carretera. Eventualmente, vio un camión Toyota detenido en el arcén. El joven granjero propietario acababa de terminar de atar una sábana sobre la pila de chiles en la cama. Valmiro le disparó en la cabeza y dejó caer su cuerpo al suelo, luego se quitó el sombrero y lo usó para ocultar su rostro lo mejor que pudo.

Dentro del camión, la esposa del granjero estaba sentada en el asiento del pasajero. Valmiro le disparó en la cara, abrió la puerta y pateó su cuerpo. Rápidamente salió de la camioneta y levantó la sábana sobre la cama para revisar el contenido. Le preocupaba que la pareja pudiera haber tenido un hijo allí, pero era solo una montaña de chiles. Valmiro volvió al asiento del conductor.

Condujo hasta una gasolinera de autoservicio.

Valmiro detuvo el camión en la esquina del lote y se compró un paquete de chicles en una máquina expendedora. Luego abrió la mochila para comprobar el número de teléfono del detonador C-4. Estaba conectado a un teléfono inteligente y llamarlo activó la bomba. El C-4 no explotó por el contacto con las balas o por haber sido incendiado. El detonador fue necesario para hacerlo estallar. Una vez que memorizó el número, Valmiro insertó el detonador en uno de los bloques explosivos de plástico envueltos individualmente, lo enterró bajo la montaña de chiles y dejó atrás la gasolinera.

Condujo hacia el este. Cuando encontró el puesto de arte popular que estaba buscando, salió de la carretera, levantó el sombrero de granjero para tener una mejor vista periférica y luego llamó a Andrés por su transceptor inalámbrico.

“Ven al puesto de arte popular”, dijo. “Donde está el letrero del cactus”.

Lo más probable es que a Andrés lo mataran a tiros o lo torturaran y lo mataran. El mensaje de Valmiro no iba dirigido a él, sino al Cartel Dogo, que había recogido su radio.

A la una de la tarde, bajo el cielo nuboso de la época de los monzones, y con el puesto de arte popular con el cartel en forma de cactus a la vista, Valmiro Casasola se examinó la cara en el retrovisor del Toyota. Masticó un chicle de la máquina expendedora, lo escupió y se lo puso en la frente para evitar que la sangre le llegara a los ojos.

Respiró hondo y exhaló. Tenía cuarenta y seis años, pero todavía conservaba su resistencia y su fuerza de voluntad era feroz. No podrías sobrevivir como narco sin esas cualidades. Sus hermanos, sus hombres, su esposa, su hijo y su hija estaban muertos, pero él no suplicaría al cielo y preguntaría: "¿Por qué, Dios?" ni se sentaría en la iglesia y lloraría. Eso era para la gente común.

El momento en que mataron a mi familia fue el momento en que comenzó mi larga búsqueda de venganza. Dios mío no perdona el pecado, pensó Valmiro. El suyo era el dios de la batalla que trascendía al mismo infierno. Yohualli Ehecatl, Noche y Viento; Titlacauan, somos sus esclavos; Tezcatlipoca, el espejo humeante.

Comprobó las balas que quedaban en las dos pistolas que tenía sobre el regazo. Cuatro disparos en la Glock 19 de fabricación austriaca y tres en la metralleta suiza TP9. Ambos utilizaron la misma munición: proyectiles Parabellum de 9 × 19 mm.

Valmiro quitó las balas del TP9 y las movió a la Glock 19. El SMG tenía mayor velocidad y alcance inicial, pero considerando lo que estaba a punto de hacer, era mejor poner toda la munición en la pistola, que era más fácil de disparar. fuego.

Apretó la pistola y se tumbó en el asiento, ralentizando su respiración. No le llegaba ningún sonido por el oído izquierdo: la onda expansiva del bombardeo le había roto el tímpano. Valmiro se sintió mareado. Quizás su oído interno y sus conductos semicirculares estaban dañados, arruinando su sentido del equilibrio. No se había sentido tan mal desde aquella noche en Colombia.

Hace siete años, había viajado en un pequeño submarino organizado por un cartel colombiano. La embarcación fue construida en la jungla y podía transportar seis pasajeros y su cocaína bajo el agua. Su interior era tan estrecho como la celda de una prisión, y el oxígeno era escaso. Durante la travesía por el fondo del Golfo de México, uno de los colombianos vomitó y cayó inconsciente. Un hedor pútrido a vómito llenó la nave, pero no pudo salir a la superficie debido a la vigilancia de la SEMAR, y no había ventilación. Finalmente, el hombre que vomitó recobró el sentido, pero sus compatriotas colombianos estaban tan furiosos con él que le dispararon tan pronto como regresaron a tierra.

Ese ataúd de acero era horrible, pero al menos viajábamos por el agua, pensó Valmiro. Es peor ahora.

El barco se hundió.

El *barco*, su barco, era el cartel. Y cuando se hundió, se llevó todo consigo. Todo.

Valmiro se hundió en el asiento del conductor de la camioneta y miró el cartel de cactus, esperando. Una vez, los turistas extranjeros habían acudido en masa a esta tienda de arte popular para comprar artículos relacionados con el Día de los Muertos: muñecas esqueléticas, altares, calaveras de azúcar. Incluso cuando faltaban meses para noviembre, las habilidades coloridas se vendían como dulces. Ya no había turistas. El piso considerable del edificio estaba vacío y abandonado. Ahora los únicos clientes eran los lugareños. Compraron los baldes y mangueras y escobas que adquirió el gerente para limpiar el lugar.

Un automóvil se detuvo en el estacionamiento de la tienda de arte popular. Cuando se detuvo, salieron un anciano y una anciana, junto con su pequeño nieto. Tenía unos siete años y acunaba un batimóvil en sus brazos con tanta delicadeza como si fuera un cachorro. El superdeportivo de Batman parecía demasiado grande para ser un juguete para niños y, para Valmiro, las gruesas llantas parecían tan grandes como rodajas de naranja. Quizás era un coche RC.

El anciano miró a su alrededor y acompañó a su esposa ya su nieto a través de la puerta bajo el gran letrero de cactus. Un minuto después, aparecieron cinco autos llenos de narcos del Cartel Dogo, como para burlarse del destino de los visitantes. Hombres armados que buscaban a El Polvo entraron a la tienda, dejando afuera a tres guardias.

Valmiro encendió el motor de la camioneta, apuntó hacia la tienda y presionó el acelerador. Cuando los guardias empezaron a dispararle, se agachó, se acurrucó y saltó por la puerta abierta.

Tenía mucha experiencia saltando de un automóvil en movimiento cuando era joven. Uno de los métodos probados y verdaderos de contrabando en México era conducir una camioneta cargada de cocaína desde un acantilado hacia el océano, donde los socios comerciales esperaban con lanchas a motor para recoger el producto mientras flotaba en las olas. Valmiro y otros mantendrían sus manos en el volante y apostarían dinero para ver quién podía permanecer más tiempo en el auto. Era un juego de gallina. Marcarían el lugar donde saltaste con tiza.

Después de rodar por el estacionamiento de la tienda de arte popular, Valmiro se arrodilló y apretó el gatillo de la Glock, contando las balas.

Siete, seis, cinco...

Le disparó a uno de los guardias que trató de esquivar el camión no tripulado, le disparó en la cabeza a otro que lo disparó con un MP5 y golpeó al tercer hombre en el estómago con su sexto disparo. El último intentó volver a levantarse, pero en lugar de acabar con él, Valmiro pulsó el botón de llamada de su smartphone.

El camión se estrelló contra el edificio justo en el momento en que explotaba el C-4 enterrado bajo la montaña de chiles. Las ventanas se hicieron añicos hacia afuera y el asfalto tembló. Salió humo negro y el letrero de cactus se derrumbó mientras ardía. Una rata salió disparada del edificio devastado, cubierta de llamas. Corrió por el estacionamiento hacia Valmiro y giró en círculos, ardiendo horriblemente. Valmiro se dio cuenta de que no era una rata sino una llanta de un Batimóvil de juguete.

09

chiucnähui

No había salido solo con una sola bala en su arma desde que era un niño; se sentía como una mala broma. Valmiro tomó autobús tras autobús, haciendo llamadas a ciudades de Texas. No estaba teniendo conversaciones, solo registrando llamadas telefónicas. Los Casasolas tenían varias bases en todo el estado. Estaba Laredo, justo al otro lado del Río Bravo (que los *gringos* llamaban Río Grande) de Nuevo Laredo, y luego Del Río, Austin y Dallas.

¿A dónde iría un hombre de Nuevo Laredo después de que destruyeron su escondite, mataron a sus hermanos y huyó de los aviones no tripulados? Valmiro estaba seguro de que los Dogos creían que había corrido hacia el norte. Pensaron que El Polvo huiría a América derrotado.

Después de todo, Nuevo Laredo estaba justo al lado de la frontera. Texas estaba mucho más cerca que el hogar de los hermanos Casasola en Veracruz. Como mínimo, si Valmiro estuviera en Estados Unidos, no tendría que preocuparse por los enormes drones que lo persiguen en un entorno urbano. Sabiendo que tenían sus comunicaciones intervenidas, envió al Cartel Dogo a husmear alrededor de la frontera entre Texas y Tamaulipas, luego arrojó su teléfono inteligente por un callejón.

Teodoro Forqué, de 16 años, mejor conocido como Lolo, trabajaba en una pequeña *carnicería* en Nuevo Laredo. Venía a Los Casasolas, e incluso trabajaba como vendedor ambulante. Si bien no fue visto como un miembro del cartel, al menos se le conocía un poco dentro del elemento criminal del área. Lolo tenía que mantener a su familia, pero era tan pobre que ni siquiera podía comprarse un arma. Aun así, soñaba con ser un narco de Los Casasolas y ganar mucho dinero algún día.

El padre de Lolo era un entrenador en el hipódromo que tuvo problemas con las drogas. Un hombre del Cartel Dogo llamado Sancho lo mató. Lolo esperaba vengarse, pero Sancho murió poco después.

Un traficante mayor le dijo a Lolo que fue El Polvo quien lo mató. “Eso significa que Sancho pasó por la tortura habitual. Tu viejo ha sido vengado. Valmiro, “El Polvo”, sí había asesinado a Sancho, pero no tenía nada que ver con la muerte del padre de Lolo. Aún así, trajo luz al corazón de Lolo. *¡Uno de los hermanos que dirige Los Casasolas, el cártel más poderoso de todo México, vengó a mi padre!*

Cuando El Polvo, esa figura misteriosa y lejana, apareció sin previo aviso, Lolo apenas pestañeó. No tenía idea de cómo se veía Valmiro en realidad.

"¿De quién es esa bicicleta?" preguntó Valmiro. Una Bajaj CT 100, una motocicleta india, estaba sentada en el frente.

“Mía”, dijo Lolo.

Valmiro sacó un billete de papel. Cuando vio la cantidad, Lolo se regocijó en silencio. Casi se sentía irreal. Ahora podría comprar un arma. No un préstamo sino el suyo propio. Era el primer paso para ser un verdadero narco.

“Cómprate uno nuevo”, dijo Valmiro, entregándole el dinero. “¿Tienes un casco completo que cubre la cara? Te lo compraré a ti también. Y quiero un poco de agua.

Después de saciar su sed con el vaso de agua que le trajo Lolo, Valmiro se alisó el pelo hacia atrás y se lavó la cara hasta que el corte que tenía en la frente dejó de sangrar. Luego tomó la llave, se sentó en la bicicleta que acababa de comprar y revisó el nivel de gasolina.

Lolo preguntó en voz baja: “¿Hay algo más que necesite, *señor?* ¿Algo *de coca?*”

Valmiro negó con la cabeza, se puso el casco integral sobre la cabeza y encendió el motor. “*Hasta luego*”, dijo.

Valmiro se dirigió hacia el sur por la Carretera Federal 2 a lo largo del caudal del Río Bravo. Observó el paisaje que pasaba a través del parabrisas del casco, imaginó su ruta de escape y pensó en los muchos días difíciles que le esperaban. Huiría tan lejos como fuera necesario, y una vez que hubiera vuelto a acumular poder, se vengaría del Cartel Dogo por matar a su familia. Incluso asesinaría a aquellos que suplicaran por sus vidas. *Llevará años volver a armar el cartel y recuperar nuestra plaza. Pero lo haré todo.*

La palabra *desesperación* no significaba nada para Valmiro. Aceptó la crueldad del mundo, ofreció su sangre a su dios y caminó con orgullo por el infierno como un guerrero. Estaba acostumbrado al dolor. Estaba acostumbrado a rezarle a su dios azteca ya caminar codo con codo en la agonía.

Doscientos sesenta y siete kilómetros después, Valmiro llegó a Reynosa y se detuvo en un *mercado*. Dejó la bicicleta en la entrada del mercado lleno de gente, se quitó el casco y lo dejó colgando llamativamente en el manillar. La llave todavía estaba en el motor. Caminó un poco hasta el *mercado* y se dio la vuelta a tiempo para ver a un joven con una camiseta andrajosa que se alejaba a toda prisa con la bicicleta.

Sólo llévatelo lo más lejos que puedas, le instó Valmiro en silencio.

Le dijo a un vendedor de cactus que había perdido su teléfono celular y le pagó al hombre para que le prestara una vieja BlackBerry. Valmiro llamó a Miguel Trueba, un detective de la policía. Miguel era un informante del cártel que trabajaba dentro de la Policía de Reynosa.

Valmiro le dijo dónde se encontrarían, borró la llamada del historial del teléfono y luego le devolvió la BlackBerry al hombre.

Caminó por el bullicioso mercado y compró una torta prefabricada en un puesto. En lugar de cambio, pidió un juego de guantes de cocina de plástico y saboreó el sabor de la carne de res y el aguacate mientras paseaba entre la multitud.

Compró una camisa y unos pantalones, luego un cuchillo de cocina en otra tienda y una linterna china barata en otra más.

A medida que avanzaba hacia el oeste, la multitud disminuyó, hasta que finalmente se extinguió cerca de una iglesia. Valmiro entró en la capilla, entró en el confesionario, quitó el panel del suelo y descendió unas escaleras que conducían al subsuelo.

El canal que se dirigía al este por debajo de Reynosa era conocido como Cuetzpalin entre los miembros principales de Casasolas. Eso significaba *lagarto* en náhuatl, el idioma del imperio azteca. Había lugares dentro de México donde todavía se hablaba hoy. *La abuela* de Valmiro era de una de esas regiones.

Los Casasolas tenía un túnel entre Tamaulipas y Texas, pero antes de participar en ese proyecto masivo, hicieron una excavación de prueba en Reynosa. Eso era Cuetzpalin, un pasaje subterráneo de setenta metros.

Valmiro encendió la linterna, bajó la cabeza y prosiguió. Hacía mucho frío dentro del túnel de ciento cincuenta centímetros de altura. Había comprado la ropa específicamente para esto; para cuando saliera, estaría cubierto de barro.

Una escalera de cuerda esperaba al final del pasillo, y Valmiro la subió a la superficie. Ahora estaba dentro de un almacén de sombreros. El espacio estaba lleno de cajas de cartón con todos los sombreros de diferentes colores que vendían en el *mercado*.

Cuando vio a Miguel Trueba esperándolo, Valmiro aplaudió y se sacudió la suciedad de la ropa.

Trueba había llegado en un todoterreno Ford Explorer con matrícula limpia, de esos reservados para emergencias como esta. Estaba fumando un cigarrillo, supuestamente lo había dejado hace años.

"¿Cómo está tu hija?" preguntó Valmiro.

"Bien", respondió Trueba con una sonrisa que incluso él sabía que parecía falsa.

Los Casasolas no tenían futuro. Se acercaba una nueva era y Trueba estaba preocupada. *¿Debo matar a El Polvo, Valmiro Casasola, aquí y ahora? Si voy a hacerlo, este es el momento. Si es el último sobreviviente de Los Casasolas, ese será el final. Pero no hay forma de saberlo con certeza. Si alguno de sus hombres todavía está al acecho, vendrá por mí. Enviarán sicarios a su internado en la Ciudad de México y le infligirán el infierno.*

Trueba era jefe de patrulla y, a cambio de ayudar a Los Casasolas, recibió suficiente dinero para comprar un auto nuevo, criar a sus cinco hijas y pagar el cuidado de su anciana madre. Su hijo mayor asistió a la escuela privada en la Ciudad de México con dinero del cartel.

Podría haberle disparado a Valmiro en el almacén en cualquier momento, pero ni siquiera sacó su arma. Le dio a Valmiro la llave del vehículo de escape y una identificación falsa, así como el nombre y la hora de salida del barco frigorífico que había arreglado en Veracruz hacia el sur.

"Estoy tan cansado." Valmiro suspiró, dejando caer la llave en su bolsillo. "Necesito limpiarme este sudor. ¿Tienes una toalla?"

"Un pañuelo."

Valmiro lo tomó y se limpió la cara. *“Gracias por todo”*, dijo, acercándose a Trueba y poniendo su brazo alrededor de la espalda del otro hombre. Fue un abrazo lateral al estilo mexicano. Trueba le devolvió el gesto pasando el brazo por la espalda de Valmiro.

Como un mago en un juego de manos, Valmiro abrió el pañuelo y lo colocó sobre la cabeza de Trueba. Ahora no recibiría ninguna salpicadura. Con su mano derecha, Valmiro sacó su pistola y la presionó contra la sien de Trueba, apretando el gatillo. Todo fue un movimiento suave. El disparo resonó por todo el almacén. El sucio policía se desplomó en el suelo de hormigón, con el pañuelo manchado de sangre y materia cerebral.

El Cartel Dogo lo habría matado eventualmente. Lo habrían olfateado, secuestrado y torturado para que revelara el destino de El Polvo. Lo supiera Trueba o no, para él sólo existía la muerte. Mientras Valmiro miraba el cuerpo, pensó: *Eras un buen hombre. Trabajaste duro y fielmente.*

Arrojó la Glock 19 a un lado, después de haber disparado su última bala, y sacó la pistola de la pistolera del sucio policía. Luego le arrancó la camisa al muerto. Se puso los guantes de plástico de preparación de alimentos del mercado y clavó el cuchillo que compró en el pecho del cadáver, trabajándolo verticalmente y poniendo su fuerza en él, hasta cercenarle el esternón. El sonido de aserrar y romper llenó el almacén, y la cabeza del hombre muerto colgaba de izquierda a derecha. Una vez que el robusto esternón se abrió de arriba abajo, Valmiro cortó las costillas intrusivas y luego metió el brazo en la cavidad que había creado. Todavía estaba caliente. El corazón estaba latiendo. La apretó con la mano izquierda y con el cuchillo de la derecha cortó la gruesa válvula aórtica. La sangre salió a borbotones, pero con la facilidad de la práctica, Valmiro levantó el corazón y lo colocó sobre la cara del cadáver. Luego ofreció una oración en náhuatl.

En ixtli en yollotl. Una cara y un corazón.

El rostro y el corazón del loco confundido quedaron así unidos, y Miguel Trueba fue sacrificado al dios de Valmiro.

Valmiro no creía en Jesucristo ni en la Santa Muerte, el santo de la muerte que era objeto de devoción de todos los narcos. En cambio, depositó su fe en un poder anterior a que los españoles acabaran con el Imperio azteca, mucho antes de que el cristianismo llegara a esta tierra.

10

mahtlactli

Tenía la intención de viajar al sur desde Tamaulipas; no en América. En lugar de seguir la ruta de contrabando del producto principal del cartel, la cocaína, se escondería moviéndose con su producto secundario: *el hielo*.

Ya sea en la motocicleta o encorvado bajo tierra en el Cuetzpalin, la mente de Valmiro trabajaba constantemente en su plan de escape.

Casi toda la cocaína del cártel iba al norte, a Estados Unidos, el mercado más grande, pero algunas de sus otras drogas iban al sur. El más grande de ellos fue *el hielo*.

Hielo, metanfetamina, un potente estimulante. A diferencia de la cocaína, que se deriva naturalmente de las hojas de coca, *el hielo* se fabrica mediante un proceso artificial y fue sintetizado por primera vez a partir de efedrina en 1893 por Nagai Nagayoshi, un químico y profesor japonés. En la década de 1930, se descubrió su capacidad para estimular el sistema nervioso, después de lo cual se vendió en Alemania como Pervitin y en Japón como Hiropon. A pesar del eventual reconocimiento de que la sustancia dañaba el cerebro y su posterior prohibición, se convirtió en un producto importante para los mercados negros de todo el mundo.

El *hielo* fabricado en el laboratorio de Los Casasolas en Tamaulipas se movía en gran medida a lo largo de dos rutas, ambas involucradas en el transporte marítimo.

La primera ruta de contrabando atravesó el Golfo de México, bajó por el Mar Caribe, llegó a Venezuela y luego viajó a Brasil.

El segundo sendero se movió hacia el sur sobre el Caribe, luego a través del Canal de Panamá y hacia el Pacífico. Después de escalar en Chile, fue traído por tierra a Argentina. En la ciudad capital de Buenos Aires, sería cargado nuevamente en un barco para cruzar el Pacífico Sur hacia Australia. Y el viaje no terminó ahí. El capitalismo de las drogas y las propiedades del libre mercado se entrelazaron como Ouroboros, extendiendo los productos hacia el exterior, de modo que las drogas producidas en México llegaron a destinos como Indonesia y Japón.

El plan de Valmiro para escapar del Cartel Dogo implicaba el uso de esa segunda ruta. Condujo el Ford Explorer de Miguel Trueba hacia el sur desde Reynosa hacia el puerto de Veracruz, donde lo esperaba el barco frigorífico.

La ciudad de Veracruz en el estado del mismo nombre fue donde crecieron los hermanos Casasola. Representaba las raíces de Valmiro y también era, en cierto sentido, el origen del México moderno. Aquí fue donde comenzó la historia de México y donde la historia de los aztecas se derrumbó.

En 1519, en lo que actualmente se conoce como el Golfo de México, un español dirigió tropas armadas para tocar tierra. Era un conquistador de rostro pálido y grisáceo y patillas tenues.

Hernán Cortés tenía entonces treinta y cuatro años. Creó un asentamiento junto al agua y lo llamó Villa Rica de la Vera Cruz, el rico pueblo de la verdadera cruz. Esta fue la base de lo que luego se convirtió en Veracruz.

Con una base establecida, las fuerzas de Cortés marcharon hacia el oeste a través del nuevo continente al que llamaron Tierra Firme. Las diversas tribus con las que se encontraron y lucharon en el camino sucumbieron a las armas modernas de los españoles, pero ofrecieron advertencias estridentes: no vayan al reino del oeste. Todos ustedes morirán.

Las ambiciones de Cortés excedieron las de incluso Diego Velázquez de Cuéllar, gobernador de Cuba. Quería conquistar el Reino Azteca, el más temible de toda Tierra Firme. Y tenía la intención de tomar todo el oro en posesión del rey *indio*.

“Las primeras personas que se llamaron *mexicas* fueron los aztecas”, le dijo *la abuela de Valmiro* cuando era joven. “Los españoles mataron al rey azteca y destruyeron el *teocalli*, el gran templo. Arruinaron la ciudad y construyeron sobre ella su palacio y el Zócalo. ¿Dónde supones que es eso? Sí, Ciudad de México. Antes de eso, era una ciudad llamada Tenochtitlan, un lugar hermoso como solo has visto en tus sueños. Se lo llevaron todo, pero los aztecas no permitieron que los conquistadores se apoderaran de ellos. Los españoles enfurecieron a los dioses aztecas. Solo pretendían ser absorbidos por la civilización del hombre blanco. En verdad, los dioses aztecas les están comiendo las entrañas desde dentro, cortándoles la cabeza. Esta guerra contra las drogas, nunca termina, ¿verdad? es una maldición Fueron los hombres orientales quienes trajeron el *opio*, pero solo porque los dioses aztecas los llamaron aquí. ¿Entender? El desastre forjado por lo divino cruza los océanos y se extiende por todo el mundo”.

Era septiembre en Veracruz, y la temperatura rondaba los noventa. Habían pasado cuatro meses desde que comenzó la temporada de lluvias. No hubo precipitaciones esa mañana, y las olas del Golfo de México brillaron. Cuando subió al barco frigorífico que se dirigía al Canal de Panamá, Valmiro se desabrochó dos botones de la camisa y se secó el sudor de la frente. Entrecerró los ojos para protegerse del sol y aspiró el aroma del mar y el hedor a pescado que se había instalado permanentemente en el barco.

Las moscas que zumbaban por la cubierta siguieron hacia el mar. Se posaron sobre la camisa de Valmiro, luego zumbaron un poco más antes de detenerse de nuevo. Miró el agua con su zumbido en su oído, sólo el derecho, porque su izquierdo todavía estaba sordo. Era hora de que descansara. Valmiro dejó que sus ojos se cerraran lentamente. En su sueño, los jaguares corrían por el paisaje, las águilas alzaban vuelo y las serpientes se deslizaban por el polvo del desierto y luego se levantaban para atacar.

La *abuela* que amaba mucho a Valmiro y sus hermanos y los cuidaba como una madre se llamaba Libertad. Era un nombre español que le dio su familia, probablemente cuando tenía tres o cuatro años, porque en esta época, era más fácil tener uno de esos.

Antes de que le pusieran el nombre de Libertad, su familia y los demás aldeanos la llamaban Quiahuitl, la palabra náhuatl para *lluvia*. A veces la llamaban Ome Quiahuitl, “Dos Lluvias”, por la fecha de su nacimiento en el calendario azteca. Pero ambos eran apodos. Su verdadero nombre era Tezcaquiahuitl, “Lluvia de Espejos”.

Libertad era una *indígena* nacida en Catemaco, Veracruz, un lugar ubicado en un lago donde todavía vivían los descendientes de los olmecas, mayas y aztecas. A estas personas inicialmente se les conocía como *indios*, pero con el paso del tiempo, el término fue reemplazado por *indígena*, que no se consideraba un insulto de la misma manera. Pero Libertad y muchos de los aldeanos les dijeron a los blancos y *mestizos* que de todos modos eran *indios*.

Algunos de los antiguos rituales aztecas sobrevivieron en su pueblo. Los *brujos*, guardianes de los caminos ocultos, hablaban en una mezcla de español y náhuatl, contando historias de la mitología azteca por la noche, encendiendo fuegos, quemando incienso de copal y realizando rituales lo suficientemente menores como para no ser clausurados por las autoridades mexicanas. Si hicieran *verdaderos* rituales aztecas, todo el pueblo sería detenido y arrestado.

Por tenue que fuera el fuego o la voluta de humo, si contenía el poder sagrado de *los brujos*, era un gran espectáculo a los ojos de la joven Libertad. Podía ver el enorme resplandor del *teocalli perdido* y el vórtice de humo que envolvía las estatuas de los dioses alrededor del altar. Cuando se combinó con los susurros de los *brujos*, Libertad encontró que el universo azteca se abría ante ella, dándole la bienvenida y alimentando su alma.

Habiendo sentido el verdadero poder sagrado por sí misma, Libertad despreció los rituales que se celebraban en cada pueblo como espectáculos para atraer a los turistas. Eran llamativos, pero vacíos, y no abrían la puerta al misterioso mundo de los sueños de ninguna manera. Libertad llegó a la casa de uno de estos *brujos de feria*, se paró en la puerta y lo acusó de mentiroso y charlatán. “¡Mentirosos!” escupió, y en buena medida, incluyó el náhuatl “*¡iztlacatqui!*” también. “Que te devoren los dioses de los mexicas”.

El *brujo* asomó la cabeza por la ventana y arrojó granos de cacao rituales y raíces secas de pasto a su justo acusador para ahuyentarlo.

La familia de Libertad era extremadamente pobre. Un año, todo su ganado murió a causa de una plaga, dejando a la familia sin medios para mantenerse. Libertad se fue del pueblo a los dieciséis años.

Ella llamó la atención de un hombre blanco que estaba de vacaciones en el lago de Catemaco y él le pidió matrimonio. Era Carlos Casasola de Veracruz, un *criollo*, nacido en México y de pura ascendencia española. Carlos había heredado el negocio comercial de su abuelo, que lleva el nombre de la familia, y era dueño de varias embarcaciones en el puerto de Veracruz. Libertad optó por casarse con él a cambio de apoyo económico para su familia. La mezcla interracial estaba ocurriendo en todo México en ese momento, pero el linaje de Carlos aún no había tomado una gota de sangre *indígena*, una admisión tácita de sus puntos de vista racistas. Carlos fue el primer hombre de la familia en tomar a una mujer indígena por esposa.

Libertad no tenía nada como una dote que ofrecer y apenas posesiones para llevarse a la mansión de Veracruz. Salió de Catemaco con algo de cambio, un adobe para recordar su hogar, un viejo silbato en una bolsita de arpillera y un cuchillo de obsidiana que le había regalado un *brujo*. Inicialmente, tenía la intención de traer la espina de maguey que usaba para la oración, pero cuando le informaron que se vendían en el mercado de Veracruz y que podían adquirirse en cualquier momento, dejó la suya a regañadientes.

Si rastreaba la línea de la familia Casasola lo suficientemente atrás, llegaba a los conquistadores que destruyeron el Imperio Azteca en 1521. Carlos se lo dijo a Libertad con mucha anticipación. Pero eso no cambió su intención de ayudar a su familia en el pueblo una vez que se casara. Había *toneladas* de descendientes de conquistadores en México. *No importa lo que diga el presidente sobre lo iguales que somos todos, este es su país.*

Libertad tuvo que acostumbrarse a una nueva forma de vida. Su esposo, Carlos, le permitió aventurarse en la ciudad portuaria y aprender cosas nuevas una vez por semana. Escuchó todo tipo de conversación: español, inglés, otros idiomas que nunca había escuchado antes. Oportunidades económicas, esquemas sin sentido, marineros de varios países que aparecieron y se fueron, comerciantes, estibadores y el *mercado masivo*. Solo una breve caminata fue suficiente para marearla con toda la información.

Dolía ver a otras chicas *indias* como ella vendiéndose para ganarse la vida. Vinieron de otros lugares, no de Catemaco, y encontraron oportunidad en el puerto grande. Pronto hubo rumores sobre Libertad, que vivía con un hombre blanco rico, y la envidiaban y le tiraban cosas cuando pasaba.

Sin embargo, algunas de las chicas eran más sociables y Libertad llegó a llevarse bien con algunas. Se sentaron juntos en el café, bebieron *atole caliente*, una bebida hecha de maíz molido, y hablaron sobre sus lugares de origen, fumaron cigarrillos y derramaron alguna que otra lágrima. Cuando se despidieron, Libertad realizó una oración al estilo azteca por las niñas trabajadoras sexuales.

La oración involucró las espinas arrancadas de una hoja de maguey comprada en el mercado. Tomaría una espina y perforaría su propio lóbulo de la oreja, luego rociaría un poco de sangre sobre el humo para limpiar la mala suerte y rezar. En un toque moderno, el humo procedía de un cigarrillo en un cenicero, no del incienso de copal propiamente dicho. Aún así, el corazón de Libertad era uno con la gente de su reino perdido hace mucho tiempo. El maguey era el símbolo de los aztecas, el ingrediente principal del *pulque* y tenía un poder sagrado. Si sentía que la niña por la que rezaba tenía una terrible desgracia reservada y necesitaba más poder, Libertad no dudaría en perforarse las yemas de los dedos o las muñecas para asegurarse de que hubiera suficiente sangre para ofrecer al humo.

Cuando regresaba a la mansión y Carlos le preguntaba por las vendas que tenía en los dedos, Libertad decía: "Me lastimé preparando un pescado".

"¿De nuevo?" respondió. "Eres tan torpe".

Como ciudad portuaria, Veracruz tenía abundante pescado de todo el Golfo de México disponible en el mercado. El marisco favorito de Carlos era la sopa de marlin.

Hasta que se casó con un hombre blanco, Libertad nunca había comido chocolate dulce y sólido. El chocolate de su pueblo natal era una bebida, de la misma manera que lo había sido en los días aztecas: un líquido espeso y pegajoso de cacao, harina de maíz y chiles. Cuando estaba en la ciudad con su esposo y comió chocolate sólido de una tienda de dulces por primera vez, la dureza del grumo de tierra y la dulzura poco natural la sorprendieron tanto que lo escupió rápidamente.

Libertad experimentó muchas cosas que eran difíciles de creer, pero no encontraba agradable la vida en la ciudad. La miseria de la gente empobrecida de la ciudad era más profunda que la de la aldea, y el mundo parecía más caótico y confuso que en casa.

Cuando ocurrió un terremoto, la gente de Veracruz salió y habló con sus vecinos en voz baja y preocupada sobre “magnitud” y “Richter”, pero a Libertad le extrañó que nadie hablara de *oillin*. *Oillin* era una palabra náhuatl que significaba *movimiento* que simbolizaba terremotos. Era el decimoséptimo de veinte símbolos utilizados en el calendario azteca.

Ya sea que la tierra tembló o no, los terremotos habían sido parte del calendario azteca desde el principio. Ese era el calendario, y el calendario era el tiempo mismo. *Este país realmente se ha olvidado de los aztecas*, pensó.

El sol que brillaba sobre la tierra pisoteada por los conquistadores cristianos, la luna que iluminaba tristemente las fiestas resonantes de canciones españolas, los templos destrozados y enterrados bajo tierra, por todas partes y en todo, la ira ilimitada de los dioses latía y hervía. Había que ofrecer sangre al sol ya la luna. Y como nadie lo hacía, los dioses se enfadaban cada día más. Nada podría sofocar el desastre ahora. Solo se extendería.

En este país, que una vez fue el hogar de la capital azteca de Tenochtitlan, junto al lago, antes de que el lago fuera borrado para crear la nueva capital de la Ciudad de México, casi todas las personas fueron bautizadas en la fe católica.

El esposo de Libertad era un católico devoto, y aunque no controlaba a su esposa en la medida en que lo hacían la mayoría de los hombres de su edad, no le permitía exhibir inclinaciones heréticas aztecas con otras personas. Quería que la bella y joven esposa que había encontrado hiciera el papel de una modesta mujer cristiana.

Fue bautizada en la iglesia, donde el cura la instruyó estrictamente: “Debes desechar el nombre Tezcaquiahuitl, que trae calamidad. Debes creer en Cristo y renacer en Él. Borra para siempre de tu memoria los nombres de los dioses aztecas, porque son el Diablo en otra forma”.

Huitzilopochtli, Tlaloc, Xipe Totec, Mictlantecuhtli, Tlaltecuhli, Xolotl, Coatlicue, Quetzalcóatl, y estos fueron sólo algunos. Libertad nunca olvidó los nombres de los dioses aztecas, por mucho que los católicos insinuaran que eran delirios de salvajes paganos.

La mitología azteca era tan compleja como un laberinto; un dios se transformaría en otro y jugaría múltiples roles. Los hombres blancos tenían dificultad para entender este mundo. Las cosas que sucedieron en las historias no podían explicarse como un simple choque entre el bien y el mal, con linajes bien definidos y árboles genealógicos piadosos. Capas de sueños, destellos de una lógica insondable y profunda más allá de los medios humanos dentro de un plano de caos, un poder misterioso que atrapó a la humanidad en sus garras: todas estas cosas estaban *ollin*. Tenían el mismo poder que el terremoto, y los mitos trajeron destrucción y renacimiento a la humanidad.

Cada persona pasa por el día y la noche, despierto y dormido, dormido y despierto. Dentro de este ciclo, entran en contacto con el mundo de los sueños, pero mucho más grande que el sueño de cualquier individuo es el plano divino, y eso solo se puede tocar a través del calendario.

Los aztecas usaban dos calendarios: el *tonalpohualli*, que tenía doscientos sesenta días, y el *xiuhpohualli*, que tenía trescientos sesenta y cinco.

En el *tonalpohualli*, un mes tenía veinte días, y había trece meses en un año.

$$20 \times 13 = 260$$

Este calendario se dividió además en *trecenas*, veinte períodos de trece días cada uno, en los que cada período estaba supervisado por un símbolo diferente. Esto era muy importante para adivinar fortunas.

El *xiuhpohualli*, por su parte, servía para contar meses y años. Cada mes tenía veinte días, y un año se componía de dieciocho meses.

$$20 \times 18 = 360$$

Al agregar cinco días más de mala suerte llamados *nemontemi* (días fuera del calendario) al total, un año se convirtió en trescientos sesenta y cinco días. Cada veinte días había otra celebración de los dioses, por lo que tales festividades rituales ocurrían durante todo el año. Solo los últimos cinco días se observaron en silencio, casi como un período de duelo.

tonalpohualli de doscientos sesenta días y *el xiuhpohualli* de trescientos sesenta y cinco días completaran un ciclo completo y se alinearán nuevamente en la misma posición. El mínimo común múltiplo de esos dos números era dieciocho mil novecientos ochenta.

$$18,980 \div 365 = 52$$

Cincuenta y dos años.

Para los aztecas, el día final del ciclo de calendario más largo era un presagio de fatalidad potencial, muy parecido al temido Día del Juicio de la cristiandad, pero posiblemente con un abismo aún más destructivo acechando debajo de él.

Fue el día en que el tiempo llegó a su fin. El mundo sufriría la muerte, y nadie podría decir si seguiría un nuevo calendario, trayendo su propio ciclo de cincuenta y dos años, o no. Incluso los dioses ignoraban el destino final del mundo.

El día en que un calendario de cincuenta y dos años llegara a su fin, la gente desecharía todas sus herramientas domésticas y limpiaría sus hogares. Los sacerdotes de Tenochtitlán arrojaron las antiguas estatuas de los dioses al lago de Texcoco. Cuando se puso el sol, todos los fuegos en las tierras aztecas se extinguieron. Era crucial apagar todas las llamas del pasado.

Luego vino una noche de terror absoluto, cuando se acabó el tiempo. No era solo oscuridad; el tiempo mismo se había quemado. Sólo esperaba la boca bostezante de la nada. Las mujeres y los niños usaban máscaras que protegían el mal y se escondían en los graneros, rezando para que los demonios no se los llevaran.

Los hombres hacían guardia, protegiendo a sus familias, mientras los *tlamacazque*, los sacerdotes, observaban las estrellas desde el *teocalli* construido en lo alto del cerro de Iztapalapa al oriente. Estaban esperando a las Pléyades. Cuando pasaba el cenit, y los sacerdotes habían observado que el siguiente ciclo de cincuenta y dos años estaba comenzando, tallaban el corazón de un sacrificio humano y encendían un fuego dentro del pecho de esa persona. El universo perseveró en su funcionamiento a causa del sacrificio. Si el fuego en el cofre del sacrificio ardía brillante y hermoso, el sol regresaría. Pero si se apagaba, entonces el flujo del tiempo perecía, y la destrucción más allá del cálculo humano borraba los cielos, llamando demonios y monstruos malditos a la tierra para masacrar a toda la humanidad.

Una vez que el fuego estaba ardiendo en el cofre del sacrificio, los *tlamacazque* trasladaban esa llama al altar, luego arrojaban el corazón removido a la luz y al calor. El fuego se repartió entre muchas antorchas que fueron llevadas a todos los templos, iluminando las sombras sobre el reino una a la vez. La mayoría de la gente, sin embargo, temblaba en la oscuridad y contuvo la respiración en todo momento.

Cuando por fin salió el sol por el oriente, el pueblo supo que había comenzado otro ciclo, y los doscientos mil habitantes de la gran ciudad de Tenochtitlán se regocijaron. Lloraron de alegría, agradecieron a los dioses y sacaron la ropa de celebración que habían escondido de los ojos de los demonios, las únicas cosas que se quedaron cuando arrojaron todos los artículos del hogar al agua. Decoraban sus cabezas con plumas de jade y quetzal y vestían ropas adornadas con turquesas tan hermosas como la superficie del lago vista desde la orilla. Los niños usaban aretes de piedra y pieles de venado, sosteniendo palos para imitar a los sacerdotes. No había distinción entre ricos y pobres. Tanto las élites como los esclavos se pararon uno al lado del otro, cantando y bailando.

Sonaron los tambores y los guerreros de Huitzilopochtli, el “Lado Izquierdo del Colibrí”, se vistieron con sus ropas de combate a la moda de Cuauhtli, blandieron escudos cubiertos de plumas y marcharon por la ciudad de Tenochtitlán. Cuauhtli era uno de los símbolos *de trecena*, un águila volando.

La gente comía *tlaxcalli* hecho de harina de maíz —luego llamado tortilla por los conquistadores—, bebía pulque, quemaba copal, se perforaba los lóbulos de las orejas con espinas de maguey y rociaba la sangre sobre el humo, alabando a los dioses por permitir que comenzara un nuevo ciclo calendárico.

En la cima de los templos piramidales escalonados llamados *teocalli*, se realizaban rituales constantemente desde el amanecer. Se hacían sacrificios a los dioses y duraban hasta el mediodía sin señales de detenerse. Se dieron vidas sin fin; ofrecer la sangre y el corazón de uno como alimento para el cosmos era un acto loable. Si los soldados enemigos hechos prisioneros no fueran sacrificados, irían al infierno. Entonces los cautivos se bañaron para limpiar sus cuerpos y fueron conducidos al templo.

Después de sacar el corazón para que el dios lo devorara, los sacerdotes tiraron el cuerpo abajo. Los restos cayeron por la larga escalera de piedra, donde un asistente que esperaba les cortaría la cabeza. Esto también fue una ofrenda. La gente rodeó el cuerpo sin cabeza y le cercenaron los brazos y las piernas. El dios se comería el corazón, pero solo las extremidades eran aceptables para la gente. Siguiendo los estrictos preceptos de la religión azteca, el pueblo chamuscaba los brazos y piernas y los consumía. Junto a la carne humana se cocinaba armadillo.

Las armas más finas de las sacrificadas se ofrecían al *tlamacazqui*, cuyo rostro se pintaba de amarillo y negro. El dios al que servía el sacerdote amaba más las armas, después de los corazones.

Después de recibir las extremidades, el sacerdote hizo subir a más de cien esclavos los largos escalones de piedra del *teocalli*. Sus seguidores hicieron sonar silbatos de muerte. Estos sacrificios entregaron sus corazones y brazos a un ser aterrador que no podía ser visto ni tocado.

Las personas que celebraban el nuevo ciclo de cincuenta y dos años notaron el *tlamacazqui* y los esclavos, y comenzaron a entonar los nombres del dios del sacrificio. Tlilacauan (“Somos Sus Esclavos”), Yohualli Ehecatl (“Noche y Viento”), Necoc Yaotl (“Enemigo de Ambos Lados”)—todos eran el nombre del mismo dios. Poseedor de la eterna juventud, reflector de todas las tinieblas: **Tezcatlipoca, el Espejo Humeante.**

11

mahtlactli-huan-cē

La escala de los rituales de Libertad no era nada comparada con la gloria de los días aztecas, pero tenía que seguir ofreciendo sus oraciones a los dioses, aunque no tuviera nada más grande que un pequeño paquete de chiles para ofrecer.

Sin que su esposo lo supiera, Libertad contaba los días y las semanas del *tonalpohualli azteca* y pensaba en los dioses. Usaba el *xiuhpohualli* para marcar los meses y años. Se suponía que debía realizar una celebración cada mes de veinte días, pero, por supuesto, eso no era posible.

Así como la gente esperaba septiembre para el Día de la Independencia y diciembre para la Navidad, el mes de mayo, el más caluroso del año, fue muy especial para Libertad. Cuando finalmente concluyó la estación seca, el sol azteca ardió aún más, como si se consumiera a sí mismo en busca de fuerza. El cielo era de un temible tono azul, absorbiendo el agua del suelo. Un calor agobiante y una sequía que mortificaba las cosechas alcanzaron su punto máximo en mayo, cuando reinaba Tezcatlipoca. Se hicieron cuidadosos preparativos durante todo el año para la fiesta de Tezcatlipoca, llamada Toxcatl, el mismo nombre que el quinto mes.

Cuando Libertad crecía en Catemaco, el anciano del pueblo la llamó un día. Ella solo tenía seis años.

Caminaron a lo largo de la orilla del lago, el anciano se rezagó lentamente hasta que se detuvo y habló. “En los días aztecas, tu antepasado fue un *tamacazqui* que sirvió a Tezcatlipoca. Y también era un líder militar que estaba a la cabeza de los guerreros jaguar. Ser sacerdote y guerrero era un gran honor, tanto como ser gobernante, *tlatoani*”.

“Tezcatlipoca”, repitió Libertad. Los *brujos* le habían enseñado acerca de muchos dioses, pero ese era un nombre nuevo. Parecía similar a la suya, pensó.

“Como sabes, los aztecas creaban espejos puliendo obsidiana”, dijo el anciano. “A los espejos los llamaban *tezcatl*. La palabra *negro* era *tilitic*. Y fumar era...

“Popoca”.

"Chica inteligente. El nombre Tezcatlipoca está formado por estas tres palabras. Hace muchos años llegó al pueblo un arqueólogo *gringo*. Lo escuché llamar a Tezcatlipoca 'el espejo humeante'. Siempre quieren nombrar todo en su propio idioma. Entonces, Libertad, la parte 'Tezca' de tu nombre, Tezcaquiahuitl, es la señal de la sangre de tus antepasados. Los que no tienen esa sangre no deben poner a Tezca en su nombre. Sí, tu familia es pobre. Tu padre y tu madre sufren para mantenerte. Pero sois una familia especial. Nunca olvides eso.

Cuando regresó a casa, Libertad fue con su padre, que estaba sudando sobre el ganado, y le contó lo que había escuchado del anciano del pueblo. En el momento en que escuchó a su hija de seis años decir "Tezcatlipoca", palideció, dejó caer la canasta de alimento y miró a su alrededor para confirmar que no había nadie más presente. Luego llevó a Libertad a la parte trasera del granero y la miró a los ojos jóvenes.

"Nunca pronuncies ese nombre en voz alta," susurró, furioso. La niña no entendía por qué la regañaban. Deberían estar orgullosos de su gran antepasado. No había ninguna razón para ocultar la verdad de su dios.

El padre de Libertad seguía mirando a los ojos a su hija. Era la forma en que los niños hacían lo que se les decía que no hicieran. Entonces dijo: "Cuando debas hablar de él, usa el nombre 'Yohualli Ehecatl', y hazlo en voz baja. Es el mismo dios. ¿Lo entiendes? No pronuncies su verdadero nombre. Mantenlo en secreto dentro de tu corazón y ciérralo con fuerza".

Mucho tiempo después, cuando ya era mayor, Libertad comprendió los sentimientos de su padre. No estaba enojado sino asustado. Temía que si su hija pronunciaba el nombre de **Tezcatlipoca**, traería de vuelta de las profundidades de la tierra a ese temible dios, una vez enterrado por los conquistadores, rebosante de poder. Si esa deidad volvía a despertar, entonces también lo haría la gran fiesta de Toxcatl al final de la estación seca, y el corazón de su hija sería arrebatado de su pecho. Si el dios hablaba a través de los *brujos* y exigía su corazón, no podía negarse. Estaba en el nombre **Titlacauan : Somos Sus Esclavos**.

El anciano de la aldea no había hablado simplemente del pasado por un anhelo nostálgico. Le estaba enviando un mensaje al padre de Libertad a través de la niña. "Si adora a Tezcatlipoca, recibirá la fuerza que sacará a su familia de la pobreza".

Sin embargo, el padre de Libertad no quería ese tipo de fuerza. Para él, un poco de pobreza era mejor que despertar a un cruel dios azteca de la era antigua.

En mayo, Libertad se puso un sombrero, salió al mercado de Veracruz y compró un gallo vivo. El comerciante se lo dio en una jaula barata de alambre doblado. A continuación, compró una vasija de barro. Tenía unos diez centímetros de ancho y los lados estaban tallados con calaveras de estilo azteca. Era una réplica, un souvenir para los turistas. Las llamaron *réplicas de piezas arqueológicas*.

Llevó al gallo graznando por la parte trasera de la mansión, sus alas no voladoras batían sin poder hacer nada. Agarrando el saco de arpillera que trajo de Catemaco cuando se casó, Libertad sacó del interior el cuchillo de obsidiana. La hoja era una herramienta tosca, del tipo de la Edad de Piedra, pero ciertamente estaba a la altura de la tarea de cortar la cabeza del gallo. Libertad colgó al pájaro boca abajo para que escurriera la sangre en un balde de hojalata y le arrancó las plumas. Luego presionó el cuchillo de obsidiana contra su pecho, cavó profundamente y extrajo el corazón del gallo, un objeto apenas un poco más grande que un huevo de codorniz.

La joven encendió el incienso de copal que reposaba en el cántaro, y cuando comenzó a subir humo fragante, colocó sobre él el corazón del sacrificio. Roció la sangre del balde sobre el corazón y el humo y pronunció el nombre del dios. Además de Yohualli Ehecatl, tenía los nombres Necoc Yaotl y Titlacauan. Estos nombres indicaban la grandeza del dios para el pueblo azteca. No eran lo que el dios se llamaba a sí mismo, sino simplemente títulos que la humanidad le atribuía. En otras palabras, ni siquiera necesitaba dar su nombre. Los humanos simplemente lo elogiaron, lo celebraron y le demostraron su sumisión.

Antes de que el copal se hubiera consumido por completo, Libertad colocó el cuchillo de obsidiana frente a la jarra y susurró el verdadero nombre del dios en oración.

Oh Gran Tezcatlipoca.

Concédenos el final de la temporada de sequía que todo lo consume,

y permitir que el dios de la lluvia Tlaloc camine por el cielo una vez más.

Dale a los descendientes de los aztecas el regalo de la vida.

Permítanos la oportunidad de encontrar una muerte honorable.

Eres el gran Yohualli Ehecatl.

Titlacauan.

Tezcatlipoca.

Con un rápido estallido del *silbato de la muerte*, el silbato de su bolso, concluyó el ritual y enterró todo el frasco, con el corazón reposando encima, para que Carlos no descubriera la evidencia de su herejía. Si lo veía, la tildaría de bruja en su furia, luego llamaría a un exorcista, y nunca más se le permitiría caminar hacia el mercado.

Enterrar sus ofrendas no fue un desperdicio en lo más mínimo. Mictlantecuhtli moraba debajo de la tierra. Era el dios que gobernaba el inframundo donde caían todas las almas errantes, aunque no era tan poderoso como Tezcatlipoca.

Libertad colocó el pollo asado en la mesa de la cena, y Carlos se lo comió con cuchillo y tenedor, sin darse cuenta. Libertad no tomaba, solo tomaba sopa, pero seguía cortando porciones para su esposo. El resto de la carne se repartía entre las criadas.

Libertad siguió asistiendo a la iglesia, fingió hacer la señal de la cruz y, al poco tiempo, fue bendecida con un hijo. El primero fue un niño. Dos años más tarde, dio a luz a una niña y otra niña al año siguiente.

Isidoro, el mayor, era la niña de los ojos de su padre. También fue mimado por las criadas, que buscaban la aprobación de su patrón. El niño creció confiando en que otros hicieran todo por él. Después de su infancia en el pueblo, esta era una actitud impensable para su hijo. Parecía imposible que fuera capaz de liderar un negocio comercial, y ella se preocupaba constantemente por las dificultades que seguramente se presentarían en su futuro.

Isidoro era perezoso, pero también muy observador, luciendo un ingenio mordaz y cínico similar al de Carlos. Se dio cuenta de que su madre adoraba a los dioses aztecas y murmuró lo suficientemente alto para que los demás lo escucharan: "Oh, no, me voy al infierno. Mi madre está haciendo magia negra.

Preocupada por el estado de ánimo de su esposo y su reputación social, Libertad nunca les dijo una palabra a sus hijos sobre la mitología azteca.

Un día llevó a sus hijas al *mercado* y una de ellas se detuvo frente a un *indígena* en un callejón.

El hombre estaba haciendo finas tallas en una tabla de unos cuarenta centímetros de lado. Turistas y marineros extranjeros miraban, fascinados por la obra de arte. Aunque no estaba terminado, algunas personas estaban negociando un precio.

"Eso es increíble. ¿Qué es?" Preguntaron las hijas de Libertad.

Ella les dirigió una mirada preocupada y respondió: "Oh, no sé".

Pero en su corazón, ella lo sabía. Ese hombre está tallando una imagen de Tlaltecuhтли, un temible monstruo de la tierra. Es más grande que cualquiera de los barcos que visitan el puerto de Veracruz. Más grande que cualquier ballena. Es una cosa violenta e incontrolable y no entiende de palabras. Finalmente, Tezcatlipoca tomó su forma de guerrero y luchó contra la criatura en el mar, destrozándola, pero aun así, no murió. Fue tan fuerte que devoró una de las piernas de Tezcatlipoca. Aunque lo llamo monstruo, también es un dios azteca...

La representación del hombre de la deidad fue hábil. Libertad se apoderó de él con ganas de hablar con él al respecto, pero esta fue la última vez que vio al artista vendiendo réplicas de la decoración que se sentó en el trono de Moctezuma II.

Carlos Casasola obtuvo ganancias saludables y constantes a través de su negocio y nunca se preocupó por el futuro. No tenía enfermedades, y no había estado enfermo en años.

La premonición de la muerte le llegó sin previo aviso. Despidió en el puerto un barco Casasola cargado de plata y turquesas y, de camino a casa, un perro callejero se le acercó corriendo por la calle y le mordió la mano.

La mordedura fue superficial y Carlos pudo atenderla él mismo, pero cuando un marinero atrapó al perro con una red prestada por un pescador, sugirió que Carlos llevara al animal a un veterinario para que lo examinara. El marinero sospechó que el perro tenía una enfermedad y sabía el peligro que representaban tales infecciones.

Llevaron al extraviado a la perrera y, finalmente, alguien de la oficina de salud pública de Veracruz se comunicó con la empresa Casasola. "El perro sufría de una forma aguda de rabia", explicó el trabajador.

Carlos fue al hospital y le desinfectaron nuevamente la herida de la mordedura. El virus estaba en la saliva del perro. A pesar de los avances de la ciencia médica, el virus de la rabia seguía siendo ferozmente mortal.

Después de un mes de incubación, que pasó orando a Dios, Carlos desarrolló síntomas de rabia. Tenía fiebre parecida a la gripe, se quejaba de dolor alrededor de la picadura, luego colapsó y tuvo que ser llevado al hospital. Cuando despertó, gritó y se retorció, aquejado de alucinaciones provocadas por los efectos del virus en el cerebro.

Libertad vio cómo las enfermeras con equipo de protección sacaban a rastras a su esposo, quien babeaba y gemía como si estuviera poseído por un demonio. *Fue maldecido por los dioses aztecas*, pensó.

Un vistazo al calendario lo dejó claro. El día que Carlos fue mordido por el perro rabioso en el puerto era *Miquiztli*, primer día de la *trecena* regida por el símbolo de la calavera. La muerte personificada había venido por él.

Los afectados por la rabia luchaban por tragar debido a las contracciones extremas de la garganta. Ingerir líquido implicaba tanta agonía que la víctima podía entrar en pánico con solo ver un vaso de agua. Por esta razón, la enfermedad también recibió el nombre de hidrofobia. Comprensiblemente, la vista de un sacerdote exorcista que lleva un recipiente lleno de agua bendita también provocaría esta reacción. Cuando Carlos vio al cura, que hizo caso omiso de las advertencias del médico de no entrar en la habitación del hospital, el solo vislumbre del crucifijo en el pecho del clérigo le hizo pensar en agua bendita. El miedo torció sus facciones y luchó por alejarse. "¡Quedarse atrás! No te acerques más", suplicó con voz ronca, maldiciendo al sacerdote.

Alucinaciones, confusión, sed interminable, sufrimiento. Al final, Carlos murió sin poder despedirse debidamente de su familia. El calendario puso los pelos de punta a Libertad. La maldición de los dioses, la ira de los ancestros. El día que murió su esposo fue el sexto día de la *trecena* iniciada por Coatl, la Serpiente. Este día era Chicuace Itzcuintli, el día de los Seis Perros, gobernado por el dios de la muerte, Mictlantecuhtli. La muerte mandó al perro a arrastrar el alma de Carlos hasta el Mictlán, el inframundo. Este era el nivel más bajo del reino subterráneo, donde las almas de los que morían de forma natural finalmente descansaban. Las almas perdidas finalmente se disiparon allí, pero lo más probable es que Mictlantecuhtli intentara llevar a Carlos a un laberinto sin fin sin salida. Estaría atrapado en otro mundo, un plano de sufrimiento eterno.

Había más elementos siniestros. Coatl, la Serpiente, fue el símbolo que marcó toda la *trecena* en la semana de la muerte de Carlos. De vuelta en su pueblito de Catemaco, Libertad le había preguntado al anciano ya unos cuantos *brujos* el nombre de su antepasado que había servido a Tezcatlipoca.

Su título glorioso, otorgado nada menos que por el más alto de *los tlatoani*, el mismo rey Moctezuma II, era Tezcacóatl. Serpiente espejo.

Isidoro creció para ser un hombre voluble y perezoso, tal como temía su madre. Heredó la mercantil Casasola, según el testamento guardado en la caja fuerte de su padre. A pesar de la falta de confianza de los subordinados de Carlos en la perspicacia comercial de Isidoro, el nuevo propietario se presentó en la oficina rebosante de entusiasmo, hizo una cantidad aceptable de trabajo y luego pasó las noches bebiendo y deambulando.

Un día, viajó fuera del estado, alegando que era por motivos de negocios, aunque no tenía ninguno. Mientras disfrutaba de la vida nocturna de Oaxaca, conoció a Estrella, una niña *mestiza* nacida en una rica familia local. Medio año después, se casaron y tuvieron cinco hijos.

Cada uno de ellos era un niño.

Bendecida con nietos a una edad temprana, Libertad colmó a los cinco con amor, y ellos la amaron a ella a cambio.

Bernardo.

Giovani.

Valmiro.

Duilio.

Hugo.

Después de la muerte de su esposo, Libertad necesitó hacer el papel de buena católica en muchas menos ocasiones, pero al igual que con sus propios hijos, no les contó a sus nietos sobre la mitología azteca. A su hijo y su nuera no les gustaría. Para evitar enemistarse con ellos, hizo todo lo posible por no usar ninguna palabra en náhuatl cuando pasaba tiempo con sus nietos.

En las festividades católicas, los niños rodeaban emocionados a Libertad, tomándola de la mano y diciendo: *“¡Vamos a la fiesta, abuelita!”*.

“Pasarla bien”, respondía con una sonrisa y un movimiento de cabeza, enviando a sus nietos a divertirse.

Es mejor guardarme las historias de los dioses, razonó Libertad.

Lo que finalmente cambió de opinión fue cuando Hugo, el menor de sus nietos, contrajo la rabia por la mordedura de un perro y murió, al igual que su esposo.

Como el más joven, Hugo aún no había visto a sus abuelos maternos. Así que Estrella lo llevó a Oaxaca en julio, cuando la fiesta de la Guelaguetza estaba en pleno apogeo.

La Guelaguetza fue una gran celebración que reunió a *indígenas* de varias regiones. Libertad lo sabía pero no estaba particularmente interesada. Para ella era una atracción turística, una forma de entretenimiento para el México cristianizado. No era un ritual para traer de vuelta a los antiguos dioses.

Embelesada por las mujeres que bailaban con sus coloridos vestidos tradicionales, la madre de Hugo no se dio cuenta del perro que corría ni de los gritos de su hijo. Solo escuchaba el canto y los tambores que llenaban la calle. Solo cuando otros turistas fueron mordidos y la gente comenzó a armar un escándalo, finalmente se dio cuenta de que algo andaba mal con su hijo menor.

El pobre Hugo fue mordido en Ce Itzcuintli, el día del Perro Único; una vez más, el perro de la muerte asomaba la cabeza en el calendario.

Después del período de incubación, Hugo enfermó, al igual que su abuelo. Estaba cubierto de sudor, los ojos saltones por el dolor y el terror, incapaz de beber agua o hablar, y su boca estaba congelada en un rictus de gritos silenciosos. Falleció la cuadragésima cuarta noche después de su fatídico mordisco.

Era el quinto día de la *trecena* de Atl, o "Agua". El dios que controlaba esa semana era Chalchiuhtotolin, el "pavo de jade", una de las formas de Tezcatlipoca. Y el día que murió Hugo fue Mahcuilli Acatl, "Cinco-Caña". El dios que regía ese día no era otro que el mismo Tezcatlipoca.

Libertad no pudo dormir ante la ira despiadada de los dioses, claro como el día en el calendario. Lamentó no haberles contado a sus nietos sobre los dioses y los mitos aztecas y lloró mientras suplicaba perdón.

He traicionado a los aztecas peor que nadie, pensó. Y los dioses castigaron a mi nieto. Debería haberme dado cuenta de que la muerte de mi esposo era una advertencia. Debí haber sabido que Tezcatlipoca ordenó a Mictlantecuhtli que enviara a ese perro del inframundo.

Los padres de Hugo, Isidoro y Estrella, discutían tan amargamente en su dolor por la muerte de su hijo que la policía llegó a la casa por una denuncia de ruido. Libertad, sin embargo, no tuvo más lágrimas que derramar.

Sus ojos contemplaron la hoguera sobre el *teocalli* en Tenochtitlan, capital del Imperio Azteca. El dolor de su angustia era tan grande que se convertía en una especie de embriaguez, donde el significado de la muerte de su esposo y de su nieto contado por el calendario corría por sus venas como pura voz y voluntad de los dioses vivientes.

El perro vino del inframundo a decírmelo. Dulce Hugo, tuviste una muerte exaltada; un sacrificio a Tezcatlipoca. Gracias a ti, finalmente me he dado cuenta de lo que quiere. De mis cinco amados nietos, solo tú fuiste tomado, dejando cuatro atrás. Sé lo que eso significa ahora. Todo fue el destino en el trabajo.

12

mahtlactli-huan-öme

Libertad se paró frente a la lápida en forma de cruz que estaba en el suelo sobre el pequeño ataúd de Hugo, pero no firmó la cruz. Había pasado un mes desde la muerte del niño y el período de luto católico acababa de terminar.

Sus cuatro nietos vivos estaban con ella en la parcela y los miró a los ojos. “Bernardo, Giovani, Valmiro, Duilio, no deben llorar más. De ahora en adelante, ustedes cuatro son uno. Cuatro hermanos Casasola como uno. ¿Entender? Escuche atentamente.

Cuando hablaba en un español silencioso como este, la voz de Libertad tenía una naturaleza extrañamente convincente. Era la voz de los *brujos*.

Libertad llamó a Bernardo, el mayor. “Bernardo, el Tezcatlipoca negro del norte te protegerá. Estás al final del cosmos, y no hay nadie más allá. Debes velar por tus hermanos menores.

A continuación, llamó a Giovani, el segundo. “Giovani, el Tezcatlipoca blanco del oeste te protegerá. El oeste es la dirección hacia la que mira el Templo Mayor en la Ciudad de México, por lo que no debes olvidar tus oraciones a los dioses aztecas”.

Valmiro fue el siguiente. “Valmiro, como el tercero, eres cauteloso y madrugador. Esa es una buena cosa. Así que el Tezcatlipoca rojo que protege el oriente se quedará contigo. Debes despertarte antes que los demás, pararte en la oscuridad del amanecer antes que nadie y ayudar a tus hermanos”.

Luego llamó a Duilio. Eres el último, Duilio. Como cuarto hijo, tendrás la protección del azul Tezcatlipoca al sur, junto con el dios de la guerra, Huitzilopochtli. Puede que seas bajo, pero pronto serás mucho más fuerte”.

Era una tarde de octubre. Una hilera de tumbas católicas en forma de cruz brillaba al sol. La porción del día de lluvia estacional aún no había llegado. Los cuatro niños sintieron que su *abuelita* les había dicho algo importante y que les habían dado un papel que desempeñar, pero no entendieron lo que significaba.

La sombra de una nube cayó sobre el cementerio. Valmiro miró a Libertad, entrecerrando los ojos ante el brillo del cielo, y preguntó: “*¿Qué es Tezcatlipoca?*”

Al día siguiente, Libertad dejó la mansión en su sombrero y visitó el mercado con sus nietos a cuestas. La familia Casasola tenía autos y un conductor contratado, pero Libertad optó por viajar en un *pesero*, un minibús. Si ella no les enseñaba a los niños cómo vivía la gente en el mundo real, se convertirían en hedonistas ociosos como Isidoro.

En el mercado, compró un gallo vivo. Los niños estaban encantados, y cada uno de ellos quería tener la oportunidad de sostener la jaula. Comieron tacos de un puesto y se llevaron el *pesero* a casa. Libertad sostuvo abiertamente la jaula del pollo, sin importarle lo que pensarán los demás. El conductor ciertamente no dijo nada, porque sabía que ella le daría una propina.

Cuando regresaron a la mansión, soltaron al gallo en la parte de atrás. Los chicos se divirtieron mucho persiguiendo al pájaro, y cuando se acercó la hora del almuerzo, Libertad decidió que era hora de acabar con eso.

Atrapó al gallo que luchaba y le cortó limpiamente la cabeza con el cuchillo de obsidiana. El pájaro sin cabeza batió sus alas, enviando plumas ensangrentadas por los aires. Los chicos se quedaron con los ojos muy abiertos por la sorpresa ante la repentina carnicería. Duilio, que ahora era el más joven sin Hugo alrededor, comenzó a llorar. Entre la cabeza de gallo rodando por la hierba, las gotas de sangre que brotaban en el balde de hojalata y el arma oscura y brillante en las manos de su *abuelita*, todo parecía sacado de una pesadilla. Los otros tres también parecían estar conteniendo las lágrimas.

“Fueron los dioses duales Omoteotl quienes crearon el mundo”, dijo Libertad mientras llenaba el balde con sangre de gallo. “Fueron los primeros dioses, nacidos de la nada. Ellos mismos se crearon. Y ellos eran los únicos que podían hacer tal cosa.

“¿Está esto en la Biblia?” preguntó Bernardo, el mayor. Su rostro estaba pálido.

Libertad no respondió. Tuvo cuidado de no decir ni *sí* ni *no*. Los padres de los niños también vivían en la mansión y eran católicos. Si ella decía una palabra en contra del cristianismo, daría lugar a conflictos familiares.

En cambio, solo miró el corte en el cuello del gallo, luego lo colgó boca abajo nuevamente para drenar la sangre restante. Hubiera preferido dejar la cabeza y quitar el corazón mientras aún se movía, pero la sangre necesitaba ser drenada si iba a cocinarla más tarde. “Entonces Omoteotl creó algo más que ellos mismos de la nada. Primero, Omoteotl creó la cuenca del mundo, con los cuatro puntos cardinales, y colocó cuatro dioses sobre ellos. Estos eran los Tezcatlipoca del norte, sur, este y oeste. Los cuatro Tezcatlipocas eran un solo dios, la noche y el viento, y gobiernan el mundo.”

Los chicos trataron de recordar las cosas que ella les dijo en la tumba de Hugo. Negro, blanco, rojo, azul, los cuatro hermanos eran uno: Duilio era demasiado joven para pronunciar correctamente Tezcatlipoca, y cuando se trataba del dios de la guerra Huitzilopochtli, quien era su aliado, solo podía recordar que era algo *-pochtli*.

Una vez que la sangre dejó de gotear del cuello del ave, Libertad comenzó a desplumarlo. “Después de crear el mundo y los dioses que viven en él, Ometeotl se escondió. Nadie sabe adónde fueron. Podría estar fuera de los límites del tiempo que fluye a través del universo por completo. Debido a que los primeros dioses se habían ido, Tezcatlipoca se convirtió en el más antiguo. Como Tloque Nahuaque, dios de los dioses, Tezcatlipoca es especial entre todas las deidades. Vamos a ofrecerle un corazón de sacrificio ahora”.

Abrió el pecho del gallo sin cabeza y extrajo el corazón. Los niños contemplaron el corazón que reposaba en la palma de su *abuelita*. Reconocieron la pequeña forma de triángulo inverso. Era muy similar a la turquesa que poseía su madre.

Se quemó copal en una vasija de barro, y el corazón del gallo se colocó entre el humo empalagoso y dulzón. También derramó la sangre acumulada en el cubo de hojalata, poco a poco.

Mientras Libertad cantaba palabras de oración que los niños no entendían, siguieron la costumbre de la iglesia, cerrando los ojos e inclinando la cabeza hacia adelante.

Cuando terminó la oración, abrieron los ojos. El cuchillo de obsidiana, resbaladizo por la sangre, brillaba al sol. Era una vista aterradora, como hielo negro.

Libertad pudo sentir lo que estaban pensando y recogió el cuchillo. “Esta fue una vez la tierra de los aztecas. Había otros países a su alrededor, pero esos eran apenas importantes. Los aztecas eran los más grandes. Y los aztecas tomaron esta obsidiana, que se crea en los volcanes, esculpieron cuchillos y puntas de flecha e hicieron espejos. A los espejos los llamaban *tezcatl*. Eran cosas sagradas, solo para reyes y sumos sacerdotes. El espejo contiene el poder de Tezcatlipoca, quien gobierna la oscuridad. No hay nada en el mundo más oscuro que la obsidiana, y refleja el destino de la humanidad. Obsidiana tiene muchas caras, de la misma manera que Tezcatlipoca puede cambiar de forma a voluntad. A veces corta la cabeza de un general enemigo, a veces talla el corazón de un sacrificio y a veces se convierte en un espejo”.

Guerra, sacrificio, destino, dioses...

Black brilló con una luz que contenía tanto la fragilidad de la humanidad como la infinita oscuridad del cosmos más allá de las estrellas. Estas cosas estaban más allá de la comprensión de los niños, pero a sus ojos, la roca era como algo de otro mundo que había llegado a manos de su *abuelita*.

Después de una cena de pollo asado, Libertad llamó a sus nietos a su habitación y los sentó en una mesa iluminada por la luz parpadeante de las velas. En la penumbra, fumaba tabaco, encendía copal y extendía papeles sobre la mesa. Era *amatl*, una forma de papel hecha de corteza de árbol durante los días aztecas. Los chicos nunca lo habían visto antes.

Libertad vertió la sangre de gallo sobrante del balde en un cenicero, luego sumergió una pluma en la sangre. Los ojos de los niños bailaron ante la belleza de la pluma de guacamayo escarlata que brillaba a la luz de las velas. Era el ave nacional de Honduras y muy querida en América Latina.

“Todo alrededor hay un lago”, dijo Libertad, dibujando el contorno del lago de Texcoco en el *amatl*, entonces la enorme ciudad que se cernía sobre él hasta el siglo XVI. Sus manos se movían con sorprendente destreza. La sangre del gallo formó líneas por sí sola, flotando hacia la superficie del papel desde la nada.

“Tenochtitlán”, dijo ella. “Significa 'entre las rocas y las chumberas'. Esta fue la metrópoli de los aztecas. Tenían varios *teocalli* sobre la laguna, y allí vivían toda clase de gente: dioses, reyes, sacerdotes, nobles, guerreros, comerciantes, prisioneros y esclavos. No había campesinos viviendo en Tenochtitlán. ¿Sabes por qué fue eso? Era lo mismo que las grandes ciudades de hoy. Había cientos de miles de personas allí, y los de otras tribus venían a hacer negocios, por lo que todos en la ciudad podían ganarse la vida haciendo otras cosas además de la agricultura. Así de rica y grandiosa era la nación azteca”.

Una ilustración del reino caído comenzó a llenar los espacios en blanco del *amatl*. Los canales de la ciudad construidos sobre el lago, sus terraplenes, puentes y la *chinampa*, jardines flotantes construidos sobre balsas de totora. Por encima de todo se alzaba la verdadera forma del Templo Mayor que los españoles habían destruido sin contemplaciones: una gran pirámide escalonada que adoraba a dos dioses en su parte superior.

En el lado derecho del *teocalli que mira al oeste* estaba el santuario de Huitzilopochtli, dios de la guerra, el “colibrí zurdo”. Su pared estaba decorada con un *tzompantli*, un estante lleno de cráneos humanos. En el lado izquierdo del templo estaba el adoratorio a Tlaloc, el dios de la lluvia, y en su entrada Libertad dibujó una estatua humana que los arqueólogos llamaron *chacmool*. Descansaba sobre su espalda, portando un recipiente para contener la sangre y los corazones de los sacrificios.

“¿Podemos verlo si vamos a la Ciudad de México?” preguntó Giovanni.

“Solo las ruinas y los museos”, respondió Libertad. “El hermoso lago ya no existe. Cortés, el capitán de los conquistadores, dirigió proyectos de irrigación tan devastadores que toda el agua se secó. Escuche atentamente. Tu *abuelita* nació en Veracruz, pero más atrás, tu antepasado vivió aquí, en Tenochtitlán. Y era un hombre muy importante. Su sangre corre por tus venas ahora. Coloque sus manos sobre este *amatl*. Cierra tus ojos. Te mostraré cómo era la ciudad azteca”.

Los cuatro niños pusieron sus manos sobre el dibujo de sangre de gallo y cerraron los ojos. El *amatl* era fresco y el olor a copal era dulce y especiado. Mientras Libertad hablaba, su voz baja trajo la imagen del Imperio Azteca, tan cierto como cualquier cosa que pudieran ver en la realidad.

“Vamos a tomar nuestras canoas al norte de Tenochtitlán. ¿Están todos listos? Lo que puedes ver adelante es un lugar llamado Tlatelolco. ¿Ves el gran mercado que hay allí? En náhuatl lo llamamos *tianquiztli*. Es mucho más grande que el mercado de Veracruz, y puedes comprar cualquier cosa allí. Los primeros españoles en llegar pensaron que estaban soñando; no podían creer lo que veían. Era mucho, mucho más grande que cualquier mercado que hubieran visto en Roma o Constantinopla. Veinte mil personas lo visitaban todos los días. Sesenta mil durante el mercado especial que se celebra una vez cada cinco días. Ahora quédate cerca de mí, vamos a caminar a través de él. ¿Ves a todas las mujeres vendiendo fruta? Los hombres que se pavonean con sus ropas elegantes son los grandes comerciantes, llamados *pochteca*. Observe a los hombres que venden tubos de incienso llenos de copal y a las mujeres que venden medicinas de miel mezclada y maguey. Hay puestos y vendedores desde aquí hasta la orilla del lago. Maíz, chiles, pavos, patos, cachorros, gallos, gallinas, cascabel, frijol, cacao, antorchas, resina de pino y flores de salvia traídos del sur. Ese hombre que pide *chalchihuitl* busca jade, y la mujer que habla de *xihuitl* quiere turquesa. El mercado continúa. Hay oro, hay plata y hay piedra verde. Aretes, tapices, cinturones, vainas de vainilla, frutos de cactus y *huauhtli*, que era un alimento muy importante para los aztecas. Hoy, lo llamamos amaranto. Vendían plumas del ave quetzal, que sólo podía llevar la nobleza, y también plumas de guacamayo. Esta pluma que tengo está hecha de la pluma de un guacamayo. Ustedes saben lo que es *el pulque*, pero ¿alguna vez han visto una piel de nutria? También hay pieles de tejón y ciervos. Hachas, vasijas de barro, ollas, el *amatl* que ahora tienes en las manos, tantos tintes que no podrías contarlos todos, esclavos y esclavas. Los nobles daban una buena vida a sus esclavos. De hecho, algunas personas se ofrecieron voluntariamente para ser esclavos. Fueron los conquistadores quienes trabajaron a sus esclavos como bestias comunes. Ahora, ¿ves esa multitud de gente allá? Hay artesanos expertos que demuestran sus habilidades a los espectadores. Hay un hombre tallando patrones en un cuchillo de pedernal *tecpatl*, y otro hombre puliendo uno de obsidiana. Sin embargo, solo los nobles son lo suficientemente ricos como para comprarlos. ¿Qué opinas sobre Tlatelolco? El *tianquiztli* parece durar una eternidad, ¿no? No podrías verlo todo en un solo día. Pero eso no es todo lo que hay aquí. Al igual que Tenochtitlan, tienen su propio Templo Mayor. Enfoca tus oídos y escucha atentamente”.

Libertad comenzó a golpear la mesa mientras los niños mantenían los ojos cerrados. Al principio estaba tranquilo, pero se hizo cada vez más fuerte. **El sonido de los tambores de la *teocalli*.**

"¿Puedes verlo? Ha comenzado un ritual en lo alto del *teocalli*, que se yergue tan alto como una montaña. Se hará un sacrificio a Tezcatlipoca. ¿Puedes ver cómo los colocan en el altar de piedra? Hay cuatro *tlamacazque* allí, cada uno con un miembro hacia abajo”.

Libertad golpeó la mesa con más fuerza.

"Un *tlamacazqui* más sostiene un cuchillo de obsidiana. No debes apartar la mirada.

Libertad golpeó la mesa. El ritmo se aceleró. El tambores de *teocalli*.

"Mira, una joya roja brillante ha sido sacada del cofre del sacrificio. ¿Sabes lo que es?"

"*Corazón*", dijo Valmiro. Los otros tres asintieron con los ojos cerrados.

"Eres muy inteligente." Libertad sonrió. "Así es. Los aztecas lo llamaron *yollotl*. Recuerda esa palabra. Cuando sacas el *yollotl*, lo levantas hacia el cielo. ¿Lo ves? No es una ejecución. Estás ofreciendo comida al dios.

"¿Te gustan los tacos?" preguntó Giovanni.

"Sí. Los corazones humanos son las tortillas de los dioses. Ahora los sacerdotes están arrojando el cuerpo por los escalones. Como el agua que fluye sobre las cataratas, cae y cae. ¿Qué es esto? ¿Estás llorando, Duilio? No hay nada que temer. El sacrificio está ayudando a mantener el mundo de los vivos. Su alma ha regresado a los cielos, y el cuerpo que queda atrás es solo una cáscara vacía. Ahora, abre los ojos.

Cuando los muchachos lo hicieron, sintieron como si les hubieran quitado el corazón. Cada uno se tocó el pecho en la oscuridad, para asegurarse de que no hubiera ningún agujero.

13

mahtlactli-huan-ëyi

Isidoro Casasola notó que Libertad ya no se molestaba en ocultar sus intereses heréticos a sus hijos. Su esposa, Estrella, le dijo con preocupación no disimulada: “Ojalá ella no hiciera eso con los niños”.

Estrella era de Oaxaca, donde vivían muchos *indígenas*, y le gustaba pensar que tenía una actitud generosa hacia las culturas antiguas, pero como casi todos, se crió en un entorno estrictamente católico. En su mente, ya sea maya, olmeca o azteca, los recuerdos de las civilizaciones caídas deben conservarse como cosas placenteras como el arte decorativo y las danzas. No deben traerse al presente como religiones activas.

“Es porque *Madre* no es católica”, le dijo Isidoro, luego entró en su estudio y cerró la puerta. Encendió un cigarro, se sirvió un trago de tequila y exhaló con fuerza.

Siempre le había resultado difícil entender la forma de pensar de su madre, pero su fijación con los aztecas era una constante. Había visto a su padre ponerse furioso y abofetearla muchas veces, pero ella nunca se rindió. Eventualmente, su padre contrajo rabia, sufrió y murió. Probablemente vio su final cuando la ira de los dioses aztecas cobraba vida. Estar en su presencia lo dejaba claro. Y cuando Hugo perdió la vida a causa de la rabia de la misma manera, debe haber tenido un efecto profundo en ella.

Isidoro tomó otro trago de tequila. *Está muy bien ser devoto, pensó. Pero México es un país católico. Estos reyes aztecas como Moctezuma y Cuauhtemoc, son figuras históricas cuyos nombres pertenecen a libros de texto, letreros de calles y botellas de licor. El Templo Mayor es solo una ruina para los turistas. Si te tomas estas cosas en serio, la gente pensará que estás loco. Entiendo por qué Estrella está preocupada. Pero, ¿qué se supone que debo hacer?*

Su madre no solo era insondable para él; ella era aterradora e inaccesible. Ella nunca lo había sermoneado o golpeado. Entonces, ¿por qué le tenía miedo?

Había una respuesta: Isidoro temía la extraña y desconcertante hechicería que reverenciaba su madre, y no quería admitirlo. Las maldiciones y la magia no eran reales. Si lo fueran, los aztecas habrían hecho retroceder a los conquistadores...

Sin embargo, una vez que el niño interior de Isidoro se apoderaba de una emoción, ninguna cantidad de lógica podía alejarla. El desprecio de Isidoro por su madre rural de Catemaco era un reflejo de su terror. Incluso de adulto, nunca había mirado a la mujer a los ojos ni le había dicho lo que pensaba.

Isidoro tomó otro trago de tequila y se limpió la boca. Como dijo Estrella, podría tener alguna influencia negativa en sus hijos, pero por otro lado, ¿qué conocimiento no? Los experimentos químicos, si se usan para el mal, podrían enseñarte cómo matar. En otras palabras, era importante ser tolerante. Por ahora, los muchachos no denunciaban a María ni a Nuestra Señora de Guadalupe. Respetaban al Padre Hidalgo, el Padre de la Patria, hasta donde sabía Isidoro. Fueron a misa. Si comenzaron a afirmar que no querían ir a misa, eso significaría que las enseñanzas de Libertad se habían deslizado más allá de los límites de la tolerancia. Ahí era donde estaba la línea. Se sentiría mal por eso, pero si llegaba a eso, tendría que sacarla de la mansión. Le instalaría una pequeña casa barata en el campo y la obligaría a vivir allí sola.

Una vez establecido su plan, Isidoro colocó el chupito sobre el escritorio y salió del estudio. Llamó al conductor de la familia, que esperaba en la mansión en modo de espera. Isidoro no quería estar en casa ahora. Estaba de humor para desahogarse en un casino, pero en ese momento no tenía dinero para jugar. “Llévame a la oficina en el puerto”, le dijo al chofer.

Mimado por su padre y criado suave y decadente, Isidoro se creía un excelente hombre de negocios. Le molestaba que los miembros senior de la empresa de su padre no valoraran sus contribuciones y liderazgo.

De acuerdo con el testamento, Isidoro se hizo cargo de la empresa Casasola a los veintisiete años y se devanó los sesos en busca de nuevas fuentes de ganancias que coincidieran con la era actual.

Su idea, sumada a las exportaciones de plata y turquesas que la empresa manejaba desde la generación de su bisabuelo, era utilizar esos materiales para fabricar artículos de decoración que la empresa vendería al por mayor. Collares de jade y plumas, anillos de plata y pulseras con turquesas incrustadas. El concepto de los diseños surgió del amor de Libertad por el arte azteca. Así fue como anunció la línea a los compradores:

“Hermosos amuletos hechos a la manera de los antiguos aztecas, elaborados por artesanos indígenas de habla náhuatl en nuestro taller ubicado en Oaxaca”.

En realidad, la fábrica estaba en Veracruz y no había ningún *indígena purasangre*. Casi todos en el taller eran *mestizos*, junto con dos negros de Bolivia y un inmigrante chino que vino de Chile. Ninguno de ellos sabía nada sobre la mitología azteca ni hablaba una palabra de náhuatl. Simplemente trabajaban en una fábrica para mantener a sus familias.

Cuando la contracultura hippie se hizo cargo a fines de la década de 1960 en Estados Unidos, los adornos aztecas hechos por pueblos indígenas se vendieron como pandilleros. Los barcos de la compañía Casasola hacían viajes regulares desde Veracruz, cargados de condecoraciones y ornamentos, y viajaban por el Golfo de México hasta América.

Isidoro también comenzó a vender pieles de jaguar y puma a compradores blancos ricos a precios exorbitantes. Y cuando los rellenaba y montaba, siempre se aseguraba de guardarlos para las subastas, para subir aún más los precios.

Sintió que había demostrado su perspicacia comercial, pero de hecho, las ventas de adornos y pieles representaban solo un pequeño porcentaje de los ingresos totales de la empresa. La base del negocio seguía siendo la exportación de plata y turquesa.

El sustento de la empresa Casasola eran sus estrechos vínculos con los dueños de las minas de México, que se habían nutrido durante las generaciones del bisabuelo, el abuelo y el padre de Isidoro. Sin ellos, no había nada que cargar en los barcos.

Los altos empleados que habían trabajado con su padre, Carlos, estaban preocupados por las negociaciones de mano dura de Isidoro con los dueños de la mina. Le advirtieron muchas veces que mejorara su táctica, pero Isidoro los ignoró rotundamente.

Una vez que el dueño de una mina de plata en el estado de Guanajuato finalmente cortó lazos con Casasola, otros lo siguieron rápidamente. Las empresas rivales cosecharon el beneficio de todas esas fuentes de plata y turquesa, y las ganancias de Casasola se agotaron. Varios barcos tuvieron que ser vendidos, los empleados se fueron y la bancarrota se avecinaba.

El 15 de septiembre, víspera del Día de la Independencia, cuando normalmente habría estado en la Ciudad de México con amigos, emborrachándose en El Zócalo y gritando **"¡Viva México!"** con la multitud, Isidoro en cambio estaba sentado solo en la oficina de Casasola, mirando el puerto de Veracruz por la ventana.

Los barcos con sus luces brillando silenciosamente cruzaron el mar oscuro, rompiendo ocasionalmente el silencio con el estallido de un silbato de vapor.

Isidoro fumaba un cigarro, bebía mezcal y jugueteaba con la pistola que estaba encima de su escritorio. Era un viejo revólver Colt, un recuerdo de su padre. Cuando era joven, Isidoro pensó que era una reliquia de sus antepasados conquistadores. Una vez que fue adulto, supo que fue hecho mucho, mucho después del siglo XVI, que fue cuando los conquistadores derrocaron el reino azteca.

Volvió a dejar el arma sobre el escritorio y miró el retrato de su bisabuelo que colgaba en la oficina. El hombre dentro del marco frunció el ceño ante el fracaso de un descendiente, como si supiera la cantidad de deuda bajo la que trabajaba la empresa familiar.

No tengo que volarme los sesos, pensó Isidoro. Puedo simplemente emborracharme y tirarme al agua. Eso hará el trabajo.

El teléfono sonó.

Era una denuncia de un socio en Nueva York, preguntando dónde estaba su cargamento. Isidoro se disculpó, colgó y de inmediato recibió otra llamada. Este era de Barcelona, buscando el pago de una deuda. El siguiente vino de Piraeus en Grecia, luego de San Francisco, luego de una compañía diferente de Nueva York, todos buscando cobrar deudas.

Con un vaso lleno de mezcal en una mano, Isidoro se frotó los ojos soñolientos y atendió otra llamada. Este era de su esposa.

“Ya lo he tenido”, dijo Estrella. “Los niños estaban jugando con fuego en el patio trasero. ¿Sabes lo que estaban haciendo? Pinchándose los lóbulos de las orejas con púas de cactus. Estaban rociando su sangre en el humo. Es una locura. Cualquiera podría ver que es magia negra. Esto ha arruinado por completo el Día de la Independencia. Y todo se debe a que no mantuviste a raya a tu madre, porque eres demasiado débil. Bueno, no puedo soportarlo más. Saquen a Libertad de aquí, o me voy a llevar a los niños de regreso a Oaxaca”.

“No son espigas de cactus”, dijo Isidoro.

"¿Qué?"

“No son de cactus. Son espinas de maguey. Sabes lo que es eso, ¿verdad? Lo que usan para hacer *pulque*.”

"¿De que diablos estas hablando?"

“Estoy recibiendo llamadas de trabajo. Tengo que colgar.

Isidoro colgó el auricular y la furia de Estrella se distanció. Dejó que el silencio se asentara sobre sus hombros. Isidoro terminó el mezcal en su taza, luego acercó la botella y sirvió más.

El teléfono sonó.

“*Bueno*”, dijo Isidoro.

“Suenas como una mierda”, respondió el hombre al otro lado de la línea. “Quiero hablar con Isidoro Casasola”.

"Discurso."

Esa llamada telefónica cambió la vida de Isidoro. El hombre al otro lado de la línea no quería quejarse ni exigir dinero. Tenía la esperanza de iniciar una nueva relación comercial.

La mercantil Casasola operaba desde hacía cuatro generaciones, poseía naves y almacenes en el puerto de Veracruz, y estaba a punto de quebrar.

Los narcos estaban al tanto de esto, por supuesto, y habían estado esperando el momento adecuado para contactar a Isidoro.

El primer trabajo fue contrabandear hachís a Nueva York.

Tras enviar con éxito los bloques de hachís al norte durante dos meses, Isidoro se ganó la confianza del cártel. Luego le pidieron que les pasara cocaína de contrabando. Bajo la guía de narcos que habían sido enviados con fines "instructivos", aprendió a esconder cocaína entre montones de madera. Como el hombre a cargo, Isidoro montó él mismo los barcos y llevó el producto a salvo a Barcelona.

Había muchos lugares donde se podía esconder la cocaína además de la madera: dentro de pescado congelado, en globos oculares de taxidermia, detrás de cuadros enmarcados. Isidoro había logrado aferrarse a un último barco, y lo mantuvo funcionando a un ritmo constante, transportando productos de puerto en puerto. Pronto la fortuna de la empresa, en palabras del propio Isidoro, “volvió de entre los muertos como Lázaro”.

Los fajos de billetes cayeron del cielo y brotaron del suelo.

¿Por qué no me metí en esta línea de trabajo desde el principio? Isidoro se preguntó, mirando hacia atrás a lo que lo había traído aquí. Nada del pasado parecía real; todo era simplemente una pesadilla. Gracias a Dios que estaba de vuelta en la realidad.

A cambio de transportar sus mercancías por el océano, el cártel presentó sus respetos a Casasola y mucho más. Trataron a los cultivadores de coca y a los vendedores ambulantes como alimañas, pero no escatimaron en gastos para expandir y mantener sus rutas de envío. Valió más que la pena la inversión.

Grandes sumas de dinero llegaron a raudales, nuevos rostros llenaron la oficina, la deuda se desvaneció, Isidoro contrató a un contador recomendado por el cártel, luego compró un yate para su propio placer y lo disfrutó en compañía de mujeres.

No había necesidad de inclinarse y raspar a esos viejos dueños de minas; estaban atrapados detrás de los tiempos. Compró plata y turquesa de nuevas minas y reanudó su exportación, pero solo a un tercio de la producción anterior. A pesar de eso, pronto corrieron rumores de que la empresa Casasola había vuelto de sus problemas.

Cuando era más joven, Isidoro había disfrutado del consumo de hachís y cocaína en una fiesta, pero nunca pensó en venderlo él mismo. Ese fue un asunto de mala muerte, cosas vergonzosas que hiciste en los callejones. Y era tan pequeño, también. No es como explorar vastos sitios de excavación, hacer tratos con propietarios de minas y exportar grandes cantidades de plata y turquesa. O eso pensó.

Ahora esa creencia había sido completamente anulada. Las drogas eran **un gran negocio**. Isidoro se sorprendió en una nueva forma de pensar.

El transporte es el aspecto más importante del tráfico de drogas. El mar está cubierto de carriles de oro. Nunca hubiera creído que había tanto dinero circulando hasta que me involucré. Esto trasciende el simple concepto de ganar dinero. Hay tanto efectivo moviéndose de esta manera que se parece más a los ingresos fiscales que a las ganancias comerciales. Sí, llámalo un impuesto. Hay un país invisible de drogas que cruza los mares, y la gente en todas las naciones del mundo está pagando el impuesto a las drogas...

Cuando los seres humanos se enfrentaban al peligro, poseían la capacidad de cambiar sus formas de sobrevivir, demostrando una presteza y dinamismo que sugería que habían evolucionado y crecido. Y una vez que pasó el peligro, volvieron a sus viejas costumbres.

Una vez estabilizada de nuevo la empresa Casasola, Isidoro se deleitó con los halagos de los que buscaban una tajada de su fortuna, y empezó a gastar desorbitadamente, como había hecho en el pasado. Después de todo, Isidoro había rescatado a la compañía del borde del desastre y había reconstruido su flota de barcos de vuelta al número de los días de gloria. ¿Qué daño había en hacer alarde de su éxito?

Embriagado por la riqueza, compró anillos de diamantes, relojes con incrustaciones de esmeraldas y docenas de trajes hechos a la medida, y pasó las noches ahogándose en licor y mujeres.

No tenía ningún deseo de volver a la mansión y meterse entre su madre obsesionada con los aztecas y su puta esposa católica. En cambio, viajó entre las casas de cinco amantes diferentes, ignoró a sus hijos, trabajó, se divirtió, durmió, se despertó y volvió a trabajar.

Mientras sus barcos llenos de cocaína hábilmente escondida siguieran saliendo del puerto de Veracruz, continuaría haciendo sumas impías.

La falta de miedo de Isidoro por el cartel y las muestras de extravagancia estaban llamando la atención. A pesar de nunca haber matado a un hombre, Isidoro se creía como todos los demás narcos: poderoso y peligroso.

Eventualmente, comenzó a exigir una tajada más alta del cártel. Peor aún, un mal juicio personal condujo a un gran fracaso comercial.

Un barco programado para descargar en un puerto de África occidental tuvo que alejarse antes de poder atracar. El problema surgió porque Isidoro había escatimado en el soborno para pagar a la guardia costera local. Isidoro afirmó que esto era "solo negocios", pero fue un grave error de su parte. Si otros narcos que esperaban en tierra no hubieran notado que algo andaba mal y se hubieran puesto en contacto con el barco antes de tiempo, el barco habría navegado directamente al puerto y muy posiblemente habría perdido unos cientos de kilos de cocaína. Ese tipo de pérdida era de las que se medían en cientos de millones de pesos.

De repente, las mareas cambiaron. Era hora de que Isidoro cumpliera un propósito: enviar una advertencia sobre quién estaba realmente a cargo. La advertencia del cártel no fue para él sino para los allegados al hombre. El significado se perdería para Isidoro, pero todos los demás lo entenderían. Y no habría segundas oportunidades si no lograban aprender la primera vez.

El cartel mexicano se puso en contacto con sus socios comerciales en un cartel colombiano y dijo: "Vamos a matar al presidente de Casasola, pero sus barcos seguirán navegando". Entonces desataron a sus *sicarios*.

Los amigos ricos de Isidoro se enteraron de su destino a través de susurros, pero ninguno de ellos pensó, *el pobre bastardo*. En cambio, todos lo maldijeron. *El bastardo afortunado*.

Pudo actuar como quiso y sobrevivir durante unos años en el mundo de las drogas antes de que lo alcanzara.

Libertad ofreció un gallo a los dioses en el patio trasero de la mansión, pasó los dedos por la sangre del balde y luego roció un poco en cuatro platos pequeños, uno a la vez. Ella les dijo a sus nietos: "Ahora viertan eso en el suelo frente a la puerta".

Eran las seis de la mañana. Los cuatro tomaron los platos, caminaron por el jardín con su rico aroma de flores de dalia, y con cuidado se dirigieron a la puerta principal, con cuidado de no derramar nada de sangre.

Había un cadáver esperándolos.

Parecía que alguien había colocado una muñeca grande allí como una broma, una desnuda. La cabeza, los brazos y las piernas estaban separados del torso, descansando por separado. Los sitios de los cortes estaban oscuros y descoloridos, y la piel estaba morada aquí y allá.

Una mujer que pasaba por la puerta gritó, y cuando su voz se apagó, se hizo un silencio espeluznante. Los cuatro niños se quedaron en silencio.

Una sirvienta que escuchó el grito salió a ver y lentamente, con cuidado, abrió la puerta. Salió a la calle y se desmayó en el momento en que identificó el cadáver. Incluso entonces, los cuatro niños estaban completamente quietos y no derramaron la sangre de gallo. Eventualmente, Valmiro dejó su plato a sus pies, luego corrió al patio trasero y encontró a Libertad lavándose las manos en el pozo.

Después de escuchar su informe, ella lo miró fijamente y preguntó: "¿Es eso cierto?"

Valmiro asintió.

"¿Estás absolutamente seguro?" Libertad volvió a preguntar.

"Es verdad", respondió Valmiro. "Es mi padre."

Libertad suspiró profundamente, pero no se desmoronó. Fue al portón con Valmiro y vio el cuerpo, sus otros tres nietos y la sirvienta inconsciente, en ese orden. Ya se estaba reuniendo una multitud.

Ordenó a sus nietos que llevaran las partes del cuerpo de Isidoro al patio trasero.

Bernardo y Giovani levantaron el torso como una camilla, mientras Duilio cargaba los dos brazos, llorando. Libertad le dijo a Valmiro: "Tú llevas la cabeza". Una vez que los muchachos hubieron salido todos al patio, Libertad recogió las piernas, arrastrándolas tras de sí, luego cerró el portón y echó el cerrojo.

Los niños pusieron las partes separadas de su padre en los lugares apropiados y trataron de unir los extremos cortados, pero no funcionó. La cabeza, los brazos y las piernas se negaron a quedarse quietos, rodando en ángulos extraños. La vista de su padre mutilado finalmente hizo llorar a los otros tres niños también.

Apenas pasaba tiempo en casa con ellos, pero solo recordaban aquellas ocasiones en las que estuvo allí; su sonrisa y su voz. La tristeza creció en ellos, luego el dolor y la ira, y por último, el profundo odio.

Hugo y *Padre* se habían ido.

"¿Quién hizo esto?" gritó Bernardo.

"Los narcos", dijo Libertad.

Ellos miraron sus ojos hinchados.

Libertad animó y animó a las putas *indígenas pobres* que trabajaban en los alrededores del puerto, y les dijo la suerte gratis si se lo preguntaban. A cambio, le habían contado todo sobre el tipo de personas con las que Isidoro se había involucrado.

"Es una mala manera de morir", remarcó Libertad. "Muy mal."

"¿Por qué?" preguntó Valmiro entre sollozos. "¿No murió como un sacrificio, como Hugo?"

“Lo hizo”, dijo Bernardo. “*Al padre* lo despedazaron peleando con los malos. Es un guerrero azteca. Se convirtió en una tortilla para los dioses y ayudó a evitar que el mundo fuera destruido”.

“Tu padre no murió peleando”, dijo Libertad. “No escuchó a los demás, cometió un grave error y lo mataron. E Isidoro no sabe nada de los dioses aztecas.

“Entonces, ¿va a bajar al Mictlan?” preguntó Bernardo, asustado.

“Mictlan es el inframundo, pero no es como el infierno católico. Es una tierra de oscuridad donde las almas que no fueron ofrecidas a los dioses viajan y aprenden. Al final del viaje, las almas desaparecen. Desearía que fuera allí, pero no es así. Isidoro se va a un lugar muy diferente, a sufrir un destino horrible”.

—Tienes que ayudarlo, Libertad —gritó Duilio.

“Hay una manera”, dijo Libertad en voz baja, después de una larga pausa, “una manera de hacerlo. Debemos *matarlo de nuevo*.”

Los cuatro muchachos sujetaron el torso de su padre según las instrucciones, y Libertad hundió el cuchillo de obsidiana en su pecho. Cortó la carne, abrió un agujero, cortó los huesos y extrajo el corazón que había perdido su *ollin hacía mucho tiempo*.

“Apunta su cara hacia arriba”, afirmó.

Valmiro, que había llevado la cabeza al patio trasero, sintió que probablemente ese era su trabajo. Agarró la cabeza de Isidoro, que había rodado sobre un costado, puso sus manos en las mejillas y apuntó hacia arriba. Sus ojos apagados y abiertos reflejaban el cielo azul de arriba.

Libertad colocó el corazón sobre la cara de Isidoro. Los cuatro estaban alarmados. ¿Qué estaba haciendo *abuelita*?

“Solo mantenlo apuntalado”, ordenó Libertad, luego metió la mano en su saco de arpillera y sacó algo que parecía una ocarina italiana. Valmiro, que nunca había visto una ocarina, pensó que tenía forma de aguacate, pero al ver su color blanco desvaído y sus contornos a la luz del sol, se dio cuenta de que el instrumento se parecía exactamente a una calavera. Era un pequeño cráneo, del tamaño de la cabeza de un bebé.

Libertad sopló en el silbato, produciendo un sonido como el de una mujer sollozando. El ruido se hizo más fuerte, poco a poco, hasta que fue el viento aullando fuera de la ventana, luego los gritos de una persona quemada viva y, por último, los gritos de los condenados del infierno.

Asustados por el sonido espantoso y entrecortado, todos los niños, excepto Valmiro, se taparon los oídos con las manos. Él también lo habría hecho si no hubiera sostenido la cabeza de su padre. Casi se orinó. Pero si lo soltaba, la cabeza rodaría y el corazón se le caería de la cara. Valmiro trabajó muy duro para conquistar su miedo.

Ehecachichtli, silbaba el viento.

Los silbatos aztecas aterrorizaron a los conquistadores en el siglo XVI, y era difícil imaginar algún otro instrumento en el mundo que produjera un sonido tan escalofriante. Los frailes españoles en la conquista etiquetaron estos *silbatos de la muerte*, silbatos de muerte. Cuando sonaban, los silbatos convocaban al viento, atraían a los muertos desde las profundidades para mirar a los vivos y, por último, provocaban al gobernante de todas las tinieblas, Yohualli Ehecatl, la "Noche y el Viento".

Libertad apartó los labios del silbato y habló.

"In ixtli en yollotl".

"Tu padre ha vuelto a morir". Tomó el corazón en su mano derecha y lo levantó, mirando a los cuatro niños. "Ahora su alma no irá a un lugar aterrador y desconocido, sino que se elevará al cosmos donde están los dioses. Tu padre tuvo que morir dos veces porque cometió un error. Por eso su primera muerte fue tan terrible. Debes saber sobre el error que cometió. Así que escucha atentamente. Tu padre era *ahuicpa tic huica*.

Los chicos solo la miraron.

"Lleva sin cargar", explicó Libertad. "Significa que solo estaba transportando ociosamente el sagrado corazón que reside en su pecho. No sabía lo que estaba haciendo ni el sentido de su vida. Era un tonto que vivía solo para su propio placer".

"¿El padre era un tonto?" preguntó Bernardo.

"Así es. Bernardo, Giovani, Valmiro, Duilio, ninguno de ustedes debe ser un *ahuicpa tic huica*.

"¿Cómo podemos asegurarnos de no ser eso?" preguntó Giovani.

“Pon una mano en tu pecho. ¿Puedes sentirlo latir? Esa es la clave. Tu *corazón*. Tu *yolotl*. Aún no lo has encontrado; eres demasiado joven para estar conectado con los dioses. Sientes el mundo con tu *ixtli*, tu cara. Porque tus ojos están dentro de tu cara. Pero tu rostro no conoce el sentido de la vida. Los niños, como tú, y los hombres necios, como tu padre, no tienen el rostro y el corazón unidos. Están todos separados. No tienes una cara real.

No tienes una cara real. Los chicos se llevaron las manos a las mejillas solo para comprobarlo.

“Un guerrero lucha y muere por sus dioses, y un sacrificio humano entrega su cuerpo. Cuando hayas hecho un sacrificio a los dioses, tu rostro contemplará este mundo correctamente por primera vez. Entonces encontrarás tu sagrado corazón. Tu padre no entendió eso. Pero ustedes cuatro son guerreros aztecas. Deben encontrar su verdad *en ixtli en yollotl* y estar allí para ayudarse mutuamente a vivir”.

Estrella ayudó a levantar a la sirvienta que se había desmayado en el frente y regresó a la mansión. Con manos temblorosas, tomó el teléfono y llamó a la policía. Otros en el barrio ya habían denunciado el incidente, y los autos se dirigían a la residencia Casasola.

Cuando llegaron las autoridades, examinaron las manchas de sangre afuera del portón y le preguntaron a Estrella: “¿A dónde fue el cuerpo?”.

Antes de que pudiera responder, el oficial que había dado la vuelta por la parte trasera de la mansión llamó a los demás.

Junto al cuerpo descuartizado y decapitado de Isidoro Casasola, con el corazón extraído, se encontraba una mujer *indígena* y cuatro niños. Ella estaba sosteniendo un cuchillo de piedra. Los agentes la apuntaron con sus armas para que soltara el arma y luego la esposaron a la espalda.

Libertad se mostró completamente estoica cuando la metieron en el auto y ni siquiera se asomó en objeción.

Su marido, despedazado por los narcos tras una vida de excesos y derroches; su suegra indígena, quien tranquilamente lo abrió y le arrancó el corazón frente a sus nietos; los muchachos, cuyas almas habían sido robadas por el Diablo; un ritual pagano interminable.

Estrella no podía soportar estar en la casa de Casasola en Veracruz por un momento más. Comenzó a enloquecer, a llorar, a tirar objetos y a derribar sillas. Poco después, partió, sola, hacia su casa en Oaxaca, sin llevar consigo ninguno de los bienes de su familia.

Si Libertad hubiera blasfemado a Isidoro *después* de su entierro, habría cumplido una pena máxima de cinco años. Sin embargo, ella le había abierto el pecho con el cuchillo de obsidiana antes de su entierro. Dada la condición de Isidoro, estaba claro que había sido asesinado por un cartel. De acuerdo con la ley federal, Libertad fue multada y detenida durante cuatro días antes de ser liberada.

De vuelta en la casa, la sala de estar estaba en un estado terrible. Los platos usados todavía estaban sobre la mesa.

"*Abuelita*", llamó Valmiro, bajando corriendo las escaleras cuando notó que ella estaba en casa. "*Madre* se fue. Mila tampoco está aquí.

Mila era una criada que había trabajado para los Casasola durante cuatro décadas.

"¿No fuiste con tu madre?"

"No."

¿Dónde están Bernardo, Giovanni y Duilio?

"Están aquí", respondió Valmiro. "Somos como tú. Somos guerreros aztecas".

Libertad vendió los bienes de la familia y empezó a cobrar por las adivinaciones que antes hacía de forma gratuita. Al hacerlo, pudo apoyar a los niños.

La oficina de la empresa Casasola permaneció en el puerto, pero el cártel se había apoderado por completo del negocio y Libertad no vio ni un peso de él.

Quiero venganza contra los que mataron a mi padre,

Libertad comprendió el silencioso deseo que ardía en el corazón de los muchachos y lo respetó. Todo ser humano era un *ahuicpa tic huica*, cargando sin cargar. Sólo una voluntad firme e inquebrantable los despertaría y los guiaría por el camino de los dioses: *in ixtli in yollotl*.

Los hermanos escuchaban todas las noches las historias de Libertad sobre el reino perdido, sin aburrirse nunca de ellas.

Aprendieron muchas cosas a través del miedo, y conociendo el miedo, adquirieron la sabiduría para enfrentar la realidad. Las historias eran tan interesantes que no necesitaban pagar dinero para ir al cine a entretenerse. De hecho, todas las películas de terror de América parecían ser plagios de las cuentas de Libertad.

En el verano de 1975, el mayor, Bernardo, fue al teatro con sus amigos de la escuela y vio *The Texas Chain Saw Massacre*, que era tristemente célebre por dar miedo. Sus amigos se tapaban la cara con las manos o salían corriendo del cine antes de terminar la película, pero Bernardo no se asustaba lo más mínimo. De hecho, tenía curiosidad por saber por qué la gente pagaría dinero para ver algo así. Lo que hizo *Leatherface* fue lo mismo que Xipe Totec, y mucho más crudo. Xipe era el dios desollado y regularmente despojaba a los esclavos de la piel y les sacaba los globos oculares, luego los usaba para sí mismo. Cuando el *xiuhpohualli* declaró que era el día festivo de Xipe Totec, los aztecas que lo adoraban desollarían a los esclavos en consecuencia, usarían sus pieles durante veinte días, bailarían y perseguirían a otros.

Después de *The Texas Chain Saw Massacre*, Bernardo perdió todo interés por las películas de terror. Ni siquiera vio *Viernes 13* cuando salió. Les dijo a sus hermanos que sería una pérdida de dinero. Cuando *Friday the 13th Part 2* llegó a los cines un año después, la gente hablaba sobre el asesino con máscara y machete, pero parecía una imitación barata de los verdaderos guerreros aztecas.

Si bien las historias de Libertad tenían un efecto mágico, ella era francamente realista cuando se trataba de la muerte. Dentro de sus cuentos de sueños e ilusiones, siempre hubo un marcador absoluto de muerte. La gente murió. No volvieron a la vida. Morir bien devolvió el alma a los cielos, pero ese ya no era tu yo actual. No había vida después de la muerte. El alma se reencarnó. Pero antes de eso, se convirtió en un pájaro, por lo que nunca recordó su antigua existencia. ¿Cómo podría alguien que no recordaba el pasado renacer como la misma persona?

El espantoso sonido del *ehcachichtli*. Tezcatlipoca sentado sobre el *teocalli* y devorando las armas de los sacrificios, viendo a Tenochtitlan hundirse en la noche. El sonido de los tambores atados con piel de serpiente. Un sacerdote *tlamacazqui* adorando al dios de la guerra Huitzilopochtli entregando el corazón de un sacrificio a un *cuauhtli*, un águila. El *cuauhtli* agarrando el corazón y volando, hacia arriba a través de las trece capas de los cielos, dejándolo caer en la hendidura de la piedra sagrada. Quetzalcóatl llevando la piedra al sol. El *cuauhtli*, su trabajo terminó, descendiendo y transformándose en un *cozcacuauhtli*, un buitre, y procediendo más abajo en las nueve capas del reino subterráneo. Las almas de aquellos humanos que no fueron sacrificados a los dioses se lanzaron de cabeza a su lado, viajando a través de las nueve capas oscuras, alcanzando las profundidades más profundas del Mictlan solo después de cuatro años. Allí, se encontraron con el aterrador dios de la muerte con cara de calavera, Mictlantecuhtli, evaporándose por fin y conociendo la liberación del inquieto viaje a través de la oscuridad total.

“Como te he dicho muchas veces, lo importante es cómo mueres”, dijo Libertad a través del humo de copal. “Así es como gastan sus vidas. Eso es fundamental”.

A través de la sangre y los mitos del reino caído, los cuatro niños entraron en contacto con el orden del cosmos y la naturaleza cruel de la realidad, pensaron mucho sobre la luz y la oscuridad, entendieron la importancia de una fuerza de voluntad firme y forjaron lazos fraternales más fuertes.

Mientras recopilaban información sobre el cártel que ejecutó a su padre y robó la empresa familiar construida por su tatarabuelo, comenzaron a creer que la justicia federal mexicana era incapaz de castigar a los responsables. Los narcos existían fuera de la ley. En otras palabras, trabajar para convertirse en policías o fiscales era una pérdida de tiempo y esfuerzo para los niños.

El camino más directo a la venganza era convertirse en *enemigo del enemigo*. Se unirían a una organización que rivalizaba con el cartel que le robó la vida a su padre.

Crecieron en tamaño y personalidad, entrelazándose con los recuerdos aztecas, alcanzando el plano de la venganza, un futuro en el que se convirtieron en narcos.

Dentro de este otro cartel, hogar de los hombres más feroces de todo Veracruz, la crueldad de los hermanos Casasola sobresalía por encima de la de los demás. Las historias de sus hazañas se difundieron.

“Son fanáticos que capturaron a un teniente enemigo, le cortaron el corazón y se lo ofrecieron a su dios azteca”.

Se pararon al frente de cada tiroteo. Si un compañero estaba en peligro de ser secuestrado, cargaban contra el enemigo, blandiendo hachas que usaban para cortar brazos. Decenas de narcos que deberían haber sido arrastrados, mutilados y masacrados fueron salvados por el asombroso coraje de los hermanos Casasola. Aunque se parecía más a una locura intrépida que a la valentía.

Incluso los *sicarios* de su propia organización les temían. Los más jóvenes admiraban tanto a los hermanos Casasola que se tatuaron símbolos aztecas como el Templo Mayor o guerreros águila, incluso las palabras náhuatl *mitl chimalli*, o flecha y escudo, metáfora de la guerra. Algunos dejaron de ir a misa y comenzaron a adorar a los dioses aztecas.

Nunca salían de juerga en el distrito del placer y, por lo tanto, nunca cayeron presa de la intrincada red de inteligencia que los cárteles enemigos habían establecido utilizando trabajadoras sexuales de alto precio.

Cuando por fin identificaron al *sicario* que mató a su padre, los hermanos iniciaron un tiroteo a plena luz del día y se llevaron vivo al hombre. Desafortunadamente, las balas de Valmiro y Duilio perforaron el estómago del hombre, exponiendo sus entrañas. Estaba expuesto a morir pronto. Con el hedor de la pólvora en sus manos escociéndole las fosas nasales, Valmiro llamó a Libertad y le preguntó: “¿Te lo traemos?”.

“No, tú lo manejas”, respondió ella. “Pero cuando termines, trae su corazón y su brazo izquierdo aquí”.

Mataron al asesino a sueldo que lloraba, le quitaron el corazón y le cortaron el brazo izquierdo, luego los llevaron de regreso a la mansión. Libertad los estaba esperando. Lavó cuidadosamente el corazón y el brazo con agua del pozo de atrás, los limpió y luego los encerró en el congelador.

En mayo siguiente, finalmente se extirpó el corazón y el brazo izquierdo del *sicario*. El *xiuhpohualli* había llegado a Toxcatl, el día festivo de Tezcatlipoca, por lo que Libertad abrió el congelador para recuperar el sacrificio para el templo. El corazón se descongelaba a temperatura ambiente, pero para que el brazo izquierdo fuera “más fácil de comer para Tezcatlipoca”, lo golpeó con un martillo y lo partió en pedazos finos.

Ver a su *abuelita* realizando este proceso con una sonrisa le dio a Valmiro la idea de una forma de tortura que seguramente aterrorizaría a sus enemigos.

En el futuro, esta idea se convertiría en su epíteto, un apodo que lo definía. El Polvo era un término común en el negocio de las drogas, más a menudo como *polvo de oro*, o “polvo dorado”, el mejor tipo de cocaína. Pero el *polvo* asociado con Valmiro era algo completamente diferente.

Congeló las extremidades de sus víctimas secuestradas con nitrógeno líquido, mientras aún estaban vivas, y luego las rompió con un martillo de acero. Sus víctimas se vieron obligadas a ver cómo sus propias extremidades se convertían en polvo.

Después de representar su venganza contra el *sicario* que mató a su padre, los hermanos Casasola continuaron matando narcos del cartel rival. Ofrecieron los corazones de los lugartenientes a su dios, y con cada sacrificio, los hermanos sintieron que el poder sagrado que albergaban se fortalecía.

Mataban, vendían coca, compraban armas, volvían a matar y, de vez en cuando, daban dinero a las pobres *indígenas* prostitutas del puerto. Las niñas se pinchaban las orejas con espinas de maguey, echaban la sangre sobre el humo del incienso y rezaban para demostrar su gratitud a los nietos de Libertad, los hermanos Casasola.

Cuando Libertad enfermó de neumonía, los hermanos inmediatamente compraron una habitación de hospital completa de cinco camas solo para ella. Hicieron todo lo posible para decorar su cabecera con plumas verdes de quetzal y pieles de jaguar mientras ella yacía allí, demacrada y diminuta. Trajeron oro y esmeraldas y mantuvieron guardias armados apostados en la entrada de su habitación y alrededor del piso las veinticuatro horas del día.

De los muchos regalos de sus nietos, Libertad estaba más encantada con un espejo de obsidiana que Valmiro le compró a un hombre que lo había desenterrado ilegalmente. Era un *tezcatl*, un espejo de la era azteca enterrado entre ruinas, una encarnación de Tezcatlipoca.

Libertad desarrolló una fiebre alta y se veía aún más demacrada, y en Mahcuilli Calli (Cinco-Casa), quinto día de la *trecena* asociada con Quiahuitl, la lluvia, murió.

Sus nietos se llevaron sus restos, la colocaron en un ataúd hecho especialmente y la despidieron con una variedad de plumas, pieles, adornos y el espejo de obsidiana.

Cuando el sol descendió por el oeste, enterraron a Libertad en un cerro en las afueras de Veracruz, que habían comprado para este propósito. Era una tumba solo para Libertad, sin cruz clavada en el suelo sobre ella.

No necesitaban sacarle el corazón. Ella no era *ahuicpa tic huica*, pero había estado *en ixtli in yollotl* todo el tiempo. Habían aprendido todo de ella.

Junto al ataúd de Libertad había otro. En su interior estaban los restos de su médico, a quien Valmiro había matado a tiros. Sin embargo, no había tomado la vida del médico como castigo por no haber salvado a su *abuelita*. Era para asegurar que el alma solitaria de Libertad tuviera compañía. Necesitaba un asistente hasta que su viaje a los cielos estuviera completo.

Cuando los aztecas de alta cuna morían, sus sirvientes eran enterrados junto con ellos como ofrenda a los dioses. También enterraron águilas, monos e incluso perros con adornos turquesas en las orejas. Las bestias servirían a los muertos en la siguiente etapa, pero los seguidores más valiosos eran los humanos. Valmiro eligió al médico para ser el asistente de Libertad.

Para cuando los ataúdes estuvieron escondidos bajo la tierra, toda la ladera estaba teñida de escarlata por la puesta de sol sangrienta. Permanecieron en la colina hasta que emergieron las estrellas. Una ráfaga de viento sopló a través de la oscuridad y cerraron los ojos.

Para disipar el dolor por la muerte de Libertad, los hermanos Casasola emprendieron una guerra incesante.

La violencia se hizo más acalorada. Destruyeron el edificio de oficinas ocupado de la empresa Casasola, luego los buques de carga en el puerto, lo que llevó al cartel rival a la ruina. No solo pelearon con sus enemigos; apuntaron despiadadamente con sus armas a los pocos narcos dentro de su propia organización que se atrevieron a competir con ellos.

Los días de batalla se prolongaron vertiendo copiosa sangre que los hermanos ofrecieron a los dioses mientras contaban los días del calendario azteca.

Conquistaron Veracruz y el estado de Tamaulipas al norte también, anunciando el nacimiento de un nuevo cártel: Los Casasolas.

Bajo el escrutinio constante de las autoridades mexicanas, la DEA y la CIA, los miembros principales del cártel figuraban en los materiales de investigación de los estadounidenses como tales:

Los fugitivos más buscados

Bernardo Carlos Casasola Valdés

también conocido como “El Pirámide”

Jesús Giovani Casasola Valdés

alias “El Jaguar”

Valmiro Marcos Casasola Valdés

también conocido como “El Polvo”

Juan Duilio Casasola Valdés

alias “El Dedo”

En 2015, un buque frigorífico salió del puerto de Veracruz en un día soleado de septiembre y se dirigió desde el Golfo de México hacia el Caribe, luego pasó por el Canal de Panamá hacia el Océano Pacífico y bajó a Santiago, capital de Chile, para recoger un cargamento de salmón.

Valmiro desembarcó y caminó hasta un concesionario de autos usados cerca del muelle. Primero revisó los neumáticos de algunos de ellos; no habría tiempo para reemplazarlos después de que hiciera una compra. Pagó en efectivo un Mitsubishi Pajero que estaba cubierto de barro pero con las ruedas en bastante buen estado. Luego le dio una buena propina a uno de los chicos que limpiaban las ventanas que estaban en la acera para que limpiara la suciedad del cuerpo.

Valmiro condujo el Pajero hasta la frontera y luego presentó un pasaporte falso para ingresar a Argentina. La siguiente etapa de su viaje fue por aire. Dejó atrás el Pajero, se montó en un viejo avión de hélice y voló desde el extremo oeste de Argentina hacia el este. El viaje al Aeroparque Jorge Newbery en Buenos Aires fue agotador porque el avión se sacudió violentamente todo el camino.

Entrar al país de origen del líder del Cartel Dogo fue un gran riesgo; su familia y socios todavía vivían allí, después de todo. Valmiro simplemente podría haber abordado un barco en Chile que se dirigía a través del Pacífico y dejar atrás América mucho antes.

Sin embargo, optó por no hacerlo porque confundiría más a su enemigo.

Valmiro fue al puerto de Buenos Aires y se puso en contacto con un marinero en un buque portacontenedores que Los Casasolas había utilizado muchas veces para contrabandear *hielo*. El hombre no reconoció a Valmiro, quien de todos modos dio un alias.

Después de algunas negociaciones, a Valmiro se le permitió colarse en el barco por treinta mil dólares. Si el marinero hubiera sabido con quién estaba tratando, habría exigido tres veces más.

Valmiro le pidió un teléfono inteligente al marinero y le dijo que pagaría con una criptomoneda digital. Se llamaba Batista, una variante de un sistema existente que había modificado un programador uruguayo, que era uno de los favoritos de los cárteles colombianos.

El cifrado, oculto en una cadena de letras y números, se dividió en tres partes y se vinculó a los datos del GPS. Cuando el barco en el que viajaba Valmiro salió del puerto, se envió la primera clave, momento en el cual el marinero podría usar la clave para recibir el 10 por ciento, en este caso, tres mil dólares, en criptomoneda. Cuando el barco llegara al puerto, el marinero recibiría el 40 por ciento con la siguiente llave: doce mil dólares. Para poder obtener la tercera llave con la mitad restante del dinero, el GPS de Valmiro necesitaría llegar a las coordenadas encriptadas de su destino, y el marinero requirió una contraseña que Valmiro estableció con anticipación. Valmiro tuvo que enviar la contraseña él mismo una vez que llegó a su objetivo. Naturalmente, esto significaba que tenía que estar *vivo*. Sin embargo, si Valmiro no hacía nada, se enviaría automáticamente una clave pública veinticuatro horas después de abandonar el barco. Esto permitió al marinero cobrar el 30 por ciento de los quince mil dólares restantes, o cuatro mil quinientos.

El sistema de Batista estaba destinado a reducir el riesgo de un método de pago primero o pago después de realizar negocios ilegales, desincentivando la traición antes de la llegada y el asesinato después de la llegada. Era un invento ideal para el negocio de las drogas, ya que garantizaba que las drogas y las armas pudieran pasar a la otra parte de forma segura.

Con el viaje asegurado, Valmiro fue a cenar a un restaurante de carnes en Buenos Aires mientras esperaba que pasara la noche. Una pareja de ancianos blancos en la mesa de al lado le preguntó dónde estaba el teatro de la ópera. Valmiro sonrió mientras respondía, luego los miró atentamente después de eso. Debían tener más de ochenta años y supusieron que era un local. O eso o eran conspiradores del Cartel Dogo que simplemente estaban fingiendo.

“Vinimos aquí desde Suiza”, dijo la esposa en español. “Mañana nos vamos a Venezuela”.

Él asintió y sonrió. "Eres todo un viajero, a tu edad".

Venezuela, pensó Valmiro. Es conocido por ser un lugar donde se esconden narcos buscados. Pero solo si huyen de la DEA estadounidense. Si huyes de cárteles con conexiones en toda América Latina, no es seguro.

Se levantó de su asiento y sonrió a la pareja de ancianos una vez más. “Adiós”, dijo. “Disfruta tu noche.”

Después de la medianoche, Valmiro se coló a bordo de un barco de transporte registrado en Panamá con la ayuda del marinero. El buque estaba repleto de contenedores de acero de dos tamaños, veinte y cuarenta pies. Por una prima, los clientes podrían poner sus contenedores "bajo cubierta", mientras que todos los demás se apilarían "en cubierta". Valmiro esperaba esconderse en un contenedor bajo cubierta, pero debido a lo repentino de su pedido, no hubo tiempo para preparar una opción mejor, y tuvo que ir en un contenedor sobre cubierta.

El barco se dirigía a Monrovia, la capital de Liberia en África Occidental. Durante los aproximadamente veinte días que el barco pasó cruzando el Atlántico, los contenedores en cubierta resistieron el viento, la lluvia y el agua de mar. Y todos sabían lo que pasaba cuando las cajas de metal se exponían a la luz del sol durante un rato. Valmiro estaba encerrado sin ventana, mecido por las olas, empuñando su arma, sin silla ni cama para su comodidad. Fue el comienzo de un largo y duro viaje para pasar de contrabando el cargamento máspreciado de todos: él mismo.

Dos veces al día venía el marinero a llevar agua y comida al contenedor de Valmiro. Bebió el agua y se comió la lata de pescado. No bebía tequila ni café y no fumaba tabaco ni marihuana. Había botes de productos químicos agrícolas almacenados en el contenedor, que giró de lado y colocó encima. Antes del amanecer, hacía tanto frío como una noche desértica en el mar, así que Valmiro se envolvió en una manta para calentarse. Cuando despertó, defecó en un recipiente de plástico y cerró la tapa.

Valmiro pasaba los días sin hacer nada más que respirar en la oscuridad total.

No había luz para saber la hora, pero podía sentir el sol. La luz feroz, sin obstrucciones en el mar, convirtió el interior del contenedor en un infierno abrasador. Además de eso, el barco en sí se acercaba al ecuador a medida que se acercaba al continente africano.

Las condiciones eran perfectas para la muerte por insolación, pero Valmiro perseveró. Era agonizante, pero no tenía miedo. *Si muero aquí, ofreceré mi propio corazón a Tezcatlipoca. Y si no muero aquí, simplemente le ofreceré un corazón adquirido en mi destino. El Tezcatlipoca rojo está conmigo. Y también Xipe Totec, el dios desollado, pensó.*

Contaba los días con tres calendarios, según el número de comidas que le traía el marinero: el *tonalpohualli* y *xiuhpohualli* aztecas, y el calendario gregoriano cristiano.

Cualquier agua que bebía, tibia y desagradable, goteaba directamente de él en forma de sudor. Masticó pastillas antibióticas y se encontró atormentado por recuerdos del pasado en su delirio inducido por el calor. Era un vórtice caótico que se entremezcló con la realidad.

Gallos muertos en el patio trasero, una finca peruana durante una excursión de negocios, árboles de coca, vehículos blindados nivel 3, hombres en la finca de coca, fabricantes de cocaína, alguien que grita: “Vamos, vamos”, calculadoras que muestran totales de cocaína en toneladas, sonando teléfonos, la voz de *abuelita*, 'Lo importante es cómo mueres', coordenadas GPS, las calles de Berlín, catorce kilos de cocaína líquida vendidos a un inversor por tres coma dos millones de euros, una bañera ensangrentada, sus subordinados' traición, gritos, mujeres, videos de torturas en internet, fiscales rogando por su vida, un escritor agonizando con brazos y piernas congelados, subordinados colgados de un puente, un hotel de Texas, una libra de cristales de metanfetamina vendida por nueve mil dólares, líquido tanques de nitrógeno, un martillo de acero, cocaína escondida en el estómago de un pescado congelado, sus hijos, hijas, esposa y hermanos volados por los aires por un dron, el humo flotante del incienso de copal, caminar por Tenochtitlan, andar en canoa, obtener en Tlatelolco, escalones *de teocalli* ensangrentados, pirámides escalinatas, Tezcatlipoca, Yohualli Ehecatl, Titlacauan, ahogó este mundo en un diluvio, Nahui-Atl, la voz de su *abuelita* otra vez, “Guerreros aztecas cortaron las orejas a todo cautivo que los tomó y los ofreció al rey de Culhuacán”, somos guerreros aztecas, venimos de la patria legendaria de Aztlán, nuestra sangre se mezcló con la española, todo nos fue robado, pero aún no nos hemos desvanecido, marcharemos con las cabezas de cautivos en nuestras manos, nuestro poder, escopetas, *silbato de la muerte*, cuchillo de obsidiana, armas sacrificiales ofrecidas a dios, devorando la palma tierna, así como comemos la gallina, comemos la gallina, comemos.

Al final de su viaje a través del Océano Atlántico, el buque portacontenedores llegó a África Occidental. En el puerto de Monrovia, una grúa levantó y depositó el contenedor de Valmiro en cubierta, y finalmente salió con la ayuda del marinero. Se coló en el almacén, tambaleándose febrilmente, recogió agua de un balde con manos temblorosas y se lavó la cara y el cuerpo. Luego se puso una camiseta barata y un par de jeans. El peso de Valmiro había bajado significativamente después de los veintidós días de viaje, y tuvo que apretarse el cinturón para evitar que los jeans se le cayeran de la cintura.

Mientras el sol se hundía sobre el ecuador, Valmiro se movió entre los trabajadores portuarios que partían para el día y se dirigió a la ciudad.

Convirtió su dinero en dólares liberianos, compró una camisa de cuello abierto, pantalones y zapatos de cuero para refrescar su apariencia. Hecho esto, Valmiro se registró en un hotel. Después de entrar a su habitación, salió por las escaleras de emergencia, mirando por encima del hombro todo el tiempo, y se deslizó por un callejón hasta un motel barato. Una vez allí, envió datos de voz para certificar la transacción de criptomonedas, concluyendo su negocio con el marinero. Ahora el hombre del barco panameño tenía los quince mil dólares restantes, y todos los datos de ubicación encriptados fueron borrados.

Valmiro durmió como una piedra sobre el duro colchón del motel y se despertó por la mañana. Caminó hasta una calle muy transitada, detuvo un taxi y dijo en inglés: “Llévame a Madero International”.

Madero International era una empresa comercial con sede en Monrovia. Hasta principios del siglo XIX, se conocía como Adele & Madero y ganaba dinero vendiendo esclavos y armas.

Hace seis años, la empresa comenzó a ayudar a Los Casasolas con el lavado de dinero y Valmiro había visitado dos veces su sede. La capital de Liberia no le era del todo desconocida.

Los Casasolas alquilaron una caja fuerte en el sótano de Madero Internacional bajo el alias de “Francisco Martínez”.

Valmiro tomó la llave y abrió la caja fuerte, sacando el dinero en efectivo dentro y un par de muletas.

Las muletas parecían las típicas de aluminio y caucho, pero pesaban el doble. Estaban hechos de una resina sintética, una combinación de fibra de vidrio y cocaína líquida. Era el mismo método que se usaba para crear maletas falsas para el contrabando, y una vez que separabas la cocaína mezclada en todo el juego de muletas, tenías cinco millones de dólares en coca.

Valmiro se colocó las muletas bajo los brazos y paró un taxi. El conductor se ofreció a ponerle la maleta en el auto, pero nunca dijo nada sobre las muletas. Eran bastones mágicos para caminar, Valmiro estaba seguro de que nunca se apartaría de su lado.

Una estadía prolongada en Monrovia nunca fue el plan. Valmiro tenía en la cabeza un particular mapa del mundo que solo un narco entendería, y se movía con audacia.

Primero, viajó en un barco de investigación propiedad de un “grupo de protección ambiental”, que viajó hacia el sur a través del Golfo de Guinea, hasta Ciudad del Cabo en Sudáfrica. La organización propietaria del barco era bien conocida por los cazadores furtivos africanos. Si les pagabas suficiente dinero, te dejarían transportar animales cuyo intercambio comercial estaba prohibido por la Convención de Washington. El barco también transportaba drogas y refugiados.

Valmiro abandonó rápidamente Ciudad del Cabo y se embarcó en otro agotador viaje en contenedor. Un segundo viaje de calor abrasador y oscuridad dentro del contenedor, tomando pastillas antibióticas y soportando la agonía.

El barco de transporte cruzó el Océano Índico y atracó en Perth, Australia. Cuando Valmiro caminaba por la ciudad costera con las muletas, la gente amablemente se apartaba de su camino.

Ya había viajado más de medio mundo desde Veracruz, pero Valmiro no se detuvo aquí. Vivir en el mundo de los narcos significaba crear un laberinto con tus huellas, porque todo tipo de peligro acechaba y buscaba seguirte. Si no ocultas tus pasos, terminas siendo bombardeado, como en Nuevo Laredo.

Al estar situado en la costa oeste de Australia, Perth estaba más cerca del sudeste asiático que la capital, Canberra, al este, y había muchos asiáticos viviendo aquí. Valmiro gastó dinero en la comunidad asiática, siguió pistas, ganó colaboradores confiables y organizó otro viaje como polizón.

Después de perder a su presa en Nuevo Laredo, el Cartel Dogo continuó buscando en la frontera entre Estados Unidos y México.

En este punto, Valmiro ya había dejado Australia y se había fundido en el caos abarrotado del sudeste asiático.

II

Narco y Medico

(Traficante de drogas y médico)

Y más profundamente en la historia, a principios del siglo XIX, un floreciente mercado de cabezas reducidas en Europa provocó guerras tribales en América del Sur.

—Scott Carney, *El mercado rojo: tras la pista de los traficantes de órganos, ladrones de huesos, granjeros de sangre y traficantes de niños del mundo*

El Capital, dice Deleuze y Guattari, es una “pintura abigarrada de todo lo que alguna vez fue”; un extraño híbrido de lo ultramoderno y lo arcaico.

—Mark Fisher, *Realismo capitalista: ¿No hay alternativa?*

14

mahtlactli-huan-nāhui

Los agudos instintos y las habilidades de observación que Valmiro había perfeccionado en México debían redimensionarse para que coincidieran con la ciudad de Yakarta.

El idioma era un gran obstáculo, por supuesto, pero incluso sin entender a los lugareños, había una plétora de cosas que asimilar. Había mucho que aprender tomándose su tiempo para caminar por las calles y analizar lo que veía. ¿Dónde se reunían los drogadictos? ¿Quién vendía en la calle? ¿Dónde comían las mujeres de la noche antes del trabajo? ¿Dónde ocurrieron la mayoría de los robos y asesinatos? ¿Y bajo qué puentes estacionaron sus autos los policías sucios?

Yakarta, la ciudad en la costa noroeste de Java, era una metrópolis portuaria de más de diez millones de personas, superando con creces cualquier cosa en la base de Los Casasolas de Tamaulipas. Una masa transformadora de humanidad que evolucionaba día a día, era un caldero interminable de calor y actividad, debido a las olas del capitalismo que se estrellaban contra su orilla.

Todo el país era un mercado indispensable para el narcotráfico. Como país archipelágico, la República de Indonesia se extendía por miles de islas que cubrían tanta distancia de este a oeste como los Estados Unidos continentales. Tenía la mayor superficie terrestre de todos los países del sudeste asiático y una población de doscientos sesenta millones, la cuarta más alta del mundo. Esto convirtió a la nación multiétnica en el sol naciente del nuevo capitalismo en Asia. Y un nuevo sol creó nuevas sombras para que las tinieblas tomaran forma.

El capitalismo fue el sigilo mágico moderno aquí. Bajo su sistema arcano, todas las formas de deseo que dormían en las profundidades del infierno fueron traídas a la luz de la realidad, incluidas las cosas que nunca debieron ser.

De todas las diferentes formas que tomó la magia del capitalismo, la más poderosa de todas fue sin duda la empresa de las drogas. Y después de haber pasado toda una vida parado en el centro de ella, Valmiro descubrió que su nuevo escondite en Yakarta tenía una oscuridad que le resultaba muy familiar y fácil de entender.

Una de las características de la ciudad era su tráfico increíblemente enmarañado.

Filas de autos se agacharon y tocaron la bocina, arrojando gases de escape y sin ir a ninguna parte. Los mototaxis se abrían paso a través de las líneas, los pasajeros de los triciclos *bajaj se quejaban con sus conductores y los autobuses rodaban por vías especiales separadas por paredes de bloques de hormigón*. Si viajaba por la superficie, la vía de autobús era ideal, decidió Valmiro.

En los lugares donde el tráfico era peor, utilizaban un sistema “tres en uno”, en el que se requería que un automóvil tuviera al menos tres pasajeros para transitar por ciertas rutas. Fue un intento inteligente de aliviar el tráfico, pero solo dio paso a una nueva forma de negocio. La gente caminaba por las calles cerca de uno de los puntos de control y golpeaba la ventana de cualquier automóvil que no tuviera los tres pasajeros requeridos, ofreciéndose a ayudarlos a pasar por la zona. Una vez pasada la zona de tráfico, el pasajero improvisado, conocido como “jockey de coche”, recibió veinte mil rupias del conductor por su ayuda.

Veinte mil rupias eran sólo dos dólares americanos, pero eso era un ingreso valioso para un jockey. Algunas de ellas eran mujeres con bebés que aprovecharon el hecho de que los bebés cuentan bajo las reglas de tres en uno. El bebé no recibió dinero propio, pero sí significó que un adulto podía hacer el trabajo de dos, aumentando su atractivo para los conductores que pasaban. Algunas mujeres incluso tomaron prestados bebés para el trabajo.

Los humanos necesitaban ganarse la vida, y su ingenio para encontrarlos mantuvo el problema del tráfico.

Valmiro se dirigió a uno de los caminos restringidos para ver a los jockeys en acción. Estaba buscando a un hombre que pudiera ayudarlo con su trabajo.

Valmiro visitó un centro comercial de alta gama en Yakarta que manejaba todo tipo de artículos de marca, buscando comprar colonia. No lo necesitaba cuando estaba al acecho en un motel barato, pero si necesitaba quedarse en un hotel de tres estrellas por cualquier motivo, la colonia cara era una excelente herramienta para ayudarlo a manejar la impresión que daba. Como demostró la famosa novela de Mark Twain, había una habilidad especial para interpretar el papel tanto en la alta como en la baja sociedad, y el mundo de los narcos le había enseñado a Valmiro cómo manejar ambos.

La clientela del centro comercial era evidente por los autos en el estacionamiento: Mercedes Benz, BMW, Porsche y Ferrari. La entrada daba a una enorme ventana de cristal que parecía sacada de un museo de arte moderno, y había un control de cadáveres y bolsos para entrar.

Valmiro no andaba con las muletas infundidas con cocaína líquida. Podrían permanecer en su habitación de hotel. Levantó las manos, sometiéndose a la prueba del detector de metales del guardia de seguridad, miró los autos de lujo en el estacionamiento bajo el sol tropical abrasador y recordó cuando era solo un miembro de cartel de bajo nivel.

Solían someterme a una prueba de detector de metales cada vez que el jefe me llamaba a su casa.

Los escaparates de Chanel, Gucci e Yves Saint Laurent pasaron mientras Valmiro tejía entre los relojes y las joyas de alta gama, y se dirigía al área de perfumes. Luciendo una apariencia finamente elaborada, Valmiro encajaba perfectamente. Hizo preguntas en inglés y el joven asociado de ventas respondió de la misma manera.

Después de comprar colonia, Valmiro fue a un centro comercial especial solo para teléfonos celulares llamado ITC Roxy Mas. Todos los vendedores del interior vendían teléfonos y accesorios para teléfonos.

La proporción de teléfonos con respecto a la población general de Indonesia superó el 130 por ciento. Los teléfonos inteligentes se consideraban una parte más indispensable de la vida diaria aquí que en otros lugares. Puede comprar tarjetas SIM en vendedores ambulantes. Y al comprarlos, no necesitabas mostrar ninguna prueba de identidad. Todo lo que se necesitó fue algo de dinero para obtener un número.

Esto fue perfecto para Valmiro. En ITC Roxy Mas, compró tres teléfonos inteligentes: un Galaxy, un Oppo y un BlackBerry. De los vendedores a lo largo de la calle Hayam Wuruk, recogió tres tarjetas SIM de los principales operadores de telefonía móvil en Indonesia: Indosat, Telkomsel y XL.

Con la ayuda de un jockey que entendía inglés, Valmiro pudo encontrar un distribuidor de habla hispana en Yakarta. Compró algo de hachís al comerciante, conversó un poco, obtuvo información sobre el área y pasó parte de su tiempo aprendiendo indonesio. El idioma fue considerado uno de los más simples de aprender. En comparación con memorizar y descifrar las complejas palabras clave que los narcos usaban para los negocios, a Valmiro no le resultó difícil adquirir el vocabulario suficiente para la comunicación básica.

Una vez que Valmiro cambió algunos de los dólares que había cobrado en Australia por rupias, le pidió al vendedor callejero que lo pusiera en contacto con alguien que pudiera tramitar documentos falsificados. Luego contrató al falsificador de documentos como intérprete, se puso en contacto con el supervisor de uno de los mercados al aire libre de Yakarta y, después de una cuidadosa negociación, compró un carro con ruedas *kaki lima* y comenzó su propio negocio.

Valmiro colocó el *kaki lima* en el lado este de Mangga Besar Road, que iba de este a oeste a través de uno de los distritos de placer de Yakarta.

No ofreció nada más que cobra satay, cerveza Bintang y dos tipos de té. El té era para los musulmanes que no bebían alcohol. Había más musulmanes en Indonesia que en cualquier otro lugar del mundo.

Sin embargo, casi ningún musulmán local frecuentaba el carro de Valmiro. En cambio, vio principalmente a turistas extranjeros interesados en cobra satay.

Valmiro se hizo pasar por peruano y tenía dos alias diferentes, pero obligó a los dos ex jockeys que contrató para manejar el carro a llamarlo El Cocinero: "El Cocinero". A pesar del título, Valmiro casi nunca preparaba las cobras vivas para la carreta; dejó que los dos jóvenes lo hicieran.

"¡Selamat malam!"

Cuando los turistas curiosos se detuvieron en el carrito, los dos empleados los saludaron en el idioma local.

Solo unas semanas antes, los jóvenes se ganaban la vida viajando en autos de extraños a través de las zonas tres en uno para ganar dinero. Ahora mataban y preparaban cobras para cocinar como si hubieran estado haciendo este trabajo durante años. Uno de ellos era un local de Java, mientras que el otro era un hombre de Sundanese de Sulawesi.

Cobra satay no era una buena cena, pero era un manjar regional en Yakarta. No se podía comprar cobra para comer en cualquier parte.

Después de hacer una orden, el cocinero sacó una cobra viva de la jaula, agarró su cuello con fuerza e intencionalmente la golpeó en la cabeza. La cobra enojada mostró sus colmillos en señal de intimidación. La emoción de este pequeño espectáculo de carretera fue parte del precio. Sin embargo, había que tener cuidado; muchas personas fueron enviadas al hospital con mordeduras de serpientes por lo mismo que estaban vendiendo.

Una vez que los clientes se hartaron de la ferocidad de la cobra, el cocinero cortó la cabeza del animal. Cualquier cuchillo de cocina común serviría, pero en el puesto de Valmiro, los empleados usaban un cuchillo tradicional javanés llamado *keris*. Los accesorios eran importantes. La hoja exótica, con ondas a lo largo de su longitud como si fuera una serpiente, separó fácilmente la cabeza de la cobra de su cuerpo. La criatura continuó retorciéndose durante varios momentos después de la separación. Los clientes a menudo hacían muecas de disgusto por la carnicería, pero también se sonrojaban de emoción. Sus ojos se clavaron en la boca de la cobra, que se abrió y cerró con rencor. Después de una larga mirada a los colmillos venenosos y brillantes, los clientes ocasionalmente solicitaban tomar una fotografía.

“Adelante”, decía el cocinero. “Pero ten cuidado. Todavía puede morder, incluso como una cabeza. La gente ha muerto de esa manera antes. Además, tenga cuidado si dispara su saliva”.

El cocinero dio la vuelta a la cobra sin cabeza que se retorció y vertió la sangre que brotaba en un vaso de chupito. Su sangre fresca fue otro producto crucial, una bebida de una intensidad sin igual. Algunas personas no pudieron tomar una sola gota de su picante calor, mientras que otras estaban ansiosas por tomar todo el trago.

Una vez drenada la sangre, la cobra se colgaba de un gancho de acero, se desollaba y luego se cortaba en trozos sobre una tabla de cortar. La carne se ensartaba un trozo a la vez, se colocaba en una parrilla de malla y se cocinaba al fuego, luego se ponía en un plato y se servía.

El *kaki lima* de El Cocinero, el peruano silencioso, no hacía publicidad agresiva ni defraudaba a los clientes. El negocio simplemente vendía cobra satay en la calle. Siempre eran los jóvenes javaneses y sundaneses los que trabajaban en el carro; muy pocos sabían que el dueño era un latinoamericano. Incluso si lo hicieran, la información no tendría ningún valor. Había tantos carritos de comida en Yakarta como estrellas en el cielo, y aunque supervisar el mercado podía ser un dinero decente, el ingreso diario de un solo *kaki lima* iba a ser insignificante sin importar nada.

Era un hecho bien conocido que los carros no daban grandes ganancias, pero Valmiro no esperaba hacerse rico vendiendo cobra satay. Dirigió otro negocio a la sombra del primero. Tampoco esperaba hacerse rico con eso, pero era un medio para adentrarse más en la oscuridad de la ciudad. Sus ojos eran agudos y sus orejas puntiagudas.

15

caxtölli

Valmiro conoció al japonés durante su primer *musim kemarau*, o estación seca, en Yakarta.

Era el lunes 6 de junio de 2016, el primer día de Ramadán. En lugar de estar repleto de atascos de tráfico inmanejables que eran una parte ineludible de la vida en Yakarta, las calles parecían un pueblo fantasma. Los taxis en bicicleta y *los bajajs* se movían tan suavemente como las vías de autobús, y los de minorías religiosas como los empresarios locales chinos y australianos, que normalmente no podían circular por la ciudad, pasaban a toda velocidad en sus autos deportivos. Valmiro, que los vio irse, era otro forastero que no participaba en el ayuno islámico.

Los efectos del Ramadán se extendieron a Mangga Besar Road. La mayoría de los carros habituales estaban ausentes, y los empleados javaneses y sundaneses de Valmiro también estaban ausentes por motivos religiosos.

Valmiro no hizo ningún intento de fingir que estaba cuidando diligentemente el carrito de comida, pero atenderlo perezosamente era una buena manera de observar una Yakarta mucho más tranquila. Valmiro llevaba una gorra de béisbol con el logotipo de una de las principales empresas de TI de Indonesia, se sentó en una silla redonda irregular, bebió un poco de Bintang y miró distraídamente el carrito mientras fumaba cigarrillos indonesios de un paquete rojo con la etiqueta D JARUM SUPER 16.

Un perro callejero trotaba por el camino, y Valmiro miró hacia el cielo, que tenía un tono de azul diferente al de México. Las colillas se multiplicaron lentamente alrededor de sus pies a medida que pasaba el tiempo.

Un grupo de turistas blancos se acercó al carro: dos mujeres y un hombre. Se quedaron mirando la maraña de cobras en la jaula con miedo no disimulado.

“¿Realmente los ensartan y los asan a la parrilla?” se preguntó una mujer.

“Pruébelo usted mismo”, respondió Valmiro en inglés. “Son muy nutritivos”.

“¿Son todas cobras reales?”

"Cobras de Java", respondió. "Todo recién pescado y animado. ¿De dónde eres?"

"Canadá."

“Deberías probar uno antes de irte. Nunca lo probarás en ningún otro lugar”.

“Bueno, en ese caso...” , dijo la otra mujer.

"¿De verdad?" el hombre le preguntó con incredulidad.

Valmiro sacó una cobra de la jaula, le golpeó la cabeza para que mostrara los colmillos y asustar a los turistas, luego cortó la cabeza de la serpiente con el cuchillo. Exprimió la sangre del cuello y la metió en una de las tazas de té del carro, luego se la ofreció.

Mientras los tres hacían muecas y probaban la sangre fresca, Valmiro colgó la serpiente en un gancho de metal y le arrancó la piel. Cortó la carne en trozos grandes, los ensartó y luego los asó con cuidado sobre el fuego de carbón.

Después de que los canadienses se fueron, todo volvió a estar tranquilo. Casi toda la sangre quedó en la taza de té. Valmiro pasó el dedo por el líquido y luego dejó que las gotas salpicaran las brasas rojas y brillantes. Rezó a su dios azteca, recordando a sus hermanos, hijos, hijas, esposa y abuela muertos. Cuando hubo vaciado la taza de té de sangre de esta manera, usó la parrilla para encender otro cigarrillo y volvió a mirar a Mangga Besar.

Dos mujeres islámicas aparecieron como sombras de la nada, pasando corriendo junto a Valmiro. No usaban burkas que cubrían todo su cuerpo, solo los pañuelos en la cabeza que los indonesios llamaban *jilbab*. La forma en que mantuvieron la mirada baja mientras corrían hablaba de la solemnidad del período de Ramadán.

Un mes de ayuno, pensó Valmiro. Qué diferencia hace en una ciudad. Me pregunto si las cosas cambiaron así en el reino azteca.

Había visto festivales salvajes cantando alabanzas a Jesucristo en México, pero el Ramadán aquí no era solo una celebración. La gente estaba ayunando, sacrificándose por el bien de su dios.

“Malám”.

Valmiro estaba perdido en pensamientos y humo cuando el breve saludo lo devolvió al presente.

Había un hombre asiático de piel clara frente al carro. Él estaba solo. Gafas, una camisa blanca abotonada, pantalones hasta la rodilla, pies descalzos con mocasines: era el atuendo clásico de un hombre de negocios que trabaja en la tropical Yakarta. Sin embargo, Valmiro sintió el olor a sangre que emanaba de este hombre. Era un aura, algo que se había filtrado en su alma y no podía limpiarse.

Chino, supongo, dedujo Valmiro, evaluando al invitado.

“Una cobra satay, por favor”, pidió el hombre en indonesio amable. “Sorprendido de ver que está abierto, considerando que es Ramadán”.

“Soy católico”, respondió Valmiro. “Si fuera musulmán, estaría cerrado hoy”.

Mientras le quitaba la cabeza a la cobra, reflexionó sobre la voz del hombre. El indonesio no parecía tener ningún indicio de acento mandarín o cantonés. Quizás era un indonesio chino nacido en Yakarta.

Valmiro agarró la cobra sin cabeza que se retorció, la sostuvo boca abajo y esperó a que la sangre goteara. Cuando colocó el vaso lleno de sangre frente a su cliente, el hombre metió la mano en el bolsillo de su camisa. Valmiro esperaba que sacara un teléfono inteligente para tomar una foto, pero no fue así. En cambio, el hombre sacó un billete de cinco mil rupias, lo dobló en un tubo y lo metió en la inyección de sangre que estaba sobre el mostrador.

Los “apretones de manos secretos” que indicaban interés en un negocio de drogas eran una especie de lenguaje internacional compartido. El hombre supo demostrar que quería comprar droga en el carrito de Valmiro. La gente no metía simplemente papel moneda en la sangre caliente de una cobra a menos que fueran magos callejeros realizando un truco o que realmente supieran lo que estaban haciendo.

Valmiro dejó de pelar la serpiente y miró el pico que se hundía lentamente, que poco a poco iba absorbiendo sangre. Su expresión se mantuvo sin cambios, excepto por una luz oscura que se acumulaba en sus ojos. Lanzó una mirada penetrante al hombre asiático.

Tenía más de cuarenta años, su cabello peinado en un corte bajo. White se asomaba aquí y allá en los bordes de su cabeza, pero aún no era viejo. Las gafas de montura negra colocadas ante sus ojos eran de alta calidad, y sus párpados eran bastante prominentes para un asiático oriental. Medía unos ciento sesenta y ocho centímetros, pero lucía una buena constitución. Ningún tatuaje decoraba las partes de sus brazos o cuello visibles debajo de su camisa de negocios. Sus pantalones cortos estaban impecablemente planchados y sus zapatos de cuero relucían.

Valmiro no recordaba haber visto a este hombre antes, y recordaba *a todos* los habituales.

El *kaki lima* era barato, pero Valmiro hizo instalar una cámara de seguridad japonesa debajo del voladizo para captar las caras de todos los clientes que venían a comprar drogas.

La cobra sin cabeza en el anzuelo, con la piel solo parcialmente desollada, todavía se retorció. Valmiro asintió con la cabeza al hombre, luego dejó atrás el pequeño carrito y caminó por un callejón. Las ratas se escabulleron cuando escucharon pasos humanos.

“Nunca nos habíamos visto antes”, dijo Valmiro en indonesio, apoyándose contra la pared en la oscuridad.

El hombre notó su acento y respondió: “*Mucho gusto. Por cierto, ¿puedo pagar con tarjeta?*”

“No”, dijo Valmiro, sonriendo ante la broma. Obviamente, no aceptaría el pago con tarjeta. Miró a su alrededor rápidamente, había una posibilidad de que este hombre fuera *encubierto*, un policía encubierto.

El hombre le devolvió la sonrisa amablemente. “¿Prefieres hablar en español? Tienes acento español. El indonesio es fácil de entender, pero a ambos nos costaría un poco comunicarnos. Fuera de mi lengua materna, soy mejor en alemán. Luego inglés, luego español. Ha pasado un tiempo desde que lo usé.”

"¿Quién te habló de mí?"

"Dai".

Oh, él, pensó Valmiro.

Guiming Dai era un chino de treinta y dos años que vivía en Yakarta. Era miembro del 919 (Jiu-Yi-Jiu), afirmando ser un teniente del grupo. 919 era un *heishehui chino*, o "Sociedad Negra", y su nombre fue tomado de una clasificación de balas: el Parabellum de 9 × 19 mm.

Dai fue uno de los clientes que compró crack en el carrito de Valmiro. Tenía aretes de oro de dieciocho quilates y le gustaba usar camisas batik tradicionales de Indonesia. Tenía su propio club nocturno en Mangga Besar Road y parecía poseer los fondos adecuados, pero Valmiro no creía que fuera un teniente del 919. Eso fue un farol. Si lo fuera, no estaría comprando crack en un carrito en la calle.

A los ojos de Valmiro, Dai era alguien hambriento de dinero y poder, pero a quien el *heishehui* ignoraba en gran medida, dejándolo varado en el segundo o tercer peldaño de su jerarquía piramidal. El crack era la droga que tomaban los hombres como él.

“No sé qué te dijo Dai”, le dijo Valmiro al asiático en español, “pero no tengo cocaína para un hombre de negocios como tú. No tengo ninguno en absoluto. Solo vendo rocas baratas.

Valmiro compró base libre (cocaína base pura no acidificada en clorhidrato) de un traficante de Malasia en Yakarta, luego la mezcló con bicarbonato de sodio o polvo de hornear para crear rocas de crack del tamaño de perlas. Vendió esto en pequeñas cantidades en su carrito. Los comerciantes callejeros podrían fácilmente morir si cortan su producto sin permiso, pero Valmiro le dio el 60 por ciento de su participación al comerciante de Malasia a cambio del derecho a adulterar su producto.

Muchos traficantes vendían crack. Era mucho más barato que la cocaína en polvo y era un producto confiable para ventas pequeñas y rápidas dentro del mercado general de drogas. Si alguien en Yakarta estuviera familiarizado con el nombre El Polvo, nunca habría creído que estaba vendiendo crack. Un narco que había ascendido al estatus de lugarteniente del cártel no se reducía a ser traficante de crack. Era similar a un magnate del petróleo vendiendo dulces en la calle. Pero ser dueño del carrito y vender crack logró lo que Valmiro quería que hiciera: oscurecer su identidad.

“El crack está bien”, dijo el hombre. "Lo compraré."

“Si eso es lo que quieres”, respondió Valmiro. “¿Necesitas una pipa? Tengo buenos a la venta.

El método principal para administrar crack era calentarlo en una pipa de vidrio e inhalar el humo. Valmiro volvió al carro, sacó una caja de pipas que tenía escondida debajo de la jaula de la cobra y volvió al callejón. Solo un narco de tercera se apresuró a terminar una transacción por precaución. Tenías que interrogar a una persona potencialmente peligrosa y obtener activamente más información de ellos.

“Eres muy dedicado a tu negocio”, comentó el hombre mientras examinaba las pipas en exhibición. “Tomaré esta.”

“¿Eres chino?” cuestionó Valmiro, aceptando el pago de nueve rocas y una pipa de vidrio y contando los billetes.

“Vivo en Yakarta”, dijo el hombre. “¿Qué debo hacer la próxima vez que venga? ¿Pongo un billete en la sangre de la cobra cada vez?”

“Ponerse en contacto. Lo tendré listo”, respondió Valmiro, metiendo el dinero en su bolsillo. Sacó su teléfono inteligente y le pidió al hombre su número. Luego llamó y colgó tan pronto como hubo sonado una vez. “Solo llama a ese número. ¿Que te llamo?”

“Puedes llamarme Tanaka”, respondió el hombre.

“¿Tanaka... Japonés?”

“He intentado hacerme pasar por chino, pero no tiende a durar”. Tanaka sonrió, subiéndose las gafas por el puente de la nariz. “Mi mandarín es terrible. Dejé de hacer eso antes de que los mafiosos me metieran una bala en la cabeza. Como dijiste, soy japonés.”

“Interesante. Los coches japoneses son los mejores. No resulta que trabajes para una empresa de automóviles, ¿verdad?”

Tanaka no respondió a eso. Con un “Adiós”, se dirigió hacia el oeste por Mangga Besar. Unos policías pasaron caminando en patrulla desde la otra dirección. Los delitos relacionados con las drogas fueron severamente castigados en Indonesia. Naturalmente, la posesión era un delito mayor. Sin embargo, Tanaka pasó sin miedo pasando a la policía y desapareció en el bosque de neón de los clubes nocturnos con una extraña confianza.

Mientras el hombre permaneció visible, Valmiro mantuvo sus ojos en él. Un autoproclamado comprador japonés que olía a sangre y tenía algo curioso en él que no pertenecía a los narcos latinoamericanos ni a los mafiosos *heishehui chinos*. ¿Un nuevo tipo de mafia japonesa? O tal vez era un policía encubierto.

Valmiro miró su reloj. De alguna manera eran las cuatro. Le quitó la piel a una cobra en forma de gancho, cortó la carne y la ensartó. Después de asarlo al fuego, metió las brochetas en un recipiente de plástico y las llevó al carrito de durián en el lado oeste de Mangga Besar Road. Al hombre hindú que lo dirigía le encantaba cobra satay. Valmiro se lo vendió con descuento, y el hombre recogió unas rodajas gruesas de durián.

“Oye, El Cocinero”, llamó, “toma esto. Hoy no viene nadie.

Valmiro agitó su mano para rechazar el durian, luego regresó a su propio carro.

dieciséis

caxtölli-huan-cë

Tanaka regresaba cada tres días. No volvió a pedir el cobra satay y contactó a Valmiro con anticipación para comprar crack en el callejón a poca distancia del carrito.

“Es importante fumarlo con la pipa”, dijo Tanaka en español fluido, entregando los billetes.

Valmiro los tomó y contó en silencio.

“Si sigues esnifándolo, tu nariz eventualmente se derretirá”, continuó Tanaka alegremente. “Conozco a alguien cuyo *tabique nasal* se disolvió. Supuestamente, costó una tonelada de dinero conseguir un médico del mercado negro para reparar el cartílago. Por cierto, El Cocinero, ¿hay buenos restaurantes peruanos en Yakarta? Quisiera saber un lugar donde pueda llevar clientes. Me estoy aburriendo de todos los restaurantes japoneses y chinos”.

Valmiro nunca antes había escuchado el término *tabique nasal*, pero adivinó su significado por el contexto. Le dijo a Tanaka la dirección de un restaurante peruano que él mismo había visitado y luego preguntó: “¿Qué tipo de clientes?”.

Tanaka se quitó las gafas para limpiar los cristales. Los levantó hacia el cielo para comprobar que estaban despejados. Con una sonrisa dijo “Hasta luego” y se fue.

El habitual japonés parecía haberle tomado bastante cariño al propietario del *kaki lima*.

Valmiro tampoco pensaba mal del otro hombre. Aparentemente fiel al estereotipo japonés, Tanaka fue indefectiblemente cortés. No encendió la grieta en el acto, y siempre compartió un poco de conversación para ayudar a generar confianza. Además del crack que le compraba a Valmiro, aseguraba ser consumidor habitual de cocaína.

Los usuarios de cocaína en el sudeste asiático a menudo mantuvieron una vida social funcional. Se consideraban aficionados a la cocaína, como las personas que disfrutaban del alcohol o los cigarros, y trazaron una línea entre ellos y los drogadictos. Ellos creían que había una diferencia.

La razón por la que Valmiro no traficaba con drogas con una participación mayor en Indonesia, como la heroína, las anfetaminas y *el hielo*, era porque la clientela de esos productos era más propensa a causar problemas. En comparación, los clientes de crack eran un poco más razonables y el mercado de la cocaína era considerablemente más maduro. El precio de mercado de la cocaína era alto en el sudeste asiático y casi todos los usuarios habituales eran ricos. Estos supuestos aficionados a la cocaína con dinero y prestigio eran buenos para evitar el campo minado de las búsquedas de drogas. No importaba lo peligroso que fuera el territorio, mientras no pisaras el gatillo de presión, el juego continuaba. Hasta que, abruptamente, terminó.

Un día, después de otra compra de crack, Tanaka habló sobre su hermano mayor.

“Era muy inteligente”, dijo Tanaka. “En los exámenes simulados a nivel nacional, obtuvo una puntuación entre los diez primeros en cada materia. Pero murió. Y sabes por que? Reprobó el examen médico nacional. Eso es todo. Sufrió una intoxicación alimentaria el día anterior, sufrió deshidratación y no estaba en ningún estado para hacer el examen. Estaba tan furioso consigo mismo que se subió a una motocicleta y tuvo un accidente. Mi hermano era muy inteligente pero muy desafortunado. Sin embargo, probablemente se esté riendo de mí desde el infierno ahora mismo. ¿Algún hermano, El Cocinero?”

“No”, respondió Valmiro. Estaba pensando en Bernardo, su hermano mayor. *Abuelita* le había dado el poder del Tezcatlipoca negro, y tenía un tatuaje de una cabeza de sacrificio en el pecho izquierdo y un hermoso *teocalli* en la espalda. El hermano mayor de Casasola era conocido y temido con el nombre de El Pirámide. El trabajo de Bernardo siempre fue crear los planos para el próximo gran plan de negocios de Los Casasolas.

Cuando terminó el mes de Ramadán, comenzó la estridente celebración de Eid al-Fitr, y en esa noche de julio, Valmiro cenó en el restaurante peruano en Mangga Besar. Estaba en el primero de un edificio de inquilinos de cinco plantas. Aparte de un salón de narguiles en el tercer piso, todos los demás lugares estaban dedicados al comercio sexual.

Valmiro estaba disfrutando un ceviche de camarones cuando vio a Tanaka sentado en una mesa en la pared del fondo. Estaba con otra persona, un hombre asiático con corbata que estaba extremadamente borracho y llorando a Tanaka. Valmiro no podía decir lo que estaba diciendo, pero probablemente estaba en japonés.

Finalmente, el hombre se desmayó y dejó caer la cabeza sobre la mesa. El impacto hizo rebotar su plato hacia arriba y al suelo, donde se agrietó. Tanaka se disculpó en español con el mesero peruano que vino a recoger los fragmentos. El hombre borracho, que parecía completamente inconsciente, se levantó abruptamente y vomitó sobre la mesa. Luego, su cabeza se inclinó hacia abajo de nuevo. Haciendo una mueca, Tanaka le dio algo de dinero al mesero y se disculpó nuevamente, luego levantó el rostro manchado de vómito del hombre que dormía, le aflojó la corbata y desabrochó algunos botones de la camisa. A continuación, apretó las mejillas del hombre con los dedos para abrir la boca y encendió brevemente una linterna en el interior.

Valmiro observó el trabajo rápido y económico de Tanaka. Fue el enrutamiento de alguien familiarizado con cómo los bloqueos de vómito podrían sofocar. Esto no fue un acto de bondad o cuidado, sino un técnico de emergencia que realiza el manejo de las vías respiratorias.

Bien bien. Los ojos de Valmiro se entrecerraron. *Tanaka, el japonés.*

Tanaka se recostó en su silla, se limpió las manos con una toalla y estiró los dedos como un pianista que se prepara para un concierto, curvándolos lentamente hacia adentro. Se secó el sudor de la frente y el cuello con un pañuelo y miró alrededor del restaurante. Su mirada se posó en Valmiro.

Con algunas botellas de cerveza fría y un abridor que le prestó el mesero, Tanaka se acercó a la mesa de Valmiro. Las dos etiquetas Bintang se alinearon una al lado de la otra.

“Qué coincidencia, El Cocinero”, saludó Tanaka. O tal vez no sea una coincidencia. Después de todo, fuiste tú quien me habló de este lugar.

“Cuidar borrachos es mucho trabajo”, dijo Valmiro, mirando la mesa del fondo. “¿Un compatriota?”

“Me gustaría pensar que trabajo para mantener la buena reputación de los japoneses en Yakarta”, comentó Tanaka con una sonrisa, “pero esto está arruinando todo mi esfuerzo. Me temo que fue una escena bastante desagradable.

Abrieron las botellas y empezaron a beber sin brindar. Afuera, voces estridentes cantaron en celebración de Eid al-Fitr. Un mexicano haciéndose pasar por peruano y un japonés haciéndose pasar por Tanaka escuchaban la juerga en silencio, sosteniendo sus cervezas.

El japonés borracho que se desmayó sobre la mesa de repente levantó la vista. Miró a la nada con una expresión de asombro, luego se apretó sin fuerzas la corbata manchada de vómito, miró a su alrededor, encontró a Tanaka bebiendo con Valmiro y se acercó a su mesa.

“Oh, ¿encontraste un nuevo amigo? Qué suerte”, dijo el hombre en japonés cuando se acercó. “Solo siéntate ahí y charla, Tanaka-san. Voy a divertirme con las chicas”.

El hombre tenía un mapa que mostraba todos los burdeles en el área de Mangga Besar. En estos lugares, puede designar a una mujer para que salga con usted. Algunos de los negocios se duplicaron como clubes nocturnos o salones de masajes, por lo que también podría divertirse allí.

"Oh, sí", dijo el hombre, que se detuvo en seco y se dio la vuelta. "¿Cómo se dice 'Tengamos sexo' en indonesio?"

“*Mari jiki jiki,*” respondió Tanaka, mirando la estrella roja en la botella de cerveza.

El hombre le dio una palmada perezosamente en el hombro. "Agradable", dijo con lascivia. “¿Y cómo se dice 'Eres hermosa'? No, tal vez 'te amo'”.

"¿Cuál quieres?"

"Um, vamos con 'Te amo'".

“Eso es *aku cinta padamu.*”

El hombre revoloteó hacia la puerta, murmurando las palabras de su nuevo vocabulario en voz baja. Tanaka se puso de pie, pagó al mesero y se fue detrás de su compañero sin esperar cambio.

Parecía un oficinista obligado a complacer las proezas borrachas de su jefe después del trabajo, o tal vez un proxeneta que engañaba a los clientes ricos para que hicieran negocios con sus prostitutas. Pero, pensó Valmiro, probablemente ninguno de los dos dio con el verdadero trasfondo de Tanaka.

Estaba escondiendo algo. Valmiro necesitaba averiguar quién era realmente su cliente habitual de crack.

A la tarde siguiente, Valmiro paseó por el centro de la ciudad de Yakarta, vestido con sus mejores galas, y compró un ejemplar del diario inglés *Jakarta Chronicle* antes de dirigirse a Plaza Indonesia, uno de los centros comerciales más famosos de la ciudad junto con Grand Indonesia. Después de pasar por un control de seguridad, entró en un café del patio de comidas y pidió un café helado y una quesadilla. La quesadilla no sabía como una de Veracruz o Nuevo Laredo, pero aun así encajaba en la definición de una quesadilla.

Abrió el *Jakarta Chronicle en inglés* y examinó la sección de seguridad pública.

“La Policía Nacional de Indonesia participa en un tiroteo con contrabandistas de heroína en Surabaya, mata a un miembro de la mafia china”

“La policía de Java Oriental arresta a un violinista inglés de renombre internacional en una casa de Bali por posesión y uso de heroína”

“El equipo de búsqueda conjunto de BNN (Badan Narkotika Nasional) y la Armada de Indonesia incauta un buque de carga filipino con una tonelada de metanfetamina frente a la costa de Batam”

“La policía de Yakarta acorraló a los vendedores de drogas que acechaban en la estación Kota de Yakarta y mató a cinco sospechosos. Un miembro del servicio muere debido a la detonación de una granada de fabricación paquistaní”

Una rápida revisión de la edición de la mañana mientras tomaba su café fue suficiente para dejar en claro el inmenso calor del negocio de las drogas que fluye bajo el país como magma.

Valmiro consideró el contenido de cada artículo que leyó.

“La Policía Nacional de Indonesia participa en un tiroteo con contrabandistas de heroína en Surabaya, mata a un miembro de la mafia china”

¿El mafioso asesinado era del Sun Yee On? Eran la mayor organización criminal china. O tal vez fue un hombre del 919. Había conocido a gente de Sun Yee On tres veces en México. Al igual que los coyotes, tenían un negocio tomando dinero de los chinos que querían trabajar en Estados Unidos y los pasaban de contrabando a través de la frontera con México.

“La policía de Java Oriental arresta a un violinista inglés de renombre internacional en una casa de Bali por posesión y uso de heroína”

Si un músico inglés famoso estaba siendo atrapado con heroína en este país, eso era una señal de la calidad del producto que estaba disponible aquí. Tenía que ser heroína del Triángulo Dorado. Hip hop, rock, música clásica, cualquiera que sea el género, los músicos lo suficientemente grandes como para realizar giras mundiales sabían cuáles eran las delicias locales, tanto en drogas como en comida. La especialidad aquí era la cocaína, y al otro lado de la frontera, la heroína: ese violinista tenía que estar cagando ladrillos después de que lo atraparan en Asia. ¿Alguien lo había delatado? En cualquier caso, iban a ser unas vacaciones muy costosas...

“El equipo de búsqueda conjunto de BNN (Badan Narkotika Nasional) y la Armada de Indonesia incauta un buque de carga filipino con una tonelada de metanfetamina frente a la costa de Batam”

“La policía de Yakarta acorraló a los vendedores de drogas que acechaban en la estación Kota de Yakarta y mató a cinco sospechosos. Un miembro del servicio muere debido a la detonación de una granada de fabricación paquistaní”

Estos dos artículos deben leerse como un conjunto. Un barco de carga filipino y una granada pakistaní pintaron un cuadro que incluso un niño podría entender. Los radicales islámicos se estaban involucrando de manera proactiva en el negocio de las drogas en el sudeste asiático, usándolo como fuente de capital. Dichos grupos ya estaban bien establecidos en Filipinas, Pakistán y el subcontinente indio.

Valmiro colocó su bandeja en la ventanilla de retorno y dejó el *Jakarta Chronicle* doblado sobre su quesadilla a medio comer. Salió del café y bajó las escaleras mecánicas hasta el siguiente piso del centro comercial, pensando mucho.

Indonesia era el país más grande del sudeste asiático, con una población de más de doscientos sesenta millones, un mercado de drogas tentador. La cocaína llegó desde Afganistán al oeste de Asia, pero no era de la mejor calidad. Sin embargo, comerciar con cocaína latinoamericana, dada la dificultad de transporte, haría que los precios en las calles se dispararan fuera del alcance de la mayor parte de ese mercado y dificultaría el almacenamiento. Era un bien de alta gama reservado solo para un puñado de entusiastas adinerados.

De los productos más importantes (heroína, anfetamina y *hielo*), la heroína del Triángulo Dorado era especial. Las amapolas cultivadas en Laos, Tailandia y Myanmar se trataron para crear una base de morfina, que luego se refinó en heroína. No. 4 era la heroína más fina del mundo y muy popular. Para hacerse rico en el mercado de drogas del sudeste asiático, tenía que vender el número 4, pero como sugería el nombre alternativo "China White", el *heishehui chino* controlaba su flujo. Un lobo solitario no afiliado como Valmiro nunca podría manejarlo. Si se ganó la confianza de una tríada china, podría ser una historia diferente, pero no tenía tiempo para trabajar con las Sociedades Negras y ganarse la estima de la manera lenta haciendo el trabajo sucio. Valmiro no era chino, así que nunca confiarían en él de todos modos. Sería ignorado tan pronto como entrara por la puerta, sin dejar mayor impresión que una mosca zumbando por la habitación. Pero tampoco iba a recibir dinero a menos que tratara con ellos de alguna manera. Se necesitaría dinero para matar al Cartel Dogo. El dinero creaba poder. Necesitaba encontrar una nueva idea para ganar.

Cuando Valmiro llegó al final de la escalera mecánica, sonó el Oppo que llevaba en el bolsillo.

La llamada provenía de un australiano en Yakarta que se estaba enganchando peligrosamente a las anfetaminas. Barry Grosse parecía ser un simple profesor de inglés en la superficie, pero era bastante conocido en los bajos fondos de Yakarta debido a su gran habilidad para realizar búsquedas de antecedentes personales. Barry había trabajado durante años como detective privado en Melbourne y vendió su experiencia a fuentes del bajo mundo a cambio de un suministro de velocidad. No tenía brújula moral, aceptando cualquier trabajo. No le importaba lo más mínimo si alguien moría como resultado de su trabajo, siempre y cuando consiguiera sus anfetaminas.

"Tengo su informe sobre Tanaka", dijo Grosse en inglés. "Se ha estado quedando mucho tiempo en un hotel de negocios. Durante al menos un año. No parece tener ninguna vivienda de empresa o residencia personal. El hotel no está lejos de su carro. Está justo al lado de Mangga Besar."

"Ya veo." La voz de Valmiro era tranquila y miró hacia la señal de SALIDA mientras caminaba. No era particularmente raro que los hombres de negocios tuvieran largas estadías en hoteles. El tráfico peatonal fuera de Plaza Indonesia rápidamente se tragó a Valmiro. "Así es él, ¿o no es él?" preguntó.

"No lo es", dijo Grosse. "No un policía encubierto".

"¿Estás seguro?"

"Le pagué a un nuevo miembro del personal de limpieza para que entrara a su habitación y esperé una reacción, pero no hubo nada. Eso significa que no tiene cámaras de seguridad instaladas allí. Un hombre encubierto nunca sería tan descuidado. Terminé con muchas imágenes de la habitación. Te enviaré un video más tarde".

"Bien."

"Y me esforcé mucho para obtener su nombre real. Puedo arrojar eso por otros cinco mil dólares en bennies, como acordamos.

"Ya veo", respondió Valmiro. *Bennies* era un término del argot para las anfetaminas.

"Bueno. En ese caso, haré un trato contigo por diez mil dólares en bennies.

"Eres libre de jugar duro, pero aún no he acordado pagar nada".

"Oh, pero comprarás lo que tengo. Esta es información primaria recién capturada, directamente de la fuente. Conseguí el número de la tarjeta de crédito de Tanaka y encontré el nombre falsificado en su pasaporte. A partir de ahí, me puse en contacto con una mujer del grupo que está falsificando pasaportes y le pagué para que investigara a Tanaka por mí. Todo este trabajo me cuesta, ya sabes, por eso mi precio se ha duplicado. Aunque, sinceramente, creo que vale tres veces más. Hice referencias cruzadas con registros japoneses".

"Envíame el video primero".

Valmiro colgó y esperó a que apareciera el vídeo de Barry Grosse. Era un clip del teléfono inteligente del limpiador del hotel, que buscaba incansablemente en la habitación doble del hotel de negocios en Mangga Besar Road. Una camisa abotonada estaba tirada frente al espejo, revistas alemanas estaban apiladas en la mesita de noche y una lista escrita a mano contenía los nombres de las prostitutas locales.

La cámara entró en el baño y encontró un tubo de vidrio pegado a la parte inferior de la tapa del tanque del inodoro. La pipa tenía marcas de hollín aquí y allá, evidencia de que Tanaka realmente estaba fumando crack con ella. A menos que estuviera tratando de engañar a un objetivo en su presencia, un detective de la policía no iba a elegir activamente drogarse. Los sucios policías estadounidenses eran una cosa; era muy poco probable que un oficial indonesio asignado a una operación encubierta traicionara sus deberes.

Al final del video, Valmiro estaba convencido de que Tanaka no formaba parte de las fuerzas del orden. Más allá de eso, no había ninguna razón para que un oficial de Polda Metro Jaya pretendiera ser un hombre japonés. Y si Tanaka fuera un detective enviado desde Japón, no tendría jurisdicción aquí. No podía actuar como si fuera el dueño del lugar, como hacían los agentes de la DEA cuando irrumpieron en México desde Texas para realizar operaciones.

Satisfecho con el contenido del video que vio en el Oppo, Valmiro sacó uno de sus otros teléfonos, caminó hacia el norte hacia el Palacio de Merdeka y llamó al joven javanés que trabajaba en el carrito para él.

Luego de recibir sus instrucciones, el joven se presentó en una motocicleta con una bolsa de reparto para Mariking, un conocido negocio local. Dentro de la bolsa de entrega había un recipiente de plástico con una porción fresca de cobra satay y speed por valor de diez mil dólares.

Barry Grosse tenía una habitación privada para clases de inglés cerca de la estación Sawah Besar. Cuando llegó la bolsa de Mariking, revisó todo lo que había dentro y luego pagó solo el cobra satay.

Saludó a la bicicleta mientras se alejaba, luego regresó a su habitación. Mientras masticaba una cobra de Java ensartada, Barry Grosse codificó un archivo de texto en inglés que contenía el nombre real y la historia personal de Tanaka, luego lo envió a la dirección de correo electrónico que Valmiro le había dado.

17

caxtölli-huan-öme

Michitsugu Suenaga, que nunca hubiera imaginado que su traficante de crack conocía su verdadero nombre, pasó entre la multitud en el oeste de Yakarta.

Iba vestido con su estilo habitual: gafas Effector con montura negra, una camisa nueva abotonada de media manga que acababa de comprar en el centro comercial, pantalones cortos marrón coyote y zapatos de cuero sin calcetines. Llevaba un par de zapatos deportivos de color naranja neón en una mano. Sus cordones eran de color verde claro.

Las multitudes continuaban hasta donde se podía caminar, zumbando bajo las nubes de la estación lluviosa. La densidad de población aquí rivalizaba con la de Tokio. A través de sus lentes, Suenaga observó el tráfico en Thamrin Road.

El sistema tres en uno destinado a ayudar a aliviar el tráfico solo había creado un nuevo negocio callejero llamado *car jockeys*, por lo que se eliminó de inmediato. Su reemplazo, el sistema impar-par, se basó en el último dígito de cada matrícula. Los automóviles con placas que terminan en números impares solo podían pasar por zonas restringidas los días impares, y los automóviles con números pares estaban permitidos en los días pares.

Según lo que observó en Thamrin Road, Suenaga pensó que este nuevo sistema era una mejora con respecto al esquema tres en uno. A diferencia de la cantidad de ciclistas, no podrías hacer trampa sin una placa diferente. Aún así, este método no era perfecto. Algún problema nuevo seguramente surgiría eventualmente.

Suenaga dio la espalda a la carretera y se dirigió por una calle de sentido único. Después de un rato, vio un *bajaj de tres ruedas* que venía hacia él. Le tendió los zapatos deportivos, la señal para detenerse. En Indonesia, no levantaste el brazo para pedir un taxi o un *bajaj*, lo mantuviste nivelado.

Se subió al *bajaj*, le dijo al conductor su destino y comenzó a regatear el precio. Cuando llegó por primera vez a Yakarta, estos conductores se aprovechaban constantemente de él, pero ahora Suenaga tenía la ventaja. Comparado con los acuerdos del mercado negro que había visto muchas veces, negociar con los conductores era un simple juego de palabras.

El *bajaj* se alejó y Suenaga miró a la gente y los vehículos que pasaban. El asiento era lo suficientemente grande como para que pudieras acomodar a dos personas, pero en realidad solo estaba destinado a una. Respiró una bocanada de aire mezclado con el escape, la brisa alborotó el cuello y las mangas de su camisa.

Por fin, puedo extraer el producto esta noche.

Reflexionar sobre los problemas de la última semana trajo un suspiro a sus labios. Suenaga permitió que el balanceo del *bajaj* lo arrullara con una tranquila sensación de liberación.

Estaba programado para extirpar el riñón derecho de un hombre llamado Yasushi Yamagaki. Todos los médicos clandestinos de Yakarta que podían extraer el órgano estaban reservados, por lo que Suenaga tuvo que entretener a Yamagaki, que había volado desde Japón, hasta que se pudiera programar una cirugía.

El producto no puede estar en peligro. Suenaga debería haber prohibido a Yamagaki beber y encerrarlo en su habitación de hotel, pero no tenía sentido esperar que un hombre dispuesto a vender su riñón en el extranjero respetara la orden de abstenerse de beber.

Cuando Yamagaki se emborrachó tanto que vomitó mientras dormía, Suenaga se aseguró de que sus vías respiratorias no se obstruyeran y lo asfixiaran. Cuando salía a disfrutar de la vida nocturna, Suenaga le enseñaba malas palabras en indonesio.

Una organización terrorista islámica extremista en Indonesia estaba comprando el riñón de Yamagaki por el equivalente a uno coma seis millones de yenes, y lo venderían por más. Suenaga sabía que el órgano podía vender un máximo de cuatro millones en el mercado. El beneficio financiaría las actividades de la organización.

El fervor por la venta de órganos en el sudeste asiático no hacía más que crecer, y Suenaga había visto gran parte de ello por sí mismo. Había sido testigo de salas de cirugía sucias que albergaban procedimientos ilegales y conoció a los hombres que se ocupaban de la información de órganos en la web oscura.

Cuesta menos obtener el riñón de un niño que el de un adulto. Niños empobrecidos vendieron sus riñones a intermediarios sin ni siquiera negociar el precio. Con el dinero que ganaron vendiendo uno de sus dos riñones, los niños pudieron comprarse un teléfono. No era por juegos, sino para ayudarlos a encontrar trabajo en la gran ciudad, lo cual era imposible sin un dispositivo inteligente. Vender un órgano era la forma más rápida de comprar uno. Si no fuera así, se venderían a sí mismos ante los pedófilos.

Los médicos que habían perdido sus licencias de repente se encontraron con una gran demanda, y los horarios de las cirugías del mercado negro estaban tan llenos como los de los grandes hospitales legítimos. Era imposible realizar todos los trámites y eso también repercutía en el trabajo de Suenaga. Había estado manteniendo ocupado a Yamagaki porque no había cirujanos disponibles.

La idea de la palabra *cirujano* hizo reír a Suenaga. Le recordó las caras de los médicos del mercado negro que había conocido en Yakarta y sus métodos toscos.

No son cirujanos, pensó Suenaga. En el mejor de los casos, son más como desmanteladores. Podría sacar un riñón si fuera necesario.

El trabajo de Suenaga era conectar a los traficantes de órganos en Japón con los extremistas islámicos en Indonesia, usando la oscuridad de Yakarta como cobertura. Se consideraba a sí mismo como un coordinador de comercio de órganos y se atenía estrictamente a los límites de esa posición. Nunca, nunca le reveló a nadie que alguna vez fue cirujano.

Cirujano cardiovascular. En el mundo del comercio de órganos en el mercado negro, ese título brillaba como un diamante. Suenaga sabía muy bien que si dejaba que su pasado saliera a la luz, otros en el inframundo se interesarían mucho más por él. Terroristas, Sociedades Negras, yakuza: los posibles socios comerciales en esta línea de trabajo eran todos peligrosos a su manera, y no dudarían en secuestrarlo en el momento en que supieran de su experiencia en cirugía.

El “paquete” que transportaba el producto dentro de su torso, Yasushi Yamagaki, era un ciudadano japonés de treinta y nueve años, gerente de contabilidad en un fabricante de cámaras de seguridad con sede en el distrito de Minato en Tokio. Yamagaki se había tomado una licencia paga y se hospedaba en un hotel de negocios en Mangga Besar Road.

Hace cuatro años, cuando cumplió treinta y cinco, Yamagaki compró por primera vez la droga sintética MDMA en la dark web. Tenía la intención de que fuera una cosa de una sola vez, pero se enganchó en él. Píldoras, cristales: tomaba éxtasis en cualquier forma que pudiera encontrar. La droga le hizo escuchar sonidos en todas direcciones y sentir como si estuviera flotando en el espacio. Viajar se convirtió en su razón de vivir, y disfrutaba recibir prostitutas en su apartamento y compartir E con ellas.

A medida que las autoridades tomaron medidas enérgicas contra el mercado de drogas sintéticas, la cantidad disponible disminuyó drásticamente y el precio de venta al público se disparó. Yamagaki, que se había convertido en un gran consumidor, continuó gastando su dinero libremente en la droga, pero finalmente su cuenta bancaria se secó este año. Descubrió que el cannabis era un reemplazo más barato pero insatisfactorio y decidió que el éxtasis era la única droga para él.

En lugar de endeudarse, la idea de Yamagaki era vender un órgano. Había varias personas en Internet que habían vendido un riñón para comprar más MDMA. Decían que era mejor vender un riñón que endeudarse. Era una mentalidad que jugaba con los deseos humanos. Una vez que pensó en vender uno de sus órganos por dinero, la idea provocó una especie de placer masoquista de la muerte. Aquellos que se excitaron con el miedo se encontraron alcanzando un subidón natural a medida que se acercaba el día de la cirugía, aunque todavía no era un reemplazo de las drogas reales, si es que tenían alguna.

En el caso de Yamagaki, no era el placer lo que lo motivaba sino el simple miedo a endeudarse. No quería que las cosas se salieran de control y se viera obligado a declararse en bancarrota. Quería mantener su trabajo como gerente de contabilidad.

Le envió un mensaje a un vendedor ambulante con el que se había hecho amigo y le dijo que quería vender un riñón. Después de algunos mensajes, el corredor determinó que Yamagaki hablaba en serio y dijo: "Bien, te mostraré un callejón".

Yamagaki no entendió el término inglés *back alley* hasta más tarde, cuando comprendió que era la abreviatura de "back-alley doctor", un cirujano que realizaba operaciones ilegales. El corredor le indicó un lugar de trabajo en Kawasaki, una ciudad de la prefectura de Kanagawa.

La mayoría de los clientes que visitaron la oficina de Kawasaki de Kenji Nomura, un médico clandestino conectado con Michitsugu Suenaga, eran yonquis en proceso de abstinencia o usuarios habituales al borde de la adicción total. Los pacientes así sabían lo que las pruebas de drogas o las marcas de inyección revelarían a un médico legítimo y tenían miedo de ser denunciados a la policía, por lo que no podían atravesar las puertas de un hospital adecuado.

Los clientes que desconfían de las investigaciones criminales pueden solicitar una transfusión de sangre completa, un servicio frecuente. A Nomura le resultó bastante frenético tratar de mantenerse abastecido con paquetes de sangre.

Realizó análisis de sangre a clientes que habían estado inyectando por vía intravenosa durante años, realizó exámenes cardiopulmonares y ejecutó medidas para salvar vidas en personas arrastradas por amigos después de una sobredosis. A diferencia de cuando era un médico con la debida licencia, no tenía enfermeras que lo ayudaran y lo dejaban hacer todo solo. Y Nomura no era originalmente un médico que atendiera a los pacientes individualmente.

Antes de trabajar en el mercado negro, Nomura era médico en el departamento de anestesiología como profesor asociado en un hospital universitario en el área de Kansai.

Abusó de su posición para retirar suministros médicos y venderlos en persona a médicos de otros hospitales a cambio de un pequeño ingreso adicional. Los materiales que vendía se usaban como drogas, por lo que era algo así como un traficante en el mundo médico. Cuando los medios cubrieron los peligros del fentanilo, Nomura ya lo había usado varias veces y lo había vendido a otros en su profesión. El fentanilo era un anestésico utilizado en cirugía cardíaca y era fácil de adquirir para un miembro del departamento de anestesiología.

Una vez que sintió el peligro del fentanilo, Nomura probó la cocaína en su lugar. El hospital no tenía suministro de eso, por lo que tuvo que obtenerlo de un traficante de drogas real. No pagó en efectivo, sino que intercambió varios productos químicos que tomó del suministro del hospital. El distribuidor estaba más que feliz de intercambiar.

Mucha gente usaba un billete de papel enrollado para inhalar cocaína. Pero en el caso de Nomura, le gustaba cortar un programa de cirugía en tiras y enrollarlas en su lugar. Pronto el polvo se convirtió en parte de su vida diaria.

Cuando el uso excesivo de cocaína provocó el colapso de su tabique, usó una máscara quirúrgica todo el día para ocultarlo. Y cuando su nariz se deformó aún más, tuvo que visitar a un médico clandestino, a pesar de ser uno legítimo.

En su día libre, Nomura viajó a Kobe y pagó una gran suma de dinero a un médico coreano por una septoplastia para reconstruir el cartílago entre sus fosas nasales.

Era octubre de 2009 cuando sacaron a Nomura del hospital. Cuando se descubrió la malversación de suministros médicos, la administración del hospital trabajó horas extras para encubrirlo. Era una institución prestigiosa que trabajaba con políticos y miembros del gabinete, y no podían permitirse perder el valor de su marca. Nomura no fue juzgado en los tribunales y sus actividades se ocultaron a los medios. En cambio, el hombre fue expulsado del hospital; en papel, presentó su propia notificación de renuncia.

El nombre de Kenji Nomura se incluyó en una lista negra que circuló silenciosamente entre la red nacional de médicos, asegurando que nunca más encontraría trabajo en un centro médico legítimo.

Lo primero que se le vino a la cabeza fue el médico coreano que vio en Kobe. Mientras miraba su tabique reparado en el espejo del baño, pensó: *Ese tipo hizo un buen trabajo. Apuesto a que él también ha pasado por algunas cosas.*

Expulsado del hospital, Nomura dejó atrás Osaka y terminó en Kawasaki, Kanagawa, trabajando como médico del mercado negro. No mucho después de que comenzara, un miembro de la yakuza local le trajo un cadáver. Nomura les había dejado claro a los gánsters que estaba abierto al negocio y reconoció al hombre que se presentó.

“Doctor, sáquele el riñón”, dijo el miembro de la yakuza. El miro su reloj. "El tipo lo mordió hace dos horas, por lo que aún debería estar bien".

Nomura miró el cuerpo fresco. A primera vista, era imposible saber si la muerte fue un suicidio, un homicidio o un accidente.

“Estuve en anestesiología”, explicó Nomura, “así que no hago cirugía, como regla general. En el mejor de los casos, puedo hacer una imitación aceptable de la medicina interna.

"Eso es muy bueno, Doc", respondió el miembro de la yakuza. “Suenas como si supieras lo que estás haciendo. No me imagino que acabas de abrir. Simplemente cóbranos una tarifa especial por ello más tarde”.

Se alejó, riendo, dejando el cuerpo con Nomura.

Sin otra opción en el asunto, Nomura puso una taza de café y se quedó allí con una taza en la mano, mirando el cadáver. No ignoraba el mercado de órganos, por supuesto. Claro, ahora era difícil, pero si iba a ganar un buen dinero como médico del mercado negro, tendría que abrirse camino hasta este tipo de cosas. Nomura había reunido las herramientas que necesitaba para esa eventualidad: bisturí, guantes de goma, estabilizadores para mantener la incisión en su lugar, una bandeja y un carro de herramientas con ruedas. Además de reunir los elementos necesarios, también examinó detenidamente los sitios web de cirugía alemanes con una bebida en la mano, observando varios métodos de extracción de órganos. Había estado presente en muchas extracciones como anestesiólogo y podía decir lo que estaba sucediendo en la pantalla incluso sin una explicación.

Si lo dejo aquí, solo se va a pudrir, razonó Nomura, mirando el cadáver que el miembro de la yakuza le dejó. *Quizás esta sea la mejor oportunidad para dar ese primer paso.*

Para preservar la poca frescura que pudo, Nomura encendió el aire acondicionado para bajar la temperatura interior. Quitó la ropa del cadáver y luego, en un capricho repentino, tomó el pulso, inspeccionó las pupilas y sintió el aliento. Era una pequeña posibilidad, pero Nomura se habría sentido terrible si el hombre todavía estuviera vivo. Una vez que estuvo seguro de que el cuerpo estaba muerto, agarró el bisturí, lo presionó contra el cuerpo y realizó una incisión abdominal en la línea media, cortando la piel y la carne.

El miembro de la yakuza finalmente regresó, con un sombrero de una empresa de herramientas de pesca y cargando una hielera sobre su hombro. Metió los dos riñones que Nomura había sacado en bolsas de vinilo y las metió en la hielera, que estaba llena de compresas frías. "Oiga, doctor, ¿la gente como usted sueña con hacer este tipo de cosas después de leer *Black Jack*?"

"¿*Black Jack*?" Nomura dijo. "No, nunca leas ese manga".

"¿Verdadero?" preguntó el miembro de la yakuza, horrorizado. "¿Has leído *alguno* de los cómics de Osamu Tezuka?"

"Solo uno," dijo Nomura. "Cuando era estudiante de medicina, perdí el último tren y tuve que pasar la noche en un manga café. ¿Como se llamaba? Creo que fue *Gringo*.

"¿Eso es todo? Y ese fue el que nunca terminó de dibujar también".

El miembro de la yakuza levantó la hielera, dejó caer un sobre con dinero en efectivo para la extracción y se fue.

A partir de esa noche, Nomura extrajo riñones de los cuerpos que le trajeron. Además, comenzó a experimentar con la extracción de córneas, que también eran muy valiosas.

Cuando un vendedor presentó a Yasushi Yamagaki, Nomura le hizo un simple examen físico y no se molestó en hacer nada más. No tenía las habilidades quirúrgicas para extirpar un riñón de una persona viva, y en el comercio de órganos japonés, era de sentido común que si una persona podía actuar por su propia voluntad, lo mejor era que se hiciera la cirugía en el sudeste. Asia.

Era una simple cuestión de enviarlos bajo el pretexto de unas vacaciones en el extranjero y luego traerlos de regreso cuando se extrajo el órgano.

Una de las principales razones de esta preferencia era que había médicos clandestinos en Japón como Nomura que podían extraer el órgano de un donante (particularmente de los muertos), pero casi ninguno que fuera capaz de trasplantar el órgano a un receptor.

Las habilidades técnicas involucradas en la extracción y el trasplante eran muy diferentes. Trasplantar un órgano era más difícil, y el comercio de órganos requería que ambos extremos del negocio ganaran dinero. Los órganos no valían nada sin alguien que pagara para trasplantarlos.

El sudeste asiático era el lugar para encontrar médicos del mercado negro que realizaban cirugías de trasplante. En lugar de extraer el órgano y luego tomarse la molestia de pasarlo de contrabando a otro país, era mucho más fácil poner el paquete él mismo en un avión hasta la fuente.

Nomura tomó el pasaporte de Yasushi Yamagaki, organizó un vuelo barato y se puso en contacto con un coordinador en Yakarta, un hombre llamado Michitsugu Suenaga. Era un excirujano cardiovascular japonés que operaba bajo el alias Tanaka, y anteriormente le había comprado fentanilo a Nomura. Al igual que Nomura, Suenaga había sido expulsada del mundo médico japonés y también era buscada por las fuerzas del orden.

Las operaciones cardiovasculares eran el pináculo de la cirugía, y cuando se trataba de llevar a cabo un procedimiento difícil, el cirujano y el anestesiólogo eran un equipo inseparable. Nomura y Suenaga habían pertenecido a diferentes hospitales y nunca trabajaron juntos legítimamente. Se sintió como un giro irónico del destino que se encontraran vinculados de esta manera.

En términos de habilidad y potencial futuro, Suenaga estaba mucho más allá de Nomura. Nació para ser cirujano cardiovascular.

El *bajaj* llevó a Suenaga a un gimnasio de escalada en roca en el oeste de Yakarta. Suenaga pagó al conductor, abrió la puerta baja y salió. Estaba empezando a llover.

El aire acondicionado interior era agradable. El gimnasio estaba tocando el popular género indonesio de dangdut por los parlantes. La lista de reproducción consistía principalmente en canciones nuevas, divididas por el sonido ocasional de la década de 1970 y la voz de Rhoma Irama. Fue una estrella nacional que saltó a la fama durante el régimen de Suharto, conocido popularmente como el "Rey de Dangdut".

La cabeza del recepcionista se inclinó al ritmo de la canción de Rhoma Irama y le sonrió al conocido visitante japonés. Suenaga se registró con su membresía (bajo un nombre falso), y la recepcionista ya sabía qué tamaño de equipo de alquiler darle. Se cambió en el vestuario, se puso los zapatos naranja neón y se ató los cordones verde claro. Aquí había que alquilar zapatos, por eso Suenaga trajo los suyos. Renunció a un conjunto simple de velcro, optando por uno con cordones que ofrecía un mejor soporte fino.

La escalada en roca se estaba volviendo popular en Indonesia, y ahora había muchos más miembros en el gimnasio que cuando Suenaga se inscribió por primera vez. Las bodegas estaban esparcidas por la cara de la pared en colores que sugerían pintura salpicada en una paleta. Suenaga vio a los principiantes gritar mientras caían de espaldas a la lona mientras él realizaba algunos estiramientos de calentamiento y apretaba una bola de tiza. Se agarró a la cara vertical de la pared con los dedos teñidos de blanco con polvo de carbonato de magnesio y se levantó con pura fuerza de brazos, sin piernas. Usando principalmente tirones laterales, alcanzó el techo en menos de un minuto, luego volvió a bajar con eficiente facilidad, tan practicado que parecía que simplemente había invertido un video de su ascenso. La etiqueta requería que se alejara de la pared, por lo que hizo un viaje al área de hidratación en la esquina trasera. Esperó a que se abriera otra parte de la pared, luego realizó el mismo ejercicio, usando solo pinzas para escalar, casi exclusivamente con la fuerza del brazo.

Después de su calentamiento, abordó la sección de losa más difícil y siguió con el voladizo. El ángulo de ciento cuarenta grados era bastante similar al *dokkaburi* que abordó en casa cuando era estudiante. Ese era el término que usaban los escaladores japoneses para referirse a un saliente en un acantilado.

Una vez que hubo conquistado el *dokkaburi* y vuelto a la lona, Suenaga volvió a la bola de tiza, se miró los dedos blancos y respiró hondo. Luego levantó la vista hacia un voladizo aún más desafiante en una pared adyacente. Al final de esa pendiente había un mundo de ciento ochenta grados. En otras palabras, te pondría al nivel del suelo. Si no estabas pegado a las bodegas de colores, no era más que un techo. Nadie en este gimnasio intentó esa pared y, naturalmente, tampoco había nadie esperando a que se abriera.

Suenaga luchó contra la gravedad para llegar al saliente, y cuando llegó al techo, su espalda apuntaba directamente al suelo. Se arrastró por el techo con fuerza en los dedos, los brazos y el tronco, dejando caer grandes gotas de sudor. El personal y los clientes habituales del gimnasio llamaban a Suenaga "Laba-Laba" o "la araña". Inicialmente lo llamaron "Manusia Laba-Laba", que en indonesio significa "Spider-Man", pero se redujo a su apodo actual.

Suenaga regresó del techo a la esquina saliente y con cuidado, metódicamente volvió a bajar. Estaba conectado a cuerdas a través de un arnés de cuerpo, pero Suenaga no se salió de la pared para saltar al suelo.

Después de un estiramiento de enfriamiento y secarse con la toalla, fue al área de descanso en el tercer piso del gimnasio. Pidió una bebida de proteína de chocolate en el mostrador y agregó: “Con agua, no con leche”.

El miembro del personal sacó una coctelera de plástico, arrojó un poco de proteína en polvo con sabor a chocolate con una taza medidora y luego agregó agua mineral fría. Cerró la tapa del recipiente y comenzó a agitarlo rítmicamente.

Mientras esperaba que la proteína se disolviera en el agua, Suenaga tensó los cuádriceps, se tocó los bíceps y se encogió de hombros para flexionar los trapecios. Cuando terminó, curvó los dedos uno por uno y terminó moviéndolos todos a la vez en un juego de cuna de gato invisible.

Si quería volver a donde solía estar, era absolutamente crucial que mantuviera la sensibilidad de sus dedos afinada y todo su cuerpo lo suficientemente fuerte como para soportar períodos prolongados de tensión física.

Ser cirujano cardiovascular lo era todo para Suenaga.

Tales cirugías a veces pueden durar más de diez horas. Era mental y físicamente exigente, y un cirujano asistente principal tenía que cumplir con todas las expectativas con un control infalible para evitar la muerte. Lo único que hizo esto posible fueron unos dedos poderosos y delicados. También necesitabas fuerza central. Si sus músculos gritaban por alivio, estaban agotando su concentración.

Suenaga se negó a permitir que su condición se degradara hasta el punto de que nunca más pudiera realizar una cirugía cardíaca.

Estuvo en el pináculo de la cirugía médica, preservó muchas vidas que deberían haberse perdido para siempre y recibió elogios de todos.

Por su parte, no sintió atracción por conceptos como “salvar vidas” o “recibir la gratitud de los pacientes”. Lo que quería Suenaga era poder; un tipo diferente de la política o la violencia.

Una persona murió cuando su corazón se detuvo. El órgano era una bomba, impulsada por pulsos del nódulo sinoauricular, que hacía funcionar el sistema circulatorio, manteniendo vivo al organismo. ¿Cómo se creó una bomba tan compleja? Tuvo que ser un milagro. Suenaga no podía decir si Dios existía o no, pero al menos, la perfección del corazón como dispositivo era nada menos que un diseño divino.

Comprender el funcionamiento misterioso del corazón, eliminar sus dolencias y evitar que el paciente muera era como desafiar a Dios, en la mente de Suenaga.

Explotar su experiencia para librar batallas en el quirófano hizo que Suenaga sintiera que estaba muy cerca de los misterios sagrados del mundo. Le dio una sensación de poder agudo y peculiar que residía solo en él mismo.

Se sentó junto a la ventana en el área de descanso en el tercer piso del gimnasio de escalada, observando a las multitudes del oeste de Yakarta después de la lluvia mientras bebía su batido de proteínas. Cuando terminó, vertió un poco de agua en un vaso de papel y se tragó una pastilla de creatina. No trajo su crack o cocaína al gimnasio.

Suenaga miró por la ventana. Las muchas personas prácticamente luchaban entre sí, todo tipo de etnias, géneros, edades, cada uno con un *corazón visible* en el medio de su pecho. Repitiendo el ciclo cardíaco, tan brillante como el sol.

La sangre que llenaba los pulmones, aurícula izquierda, ventrículo izquierdo, aurícula derecha, ventrículo derecho, sangre roja que recorre el cuerpo sin fin, arterias coronarias, arterias del carpo, vena cava superior, válvula mitral, válvula tricúspide...

Sus ojos se posaron en un joven parado en medio de la multitud, sosteniendo un teléfono inteligente en su oído. Mirando hacia abajo al hombre, que vestía una camisa batik que se asemejaba a una aloha hawaiana en estilo, Suenaga murmuró por lo bajo.

“¿Me dejarás extraer tu corazón? No te preocupes, lo devolveré enseguida.

Sonriendo, los ojos de Suenaga seguían apuntando hacia fuera de la ventana, pero ya no se fijó en las vistas. En cambio, se concentró en un bisturí brillante en su mente. En sus recuerdos, vio algo que solo un cardiocirujano vería: la fría iluminación de la lámpara de quirófano brillando sobre el campo quirúrgico, donde se reflejaba la totalidad del destino, cosiendo con las agujas y el hilo más finos, adormeciendo a Suenaga en un estado febril. dicha. Allí, se dio cuenta, *si esta persona vive o muere depende de mí, el poder es mío, estoy cara a cara con este dios misterioso.*

Suenaga había sido expulsado de Japón y convertido en coordinador del comercio de órganos en el mercado negro, pero aún planeaba regresar. No tenía ninguna intención de pasar el resto de su vida deambulando por el sudeste asiático, esperando ser enterrado. Tenía habilidad, así que volvería, esa era su convicción. El lugar de trabajo del cirujano cardiovascular era el lugar al que pertenecía. Era el único reino donde podía sentir su propio poder.

Se limpió el polvo de tiza restante de los dedos, desbloqueó su iPhone (una especie de símbolo de estatus en Yakarta) y llamó al número de Yasushi Yamagaki.

Después de muchos timbres, Yamagaki no respondió. Colgó, esperó cinco minutos y volvió a intentarlo. Mientras el tono de llamada sonaba sin remedio, Suenaga recordó la conversación que había tenido con Yamagaki la noche anterior.

"¿Lo entendiste? Tu cirugía es mañana por la noche.

"Lo sé," dijo Yamagaki. "No quieres que coma nada".

"Bien."

"Pero puedo tomar un *poco*, ¿verdad? No es una cirugía de estómago".

"No soy médico", se rió Suenaga, "así que no te diré que no comas. Puede continuar, pero a veces el contenido del estómago de una persona puede volver a subir durante la anestesia y bloquear la tráquea. La gente se ha asfixiado de esa manera. Mientras obtenga mi producto al final, no me importa. ¿Qué opinas? A cambio de poder comer, podríamos ir a lo seguro y extirpar el riñón con anestesia local. ¿Quieres probar eso?

La expresión de Yamagaki cambió por completo ante la mención de la anestesia local. De repente, no quiso cambiar los pocos yenes que le quedaban para disfrutar de la vida nocturna de Yakarta. "Mañana ayunaré", prometió.

Suenaga llamó y llamó, pero Yamagaki nunca contestó. Eso no había sucedido en ningún momento esta semana.

Algo no estaba bien. Suenaga salió del área de descanso y bajó las escaleras. Se cambió rápidamente en el vestuario, salió corriendo a la calle y paró una mototaxi. La puesta de sol proyectaba una larga sombra ante el conductor de la moto Honda.

Suenaga le dio el nombre del hotel de negocios en Mangga Besar. El hotel de Yamagaki estaba al otro lado de la calle del de Suenaga.

“Te pagaré el doble”, le dijo al conductor. "Solo hazlo rápido".

18

caxtölli-huan-ëyi

Yamagaki se alojaba en una habitación doble con dos tarjetas llave, una de las cuales estaba en posesión de Suenaga. Insertó la cosa en la ranura del lector sin llamar y abrió la puerta de la habitación 412.

Yamagaki, que debería haberse quedado adentro y ayunando todo el día, no estaba allí.

Se me acabó. No es raro que las personas que venden sus riñones pierdan los nervios y huyan cuando llega el momento. Pero tampoco es tan común. Estas personas están en esto porque están desesperadas por dinero, después de todo.

Suenaga registró a fondo la habitación 412. Estudió detenidamente el baño y el armario y se puso de rodillas para mirar debajo de las camas. Los adictos a menudo se metían en lugares estrechos.

La habitación no había sido saqueada y parecía poco probable que Yamagaki se hubiera metido en problemas.

Tal vez se ha ido a dar un paseo solo.

Suenaga intentó llamar de nuevo desde la habitación del hotel, pero Yamagaki seguía sin contestar.

Fue a la recepción del hotel de negocios y se presentó como el abogado personal de Yasushi Yamagaki y mostró una foto del hombre. Los abogados japoneses no eran raros en Yakarta; de hecho, aumentaban en número día a día. Se quedaron en las oficinas legales y ayudaron a resolver cualquier problema relacionado con las empresas japonesas en la ciudad.

La recepcionista no dudó de la historia de Suenaga. Miró la imagen de la cara de Yamagaki en el iPhone y dijo: “Se fue antes. Con otro hombre japonés, como tú...”

Suénaga frunció el ceño. ¿Japonés? Yamagaki había estado con él hasta la noche anterior, y no debería haber ningún otro japonés en Yakarta que él conociera.

“Es posible que lo estén estafando”, explicó Suenaga a la recepcionista. “Quiero saber con quién se fue. Es un asunto de la policía, pero podrían robarle si no actuamos ahora. ¿Puedes mostrarme alguna grabación de seguridad?”

La recepcionista aceptó cien mil rupias de Suenaga y volvió a la sala de seguridad. Después de compartir parte del dinero con el guardia de seguridad de guardia, hizo que reprodujera el video, usó su teléfono inteligente para tomar un clip de los dos hombres caminando por el vestíbulo y luego regresó. Suenaga no pudo ocultar su sorpresa cuando vio las imágenes.

Yamagaki estaba caminando con Guiming Dai.

El hombre que se creía un oficial importante del 919, la poderosa Sociedad Negra China. Dentro del bajo mundo de Yakartan, casi todos sabían que era miembro del 919, pero creían que estaba mintiendo acerca de ser teniente. Era un idiota que decía mentiras estúpidas para preservar su ego, pero tenía dinero. Solo otra persona con inclinaciones malvadas que era un poco demasiado estúpida para ser verdaderamente malvada, el tipo de persona que podrías encontrar en cualquier país, en cualquier ciudad.

Suenaga miró atentamente el video. Dai pasó por el vestíbulo con Yamagaki muy casualmente; no había señales de que lo estuviera amenazando con una pistola o un cuchillo. Probablemente Dai le dijo que era parte del comercio de órganos.

Basado en esto, Dai probablemente mencionó el nombre de Tanaka para convencer a Yamagaki de que confiara en él, pensó Suenaga. Pero nunca le dije a Dai que era un coordinador de contrabando de órganos. Yamagaki no se lo diría, y de todos modos no debería haber entrado en contacto con Dai antes de esto. ¿Por qué estaba Dai aquí? ¿Se estaba metiendo en mis asuntos? ¿Cuándo empezó a husmear detrás de mí?

Si tuviera su pipa de vidrio y una roca de crack, habría recibido un golpe para enfocar sus pensamientos. La cocaína en polvo también habría funcionado.

Solo había una razón por la que Dai había atraído a Yamagaki esta noche, de todas las noches. Suenaga apretó los puños. No quería creerlo, pero su producto había sido robado debajo de sus narices. Dai lo sabía todo e iba a vender el riñón de Yamagaki a otro comprador. Tal vez ya lo había vendido. Si la transacción ya se había concluido, entonces se acabó el juego. Pero los horarios de extracción de órganos en Yakarta estaban completamente atascados. Le había llevado todo este tiempo conseguir un médico clandestino. No había forma de que Dai pudiera encontrar un cirujano para hacer el trabajo después de fugarse con los bienes.

Una línea de sudor helado resbalaba por la columna de Suenaga.

Cualquiera que sea la verdad, si no recuperaba a Yamagaki esta noche, estaría incumpliendo el contrato...

Y luego Guntur Islami me castigará.

No aceptaron excusas. Supondrían que habían sido engañados; una herida a su orgullo guerrero. Suenaga podría ofrecerles uno de sus propios riñones, pero nunca lo aceptarían. Dirían: "Mentiroso desvergonzado, danos tu otro riñón también". De hecho, probablemente dirían: "Solo danos *todos* tus órganos".

Suenaga se sentó en un sofá al lado de la recepción, apoyó la barbilla en la punta de los dedos y cerró los ojos. Esto nunca había sucedido antes. Revisó todos los remedios posibles para el problema, pero ninguno de ellos parecía probable que ayudara.

La punta de la espantosa guadaña del Grim Reaper estaba cayendo sobre su garganta. No había escapatoria. Sin embargo, además del peligro, Suenaga también sentía una curiosa nostalgia que lo desconcertaba.

Después de unos momentos, entendió por qué. Estaba sintiendo algo que había experimentado antes: los nervios extremos que se producían justo antes de entrar en una operación como cirujano principal.

Sintiendo que su pasado y su presente se superponían, Suenaga se echó hacia atrás para mirar el techo del vestíbulo. El rostro de un hombre vino a su mente.

Después de que Tanaka lo contactara, Valmiro caminó hacia su *kaki lima* en Mangga Besar Road. Los empleados de Java y Sundanese estaban vistiendo a las cobras, con gotas de sudor en sus frentes, y colocando las brochetas en la parrilla en medio del humo que flotaba. Las ventas del día no fueron malas. Cuando apareció Tanaka, Valmiro le dio una botella de Bintang y caminó hacia el callejón, como siempre. En la oscuridad, le vendió a Tanaka la cantidad de crack que quería.

"El Cocinero", dijo Tanaka, entregándole el dinero, "quiero contratarte para un trabajo".

Valmiro lo miró fijamente a la cara. El hombre no parecía tener idea de que Valmiro había estado husmeando en sus asuntos privados.

"Quiero que recuperes algo que me robaron", dijo Tanaka.

“Te preguntaría si te parezco un jodido policía, pero pareces demasiado desesperado para bromas”, dijo Valmiro, tomando un trago de cerveza.

“Dai robó un valioso producto mío”.

“Dai... ¿Guiming Dai?”

“Quiero que me devuelvan el producto. Cuando digo *producto*, me refiero *a persona*. Un cliente mío.

“Un cliente, ¿eh? Estoy bastante seguro de que te pregunté acerca de los clientes antes...”

"Si me ayudas, haré que valga la pena".

Valmiro sacó un paquete rojo de Djarum Super 16, se metió un cigarrillo en la boca y lo encendió con un encendedor de petróleo. "¿Qué clase de cliente?"

“*Riñón*”, respondió Tanaka.

Habían pasado años desde que Valmiro escuchó la palabra española para *riñón*. Tomó una bocanada silenciosa de tabaco. La investigación de Barry Grosse había revelado que Tanaka era un traficante de órganos, pero Valmiro fingió reflexionar sobre la información y exhaló lentamente. "¿Eres un corredor de órganos?"

"No exactamente. Un coordinador de contrabando, para ser precisos.

“Básicamente son lo mismo”. Valmiro se rió entre dientes. “Es fácil encontrar a Dai. Aparece en su club todas las noches. ¿Lo sabes bien? Es el tipo de persona que no puede dejar que otras personas manejen su dinero. Ve allí y disfrútalo”.

"¿Crees que un hombre que robaría a mi cliente lo admitiría?"

“Ese es un buen punto”, dijo Valmiro, poniendo cara seria. “¿Pero por qué vienes a mí? Soy dueña de un carrito de comida, una simple peruana que vende cobra satay y crack barato”.

"Tu cara apareció en mi cabeza". Tanaka se quitó las gafas y se secó el sudor de la frente. “Es una apuesta. No importa cuán cuidadosa y minuciosa sea su planificación, es imposible no probar su suerte en algún momento. Así es la vida, ¿no?”

“Muy filosófico. Entonces, ¿qué estás apostando?”

En respuesta, Tanaka sonrió y se pasó el dedo índice por el cuello.

Valmiro lo clavó con otra mirada. Alguien que ofrecería su vida sin llorar ni lamentarse por ello valía la pena formar equipo en el futuro. Este era el tipo de persona que había comprado y vendido crack para encontrar.

"¿Cómo te llamas?" preguntó Valmiro.

No había una prueba más directa de la confiabilidad de Tanaka. Solo existía una respuesta correcta, y Valmiro ya la sabía.

“Michitsugu Suenaga,” respondió el hombre. “Ese es mi verdadero nombre. No estoy mintiendo.”

Debajo de la mirada oscura de El Cocinero, Suenaga sintió un miedo extraño y repentino de que el hombre pudiera matarlo allí mismo, en el acto. Era una intuición muy extraña e inexplicable, pero estaba ahí. Suenaga no apartó la vista de la peruana.

“*Entiendo*”, dijo Valmiro, apartando la colilla. "Hablemos."

En un concurrido restaurante local de Padang, el *narco* y el *médico* se sentaron uno frente al otro. Valmiro sabía quién era Suenaga, pero Suenaga aún asumía que el otro hombre era de Perú.

El club nocturno de Dai no abría hasta las siete. El mismo Dai aparecía una hora después de la apertura. Necesitaban idear un plan antes de ese punto.

El restaurante Padang estaba dirigido por musulmanes y no servían alcohol, por lo que Valmiro y Suenaga bebían sidra de manzana. Después de un rato, un mesero se acercó y simplemente colocó los platos sobre la mesa. En este lugar, comías lo que querías y lo pagabas al final.

Valmiro se lavó los dedos en un pequeño recipiente con agua con una fina rodaja de limón, luego partió el pescado frito, lo mezcló con arroz en su plato y agregó una gran cantidad de sambal, un condimento de *chile*. Suenaga apenas le prestó atención a la comida, mordisqueando unos finos chips de camarones fritos y nada más.

El *sambal* estaba tan caliente que se garantizaba que los turistas jadearían de dolor, pero a Valmiro no le afectó. Estaba impresionado con Suenaga, en realidad. Incluso si solo eran pequeñas fichas, era notable que pudiera retener cualquier cosa. Mucha gente estuvo enferma del estómago todo el día una vez que supieron que sus vidas estaban en peligro.

“Tu cliente, tu producto”, dijo Valmiro, volviendo a sumergir los dedos en el cuenco de agua ahora que estaban cubiertos con el aceite del pescado frito, “¿de dónde vino y hacia dónde va ahora?”

paquete del producto, fue enviado por el médico del mercado negro en Japón”, respondió Suenaga.

"¿Como una persona viva?"

Suénaga asintió. “Vinieron de una ciudad al sur de Tokio llamada Kawasaki. Los médicos de Kawasaki están a las órdenes de la *mafia japonesa local*. Cuando el paquete llegó a Yakarta, se suponía que yo lo manejaría, encontraría un cirujano, luego entregaría el *riñón* al comprador y recibiría mi tarifa de búsqueda”.

“Si pierdes el producto, ¿te matará la mafia japonesa?”

“Puedo esconderme de ellos en Yakarta”, dijo Suenaga en voz baja. “Los que me van a matar por incumplimiento de contrato son los compradores. Guntur Islami”.

A partir de ese momento, todo era información nueva que no había aparecido en la búsqueda de Barry Grosse.

Guntur Islami era indonesio para "Trueno del Islam".

“Nunca he oído hablar de ellos”, dijo Valmiro.

“¿Conoces un grupo llamado Jemaah Islamiyah?”

“Sé un poco”, respondió Valmiro, pero la verdad era que era bastante familiar. Los cárteles sabían de los grupos terroristas y viceversa. Compartían al menos una cosa en común, que era una profunda hostilidad hacia las actividades y agencias internacionales de los Estados Unidos.

Tras la disolución de Darul Islam, que buscaba crear un estado islámico ideal en el sudeste asiático, Jemaah Islamiyah, que significa "Congregación Islámica" en indonesio, nació en 1993. Este nuevo grupo fue designado organización terrorista por el Departamento de Defensa estadounidense. a finales de 2002.

Gracias a su entrenamiento en Filipinas, su poderío militar fue considerable y cometieron muchas acciones terroristas dentro de Indonesia. Los atentados de Yakarta del 17 de julio de 2009, que afectaron a dos hoteles de lujo, fueron obra de una facción dentro del grupo. Habían estado ocultos desde 2009, pero en 2014, su fábrica de armas fue descubierta y confiscada en Java Central, lo que llevó al colapso del grupo.

Eso era todo lo que Valmiro sabía sobre ellos.

Aparentemente, los ex miembros de Jemaah Islamiyah habían iniciado un grupo disidente, Guntur Islami, que era información nueva para Valmiro.

"¿Alguna vez has conocido a un oficial del grupo?" le preguntó a Suénaga.

"No."

"No lo creo".

"Un hombre llamado Martono se pone en contacto conmigo".

"¿Cómo lo contactamos?"

"Él me llama."

Valmiro tomó una cucharada de sopa gris. Había un tipo desconocido de hierba silvestre flotando en él. "¿Dai", preguntó, "sabe quién es su socio comercial?"

Si lo supiera, no habría llegado a esto. Tomó esta decisión por su cuenta".

"¿Estás seguro?"

"He consultado con el 919. No hay nada que los *heishehui chinos* o los radicales islámicos puedan ganar luchando entre sí en Yakarta. Si Dai causa daños comerciales, yo seré quien pague el precio por no manejar el riñón".

Valmiro asintió, terminó su sidra de manzana y preguntó el valor de venta del riñón. Cuando Suenaga le dijo, entonces preguntó por el valor de reventa. Suenaga le dijo. Ambos números eran pequeños para los estándares del negocio de la cocaína.

Valmiro se encogió de hombros. “Dijiste que venir a mí en busca de ayuda era una apuesta. ¿Qué ganas ganando esta apuesta? ¿Sobrevivir para ver el mañana? ¿Qué es lo que esperas?”

Después de obtener su licencia médica en Munich, Suenaga regresó a Japón para trabajar en el departamento cardiovascular del Centro de Cardiología de Tohoku, donde fue cirujano principal constantemente en horario laboral.

Realizó operaciones desafiantes, incluidas derivaciones coronarias simultáneas en dos pacientes separados debido a un error de admisión. Además, completó un trasplante de corazón y pulmón extremadamente raro en un paciente con síndrome de Eisenmenger.

El fracaso no es una opción. Es absolutamente inaceptable.

Suenaga lidió con la presión mental bajo la que trabajaba todo cirujano primario tomando cocaína. Tuvo cuidado de ocultar cualquier signo de su uso habitual. Además de esnifarlo, usaba una pipa de vidrio, se lo inyectaba no más de una vez cada tres días y se aseguraba de desechar los desechos en la basura del centro médico, que estaba protegido por estrictas medidas de seguridad.

Suenaga consumió cocaína por primera vez mientras estudiaba en Munich; el distribuidor lo llamó *schnee*, o nieve. Fue a un club que temblaba con el traqueteo del ruido subterráneo, y en el baño, todos los niños estaban haciendo *schnee*.

De regreso a casa, Suenaga escuchó rumores sobre un anestesiólogo en un hospital universitario en Kansai. Todos los médicos que querían escapar de la presión y estaban dispuestos a comprar fentanilo para abordar esa necesidad sabían acudir a Kenji Nomura.

Suenaga también compró fentanilo al principio, pero después de preguntarle a Nomura si tenía cocaína, Nomura pudo encontrar una fuente y venderla también.

Los precios de venta de la cocaína en Japón eran unas cuatro veces más altos que en Alemania, y cuando pasó por las manos de Nomura, se multiplicaron por seis. Aún así, era mucho más seguro que tratar con traficantes callejeros.

Cuando se descubrió la malversación de suministros médicos de Nomura, Suenaga estaba aterrorizada. *¿Qué pasa si se siente agraviado por haber sido atrapado y nos delata a todos?*

Contrariamente a esa preocupación, Nomura no reveló ni un solo nombre de la lista de médicos a los que les vendía drogas. Eligió mantener su confiabilidad. El suministro barato de fentanilo, una sustancia médica controlada, se había ido. Pero los médicos que compraron la cocaína de segunda mano a Nomura, incluida Suenaga, continuaron su relación con él después.

Por decisión clandestina de la junta universitaria, el escándalo se mantuvo en secreto y se permitió a Nomura renunciar a su puesto “voluntariamente”. Por eso, perdió su trabajo pero no su licencia. El incidente nunca estuvo en los libros, por lo que en lo que respecta a la burocracia médica, nunca había pasado nada. Sin embargo, su nombre estaba en la lista negra de hospitales que circulaba a nivel nacional. Fue desterrado de la profesión médica legítima.

Suenaga continuó enviando dinero de cocaína a una cuenta bancaria falsa, pero internamente se burló del destino de Nomura. Todo fue una gran broma. Todavía tenía una licencia médica legítima, pero iba a trabajar como un médico sin licencia.

Suenaga todavía recibía paquetes de cocaína de Nomura. Todavía desafiaba audazmente la pared de la cirugía cardiovascular, de la misma manera que uno intentaría un saliente al escalar rocas.

El lunes 29 de abril de 2013, su ruina llegó rápidamente.

Después de un trasplante de corazón de catorce horas para un paciente con miocardiopatía dilatada, Suenaga se quitó la bata de aislamiento, se duchó y se dirigió al estacionamiento del centro médico para subirse a su automóvil, un Porsche 718 Cayman rojo.

Tan pronto como encendió el motor, dejó una línea de coca en el tablero y la esnifó. Rápidamente pisó el acelerador y salió del estacionamiento para conducir a través de Sendai. Cuando tuvo que parar y esperar en un semáforo, dio otro bache.

En la calle Kakyoin, golpeó a un niño en bicicleta que venía por la izquierda. Eran las 4:47 a.m. La moto voló por los aires y giró violentamente al chocar contra el asfalto. Creyó ver saltar chispas.

Suenaga quitó el pie del pedal, pero el Porsche 718 Cayman siguió la ley de la inercia y siguió adelante. En realidad nunca tocó el freno. Lo siguiente que supo fue que el niño y su bicicleta eran pequeños en el espejo retrovisor. Aceleró de nuevo.

El agotamiento extremo de una cirugía de todo el día, la euforia de la coca, la conmoción del accidente.

Huyó de Sendai en medio de la noche.

Si salvé una vida con un trasplante de corazón, ¿eso anula el recibir otra? Probablemente no. ¿Me acusarán de homicidio vehicular? Seguramente me quitarán la licencia médica. La cirugía es todo lo que tengo, pero nunca volveré a ser médico. En ese caso...

¿Qué es lo que necesito expiar?

El niño de catorce años que murió en el atropello y fuga cruzaba un semáforo en verde camino a ir a pescar.

La policía de la prefectura de Miyagi estudió las imágenes de las cámaras de tráfico y colocó al cardiocirujano Michitsugu Suenaga, de treinta y ocho años, en la lista de buscados a nivel nacional. Lo buscaban por homicidio vehicular, que, según la ley más reciente aprobada en 2001, conllevaba un máximo de veinte años de cárcel.

A pesar de la indignación en las noticias y la creciente búsqueda por parte de la policía, Suenaga se mantuvo suelta y en fuga. Se acercó a su contacto de cocaína, Kenji Nomura, y se subió a un barco en Hachinohe con destino a la prefectura de Kanagawa. En el puerto de Kawasaki, se encontró con Nomura y le pasó algo de dinero, asegurando una ruta de escape al sudeste asiático. Suenaga se fue de polizón en un bote de alta velocidad a Corea, luego se cambió a un barco de contenedores que pasó por Taiwán camino a un país al sur del ecuador.

Mi deseo es volver a ser cardiocirujano.

Cuando Suenaga le reveló sus deseos a Valmiro en el ruidoso y abarrotado restaurante Padang, el otro hombre fingió estar sorprendido por este conocimiento, a pesar de que Barry Grosse ya se lo había contado.

Suenaga sabía que no podía volver a ser un médico legítimo. Lo que quería no era ser un médico de callejoncito barato en un sustituto inadecuado de una oficina, sino regresar al mejor entorno posible, con el equipo más nuevo, clavando su bisturí en el corazón humano. Para ello, utilizó su experiencia como coordinador de comercio de órganos en Yakarta para planificar un gran movimiento comercial.

Valmiro no era el único que buscaba un socio comprensivo y confiable. Desde el primer momento en que le compró crack bajo el nombre de Tanaka, Suenaga intuyó que El Cocinero era un hombre al que se podía acercar. Y a diferencia de Valmiro, Suenaga tenía una visión clara de qué hacer a continuación.

El *médico* habló y el narco escuchó. El plan hizo que sus destinos se entrelazaran, encerrados en la promesa de violencia. Era un gran plan como ninguno había concebido antes. Grandes negocios. *El mejor*.

La palabra *narco* era la abreviatura de *narcotraficante*. Pero después de unirse a la visión de Suenaga, Valmiro comenzó a referirse a sí mismo ya su nueva pareja como *corazones traficantes*. Traficantes de corazones.

19

caxtölli-huan-nähui

Cuando el Jaguar XJ de Dai se detuvo frente al club nocturno en Mangga Besar Road, los niños salieron corriendo del callejón lateral y arrojaron piedras a la parte trasera del vehículo.

Tal como les había indicado Valmiro al pagarles, los niños apuntaron solo al paragolpes trasero y no golpearon las ventanillas. Les dijo que no hicieran eso, porque si le rompían el parabrisas trasero, Dai asumiría que le estaban disparando y se alejaría a toda velocidad en el auto.

Al escuchar que algo golpeó su parachoques, Dai maldijo y salió del Jaguar. Como de costumbre, lucía aretes de oro de dieciocho quilates en ambas orejas y vestía una costosa camisa de batik. Cuando Dai rodeó la parte trasera de su vehículo, Valmiro se coló detrás de él con un pasamontañas y lo golpeó en la cabeza con un saco lleno de piedras. Como la bolsa no reflejaba la luz, nunca la vio venir y el material absorbió la mayor parte del sonido.

Valmiro rápidamente sacó las rocas del saco y luego lo usó para cubrir la cabeza de Dai mientras se desplomaba hacia adelante. Usó restricciones de plástico para atar los brazos de Dai a la espalda y arrastró al hombre fuera del alcance de las cámaras del club nocturno. Dai fue arrojado a un Chevy Trailblazer a un lado y el SUV aceleró.

El Trailblazer tenía una matrícula falsa. Desde que Yakarta instauró la política de pares impares para aliviar el tráfico, el negocio de la falsificación de matrículas se había acelerado y era fácil conseguirlos.

Suenaga vigilaba a Dai en el asiento trasero, mientras Valmiro conducía el Trailblazer hacia el sureste. Bajaron por un callejón cercano al mercadillo de Jatinegara y detuvieron el coche allí.

Puedes encontrar cualquier cosa a la venta en el mercado de pulgas. Se vendía todo tipo de mercancías, herramientas y, sobre todo, animales. Búhos, conejos, iguanas, patos y ranas miraban a la multitud desde sus jaulas y se sumaban al estruendo del mercado con sus propias voces.

Un Toyota HiAce negro estaba en el callejón. Un hombre estaba de pie junto a él; un distribuidor de Malasia con el que Valmiro estaba en buenos términos, y había solicitado el HiAce como vehículo de transferencia. Valmiro salió del Trailblazer, intercambió algunas palabras con el malasio y luego miró dentro del HiAce para ver si las herramientas que buscaba estaban allí o no.

Satisfecho, Valmiro pagó al hombre, y él y Suenaga arrastraron a Dai fuera del Trailblazer y al asiento trasero del HiAce. Debajo del saco de arpillera, Dai gruñó un poco. Estaba volviendo en sí, aunque solo fuera por un momento.

Una vez en el HiAce, el trío viajó parte de una milla al este del mercado. Suenaga se maravilló de la minuciosidad de El Cocinero al cambiar de vehículo tras el de la placa falsificada.

El HiAce se detuvo en un almacén que almacenaba principalmente electrodomésticos desechados. Valmiro tecleó un número en un teclado y abrió la persiana, luego condujo el auto adentro.

Con el saco sobre la cabeza y las manos atadas a la espalda, Dai gritó y forcejeó mientras lo bajaban del HiAce. Valmiro lo golpeó a través del saco, lo golpeó en la nariz y lo arrastró violentamente fuera del auto. Dai raspó el concreto, pateando sus piernas y gritando sobre algo. El plástico duro de las ataduras le cortó las muñecas y le partió la piel; la sangre rezumaba sobre las ataduras.

Valmiro levantó a Dai de un tirón y lo sentó en una silla que había quedado en el almacén, luego usó una cuerda industrial para atar rápidamente las piernas de Dai a las patas de la silla. Un ciempiés escondido en el respaldo de la silla desechada se alejó rápidamente.

Cuando se quitó el saco, Dai miró furioso a Valmiro y Suenaga. “Voy a matarlos a ambos”, dijo en indonesio. Cortaré a vuestras familias en pedazos.

También dijo lo mismo en mandarín.

Valmiro lo examinó con frialdad y preguntó dónde estaba Yamagaki en indonesio.

Dai solo sonrió.

Valmiro se puso unos guantes de cuero y golpeó a Dai en la cara. Derecha, izquierda, derecha. El raballo del ojo, la nariz, el pómulo, la sien, los labios, la barbilla. Las mejillas de Dai se partieron y la sangre húmeda salpicó la silla. Su ojo derecho se hinchó hasta que estuvo cerrado, y su nariz estaba rota y doblada en un ángulo extraño.

Suenaga solo miraba. El Cocinero estaba golpeando al hombre de la forma en que preparaba la cobra en su puesto. Era algo que Suenaga no podía hacer.

“Te mataremos”, amenazó Dai, escupiendo sangre. “919 los desgarrará a ambos miembro por miembro”.

Incluso con la cara destrozada, Dai se mantuvo desafiante.

Valmiro hizo una pausa en su tortura, se quitó los guantes de cuero y bebió un Bintang que había traído. En español, le dijo a Suenaga: “Si no va a hablar después de esto, no va a hablar nada. Estoy sorprendido.”

"¿Qué debemos hacer?" Suenaga preguntó en voz baja.

También estaba sorprendido de que Dai aguantara fuerte a través de tal tormento. Ya sea por su malvado orgullo de gángster o por otra cosa, fue una demostración impresionante. Si no lo hubieran buscado de antemano, podrían haber pensado que Dai realmente comandaba el poder del 919. La respiración de Dai era pesada. Un pegajoso cúmulo de sangre de su nariz le corrió por el labio roto, luego por su barbilla, pintando una marca nueva y audaz en su colorida camisa de batik.

“Suéltale el brazo derecho y nada más”, instruyó Valmiro.

Le entregó a Suenaga un cúter y cinta adhesiva. Suenaga inicialmente estaba confundido por la cinta adhesiva, si no por el cortador, pero rápidamente lo descubrió. Si simplemente cortaba las ataduras, ambos brazos estarían libres y Dai comenzaría a balancearse salvajemente. Entonces, primero ató la muñeca izquierda de Dai a la pata de la silla y luego usó el cortador de cajas para cortar la banda que sujetaba ambas manos.

Dai rápida e impotentemente giró su brazo derecho.

Valmiro trajo un escritorio desde la parte trasera del almacén, lo dejó caer frente a Dai, dijo: "Sujeta su brazo libre" y regresó al HiAce.

Suenaga empujó el brazo derecho de Dai contra el escritorio, ignorando sus gemidos, y pensó, *va a arrancarle los clavos*. Había visto ese tipo de tortura en las películas, pero nunca en la vida real.

Agotado, boca abajo, Dai murmuró: “Te mataré. Ni siquiera se molesten en rogar por sus vidas.

Guiming Dai robó un riñón destinado a Guntur Islami.

Si esas palabras vinieran de un simple coordinador japonés de comercio de órganos, el 919 no le prestaría atención. No había evidencia detrás de eso. Pero si lo escucharon de Xin Nan Long, otro importante *heishehui chino*, no tendrían más remedio que sentarse y prestar atención.

Xin Nan Long era un grupo de jóvenes chinos nacidos en Indonesia, establecido en 2011. Se les ocurrieron formas nuevas y creativas de hacer negocios y expandieron su territorio alrededor de Yakarta hasta el punto de que comenzaron a rivalizar con las tríadas de Hong Kong como Sun Yee On. y 14k en prominencia. Como prueba de pertenencia al grupo, todos tenían tatuajes de dragones de Komodo. Los enormes lagartos, que solo vivían en la isla de Komodo, en la provincia de Nusa Tenggara Oriental, simbolizaban las raíces de la organización.

Xin Nan Long tenía una estrecha conexión con el grupo terrorista Guntur Islami, también con sede en Yakarta, y trabajaron juntos en proyectos de contrabando y drogas basados en criptomonedas para recaudar fondos.

Desde que se convirtió en coordinadora de órganos en Yakarta, Suenaga tuvo que prestar mucha atención a las actividades de ambos grupos. Cuanto más vendía riñones a Guntur Islami, más aprendía sobre ellos, poco a poco. Después de examinar cuidadosamente esa información y rastrear las conexiones, finalmente conoció a Jingliang Hao, un lugarteniente de Xin Nan Long. Este fue un gran paso adelante para Suenaga.

Hao, de veintiocho años, era apreciado dentro de la organización por su talento empresarial, pero antes de eso, había sido un soldado de infantería con docenas de muertes y dirigió un equipo de combate para el grupo. Le gustaba escalar montañas, un interés común que Suenaga usó a su favor. Hao le dijo: “Escalar montañas hizo que fuera más fácil cargar un cuerpo sobre uno. ¿Entiendes lo que quiero decir?”

Suenaga se había puesto en contacto con Hao antes y le explicó su problema. Luego, Hao se acercó al 919 y les informó lo que había hecho Dai.

Hao había confirmado con un teniente del 919 que el hecho de que Dai se llevara a Yamagaki era un truco en solitario y le dijo a Suenaga: "Tendremos que secuestrar a Dai para recuperar nuestro producto".

919 no confiaba en Dai en lo más mínimo, y si sus ganancias del club nocturno caían aunque fuera un poco, planeaban usar eso como una excusa para matarlo.

"El 919 es nuestro enemigo", le dijo Hao a Suenaga después de hablar con la tríada rival, "pero ahora me deben una. Después de todo, no quieren terminar como blanco de un atentado suicida".

Sin que Dai lo supiera, había sido excomulgado del grupo, y el 919 le había pedido a Hao que "limpiara la situación de una manera que no dejara mala sangre con Guntur Islami".

La responsabilidad de esa parte recayó en Suenaga, razón por la cual se acercó a El Cocinero en busca de ayuda. Tal fue la secuencia de eventos que llevaron a la captura de Dai.

Suenaga estaba decidido a aprovechar esta oportunidad para labrarse una posición entre Xin Nan Long y Guntur Islami. Esa era la única manera de llevar a cabo el negocio que imaginó.

Y Dai, golpeado y ensangrentado, tenía la llave de ese futuro.

Tengo que arriesgarme, pensó. Tengo que hacer que Dai confiese dónde está Yamagaki.

El Cocinero regresó del HiAce con un dispositivo muy diferente al implemento para sacar clavos que Suenaga había imaginado. Era un bote largo y delgado, como un extintor de incendios alargado. La superficie de metal era verde.

Valmiro arrastró el bote, que decía N ITRÓGENO LÍQUIDO en un costado. Llevaba un cinturón con un martillo de acero industrial. Estos también fueron artículos adquiridos por los malayos.

Colocó el bote de nitrógeno líquido sobre el escritorio, justo al lado del brazo derecho de Dai. Sonaba como una roca rodando. Agarró la manguera, giró la válvula y llevó la boquilla justo al lado del brazo.

"¡Detener!"

Dai bramó de miedo, pero la expresión de Valmiro no se conmovió. Roció el nitrógeno líquido tan tranquilamente como si fuera insecticida.

El gas de trescientos veinte grados negativos salió disparado de la boquilla, creando una ventisca helada instantánea sobre el escritorio. Las partículas suspendidas en el aire se congelaron y Suenaga tuvo que soltar el brazo de Dai para evitar que sus dedos se congelaran severamente.

Dai sintió como si todo su brazo se estuviera quemando; emitió un grito sobrenatural. Sus ojos se desorbitaron, fijándose en un lugar vacío y quedándose quietos, creando la impresión de que se habían congelado como su brazo. La extremidad afectada perdió toda sensibilidad y se decoloró horriblemente a medida que las células se descomponían y la sangre y los vasos se congelaban dentro de la carne.

“Vigilalo.”

Valmiro agarró a Dai por el cabello y levantó la cabeza. Sacó el martillo industrial del cinturón y golpeó el brazo congelado de Dai con él. Hizo un sonido extrañamente húmedo, como romper un montón de nieve, y desde el codo hacia abajo, el brazo simplemente se desmoronó en pedazos. No había tiempo para gastarlo atormentándolo lentamente.

Después de perder su brazo en cuestión de segundos, Dai admitió todo entre lágrimas.

En febrero de 2015, el año pasado, un japonés llamado Daichi Motoki llegó al club nocturno de Dai en Mangga Besar. Borracho y rodeado de mujeres, esperó a que su compañero, Tanaka, se levantara y se fuera por un minuto antes de revelarle a Dai: "Está involucrado en el comercio de órganos".

Dai ya estaba familiarizado con Tanaka hasta cierto punto, pero esta era información nueva.

Motoki, como Yamagaki, era un paquete que había sido enviado a Suenaga desde Japón. Como estaba previsto, Motoki perdió un riñón, consiguió su dinero y volvió a casa.

En otras palabras, Dai sabía del negocio de Suenaga desde hacía un año.

Y esta noche, Dai usó el nombre de Tanaka para ganarse la confianza de Yamagaki, luego lo atrajo con la esperanza de vender el riñón a un inversionista rico de Singapur que se sometía a diálisis peritoneal. Tenía la intención de secuestrar a Yamagaki y llevarlo a un médico de callejón para que hiciera la operación mientras el inversionista viajaba en un bote de alta velocidad a Batam. Esa era la idea.

Pero no había considerado cómo encajaban todas las facetas de su plan, y había fallado por completo en comprender la profundidad de la oscuridad a su espalda. Dai confiaba demasiado en su capacidad y creía que era inteligente, poderoso, un planificador meticuloso y un excelente hombre de negocios.

El proverbio chino *ren wu yuanlu, bi you jinyou* significaba: “Aquel que no tiene en cuenta lo que está lejos, seguramente encontrará problemas a la mano”. Esto encarnaba perfectamente la razón por la cual la organización no confiaba en Guiming Dai o en su juicio y por qué la tortura de Valmiro lo tenía a una pulgada de perder la vida.

Cuando Dai terminó de hablar, Valmiro se quitó los aretes de las orejas, verificó la pureza del oro y limpió la poca sangre que tenían con la camisa de batik de Dai. Luego ató una toalla alrededor del muñón del brazo derecho de Dai para detener el sangrado y envolvió el codo en una bolsa de plástico para evitar que se derramara por todo el auto. Por último, el saco de arpillera volvió a pasar por encima de la cabeza de Dai; de la misma manera que había entrado.

Suenaga ayudó a Valmiro a arrastrar a Dai de regreso al asiento trasero del HiAce. Solo para estar seguro, preguntó: "¿Lo llevaremos con nosotros?"

“Si resulta que estaba mintiendo”, señaló Valmiro, “el brazo izquierdo es el siguiente”.

Cerró la puerta corredera, se inclinó sobre el parachoques delantero con un destornillador Phillips y empezó a cambiar la matrícula.

Suenaga vio trabajar al hombre extremadamente minucioso y cauteloso. Miró hacia el escritorio donde el brazo de Dai había sido destrozado y vio un sorbete de sangre, carne y hueso derritiéndose rápidamente en el aire caliente y pantanoso del almacén.

Eso es brutal, pensó Suenaga. ¿Tácticas de tortura al estilo peruano? Este hombre, El Cocinero, es una víbora tan peligrosa como cualquiera en Xin Nan Long o Guntur Islami. ¿Qué diablos estaba haciendo antes de terminar en Yakarta? No sé nada de su pasado. Y no tengo tiempo para investigarlo. Sólo tengo que apostar que él sabe lo que está haciendo.

Valmiro terminó de colocar la placa nueva y luego arrojó la vieja sobre una pila de electrodomésticos desechados en la esquina del almacén. Un *sonido* metálico agudo rebotó en las paredes y se repitió unas cuantas veces mientras caía el plato. Finalmente, el silencio volvió.

20

cempöhualli

El HiAce condujo por la carretera desde la estación de Kota hasta la bahía de Yakarta y se detuvo frente a un edificio de siete pisos. Valmiro y Suenaga entraron a la habitación 613, y tal como les había dicho Dai, Yasushi Yamagaki estaba allí. Estaba acostado en un viejo sofá, el acolchado sobresaliendo de las rasgaduras en el cuero viejo, parecía preocupado.

“Te tomó bastante tiempo,” dijo Yamagaki. “No he comido nada y tenía miedo de morirme de hambre”.

Parecía desconcertado y aliviado de volver a ver a Suenaga, pero cuando vio a Valmiro detrás de él, sus ojos se abrieron y cerró la boca. Valmiro tenía un pañuelo negro alrededor de su rostro, dejando solo sus ojos agudos y escrutadores visibles. El plan de negocios ya había comenzado. Valmiro no podía permitir que Yamagaki viera su rostro si el hombre estaba programado para regresar vivo a Japón después de la extracción de su riñón. Se conocieron una vez en el restaurante peruano, pero Yamagaki estaba borracho y probablemente no lo recordaba. Valmiro casi no tenía interés en el hombre; en su lugar, miró rápidamente alrededor del apartamento yermo.

Cuando Yamagaki subió al asiento trasero del HiAce, su rostro palideció de miedo. Ya había un hombre dentro del vehículo, y su brazo derecho había sido amputado. La sangre se acumulaba en la bolsa de plástico que envolvía la herida. Y reconoció que era la misma persona que había venido a verlo al hotel de negocios.

“Tanaka, ¿qué es esto?”

“Exactamente lo que parece”, explicó Suenaga. Está herido. Ahora vamos al médico y lo llevamos con nosotros. Es más rápido que llamar a una ambulancia”.

“Espera, ¿estás siendo sincero conmigo? No estoy en peligro, ¿verdad?”

“Yamagaki-san,” dijo Suenaga. “¿Te parezco joven?”

"¿Qué?"

“Te pregunté si te parezco joven. Para que lo sepas, soy tu superior.

La puerta corredera se cerró de golpe y el HiAce se alejó.

El médico extirpó el riñón derecho de Yamagaki y trasladaron al paciente a una cama junto a la ventana. Una vez que despertó de la anestesia, el plan era que Suenaga lo llevara al hotel de negocios en Mangga Besar Road.

El médico se levantó y se fue cuando terminó el procedimiento, pero Valmiro y Suenaga se quedaron. No solo estaban esperando a que Yamagaki despertara; había algo más importante. Los hombres al tanto del plan de negocios de Suenaga aún no habían llegado.

El quirófano estaba en el segundo sótano de un nuevo edificio de inquilinos, con un cirujano dental con licencia legítima y una clínica de cirugía estética en la planta baja. No había un pasadizo secreto para llegar al área del sótano; simplemente tomaron el ascensor para bajar.

Alguien más estaba acostado en la mesa de operaciones donde Yamagaki había estado solo una hora antes. Era el cuerpo desnudo de Guiming Dai, boca arriba, muerto por la pérdida de sangre después de que su brazo fuera destrozado.

El contacto de Guntur Islami, Martono, llegó al centro de operaciones subterráneo, junto con un hombre de la sede del grupo. Su nombre era Zulmendri. Era la primera vez que Suenaga veía en persona a un miembro principal de Guntur Islami. Al igual que Valmiro, Zulmendri llevaba un pañuelo en la cara.

Poco después de la llegada de los terroristas, Jingliang Hao de Xin Nan Long apareció con un guardaespaldas. Cuando vio que tanto Zulmendri como Valmiro llevaban pañuelos negros similares, Hao sonrió y se tocó la mejilla. "Supongo que debería haber usado una máscara de garuda".

El garuda era un pájaro mítico de la mitología india y era la pieza central del escudo de armas de Indonesia.

Valmiro, Suenaga, Zulmendri y Hao rodearon el cadáver en la mesa de operaciones. Los demás retrocedieron.

Su conversación tuvo lugar en inglés. Después de hablar su turno, Suenaga salió de la habitación.

Mientras esperaba que Suenaga regresara, Hao se inclinó más cerca del espantoso muñón del brazo derecho de Dai y lo examinó con fascinación. Le dijo a Valmiro: "Eso no es daño explosivo. ¿Que usaste?"

"Nitrógeno líquido", respondió a través del pañuelo.

Hao se estaba riendo a carcajadas cuando Suenaga volvió a entrar. El comerciante de órganos vestía una gorra azul claro, una bata quirúrgica, guantes de látex y una máscara quirúrgica con correas para la cabeza en lugar de orejeras.

Ante un público de hombres monstruosos y peligrosos, Suenaga iba a exhibir sus dotes de cirujano cardiovascular. Reveló su nombre completo y les contó su experiencia en Japón. Incluso admitió que se había sometido a una cirugía estética en los ojos y la nariz mientras estaba en Yakarta. La verdad era necesaria para ganar su confianza y su inversión. La pieza final para ganar su confianza fue mostrar lo que podía hacer.

Habría preferido mostrarles un trasplante de corazón de alto riesgo, pero no tenía un anestesiólogo o perfusionista en un escenario de mercado negro como este. Además, Dai estaba muerto. Y no solo tenía muerte cerebral, sino que estaba completamente muerto, sin ninguna función corporal en absoluto. No estaba respirando, y su corazón estaba quieto. Un corazón parado no tenía valor como producto.

En cambio, Suenaga iba a demostrar una extracción simulada usando un cadáver. No solo iba a sacarlo, sino a extraerlo para trasplantarlo, como si Dai no estuviera realmente muerto.

Suenaga extendió una mano enguantada y encendió la luz LED sobre la mesa. Aunque no era una lámpara quirúrgica, era mejor que una incandescente. Usó una navaja para afeitar el pecho del cuerpo y extendió una sábana quirúrgica sobre él. En lugar de los bisturís del médico de callejón, usó uno flamante de fabricación alemana y cortó una hendidura vertical en el pecho. Luego usó una sierra oscilante para cortar rápidamente el esternón verticalmente.

Ya veo, pensó Valmiro, observando el trabajo con atención. Siempre corté el esternón con mi cuchillo cuando saqué un corazón. Pero un cirujano profesional lo hace verticalmente.

Esta fue la primera vez que Valmiro vio a un cirujano cardiovascular realizar una esternotomía medial con sus propios ojos.

No había enfermeras entregando equipo. Suenaga estaba alcanzando una bandeja de instrumentos de acero para sacarlos él mismo.

Retractor. Fórceps de hueso. Pinzas. Ganchos musculares.

La falta de ayuda no fue un problema. Incluso si esto era solo una simulación con un cadáver, finalmente había dado un paso atrás hacia su antigua vida. Abrió el pericardio y cuando vio el corazón, a Suenaga se le puso la piel de gallina. Sintió una especie de júbilo que ni siquiera la cocaína podía proporcionar, y sus manos trabajaron más rápido que antes.

Imaginación. El corazón muerto latía con fuerza, empujando la sangre. Podía escuchar el soplador manteniendo el sitio quirúrgico limpio de sangre.

La tensión. El calor.

Suenaga habló en japonés.

“Ligadura de la vena cava superior”.

Lo hizo de manera rápida y eficiente.

"Pinzamiento y corte de la vena cava inferior en preparación para la extracción del pulmón".

Suenaga detuvo el flujo de sangre al corazón, revisó un monitor de presión arterial que no existía y confirmó que la presión aórtica había bajado. Buscó dónde se bifurcaban la aorta ascendente y la arteria braquiocefálica, colocó allí las pinzas e instruyó al perfusionista para que administrara la solución cardiopléjica.

Lo trató como una simulación tensa y seria de principio a fin, como un simulacro de batalla sin rondas en vivo que era lo más cercano posible al combate real. Cuando terminó, Zulmendri asintió con satisfacción y Hao aplaudió.

Habían encontrado un verdadero cirujano cardiovascular digno de ser un futuro socio comercial.

Después de que Hao y Zulmendri salieran del quirófano, el mensajero Martono le susurró al oído a Suenaga: “El hermano Zulmendri tiene un mensaje para ti: 'Tengo algo de entrenamiento en cirugía. Si algo que hubieras hecho fuera antinatural de alguna manera, te habría matado en el acto y vendido todos tus órganos’”.

Parecía una broma de mal gusto, pero probablemente era la pura verdad. Suenaga se rió.

Solo Valmiro y Suenaga permanecieron en la mesa de Dai.

Cinco minutos más tarde, trajeron un nuevo paquete que vendía otro riñón. El médico javanés terminó un Red Bull, se metió un chicle en la boca y se puso a trabajar extrayendo el riñón de la mujer inconsciente.

Después de ver la actuación anterior de Suenaga y compararla con la del hombre que trabajaba con gotas de sudor en la frente, Valmiro pudo notar la enorme diferencia entre los dos, incluso sin saber nada sobre operaciones médicas.

El corazón que extrajo Suenaga fue a parar a una palangana.

“¿Qué es este líquido, agua?” preguntó Valmiro.

Es una solución salina cero coma nueve por ciento. Está hecho para tener la misma osmolaridad que la sangre humana y los fluidos tisulares. Si el corazón estuviera vivo, llenaríamos la palangana con agua helada para enfriarlo”.

Suenaga observó la manera en que El Cocinero sacaba el corazón de la salina con la mano desnuda, con la misma naturalidad con que se palpa una manzana. Era un movimiento familiar para él.

No se lo va a comer, ¿verdad?

Suenaga frunció el ceño, pero El Cocinero hizo algo aún más inesperado.

Colocó el corazón en la cara de Dai y comenzó a murmurar por lo bajo.

Lo que podía oír no era español. Tampoco era inglés, ni indonesio.

"¿Qué dijiste?" preguntó Suénaga.

“Le recé a Dios”, respondió Valmiro.

21

cempöhualli-huan-cë

“El corazón es el diamante del cuerpo, El Cocinero.

“El capitalismo de sangre.

“De todos los innumerables bienes que fluyen a través de ese mercado rojo, el corazón tiene el precio más alto.

“Un corazón fresco se sienta encima de esa pirámide.

“Cualquier médico lo suficientemente bueno como para extraer un corazón y colocarlo en otro cuerpo puede ganar millones de dólares en el mercado negro.

“Esa es una persona que el *Heishehui* y los terroristas matarían para tener en sus manos. Si estuviera de su lado, yo también me querría. Agarras a un médico así, lo controlas con violencia y te aseguras de que haga las cirugías.

Tienes un par de riñones, ¿verdad? La diferencia es que solo tienes un corazón. Uno para cada persona. Nadie nace con dos. Cuando hay un trasplante de corazón, significa que quienquiera que esté donando el corazón ya está muerto.

“En el mundo de la luz, solo se pueden extraer corazones de donantes que han sido declarados con muerte cerebral. Un receptor que necesita un nuevo corazón solo puede esperar a que aparezca un donante. Tienen que esperar a que alguien pierda el cerebro. Y existe una definición legal estricta de muerte cerebral.

“Una vez que se cumplen todos los requisitos, el corazón no viene a ti de inmediato.

“Para cada donante, hay una lista interminable de destinatarios en espera. Mueren en esa cola. Pasa todo el tiempo.

“Sin embargo, El Cocinero, hay gente en el mundo que se resiste al juego de la espera. Los ultra ricos, por ejemplo. Odian los retrasos. Desprecian el concepto. Después de todo, ¿qué es su riqueza sino un atajo a través de todos los procesos?

“Si se garantiza que sus hijos o hijas sobrevivirán con un trasplante de corazón, los ricos no pueden tolerar la idea de hacer cola. Es imposible. Siempre han tomado la ruta más corta posible. Entonces acuden a los intermediarios de órganos.

“Quiero comprar un corazón’, dicen.

“Pero no es fácil conseguir un corazón. Es mucho más difícil que conseguir un riñón, que se puede extraer de forma segura de una persona viva.

“La vida de alguien tiene que ser sacrificada.

“Y no puedes esperar a que se declare la muerte cerebral.

“Tienes que matarlos.

“He visto de todo tipo desde que me convertí en coordinador de comercio de órganos. Un padre trajo a su hijo que padecía una enfermedad cardíaca a Yakarta para un trasplante. Cuando presenció el milagro de la supervivencia de su hijo, el hombre voló de regreso a casa llorando lágrimas de alegría.

“Compró el corazón de un niño en algún lugar del sudeste asiático.

“La gente que le vendió ese corazón ganó mucho dinero.

“Los órganos que trafican provienen de niños de los barrios marginales, aquellos que no pueden escapar del ciclo de la pobreza, viven del robo y la prostitución, venden drogas e incluso realizan trabajos exitosos.

“Estos niños son atrapados por adultos aún peores que ellos. Luego se cortan en pedazos y se venden como productos en el mercado del capitalismo de sangre.

“Todo tiene un precio.

“El cabello se convierte en pelucas, las calaveras en adornos, y hasta la última gota de sangre tiene su utilidad.

“Es la supervivencia del más apto aquí. Hay un álbum de death metal llamado *Apex Predator—carne fácil*. Sí, muerte metalera. Donde esta nada más que gruñidos y gritos, y juegan lo más rápido que pueden. ¿Sabes qué es eso, El Cocinero? No, no pensé que lo hicieras.

“En cualquier caso, el título es exacto. Todo el dinero en este mundo fluye de abajo hacia arriba, como los extraterrestres que vienen a la Tierra en sus naves espaciales y absorben a la gente.

“El corazón sigue el mismo camino.

“El circuito comercial es perfecto. No hay lugar a dudas en su funcionamiento.

“Al menos, eso fue lo que pensé durante muchos años. Pero la verdad es un poco más complicada.

“Coordinar tratos de órganos durante tanto tiempo me ha ayudado a ver algo que nunca antes había notado.

“Mencioné hace un minuto que cuando se trata del comercio de órganos huérfanos, hay una clase de élites que comprarán los corazones de los niños de los barrios marginales del sudeste asiático para mantener con vida a sus propios hijos.

“Uno supondría que no tendrían quejas mientras sus hijos sobrevivieran. Pero nunca están realmente satisfechos, El Cocinero.

“¿Que quiero decir? Es sencillo. Hay un problema con la calidad del producto.

“Están comprando los órganos de niños que estuvieron involucrados en robos, prostitución, drogas, alcohol y tal vez incluso asesinatos por dinero.

“No tenemos que contarles a estos patrocinadores adinerados el historial completo de los donantes, pero no son totalmente ignorantes. Saben que los productos que están comprando no provienen de hogares felices y perfectamente saludables.

“Desde su perspectiva, los órganos provienen del equivalente humano de perros callejeros o ratas de alcantarillado.

“Sus queridos hijos, portadores de su linaje, que algún día heredarán toda esa riqueza y llevarán su apellido a alturas aún mayores, ahora tienen partes de perros y ratas. Naturalmente, los padres lamentan eso.

“Ese conocimiento se hunde en su inconsciente y echa raíces. Provoca un complejo de persecución y alimenta sus ansiedades.

“Es un tipo de biosentimentalismo.

“El biosentimentalismo es un tipo de emoción que sienten el receptor del trasplante y su familia. No pueden evitar imaginar a la persona que donó el órgano y sus antecedentes y vida. Es especialmente fácil enfadarse con los trasplantes de corazón, porque se trata del costo de la vida del donante. Inconscientemente imaginan cómo era el dueño original, porque nunca los conocieron.

“Escucha bien, El Cocinero. Esta es la primera gran clave de mi nuevo negocio: el efecto que tiene el biosentimentalismo en un cliente postrasplante.

“La segunda se esconde dentro del tema de la contaminación física.

“Así piensan los ricos: 'Yo compré el corazón, pero ahora todos los efectos de las drogas y el alcohol que ha consumido el donante se van a notar en mi hijo. Incluso si el niño donante nunca estuvo involucrado en esas cosas, creció respirando smog en los barrios marginales toda su vida.

“La contaminación atmosférica es un gran problema que atormenta las mentes de las élites de hoy. Los chinos ricos están particularmente preocupados por mantenerse alejados de los contaminantes PM2.5.

“Una vez busqué el estado de la contaminación del aire en todo el mundo.

“Los resultados fueron impactantes. Solo hay un puñado de naciones en la tierra donde se puede respirar aire limpio y bueno.

“Realmente deberías leer un informe de la OMS en algún momento. Te hará reír. Es tan omnipresente que ni siquiera pueden ponerlo en anuncios educativos de televisión. Siete millones de personas mueren cada año por los efectos de la contaminación. Estamos expuestos al peligro a escala planetaria.

“La contaminación del aire es relativamente baja en los países desarrollados como la UE y América del Norte. En las áreas más gravemente afectadas como África y Asia, más del noventa por ciento de las muertes por cáncer de pulmón y enfermedades respiratorias ocurren en áreas con la contaminación más densa.

“Pero hay una excepción en Asia.

“Hay un país donde la contaminación atmosférica es baja.

“Eso es Japón, El Cocinero. Mi país natal.

“Mientras leía los informes y miraba el globo, un nuevo acuerdo comercial apareció ante mis ojos.

“Guntur Islami y Xin Nan Long aún no han encontrado nada parecido a lo que estoy imaginando.

“Lo importante es el biosentimentalismo y la calidad de un producto que ha escapado a la contaminación física. Es una cuestión de abastecimiento.

“Mi deseo es volver a operarme del corazón. Eso es todo a lo que se reduce. El dinero es secundario. Pero si lo vuelvo a hacer, quiero los mejores arreglos posibles. No voy a usar escalpelos de segunda mano en un almacén lúgubre mientras amenazo a hombres con armas de fuego. Los médicos que tienen que hacer eso no son mejores que los trabajadores de verano a tiempo parcial en una carnicería.

“Estoy más allá de su nivel. Es por eso que ideé mi propio plan de negocios y tengo que recaudar fondos para poner mi idea en práctica.

“¿Crear un corazón con células regenerativas?

“Sí, he oído hablar de eso. Pero ya te respondí esa pregunta, El Cocinero.

“El problema es, ¿cuándo esa tecnología finalmente se vuelve práctica?

“¿Mañana? ¿El próximo año? ¿En una década? ¿Qué te dije antes? Nuestros clientes odian la idea de esperar.

“Ahh, el proyecto de investigación para hacer crecer órganos humanos dentro de cerdos.

“Así que revisas los titulares científicos de vez en cuando. ¿Qué haces, miras la BBC?

“En cualquier caso, mira el menú de este restaurante. ¿Ves algo de cerdo? Por supuesto que no. Los clientes aquí son personas religiosas. No necesitas que te lo deletree, ¿verdad? Los productos de origen humano siempre tendrán la mayor demanda.

“El corazón será para siempre el diamante brillante en la cima de la pirámide del capitalismo de sangre. Dios creó un marcapasos eléctrico, y su valor es sólido como una roca. Las posibilidades de nuestra nueva empresa son infinitas.

“Sé que ya lo he dicho muchas veces, El Cocinero, pero te repito, eres la primera persona a la que le digo esto. Confío en ti. Esto es una apuesta. Si no eres el tipo de hombre que creo que eres, apuñálame en la garganta y sácame de mi miseria ahora mismo, porque ya perdí la apuesta. Si he fallado, entonces estoy mejor muerto.

“¿Crees que estoy loco por ser tan impaciente?

"Así es. Lo confesaré: yo también odio esperar.

22

cempöhualli-huan-öme

Light Kids Koyamadai era una guardería con licencia en el barrio Shinagawa de Tokio con un personal de diecinueve, incluidos once cuidadores y ocho miembros del personal a tiempo completo. El establecimiento tenía un problema tácito con el trabajo de horas extras que violaba las leyes laborales y un director de guardería cuya naturaleza de mano dura no era popular entre el personal.

Uno de los empleados, cansado del abuso, confrontó al director por su comportamiento. La mujer que habló era una maestra de escuela primaria que ya había llegado a la edad de jubilación, pero que pronto regresó a la fuerza laboral.

La indignación contra el director creció entre el personal, y aunque el director dio varias excusas y explicaciones, no hizo nada para demostrar claramente un deseo de mejorar las condiciones. Catorce miembros del personal aceptaron ir a la huelga y exigieron la renuncia del director.

Pero fueron sólo esos catorce los que se declararon en huelga. Dos empleados y tres cuidadores siguieron trabajando.

Yasuzu Uno era uno de los cuidadores restantes. Se mudó a Tokio desde la prefectura de Okayama, muy al oeste, fue a una escuela vocacional, obtuvo una licencia de cuidado de niños y comenzó a trabajar a tiempo parcial en una guardería en el distrito de Setagaya. Después de que terminó su breve programa de temporada, se entrevistó para un trabajo con Light Kids Koyamadai. Consiguió el puesto a los veinte años. El trabajo fue duro y cometió muchos errores, pero se mantuvo durante cuatro años. Los niños la amaban y la llamaban “Señorita Yasuzu”.

Dos días después de que los catorce empleados se declararan en huelga, apareció en el horario de la tarde una reunión denominada “Orientación para cuidadores”.

Yasuzu fue a un 7-Eleven cerca de la guardería y compró algunas bebidas embotelladas grandes para los padres y tutores que venían a la orientación. Pidió agua mineral, té verde, té oolong, jugo de naranja, cuarenta vasos de papel y una ensalada para el almuerzo y un paquete de gelatina con sabor a café para ella. Era una comida escasa, pero no podría retener nada más.

En el camino de regreso del 7-Eleven, miró hacia las nubes que flotaban en medio del azul. A pesar de su brillo blanco, a ella le parecían grises oscuros y sombríos.

Naturalmente, los padres estaban enojados.

Mientras cargaba las bolsas de plástico llenas de bebidas, pensó Yasuzu, *soy una de las personas a las que culparán, aunque estoy trabajando tan duro para ellos.*

Yasuzu escuchó que los trabajadores en huelga habían contado su versión completa de la historia a un tabloide semanal. Si eso fuera cierto, el alboroto sería aún peor.

Había treinta y dos niños bajo su cuidado. Si los medios de comunicación husmearan, las infracciones laborales no serían lo único que dañaría la reputación de la empresa, sino posiblemente también las infracciones de bienestar infantil. No había forma de que todos los niños confiados a Light Kids Koyamadai se quedaran. Además de eso, Yasuzu tendría que cuidar de diez niños, si no más, por su cuenta. No todos los padres sacarían a sus hijos de inmediato. No encontrarían nuevas guarderías para sus hijos en el transcurso de un día.

Un adulto que cuidaba a diez niños era una situación peligrosa, y la posibilidad de un accidente era mucho mayor. El cielo se veía aún más oscuro que antes.

De vuelta en la guardería, Yasuzu pasó por delante de la oficina de la facultad hasta una puerta marcada como SALA 1. Alineó las botellas de plástico de 7-Eleven en un escritorio junto a la puerta. Aunque normalmente estridente con el sonido de los niños, la Sala 1 estaba actualmente en silencio, ocupada solo por filas de sillas con estructura de tubo.

Varias horas después, la habitación se llenaba de miradas de reproche y gritos furiosos de los padres. Yasuzu suspiró y comió su almuerzo de ensalada y gelatina de café. Se dio cuenta de que un trozo de lechuga había caído sobre la rodilla de su pantalón negro y lo recogió presa del pánico. Por orden del director, se puso su traje de entrevista para crear una imagen lo más positiva posible para disipar parte de la desaprobación inminente.

Yasuzu no se abstuvo de la huelga por amor a Light Kids Kiyamadai sino por un sentido del deber hacia los niños. Ella no podía hacer mucho de nada. *Estoy bien como estoy. Esto es lo mejor para mí.*

Tal como esperaba, la orientación en la Sala 1 se descarriló. Cuando el director incluyó excusas egoístas entre sus disculpas, solo inquietó aún más a los adultos que confiaban en la guardería para cuidar a sus hijos. Criticaron la actitud del director así como la abrupta baja de personal. Pasar de once cuidadores a tres, y que los restantes tuvieran que sacrificar sus días libres para administrar la carga de trabajo, era motivo de preocupación.

"¡Esto es tu culpa!" "¡Esto es un crimen!" "¿Cómo esperas que dejemos a nuestros hijos a tu cuidado?" "¡No puedo simplemente sacar a mi hijo y meterlo en otra guardería como esa!" "¡Mi esposo y yo tenemos trabajo!" "¡Tuve que irme temprano solo para estar aquí!" "¿Cual es tu plan?" "¿Cómo mejorarás esto?" "¿Que se supone que hagamos?"

Cuando los gritos llegaron a su cúspide, una madre se levantó de su asiento y arrojó su vaso lleno de jugo de naranja al director. Pero debido a que había balanceado su brazo como un puñetazo, su puntería se disparó, y la taza golpeó a Yasuzu en la cara en su lugar, cubriendo su cabello con jugo de naranja. Todo lo que Yasuzu pudo hacer fue mirar el vaso de papel vacío en el suelo en estado de shock.

El guardia de seguridad de setenta y dos años que estaba en la puerta tuvo que ayudar a los otros empleados a controlar a la furiosa madre. Cuando le bajaron los brazos, gritó: "¡No me toques!". Después de continuar luchando y enojándose, finalmente se echó a llorar y gimió: "Llama a la policía". La habitación 1 se sumió en el caos. Los papeles que habían sido impresos y distribuidos a los padres terminaron tirados al suelo y pisoteados. Yasuzu solo podía observar el furor aturdida, jugo de naranja goteando de las puntas de sus mechones.

¿Por qué comencé este trabajo de todos modos?

La versión de sí misma que quería hacer este trabajo para los niños cuando estaba en la escuela vocacional parecía tan distante ahora, una mancha que se desvanecía en el horizonte detrás de ella. Yasuzu tenía dolor de cabeza y se sentía mal del estómago.

Habría otra orientación en una fecha posterior. Yasuzu se unió al resto del personal y despidió a los padres descontentos en la puerta, inclinándose profusamente. Su cabello estaba pegajoso por el jugo y se secaba en extraños mechones. Ninguno de los padres tenía una palabra para ella. Incluso las madres de Masanori y Erika, con quienes se había llevado bien, pasaron sin decir nada.

Cuando el último padre se fue, Yasuzu entró en un baño y vomitó. Una vez que hubo sacado todo, fue al fregadero e hizo gárgaras.

Luego se quitó la chaqueta, se inclinó para acercar la cabeza al grifo y se lavó el cabello. Usó una toalla en su bolso para limpiarse, luego regresó al establo, cerró la puerta y la echó llave. Llorando, abrió un espejo compacto, repartió un montón de polvo de cocaína sobre él, formó una línea con la yema del dedo y esnifó todo el riel.

Cerró los ojos y respiró profundamente. Se estaba hundiendo, hasta el fondo del océano, y luego volvió a subir.

Su estado de ánimo era de euforia. Las preocupaciones estaban a kilómetros de distancia. Los alcaloides extraídos de las plantas de coca cultivadas en la luz del sol centroamericana y exportadas por los narcos que ganaron guerras cargadas de olor a pólvora y sangre viajaron por la membrana nasal de la mujer de veinticuatro años hasta sus nervios craneales.

Aprender sobre otro mundo, otro sueño y la ruta para alcanzarlo ayudó a Yasuzu a superar la dificultad de su vida. Ya no le dolía la diferencia entre sus ideales y la realidad o su incapacidad para hablar al respecto. Si se sentía deprimida, solo necesitaba drogarse lo suficiente para olvidarlo. *Mi verdadero yo está aquí en este polvo. No hay nada de que preocuparse.*

23

cempöhualli-huan-ëyi

A través de un tabloide, los miembros del personal que se declararon en huelga contra el director de Light Kids Koyamadai le contaron al mundo sobre el caos que se desarrolla en la guardería de Shinagawa. La historia se recogió en línea y pronto llegó a los programas de entretenimiento de noticias en la televisión. Solo tuvo dos apariciones en televisión, pero eso fue suficiente para que la guardería fuera famosa por sus formas abusivas.

Empezaron a llegar paquetes maliciosos. Ya sea que fueran falsificados o no, las entregas tenían direcciones y nombres, y la escuela no podía simplemente rechazarlas sin verificar el contenido. Los empleados tenían que abrirlos, quisieran o no. Había cartas con *el castigo divino* garabateadas con tinta color sangre, paquetes repletos de hojas de afeitar y una caja llena de cabello negro. El número de llamadas silenciosas que recibió la escuela creció día a día.

Yasuzu, que tenía que salir y cerrar la puerta cuando terminaba el trabajo y el edificio cerraba por la noche, a menudo se encontraba apretándose las sienes. Los dolores de cabeza eran constantes. Sentía como si le doliera el brazo izquierdo, pero en realidad no podía decirlo. Sin embargo, definitivamente le dolía la cabeza y comenzó a preocuparse cuando el dolor no desaparecía después de una semana.

Me pregunto si es por lo que hice.

Agotada mental y físicamente debido a los problemas en el trabajo, y en busca de algún cambio para mejorar, Yasuzu olvidó sus golpes habituales y en su lugar se inyectó cocaína. Lo había hecho el martes pasado.

Usando una aguja y una jeringa que obtuvo de su distribuidor, se inyectó algo por primera vez. La diferencia con la inhalación se hizo evidente de inmediato; la aguja trabajaba más rápido y con más fuerza. Yasuzu estaba bailando en un campo en medio de una brisa fresca y agradable. Cuando despertó de su dichoso estupor, notó la marca azul oscuro en su brazo e hizo una mueca. Tal vez lo había hecho mal.

Su dolor de cabeza había continuado todos los días desde entonces. Era una aguja nueva y se había asegurado de esterilizarla, así que no podía ser una infección. Pero era su primera vez, así que tal vez se había perdido algo sin darse cuenta.

Debería haber estudiado más, murmuró Yasuzu para sí misma. Esto es lo que obtengo por apresurarme a inyectarme cuando nunca lo había hecho antes.

Trató de calmarse y permanecer racional, pero no funcionó. No había nadie con quien pudiera hablar para pedirle consejo. La joven cayó de cabeza en una ansiedad solitaria y no pudo dormir. Su apetito disminuyó. Ya estaba fatigada por el exceso de trabajo en la guardería; a este ritmo, moriría de agotamiento.

Después de respirar hondo para calmar sus nervios, Yasuzu tomó su teléfono inteligente y llamó a su distribuidor.

“No, definitivamente no”, se rió el traficante, después de haber explicado sus preocupaciones. “La aguja era nueva”.

"Pero, ¿y si no fuera...?"

El traficante continuó riéndose, pero no se molestó en calmar sus preocupaciones con más firmeza que eso. Los usuarios de cocaína gradualmente se volvieron más y más paranoicos. Este tipo de cosas ocurrían regularmente.

"¿Donde vives otra vez?" preguntó. "¿Ota? Puedo enviarte a un callejón cercano".

"Detrás... callejón... ¿qué?"

"Un médico. Consigue una cita y haz que te haga un análisis de sangre. Aunque te costará.

Pasó la semana laboral (incluido un turno el sábado) sin luz al final del túnel y, por fin, llegó el domingo.

Fue difícil salir de la cama, pero Yasuzu logró prepararse y se fue en su scooter Honda de 50 cc. “No uses un taxi, incluso si te sientes mal”, le había advertido su distribuidor.

Yasuzu tomó la ruta Dai-ichi Keihin hacia el sur a través de Ota y cruzó el puente Rokugo sobre el río Tama, que separaba Tokio de la prefectura de Kanagawa. Luego continuó hacia el este a lo largo del río y entró en un vecindario adyacente al centro de Kawasaki.

La calle de Asahi-cho, Kawasaki, estaba llena de almacenes para mayoristas. Artículos de papelería, trajes de baño, algas nori, tablas de snowboard, juguetes para mascotas, encendedores de aceite, cigarrillos electrónicos: más allá de todos estos otros almacenes, había uno para suministros médicos. El mismo mayorista alquiló un edificio de tres pisos al lado, donde almacenaban una gran cantidad de productos en cada piso. Yasuzu estacionó su scooter en el estacionamiento del almacén de suministros médicos como le había indicado el comerciante, luego dio su nombre al intercomunicador junto a la persiana del almacén. Un hombre respondió: "Súbete al ascensor de empleados en el edificio de al lado y sube al segundo piso". Yasuzu obedeció y se encontró caminando por el pasillo con nerviosismo, pasando pilas de cajas de cartón con etiquetas escritas en alemán, coreano, chino y más.

Un hombre con traje de trabajo abrió cajas y revisó el contenido. Yasuzu no estaba seguro de si se suponía que debía pedirle ayuda. ¿Y si él no tenía nada que ver con esto...?

"¿Buscando al médico?" preguntó el hombre. Tenía acento coreano. Sorprendido, Yasuzu asintió y el hombre dijo: "Entonces baja hasta el final del pasillo y gira a la derecha".

Yasuzu había imaginado que el consultorio del médico del callejón sería lúgubre y siniestro. Se avergonzaba de su propia falta de imaginación pero no podía imaginar nada más. Seguramente estaría barbudo y descuidado, con un abrigo amarillento y andrajoso, con un estetoscopio alrededor del cuello, malhumorado y fumando un cigarrillo. Las colillas estarían apiladas en su cenicero, y el escritorio estaría cubierto de escalpelos y alicates, esparcidos como bolígrafos y reglas. Habría una botella de whisky vacía en el suelo, así como un montón de gasas ensangrentadas que sobresalían del bote de basura.

Sin embargo, lo que Yasuzu vio cuando abrió la puerta fue completamente diferente. De repente, estaba en una sala de examen, como si hubiera pisado un plató de cine. Las paredes, el piso y el techo eran blancos, y todo el lugar parecía completamente limpio. No había olor a cigarrillo alquitranado ni gasa ensangrentada. Un tensiómetro nuevo y una camilla de exploración asomaban a través de las cortinas entrecerradas.

Las únicas cualidades que Yasuzu había imaginado correctamente eran la bata y el estetoscopio del médico del callejón. Pero el abrigo no estaba hecho jirones. El médico tenía barba, pero estaba bien recortada.

La primera impresión que tuvo Yasuzu de él fue que parecía un lápiz afilado. Pensó en su breve tiempo en el club de arte en su escuela secundaria para niñas y en los muchos lápices de dibujo que se vio obligada a afilar después de unirse. Las mejillas del doctor estaban hundidas y su barbilla era afilada, aunque tal vez la perilla contribuyera a ese efecto. Su cabeza estaba afeitada aproximadamente una décima de pulgada con una maquinilla de afeitar eléctrica, lo que también lo hacía parecer más puntiagudo.

Estaba usando una tableta en su escritorio de negocios. Yasuzu se sentó en la silla, pero no apartó la vista de la pantalla.

"¿Que te trae aquí hoy?"

Por un momento, Yasuzu pensó que había venido a un hospital real. El momento de su pregunta después de que ella se sentó en la silla, la inflexión de su voz, el tono suave pero clínico, todo no era diferente del artículo genuino.

Sin embargo, sabía que este no era un hospital legítimo. Esta era sin duda una sala de examen ilegal.

Yasuzu explicó todos sus síntomas, incluidas las partes que no podría decir en un hospital real. Simplemente hablar de sus problemas la ayudó a sentirse un poco mejor. No había nadie más con quien pudiera discutir estos problemas.

No fue hasta que él presionó su estetoscopio contra su pecho que ella se sintió nerviosa. Estaba completamente sola en este lugar, con el hombre que parecía un lápiz afilado. Si él le dio alguna orden sospechosa o trató de palparla...

"No hay necesidad de quitarse la blusa", dijo el médico del callejón. "Suficiente piel desnuda para el estetoscopio".

Yasuzu usó ambas manos para jalar el cuello de su camiseta hacia adelante, permitiendo que el doctor pasara su brazo y presionara el instrumento contra su pecho. Su rostro no cambió de expresión y no hizo ningún movimiento extraño para acariciarla. El médico solo escuchó un latido cardíaco anormal y luego retiró el estetoscopio.

A continuación, midió su presión arterial. Una vez que confirmó que sus números eran normales, dijo: "Tendré que tomar una muestra".

Después de envolver suavemente el cinturón alrededor de su brazo izquierdo, le preguntó la frecuencia con la que consumía cocaína. "Tres veces al día", respondió ella. "Solo alrededor de una centésima de gramo cada vez, creo".

Le clavó una aguja en el brazo. La sangre comenzó a fluir en un paquete a través de un tubo.

"¿Quieres hacer más?"

"Yo..." Yasuzu no estaba seguro de cómo responder al principio, luego decidió ser honesto. "Quiero hacerlo, pero me quedaré sin dinero. Cuando trato de arreglármelas, solo mezclo brandy y café solo en casa".

"¿Van bien las cosas en tu trabajo? Muchas dolencias físicas son causadas por los hábitos diarios y el estrés".

"Mi trabajo..." Yasuzu se apagó. Miró la sangre que pasaba por el tubo. Finalmente, ella respondió: "En realidad, trabajo en una guardería. Amo a los niños. Los amo, pero ha habido muchos problemas. De hecho, es un desastre..."

El médico colocó la muestra de sangre con los valores medidos de suero, azúcar en la sangre y hemograma en un estuche de almacenamiento y dijo: "Ahora hagamos un electrocardiograma".

Mientras colocaba los electrodos en Yasuzu Uno, que estaba acostado en la mesa de examen, Kenji Nomura pensó: *Probablemente sea psicógeno, una dolencia general provocada por el estrés. No lo sabré hasta que vea los resultados de los análisis de sangre, pero según lo que ella dijo, las posibilidades de una infección por inyectarse cocaína son casi nulas.*

"Respira hondo," instruyó Nomura. "Relaja tus miembros".

Antes de ser profesor asociado en el departamento de anestesiología de la universidad, Nomura era pasante, y eso le había dado suficiente conocimiento para practicar la medicina interna básica, y poseía una comprensión significativa de los medicamentos recetados.

Nomura sabía que la mayor parte de la actividad médica funcionaba con el efecto placebo. Por ejemplo, un paciente que solo puede acudir a un médico del mercado negro puede sentirse significativamente aliviado después de que simplemente le realicen un electrocardiograma. El electrocardiograma y sus resultados eran reales, pero el propósito de Nomura era más el impulso mental que la precisión de las respuestas.

Miró a la mujer que estaba sobre la mesa; sus ojos estaban cerrados y respiraba profundamente. Tenía veinticuatro años, trabajaba en una guardería y tenía problemas en su trabajo que habían llamado la atención de los tabloides. Había escuchado todas estas cosas del traficante que se la envió.

Tal vez ella sería la adecuada, pensó, mirando el monitor.

Después de una gran cirugía en un hospital, la primera persona que visitaba al paciente una vez que regresaba a su habitación no era el cirujano sino el anestesiólogo. El propósito era involucrar al paciente en una pequeña charla para ver si algo andaba mal con su condición. Este anestesiólogo tuvo que entrar solo; el paciente pensaría que la operación fue un fracaso si todo el equipo lo visitara juntos. Un anestesiólogo experimentado necesitaba la perspicacia de un detective veterano.

Recurriendo a su conocimiento, Nomura profundizó en la psique de Yasuzu Uno.

No necesitó mucho. No tiene confianza en sí misma, pensó. Ella lucha con su baja autoestima y un complejo de inferioridad hacia los demás. Pero en el fondo, ella piensa: "Tengo más valor que esto. Debería poder hacer otra cosa". Ella sueña con una forma de vida diferente y está enojada por su trato injusto en el trabajo. Sin embargo, lo que la hace divertida es que dice que le encanta el hijos, pero no ha dicho una palabra sobre el hecho de que ella, consumidora habitual de cocaína, es responsable de los hijos de otros. Ella posee el deseo de ayudar a los demás, la codicia de violar la ley y el egoísmo, todo a la vez, sin ningún conflicto interno aparente. Estaba quebrada antes de empezar a consumir cocaína. Esa es la mejor parte. Eso es lo que podemos usar. Podemos darle una tremenda causa social y algo más de cocaína al mismo tiempo. Será un sabueso valioso. Uno que vendrá corriendo hacia nosotros con nuestra presa en la boca. Después de todo, solo las mujeres pueden hacer este tipo de trabajo. Los hombres llaman demasiado la atención.

Un gran negocio se arremolinaba en torno a Nomura. Suenaga había ideado la idea en Indonesia, y una vez que Guntur Islami y Xin Nan Long se unieron, Nomura se puso a trabajar.

Tenía en mente cierta organización sin fines de lucro inactiva de Ota. Kagayaku Kodomo, o "Niños Brillantes", fue una NPO certificada formada en 2009 con el propósito de bienestar infantil. Desde que tuvo problemas de financiación en 2015, había cesado más o menos toda actividad. Las organizaciones sin fines de lucro inactivas eran objetivos jugosos para los mafiosos; tales organizaciones eran el camuflaje perfecto para los flujos de dinero criminal. Eso hizo que valiera la pena invertir en una organización benéfica, secuestrar la junta y tomar el control.

El nuevo director en funciones de Kagayaku Kodomo era un hombre llamado Reiichi Masuyama, lugarteniente del Senga-gumi yakuza del sindicato Korin-kai con sede en Kawasaki.

Uno de los deberes que la pandilla asignó a Masuyama fue enviar a las personas sin hogar o muy endeudadas al médico Nomura, quien organizaba el viaje a Indonesia, generalmente para que le extirparan un riñón en Yakarta. Al igual que Nomura, Masuyama conocía el negocio del comercio de órganos por dentro y por fuera.

Una vez que Suenaga le contó a Nomura su gran visión, el médico le pasó los detalles a Masuyama con la bendición de Suenaga. Independientemente de cómo lo hiciera, no se podía participar en el comercio de órganos del mercado negro en Japón sin obtener el permiso de la yakuza. Suenaga lo entendió bien.

Masuyama informó que reactivaría Kagayaku Kodomo, del cual era el director interino, y lo usaría para participar en este nuevo negocio de órganos. Los tres patrocinadores, Guntur Islami, Xin Nan Long, Senga-gumi, tendrían que reunirse para debatir quién tenía la iniciativa en la empresa.

“Pero, Nomura”, dijo Masuyama, “estoy impresionado de que hayas logrado encontrar un médico japonés dispuesto a manejar corazones por nosotros. ¿Lo localizaste?”

“No, había uno en Yakarta”, respondió Nomura. No reveló el nombre de Suenaga.

Masuyama lanzó a Nomura una mirada penetrante. Todo le parecía demasiado conveniente, pero no podía descartar el hecho de que tanto un grupo terrorista como una Sociedad Negra China estaban involucrados. “Bueno, está bien. Por ahora, considéralo afirmativo. Le dejaré saber a la gran organización lo que pueda”.

Con Senga-gumi a bordo, Nomura necesitaba encontrar personal para la organización sin fines de lucro. A diferencia de la junta, que no necesitaba hacerse pública, los puestos de personal no podían ser ocupados por miembros descarados de la yakuza.

Los ajustes ideales eran *katagi*, civil no yakuza, con comportamientos amables. Personas que se ajustaban a Kagayaku Kodomo, a quienes les gustaban los niños, se preocupaban por los derechos de los niños y querían hacer algo para beneficiar a la sociedad.

Una semana después de su visita inicial, Yasuzu regresó al almacén en Asahi-cho, Kawasaki, para conocer los resultados de sus análisis de sangre.

El médico del callejón acababa de poner una taza de café antes de que ella llegara. Era café Mandheling de la isla de Sumatra en Indonesia. Le ofreció una taza y luego se sentó a hablar.

"Yasuzu Uno, me metí en este negocio en particular porque, cuando trabajaba en un hospital adecuado, descubrí algunos negocios sucios en los que estaba involucrado el director y cometí el error de sacarlos a la luz".

"¿En realidad?" ella preguntó.

"Sí. Me despidieron y me sacaron de la medicina. Estoy seguro de que ya no encontrará ningún registro de mi empleo. De hecho, hay muchos médicos con historias similares".

Yasuzu tomó un sorbo de su café y esperó a que continuara.

"Aún así, quería ayudar a la gente, y por eso estoy trabajando ilegalmente de esta manera. No todos en una posición como la mía tienen vínculos con el inframundo criminal. Y algunos de los que trabajan para mejorar la sociedad de manera legal entienden el dilema que enfrentan las personas como yo. Estoy en buenos términos con la gente que trabaja para algunos grupos simpatizantes".

"¿Grupos...?"

"No estoy hablando de organizaciones religiosas. Me refiero a organizaciones sin fines de lucro, como hogares de acogida, por ejemplo".

Yasuzu asintió.

“Hay una organización sin fines de lucro llamada Kagayaku Kodomo”, explicó el médico del mercado negro. “Da la casualidad de que su oficina está en Ota Ward, donde vives. Ha estado inactivo durante años por falta de financiación, pero recientemente una donación anónima ha hecho posible que vuelvan a abrir. Desafortunadamente, es tan repentino que tienen dificultades para contratar personal. Honestamente, no me sorprende. Los salarios anuales en una organización sin fines de lucro son, en el mejor de los casos, alrededor de uno coma ocho millones de yenes. Por supuesto, cada caso es diferente, pero esa no es forma de atraer a muchos empleados. Afortunadamente, el donante anónimo dijo: 'Para asegurarnos de ayudar a estos niños, estoy dispuesto a enviar algo de dinero extra al personal para sus gastos de manutención'. Estas cosas a veces suceden en la UE, pero es casi inaudito en Japón. En términos de números reales, son setecientos mil por persona, por mes. Sin embargo, no puede bajar como nómina. Es mucho más alto que el salario promedio sin fines de lucro, y es difícil explicar cifras como esa dentro del presupuesto. Sin embargo, mientras haya adultos dispuestos a seguirles el juego y aprovechar esa oportunidad, se salvarán las vidas de los niños. Da la casualidad de que yo mismo estoy involucrado en esa organización sin fines de lucro en particular”.

Nomura se detuvo allí y miró a Yasuzu para evaluar su reacción.

“Seré directo contigo. Esta es nuestra idea: queremos a alguien de confianza que esté dispuesto a aceptar este dinero todos los meses para una causa benéfica: ayudar a los niños”.

"Significado..."

"Sí", confirmó Nomura. “Me refiero a ti. Yasuzu Uno.

Dejó que sus palabras rebotaran de un lado a otro dentro de su cabeza.

“Sin embargo, mientras haya adultos dispuestos a seguirles el juego y aprovechar esa oportunidad, se salvarán las vidas de los niños”.

Setecientos mil yenes al mes pagados debajo de la mesa era mucho, mucho más de lo que ganaba Yasuzu como cuidadora de la guardería. Se sintió en conflicto. “Si tuviera que ayudar a esta organización sin fines de lucro, ¿qué estaría haciendo?”

Nomura tomó una pluma estilográfica del escritorio y la agitó como un puntero láser mientras describía los detalles. Cuanto más hablaba, exponiendo lógicamente las responsabilidades del puesto, más firme se volvía la resolución de Yasuzu de renunciar a Light Kids Koyamadai. Ella ya no tenía ningún deseo de seguir trabajando allí. Se sentía como si esto fuera el destino en el trabajo. La densa niebla que había envuelto su visión se estaba aclarando, poco a poco.

Nomura había terminado su explicación del trabajo sin fines de lucro, pero Yasuzu todavía estaba en su oficina. Miró su reloj de pulsera; era casi la hora de que llegara el siguiente paciente.

"¿Hay algo que no te quede claro?" cuestionó.

"Uh, no," dijo Yasuzu. "Estoy muy agradecido por la oferta; es bastante maravilloso. Creo que entiendo la naturaleza del trabajo, pero no me has dicho los resultados de los análisis de sangre..."

"Ah, por supuesto". Nomura tomó su archivador y hojeó los papeles. Estás sano. No apareció nada. Estoy seguro de que sus problemas fueron causados por el estrés de su lugar de trabajo actual".

24

cempöhualli-huan-nähui

En ese mismo momento, los niños sufrían violencia doméstica, arrojados a las profundidades de la soledad y la desesperación.

Como asistente de la guardería, Yasuzu era muy consciente de este problema profundamente arraigado. Se le partía el corazón cada vez que veía otro caso cubierto en las noticias. Pobres, pobres niños, controlados por los adultos en sus vidas y victimizados lejos del conocimiento público.

Ahora tenía un nuevo trabajo: salvar a esos niños.

La gran amplitud de la red que Reiichi Masuyama, director interino de la organización sin fines de lucro Kagayaku Kodomo, construyó asombró a Yasuzu. Masuyama tenía los nombres y direcciones de los niños que necesitaban ayuda de todas las regiones de Japón.

Tanto las madres como los padres eran capaces de abusar en el hogar, pero la base de datos de Masuyama estaba abrumadoramente poblada con abuso paterno.

Desde tipos prestigiosos como dueños de negocios, ejecutivos y miembros del consejo de la ciudad hasta los pobres y desempleados, la red reunió información sobre cualquier abuso de sus hijos e hijas y envió a Yasuzu a una misión. Desde Hokkaido en el norte hasta Okinawa en el sur, viajó por todo el país y se puso en contacto con los niños, obtuvo evidencia de su abuso en su cámara digital, escuchó sus historias cuando fue posible y envió la información a Masuyama. Y así, la violencia cesó. Padres terribles y malvados se divorciaron de sus esposas y entregaron la custodia de sus hijos.

Yasuzu no informó nada al gobierno de la ciudad ni a la policía. Simplemente fotografió las heridas de los niños y ocasionalmente escuchó su testimonio.

¿Qué estaba pasando realmente? Ella no entendió.

Para resumir lo que le había dicho el médico clandestino, Kagayaku Kodomo tenía un psiquiatra en el personal reclutado por el patrocinador financiero anónimo, que analizaría la personalidad del padre en función de la evidencia de abuso y luego llamaría al padre para discutir el asunto con una dirección clara y solución en mente. El psiquiatra era japonés pero había trabajado con el ejército estadounidense durante años, rehabilitando con éxito a soldados que regresaban de Afganistán con TEPT. Podía mejorar las cosas sin tomarse el tiempo prolongado que tomaba un consejero regular.

La historia del doctor era una mierda, por supuesto. Kagayaku Kodomo no tenía psiquiatras en el personal.

En lo que respecta a Yasuzu, todo lo que sabía era que sus viajes de trabajo estaban salvando niños. Se sintió realizada a un nivel que nunca antes había experimentado y tenía nuevos niveles de confianza en sí misma. La joven se cortó el pelo largo hasta los hombros y se compró una chaqueta de montar negra. Quería una motocicleta grande pero tenía miedo de tener un accidente, por lo que se quedó con su scooter habitual.

Confiando ciegamente en la virtud de Kagayaku Kodomo, Yasuzu realizaba nuevos viajes por Japón casi todas las semanas. Consultó las fotografías archivadas y encontró a los niños que sufrían violencia doméstica, se puso en contacto con ellos en el camino a casa desde la escuela y, a veces, esperó justo afuera de sus hogares.

Yasuzu no tenía idea de que los padres abusivos fueron luego amenazados por la yakuza, obligados a pagar grandes sumas de dinero para mantener la evidencia fuera del alcance de las autoridades y, a veces, secuestrados y golpeados directamente.

A través de la organización sin fines de lucro, Senga-gumi pagó a las personas que trabajan en los centros de consulta infantil para que entreguen datos sobre las víctimas infantiles de violencia doméstica. Era una forma de extorsión que se aprovechaba de las mejores intenciones. Cuando los consejeros se dieron cuenta de que los padres estaban abusando de sus hijos y que la policía local no estaba ayudando, se acercaron a Kagayaku Kodomo. Entonces aparecía una mujer joven con una chaqueta de motociclista y detenía el abuso de una forma u otra. Fue como magia. Los consejeros que contactaron a la organización sin fines de lucro no tenían idea de lo que sucedió. Solo entendieron que la resolución era anormal. Pero ¿de qué servía la verdad de todos modos? No querían ni necesitaban saber. El resultado fue todo. Los niños estaban siendo rescatados y los consejeros podían irse a casa sin preocuparse de descubrir un obituario en el periódico. Al final, habían hecho algo bueno.

Como prometió, Yasuzu recibió un salario de la organización sin fines de lucro y una asignación especial de setecientos mil yenes al mes. Era dinero que no existía en el sistema, y significaba que ya no tenía problemas para pagar la coca. Yasuzu ya no tenía que realizar sus negocios de drogas en un parque cerca del paseo marítimo. En cambio, hizo que enviaran el producto al consultorio del médico. En lugar de ver a su traficante, pagó directamente al médico y recibió la cocaína de él. Además, la calidad de la cocaína era mucho mayor.

Si bien Yasuzu tenía una coca más fina, no se atrevió a inyectarla de nuevo. Prefiere ir de golpe que enfrentar esa ansiedad dos veces.

Yasuzu esnifó cocaína y pasó el resto de su tiempo salvando niños en peligro. La mujer no sintió ningún conflicto entre estas actividades. *Todos tienen sus lados claros y oscuros; nadie es un santo, razonó. Además, sigo siendo mejor para los demás que un fumador. Lo que hago no genera humo de segunda mano.*

Además de los hogares donde estaba presente el abuso infantil, Yasuzu también visitó orfanatos. Japón fue el hogar de aproximadamente seiscientos de ellos. Juntos, apoyaron a veintisiete mil niños.

Las instalaciones estaban destinadas a ser lugares seguros para que vivieran los niños, pero también tenían injusticias.

Abuso verbal, cámaras ocultas, acoso sexual. Las malas acciones del personal del orfanato eran difíciles de detectar desde el exterior, dada la naturaleza de las organizaciones. Los empleados con buenas intenciones podían denunciar el abuso internamente, pero habría poca acción a menos que alguien acudiera a la policía. Los ocupados empleados no tenían tiempo para reunir pruebas como detectives aficionados o el dinero para comprar equipos de grabación. Finalmente, contactaron a Kagayaku Kodomo. Yasuzu escuchó a los bien intencionados miembros del personal y les dio los últimos dispositivos de escucha y cámaras ocultas, sin cargo. Posteriormente, los empleados enviaron los datos que recopilaron a Masuyama.

Después de un tiempo, los empleados infractores presentaron sus renuncias nerviosas y apresuradamente. A veces, sus rostros estaban amoratados e hinchados, como si alguien los hubiera golpeado repetidamente. Algunos tenían los dientes astillados.

Mientras realizaba un trabajo tras otro para Kagayaku Kodomo, Yasuzu comenzó a sentir que era como Batman o Spider-Man. Ella estaba rescatando vidas inocentes e indefensas, y el resto de la sociedad lo ignoraba.

Después de visitar varios orfanatos, Yasuzu entendió que a veces el abuso ocurría entre niños, sin la participación de ningún adulto. Los niños criados en hogares violentos se desquitaban con otros niños de la única manera que sabían.

¿No hay forma de resolver este problema también?

Le pidió a Masuyama, su director, orientación sobre este asunto, pero él nunca le dio una respuesta. Yasuzu se dio por vencido en esa línea de pensamiento y decidió, *No sirve de nada preocuparse por eso. Nadie puede salvar a todos.*

Nunca entendió el razonamiento de Masuyama para ignorar la pregunta: no se podía ganar dinero con el abuso entre niños. Los niños no tenían estatus ni poder económico, y no podías extorsionarlos por dinero.

Después de medio año de despertarse todas las mañanas con un firme y vigorizante sentido de propósito, los deberes laborales de Yasuzu cambiaron.

En lugar de resolver los problemas de violencia doméstica y abuso, Masuyama le ordenó que ella misma tomara la custodia de los niños. Esencialmente, estaría acompañando a los niños al refugio Kagayaku Kodomo en el distrito de Ota.

Sus objetivos eran **los niños indocumentados** que no iban a la escuela.

“¿Niños indocumentados?” le repitió a Masuyama por teléfono.

"Sí", dijo. "Niños sin documentación legal. Has oído hablar de cosas así antes, ¿verdad? Este caso involucra a una madre que estaba siendo abusada por su esposo. Cuando supo que estaba embarazada, sintió que estaba en peligro y huyó en la noche. Aún no había solicitado el divorcio; sabía que su hombre la mataría si sacaba el tema. Ella dio a luz a un hijo en un pequeño hospital en un pueblo lejano, pero no pudo reportar su nacimiento en la oficina municipal. Debido a que la mujer todavía está legalmente casada, tener a su hijo registrado oficialmente es un riesgo. Su marido podría descubrir dónde se esconde y venir tras ella. Es como ser perseguido por un monstruo. Es por eso que su hijo nunca obtuvo una identidad legal".

"¿Vamos a separarla de su hijo?"

"Por desgracia sí. Ella crió sola al niño, pero ya no puede permitírselo, y ahora se dedica a abusar de él".

"Oh... ya veo..." Yasuzu suspiró.

“Sin embargo, ella *quiere* que Kagayaku Kodomo le quite a su hijo. Quiere que la ayudemos antes de que le suceda algo peor.

El escenario que Masuyama describió para Yasuzu fue solo uno de muchos. Había muchas razones complicadas por las que un niño se quedaba sin documentos, y esos niños tenían que sobrevivir sin ninguna forma de probar quiénes eran. No eran ciudadanos japoneses y no existían en el papel.

Muchos fueron criados por madres solteras en apuros financieros y ni siquiera fueron a la escuela. No era raro que los padrastros abusaran de ellos.

Nadie sabía cuántos niños así vivían en Japón. No estaban en el sistema y no habían emigrado, por lo que no había rastro de documentos para que el gobierno los siguiera.

A Yasuzu le pareció correcto que Kagayaku Kodomo priorizara la custodia de niños indocumentados. Independientemente de las intenciones nobles, Yasuzu no tenía autoridad como tercero para apoderarse de niños con identidades legales y registros escolares regulares. La investigarían por secuestro. *Pero puedo salvar a un niño indocumentado. Puede que no pueda salvar a todos los niños, pero no puedo dejar que eso me deprima. Tengo que ayudar a los que puedo.*

Yasuzu encontró niños indocumentados que estaban desnutridos, maltratados y sin educación y los llevó de regreso a Tokio. Como había dicho Masuyama, sus madres ya lo aceptaron. Sin embargo, a las mujeres no se les informó adónde iban sus hijos. Si esa información saliera a la luz, podría exponer a los niños al peligro.

A pedido del rico donante de la organización sin fines de lucro, la organización aceptó niños y niñas por igual, pero limitó su alcance a las edades de tres a diez.

Cada vez que visitaba a una madre agotada por tratar de sobrevivir mientras un niño abatido y retraído estaba sentado en un rincón de la habitación, Yasuzu tenía que preguntarse de dónde obtenía Masuyama la información sobre estos casos. La respuesta estaba muy cerca, pero ella no lo notó.

El eslabón oculto eran las drogas.

Varios grupos criminales compraron información a traficantes, quienes estaban en condiciones de saber cuándo uno de sus clientes habituales de speed o éxtasis tenía descendencia indocumentada. Masuyama de Senga-gumi en Kawasaki era conocido por pagar un buen precio por esa información. Una vez que recibió una pista de un traficante, Masuyama envió a la desesperada madre soltera uno a uno coma cinco millones de yenes. Eso fue todo lo que se necesitó para comprar un niño.

Los niños indocumentados que Yasuzu “tomó bajo custodia” primero fueron al médico del callejón en Asahi-cho, Kawasaki, para un examen general. Yasuzu no estuvo presente para eso, pero por lo que dijeron los niños después, consistió en pruebas como radiografías de tórax, resonancias magnéticas y tomografías computarizadas. *Pero él no tenía esas máquinas en su pequeña oficina, pensó. Debe haber otra habitación allí en alguna parte.*

Después de su examen, los niños fueron enviados a un refugio seguro. No era la oficina de la organización sin fines de lucro.

Kagayaku Kodomo solo alquiló un apartamento simple de dos habitaciones en el segundo piso de un edificio de uso mixto, un lugar que no está equipado para manejar a muchas personas. Los niños fueron enviados a un templo llamado Saiganji en Ota Ward, la misma área que la oficina. Había un espacio habitable en el sótano del templo, que actuaría como vivienda compartida para los niños.

"¿No es genial?" Masuyama le dijo a Yasuzu cuando le dio un recorrido. "Podemos usar este espacio. El monje principal de Saiganji lo construyó originalmente como un refugio para mujeres que intentaban escapar de la violencia doméstica o de los acosadores".

"Estoy sorprendido de lo espacioso que es," comentó Yasuzu. "Escuché que los templos se usaban como refugio para mujeres, pero pensé que era solo un rumor. Sin embargo, esto es más un sótano que un templo.

"Todavía lo están construyendo. Es un proceso lento y difícil, ya que necesitan mantenerlo en secreto. ¿Me entiendes, Uno? Debemos mantener este refugio absolutamente confidencial".

"Lo haré."

"Los niños vienen aquí para estar seguros. No podemos exponerlos de nuevo al peligro y la desesperación".

"Entiendo."

“Conozco al monje principal desde hace mucho tiempo”, dijo Masuyama, y comenzó a describir la naturaleza del monje. Yasuzu escuchó confiadamente cada palabra. Casi todo eran mentiras, pero *era* cierto que Masuyama conocía al hombre desde hacía mucho tiempo. La conexión entre Senga-gumi y Saiganji era profunda, y el monje estaba voluntariamente involucrado en varias operaciones comerciales turbias. El espacio subterráneo había sido construido en nombre de Masuyama para que sirviera como base de un proyecto más grande que todo lo que habían hecho antes.

Había seis habitaciones compartidas a ambos lados de un pasillo, una cafetería, una sala de reuniones y un baño para grupos, además de una cocina. Después de una discusión entre Masuyama y el monje, se colocaron alfombras acolchadas en la sala de reuniones para convertirla en un área de juegos. En lugar de una cámara de almacenamiento como se planeó inicialmente, convirtieron un lugar en un consultorio médico haciendo un agujero en la pared para obtener más espacio en el piso. El trabajo de construcción se realizó en minucioso secreto y aún estaba en curso.

Yasuzu había acogido a tres niños indocumentados: niños de tres y seis años y una niña de siete años. Si hubiera muchos más, no sería capaz de cuidarlos a todos. Por supuesto, no podía estar en el refugio todo el tiempo. Su trabajo exigía que saliera y trajera más niños.

La respuesta a su dilema fue la llegada de una mujer china que trabajaría con ella en el refugio debajo de Saiganji.

Masuyama presentó a la dama, quien dijo que su nombre era Xia y afirmó que tenía un título en psicología infantil. “Tengo experiencia trabajando en lugares como este”, dijo. Su japonés era fuerte. Aunque no reveló su edad, Yasuzu sintió que Xia era mayor que ella. Tenía el cabello negro muy corto y medía ciento setenta y cuatro centímetros de alto, con extremidades largas y esbeltas, un rostro pequeño y una barbilla afilada que le recordaba a alguna actriz famosa. No parecía usar maquillaje y lucía anteojos sin montura.

“Es un trabajo que vale la pena”, le dijo Xia a Yasuzu mientras los tres niños retozaban en la sala de juegos. “Debemos ser la luz que ilumine la vida de estos niños”.

Xia tenía una expresión naturalmente delgada con una belleza fría que podría ser un poco intimidante, pero sonrió mientras hablaba. Yasuzu asintió mientras miraba a los niños.

Indocumentados, sin apoyo del gobierno, sin poder ir a la escuela y criados en condiciones abusivas. Fueron maltratados por sus madres y en peligro de ser atacados por sus padres si los descubrían.

Que injusto fue todo. No habían hecho nada malo. Había razones más que suficientes para tomar la custodia de estos niños. *Es mi trabajo. Mi deber. no tengo reparos Pero aún...*

Había una cosa que Yasuzu estaba desesperado por aprender.

"Masuyama-san", preguntó, "¿cuánto tiempo estarán aquí estos niños?"

Él volvió a mirarla, de pie junto a Xia, y respondió: "Estamos buscando nuevas familias con todas nuestras fuerzas".

"¿Van a ser adoptados?"

"Lamentablemente, hay casos en Japón de niños perseguidos por sus padres biológicos y que sufren resultados trágicos", dijo Masuyama. "Entonces, el plan es encontrar hogares confiables fuera del país, si es posible. Una vez que hayamos dado todos los pasos para confirmar los antecedentes y la confiabilidad de los posibles padres adoptivos, con orgullo llevaremos a los niños a sus nuevos hogares".

Busco niños indocumentados de entre tres y diez años y los llevo al albergue. Cuando no estoy en una tarea, uso mi experiencia en la guardería para ayudar a cuidar a los niños. Solo tiene que durar hasta que los encontremos padres adoptivos en el extranjero, donde les espera su verdadero futuro.

Había comenzado un nuevo capítulo en la vida de Yasuzu.

25

cempöhualli-huan-mäcuilli

Fue en un centro de detención juvenil que Koshimo Hijikata aprendió por primera vez los nombres de los siete mares del mundo.

La clase del instructor de la institución correccional fue donde aprendió, por primera vez, la ubicación de la tierra natal de su madre, México. Era un país en la parte sur de América del Norte, con cinco veces la superficie terrestre de Japón.

“Con un punto noventa y seis millones de kilómetros cuadrados, México es el decimotercer país más grande del mundo”, dijo el instructor.

Los niños no podían entender qué tan grande era, así que examinaron el globo terráqueo que trajo el instructor, uno por uno, y compararon el tamaño de México con el tamaño de Japón.

“Japón es más grande en esto”, dijo el niño sentado en el asiento delante de Koshimo mientras examinaba el globo. Le faltaba la oreja izquierda.

Alguien se rió.

“¿Quién acaba de reírse?” gruñó el chico al que le faltaba la oreja, poniéndose de pie y mirando alrededor del salón de clases.

“Cállate”, espetó el instructor. “Siéntate. Pase el globo al asiento detrás de usted”.

El chico, con la cara roja de furia, hizo lo que le ordenaron, pasando el globo a Koshimo, quien extendió su largo brazo para tomarlo y lo hizo girar hacia la derecha. En la tercera rotación, su dedo índice se deslizó por México. La esfera dejó de girar silenciosamente.

El mundo que conocían Koshimo y todos los demás niños del salón de clases era muy pequeño. Solo el pequeño vecindario donde vivían, el río Tama que corría entre Tokio y Kanagawa, el área industrial a lo largo de la bahía de Tokio y todo lo que habían visto en la cárcel. La totalidad de sus recuerdos se habían formado contra esos telones de fondo.

El mensaje que transmitía la hora de la cena se reprodujo en los altavoces y Koshimo salió del dormitorio del grupo para formar fila en el pasillo. El instructor lo miró cuando pasó. Koshimo era más alto que nadie en las instalaciones.

A los quince medía ciento noventa y nueve centímetros y pesaba noventa y ocho kilogramos.

Habían pasado más de dos años desde el 26 de julio de 2015, cuando mató a sus padres y fue enviado al centro de detención juvenil de Sagamihara.

Cuando apareció por primera vez a los trece años, Koshimo ya medía ciento ochenta y ocho centímetros. Eso lo hizo mucho más alto que el promedio de los niños de su edad, y había crecido varios centímetros más desde entonces.

Cuando los otros reclusos vieron cómo estaba creciendo, un rumor susurrado comenzó a correr entre el grupo.

"¿Hay más nutrición en su comida que en la nuestra?"

Koshimo se sentó en su asiento asignado en la cafetería para comer su cena. Incapaces de resistir su curiosidad, otros tres jóvenes le arrebataron la bandeja. Tenían la intención de probar su comida para comprobarlo.

Los habían enviado al reformatorio después de Koshimo, y no sabían lo furioso que podía ponerse. Esa fue su mala suerte. Naturalmente, habían escuchado historias, pero los chicos no las tomaron lo suficientemente en serio. Los menores encarcelados por matar a sus padres no eran especialmente raros aquí, y creían que Koshimo no era diferente de los demás.

al suelo al que tomó su cuchara, luego le pisoteó el estómago. El niño jadeó como un pez, retorciéndose de dolor. El líder que los había convencido de tomar su comida dio un golpe primero, pero Koshimo lo agarró de la muñeca para inmovilizarlo y luego le metió el pulgar en el ojo. Levantó al niño del suelo con una mano y luego lo tiró al suelo de la cafetería.

Las alarmas de emergencia sonaron y los guardias de detención rodearon a Koshimo. Los tres niños fueron llevados al ala médica, donde les vendaron las heridas y se hizo un informe para los guardias. Todos los chicos resultaron gravemente heridos. El que había recibido un puñetazo tenía fracturas en la nariz y la cara, el niño pisoteado tenía órganos rotos, y el que recibió un pinchazo con el pulgar en el ojo izquierdo y lo golpeó contra el suelo sufrió una conmoción cerebral. Lo examinaron después de que recuperó el conocimiento y descubrieron que estaba completamente ciego en su ojo dañado.

Es probable que Koshimo ya haya sido transferido de un centro de clase uno a un centro de detención de clase dos para niños con inclinaciones criminales más avanzadas, y el asalto en la cafetería solo aceleró ese proceso, aumentando su sentencia. Incluso hablaron de enviarlo a un centro de Clase Tres que, en el antiguo sistema, se llamaba reformatorio médico juvenil. No pudieron, sin embargo, porque no estaba clasificado con un trastorno mental.

En el centro juvenil Class-Two, Koshimo fue colocado en una habitación individual en lugar de un dormitorio grupal. Le ordenaron que se arrepintiera de su agresión y, a partir de ese momento, estuvo más o menos en confinamiento solitario.

Después de cinco días, le permitieron salir de su habitación para recibir lecciones educativas, capacitación en habilidades para la vida y desarrollo vocacional. Dos instructores correccionales observaron a Koshimo en todo momento. Como medía ciento noventa y nueve centímetros y pesaba más de noventa y ocho kilogramos, tenían un permiso especial para portar pistolas paralizantes para someterlo, si era necesario.

Koshimo Hijikata tiene poca habilidad para leer japonés, casi no muestra remordimiento por el crimen de asesinar a sus propios padres y no parece poseer la profundidad emocional que le permitiría expresar tal sentimiento. También es propenso a arrebatos violentos aleatorios.

Una vez que comenzó a pelear, estaba completamente fuera de control. Las lecciones de habilidades para la vida no estaban haciendo nada para hacerlo más sociable.

Sin embargo, aunque nadie sabía cuándo Koshimo volvería a ver la luz del día, obtuvo una buena puntuación en las evaluaciones de los instructores. Estaba callado, no hizo ningún ruido después de apagar las luces, se despertó a tiempo y, aunque no podía recordar ningún kanji, copiaba sus tareas de escritura diligentemente y escuchaba en clase sin quedarse dormido.

Koshimo no atacó a ninguno de los instructores juveniles en el centro de detención Clase-Uno o Clase-Dos. Las únicas veces que peleó fue cuando otros chicos se metieron con él. Su mayor problema era que su retribución siempre iba mucho más allá del ámbito de la legítima defensa.

Los instructores quedaron impresionados por su destreza manual durante las lecciones de desarrollo vocacional. Era excelente tallando y aprendió a usar máquinas como tornos de inmediato. Podía tallar palomas y cuervos en madera, y cuando el personal llevó las tallas a un evento de caridad realizado fuera de las instalaciones, se agotaron de inmediato.

A medida que se acercaba el día de su jubilación, uno de los miembros más antiguos del personal de la instalación dijo:

“Es el mayor talento que hemos tenido aquí desde que abrió el lugar”.

Inicialmente, Koshimo se centró en las aves, pero después de ver un libro ilustrado de animales en clase, también comenzó a tallar otras criaturas como tigres, jaguares y cocodrilos. Estos animales también se agotaron en otro evento de caridad.

Y no eran solo bestias. Era bueno para doblar cuidadosamente el bambú en delicados marcos para anteojos.

Alguien que compró una de sus piezas comentó: “Si alguna vez regresa a la sociedad, le pediría algo directamente a él”. El gerente de un negocio de muebles hechos a pedido agregó: “Me gustaría poder recomendarlo para el taller con el que estamos contratados”.

Ninguno de estos compradores sabía por qué Koshimo fue encarcelado, y muy posiblemente se habrían retractado de sus declaraciones si lo supieran, pero de todos modos, los instructores correccionales le pasaron los mensajes a Koshimo.

Sin embargo, no mostró ninguna reacción.

El niño hizo los artículos para hacerlos y se conformó si le salieron bien. No entendía muy bien por qué debería estar feliz si alguien más felicitaba su trabajo.

La cena de esa noche consistió en arroz blanco, pescado frito, verduras salteadas y una sopa al estilo chino con tofu y aceite de sésamo. Una vez que terminó su comida, observado por dos instructores como de costumbre, Koshimo se puso de pie y se acercó al instructor que estaba de pie junto a la pared para proclamar en voz baja: "No puedo dormir por la noche".

Estaba en contra de las reglas levantarse de su asiento o hablar en la cafetería. El instructor iba a ordenarle a Koshimo que volviera a su silla, pero notó la mirada grave en los ojos del niño y tomó la decisión de llevar a Koshimo a la sala médica. Podían oír lo que tenía que decir allí.

Los niños en los dormitorios grupales tenían que escribir en sus diarios después de la cena, y después tenían tiempo libre hasta que se apagaban las luces a las nueve en punto. Los que estaban en las salas privadas, sin embargo, tenían que hacer ejercicios matemáticos adicionales y dedicar tiempo a copiar kanji. Cuando los reclusos se quejaban durante la cena, por lo general era una excusa para no cumplir con sus tareas diarias restantes. Sin embargo, Koshimo no era del tipo que inventaba mentiras como esa.

"¿Dormiste mejor en el centro de detención Clase-Uno?" preguntó el instructor.

"No," admitió Koshimo. "No he dormido bien desde que estuve allí".

"¿Cuándo empezó?"

"Un poco antes de pelear en la cafetería".

"Cuando te detuvieron para interrogarte allí, ¿le dijiste al personal?"

"Sí. No hicieron nada", dijo Koshimo. "Si no puedo dormir, podría pelear de nuevo".

Insomnio.

El instructor escribió la palabra en su hoja con gravedad. "Pero no es como si no pudieras hacer un solo guiño, ¿verdad?"

"¿Qué significa, un solo guiño?"

"Significa dormir un poco".

"Puedo hacer eso," respondió Koshimo, doblando un largo brazo y rascándose el codo del otro con la punta de un dedo. "Después de apagar las luces, cierro los ojos. Después de un rato, sueño. Siempre el mismo sueño."

"¿Que clase de sueño? ¿Lo recuerdas?"

"Sí. Es una habitación oscura, llena de humo negro, difícil de respirar. Parece un incendio, pero no. A veces escucho hablar. Suena a español pero no. Cuando escucho las palabras, no las conozco. Alguien está en el suelo en el humo negro, pero no puedo ver la cara. Alguien los apuñala con una cosa afilada como un cuchillo. Sale más humo negro de la persona apuñalada, así que no puedo ver. Entonces no puedo respirar, y me despierto, y en el reloj, por lo general, dice uno. Entonces no puedo dormir. Incluso si cierro los ojos.

Koshimo solía ser reticente, pero ahora hablaba con un propósito feroz. El instructor anotó lo que dijo el joven, cerró el cuaderno y miró fijamente a los grandes ojos de Koshimo.

"Ahora, escuche atentamente", comenzó el instructor. "En cierto sentido, está bien que la gente de aquí tenga pesadillas. Es evidencia de que te sientes culpable y que tu corazón está tratando de moverse en la dirección correcta. En algunos casos, pensaríamos que esto es algo bueno. Pero no poder dormir es muy malo para tu cuerpo. Desafortunadamente, no puedo simplemente darte medicamentos para ayudarte a dormir. Necesitamos un diagnóstico primero. Si sucede lo mismo esta noche, le haremos ver a un especialista mañana".

Después del almuerzo del día siguiente, un médico de las instalaciones de Clase Tres vino a examinar a Koshimo, pero no le recetó medicamentos para dormir. Todo lo que dijo fue que bebiera mucha agua, hiciera estiramientos regulares y tratara de relajarse.

El insomnio de Koshimo continuó.

Después de una segunda visita, el médico le recomendó que escribiera el contenido de sus sueños todas las noches.

"A veces, si eres capaz de exteriorizar tus sueños conscientemente, dejas de tenerlos".

Koshimo hizo lo que le indicaron y escribió sus sueños. Siempre era el mismo sueño, por lo que lo que escribía era más o menos idéntico cada vez.

Vuelve a soñar hoy cuarto oscuro ~~negro~~ sale humo negro smokey ~~ve~~ a voz hablando ¿qué está diciendo? Nunca lo pastoreo antes de que alguien esté en el suelo. fumar en español es humo

Se despertó en medio de la noche una y otra vez, atormentado. Sin embargo, después de aproximadamente un mes, dejó de tener el sueño abruptamente. Sin embargo, Koshimo no estaba de humor para celebrar. No estaba libre de la visión; ahora se sentía atrapado dentro de él. Estaba fuera de su alcance explicar la sensación al especialista ya los instructores. Koshimo estaba durmiendo profundamente otra vez, así que eso fue todo lo que les dijo.

Trató de recrear lo que vio en el sueño con una talla de madera, pero no pudo darle forma. Dibujarlo también resultó imposible. Koshimo se dio por vencido y pasó a los elefantes y rinocerontes, que aún no había tallado. Quedaban muchos más animales en el libro ilustrado.

26

cempöhualli-huan-chicuacë

El avión de pasajeros doméstico partió del Aeropuerto Internacional Soekarno-Hatta en Yakarta y se dirigió hacia el Aeropuerto Sultan Hasanuddin en Makassar, South Sulawesi. El viaje desde Yakarta en Java hasta Makassar en Sulawesi fue de casi mil millas, un vuelo sobre el agua que duró unas dos horas y cuarenta minutos.

Jingliang Hao se reclinó en el asiento de cuero de primera clase, rechazó el champán que le ofreció el asistente de cabina y pidió un café indonesio en su lugar. La marca de frijoles que seleccionó tenía un dragón de Komodo en la etiqueta y se cosecharon en la isla de Flores, donde era propietario de un hotel turístico.

Suenaga estaba sentada en el asiento contiguo, separada por un tabique. Las otras sillas a su alrededor estaban vacías.

“Doctor”, le preguntó Hao, “¿por qué no vino El Cocinero con nosotros?”.

“Dijo que tenía trabajo”, respondió Suenaga, pasando la página de la revista médica alemana que estaba leyendo.

“¿El puesto de cobra satay?” cuestionó Hao. “Si no viene con nosotros, ¿significa que no confía en mí?”

“Yo no diría eso”, respondió Suenaga. “También dijo que además de su trabajo, no quería tomar un avión si podía evitarlo. Quizás esa sea la verdadera razón”.

“Miedo a las alturas, ¿eh?” Hao se rió. “¿Cuál era su nombre otra vez? ¿Gonzalo?”

“Correcto”, dijo Suenaga. “Gonzalo García. Allá en Perú, trabajó para un grupo guerrillero de izquierda llamado Tanque del Pueblo, creo...”

“Él trabajaba para ellos, ¿eh?” dijo Hao arrastrando las palabras. “Como un *sicario*, sin duda”.

El asistente de cabina trajo una taza de café recién hecho para Hao y los dos dejaron de hablar. Cuando la mujer se fue, sonriendo, Hao tomó un sorbo y comentó: "Tales presentaciones no valen nada, doctor. Si dice que es peruano, no es peruano. Las personas demasiado confiadas como tú, que admiten que son japonesas desde el principio, no existen en nuestro mundo. Entonces, ¿de dónde vino? ¿Colombia? ¿México? ¿Guatemala?"

"No lo sé", respondió Suenaga, levantando la cabeza de la revista médica alemana, "pero si está mintiendo, ¿es nuestro deber no tenerlo cerca?"

"Ahora, ahora, no nos apresuremos", amonestó Hao, hablándole al hombre mayor como si estuviera sermoneando a su hijo pequeño. "Este autodenominado peruano, Gonzalo García, que pasa por El Cocinero, nuestro negocio necesita gente como él. Si hay un peligro aquí, eres tú, Doctor. Tienes una cara que grita 'agente encubierto'".

Ahórrate las bromas.

"Sin embargo, lo que pasa con este Gonzalo es", dijo Hao, colocando la taza de café en una mesa auxiliar, "es inteligente de su parte no viajar en avión. ¿Cuál cree que es la forma más eficiente de deshacerse de varias personas a la vez, doctor?"

"Nunca había pensado en eso".

"Los metes en la bodega de carga de un avión, vuelas a diez mil pies y los empujas hacia afuera uno por uno. Los cuerpos nunca aparecen. Lo haces cuando estás sobre el océano, como nosotros ahora".

Suenaga negó en silencio con la cabeza en señal de miedo. Los hombres como Hao estaban encantados cuando asustaban a la gente. Luego miró por la ventana redonda. La capa de nubes era blanca y brillante, y solo ofrecía una pequeña grieta a través de la cual se veía el mar de Java.

Después de aterrizar en el aeropuerto Sultan Hasanuddin en Makassar, una ciudad en la parte suroeste de la isla de Sulawesi, Hao y Suenaga se reunieron con cuatro miembros de Xin Nan Long. Los hombres armados montaron guardia mientras subían a un helicóptero y despegaban de nuevo.

El helicóptero los llevó al norte sobre Pinrang Regency y finalmente a su destino. Había una gran propiedad a lo largo del Estrecho de Makassar, como una base militar. Este era el Astillero Pinrang, un lugar construido sobre las ganancias de heroína de las Sociedades Negras *heishehui chinas*.

Cuando bajaron del helicóptero, Hao y Suenaga recibieron cascos con el logo del astillero en el lateral. Los trabajadores operaron vehículos eléctricos que los llevaron a través del patio, pasando por una variedad de barcos en construcción, y hasta un casco genuinamente enorme.

Suenaga se apeó y se maravilló ante la vista que tenía delante. El arco de acero que se cernía ante él no era menos imponente que una losa de roca que colgaba sobre un escalador. La vista era aún mayor de lo que había imaginado. Cuando esté completa, esta embarcación ofrecería a sus huéspedes un servicio que rivalizaría con cualquier hotel de tres estrellas.

De hecho, pensó Suenaga mirando hacia arriba, es más que un hotel de tres estrellas. Esto está más cerca de una ciudad en el agua.

Dunia Biru.

El enorme barco, cuyo nombre significaba "**Tierra Azul**" en indonesio, medía una longitud total de cuatrocientos diez metros, lo que lo hace más largo que el crucero más largo, con una anchura de ochenta y tres metros y un arqueado bruto de doscientos treinta y ocho mil novecientas toneladas. Su capacidad máxima de pasajeros era de siete mil quinientos quince, repartidos en tres mil ciento doce camarotes y dieciocho cubiertas en total.

Los pisos del crucero se llamaban cubiertas, por lo que el *Dunia Biru* se parecía un poco a un edificio de dieciocho pisos. Todo, desde la Cubierta 3 hasta la Cubierta 18, se consideró un espacio para invitados.

Las suites Verulean en las cubiertas 11 y 12 eran las más grandes del barco. En dólares estadounidenses, superaban los ochenta mil por crucero. Incluyendo el salón principal, había treinta restaurantes en el barco, once de los cuales servían exclusivamente comida halal. Había cincuenta y cuatro bares o salones, ocho teatros, cuatro salas de baile, tres salas de conciertos, cinco gimnasios, una cancha de tenis, una cancha de baloncesto, una cancha de fútbol sala, un ring de kickboxing, un área de colchonetas de jujitsu brasileño, una pista de hielo, biblioteca, salas de reuniones, zonas de baño, salones, un rocódromo de diecisiete metros y veintiuna piscinas para adultos o niños. Un tobogán de agua llamado *Air Terjun Garuda* ("Cascada de Garuda") corría treinta y dos metros hacia abajo desde la Cubierta 8 hasta una piscina debajo.

Había planes para construir un casino con crupieres robot controlados por IA. Pero debido a que apostar con dinero en efectivo era ilegal en Indonesia, usarían fichas en su lugar. Además de los robots, los traficantes humanos estarían presentes a todas horas del día y de la noche, así como espectáculos regulares con magos y comediantes.

Si te cansaste de tanta agua en tu crucero oceánico, podrías caminar por un parque interior en el *Dunia Biru*. Había veintiocho mil árboles al aire libre y otros cuatro mil en un invernadero. Podrías disfrutar fácilmente de todo el día de principio a fin sin siquiera poner los ojos en el mar.

Todas estas características se habían integrado en el barco durante un período de construcción de tres años y seis meses, y con la adición de un motor de última generación, estaba a punto de completarse.

Los rieles colocados en el techo elevado del astillero movieron innumerables piezas alrededor de los ganchos, mientras que las carretillas elevadoras corrían por el suelo. Chispas de soldadura volaban por todas partes. Además de los chefs y el personal que inspeccionaban los diseños de las cocinas en cada plataforma, había gerentes de marca para las tiendas, trabajadores de la construcción de piscinas, paisajistas y jardineros, contratistas de interiores e ingenieros de diseño. Todos ellos trabajaban en sus pisos separados al mismo tiempo, como residentes de mundos paralelos. El sitio de construcción de un crucero de doscientas treinta y ocho mil toneladas era a la vez un microcosmos del fanatismo de la sociedad capitalista y un espacio lleno de puro caos.

Apareció un hombre con una camisa batik amarilla e intercambió un amistoso apretón de manos con Hao. Su nombre era Haryanto Secioria, y era el director general de la compañía de cruceros y padrino del *Dunia Biru*.

A través de sus cuatro frentes comerciales legítimos dentro de Indonesia, Xin Nan Long estaba invirtiendo fuertemente en la línea de cruceros de Secioria.

“Este es Tanaka”, dijo Hao en inglés, presentando a Suenaga.

“Es un placer”, dijo Secioria. “¿Eres de Japón?”

“Sí”, respondió Suenaga.

El director ejecutivo de veintinueve años era ágil y parecía un corredor de maratón para Suenaga. Tal vez corrió por diversión. Sin duda, era un hombre muy joven para tomar la iniciativa en este abrumador negocio de cruceros. Quizás eso fue una señal del impulso de la Indonesia moderna. *Pero, ¿cuánto sabe?* Se preguntó Suénaga.

Bajo la dirección de Secioria, entraron en un ascensor de trabajo y viajaron hacia arriba.

El grupo se encontró mirando un dispositivo que se asemejaba a la aleta pectoral de una ballena, que sobresalía del centro de la parte inferior del *Dunia Biru*. Una multitud de ingenieros lo rodeó. Un capataz del sitio notó que el elevador subía y saludó cuando vio a Secioria.

Secioria le devolvió el gesto y le dijo a Suenaga: “Están afinando un estabilizador de aletas. ¿Sabes cuáles son esos?”

“No”, respondió Suenaga.

“Ayudan a evitar que se deslicen en barcos masivos como este. Hay uno a cada lado y la computadora los mantiene coordinados. El sistema fue diseñado por los japoneses. Los japoneses siempre son buenos en todo lo que hacen”.

Los tres desembarcaron del ascensor en la cubierta 4 y fueron recibidos por un hombre con un transceptor. Era el director del hotel del *Dunia Biru*, el encargado de todos los servicios al cliente del barco, el otro capitán que mantenía en funcionamiento la ciudad marinera. Una vez que el barco estaba en el océano, él era quien controlaba toda la información sobre lo que sucedía a bordo.

El director del hotel los llevó a una enfermería.

“En cruceros de lujo como este, debemos estar preparados para cualquier emergencia”, explicó el director. “Y los problemas de salud son los más urgentes. Tenemos el deber de brindar el mejor servicio posible, no solo a nuestros huéspedes mayores, sino a cualquier persona con algún tipo de discapacidad o condición”.

Entraron en la enfermería, que se esperaba que tuviera un personal regular de diecisiete, incluidos los médicos.

Con casi trescientos sesenta y cinco metros cuadrados, tenía el tamaño de seis suites *Dunia Biru*, con camas ergonómicas deportivas, lavamanos automáticos hechos de mármol artificial que usaba agua filtrada por ósmosis inversa y, como resultado, dos sistemas quirúrgicos completos de una empresa alemana. de una guerra de ofertas.

Estaba más allá de la enfermería de un barco, esto rivalizaba con cualquier instalación hospitalaria de primer nivel. Suenaga encendió la luz del techo sobre la mesa de operaciones y sonrió. Era consciente de que había más de dos de esas mesas en el barco.

Xin Nan Long, que estaba incursionando en el negocio de los cruceros de lujo, había hecho arreglos para abordar a varios cirujanos con la ayuda de Guntur Islami. La intención era convertir el gran recipiente en un mercado de órganos. Su oferta inicial de productos iba a ser riñones, pero después de que Hao escuchó el argumento de Suenaga, cambiaron a trasplantes de corazón.

Para que la visión empresarial de Suenaga se hiciera realidad, el *Dunia Biru* tendría que salir de Tanjung Priok, el puerto más grande de Indonesia, y atracar en la región japonesa de Kanto.

Había seis puertos en Yokohama y tres en Tokio que podían soportar barcos de más de cincuenta mil toneladas, y casi todos eran portacontenedores. **El puerto de Kawasaki**, que Suenaga describió como vital para su visión, no tenía una sola terminal de pasajeros adecuada para un crucero. Ofrecía únicamente terminales de contenedores para la carga y descarga de mercancías.

Sin embargo, el período previo a los Juegos Olímpicos de Tokio 2020 cambió todo eso.

Según la afluencia esperada de turistas extranjeros para los Juegos Olímpicos, la región de Kanto tenía un déficit de hasta catorce mil habitaciones de hotel. El plan del gobierno para superar la crisis hotelera era introducir “barcos hotel” en los muelles de Tokio y sus alrededores, remolcando tantos cruceros de alta capacidad como fuera posible.

El gobierno y el público estuvieron de acuerdo: los muelles deberían estar lo más abiertos posible. Uno de esos candidatos fue el puerto de Kawasaki. A pesar de su proximidad al aeropuerto de Haneda, el puerto nunca había albergado un barco de pasajeros, por lo que se probaría amarrar allí un gran crucero en preparación para los Juegos Olímpicos de Tokio. La terminal de contenedores en la isla artificial del puerto de Higashi-Ogishima fue elegida como el sitio de ejecución en seco. El *Dunia Biru* sería el barco, una vez que terminara su viaje inaugural desde Indonesia en 2019. Los medios locales en la prefectura de Kanagawa, especialmente dentro de Kawasaki, estaban eufóricos. El crucero más grande del mundo, de cuatrocientos diez metros de largo, ochenta y tres metros de ancho y un peso de casi doscientas cuarenta toneladas, estaba llegando a la ciudad.

“Hola, doc”, dijo Hao, caminando por la espaciosa enfermería, mirando las paredes de mármol pulido. “Las palabras son cosas tan inteligentes, ¿no?”

“¿Palabras?” repitió Suénaga.

“Puede que el alfabeto fonético no tenga la profundidad de los caracteres chinos, pero sigue siendo muy ingenioso. Está familiarizado, por supuesto, con la cirugía de derivación de la arteria coronaria. Los pacientes con una obstrucción de la arteria coronaria necesitan un flujo de sangre adecuado al corazón, por lo que se conecta una vena diferente a una parte activa de la arteria para proporcionar el flujo”.

"Eso es correcto. Has hecho tu tarea.

“A la vena que se usa en el bypass le llaman 'injerto'. Creo que esa palabra originalmente vino de unir plantas o mover tejido, ¿verdad? Y da la casualidad de que se puede aplicar al soborno y la corrupción. Es el nombre perfecto para ambos. Se ejecuta un injerto al desviar una arteria vieja con una vena nueva, trayendo sangre fresca. Que es justo lo que tú y yo estamos haciendo con *nuestro* injerto.

El director ejecutivo de la línea de cruceros los llevó a un salón en la cubierta 17 cuando terminaron de ver la enfermería. El interior del salón todavía estaba en construcción, pero había un cantinero que les preparaba cócteles de todos modos. Hicieron un brindis por el futuro del barco.

Eso es toda la historia humana, pensó Suenaga. Sólo un ciclo interminable de injertos. Nuevas rutas de sangre, nuevas rutas marítimas, todas haciendo nuevas rutas comerciales.

Cuando regresó a Yakarta del astillero de Sulawesi, Suenaga se reunió con Valmiro en un puesto de un restaurante de sushi de lujo en el centro comercial Grand Indonesia y le contó lo que había visto en el crucero gigante.

Valmiro bebió un Bintang mientras escuchaba. Sabía bastante sobre barcos, de hecho, pero murmuró con sorpresa como si escuchara estas cosas por primera vez. Cuando Suenaga terminó de describir las mesas quirúrgicas alemanas, Valmiro tuvo una pregunta. "¿Hao no preguntó por mí?"

—Se preguntaba por qué no viniste —respondió Suenaga, sirviendo un poco de salsa de osy. “Él piensa que eres un *sicario* latinoamericano”.

“No soy un *sicario*”.

Suénaga se rió. "¿Usted no es? ¿Cual es la diferencia?"

“Un *sicario* es como el cuchillo que sostiene ese hombre”, dijo Valmiro, señalando al chef de sushi cortando hábilmente el atún con un cuchillo de cocina afilado.

Como una herramienta, entonces, pensó Suenaga. “Cuando estoy cerca de ti, siempre siento que me tratan como a un niño”.

“Eres afortunado de tener la oportunidad de aprender”, dijo Valmiro. “No hay futuro para un novato que no aprende. Solo mira a Dai”.

"Yo sé eso. Pero *tú* se lo hiciste a él. Suenaga comió un nigiri de caballa y lo acompañó con Bintang. "¿Por qué no le pides al chef que te corte esa fruta?"

Había una canasta tejida llena de salak frente a Valmiro. Era una de las frutas tradicionales de Indonesia.

"No", dijo. "Me los comeré más tarde".

Había montones de dólares en el fondo de la canasta debajo del salak.

Mientras Suenaga observaba el astillero de Xin Nan Long, Valmiro había llevado sus muletas de resina sintética y cocaína líquida a la ciudad industrial de Bekasi, al este de Yakarta, y le había pagado a alguien para que extrajera la cocaína. Luego se lo vendió a un comerciante de Malasia por dinero en efectivo y se llevó una parte del dinero en su canasta de frutas.

Si fuera a Japón con Suenaga, necesitaría mucho dinero a mano. Por eso había decidido vender las muletas.

Valmiro agarró un salak. “Es hora de decir adiós a Indonesia. Ya no será fácil comerlos. Aquí.”

Un salak rodó por la mesa hacia Suenaga. La piel marrón y escamosa brillaba como la de una cobra.

El restaurante de sushi estaba repleto de ricos habitantes de Yakarta y turistas. Los peces que pronto estarían preparados nadaban felizmente inconscientes en sus tanques, y la iluminación proyectaba sombras tenues sobre los comensales.

En medio de este entorno colorido, Valmiro y Suenaga planearon una manera de colarse en Japón tan casualmente como los hombres de negocios hablarían de trabajo con cerveza y sushi.

III

El Patíbulo (La horca)

Si doy mi vida a la vida misma para ser vivida y arruinada (no quiero decir, a la experiencia mística), abro los ojos a un mundo en el que no tengo sentido a menos que esté herido, desgarrado y sacrificado., y en la que la divinidad, del mismo modo, es sólo desgarrar o ser desgarrado, está ejecutando o siendo ejecutado, es sacrificio.

—Georges Bataille, *Culpable*

[Fuimos] en dos barcas a la isla y hallamos allí un templo donde había un ídolo muy grande y feo que se decía Tescatepuca y al cargo de él estaban cuatro indios con mantos negros y capirotos muy grandes.

—Bernal Díaz del Castillo, *La verdadera historia de la conquista de la Nueva España*

28

cempöhualli-huan-chicöme

El viernes 23 de junio de 2017, Valmiro Casasola viajó en un Boeing 777-300ER de Garuda Indonesia en clase ejecutiva, desde Soekarna-Hatta hasta Haneda, Tokio.

Había pasado un año desde que conoció a Michitsugu Suenaga en el carrito *de kaki lima* en Yakarta.

A Valmiro le prepararon un pasaporte indonesio nuevo para que pudiera tomar el avión de pasajeros fuera de Soekarna-Hatta, pero Suenaga era buscado en Japón y no podría ingresar al país directamente, incluso con un nombre falso.

Con la ayuda de Xin Nan Long, Suenaga se dirigió a Hong Kong después de que Valmiro abandonara el país, luego viajó a Corea del Sur, mantuvo la cabeza gacha en Busan hasta julio y esperó un barco que partía hacia la ciudad de Fukuoka. El bote en el que viajaba era una embarcación pequeña y rápida propiedad de una mafia coreana afiliada a Xin Nan Long, que se usaba para contrabandear metanfetamina a la costa de Shikanoshima, una pequeña isla en la bahía de Hakata, justo al lado de Fukuoka. Los coreanos no enviaron el barco hasta julio porque estaban esperando que los chinos estuvieran listos.

Una flota de imitación de barcos de pesca pilotados por miembros de Xin Nan Long invadió las aguas costeras, llamando la atención de la patrulla de la Guardia Costera de Japón. Mientras la ley estaba ocupada, el barco de contrabando llegó lo más rápido posible. La yakuza local de Fukuoka que estaba comprando metanfetamina mantuvo a los chinos alertados sobre la actividad de la Guardia Costera. Compraron a miembros de la Guardia Costera y utilizaron sus fuentes internas para obtener la mayor cantidad de inteligencia posible.

La DEA estadounidense mantuvo su oficina asiática enfocada en el Triángulo Dorado de producción de heroína de Myanmar, Tailandia y Laos. También observó a la República Popular China, que obtuvo la mayor parte de las ganancias de ese triángulo, y Vietnam, que estaba aumentando rápidamente su producción de MDMA. La DEA fue razonablemente cautelosa con el crimen organizado de Japón, pero en términos de trazar los grandes poderes del capitalismo de las drogas, Japón fue un jugador menor en el mejor de los casos.

Japón era un comprador de drogas, no un productor o exportador. No había capos internacionales del negocio de los narcóticos en Japón. La DEA no tenía motivos para interferir, simplemente déjalo en manos de las agencias japonesas, la policía de Tokio, la policía nacional, el Ministerio de Salud, Trabajo y Bienestar, etc.

Las agencias de inteligencia de Japón tenían cierto conocimiento de los criminales mexicanos infames, pero no estaban atentos más que a las figuras buscadas de cualquier otro país extranjero. Los cárteles y narcos latinoamericanos no se involucraban en disputas territoriales ni invadían las aguas territoriales de Japón, por lo que en lo que respecta a las oficinas gubernamentales nacionales, era un problema que estaba, literalmente, a un océano de distancia.

Los inspectores de seguridad en los aeropuertos internacionales estaban allí principalmente para incautar drogas y armas que se traían del exterior del país; no buscaban rostros de fugitivos extranjeros. Si fueras culpable de delitos graves en tu país, podrías pasar la aduana con una sonrisa y fundirte en la gran ciudad. Con el impacto económico de los turistas entrantes creciendo cada año, el intercambio de inteligencia global era más urgente que nunca para las agencias de inteligencia del país.

La DEA podría haber fortalecido su cooperación con las agencias de Japón, pero la CIA la mantuvo a raya, cuyas actividades en el este de Asia tenían su base en Okinawa. Hubo una rivalidad de larga data entre las dos oficinas, y las disputas sobre quién tenía la iniciativa durante las operaciones de drogas en Texas y la Ciudad de México eran regulares. ¿Quién pudo acabar con el capo, ganarse los elogios del presidente y ser invitado a la Casa Blanca? Esa era una pregunta con grandes implicaciones para el presupuesto del próximo año.

Los agentes de la DEA odiaban a los miembros de la CIA por ser "tontos de mierda que persiguen a sus objetivos a través de nuestras operaciones como un perro atado a una silla suelta". Cuanto menos vieran o escucharan de ellos, mejor.

Valmiro Casasola del infame Los Casasolas, "El Polvo", uno de los hombres más buscados del mundo, ya había tomado en cuenta la lucha por el poder de los estadounidenses y la falta de inteligencia de los japoneses, y se durmió en su asiento reclinable en clase ejecutiva., sin preocuparse por ser arrestado en el aeropuerto de Haneda.

Cuando levantó la mano para apagar la luz de lectura y cerró los ojos, pudo sentir que iba a soñar con la ejecución de su familia. Fue uno de esos sentimientos que tuvo.

La pesadilla, que tenía al menos una vez por semana, había sido una constante mucho antes de que el Cartel Dogo asesinara a sus hermanos, esposa e hijos en un atentado con drones en Nuevo Laredo, Tamaulipas. Era algo que había perseguido a Valmiro desde que se convirtió en narco cuando era joven.

En el sueño, los hermanos de Valmiro y sus familias fueron detenidos por un cartel enemigo, torturados y asesinados. Una y otra vez. Todas las horribles atrocidades que podía imaginar se desarrollaron. Por supuesto, Valmiro no podía decir que estaba soñando cuando sucedió. Las cabezas fueron cortadas, los cuerpos desollados y colgados de ganchos, todo carne y hueso, como ganado en una planta procesadora de carne. No pudo decir que era un sueño hasta que despertó, porque cada método de ejecución que vio era real.

Si Valmiro hubiera visto a un psicólogo, habría escuchado que las pesadillas regulares eran un reflejo de “miedo y desesperación”, y que surgían de “tu experiencia pasada de ver a tu padre asesinado por el cartel”, o tal vez simplemente resumido en una sola declaración como "Es PTSD".

Sin embargo, los pensamientos de Valmiro sobre las pesadillas eran diferentes. A lo largo de todos los sueños, solo dos miembros de su familia se salvaron: su *abuelita* y él mismo.

Que fueran solo ellos dos era señal de que el sueño tenía alguna conexión con su dios azteca. Así que Valmiro no vio la visión de su familia siendo ejecutada como un presagio o una advertencia. En todo caso, lo empoderó. La bendición del dios aumentó su resistencia a la desesperación y le otorgó el poder de vencer su miedo a la muerte.

Mis hermanos, esposa e hijos, atados de pies y manos con alambres, con los ojos arrancados, arrojados desde la bodega de carga de un avión al Río Bravo—

Dentro de los sueños, Valmiro observó atentamente estas horribles muertes y luego despertó en la cama, levantándose como si nada hubiera pasado. Se vistió, se lavó la cara, se cepilló los dientes, comió una tortilla y tomó café. Luego viajó en un vehículo a prueba de balas a la oficina en el recinto de Los Casasolas, se sentó frente a una computadora de escritorio, miró los gráficos del suministro de cocaína y realizó llamadas a Colombia y Guatemala.

Él personalmente había realizado muchas ejecuciones de importantes narcos enemigos y sus familias. Había matado a esposas, padres, hijos e hijas. Y no solo narcos. Políticos, jueces, policías y periodistas habían visto correr la misma suerte sobre sus familias. Los Casasolas tuvieron un silbato de muerte. Cuando tocaron el *silbato de la muerte*, apareció un montón de cadáveres.

Valmiro les dijo a sus subordinados: *“Esta es nuestra manera”*. Este es nuestro camino.

Aún así, ningún hombre estaba realmente solo.

Incluso los narcos que cometían ejecuciones extrajudiciales tenían familias, y los *sicarios* que usaban para hacer sus negocios sucios también tenían familiares a quienes mantener.

De hecho, una persona sin conexiones personales que actuó completamente sola no tenía cabida en el capitalismo de las drogas. No importa cuán sanguinario sea, cada individuo tenía que pertenecer a un grupo, y su capacidad para comprender la naturaleza humana era muy apreciada en el negocio. Los humanos entendían la humanidad, y si eras humano, amabas a tu familia. La familia era una fuente de fortaleza y un motivo de lucha. Sin embargo, también fue la mayor y más vital debilidad.

Algunos narcos se convirtieron en caparazones de lo que eran después de que sus hijos murieran en la guerra de los cárteles. Y no fueron los únicos. Los fiscales que dieron discursos audaces sobre la eliminación de todas las drogas en México renunciarían y huirían a Estados Unidos en el instante en que un cartel les enviara una advertencia sobre sus familias.

Una familia puede ser la mayor de las debilidades.

Sin embargo, Valmiro había conquistado esa vulnerabilidad. Al menos, así era como él se sentía al respecto.

Mis hermanos, mi esposa y mis hijos fueron asesinados. Hasta el último. Y mi cartel se hizo añicos. Sin embargo, nunca me convertí en una cáscara sin alma, pensó Valmiro. Mirando hacia atrás, no había derramado una sola lágrima. No importaba si su familia vivía o moría. ¿Qué es la familia? No se refiere a los vivos. Es más como un canto al poder. No hay nada más allá. Y el canto al poder se construye con palabras.

Somos familia. Somos familia.

Los Casasolas construyeron su cartel sobre la base de esas palabras. Reclutaron narcos, entrenaron *sicarios*, formaron una jerarquía y marcharon hacia una guerra sin fin. A través de la batalla de sangre, dinero y muerte, el vínculo más fuerte de todos ató a los cuatro hermanos a su dios azteca. Titlacauan, Yohualli Ehecatl, Tezcatlipoca, los santos nombres, los nombres exaltados. *Somos guerreros, somos fuertes*. Somos guerreros, somos fuertes. Los Casasolas cortaron las cabezas de sus enemigos y los dejaron en el camino a Nuevo Laredo, cocinándose a la luz de Tonatiuh, el dios sol. En el calor árido, el cartel rugió con victoria.

“Somos familia. Somos familia.”

Con el cabello arreglado después de un viaje a una peluquería, una camisa de bolos Gucci en colores tenues y zapatos de cuero fino y brillante, Valmiro pasó fácilmente por la puerta de aduanas del aeropuerto.

Llevaba nueve mil dólares, justo por debajo del límite de la cantidad de dinero que se podía traer a Japón sin declaración.

Su único equipaje era una bolsa de mensajero Gucci que había comprado junto con la camisa de bolos en el centro comercial Grand Indonesia. No había mucho más en él que su billetera, una tarjeta de crédito y un pasaporte fraudulentos, y su teléfono inteligente. En una era de más y más aerolíneas de bajo costo con límites estrictos de equipaje de mano, una persona que viaja con poco peso no atrae el mismo escrutinio que tendría en el pasado. Podrías comprar todas tus necesidades en una tienda de conveniencia. Los turistas amaban las tiendas de conveniencia de Japón.

Estaba lloviendo afuera. Las gotas corrían incansablemente por las ventanas de la terminal internacional de pasajeros, nublando la vista de la pista. Suenaga le había dicho a Valmiro que junio era lluvioso en Japón, pero curiosamente, esta no era considerada la temporada de lluvias, a diferencia de México e Indonesia.

“Japón no tiene una estación lluviosa o seca. Tiene cuatro temporadas”, había explicado Suenaga. “Aunque los límites entre ellos no son tan claros como solían ser”.

Valmiro caminó por la concurrida terminal internacional del aeropuerto de Haneda, observando los recorridos en grupo y su arcoíris de maletas con ruedas y escuchando el agradable eco de los anuncios multilingües. Casi lo único que separaba la entrada aérea a Tokio del aeropuerto Soekarno-Hatta era la falta de Segways.

Después de convertir sus dólares a yenes, Valmiro caminó por el patio de comidas. Había varios restaurantes japoneses en los centros comerciales de Yakarta, por lo que la visión de carteles en japonés no le resultaba particularmente ajena. Sushi y tempura eran conceptos familiares en este momento.

Entró en un asador y pidió en inglés: un solomillo de media libra, bien hecho, con un Kirin para beber.

Mientras la cocina preparaba la carne, Valmiro bebió la cerveza y miró un mapa del área de Tokio, confirmando la ruta entre Haneda y Kawasaki. Ya lo había hecho en el avión, pero el mapa de la región de Kanto le dio una extraña sensación de déjà vu, a pesar de no tener ninguna conexión con el país en el pasado.

El bistec salió en un plato caliente, así que Valmiro dobló el mapa y tomó su cuchillo y tenedor. Pensó para sí mismo mientras cortaba la carne.

¿He visto este mapa en alguna parte antes?

No se me ocurrió nada. Mientras masticaba, examinó el cuchillo para carne que tenía en la mano. Acero inoxidable desteñido, marcado MADE IN JAPAN, doce centímetros de largo, cortado de una sola pieza de metal: un cuchillo integral, hoja y mango de una sola pieza, el peso justo.

Cuando terminó de comer el bistec de solomillo de media libra, usó el interior de su servilleta doblada para limpiarse la boca y bebió la taza de café de cortesía. De camino a la caja registradora con el billete en la mano, buscó otro cuchillo para bistec en una mesa desocupada y, como un mago de teatro, hábil e instantáneamente giró la hoja para ocultarlo debajo de la palma de la mano y la muñeca. Luego se estiró hacia atrás para meterlo en su cinturón detrás de su espalda. El cuchillo para bistec estaba escondido bajo el dobladillo de su camisa de bolos. Este era el mínimo indispensable de armamento de autodefensa. Siempre que el cuchillo proviniera de una mesa diferente a la que él se había sentado, el personal no sospecharía nada de él.

Pagó la cuenta en la caja registradora en efectivo y dijo: "Quédese con el cambio", luego salió por la puerta y pasó junto a un grupo de cuatro que venían en sentido contrario.

No hacía calor, pero la humedad era más alta que en Yakarta.

Valmiro caminó por un camino cubierto fuera de la terminal internacional de pasajeros y hacia una acera de taxis, evitando la lluvia constante. Tomaría un automóvil, no el tren. Quería ver la mayor parte posible de la ruta por carretera de Tokio a Kawasaki.

En el área de taxis, todos los autos se alinearon ordenadamente y esperaron a los clientes; no discutieron ni compitieron por mejores posiciones. No tenía que preocuparse por quedarse con un mal conductor, a pesar del ajetreo del aeropuerto. Suenaga le había hablado de los taxis en Japón, pero no lo había creído hasta verlo por sí mismo.

Un conductor de más de sesenta años apretó el botón para abrir la puerta automáticamente e hizo pasar a un amable indonesio al asiento trasero antes de cerrar la puerta de la misma manera. El conductor sabía suficiente inglés cotidiano para hacer su trabajo.

Valmiro consultó su reloj mientras el taxi se dirigía por la avenida Kampachi-dori. Alguien más ya debería haberse registrado en el hotel de negocios de Tokio para pasar una noche con su alias indonesio. Cuando ese hombre se marchara por la mañana (y cobrara su pago por hacerlo), el rastro documental del hombre indonesio que visitaba Japón llegaría a su fin.

Se suponía que Valmiro iba a recibir un pasaporte falso y una tarjeta de residencia de un peruano de nombre Raúl Alzamora del doctor Kenji Nomura, quien lo esperaba en Kawasaki. El nombre completo de la identidad en estilo hispano era Raúl Emilio Alzamora Misitich, siendo Alzamora su apellido paterno y Misitich su apellido materno. Este era un alias peruano diferente al de "Gonzalo García" en Yakarta. Sobre el papel, Raúl Alzamora ya había estado viviendo en Kawasaki durante más de un año, una ingeniosa construcción para engañar a la oficina de inmigración.

Después de un rato, el taxi llegó al puente Rokugo, que cruzaba el río Tama. Valmiro contempló el río que separaba el Distrito Ota de Tokio de la ciudad de Kawasaki en la Prefectura de Kanagawa y finalmente se dio cuenta de por qué había tenido esa sensación de déjà vu. Casi se sintió tonto por tomarse tanto tiempo para averiguarlo.

El río.

Él sonrió.

Un estuario que corría de oeste a este, formando la frontera entre dos ciudades en Tokio y Kanagawa, y luego desembocaba en la bahía de Tokio. En el mapa, el Tama se parecía mucho al Río Bravo, ese gran río que nacía en Colorado, fluía de oeste a este y formaba la frontera entre América y México hasta que finalmente desembocaba en el golfo. Agua serpenteando de oeste a este y generalmente hacia el sur, separando dos mundos. Todo lo que tenías que hacer era cruzar, y muchas cosas cambiarían abruptamente.

En ambos, el lado norte del río brilló con un capitalismo abrumador. Estados Unidos estaba al norte de México y Tokio estaba al norte de Kawasaki.

Así que este será mi nuevo Río Bravo.

Valmiro se recostó en el asiento trasero del taxi y cerró los ojos, sonriendo.

28

cempöhualli-huan-chicuëyi

Era un hombre de facciones afiladas y mejillas hundidas, tal como dijo Suenaga. Muy cauteloso y frío, pero con modales y voz lo suficientemente tranquilos como para desarmar a cualquier compañero de conversación cauteloso.

Un hombre que parecía encajar perfectamente en el papel de médico de callejón. Para Valmiro, Kenji Nomura parecía ser del mismo tipo que los abogados o contadores contratados por los cárteles.

En el salón de un hotel en Horikawa-cho, Kawasaki, los dos hombres estudiaron detenidamente un catálogo de purificadores de aire y conversaron en inglés. A diferencia de Suenaga, Nomura no podía hablar español.

Haciendo el papel de un hombre de negocios y bebiendo su café, Valmiro preguntó sobre el origen de la cocaína de Nomura. Se enteró de que el suministro del hombre *no* provenía en su totalidad de la yakuza. Tenía su propia y escasa conexión.

Es un tipo interesante, pensó Valmiro, evaluando a Nomura. ¿O tal vez es solo la mafia japonesa lo que encuentro interesante? En los cárteles mexicanos, un abogado o contador que venda aunque sea una centésima de gramo de la cocaína del cártel es hombre muerto. ¿Tiene más libertad de acción porque es un médico clandestino? O tal vez este Nomura tiene un don para los disfraces.

Según el propio Nomura, había estado contrabandeando cocaína desde Taiwán desde que era un anestesiólogo activo. Valmiro imaginó un mapa del mundo de las drogas. Después de derrotar a Los Casasolas, el Cartel Dogo consolidó el este de México y ahora controlaba las rutas hacia América. Que él supiera, todavía no enviaban ningún producto al este de Asia. Y el Cartel de Sinaloa, que controlaba el occidente de México, se centró en Estados Unidos y la UE. Por lo tanto, era muy probable que la cocaína taiwanesa proviniera de alguna nueva potencia en Michoacán o Jalisco.

Las ventas personales de Nomura estaban estrictamente limitadas al área local. Valmiro podría haber prestado su sabiduría y experiencia, pero no había venido a Kawasaki para ayudar en el pequeño negocio de cocaína de un japonés. Además, un verdadero narco no hacía crecer su negocio tan lentamente como una finca cultivaba plantas de marihuana y coca. Tomó tiempo construir una organización, pero cuando llegó el momento de expandir la *empresa*, tenía que actuar tan dramática y explosivamente como una erupción volcánica, tomando *la plaza de tus enemigos* lo más rápido posible.

No había competencia real, solo monopolio.

Cuando un emprendedor tecnológico de Silicon Valley dijo algo así, Valmiro y sus hermanos se rieron al respecto.

“Nosotros inventamos esa línea. ¿Deberíamos demandarlo por infracción?”

Cuando el monopolio y el monopolio chocaron, el resultado fue la guerra. A veces puede durar años.

Valmiro estuvo aquí en esta isla asiática para reunir los fondos que necesitaba para lanzar otra guerra de este tipo.

Los engranajes ya estaban en movimiento.

Capitalismo de sangre. El mercado rojo. Valmiro y Nomura hojeaban el catálogo de purificadores de aire, hablando inglés en voz baja. Un camarero del salón se acercó a la mesa y preguntó: "¿Quiere más café?"

Los dos hombres sonrieron y asintieron.

En el mes anterior a la llegada de Suenaga a Japón, y el año anterior a la llegada del crucero a Kawasaki, él y sus asociados tenían una verdadera montaña de tareas que realizar.

Nomura compró un taller en crisis que fabricaba accesorios en el área de Odasakae, cerca del puerto de Kawasaki. Valmiro lideró la búsqueda de alguien que administrara el taller y encontró un artesano que era una mezcla de japonés y peruano.

Valmiro y Nomura trabajaron día y noche sin descansar. Ninguno dormía más de cuatro horas al día como máximo. La adrenalina corría constantemente fuera de sus cortezas suprarrenales; eran la imagen misma de los empresarios modernos, trabajando en silencio para construir los cimientos de un nuevo monopolio.

Mientras trabajaban juntos, Valmiro hizo que Nomura lo llamara El Cocinero en lugar de su supuesta identidad de Raúl Alzamora. Llamó a Nomura “El Loco” y a Suenaga, que aún no estaba en Japón, “Laba-Laba”. El cocinero, el loco y la araña.

“¿Por qué una araña?” preguntó Nomura. Valmiro le dijo que así llamaban a Suenaga en el gimnasio de escalada en Yakarta.

Valmiro dio las órdenes. Mientras Nomura realizaba su trabajo médico habitual, ingresó el horario de todo el día en una computadora portátil independiente sin conexión a Internet. Los archivos se bloquearon con contraseña y finalmente se eliminaron al final del día. Sin embargo, los datos en sí aún eran recuperables, por lo que destruirían la computadora portátil y su memoria una vez que se completaran los preparativos para su negocio.

- **Organizar la compra de un vehículo usado**
- **A prueba de errores, los medios de comunicación regulares que no son teléfonos celulares**
- **Observar restaurante creado como fachada**
- **Confirmar chop shop que equipará el coche.**
- **Recopile información sobre el personal adyacente al distribuidor**
- **Ir a Saiganji, distrito de Ota**
- **Cruza el río Tama por el puente Rokugo**
- **Cambie la placa de Toyota Alphard al salir**
- **Reunirse con el monje principal**

- **Reunirse con Xia (Xin Nan Long)**
- **Verifique la salud de los niños retenidos en el refugio.**
- **Vuelva a verificar la ruta de envío del producto**

Al final de cada uno de estos días impresionantemente ocupados, Nomura preparó una cena baja en azúcar en la cocina de su casa, bebió mucha agua mineral, luego se mudó al sofá de la sala de estar y tomó un trago de cocaína.

Nomura se creía un hombre muy diligente. Desde sus días en el hospital universitario, siempre se había mantenido al tanto de una agenda muy apretada.

Y había mucho que aprender de El Cocinero, quien probablemente había estado involucrado en el negocio de las drogas en el pasado, aunque nunca lo admitiría.

Nomura escuchó que los latinoamericanos tendían a tratar el tiempo como un concepto relativo, pero tal vez cierta laxitud con el tiempo les permitía un mayor sentido de cautela y complejidad a la hora de planificar actividades delictivas. Los yakuza fueron un excelente ejemplo de esa propiedad a la inversa. A veces, la propensión japonesa a la exactitud quisquillosa no entendía por completo el punto. Quizás no hubo mejor ejemplo que el título yakuza *boryokudan*, o “grupo de violencia”, que no dejaba nada a la imaginación.

Nomura encontró muy emocionante experimentar de primera mano la diferencia en las sensibilidades criminales entre la yakuza y un gánster latinoamericano.

- **Confirmar la hora de salida de Laba-Laba del puerto de Busan**
- **Destruye todos los teléfonos celulares, adquiere nuevos, cambia números**
- **Ir a Saiganji, distrito de Ota**
- **Cruza el río Tama por el puente Daishi**
- **Cambiar placa Mitsubishi Pajero al salir**
- **Reúnase con el monje principal, reúnanse con Xia**
- **Ir al taller de accesorios en Odasakae**
- **Reunión sobre producción de accesorios y cuchillos.**

- **Seleccionar máquinas de trabajo (molinillo, etc.) a adquirir**
- **Reunión sobre medios de transporte en el puerto de Kawasaki**
- **Supervisar la región industrial junto a la bahía**
- **Reunión con Jingliang Hao por satélite**

“Usa esto para comprar una *escopeta*”, dijo El Cocinero, quien se presentó en la oficina de Nomura en Asahi-cho y arrojó un fajo de dólares sobre el escritorio. “Quiero unas cuatro barracudas”.

“¿Qué quieres que compre en la dark web?” preguntó Nomura.

“*Escopeta* significa *escopeta*. No el cóctel. Quiero armas”, respondió El Cocinero.

No había diferencia en su expresión o tono, por lo que Nomura no podía decir si estaba bromeando. Eso pasaba mucho con él.

“Una *escopeta* con silenciador es una barracuda”, explicó El Cocinero. “¿Alguna vez has visto una barracuda? El pescado.”

"No."

"Está bien. Todas las *escopetas* deben ser Remington M870, no fabricadas en China. Deben ser calibre doce. ¿Has visto alguna vez una herida de un *escopeta*?"

“Soy anesthesiólogo, no médico forense”.

“No en tu antiguo trabajo, quiero decir ahora. ¿Nunca te han traído un cadáver golpeado por un *escopeta*? Es tan pacífico en Japón. Una *escopeta* está diseñada para golpear a tu objetivo a corta distancia. Compra tantos perdigones dobles como puedas. Doble-O. Cada proyectil tiene nueve perdigones de plomo en el interior, que miden un tercio de pulgada de ancho. Una vez que reunamos a la gente, haremos las conchas nosotros mismos. En cuanto a los silenciadores...”

"Pensé que las *escopetas*, er, los silenciadores *escopeta*, eran solo accesorios para las películas", dijo Nomura.

"No. Hay una empresa estadounidense llamada SilencerCo que los fabrica. Queremos el Salvo 12”.

Con eso, El Cocinero se fue. Nomura buscó el Salvo 12 en Internet para confirmar que era un producto real, luego investigó un poco sobre el pez barracuda también, no era nativo del área alrededor de Japón. Se enteró de que crecían hasta seis pies de largo y eran temidos por su naturaleza agresiva y dientes afilados.

Una vez que se entregó el Jeep Wrangler para Valmiro, Nomura lo condujo él mismo hasta el taller de desguace en Nakahara Ward, Kawasaki.

El dueño de la tienda, Miyata, era un viejo conocido de drogas de Nomura. Si bien su negocio actual consistía en desarmar autos para piezas, anteriormente era conocido por hacer trabajos personalizados. Había cambiado a desmantelar porque era mejor dinero por el trabajo, y había más trabajos.

"¿A prueba de balas?" repitió Miyata. "Trato de no hacer ningún trabajo para los tipos de traje negro".

"No es un auto yakuza. Te lo prometo", dijo Nomura.

"En ese caso, bien. Pero va a llevar algún tiempo obtener el vaso".

"Eso está bien. Además, queremos ponerle una trampa. ¿Sabes lo que es eso?"

"Por supuesto. Sin embargo, ¿esto es para un distribuidor? No creo que hayamos puesto una trampa en un auto antes".

Una trampa era un compartimento secreto para guardar drogas o armas. Siguiendo las instrucciones de Valmiro, Nomura indicó que quería un salpicadero de doble capa y que debía abrirse con el siguiente mecanismo: girar la llave en el encendido, encender las luces de emergencia y girar los portabebidas móviles un cuarto de vuelta hacia la derecha..

Miyata escuchó sus primeras instrucciones de pedido personalizado en mucho tiempo con gran interés, revisó dos y tres veces cada paso y luego dibujó un diagrama rápido en el acto.

En el segundo piso del restaurante peruano en Sakuramoto que se había convertido en su cuartel general, Valmiro encendió una computadora de escritorio y vio imágenes de la policía de Kanagawa realizando ejercicios antiterroristas. La búsqueda lo llevó a dos tipos de videos en línea: capacitación en un depósito de autobuses en Yokohama y capacitación en una terminal de carga en el puerto de Kawasaki. En ambos estuvieron presentes las fuerzas de control de armas de fuego y los Equipos Especiales de Asalto.

Valmiro sirvió mezcal en un vaso y bebió un sorbo mientras analizaba su equipo. La mayoría de ellos usaban metralletas de 9 mm. El H&K MP5 no era un arma mala, pero el tipo usado en el video de entrenamiento era un modelo de juguete eléctrico que disparaba balas de plástico. Es probable que los videos se hayan enviado a los medios con fines de relaciones públicas, pero aún así fue un choque cultural para Valmiro verlos usar pistolas de juguete. Casi lo hizo preguntarse: *¿Esas balas de plástico endebles realmente tienen algún grado de letalidad que desconozco?* Con el tiempo, aprendió el precio de la munición real en una sociedad que no posee armas como Japón. Era similar a cómo el valor de la cocaína a nivel de calle aquí era millas por encima de México.

La policía especial parecía más un escuadrón de rescate. Cuando terminó de mirar, Valmiro tomó otro trago de mezcal y murmuró: "Estos no son como los tipos con los que peleamos en México". Hao de Xin Nan Long había dicho que el SST de Japón era duro, pero ese grupo era parte de la Guardia Costera. No estarían chocando con el SST.

- **Prueba de fuego real (barracudas) en el chop shop en Nakahara**
- **Prueba de rotura de puertas (barracudas)**
- **Prueba de pilotaje de drones**
- **Laba-Laba llega a Kawasaki, hora incierta**
- **Encuentro con comerciante de ganado**
- **Haga arreglos para comprar un toro (de lidia)**
- **Transportar mesa de operaciones y luces a Saiganji**
- **Destruye todos los teléfonos celulares, adquiere nuevos, cambia números**

Cuando Suenaga finalmente llegó a Kawasaki a fines de julio, Nomura transmitió las instrucciones del jefe peruano una vez más: "No usar nombres reales en ninguna comunicación".

Los alias eran un protocolo básico para evitar que alguien fuera identificado inmediatamente.

Gonzalo García, alias Raúl Alzamora, alias El Cocinero, el Cocinero.

Michitsugu Suenaga, alias Laba-Laba, la Araña.

Kenji Nomura, también conocido como El Loco, el Loco.

El monje principal de Saiganji, también conocido como La Cruz, la Cruz.

Todas las demás personas involucradas en el negocio tenían un nombre en clave, y todos tenían prohibido usar nombres reales en la comunicación. La Chatarra (El Junker), El Barril (El Barril), La Cerámica (La Cerámica), El Taladro (El Taladro), Nextli (Cenizas), Malinalxochitl (La Hechicera). Los títulos eran una mezcla de español, indonesio y náhuatl, lo que seguramente ayudaría a confundir a cualquier investigador o mafioso local que intentara identificarlos.

El barco aún no había llegado.

Pero quedaban innumerables trabajos por completar. Incluso si lograran monopolizar un nuevo mercado, las hienas aparecerían en poco tiempo, siguiendo el olor del dinero.

Bajo las órdenes de El Cocinero, Laba-Laba y El Loco trabajaron incansablemente, día y noche, en Ota y Kawasaki, bajo el supuesto de que ya había enemigos que amenazaban el dominio del mercado de la operación.

No importa con qué frecuencia se ofreció Nomura, Valmiro se negó a reunirse con gánsteres japoneses. Rápidamente se hizo difícil para Nomura darle excusas.

A través de Nomura, Valmiro obtuvo mucha información sobre qué tipo de hombre era Reiichi Masuyama de Senga-gumi, pero continuó rechazando cualquier interacción en persona. Todavía era demasiado pronto para eso.

“Cuando sea el momento adecuado, lo veré”, le dijo Valmiro a Nomura.

El momento adecuado, en su opinión, fue después de haber criado a un local, aquí en este país, esta ciudad, para que fuera su herramienta confiable y letal: un *sicario*.

29

cempöhualli-huan-chiucnähui

En la vegetación a lo largo del río Tama, que se había convertido en un lugar de compra oculto para los usuarios de drogas de Kawasaki, un vendedor llamó a la ventana lateral de una minivan estacionada. Dentro del Honda Stream negro estaba el gerente de un club anfitrión, un afiliado de una organización quinaria bajo el Senga-gumi. Su novia, una anfitriona, también estaba presente. Eran clientes familiares para el vendedor.

Pero esa noche, no hubo respuesta a la llamada del vendedor. Presionó su frente contra la ventana del pasajero delantero para mirar dentro. Ambas personas estaban inconscientes. Estaban muertos, intuyó el vendedor.

Al principio, sospechó que habían desviado el escape hacia el interior en un doble suicidio, pero el motor no estaba encendido. Eso solo dejaba una causa para sus muertes.

"Sobredosis", murmuró en voz baja. La habían jodido.

La conjetura del vendedor fue más o menos correcta, aunque no en todos los aspectos.

Los dos dentro del auto habían consumido metanfetamina y la mujer tuvo un mal viaje. Cuando miró a su novio en el asiento de al lado, vio un cangrejo partido en dos. El rostro ensangrentado de su madre estaba tratando de salir del desgarrón en el medio. Su madre había muerto hacía años, luchando bajo una montaña de deudas ineludibles. La mujer estranguló al hombre, su miedo asistido por la psicosis le dio una fuerza anormal. Al final, el hombre no pudo dominarla y se asfixió. Entonces la mujer se desmayó.

Cuando despertó, notó que su pareja se desplomó contra el volante, pero no llamó al 119, el número de emergencia de Japón. En lugar de llamar a una ambulancia, inhaló todo el polvo que le quedaba, lo suficiente como para que su corazón se detuviera.

El vendedor se puso en contacto con Senga-gumi, quien envió a dos hombres a recuperar los cuerpos y llevarlos a su médico del mercado negro en Asahi-cho.

Nomura examinó los cadáveres, particularmente las marcas de compresión en la garganta del hombre, y tomó un teléfono inteligente con un número que había cambiado recientemente: las órdenes de El Cocinero. Hizo una llamada a Reiichi Masuyama de Senga-gumi.

"Hola, soy Nomura".

"¿Cambiaste tu jodido número otra vez?" espetó Masuyama. "No voy a contestar la próxima vez".

"Parece que la mujer que me enviaste tuvo una sobredosis", informó Nomura sucintamente, "pero ella estranguló al hombre primero".

"¿No de la otra manera?"

"No. La mujer mató al hombre".

"Maldición. ¿No es una locura? —gruñó Masuyama. "¿Por las drogas?"

"Presumiblemente."

"Bueno, ninguno de los dos es importante, así que adelante y sácate los riñones".

"Entiendo que el hombre es miembro de uno de sus grupos de quinto peldaño".

"¿Y?"

"¿Necesitas celebrar un funeral?"

"¿Funeral?"

"Solo pregunto si lo necesitas en un ataúd o no".

Preguntar era una simple formalidad procesal. Nomura conocía la respuesta de Masuyama antes de plantear la pregunta. El gerente de un club anfitrión en una organización del quinto peldaño era un bruto común, un peón de libre disposición.

"No, no necesita un puto funeral", dijo Masuyama.

"Está bien. Si no necesitas un cuerpo después, los dismantelaré a ambos".

"Haz lo que te de la gana". Masuyama se rió entre dientes. "Ustedes están enfermos, Nomura. Fanáticos de las autopsias.

Masuyama vio a Nomura como una especie de psicópata altamente educado, pero no lo llamó "El Loco". Ni siquiera sabía que existía el apodo. No sabía nada de El Loco, Laba-Laba o El Cocinero.

Nomura llamó a Suenaga y luego contactó al jefe, El Cocinero.

Valmiro había comprado el restaurante peruano en Sakuramoto, Kawasaki, y vivía en la oficina del piso de arriba. El restaurante se llamaba Papa Seca, por el amado bocadillo de papa seca.

Dejó a Sakuramoto por Asahi-cho en el Jeep Wrangler equipado. Nomura y Suenaga lo estaban esperando.

Valmiro examinó el cuerpo de la mujer en la camilla y luego miró al hombre en el suelo. Ambos estaban todavía vestidos. Solo había una mesa, por lo que el suelo era el único lugar para ponerlo.

Agachándose, Valmiro le quitó los zapatos de cuero al muerto. Sacó una navaja plegable del bolsillo de su camisa y con cuidado cortó la punta del zapato en su mano, revelando una pequeña bolsa de plástico metida en un bolsillo allí.

"¿Cocaína?" preguntó Nomura.

En lugar de responder, Valmiro tiró el contenido de la bolsa sobre la mesa, metió el dedo meñique en el polvo y le dio un poco de sabor. Nomura y Suenaga hicieron lo mismo.

"Eso es *basuco*", dijo Valmiro.

Nomura miró a Suenaga, quien solo frunció el ceño. Ninguno de los dos había oído hablar de él.

"Es pasta de coca, polvo de ladrillo y ácido sulfúrico", explicó Valmiro, haciendo un gesto de mezclar con las manos. "Lo venden por todas partes en Colombia. Es una mierda absoluta, tan barata como un caramelo. No puedo creer que alguien lo esté vendiendo aquí".

Nomura y Suenaga realizaron las extracciones de riñón en los dos cadáveres juntos, extrajeron los cuatro y los almacenaron en un refrigerador. Valmiro los observó trabajar con rapidez y precisión y consideró el estado actual del acuerdo comercial.

Una vez que se han cosechado los riñones, Senga-gumi obtiene el noventa y seis por ciento y Nomura obtiene el cuatro... aunque solía ser tan bajo como dos por ciento. Aún así, cuatro no es nada. Los yakuza van a exigir lo mismo para nuestro negocio del corazón. Necesitamos cambiar su forma de pensar sobre el asunto en un futuro cercano... Necesitamos tomar la iniciativa...

"¿Ahora que?" inquirió Suenaga mientras se quitaba los guantes de goma ensangrentados.

"Nos deshacemos de ellos", dijo Nomura.

"¿Podemos hacer lo que queramos con el resto?"

"Nos dieron el visto bueno".

Suenaga se volvió para mirar a Valmiro. "¿Deberíamos usarlos para prácticas de tiro?"

Era consciente de que El Cocinero prefería tener un blanco real para disparar a una persona recortada en cartulina. Un cuerpo real ayudó a entrenar a un verdadero *sicario*.

Sin embargo, un objetivo que ya estaba muerto no significaba nada para Valmiro. En el mejor de los casos, podría ser útil para las pruebas de IED. Sacudió la cabeza.

Entonces Suenaga ofreció su idea. "En ese caso, ¿por qué no los llevamos al refugio en Ota?"

Nomura había estado pensando lo mismo.

La sala de cirugía bajo Saiganji ya estaba configurada con el último equipo para cuando su negocio estuviera listo para comenzar. Las luces estaban instaladas y había mucho más equipo del que Nomura podía acomodar en su oficina.

Su producto futuro era comer alimentos saludables en el refugio, absorber luces artificiales especiales destinadas a imitar la longitud de onda de los rayos del sol y crecer en las mejores condiciones posibles. Era demasiado pronto para cosecharlos. Tuvieron que esperar a que llegara el barco desde Indonesia antes de poder empezar a vender corazones frescos.

"La sala de cirugía ha estado vacía todo este tiempo", dijo Suenaga. "Si tenemos cuerpos libres para usar como queramos..."

Fue la oportunidad perfecta para probar las nuevas instalaciones.

Valmiro fumó un cigarrillo, sus ojos oscuros por la concentración. El asintió.

Los dos cuerpos sin riñones estaban programados para ser transportados a Saiganji. Pero estos eran cuerpos humanos reales, y era demasiado arriesgado simplemente arrojarlos a un automóvil y conducir, como lo hicieron los Senga-gumi.

Naturalmente, los tres hombres tenían un plan sobre cómo lidiar con este problema.

Llamaron al consultorio médico al hombre cuyo nombre en clave era El Barril. El japonés de cuarenta y nueve años dirigía una empresa privada que vendía gas propano en Takatsu Ward, Kawasaki. Le encantaba apostar en carreras de caballos y bicicletas, y regularmente le compraba cocaína a Nomura.

Valmiro le dio al hombre su nombre basado en el rol que desempeñaría dentro del negocio.

El nombre El Barril proviene de sus bombonas de propano, la mayor de las cuales pesaba cincuenta kilogramos. El Barril modificó los botes más grandes, dándoles interiores más grandes, perfectos para transportar cuerpos y órganos.

Si por casualidad los detuvieran para una inspección, ningún oficial de policía diría: "Abre tu bote de propano para mostrarme lo que hay dentro". Ni siquiera lo pensarían posible. Los botes modificados bien podrían haber sido ataúdes en un coche fúnebre.

Si había un problema con ellos, era el espacio. Una mujer pequeña apenas cabría dentro del bote de cincuenta kilos, pero un hombre no. Sin embargo, ese fue un desafío bastante fácil de resolver. Nomura y Suenaga cercenaron las extremidades del hombre por las articulaciones para hacerlo más compacto.

El Barril metió las ramas en un bote más pequeño de treinta kilos que estaba modificado de manera similar, lo cargó entre un montón de tanques comunes y condujo hacia el norte por la ruta nacional, cruzando con seguridad el puente sobre el Tama.

No había un solo cuerpo en el mundo que se desperdiciara por completo. Después de al menos diez horas desde la muerte, la parte más valiosa del cuerpo, el corazón, ya no era viable, pero todo lo demás podía venderse, como colmillos de elefantes escalfados de África.

Cien mil yenes por globo ocular, hasta un millón dependiendo de la condición.

Cinco millones de yenes por el páncreas.

Dos millones de yenes por gramo de médula ósea.

Quinientos mil por ligamento.

Doscientos mil por la vesícula biliar.

Ciento cincuenta mil por un tobillo.

Cincuenta mil por una muñeca.

Todo podría salir por un precio más alto. En la sala de operaciones del sótano de Saiganji, cerca de donde dormían los niños indocumentados, Suenaga cortó alegremente los cadáveres. Gotas de sudor se formaron en su frente mientras trabajaba con el bisturí. Era una práctica común detener la circulación de aire al realizar una cirugía. Suenaga se apegó a esa regla, incluso cuando trabajaba en un cadáver.

“Es una lástima lo de la sangre,” murmuró, mirando los paquetes de sangre vacíos.

Treinta mil yenes por litro de sangre.

La sangre en los cuerpos sobre las mesas había dejado de circular en el momento en que sus corazones fallaron y se estableció el livor mortis.

“¿Qué haremos con el cráneo?” preguntó Nomura, que estaba esterilizando la sierra para huesos y los separadores de láminas en agua hirviendo.

Suenaga se quitó los guantes de látex, se secó el sudor de la frente y tomó su teléfono inteligente. Llamó a El Cocinero, que había regresado a la oficina en Sakuramoto, y repitió la pregunta de Nomura en español.

“¿Qué debo hacer con el cráneo?”

“Dáselo al artesano”, respondió Valmiro. “A la Cerámica.”

Dáselo al artesano. La Cerámica.

Usando una sierra quirúrgica oscilante, Nomura y Suenaga quitaron las dos cabezas, les afeitaron el cabello y les quitaron el cuero cabelludo.

Cien mil yenes por cuero cabelludo.

"Entonces, ¿vamos a enviar esto directamente al taller?" Suénaga se rió.

“No, deberíamos prepararlos un poco más”, dijo Nomura. “Creo que tenemos algo de carbonato de sodio en el armario de suministros”.

“¿Vamos a hervirlos nosotros mismos?” preguntó Suénaga. “Ya ni siquiera obligan a los estudiantes de medicina a hacer modelos de esqueletos reales”.

“No es un modelo. La nuestra es una obra de arte”, respondió Nomura.

Colocaron una olla grande llena de agua y carbonato de sodio sobre una estufa y se turnaron para hervir las dos cabezas, ajustando cuidadosamente el nivel de calor. Cuando las fibras musculares se ablandaron, usaron curetas quirúrgicas y cepillos de dientes para quitar el material hasta que quedaron los cráneos desnudos.

El resto quedaría en manos del artesano.

Si quitaran la parte superior del cráneo y le dieran la forma de un plato, puliéndolo hasta obtener un acabado fino, podría venderse por bastante dinero en ciertas áreas del sur de Asia. Hubo un tiempo en que el cráneo humano y la fe religiosa estaban estrechamente conectados en todo el mundo. Todavía había personas hoy que adoraban el cráneo como un objeto sagrado.

La Cerámica.

El taller de accesorios del hombre estaba muy cerca de una fundición, y el puerto de Kawasaki estaba en el lado este del canal. Por el momento, solo un hombre trabajaba allí, donde la sal era espesa con la brisa.

El verdadero nombre de La Cerámica era Pablo Zaha; nacido de padre peruano y madre japonesa y criado en la ciudad de Naha en Okinawa. Su nombre completo era Kiyotake Pablo Robledo Zaha. Robledo era el apellido de su padre y Zaha era el apellido de su madre de Okinawa. Pablo era el mayor, seguido de un hermano y una hermana menores. Después de la muerte de sus padres, los hermanos de Pablo se fueron de Okinawa y no los había vuelto a ver desde entonces. No tenía idea de dónde estaban o qué estaban haciendo ahora.

Cuando era joven, Pablo soñaba con ser futbolista, pero desistió de la idea cuando comprendió lo pobre que era su familia. Ni siquiera pudo conseguir un balón de fútbol como regalo, y mucho menos unos tacos. Pensó en robar los zapatos de su amigo, pero sabía que eventualmente lo atraparían. Como no podía unirse a un club local, sus únicas posibilidades de jugar provenían de los juegos informales en los parques locales y lotes baldíos.

Ser profesional en tales circunstancias significaba que tenías que mostrar un don para el deporte cuando eras niño. Pablo entendió eso. Tenías que ser un genio, y él no lo era.

Para ayudar a sus padres, Pablo tuvo que empezar a trabajar después de graduarse de la escuela secundaria, el final de la escolaridad obligatoria en Japón. Sin embargo, no quería un trabajo cualquiera. Tenía un nuevo sueño para reemplazar el del fútbol.

En su segundo año de secundaria, Pablo vio una colección de cuchillos plegables en la casa de un amigo. De hecho, era la colección del padre de su amigo. Si bien había imaginado que una colección de cuchillos involucraría muchas hojas grandes y temibles, todo lo que vio en el estuche cuidadosamente ordenado fue un grupo de mangos de bolsillo. Cada una de las hojas pulidas estaba metida a la perfección en su empuñadura, mantenida fuera de la vista. Los mangos estaban hechos de varios materiales, como madera y concha, y Pablo no se cansaba de ellos. Eran todas piezas únicas, creadas por el ojo atento del cuchillero. Cuando las hojas curvas aparecieron desde el interior de los mangos, Pablo vio un pájaro posado en la rama de un árbol que desplegaba sus alas. Todo lo que se necesitó para que las armas volvieran a ser del tamaño de un bolsillo fue volver a plegar el ala de acero.

La idea ya estaba en su cabeza cuando salió de la casa de su amigo.

Quiero ser cuchillero.

Una empresa en Okinawa fabricaba y vendía cuchillos de línea de montaje producidos en masa, pero si querías hacer hermosos cuchillos personalizados de una sola pieza, tenías que aprender con un artesano independiente. Si Pablo fuera aprendiz, tendría que trabajar prácticamente sin pago por un tiempo. Eso no mantendría a sus padres, por lo que Pablo tomó un trabajo en la compañía de cuchillos producidos en masa, y durante su tiempo libre fuera del trabajo, estudió el arte de la fabricación de cuchillos de forma independiente.

Pablo era bueno con las manos y sus esfuerzos valieron la pena. A veces visitaba los talleres de los cuchilleros más famosos. La mayoría asumió que era un espía de la compañía de la cadena de montaje que intentaba robar sus secretos y rápidamente lo prohibieron en su propiedad, pero una pareja quedó impresionada por la pasión del niño por el arte y pasó algún tiempo con él.

Brian Toledo fue el cuchillero más amable con Pablo.

Brian llegó a Okinawa como infante de marina a los veinte años y nunca había visto un mar más hermoso. Se quedó en Okinawa después de dejar los marines, se casó con una mujer japonesa, fundó un taller de fabricación de cuchillos en Naha y había estado trabajando allí durante más de veinte años. Brian tenía fans en todo el mundo. Dos veces al año, regresaba a su casa de Texas para eventos de cuchillos personalizados, donde mantenía entrevistas con publicaciones entusiastas de los cuchillos de todo el mundo. Las piezas que trajo con él se agotaron antes del mediodía, por lo que los escritores tuvieron que obtener sus imágenes la noche anterior al evento.

Cuando el joven Pablo visitó el taller de Brian Toledo, el mayor dejó de trabajar, molió algunos granos de café y preparó una taza para ambos. Luego le enseñó a Pablo varios secretos invaluable para la fabricación de cuchillos.

A los diecinueve años, Pablo ingresó su propio cuchillo plegable en un concurso organizado por una revista japonesa entusiasta del cuchillo y ganó con grandes elogios de los jueces. Pero debido a que se ganaba la vida en la fábrica de cuchillos, había presentado su trabajo con sus iniciales en español, por temor a represalias dentro de la empresa. Su oficio fue una rebelión contra el estilo de producción en masa de la empresa; una traición al patrón. Cuando la revista le pidió una entrevista después de su éxito, lo más que pudo hacer fue una breve llamada telefónica.

Cuando el problema llegó a su departamento, Pablo lo abrió en la página con fotos de su cuchillo. Observó el pie de foto impotente debajo de las imágenes: *Por relaciones públicas, trabajadora de la empresa, Naha*. PR fue Pablo Robledo.

Trabajó muchas horas extra en su trabajo y participó en las etapas de planificación de muchos productos de la empresa, pero nada de su trabajo generó ahorros. Con su bajo salario, todo ese dinero volvió a su familia.

Como graduado de secundaria, Pablo no entendía que la empresa se estaba aprovechando de él. *No soy el único pobre, pensó. Okinawa mismo está luchando por la larga, larga recesión. Las únicas personas que lo tienen bien son los de las islas principales que vuelan hasta aquí para pasar un tiempo en sus casas de vacaciones.*

Hoy, los padres de Pablo se habían ido hacía mucho tiempo y él tenía una esposa y una hija de dos años que mantener. Necesitaba más dinero para mejorar sus vidas. Así que Pablo se armó de valor y renunció a la empresa. Había estado trabajando allí sin parar desde que se graduó de la escuela secundaria, pero ni siquiera le dieron una fiesta de despedida.

Pablo dejó a su esposa e hija en Naha y fijó su mirada en Kawasaki en la prefectura de Kanagawa porque escuchó de una comunidad peruana allí.

Sin embargo, fue un desafío encontrar el trabajo adecuado en un lugar desconocido. Las empresas de cuchillos del mercado masivo en Kanagawa estaban sufriendo y no buscaban contratar fuera del período de contratación anual. Tampoco podía convertirse en aprendiz de cuchillero independiente: Pablo no tenía reputación en ese mundo y estaba entrando en años.

Dentro de la comunidad de expatriados peruanos, escuchó acerca de un fabricante de autopartes y trató de conseguir un trabajo con ellos, pero cuando fue a una entrevista, la oficina estaba llena de trabajadores extranjeros de varios países, la mayoría de los cuales fueron rechazados. El trabajador japonés que manejaba la fila de entrevistados le preguntó a Pablo si tenía tarjeta de residencia. Sacudió la cabeza y en silencio dejó la línea. No necesitaba una tarjeta de residencia. Pablo Zaha era ciudadano japonés.

Para obtener más información sobre trabajos, comenzó a visitar un restaurante llamado Papa Seca en Sakuramoto y habló con los peruanos que viven en Kawasaki. Algunos de ellos habían trabajado por contrato con empresas abusivas por desesperación. Un hombre no pudo encontrar trabajo y recolectó latas para vender hasta que la comunidad local de personas sin hogar se unió a él. Otra persona atacó y ahuyentó a un traficante de drogas de Bangladesh que pasaba el rato en el parque donde se reunían los peruanos. Había una base militar estadounidense en Kanagawa, y los peruanos locales se encontraban en peleas con los soldados la mayoría de las veces. Al escuchar todas las historias de sus luchas, Pablo se dio cuenta de que las cosas no eran tan diferentes de Okinawa.

¿Por qué incluso vine a la isla principal? se preguntó con tristeza una noche mientras tomaba un plato de frijoles canarios. Fue entonces cuando Raúl Alzamora le habló.

“Oí que puedes hacer cuchillos.” Escuché que puedes hacer cuchillos.

Cuando vio por primera vez a Raúl, Pablo pensó que era un trabajador de una fábrica resfriado. Iba vestido como si acabara de hacer un turno, con una gorra de trabajo color caqui y una máscara blanca sobre el rostro que nunca se quitaba.

Raúl solo hablaba español latinoamericano, a lo que Pablo respondió con el español que había aprendido de su padre. Raúl aseguró que era peruano, pero Pablo no le creyó.

Pablo nunca había vivido en Perú, pero estaba claro que Raúl tenía aún menos apego por la música folclórica que salía de los parlantes colgados del techo y el tradicional ceviche peruano. Uno esperaría que un peruano que viene aquí por trabajo se sienta más sentimental con su país de origen. Cuando supo más tarde que Raúl era el dueño del restaurante, Pablo quedó impactado.

Raúl tenía dinero y le compró una cerveza a Pablo. También le ofreció un cigarrillo, pero Pablo no fumaba.

Mientras bebía la cerveza, Pablo explicó sus antecedentes. Sacó el viejo recorte arrugado de la revista para mostrarle a Raúl la foto de la navaja que hizo para ganar el concurso a los diecinueve años. El hombre examinó la imagen y la elogió con voz tranquila y firme. Pablo pudo sentir que el comentario no era una adulación sino una opinión honesta. Envalentonado, Pablo mostró foto tras foto de su teléfono inteligente de las diversas cuchillas que había fabricado. Raúl los examinó a todos de cerca, elogiando a cada uno. Cuando apareció una foto de la familia de Pablo entre los cuchillos, Raúl preguntó: “¿Estás buscando trabajo?”.

“Tengo una esposa y una hija en Okinawa”. Pablo rió con aire de culpabilidad. “Es hora de dejar de hacer turismo y comenzar a enviarles dinero”.

La segunda vez que se encontraron en el restaurante peruano, Pablo notó la oscuridad en el fondo de los ojos de Raúl Alzamora. No había visto eso la primera vez. Tal vez el hombre había disfrazado hábilmente esa parte de sí mismo.

Por encima de la máscara que cubría la mitad de su rostro, los ojos de Raúl eran tan pesados como una hoja de acero de tungsteno. No alzó la voz ni se puso furioso como un borracho, pero Pablo nunca había conocido a nadie que poseyera un aura tan aterradora.

Aún así, Raúl tenía dinero.

Y él le había ofrecido un trabajo.

Un trabajo salido de los sueños más salvajes de Pablo.

“Llámame El Cocinero”, dijo.

El trabajo en sí fue más grande de lo que Pablo podría haber esperado. Fue en un taller en Odasakae propiedad de Raúl Alzamora—El Cocinero—y sus socios comerciales. Tenían todo el equipo. El producto principal eran los accesorios de plata, pero a Pablo también se le permitió fabricar cuchillos personalizados para la venta.

También le dieron un espacio para vivir y tres meses de salario para empezar. Envió parte de él a casa a su esposa, luego fue a un peluquero por primera vez en mucho tiempo. Después de mudarse del albergue barato al apartamento, se presentaba en el taller todas las mañanas.

De vez en cuando aparecían dos japoneses, uno apodado Laba-Laba y el otro apodado El Loco. Ambos eran socios comerciales de El Cocinero y copropietarios de la tienda.

Una tarde de abril, Laba-Laba se sentó en el sofá del taller y encendió un porro descaradamente. Le dio a Pablo un golpe o dos. Esto no era nuevo para Pablo; Brian Toledo, el ex marine, también había fumado en la parte trasera de su taller.

Laba-Laba inhaló profundamente y luego examinó la navaja plegable que Pablo había construido desde el mango hasta la hoja. "¿Hiciste esto tú mismo?"

"No había nadie más para hacerlo conmigo". Pablo se rió. "Obtuve la culata de acero y el material del mango y lo diseñé yo mismo".

"¿Cómo hiciste la espada?"

"Primero, visualicé la forma general, luego la corté del acero a lo largo de las líneas de marcado. Es así de simple. Después de eso, es solo pulir".

"Es un trabajo increíble", elogió Laba-Laba. "Podrías vender esto por mucho. Tenemos que rezar para que no tengas demasiados coleccionistas persiguiéndote".

El tiempo de Pablo en el taller fue como un sueño hecho realidad.

Puso todo su esfuerzo en todo lo que creó allí, no solo en cuchillos. Estudió todo lo que pudo de la marca Chrome Hearts, el "Rey de la plata", y cada anillo y colgante de plata que creó se vendió como la pólvora en línea. Tampoco eran simples copias de las obras de un creador más popular. Toda marca excelente necesitaba características que ninguna otra empresa ofrecía.

La mejor pista vino de su empleador, El Cocinero. "Deberías usar las antiguas civilizaciones de Perú como modelo", sugirió. "Incorporar diseños del Imperio Inca".

De esta manera, la orfebrería de Pablo desarrolló un estilo único que solo se podía encontrar en su pequeño negocio.

No tuvo quejas sobre el tratamiento. Obtenía más del doble de la paga de su antigua empresa, y el éxito repentino fue casi desconcertante. Una vez que las cosas se calmaron, quiso llevar a su esposa e hija a Kawasaki, pero sospechaba que eso nunca sucedería.

El dinero era demasiado bueno. Algo más estaba pasando. Demasiadas cosas insinuaban una verdad más oscura: los alias que todos usaban, la aterradora profundidad de los ojos de El Cocinero, incluso el comentario casual que hizo Laba-Laba mientras examinaba su cuchillo.

“Tenemos que rezar para que no tengas demasiados coleccionistas persiguiéndote”.

¿Quiénes eran estos tres hombres? ¿Traficantes de drogas? El hecho de que Laba-Laba fumara hierba no lo convertía en traficante. Y aunque lo fueran, no habían obligado a Pablo a vender nada por ellos. Al menos no por ahora. Solo iba al taller, creaba accesorios de plata y fabricaba cuchillos personalizados. Sus oficios eran intransigentes y valían cada centavo que cobraban sus jefes. Pero aun así...

Pablo nunca pudo descartar la idea en el fondo de su mente de que este era un trabajo peligroso. No era el trabajo en sí, sino la sensación de que había algo más de lo que se veía a simple vista en esos tres hombres. Si Pablo iba a saltarlos, más temprano que tarde.

Pero, ¿qué otros trabajos hay para mí? se preguntó Pablo. No tengo educación. No puedo alimentar a mi familia lavando platos. Lo importante es mantener a mis niñas y mantenerlas felices. No puedo hacer eso sin dinero, dinero, dinero...

“Quiero que me hagas una pieza personalizada, La Cerámica. Es una petición extraña, pero sé que puedes hacerlo”.

La tarde después de que El Cocinero lo llamara para un trabajo especial, los materiales para el artículo aparecieron en la tienda. Un hombre de una compañía de gas propano tenía un bote especialmente modificado que almacenaba cráneos reales.

Pablo no tenía educación médica, pero había trabajado con canillas de ganado para hacer mangos de cuchillos antes. La textura de los huesos le informó que no se trataba de accesorios, sino de auténticos cráneos humanos.

¿De dónde habían venido? Pablo no se imaginaba que El Cocinero se lo diría si se lo preguntaba.

Los dos cráneos eran de diferentes tamaños y aún estaban frescos. Habían estado adheridos a cuerpos en el pasado reciente. Había un gráfico de diseño para el pedido personalizado adjunto a las calaveras.

Fuera lo que fuera lo que Pablo estaba haciendo y quienquiera que lo comprara, estos no eran materiales legales. Nunca antes había trabajado en algo así. En ese momento, a Pablo le pareció ridículo que se hubiera preocupado por la idea de que sus jefes lo obligarían a vender drogas. Eso hubiera sido preferible. Canceló todo lo que tenía en su agenda del día y se sentó solo en el taller, frente a dos cráneos nuevos de fuentes dudosas y desconocidas.

Pablo las envolvió en papel de periódico para que no se tocaran y las metió en una caja para materiales para mangos de cuchillos. Apagó las luces, salió y cerró la puerta. En el exterior del edificio largo y plano había un letrero que decía RIVERPORT METAL. El Cocinero y los demás habían mantenido el nombre cuando compraron el taller, por lo que en el papel, el nombre de la empresa era Kawasaki Riverport Metal, Ltd.

Pablo caminó hacia el puerto, escuchando música en un par de auriculares inalámbricos. Compró un reproductor de MP3 en una tienda de electrónica en Kawasaki y lo llenó con nada más que blues de Texas. Eso fue todo lo que Brian Toledo, cuchillero extraordinario, escuchó en su tienda.

Brian le había dicho que siempre moliera los granos para su café, por lo que normalmente Pablo nunca bebía café enlatado. Hoy, sin embargo, compró una lata en una máquina expendedora y se la bebió mientras caminaba. No le importaba el sabor. Observó el humo que salía de la ferretería, observó el mar, observó las gaviotas y observó el ir y venir de los portacontenedores. También miró algunas fotos de su esposa e hija guardadas en su teléfono. Permitir que El Cocinero viera los rostros de su familia se sintió como un error fatal. "¿Qué he hecho?" murmuró al océano.

Tendría que rechazar el trabajo. Apretando la lata de acero firme lo suficientemente fuerte como para arrugarla, Pablo volvió al taller. Tenía la intención de llamar cuando volviera. Le diría a El Cocinero que no podía hacerlo. Repitió la frase una y otra vez, para convencerse a sí mismo más que nada. *No puedo, no puedo, no puedo.*

Demasiado tarde.

Cuando Pablo abrió la puerta del taller, lo recibió el sonido de un hombre que hablaba español.

Sentado en la silla frente a la mesa de trabajo en la oscuridad interior estaba El Cocinero. Con un cigarrillo en la boca, miró las dos calaveras que había sacado de la caja de Pablo y las colocó en el banco.

"¿Aclaraste tu cabeza?" preguntó El Cocinero.

Pablo encendió la luz y tiró la lata de café vacía a la basura. Miró por la ventana. Las ramas de un cerezo en flor, sin flor, ondulaban con la brisa. "El Cocinero, lo siento, pero..."

"Haz lo que puedas para ganar tu dinero", dijo Valmiro Casasola, interrumpiendo a Pablo. "Puedes encontrar personas en cualquier lugar que digan algo así sin una pizca de vergüenza. Cualquier país, cualquier ciudad. ¿Tener un bajo índice de criminalidad en un área significa que todas las personas que viven allí son santos? Por supuesto que no. Pero solo porque alguien dice, 'Haz lo que puedas para hacer tu dinero', no significa que lo seguirán con 'Y mataré a cualquiera que intente detenerme'. Eso es una cosa diferente. Si se alteran, podrían matar a uno o dos, seguro. Sin embargo, no querrás volverte loco y matar a diez personas. Eso hace que te metan en la cárcel, haciendo que todo carezca de sentido. La gente normal realmente no sabe cómo matar, pero es muy fácil para ellos entender este simple lema: 'Haz lo que puedas para hacer tu dinero'. Incluso los universitarios mocosos lo hacen. Sin embargo, no se dan cuenta de que significa lo mismo que 'Mata a cualquiera que intente detenerte'. Es exactamente la misma maldita cosa. Eso es capitalismo. Ya ves, La Cerámica, esas calaveras las vas a hacer tú. No tienes otra opción. Vas a esmerilar la parte superior del cráneo con una escofina de metal, pulirlo con un poco de papel de lija fino y acercarlos lo más que puedas a la forma de la embarcación en el gráfico. Usted hace eso y los vendemos en algún lugar de Asia por mucho dinero en efectivo. No necesitas saber nada más que eso. Trabaja aquí y gana tu dinero, La Cerámica. Quieres un coche, ¿verdad? Necesitas ropa. Tienes que llevar a tu hija a la universidad. Claro, es posible que tengas una pequeña pesadilla de vez en cuando o que te despiertes en medio de la noche con un sudor frío. ¿Y qué? Eso es todo. ¿Es eso realmente peor que el infierno de saber que tu esposa e hija se están muriendo de hambre? No quieres volver a ser pobre otra vez. La pobreza está ahí para detenerte. Y si no matas *a nada que intente detenerte*, regresa de inmediato. Te ponemos a cargo de esta tienda. Podemos saber de un vistazo quién es apto para nuestro trabajo, sin importar el idioma que hable o el color de su piel u ojos. La Cerámica—Pablo Robledo—Yo te elegí. Eres familia ahora. ¿Lo tengo? **Somos familia**. No pienses en nada más. Si alguna vez vuelves a tener dudas, haz lo que hiciste hoy. Da un paseo hasta el puerto y tira todos esos pensamientos al mar".

30

cempöhualli-huan-mahtlactli

Chatarra.

El apodo que Valmiro Casasola le dio originalmente a Tohru Igawa era "La Chatarra", en español para "El Junker", pero el artículo definido *la* había sido elidido gradualmente, por lo que la Familia ahora lo llamaba Chatarra.

A la edad de treinta y un años, ciento setenta y ocho centímetros y ciento cincuenta y cuatro kilogramos, parecía un gigante gentil al principio, pero su peso ocultaba una cantidad aterradora de poder. Podía hacer press de banca con ciento cinco kilogramos en bruto y levantar doscientos noventa kilogramos en una flexión de bíceps con cualquier brazo.

El peso total de su press de banca ya era extremo, pero el curl de bíceps de ciento cinco kilogramos fue verdaderamente extraordinario. Incluso los luchadores de sumo y profesionales masivos no podrían hacer eso con una mano. Sería difícil encontrar a alguien en todo el mundo que pudiera igualar esa hazaña. Su fuerza de agarre era de más de ciento sesenta kilogramos, lo que pondría a Chatarra al nivel del campeón mundial de lucha de brazos de peso pesado, si no más alto, en términos de fuerza de brazo.

Chatarra trabajaba en un patio de autos en Nakahara Ward, Kawasaki, donde reutilizaba la basura que le dio su nombre, y hacía ejercicio en sus propias instalaciones de entrenamiento privadas en un rincón del patio descuidado y cubierto de maleza.

Hizo sus propias pesas con neumáticos viejos y ejes de transmisión, construyó un banco para hacer pesas con los restos de un asiento reclinable y soldó dos tubos de metal a la cabina de un camión desguazado para convertirlo en una máquina para fortalecer los músculos de la espalda y las piernas.

Las herramientas eran prácticas, pero todas habían sido fabricadas con chatarra. Un patio de desguace automático ya tenía un aspecto distópico, y el gimnasio de entrenamiento casero de Chatarra hacía que este pareciera aún más desolado. Era como un gimnasio al aire libre en una nación en desarrollo, con equipos improvisados de varias piezas.

Las piezas de automóviles que desmanteló el astillero se colocaron en contenedores de acero que se cargaron en un barco en el puerto y se enviaron al extranjero a diferentes mercados. Algunos llegaron a Rusia, pero la mayoría se dirigió al sudeste asiático.

Ningún negocio podía resistir el robo de sus productos antes de que pudieran enviarlos, por lo que el patio estaba rodeado de paredes de láminas de metal y alambre de púas, y varias cámaras de seguridad vigilaban a los ladrones. La corriente eléctrica corría a través del alambre de púas en algunos puntos, supuestamente para mantener alejadas a las aves.

Cualquier lugar aislado e invisible del mundo exterior era un semillero listo para la actividad criminal. El patio de automóviles en Nakahara era un lugar de reunión fácil para una pandilla de motociclistas *bosozone*. Extorsión, secuestro, peleas de dinero: se convirtió en un centro para todo tipo de actividades ilegales y, a través de los *bosozone*, varios tipos desagradables y matones callejeros se sintieron atraídos por la promesa de las drogas y la prostitución.

Cuando fue contratado por primera vez, Chatarra interpretó el papel de un portero que interrumpía las escaramuzas entre los punks más jóvenes y ruidosos. Sin embargo, era raro que interviniera con calma. Por lo general, estalló en violencia extrema y golpeó a los rufianes para que se sometieran. Cualquier motociclista *bosozone* o delincuente que intentara causar problemas en el patio sería golpeado en la cara, levantado, golpeado contra el suelo, amenazado y luego herido de formas aún más explícitas, si es necesario, hasta que tosieron algo de dinero en efectivo. castigo por sus acciones. Se lo haría a cualquiera. Cuando juraron que lo matarían, él solo sonrió y se rió.

Chatarra prestó atención a quienes iban y venían, recordando sus nombres y caras y haciendo un seguimiento de sus actividades, hasta que llegó al punto en que efectivamente dirigía el programa fuera de horario. Incluso el jefe de la empresa que lo contrató ya no podía controlarlo.

Una vez que vieron el poder que poseía, los punks se aterrorizaron de Chatarra. Ninguna persona en su sano juicio se atrevería a pelear con él; solo los yonquis tenían la falta de conciencia de sí mismos para ponerse en peligro de esa manera.

Miyata, el dueño de la tienda de desguace, les dio a los *bosozoku* y a los punks callejeros un lugar para realizar sus negocios y recolectó una parte de las ganancias. También le compraba cocaína a Nomura, el médico, pero tenía una regla personal que siempre había mantenido: "No involucrarse en negocios de yakuza". Si se asociaba con yakuza, se llevarían todo el dinero que ganó desmantelando y enviando autopartes. En opinión de Miyata, había tomado la decisión correcta de mantener su negocio separado de la yakuza.

Si un solo yakuza intentara entrar en el patio de autos, terminaría causando problemas con Igawa, quien los golpearía hasta casi matarlos. Los niños adolescentes y veinteañeros se portaron bien porque estaban aterrorizados de Igawa, pero no sería tan fácil con los profesionales. *Si alguna vez ponen sus ojos en mí, ya no podré hacer esto*, pensó Miyata.

Masakatsu Miyata nació en la prefectura de Kochi y se convirtió en bombero después de graduarse de la universidad en Yokohama. Conoció a Kenji Nomura, el médico de callejón, cuando tenía cincuenta y cuatro años.

En ese momento, Miyata trabajaba en una estación de bomberos en Tsurumi, Yokohama, y compraba metanfetamina regularmente a un traficante local. Pero cuando supo que la división de drogas y armas de fuego de la policía de la prefectura tenía su nombre en una lista de investigación, fue a Nomura en Kawasaki y pagó una transfusión de sangre completa para pasar una prueba de orina voluntaria. Después de eso, comenzó a comprarle coca a Nomura.

Después de retirarse temprano del departamento de bomberos, Miyata se mudó a Kawasaki y abrió un pequeño taller de reparación de automóviles porque le gustaba jugar con los vehículos. Al principio, utilizó su conocimiento de los automóviles para reparar y reemplazar piezas, pero cuando se enteró de que exportar las piezas al sudeste asiático era mejor dinero, cambió de carril. Con su nuevo éxito, se mudó a una ubicación más grande y se convirtió en propietario de un patio de desguace de automóviles.

A diferencia de su pequeño taller de reparación y carrocería, tuvo que contratar a más personas para este lugar, pero era difícil encontrar buenos trabajadores. Todos los jóvenes que contrató comenzaban a resoplar y resoplar después de hacer rodar neumáticos de camión de un extremo al otro del garaje. Solo ver trabajar a los débiles lo enojaba, y pasaba la mayoría de los días reprendiendo a sus empleados.

Su razonamiento para traer a Tohru Igawa, recién salido de la libertad condicional por asesinato, fue simple: su fuerza física. Igawa era mucho, mucho más fuerte que cualquier otra persona que pudiera encontrar. Era como recoger una pieza de maquinaria pesada por poco dinero.

El oficial de libertad condicional del Ministerio de Justicia afirmó que Igawa estaba completamente reformado y listo para reinsertarse en la sociedad. Era redondo como un luchador de sumo y su sonrisa era pura y contagiosa.

Miyata había oído que el cargo de asesinato de Igawa se produjo después de una serie de abusos graves en el lugar de trabajo por parte de su antiguo jefe. En cierto sentido, Igawa también fue una víctima. Estaba trabajando duro para superar un evento que no podía borrar. Si no supieras por qué cumplió condena, pensarías que Igawa era un oso gentil de un hombre con la fuerza para igualar.

Todos los días que Igawa se presentaba a trabajar, usaba un sombrero de safari de Dickies. Tenía dos, uno caqui y otro verde.

“Es para ocultar una cicatriz de quemadura que me hice de niño”, dijo, y nunca, jamás, se quitó el sombrero frente a los demás.

Igawa se crió en el barrio Naka de Yokohama, donde sufrió a manos de su padre, un receptor de asistencia social. El Igawa mayor era un alcohólico que golpeaba a su hijo y le apagaba cigarrillos en la cabeza. Lo hizo con tanta frecuencia que el joven Igawa desarrolló calvas permanentes que le dieron un aspecto moteado.

Igawa conspiró para asesinar a su padre, pero no tuvo la oportunidad de poner en práctica su plan porque su padre fue a un hospital psiquiátrico. Medio año después, el hombre murió de atrofia cerebral por alcoholismo. La madre de Igawa, que se había vuelto a casar años antes, no había ido al funeral.

En la mente de Miyata, dado que Igawa no estaba involucrado en el servicio al cliente y simplemente trabajaba en la tienda todo el tiempo, no había problema con que usara un sombrero constantemente.

Miyata le compró una gorra de béisbol nueva de Yokohama DeNA BayStars como regalo, pero Igawa nunca la usó. El sombrero todavía estaba sentado en la oficina.

Miyata llevó a Igawa, que llevaba puesto uno de sus sombreros de safari, hasta la parte delantera de un coche que había levantado con el gato hidráulico. Le mostró al hombre grande exactamente cómo usar las muchas herramientas del trabajo durante la fase de preparación y cómo se empleaba la pala mecánica para dismantelar un automóvil. Igawa no tenía una licencia para maquinaria pesada, pero podría ir y obtener una después de aprender las cuerdas aquí.

Aunque su personalidad tenía algunas asperezas, Igawa aprendió rápidamente y no tomó descansos más largos que el tiempo designado. Lo mejor de todo es que le gustaba Miyata.

Miyata recordó a su padre en Kochi, que había tenido perros de pelea Tosa y sintió profundamente esa sangre en sus venas. Tohrú Igawa era un hombre en libertad condicional después de cometer un asesinato, bendecido con una fuerza insondable. *Y solo yo puedo domarlo, como un perro de pelea*, pensó Miyata. Para Miyata, que era un soltero sin familia, Igawa era lo más parecido que había tenido a un hijo.

Cuatro meses después, Miyata estaba aterrorizado por Igawa, se arrepintió de haber contratado al monstruo y maldijo al oficial de libertad condicional que había mentido que Igawa estaba "totalmente reformado".

Los autos que ingresaban al taller de desguace a menudo eran robados de Tokio o de las prefecturas circundantes. Estos robos no fueron realizados por individuos sino por grupos que trabajaron en conjunto. Algunos de ellos preferían hacer negocios de forma rápida y discreta con mensajes de texto o correos electrónicos, mientras que otros entraban en la oficina para holgazanear o acosar a Miyata como aspirantes a yakuza, tratando de sacar el mayor valor posible de sus bienes mal adquiridos.

Un día en particular, el líder de un grupo de ladrones de vehículos estaba ocupando espacio en la oficina de arriba. Igawa le preguntó: "¿Has visto el Chevy que conduzco?"

Atrajo al ladrón de autos al garaje de abajo, luego lo golpeó hasta matarlo con una llave inglesa. Cuando el subordinado del hombre lo siguió, Igawa lo atravesó en el estómago con un tubo de metal que había sido afilado en un extremo con un molinillo.

Los dos ladrones de autos nunca regresaron después de salir de la oficina, por lo que Miyata eventualmente comenzó a sospechar. Cuando le preguntó a Igawa qué pasó, el hombre respondió sin comprender: "¿Ellos? Se fueron."

Miyata supo la verdad a la mañana siguiente.

Cuando llegó a la tienda, encontró a Igawa en la esquina del patio con una lata de tambor sobre el fuego. El hombre tenía una máscara de gas en la cara y un eje de transmisión en las manos, removiendo el líquido dentro del cañón. Llevaba su sombrero de safari como de costumbre y parecía estar preparando una gran comida para un grupo de acampada.

"¿Qué estás haciendo?" preguntó Miyata.

"Revolviendo", respondió Igawa. "Yo no me acercaría demasiado. Esta cosa emite gas.

"Revolviendo... ¿qué?"

"Hidróxido de sodio, agua hirviendo y restos humanos", dijo Igawa. "Estoy derritiendo a esos tipos de ayer. Un par de ladrones de autos de poca monta tratando de actuar como si fueran importantes. Su ropa y sus zapatos están allí. Se los daré a los coleccionistas más tarde. Pueden vender ambos en el sudeste asiático".

Miyata se quedó sin habla. Se quedó mirando el líquido burbujeante dentro de la lata del tambor.

Un cuervo graznó en lo alto. Igawa miró hacia el cielo despejado, giró la cabeza de izquierda a derecha y luego soltó el eje de transmisión. Dio unos pasos hacia atrás, se quitó la máscara de gas y encendió un cigarrillo. "Ha estado hirviendo por un tiempo ahora", dijo. "Cuando lo haces de esta manera, solo quedan los dientes. La última vez que hice esto, aplasté a los de la prensa".

"La última vez...?"

Igawa miró a Miyata y sonrió, luego exhaló humo. "¿Me vas a entregar? Ve siempre derecho. Pero puedo matarte antes de que me envíen de vuelta a prisión. Te mataré a ti, y luego a tus amigos, y sé dónde vives. Cuando decido hacerlo, lo hago. Nada personal, por supuesto. Sólo estoy matando, eso es todo. Ah, por cierto, jefe, olvidé agradecerle la barbacoa del departamento de bomberos a la que me llevó la semana pasada. Fue grandioso. También me gustó la cerveza artesanal allí".

Los nervios de acero para asesinar a dos personas y permanecer absolutamente indiferente al respecto, la total falta de conciencia: Igawa no se reformó en lo más mínimo. Simplemente estaba interpretando el papel de un hombre amistoso y sociable. Para Igawa, otras personas no eran más que objetivos a los que cazar como mejor le pareciera.

Había matado gente aquí mismo en la tienda, había derretido sus cuerpos en un barril con hidróxido de sodio y se lo había admitido abiertamente a su jefe: todo era una locura. Miyata estaba completamente abrumado por la crueldad de Igawa. No podía entregar al hombre ni despedirlo. Estaba claro quién entre este par de pie junto a la lata burbujeante estaba a cargo.

Miyata no podía quitarse de la cabeza las palabras de Igawa.

"Solo estoy matando, eso es todo".

Tohru Igawa había sido camarógrafo en una productora de cine en Yokohama. Los once años entre dejar ese trabajo y ser contratado en el taller de desguace en Kawasaki fue tiempo que pasó en prisión cumpliendo una sentencia por asesinato.

Igawa abandonó la escuela secundaria para convertirse en contratista de la productora, donde comenzó a aprender a filmar. La empresa hizo su negocio mediante la subcontratación de una estación local, y mucho de lo que hicieron fue armar materiales para programas de noticias.

Cuando se supo de un accidente de tránsito o de un incendio en una casa, la compañía se apresuró a ocupar el lugar de los ocupados camarógrafos de la estación para obtener imágenes de la escena. El trabajo del subcontratista era obtener las tomas, incluso si eso requería infracciones por exceso de velocidad, uso de escáneres o allanamiento. Mientras no te atraparan, era un juego limpio.

Era una mentalidad compartida con los fotógrafos de los tabloides, pero todos los trabajadores de la empresa se consideraban largueros, en el sentido estadounidense. Los Stringers eran camarógrafos independientes que vendían imágenes y videos de incidentes notables a los productores de noticias, la mayoría de ellos trabajando en equipos por la noche. Si negociaran vender una pieza de video a una estación y el trato fracasara, en su lugar se lo ofrecerían a un canal de la competencia. La compañía de Igawa, sin embargo, tenía un trato exclusivo con una estación y renovaba su contrato cada seis meses.

Un larguero era autónomo, pero la empresa de Igawa era un subcontratista. Y en el mundo de la televisión, ser subcontratista significaba comer tanta mierda como los encargados querían que comieras. Si a tu película le faltaba empuje, el director te regañaba y te arrojaba ceniceros y latas de refresco a medio terminar. Si no estabas produciendo lo suficiente para que la empresa justificara mantenerte, te despedirían sin pensarlo dos veces.

“Si están a punto de romperse, deja que te golpeen. Entonces te mantendrán cerca”, era el lema en el trabajo de Igawa. Los empleados eran solo una salida para el estrés de un director. La única forma de sobrevivir era comprender la estructura de la pirámide del espectáculo.

Bajo el ala del camarógrafo jefe, que tenía el grandioso título de "estratega de video", Igawa arrastraba una cámara de video por toda la prefectura de Kanagawa.

De hecho, casi no le interesaban los programas de televisión ni el negocio de las telecomunicaciones, pero sí le gustaba ver las secuelas de los accidentes de tránsito. Cuanto más espectacular y espantoso, mejor. Un automóvil enredado en un poste de teléfono hasta el punto de ser apenas reconocible, el acercamiento de las sirenas de las ambulancias, los rescatistas aserrando el cuerpo para sacar a los pasajeros gravemente heridos, llevándolos en una camilla hacia el vehículo de emergencia, todo sucediendo con un frente Vista de la fila, pisando pedazos de parabrisas destrozados esparcidos por el asfalto: a Igawa le encantó cada parte.

Cuando vio el cuerpo de una anciana que había sido atropellada por un gran camión que giraba a la izquierda, Igawa sintió que se le revolvía el estómago por el hambre. Compró un pastel en la tienda de conveniencia y luego regresó a la escena para comer mientras miraba. A partir de ese momento, se convirtió en su hábito comer algo en la escena de cada accidente que visitaba.

Al final resultó que, obtener imágenes de cerca y personales con una cámara profesional de alta calidad en lugar de las cámaras de un teléfono inteligente común, especialmente cuando tenía una insignia de prensa, fue el trabajo perfecto para Igawa.

Siempre tenía una sonrisa en su rostro cuando recibía un video de la escena de un accidente con una cámara de la empresa. Su ojo derecho estaba perpetuamente cerrado, con su ojo izquierdo dominante presionado contra la lente. Fingir que estaba entrecerrando los ojos y concentrado ayudó a ocultar el hecho de que tenía una gran sonrisa en su rostro.

Cuando las imágenes de la empresa aparecieron en las noticias, se usaron mosaicos para difuminar la sangre, la agonía de los heridos y los rostros de los muertos. Pero no había nada como la emoción de ver todas esas cosas a través de la lente de Igawa en persona. Y le *pagaron* por ello. No había días libres programados ni pago de horas extras, y prácticamente todos los nuevos empleados renunciaban poco después de comenzar, pero él no creía que fuera tan malo.

Igawa no se molestó cuando los empleados superiores lo reprendieron, y cuando el director de la estación trató de abofetearlo, no sintió más que lástima por la total ineficacia del golpe.

Sin embargo, había una persona, solo una, a la que no podía soportar.

El camarógrafo jefe de la compañía siempre regañaba a Igawa por comer pan o bolas de arroz en las escenas de los accidentes. "¡Para de comer!" gritaba. Incluso trató de quitarle un trozo de pan a Igawa una o dos veces.

En la mente de Igawa, esto calificaba como abuso en el lugar de trabajo. El hombre estaba tratando de quitarle su derecho a comer.

Debería callarse la puta boca.

22 de mayo de 2006, casualmente era el vigésimo cumpleaños de Igawa.

A las diez de la noche, en la autopista Tsunashima cerca del río Tsurumi, un camión grande chocó con un vehículo de pasajeros. Igawa interceptó la llamada del departamento de bomberos en el escáner del edificio de la empresa y salió con el camarógrafo jefe para obtener un video.

Igawa condujo el SUV de la compañía, un Mitsubishi Outlander, muy por encima del límite de velocidad, tocando la bocina y ejecutando una serie de tomas de control peligrosas en el camino a la escena. En el asiento del pasajero, el camarógrafo jefe criticó su conducción imprudente y los dos comenzaron una discusión.

Eventualmente, Igawa dejó escapar un gran suspiro.

Tengo hambre hoy. Estoy de mal humor.

Encendió las luces de emergencia y detuvo el Outlander hasta el arcén de la carretera, sin molestarse en apagar el motor.

Igawa se quitó el sombrero caqui de safari y lo colocó sobre el salpicadero, dejando al descubierto su cuero cabelludo dañado. Luego se desabrochó el cinturón de seguridad y casualmente colocó su mano izquierda sobre el cuello del camarógrafo jefe, como si fuera a pasarle el brazo por los hombros para una fotografía. Rápidamente presionó el botón del cinturón de seguridad del pasajero con la otra mano, luego tensó su brazo izquierdo y golpeó la cara del hombre contra la guantera del lado del pasajero.

Sonaba como un trozo de cemento cayendo de un edificio. El impacto sacudió el auto y se desplegó la bolsa de aire del pasajero.

Igawa se rió en voz alta y con ganas. La cara del camarógrafo jefe quedó enterrada en la bolsa de aire. Él no se movió.

Usando el destornillador de cabeza plana para ajustar el trípode de la cámara, Igawa abrió la bolsa de aire inflada, jaló al camarógrafo hacia atrás en una posición vertical y colocó el cinturón en su lugar. Luego procedió a conducir hasta el lugar del accidente de tráfico en la autopista Tsunashima, salió del automóvil con su cámara y su credencial de prensa, y filmó imágenes como siempre lo hacía.

Él estaba hambriento. En el camino de regreso a la oficina, se detuvo en una tienda de conveniencia y usó el efectivo de la billetera del camarógrafo muerto para comprar cuatro bollos de yakisoba, dos almuerzos de pollo katsu bento y tres bebidas energéticas Monster.

Igawa regresó a la oficina, absolutamente tranquilo, y se puso a trabajar editando las imágenes del accidente. Otro empleado que estaba grabando un video de un accidente diferente regresó después de las tres y vio al camarógrafo jefe durmiendo en el Outlander en el estacionamiento. La forma de su rostro parecía extraña. El empleado se preguntó si las luces estaban jugando una mala pasada con las sombras. Ellos no eran.

De repente, hubo mucho más ruido en medio de la noche. Un empleado irrumpió en la sala de edición.

"Tomaste el Outrider, ¿no?" le preguntó a Igawa, su voz temblaba. "¿Qué diablos es eso en el estacionamiento?"

Igawa acababa de entregar su edición terminada a un mensajero en bicicleta. Él se rió y respondió: "¿Lo viste? Es exactamente lo que parece: un accidente de tráfico".

Una fractura abierta de cráneo hundida, laceraciones cerebrales, dislocación y fractura de la columna cervical y una puerta de la guantera tan torcida por el impacto que ya no podía abrirse.

El examinador determinó que el camarógrafo jefe había muerto instantáneamente. La policía de Kanagawa no tenía antecedentes de que una persona golpeará la cabeza de otra persona con tanta fuerza contra una guantera que fuera inmediatamente fatal y desplegara la bolsa de aire.

Cuando Tohru Igawa fue sentenciado y encarcelado, la sociedad se había olvidado por completo de él. Había superado su trabajo hasta la muerte, pero no había nada más lascivo que eso en la historia.

Otros hechos en el caso: su uso de una fuerza increíble en el brazo para aplastar la cabeza de su víctima contra una guantero y activar la bolsa de aire y que procedió a conducir hasta la escena de un accidente para tomar imágenes con el cuerpo de la víctima sentado en el automóvil: fueron silenciado por el personal ejecutivo de la estación de televisión. El día que Igawa cometió el asesinato, las imágenes que tomó del accidente de tráfico se transmitieron en las noticias, un hecho condenatorio que la estación quería evitar que se hiciera público.

Que Igawa siguiera conduciendo para hacer su trabajo con el cadáver en el coche tras el asesinato fue juzgado con dureza, contribuyendo a una condena de diecinueve años. Sin embargo, una vez en el sistema, Igawa fue un prisionero modelo. Dio declaraciones cuidadosamente construidas sobre sus arrepentimientos, escribió un diario, obtuvo altas calificaciones con los guardias de la prisión y el 31 de mayo de 2017, once años después de su sentencia, fue puesto en libertad condicional.

Una vez integrado en la sociedad, Igawa estaba complacido con su nuevo lugar de trabajo con vista a una pila de autopartes desechadas. Aprendió a usar la pala mecánica para desmantelar autos y estudió proactivamente para el examen para obtener una licencia de operación de maquinaria pesada.

El peruano que se hacía llamar El Cocinero llegó a la chop shop en el invierno de 2018.

Tenía un hombre japonés con él apodado Laba-Laba, lo que sonaba como una broma. El hombre hacía de intérprete para el peruano, que solo hablaba español.

Inicialmente, Igawa pensó que vendrían a exigir algún tipo de retribución.

Muchos peruanos trabajaban en Kawasaki, pero no recordaba haber aplastado a ninguno de ellos en una pelea.

El Cocinero mantuvo la mayor parte de su rostro oculto detrás de un pañuelo negro. Sólo sus ojos eran visibles. Igawa pensó que era una especie de bromista.

Extendió un brazo construido como un tronco para arrancar el pañuelo de la cara del peruano. El hombre simplemente permaneció en su lugar, mirando a Igawa. Algo se sentía raro, espeluznante. Al final, decidió no agarrar el pañuelo.

La frente de Igawa se arrugó. Nunca antes había experimentado una mirada o un porte como este. Había algunos presos extranjeros en la cárcel, pero ninguno de ellos tenía la misma intensidad que este hombre.

“Me gusta tu fondo”, dijo Laba-Laba, traduciendo para El Cocinero. “¿Lo del airbag? Clásico.”

Igawa conversó con estos extraños invitados y les mostró el garaje, tratando de tener una idea de lo que querían. Ahora había un Chevrolet Chevelle SS de 1977 allí. Le gustaba el garaje por muchas razones: era un gran lugar para la violencia, para relajarse y concentrarse en el trabajo.

Los tres examinaron el auto antiguo cuidadosamente ajustado.

“Ese es un buen paseo”, dijo Laba-Laba para El Cocinero.

El peruano conocía sus autos americanos. Hablaron de automóviles durante unos minutos más, y cuando eso terminó, llegó el momento de los negocios.

Para su sorpresa, la solicitud de trabajo era para cuidar un cachorro. Cuando Laba-Laba tradujo la frase al japonés, Igawa pensó que era un nuevo eufemismo o palabra clave para un acto criminal del que aún no había oído hablar. Pero estaba equivocado.

Literalmente querían que cuidara de un cachorro.

Inicialmente asombrado, Igawa echó la cabeza hacia atrás y se rió hasta que se le llenaron los ojos de lágrimas. Nadie más se estaba riendo.

"¿Quién te envió?" exigió Igawa. "¿Por qué pensarías que cuidaría de un perro?"

“No es cualquier perro callejero. Es peligroso”, respondió Laba-Laba.

"¿Un pitbull?"

“Un pitbull no puede con esto”.

"¿Es más grande? Eso me recuerda que el jefe aquí dijo que su padre tenía perros de pelea Tosa.

“Cuando este crezca, será aún más fuerte que ellos. Es el perro de caza más grande del mundo. Incluso puede matar a un puma”.

"Lo que digas. Es mejor que le preguntes al jefe, no a mí. Nunca he tenido un perro.

"Te vas a encargar de eso. Serás su jefe, La Chatarra.

"¿Qué es Chatarra?"

"Ese eres tú. Te vamos a llamar La Chatarra".

"Sí, pero ¿qué es eso? ¿Qué es *esto*? ¿Quién diablos son ustedes? ¿Esto es una broma?"

"Te estamos contratando para un trabajo. Eso es lo que te hemos estado diciendo, La Chatarra. Vas a ponerle un nombre al cachorro y alimentarlo. Te pagaremos. Además de algo de dinero por adelantado.

"¿Eso es todo lo que quieres?"

"Eso es todo."

El animal era un Dogo Argentino, algo de lo que Igawa no había oído hablar hasta hoy. Un gran perro blanco saltó del Jeep Wrangler que Laba-Laba y El Cocinero habían llevado aquí. Igawa esperó a que un cachorro bajara tras él, pero no había ningún otro perro. Ese era el cachorro.

Igawa no tuvo que disciplinar al perro como un entrenador; su única responsabilidad era alimentarlo con carne y ayudarlo a crecer. Y por eso, el peruano le pagaría un buen dinero.

El cachorro Dogo Argentino ya era anormalmente poderoso. Igawa le puso un collar de cuero alrededor del cuello, enterró un eje de transmisión profundamente en la tierra y le ató la correa.

Ese fue solo el comienzo de un trabajo muy extraño. Paseaba al perro por la tienda por la mañana y por la noche y le arrojaba trozos de carne con hueso.

El cachorro rápidamente tomó a Chatarra.

Después de un mes de cuidados, el perro ya pesaba más de veinticinco kilogramos. Su musculatura ondulante hablaba de su naturaleza como animal de caza, y Chatarra tuvo que cambiar de una correa de nailon a una de cadena.

El Cocinero le dijo que le pusiera un nombre al perro, entonces Chatarra lo llamó "Lanevo". Era un apodo común entre los entusiastas de los automóviles para el Mitsubishi Lancer Evolution, que había conducido hace años.

A Chatarra le gustaba escuchar el sonido de Lanevo triturando el hueso de la carne que le daba de comer. Le hubiera encantado alimentar al perro con una vaca viva si pudiera. Habría sido magnífico verlo luchar contra los feroces pumas que merodeaban los bosques argentinos.

Lanevo entendió muy bien que Chatarra era el jefe. Como todo buen perro de caza, tenía dos facetas bien diferenciadas: era abiertamente hostil con cualquiera que no conociera, pero nunca enseñaba los colmillos a su amo regordete con sombrero de safari.

Si alguno de los otros empleados, *bosozoku* o matones callejeros intentaba sujetar la correa, el feroz Dogo Argentino los arrastraba por el polvo. Cuando el perro logró subirse encima de ellos, gritaron de terror. Si la bestia no tuviera un bozal de cuero, fácilmente los habría mordido hasta la muerte. Cuando los hombres gimieron y gritaron pidiendo ayuda, Chatarra simplemente aplaudió y se rió.

Otro mes después, El Cocinero finalmente regresó al taller de desguace con Laba-Laba. Llevaba una bolsa de papel en una mano.

Hizo sus pedidos muy simple.

Dispara a ese perro.

Chatarra no hablaba una palabra de español, pero tenía una vaga idea de lo que le habían dicho.

El Cocinero le entregó la bolsa de papel. Dentro había una pistola. No era una falsificación fabricada en Filipinas, sino un auténtico Walther Q4 alemán con un silenciador en la boca y una luz táctica SureFire en el riel inferior.

Cuando esté hecho, ven y háblame. Estaré en la oficina.

Laba-Laba tradujo el mensaje de El Cocinero y dejó a Chatarra preguntándose si esto era una prueba de algún tipo. ¿Estaban viendo lo frío y cruel que podía ser, pidiéndole que matara al perro que había estado criando? *Los bastardos me están probando. No es de extrañar que la paga fuera tan buena.*

Chatarra sostuvo un arma en su mano por primera vez en su vida. No le gustó que le hicieran la prueba, pero se dio cuenta de que, extrañamente, no estaba tan enojado con el peruano. El Cocinero era un alma gemela. Se quedó callado y dijo sólo lo que necesitaba. No era como los charlatanes antisociales de Japón que tanto odiaba Chatarra. Y más allá de esta prueba, Chatarra podía oler mucho más dinero y sangre.

No sabía qué tipo de prueba era, pero algo grande lo esperaba.

Chatarra miró fijamente a Lanevo, encadenado al poste a diez metros de distancia.

El oficio *de sicario* nació en los barrios marginales de Colombia.

A unos cuatrocientos kilómetros al noroeste de Bogotá, en el área de la Comuna 13 de la ciudad de Medellín, casi la mitad de la población luchaba contra una pobreza devastadora. Los veinteañeros reclutaron a un grupo de adolescentes para formar su propia pandilla, que fue el comienzo de los sicarios *sicarios*. Algunos de los miembros tenían tan solo ocho años.

Nacidos en un destino desesperado y sin mejores opciones, la forma en que se trataban era un reflejo de la crueldad que los rodeaba. La amistad y la simpatía eran debilidades. La suavidad era un lastre en la lucha por la supervivencia.

Aquellos que deseaban unirse al grupo debían pasar una prueba establecida por el líder para demostrar que valían la pena. Una parte del juicio fue particularmente notable.

“Aplasta un pajarito que criaste por tu cuenta, o mata a tiros a tu amigo”.

Eventualmente, los adultos se dieron cuenta de la presencia de estos “niños villanos” en los barrios marginales de la Comuna 13. Eran perfectos para hacer trabajos sucios a bajo costo, y eran mucho mejores en eso que la mayoría de los adultos que pretendían ser rudos.

El legendario capo de la droga Pablo Escobar lideró al Cartel de Medellín para tomar el control del inframundo criminal, amasando una fortuna lo suficientemente grande como para tener implicaciones en el mundo financiero, y aprovechó al máximo el poder maldito de la juventud de la Comuna 13.

Aquellos en el grupo que demostraron ser los más viciosos e inteligentes fueron elegidos para matar a los enemigos del Cartel de Medellín. Después de aplastar a sus pájaros domésticos o matar a tiros a sus amigos, los niños poseían una crueldad sin igual, demostrando ser mucho mejores sicarios que los adultos en la misma situación, que entrarían en pánico y dispararían cuando se derrumbaran bajo presión.

A medida que la guerra contra las drogas se arremolinaba en torno a su capo, los muchachos se adentraron en lugares más profundos y oscuros. Los pocos que sobrevivieron se convirtieron en adultos y aceptaron nuevos trabajos para el cartel. Eventualmente, no fueron solo los niños de los barrios marginales, sino también ex miembros de las fuerzas especiales de países como México y Guatemala quienes se unieron a los *sicarios*.

El sistema de sicarios a las órdenes del cártel se extendió más allá de Medellín, más allá de Colombia por completo. Pronto hubo *sicarios* en México al norte, y Brasil y Argentina al sur.

La demanda por el *sicario* nunca se desvaneció. Mientras los narcos tuvieran cocaína para transportar, necesitaron agentes asesinos con los que se pudiera contar para entregar muerte y desesperación a sus enemigos.

31

cempöhualli-huan-mahtlactli-huan-cë

Chicos sin hogar.

Chicos que tenían casas pero ninguna familia que las quisiera.

Cuando esas personas estaban a punto de salir de un centro de detención juvenil, caían en una categoría llamada “especialmente adaptada”.

Los especialmente ajustados necesitaban un lugar para vivir y un trabajo para obtener ingresos. Para que los menores condenados se reincorporaran a la sociedad, necesitaban la ayuda de un centro de apoyo para hacer todo tipo de ajustes, de ahí el nombre.

Entre la gravedad del asesinato de sus padres, la falta de remordimiento de su parte, su baja comprensión del japonés y la agresión que cometió durante su detención, la liberación de Koshimo Hijikata se pospuso varias veces. Finalmente, en abril de 2019, se le permitió irse, pero debido a que no tenía un lugar donde vivir, lo trasladaron a un centro de rehabilitación en Sagamihara y luego hizo la transición a la vida como una persona especialmente adaptada.

Koshimo tenía diecisiete años.

Siete empresas estaban dispuestas a contratarlo en función de su asombrosa habilidad para trabajar la madera.

El registro anterior de un menor se borraba una vez que se le otorgaba la libertad condicional del centro de detención, pero los empleadores potenciales tenían derecho a saber sobre el pasado del niño. Cuando las empresas interesadas se enteraron del crimen de Koshimo y el asalto que cometió en la juventud, inmediatamente cambiaron de opinión.

Solo había un hombre que todavía quería contratar a Koshimo: el presidente de una empresa de recubrimientos. Tuvo conversaciones con el centro de rehabilitación y, finalmente, a Koshimo se le concedió la libertad condicional. Los miembros del personal del centro de rehabilitación se sintieron aliviados al principio, pero cuando notaron algunos cambios graduales en la actitud del presidente, una tristeza ominosa se apoderó de ellos.

Efectivamente, el presidente de la empresa de recubrimientos finalmente les informó: “El personal no comparte mi opinión, lo que hace que contratar al niño sea casi imposible”.

Koshimo tenía una pequeña bolsa de hombro llena con el mínimo de necesidades diarias en preparación para su alta. Sacó los artículos de la bolsa, los colocó en su escritorio y le devolvió el paquete vacío al miembro del personal.

Cuando se retiró abruptamente la libertad condicional de un niño, los trabajadores de rehabilitación tuvieron que vigilarlo. Cualquiera se volvería autodestructivo después de que le negaran la libertad. Sin embargo, Koshimo no causó un escándalo ni cometió ningún acto de violencia. Estiró sus largas extremidades sobre el suelo de tatami y miró en silencio al techo.

Despertar, pasar lista: la rutina habitual de la mañana. *No tengo adónde ir*, pensó Koshimo. *No puedo salir sin un lugar adonde ir.*

“Probablemente regresarás a prisión”.

Eso es lo que le dijo uno de los chicos que salían en libertad condicional ante Koshimo mientras comían en la cafetería. El niño tenía previsto salir del centro de rehabilitación una hora después del desayuno. Koshimo lo miró; la expresión del chico era seria, no bromista ni mala. En todo caso, parecía compadecerse de Koshimo.

Después del desayuno, hubo un período de actividad física por la mañana, luego una lección sobre ahorro personal por la tarde, seguida de un ejercicio de desarrollo vocacional. Era bastante similar a la vida en el centro de detención juvenil.

Koshimo estaba usando la sierra eléctrica en el taller, creando un lagarto con una sola tabla, cuando un miembro del personal que llevaba documentos se detuvo. “Ven conmigo, Hijikata,” dijo.

En la oficina, Koshimo se sentó en una silla mientras el hombre abordaba el tema en cuestión. “Hemos encontrado otro lugar de trabajo al que le gustaría entrevistarlo para un trabajo. Es un taller en Kawasaki que fabrica accesorios y cuchillos, aunque los cuchillos son solo para exhibición de coleccionistas. ¿Sabes lo que eso significa, *exhibición?*”

Koshimo negó con la cabeza.

“Significa que no lo usas como una herramienta”, explicó el hombre, “solo miras su belleza”.

"¿Te gusta la decoración?"

"Así es."

"¿El cuchillo no puede cortar?"

"No estoy seguro," admitió el hombre. "Creo que tiene una ventaja, pero no estás destinado a usarlo de esa manera. Has demostrado que eres capaz de manejar varias cuchillas de forma segura durante las lecciones aquí. Eres bueno con las manos y creo que te iría bien en un taller. Está en Odasakae en Kawasaki, cerca del puerto. ¿Estás interesado en tomar una entrevista de trabajo con ellos?"

Koshimo se sentó allí aturdido. Finalmente, asintió con la cabeza.

"Usa tus palabras".

"Sí, señor."

"Está bien. La persona que realiza su entrevista no es un trabajador de la tienda, sino un empleado de NPO que ayuda a coordinar su situación laboral".

"Enpeooh. ¿Qué es?"

"Organización sin ánimo de lucro. Es un grupo que no trabaja sólo para ganar dinero. La NPO se llama Kagayaku Kodomo, y nos enviarán a una mujer llamada Yasuzu Uno en los próximos días. Buena suerte con tu entrevista. Espero que te vaya bien. Hay un apartamento cerca del taller que alquilan para usarlo como dormitorio de empleados, por lo que no tendrás que preocuparte por un lugar para vivir".

Una semana más tarde, después de una extraña entrevista en la que su contratación parecía casi predecible, Koshimo caminó por el pasillo del centro de rehabilitación con un empleado y salió al aire libre por la puerta firmemente cerrada. No era un patio o un área de ejercicio sino el verdadero aire libre. Condicional o no, la libertad estaba por delante. Sin embargo, Koshimo no sintió ninguna emoción en particular.

El cielo estaba despejado y el aire estaba lleno de gritos de cigarra.

Era el miércoles 31 de julio de 2019.

Con el cabello muy corto, Koshimo hizo una reverencia a los empleados del centro de rehabilitación, su hogar durante tres meses después de ser transferido del centro de detención juvenil de Clase Dos en Sagamihara. Después de su despedida, dio la espalda y se alejó.

Un Toyota Alphard blanco esperaba al joven de diecisiete años.

Una mujer se apoyó contra la puerta principal, viendo acercarse a Koshimo.

Ella había venido al centro dos veces para sus entrevistas. Koshimo murmuró su nombre en voz baja. "Señorita Uno. Yasuzu Uno. Enpeeoh. Kagayaku Kodomo".

Era la primera vez en la vida de Koshimo que alguien venía a buscarlo.

Yasuzu tenía su largo cabello negro tejido en trenzas. Haciendo caso omiso del calor del verano, llevaba una chaqueta de cuero sobre la camiseta. Atrapó el sol y adquirió un tono azulado donde la luz se reflejaba en él.

"Ahora que finalmente saliste", le dijo a Koshimo, "estoy segura de que hay un montón de lugares a los que te gustaría ir..."

Ella le entregó una botella de agua mineral.

Koshimo tomó la botella de plástico y consideró sus palabras. ¿Quería ir a alguna parte? Pensó en Todoroki Arena, donde había ido a ver los partidos de baloncesto, pero no tenía dinero para comprar una entrada.

"Sin embargo, iremos al taller en Kawasaki, según lo programado", agregó Yasuzu. "¿Está bien?"

Miró al joven. Era increíblemente alto. La furgoneta Alphard medía por lo menos ciento noventa centímetros, pero la cabeza del chico seguía sobresaliendo.

Koshimo se agachó para entrar en el asiento del pasajero y torpemente se puso el cinturón de seguridad. Nunca antes había estado en un auto "normal". Después de ser arrestado, no se había molestado con el cinturón de seguridad en el auto de la policía, y el minibús que lo llevó del centro de detención de Clase Dos al centro de rehabilitación no tenía cinturones de seguridad en absoluto.

La luz se puso roja y Yasuzu pisó el pedal del freno del Alphard. Sin apartar la vista de la carretera, preguntó: "¿Recuerdas el nombre del taller?"

“Sí,” respondió Koshimo, asintiendo. “Kawasaki, río, puerto, metal...limado”.

"Supongo que eso cuenta como una respuesta correcta". La mujer sonrió. "¿Puedes escribirlo?"

Koshimo pensó que podía, pero tan pronto como comenzó a pensar en el kanji, se confundió y se dio por vencido, sacudiendo la cabeza. Cerró la boca y no dijo nada más.

Creo que podría haber herido sus sentimientos, pensó Yasuzu con las manos en el volante. Empezó a culparse a sí misma. *No importa si no puede escribirlo. ¿Por qué incluso pregunté?*

El Alphard llegó a la Ruta Nacional 16 y continuó por ella durante un rato.

Los ojos de Koshimo estaban fijos en la vista a través del parabrisas. Lo mareó. Todo estaba tan *recto*. Se sentía como si estuviera soñando. Algo estaba alejando su mente a un lugar distante. El centro de detención juvenil y el centro de rehabilitación no habían ofrecido vistas como esta.

"¿Te sientes mareado?" preguntó Yasuzu.

Los ojos de Koshimo estaban fijos en el frente. Él no dijo nada.

"¿Quieres que abra la ventana?"

Koshimo asintió en silencio.

Yasuzu presionó el botón de la ventana eléctrica para bajar la ventana del pasajero, dando paso a una ráfaga de calor y humedad de la mañana de julio en el auto con aire acondicionado. Miró de reojo a Koshimo. El joven permaneció en silencio pero parecía haber recobrado el equilibrio. A Yasuzu le recordó a los niños indocumentados del refugio y sintió como si estuviera interactuando con uno de ellos. *Su cuerpo puede ser grande, pero en el fondo, todavía es un niño. Tiene mucho menos de diecisiete años,* reflexionó mientras el viento azotaba la mejilla de Koshimo.

Cuando el Alphard pasó por debajo de un puente peatonal, Yasuzu dijo, sin preámbulos: "Oh, sobre mi nombre..."

"Señorita Uno. Yasuzu. Lo recuerdo", dijo Koshimo.

"Gracias", respondió ella, sonriendo. "Pero tengo un apodo, otro nombre. Y en el taller donde vamos, todos los trabajadores lo usan".

"Apodo..."

"Me llaman Malinal".

"Malí..."

"Ma-li-nal," repitió Yasuzu, pronunciando las sílabas. "Era más largo: Malinalxóchitl. Pero eso es demasiado largo y extraño, ¿verdad? Y no tiene conexión con Yasuzu Uno".

"¿Que lenguaje?"

"No sé."

"¿Qué significa?"

"En realidad no estoy seguro," admitió Yasuzu con una risita. "A alguien de la organización sin fines de lucro se le ocurrió y me dio el apodo. Es raro, ¿verdad?"

Koshimo observó la silueta de los pájaros cruzando frente a las nubes radiantes y se llevó la botella de agua mineral a los labios. Murmuró el extraño apodo de Yasuzu para sí mismo.

Malinalxóchitl.

Fue Xia quien le dio el nombre a Yasuzu, en el refugio bajo Saiganji. En realidad, originalmente no había sido su idea, por supuesto. Xia solo estaba pasando el nombre que El Cocinero le había dicho que dijera.

"¿Eso es chino?" preguntó Yasuzu, pero Xia no respondió.

Malinal vino de *malinalli*, "hierba", y *xóchitl* significaba "flor". El nombre náhuatl pertenecía a una hechicera de la historia azteca que tomó la forma de una mujer humana, pero en realidad era la hermana del dios de la guerra Huitzilopochtli. Su nombre fue la base de la ciudad de Malinalco, al suroeste de la Ciudad de México.

Mientras conducía, Yasuzu notó algo como un engranaje azul pálido en los dedos de Koshimo. Parecía estar hecho de plástico. ¿Dónde lo había conseguido? ¿Era una de sus posesiones de la instalación?

La botella vacía de agua mineral estaba en el portavasos al lado de Koshimo, pero no tenía tapa. Yasuzu recordó el color de la gorra: azul pálido.

"Es eso...", comenzó mientras esperaban en el semáforo. "Lo que tienes en la mano, ¿era esa tapa de botella?"

Koshimo asintió.

"¿Podría verlo?" Ella tomó la gorra de Koshimo, con los ojos muy abiertos. El puente de la tapa había sido aplanado de modo que los lados se extendían hacia afuera y se partían, como si fueran una ficha de casino. "¿Cómo hiciste eso?"

"Dedos", respondió, moviendo el índice y el pulgar.

Yasuzu sintió lo dura que era la pieza de plástico. Se quedó boquiabierta al reconocer el poder absoluto del agarre de los dedos de Koshimo.

La mujer ni siquiera se dio cuenta cuando el semáforo se puso en verde y solo presionó el pedal del acelerador después de que el auto detrás de ella tocara la bocina cuatro veces. Su atención estaba completamente cautivada por la tapa de la botella aplastada de Koshimo.

¿Podría una persona normal hacerle esto a una tapa de botella de plástico solo con los dedos?

El techo del taller estaba pintado de azul y las paredes exteriores de madera estaban hechas de alerce en tonos rojos.

El cartel de RIVERPORT METAL traqueteaba levemente con el viento. Al dueño anterior le gustaba andar en canoa por diversión y la tenía colgada de un gancho de las vigas, pero ahora ella y sus dos remos descansaban sobre la tierra a la intemperie, expuestos a la lluvia y al sol.

Yasuzu fue a por el pomo de la puerta, pero Koshimo se estiró detrás de ella con su largo brazo y la abrió primero. Se sentía muy consciente de que el joven al que consideraba infantil acababa de tratarla *como* a una niña. Sin embargo, más importante aún, Yasuzu estaba complacido de que Koshimo estuviera siendo considerado con ella.

En el interior, el aire acondicionado funcionaba a una temperatura tan baja que se sentía frío.

Un trabajador con una camisa de franela a cuadros rojos y negros estaba al otro lado de una pila de cajas de cartón cerca de la puerta. Entre las gafas, la barba y el delantal de trabajo, parecía el dueño de una cabaña en la montaña. Estaba parado frente a una máquina, moliendo metal.

"Hola," saludó Yasuzu. "Tengo al niño aquí".

El trabajador se dio la vuelta, luego detuvo el motor de la máquina y se quitó las gafas.

Koshimo pasó por encima de las cajas y caminó directamente hacia el hombre para examinar la herramienta que estaba usando sin siquiera saludar. El taller en el centro juvenil no tenía uno de estos.

Pablo —La Cerámica— se quedó junto al niño fascinado en silencio. Eventualmente, dijo: "Es una amoladora de banda. Cuesta mucho dinero comprar uno. Lo uso para hacer la hoja de un cuchillo.

"¿Qué es una cuchilla?"

Pablo tomó una navaja que tenía cerca, deshizo el candado y la abrió. El artículo de acero inoxidable pulido brillaba como un pez dulce recién capturado.

"Y usas esta máquina para...", comentó Koshimo.

"Solo para la etapa básica. El afilado es aparte. Compruebe que el resto del trabajo por allí. Solo estaba puliendo la hoja de 440C".

"Cuatro cuarenta... ¿Qué es esta línea?"

"Esa es una línea de marcado, igual que la carpintería. Lo recortas a lo largo de la línea. He oído que eres bastante bueno en ese tipo de cosas. "

"Yo... nunca lo he hecho con metal".

"Por supuesto que no. No se puede cortar acero con una sierra de marquetería".

Koshimo no se movió de su lugar junto a la amoladora de cinta.

Pablo se volvió a poner las gafas, sostuvo los extremos de una pieza de 440C que ya tenía perforados los agujeros requeridos y comenzó a esmerilar el borde. Saltaron chispas, y la sección de metal, mucho más dura que cualquier madera, renació repentinamente como una hoja lisa ante los ojos de Koshimo.

Pablo apagó el molinillo y palmeó a Koshimo en la espalda. Por primera vez, el niño apartó los ojos de la máquina y miró al hombre.

“Soy Pablo”, dijo. “Me llaman La Cerámica, pero aquí me puedes llamar Pablo. Solo en este taller.”

La Cerámica? pensó Koshimo. Era un apodo extraño, como Malinal. Por lo mejor que pudo ver, no había platos ni jarrones en el taller que pudieran corresponder a ese nombre.

Koshimo volvió a mirar a Pablo, y algo que el instructor penitenciario le había enseñado pasó repentinamente por su cabeza.

“Cuando conoces a alguien por primera vez, preséntate. Cuando esté en su trabajo y trate con alguien que lo cuidará, asegúrese de decir su nombre y sea cortés al respecto”.

Abruptamente enderezó la espalda, levantando la cabeza mucho más que la de Pablo, luego se inclinó y dijo: "Soy Koshimo Hijikata".

“Mucho gusto”, respondió Pablo.

“Pablo, Pablo-san, ¿eres japonés y mexicano también?”

“No, soy peruano y japonés. Mi padre nació en Lima y mi madre en Naha. Por eso puedo hablar español, como tú.”

Yasuzu, que había estado observando la interacción de la pareja, se alarmó al escuchar al cuchillero hablar abiertamente sobre sus padres, de todos los temas. Observó cuidadosamente la expresión de Koshimo. Pero a pesar de su preocupación, Koshimo no parecía molesto en absoluto.

“Eres condenadamente enorme”, continuó Pablo. “¿Cuánto mide?”

"La última vez que medí, tenía doscientos dos".

"¿Doscientos dos centímetros?"

"Sí."

"¿Qué pasa con el peso?"

"¿Qué?"

"¿Cuántos kilogramos?"

"Ciento cuatro."

"¿Tienes más de cien?"

"Sí."

Pablo miró el ventilador de techo que se movía silenciosamente justo encima de Koshimo. "Solo cuida tu cabeza, ¿de acuerdo?"

Después de que Yasuzu se fuera, Pablo y Koshimo estaban solos en el taller. Koshimo estaba tan ocupado mirando los muchos cuchillos personalizados que se olvidó de despedirse de Yasuzu cuando se dirigía a la puerta. Ella dijo que regresaría para registrarse en una fecha posterior, por lo que Koshimo sabía que la volvería a ver.

Pablo molió algunos granos de café colombiano, preparó un poco de café caliente en la cafetera y lo sirvió en dos tazas.

"Dos tipos, recto y puntiagudo", dijo Koshimo.

"¿Te refieres a los bordes?" preguntó Pablo, sorbiendo el café. "Los rectos se llaman cuchillos de filo normal y los puntiagudos son cuchillos de filo dentado. También hay nombres para cada parte del cuchillo. Este es un ricasso, este es un gabilán y este es un tope de bisel. En este tipo de cuchillo, esta área se llama empuñadura doble. ¿No es eso interesante?"

"¿Tú hiciste todo esto, Pablo?"

"No hay nadie más aquí para hacerlo".

"Eso es asombroso, Pablo. Eres realmente bueno", elogió el chico.

Pablo sonrió torpemente. "Bebe el café. Está muy sabroso."

Koshimo no dijo nada y no tocó la taza. Su mirada había sido robada por una hermosa hoja sin mango. Era un borde de Damasco con patrones complejos en la superficie, como humo flotando en el aire. Koshimo estaba fascinado por ello; cuanto más miraba, más exudaba un poder misterioso. Le recordó las imágenes de diferentes galaxias que vio en un libro. *esto es metalico? Es tan hermoso. ¿Cómo lo haces?*

Lo más importante para Pablo, más que intercambiar un montón de palabras en una conversación, era que Koshimo estaba completamente fascinado con los cuchillos en su primer viaje al taller. Si no te atrajera el oficio, no podrías realizar un buen *shigutu*. Esa era una palabra de Okinawa, el equivalente de *shigoto*, trabajo, en japonés estándar.

“El mango también es importante”, dijo. “Uno no tiene un buen cuchillo a menos que la hoja y el mango sean uno, con un equilibrio perfecto”.

Koshimo examinó los materiales del mango apilados en el banco. Algunos eran de madera y otros no.

“Este...” Koshimo recogió una pieza de material.

"Adivina qué es por la textura".

"Hueso... ¿Animal?"

"Así es. Es una tibia de vaca. El hueso de la espinilla. Se llama hueso jigged: lo secas, tallas algunos patrones en él y luego lo haces parecer ciervo. Ciervo significa material de asta.

"¿Así que esto es falso?"

“Si quieres verlo de esa manera. El hueso jigged fue un material que desarrollaron en Occidente para cuando no podían cazar ciervos, y lo han estado produciendo desde entonces. Algunos coleccionistas están locos por esos mangos. Las diferencias en el tallado y el teñido pueden hacer que se sientan bastante diferentes”.

“Y esto está jodido...”

“Sí, eso también es hueso jigged. ¿Ves lo diferentes que son? Rojo, verde, ámbar. Los que no tienen ningún tallado se llaman hueso aceitado, lo que maximiza la textura del hueso mismo”.

El taller fue un lugar maravilloso. Koshimo podría haberlo inspeccionado durante horas y horas: los cuchillos terminados, las hojas, los mangos aún en proceso. De alguna manera ya era pasado el mediodía. Muy tarde, Koshimo recordó su taza y bebió el café frío. Luego volvió a mirar los cuchillos y hacerle alguna pregunta a Pablo.

Una multitud desbordante inundó la terminal de carga del puerto de Kawasaki, esperando la llegada de un barco.

Cuando llegó el barco de más allá del ecuador, las personas que esperaban en la isla artificial de Higashi-Ogishima vitorearon hasta olvidar el calor que hacía. Los fotógrafos, tanto profesionales como aficionados, miraban a través de sus buscadores mientras buscaban la toma perfecta.

Las gaviotas posadas en lo alto del rompeolas en la bahía tomaron vuelo como una sola cuando el chillido del silbato del barco atravesó el aire.

Un niño sentado sobre los hombros de su padre señaló más allá de las olas centelleantes y gritó: "¿Esa es la cerveza de la puerta? Es tan grande."

"No es cerveza de puerta", dijo su padre. "Es el *Dunia Biru*. Ese es el nombre del barco.

Dunia Biru. Indonesio para "Tierra Azul".

Longitud total: cuatrocientos diez metros.

Ancho total: ochenta y tres metros.

Arqueo bruto: doscientas treinta y ocho mil novecientas toneladas.

Capacidad máxima de pasajeros: siete mil quinientos quince.

Total camarotes: tres mil ciento doce.

Número de cubiertas: dieciocho.

El crucero más grande del mundo había salido del puerto de Tanjung Priok para hacer su viaje de prueba a Kawasaki. Ahora se alzaba tan alto y amenazador como una nube cumulonimbus, escoltado por un barco de la Guardia Costera. La lancha patrullera parecía tan diminuta como una moto de agua en presencia del *Dunia Biru*.

A medida que el *Dunia Biru* se acercaba al puerto, la luz del sol reflejada en su cuerpo se hizo más fuerte, haciendo brillar las olas. El cuerpo azul cobalto presentaba letras blancas delineadas en el costado que atraían la atención de la multitud.

D UNIA B IRU

Las banderas de señales marítimas ondeaban con la brisa del Pacífico y, en la cubierta abierta, los pasajeros saludaban con la mano hacia el puerto, diminuto en comparación con el barco en el que se encontraban.

32

cempöhualli-huan-mahtlactli-huan-öme

Cualquiera era capaz de sacar su sentido innato de agresión y convertirse en ese monstruo que acechaba en el abismo. Aquellos que se sometieron al entrenamiento *sicario* perdieron algo que los hacía humanos. No había la más mínima pizca de culpa en las miradas frías y pétreas de esas máquinas de matar.

A nadie más que a El Cocinero se le hubiera ocurrido la idea de usar el patio de autos en medio de Kawasaki como campo de tiro.

Cuando Nomura y Suenaga escucharon la sugerencia, se pusieron nerviosos. ¿Entendió El Cocinero que esta no era una sociedad de dueños de armas?

Pero pronto comprendieron que el patio de autos era en realidad el lugar perfecto para un campo de tiro secreto. Estaba protegido por cámaras de seguridad, paredes de chapa de acero y alambre de púas.

Sin embargo, no podían disparar cuando quisieran. Los silenciadores de alta calidad y mucho ruido de desmontaje para encubrir el sonido eran requisitos absolutos.

Antes incluso de aprender a decir hola y adiós en español, Chatarra aprendió las instrucciones particulares de El Cocinero.

Trae una barracuda. Trae una barracuda.

Con esa simple orden, las escopetas se sacaron de debajo de una pila de piezas y se prepararon para usar, transformando el taller de desguace en el medio de Kawasaki en un campo de tiro.

El Cocinero llamó “barracudas” a los Remington M870 equipados con silenciadores Salvo 12.

Cuando dio la orden, sacar las barracudas de su caja de metal escondida fue el trabajo de El Taladro, el Taladro, uno de los trabajadores del taller de desguace.

Tenía diecinueve años, era brasileño japonés de cuarta generación. El Taladro admiraba la fuerza de Chatarra y lo admiraba como a un hermano. Su verdadero nombre era Flávio Kuwabata. Podía hablar portugués y japonés y un poco de español.

El Taladro tenía experiencia disparando armas en las callejuelas de Río de Janeiro. Había vivido allí hasta que su madre lo trajo a Japón a los catorce años. Si Chatarra llegaba a dispararle al taller de desguace, él también lo haría, decidió. El único problema era que El Taladro era tan miope que le costaba ver a lo lejos incluso con lentes de contacto. Y el joven no era tan vicioso y violento como Chatarra.

Su papel, según El Cocinero, era preparar a las barracudas, usar maquinaria pesada para tapar el ruido y asegurarse de que los silenciadores mantuvieran los disparos lo más silenciosos posible. Era una tarea muy, muy importante.

El Salvo 12, como sugiere el nombre, era un silenciador de doce pulgadas. Sin embargo, a diferencia del cilindro que la mayoría de la gente imaginaba cuando pensaba en silenciadores, este parecía una caja larga y extendida. El objeto estaba hecho de aluminio y acero inoxidable con un acabado negro mate que no reflejaba luz alguna.

Chatarra hizo lo que le enseñó El Cocinero: cargó proyectiles en el cargador tubular, tiró de la empuñadura hacia atrás y luego la empujó hacia adelante. Después de eso, solo tenía que poner el dedo en el gatillo.

La capacidad del Salvo 12 para reducir el sonido fue tremenda, aunque la cantidad de pólvora sin humo utilizada también influyó. El silenciador redujo absolutamente las frecuencias más altas al disparar, reduciendo el rango de decibelios al nivel de una pistola de clavos disparando contra una tabla, un sonido bastante común en las obras de construcción. Naturalmente, podrías disparar algo así sin orejeras.

Mientras se realizaba la práctica de tiro, El Taladro utilizaba una pala mecánica para desmantelar ruidosamente autos desguazados. Con ese negocio en marcha, podrían usar metralletas, y nadie fuera del patio de autos sería capaz de identificarlo como disparos.

Chatarra llenó de agujeros el objetivo de la silueta humana a una distancia de diez metros, retiró la empuñadura delantera y expulsó el cartucho de escopeta vacío que había sido liberado de sus perdigones dobles.

Fue Las Casasolas quien introdujo la barracuda en los tiroteos mexicanos. Antes de ellos, a nadie se le ocurrió ponerle silenciador a una escopeta. Colocaron silenciadores en ambos tipos de escopetas: las que tenían culatas más largas y las que tenían empuñaduras de pistola más cortas. Pusieron linternas para usar en la oscuridad, priorizando la eliminación de objetivos a corta distancia. Llamaron a las armas de aspecto tosco con sus silenciadores cuadrados con el nombre de un temible pez carnívoro, pero a los hermanos Casasola, la forma del arma les recordó a un arma azteca de la que les habló su abuelita : *el macuahuitl*.

De todas las personas que patrocinaron el semillero de actividad criminal que era el taller de desguace, dos fueron elegidos como posibles *sicarios*, pasaron la prueba de cachorros de Dogo Argentino y se les permitió participar en las lecciones de tiro de Valmiro. Sus apodos eran El Mamut, el Mamut, y El Casco, el Casco.

El Mamut, de nombre real Daigo Nakai, tenía veintinueve años, medía ciento noventa y un centímetros y pesaba ciento veintitrés kilogramos. Llegó a las finales nacionales de boxeo dos veces en la escuela secundaria y trabajó como bombero en Kawasaki después de graduarse. Aunque Nakai era alumno de la misma escuela secundaria que Miyata, el dueño de la tienda, nunca había conocido al otro hombre en persona.

Cuando El Mamut tenía veintiséis años, fue arrestado por sospecha de posesión y uso de marihuana, dado de baja del departamento de bomberos y condenado a seis meses de prisión. Después de salir, se abrió camino en un grupo criminal suelto en Adachi, Tokio, ganándose la vida extorsionando a los anfitriones de clubes con altos ingresos.

El Casco, de nombre real Akira Ohata, tenía veintiséis años, medía ciento setenta y siete centímetros y pesaba setenta y nueve kilogramos. Anteriormente había liderado una pandilla de motociclistas *bosozoku* en Sagamihara y comenzó a trabajar con láminas de metal una vez que se mudó. Estaba bebiendo en un pub con algunos amigos del trabajo cuando se peleó con otro cliente e hirió gravemente a tres, incluido uno que era un practicante experimentado de karate de contacto completo. Uno de los hombres murió a causa de sus heridas doce días después, y El Casco recibió una sentencia de seis años por homicidio involuntario. Una vez que volvió a salir, ganó dinero como corredor de apuestas por las peleas que se realizaban en la chop shop y pagó un tercio de sus ingresos a Chatarra, a quien idolatraba.

El Mamut y El Casco eran buenos con las herramientas, aprendían rápido y mostraban talento para el manejo de armas, aunque no eran tan hábiles como Chatarra. Si bien se veía gordo, Chatarra podía correr por el patio más rápido que ellos, y realmente amaba disparar armas.

En lugar del objetivo de círculo concéntrico habitual, los objetivos de silueta que usaron para la práctica mostraban zonas vitales que resultarían en una fatalidad si se disparara, como el cerebro, el corazón, los pulmones y el hígado. Por orden de Valmiro, Suenaga y Nomura dibujaron diagramas de los órganos, y luego El Taladro los copió y los pegó a los blancos.

Una vez que dispararon a docenas de objetivos estacionarios, pasaron a neumáticos viejos. Los desgastados con huellas agotadas se rodarían en varias direcciones para aproximarse a un objetivo en movimiento. Cualquiera que no pudiera matar a una persona mientras huía no valía como *sicario*.

El Cocinero agarró una barracuda para sí mismo y se unió al ejercicio para instruir al trío.

“Cuando estés bajando tu arma para esconderte detrás de la cubierta, asegúrate de que la boca del cañón esté frente a tus piernas. Las personas los despiden accidentalmente y se vuelan los dedos de los pies o las rodillas”.

“Mantén siempre un registro de cuántas veces has disparado. Las balas son vitales para tu supervivencia. Pierde la cuenta de cuántos te quedan y morirás como el perro estúpido que eres.

“No te quedes ahí parado como un fiambre mientras disparas. Esto no es un juego. Nunca te quedes en el mismo lugar. Imagina que esos neumáticos viejos son fuerzas especiales. Prepárate para dar en el blanco desde cualquier posición”.

Para minimizar el poderoso retroceso de las escopetas, El Cocinero les enseñó la técnica de empujar y tirar para permitir disparos más rápidos.

Empujó con la mano en la empuñadura delantera y tiró de la culata hasta su hombro. Al extender el cuerpo del arma hacia adelante y hacia atrás, minimizó el retroceso y disparó con mayor precisión a altas frecuencias.

Chatarra, que era zurdo, tuvo que hacerlo al revés. Cuando probó el método push-pull, ya no necesitó usar la considerable fuerza de su brazo para mantener la boca del cañón en su lugar y pudo disparar a los neumáticos rodantes con una precisión significativamente mayor.

Esto es muy divertido, pensó Chatarra. Sonrió mientras los cartuchos de escopeta salían disparados por el rabillo del ojo. Limpiándose el sudor, empujó la empuñadura delantera para otra ronda.

Disparar a la barracuda le recordó a Chatarra el tiempo que pasó como camarógrafo para la compañía de videos. En inglés, obtener imágenes con la cámara también se llama disparar. Hubo muchas características compartidas entre las dos acciones, y eso le dio a Chatarra una ventaja sobre El Mamut y El Casco. No necesitaba pensar en cuál de los dos era más emocionante. La filmación le dio la oportunidad de ver cadáveres, pero disparar un arma los *hizo*.

Después de realizar el mantenimiento de la barracuda, llegó el momento de bañarse. Pero este no era un baño ordinario. En el garaje se instalaron tres bañeras, llenas de sangre de vaca, vísceras y agua tibia. El Cocinero llamó *estofado a las tinas*. Sus tres aprendices sumergirían sus cuerpos enteros, cabezas y todo, en el estofado, convirtiéndose en uno con el olor a sangre. Luego tarareaban algunas canciones en español que él les había enseñado. No sabían lo que significaba la letra, solo que eran *narcocorridos*, canciones de alabanza a los narcos.

La vista de hombres cubiertos de sangre de las tinas fue una vista vigorizante. El Taladro, quien se encargó de preparar el *estofado* en el garaje, vomitó varias veces durante el proceso.

Un hombre que vivía en la calle fue traído para ser su objetivo.

Un objetivo vivo significaba lecciones prácticas. No tenían ninguna pelea con él. Simplemente tuvo mala suerte.

Dispararon y mataron al hombre, que rogó y suplicó por su vida, luego se pararon alrededor del cadáver para observar los efectos destructivos del doble dólar en el cuerpo humano. Su víctima tenía heridas de bala con marcas características de "agujero de rata" en el pecho y el estómago. Su cabeza había estallado como una sandía rota.

Chatarra, El Mamut y El Casco habían disparado de la misma manera, entonces, ¿por qué solo explotó la cabeza del hombre? explicó El Cocinero.

“Es el cráneo. Cuando los gránulos entran en un espacio herméticamente cerrado, se crea una onda de choque. La presión interna hace que el cráneo explote así”.

Al día siguiente, se ordenó a los tres hombres que se sometieran a un ayuno de tres días. Los encerraron en el garaje y les prohibieron salir.

Pasaron la noche en sacos de dormir, fumaron cigarrillos y espantaron mosquitos y moscas. Solo se les permitía ingerir líquidos. Chatarra y El Mamut se levantaron muchas veces para beber grandes cantidades de agua. El Casco acaba de leer un manga que había descargado en su teléfono.

La mañana después de su ayuno de tres días, los dejaron salir del garaje y entrar en la lluvia. Paseando por el fangoso patio de automóviles había un animal tan grande y sólido como una roca.

Un trato con un corredor de corridas de toros en Shimane había traído un toro vivo de cuatro años. La bestia pesaba casi novecientos cincuenta kilogramos. El precio de venta del animal era de cuatro millones de yenes, pero Nomura había regateado las órdenes de Valmiro y, con un poco de coca y éxtasis de Taiwán para endulzar el trato, lo consiguieron por dos coma cinco millones.

El Cocinero dio órdenes a los hambrientos.

“Mata y cómete el toro. Pero no puedes usar las barracudas”.

El toro de lidia negro de una tonelada recibió un estimulante y cada hombre recibió un cuchillo Bowie con una hoja de siete pulgadas. Se quedaron mirando los hombros levantados del animal y los cuernos que sobresalían a ambos lados de su enorme cabeza.

Después de la prueba psicológica de dispararle a un perro mascota, esta era una tarea completamente nueva y más desesperada: cazar un toro enojado armado solo con un cuchillo después de tres días de ayuno.

Valmiro encendió un cigarro y observó atentamente a los tres hombres que se acercaban al toro con sus navajas.

Ya sea que haya tenido experiencia con asesinatos o no, el ritual de cazar *el toro* creó lazos entre usted y sus compañeros cazadores. Cuando tenía quince años, Valmiro y sus hermanos se unieron para matar un toro en un baldío de Veracruz. La criatura pesaba más de una tonelada y los narcos mayores se juntaron para disfrutar del espectáculo taurino ilegal. Los muchachos no estaban armados con pistolas o matador *garrochas*, solo machetes.

Esa pelea había sido cuatro contra uno. Valmiro había pensado que sus hombres estarían en desventaja, ya que solo eran tres. Para igualar las probabilidades, este toro era más pequeño.

“¡Vamos!”

La orden de Valmiro despertó más ira en el toro que en los tres hombres. Así comenzó una loca cacería bajo la lluvia. Los hombres embarrados trataban desesperadamente de esquivar las feroces embestidas del toro negro; El Casco, el más ligero, se aferró a su espalda y le clavó el cuchillo Bowie en el costado salvajemente. La sangre brotó de las heridas, salpicando el suelo húmedo.

Chatarra se paró frente al toro que embestía, le clavó el cuchillo en la frente e intentó partir el grueso cráneo de la bestia.

El toro resopló como un motor escupiendo escape, meneó la cabeza y levantó a Chatarra, que aún sostenía el mango del cuchillo clavado en la frente del animal. El hombre de más de ciento cincuenta kilos sintió que sus pies dejaban el suelo.

El Mamut se abalanzó desde la izquierda y apuñaló el costado del cuello del toro. Cortó la arteria y la cuchilla llegó hasta las vértebras, pero la criatura aún no cedió.

Los tres se aferraron al toro con todas sus fuerzas, tratando de evitar que los derribara. La lluvia enjuagó la sangre que decoraba sus rostros, solo para dar paso a más sangre. Era una plaza de toros sin vítores, ocupada por toreros aficionados en apuros.

Bajo oscuras nubes de tormenta, se desarrolló una batalla de la Edad de Piedra en el patio de automóviles. El hambre, la caza, la sangre de sus presas: instintos profundos y atemporales estaban siendo canalizados, dando lugar a un tipo especial de parentesco. *Si combinamos nuestras habilidades, somos más fuertes que esta enorme bestia. somos especiales Somos familia.*

Somos familia.

El hechizo que les enseñó El Cocinero, por breve que fuera, adquirió un poder mágico cuando se fusionó con la sangre del toro del sacrificio. Se grabó en las partes más profundas de su conciencia. Esta fue también la fuente de la grandeza de los aztecas, ofrecida a los dioses con corazones humanos sobre el *teocalli*.

Chatarra soltó el cuchillo Bowie clavado en la frente del toro y agarró sus cuernos. — Dame tu cuchillo —le dijo al Casco, que seguía colgado del lomo del toro. En el momento en que el cuchillo llegó a él, Chatarra lo agarró con ambas manos y, como si fuera un hacha, clavó la punta en la cabeza del toro de lidia con todas sus fuerzas.

El fino cuchillo bowie de La Cerámica, fabricado en su taller de Odasakae, partió el grueso cráneo y destruyó los nervios craneales. El toro embistiendo rápidamente tropezó y cayó. El Casco habría quedado atrapado debajo del animal si no hubiera saltado.

El toro se quedó quieto. Tres hombres cubiertos de sangre y barro contemplaron el cielo lluvioso, con las extremidades extendidas, y respiraron hondo y con dificultad. La sangre del animal se acumuló en el suelo, tiñendo de rojo la tierra húmeda.

Chatarra fue el primero en reír, y los otros dos lo siguieron de inmediato. Las gotas se hicieron cada vez más grandes, cayendo en cascada sobre los montones de chatarra en el patio y convirtiendo la tierra desnuda en lodo. Entonces la tormenta realmente comenzó.

33

cempöhualli-huan-mahtlactli-huan-ëyi

El chico iba de su departamento cercano al taller a las siete y media para su turno todas las mañanas. Pablo usó un dispositivo que hizo con el motor de una vieja herramienta para moler granos de café y cuidadosamente preparó una olla. Además de su stock de frijoles colombianos, también tenía Mandheling y guatemaltecos, cinco tipos en total.

El primer trabajo de Koshimo fue hacer tostadas. Puso media docena de piezas de pan en el horno tostador, calentándolas hasta que se doraron ligeramente, luego agregó mantequilla y las volvió a poner, sacándolas para siempre una vez que el calor residual hubo derretido la pasta. También tenía la tarea de cortar el tocino mientras se tostaba el pan. Siempre había una loncha de tocino en la heladera del taller. Usó una tabla de cortar, saboreando la rebanada del cuchillo hecho a mano de su mentor todas y cada una de las mañanas. Aunque fueran para exhibición, Pablo se negó a venderle a un cliente un cuchillo que no podía cortar.

“Escucha, Koshimo. Los cuchillos no son hermosos porque son arte. Son hermosos porque son herramientas. Nunca te equivoques.

Desayunaron en una mesa en la esquina de la tienda. La tostada y el tocino por sí solos no fueron suficientes para satisfacer el hambre de Koshimo, por lo que también comió una pechuga de pollo sazonada al vapor que compró en la tienda de conveniencia. El alimento ligero y saludable, conocido como ensalada de pollo en Japón, se vendía en paquetes sellados al vacío. Koshimo tenía dos paquetes a la vez inicialmente. Pero a medida que pasaban los días, comía más y más. Ahora podía manejar diez. La ensalada de pollo estaba apilada en su plato de desayuno, y para cuando limpiara los platos, todo habría desaparecido.

El trabajo de Pablo era enseñar a su aprendiz y el de Koshimo era aprender de su mentor. El cuchillo era la herramienta más antigua de la historia de la humanidad, y el conjunto de conocimientos que los antepasados habían construido sobre él era profundo y vasto. Las posibles combinaciones de hoja y mango eran infinitas, y un cuchillero dedicado a su oficio podía perseguir la perfección sin fin.

Koshimo aprendió sobre los diversos tipos de hojas de cuchillos de vaina. Los cuchillos de vaina también se llamaban cuchillos de hoja fija porque la hoja y el mango no colapsaban juntos. Estos eran más fáciles de hacer que los plegables, porque no era necesario diseñar el mecanismo de plegado y desplegado. Los cuchillos de vaina se llamaban así en Japón porque tenían que ir dentro de una vaina en lugar de cerrarse con seguridad. En otros lugares, la mayoría de los países simplemente los llamaron cuchillos fijos.

Cuando mostraba los materiales de las hojas de Koshimo, Pablo siempre los sacaba de los mangos, para poder ver cómo era toda la pieza.

Punto recto.

Punto de entrega.

Punta de lanza.

Tanto hoja.

Hoja de filete.

Desollador torcido.

Desollador de anzuelos.

Koshimo observó atentamente cada tipo de cuchilla, todas afiladas con un afilador de diamantes, copió sus formas en papel, las recortó, las pegó en láminas de acero y usó una herramienta de escritura tipo lápiz para marcar sus contornos. A diferencia de su escritura, que era torpe e infantil, las líneas de Koshimo eran poderosas, delicadas y precisas.

Pablo le dio a Koshimo una instrucción estricta.

“Asegúrate de que la hoja sea más corta de ciento cincuenta milímetros”.

El límite reglamentario para la hoja de un cuchillo en el mercado minorista japonés era de ciento cincuenta milímetros o quince centímetros. Muchos de los cuchillos personalizados de Riverport Metal se vendieron internacionalmente, pero Pablo inició Koshimo en el estándar nacional.

Mientras sorbía un rico café negro y observaba a Koshimo dedicarse al trabajo, Pablo pensó en Malinal. Ella desaprobaba esto. Esa mujer había insistido en que Koshimo no debería ser fabricante de cuchillos. Dado el pasado del chico, tenía razón.

La primera persona que le contó a El Loco sobre el niño en el centro de rehabilitación llamado Koshimo Hijikata fue El Casco, un empleado del patio de automóviles en Nakahara. Uno de los antiguos amigos *bosozoku de El Casco* que había salido de un centro de rehabilitación le habló de un niño mestizo de dos metros de altura que era muy bueno con las manos. A partir de ahí, El Casco informó a El Loco.

Poco después, El Loco trajo a Malinal, Yasuzu Uno, la trabajadora sin fines de lucro, al taller de Pablo, para ver si estaría interesado en contratar a un nuevo empleado.

A Pablo le sorprendió la actitud y el vocabulario de la japonesa que se hacía llamar Malinal. Parecía como si ella no supiera lo que estaba pasando debajo del templo en el Distrito de Ota. Por lo que Pablo pudo ver, ella realmente creía que estaba realizando un servicio valioso por el bien de los niños indocumentados. ¿Le lavaron el cerebro, como una especie de cultista? Esa era la suposición de Pablo, pero no podía preguntar sobre eso en presencia de El Loco, y si realmente le habían lavado el cerebro, entonces interrogarla sobre eso no serviría de nada.

Mientras que Malinal estaba de acuerdo con poner a un niño del centro de rehabilitación a trabajar en la tienda, dándole así un lugar adecuado en la sociedad, estaba constantemente en contra de que él se involucrara en la fabricación de cuchillos.

"Es peligroso", insistió. "Este niño mató a sus padres, ¿y lo vas a hacer trabajar con cuchillas?"

primero quiero ver qué puede *hacer*. ¿Tienes alguna muestra?

"Sí", respondió Malinal. "Esta es una parte de su carpintería que compré en un evento de caridad".

Sacó un pequeño jaguar tallado. En el momento en que la mujer lo colocó sobre la mesa, la mirada en los ojos de Pablo cambió. Su experiencia acumulada trabajando con sus manos le permitió aprender mucho del producto terminado.

Malinal, quien había comprado el artículo, pensó que era un león macho, pero Pablo lo reconoció al instante como un jaguar. Aunque carecía de las manchas características, y su exterior era de madera simple y sin terminar, Pablo no podía confundir el aspecto del majestuoso carnívoro, acechando bajo la sombra de las hojas y observando a su desventurada presa.

El niño que creó esto no cometería un acto de violencia sin razón, pensó Pablo instintivamente. Madera, arcilla, yeso, metal, cualquiera que sea el material, el modelado era un arte que requería mucha paciencia. Una persona no podría realmente terminar una pieza sin el control de sus emociones y la capacidad de captar la imagen completa en su mente. Sin embargo, si Malinal tenía razón y el niño era peligroso, entonces los hombres que intentaban contratar al niño a través de ella —El Loco, Laba-Laba, la gente de la desguace y, sobre todo, El Cocinero— estaban lejos. *más* peligroso

Si el chico dejaba el sistema y venía aquí, sería inducido a un nuevo pecado mucho mayor.

Pablo quiso negarse, despedir al joven por su bien, pero el Loco ya estaba decidido. No había elección en el asunto ahora. Todo lo que Pablo pudo hacer fue compadecerse del desafortunado muchacho por no tener un mejor lugar adonde ir.

A Koshimo le gustaba mirar la pila de materiales para mangos en el taller.

El hueso jigged hecho de tibia de ganado; hueso aceitado; losa de hueso; ciervo sambar hecho con las astas de un gran ciervo indio; marfil de mastodonte, que sirvió como reemplazo del marfil ilegal de elefante; y marfil de morsa, que había estado en el mercado antes de que fuera regulado. En cuanto a la madera natural, estaba el palo fierro, el cocobolo, el bocote, el corazón verde y el granadillo africano. Para la concha, las opciones incluían ostra perla, abulón y perla negra. Koshimo incluso se interesó por materiales artificiales como la acristona —roca fijada en resina acrílica— y la micarta, un laminado de lino comprimido en resina fenólica. Koshimo los inspeccionó a todos con entusiasmo y aprendió a diseñarlos con la ayuda de Pablo.

Una vez que se acostumbró a los fundamentos de la fabricación de cuchillos, la primera pieza completa de Koshimo fue un cuchillo de vaina hecho con una hoja de punta recta cortada en un acero llamado CrMo7 y un mango de madera dura de cocobolo de México. Incluso usó una máquina de coser para terminar la cubierta de cuero para sujetar el cuchillo.

Cuando dio los toques finales a la hoja con una lima americana de uso general, el sol se había puesto y estaba oscuro fuera del taller.

Pablo se quedó con su aprendiz todo el tiempo para supervisar.

Koshimo se levantó de su silla para mostrar el cuchillo completo, pero Pablo levantó una mano para detenerlo. "¿Terminaste de afilarlo?" preguntó.

"Sí. Usé el archivo de Nicholson.

"Pues póngalo en el maletín y tráigalo aquí", dijo Pablo. Revisaremos el borde con nuestra cena. Si no puede cortar, no puedes llamarlo cuchillo".

Koshimo puso su nuevo cuchillo en una funda negra de resina ABS y cerró la tapa. De repente, sintió una punzada de hambre. Había estado tan concentrado en su trabajo que se había olvidado de almorzar.

Jefe y empleado subieron a un Citroën Berlingo con placas Kawasaki. Pablo lo llevó a un estacionamiento de pago en Oshimakami-cho cerca del taller, luego llevó a Koshimo al otro lado de la calle a un asador.

En una mesa adentro, mientras Chuck Berry tocaba por los parlantes, Pablo pidió dos solomillos de ciento cincuenta gramos. "Uno muy raro, el otro muy bien hecho", instruyó.

El mesero se giró para irse, pero Pablo lo detuvo. "Eso fue solo para mí. Todavía no ha pedido.

Con la bendición de su empleador, Koshimo ordenó un bistec de tres libras del menú especial y agregó una porción grande de arroz, además de una sopa y una ensalada.

Cuando la carne salió a los platos de hierro caliente, Koshimo golpeó el borde del metal con su tenedor, escuchando el sonido.

"Te vas a acostumbrar a hacer eso trabajando con acero todos los días". Pablo se rió. "Muy bien, veamos ese cuchillo", dijo, su rostro severo una vez más.

Koshimo abrió la caja de plástico y le entregó el cuchillo de funda. Pablo examinó su hoja bajo las luces del restaurante y luego la usó para cortar el muy poco hecho solomillo. Cortó la carne roja como si fuera mantequilla derretida. Pablo colocó la loncha encima y volvió a cortar. Repitió el proceso hasta que la hoja atravesó cuatro capas, luego se quedó mirando las manchas de sangre en el borde.

A continuación Pablo cortó el chuletón muy bien hecho, que hacía honor a su nombre. Al igual que con el bistec poco hecho, cortó los trozos, los apiló y volvió a cortarlos, cortando los tendones gordos y duros, tratando de ver si podía hacerlo sin necesidad de usar su tenedor como apoyo, ya que la fuente de hierro estaba resbaladiza por el polvo. grasa derretida ya.

Después de limpiar en silencio la sangre y la grasa con su servilleta, Pablo tomó el cuchillo por la punta y la virola para poder examinar de cerca la marca en el ricasso.

Koshimo y Pablo

Koshimo y Pablo. Al escribir en papel, las letras del niño eran torpes, pero cuando estaban talladas en metal, eran impecables. El acabado del duramen con nudos del mango de cocobolo y la funda de cuero fue perfecto.

"Este es un buen trabajo", dijo Pablo. "Avanza."

Internamente, pensó que Koshimo era un genio. ¿Alguien más podría haber creado una pieza tan buena después de solo tres semanas de lecciones? Hoja, mango, vaina: cada parte era perfecta. Pablo ni siquiera pudo quejarse del afilado.

Koshimo no mostró ninguna felicidad externa por los elogios de su maestro. Estaba demasiado ocupado comiendo. El bistec de tres libras se acabó en menos de diez minutos, y también terminó el arroz extra grande, la ensalada y la sopa.

Pablo no tocó la carne que usó en el corte de prueba; dejó que Koshimo lo tuviera. Todavía no satisfecho, Koshimo pidió un bistec extra de una libra y puré de patatas.

"¿Qué sueles comer solo?" preguntó Pablo.

"¿Para la cena?"

"Sí."

"Pájaro hervido. Eso es lo único que puedo cocinar".

"¿Simplemente lo hierves? ¿Sin sal?"

Koshimo negó con la cabeza.

"Tú también estabas comiendo ese pollo esta mañana. El tipo de la tienda de conveniencia. ¿Cuántos paquetes de esos?"

" *Diez* ", respondió Koshimo.

"¿Y pollo para la cena también?"

"Sí."

"Necesitas vegetales, hombre. y arándanos. Se pueden congelar, eso también funciona. Son buenos para tus ojos. La vista es muy importante para este trabajo".

"Bueno."

Pablo tomó un sorbo del café helado del restaurante e hizo una mueca por el sabor. Exhaló y luego murmuró: "Supongo que hemos estado tan concentrados en los cuchillos que no hemos tenido ninguna conversación como esta".

"Sí," estuvo de acuerdo Koshimo. "Tengo una pregunta."

"¿Qué es?"

"¿Ves baloncesto?"

"¿Baloncesto? ¿El deporte?"

"Sí."

"No se. Supongo que; cuando tengo tiempo. Baloncesto, fútbol, carreras de bicicletas, carreras de caballos, puedes verlos todos por aquí. También hay fútbol americano. ¿Te gusta el baloncesto?"

"Sí."

"¿Tú jugaste?"

Koshimo negó con la cabeza. Le preguntó a Pablo sobre el equipo de Kawasaki al que había apoyado hace años.

"Ese equipo ya no está", respondió Pablo. "Se fueron."

"Se fueron...?" repitió Koshimo. Sus manos dejaron de trabajar en su comida y miró a Pablo con expresión apagada.

"Bueno, cambiaron", explicó Pablo. "Oh, cierto, no lo sabes. Mientras estabas adentro, crearon esta cosa llamada B. League. Esa es la nueva liga profesional. El equipo que estabas siguiendo renació allí.

Pablo sacó su smartphone y buscó una imagen para mostrársela a Koshimo, quien miraba con gran interés la pantallita. uniformes rojos. Kawasaki truenos valientes.

"¿Son duros?"

"Son un buen equipo".

"¿El mejor del mundo?"

"¿Estás incluyendo otros países en esa pregunta?"

"Sí."

"Se te ocurren algunas preguntas raras, chico. Está bien, escucha. Los Brave Thunders juegan en una liga nacional japonesa llamada B. League. El mejor equipo de baloncesto del mundo gana el campeonato de la NBA; esa es la liga profesional norteamericana. ¿Has visto un partido de la NBA antes?"

"No."

"No lo creo", respondió Pablo. "Tienes que suscribirte a algún canal satelital para verlos".

"¿Quién es el más duro en el Enbeeay?"

"Este año son los Toronto Raptors. Ganaron la temporada 2018-2019. Tienen su sede en Toronto. Eso es en Canadá, no en Estados Unidos".

"Raptors..."

Pablo sonrió un poco al ver a Koshimo luchando por absorber tanta información nueva. Tomó otro sorbo del mal café helado.

el grabado *de Koshimo y Pablo* en el ricasso del cuchillo. Se imaginó a Koshimo, cuya letra era tan horrible, tallando minuciosamente cada letra, cuando podría haberse detenido solo en su propio nombre. La idea de que Koshimo fuera arrastrado sin saberlo al otro trabajo del taller hizo que a Pablo se le llenaran los ojos de lágrimas.

Se los secó con una servilleta y dijo: "No camines con el cuchillo de vaina que hiciste hoy. Si la policía te detiene para interrogarte, te volverán a meter en la cárcel.

"Bueno."

El sonido de la carne chisporroteando, los invitados a la cena conversando, Chuck Berry, el olor del humo y el aroma de los condimentos. Koshimo siguió comiendo y comiendo en la mesa del asador bajo las suaves luces naranjas, mientras Pablo se recostaba en su silla y miraba la noche a través de la ventana.

Habiéndose ganado la confianza de Pablo, Koshimo recibió una llave del taller y comenzó a aparecer incluso antes de las siete y media.

Las tibias de ganado se habían dejado hirviendo la noche anterior en una olla, y Koshimo usó un cepillo de dientes para pulir cada una. Cada uno medía de quince a veinte centímetros de largo y era muy grueso y firme, para soportar el peso de una vaca.

Cuando las tibias estuvieron completamente lavadas, las llevó a un edificio de almacenamiento con aire acondicionado detrás del taller, las colgó de cables y las secó a baja temperatura. La presión de la brisa del aire acondicionado hizo que la hilera de huesos gruesos se balanceara y chasqueara húmedamente en la habitación oscura, convirtiendo el almacén en una cueva de la edad de piedra.

Cuatro de las cinco tibias se dejarían atrás y se colocarían en una caja, sin moldear en hueso para mangos de cuchillos. Pablo había explicado que uno de sus amigos que dirigía un depósito de automóviles en el distrito de Nakahara tenía un gran perro de caza que necesitaba juguetes para masticar para aliviar el estrés. Las mandíbulas del perro eran tan poderosas que mordían las espinillas del ganado en poco tiempo, por lo que requería un suministro regular de ellas.

Además de las tibias de ganado, había otro tipo de hueso que cocían en el taller. Eran tan largos como los de vaca, con pequeños trozos de sangre y carne aún adheridos a ellos, pero eran más suaves en la superficie, de color más claro y, en general, parecían más débiles.

Siempre fue el mismo hombre quien entregó estos huesos misteriosos, no un servicio de entrega. Las únicas cosas en la parte trasera de su camión eran botes de gas propano.

Bajo la tutela de Pablo, Koshimo aprendió a firmar los recibos del acero y manejar los materiales cuando los llevaban al taller. Afortunadamente, podría simplemente garabatear algo ilegible, y aun así sería aceptado. Sin embargo, el hombre que conducía el camión lleno de botes de gasolina nunca pidió una firma. Para empezar, no tenía papelitos.

“No los hiervas con los de vaca. Trátalos con mucha delicadeza”.

Esas fueron las instrucciones de Pablo. Koshimo preguntó qué tipo de huesos eran, pero nunca recibió una respuesta. Cada vez que surgía el tema de los huesos misteriosos, la expresión de Pablo se oscurecía y sus ojos se negaban a encontrarse con los de Koshimo.

Un día, Pablo finalmente le dijo el nombre de los huesos. Por lo general, se refirió a los huesos como "aquellos" o "ellos" a Koshimo. Tal vez se había cansado de ser tan vago.

C-huesos.

Saber el nombre no ayudó a Koshimo a entenderlos mejor. Pensó que podrían haber sido huesos de ternera, pero de ser así, las instrucciones de Pablo no tenían sentido. Él había dicho que no los hierva con los huesos de vaca.

Así que no eran de ganado. ¿De qué habían venido?

34

cempöhualli-huan-mahtlactli-huan-nähui

Un gran tifón barrió la región de Tokio, convirtiendo los terrenos del taller de desguace en lodo y dejando atrás un charco de lodo.

El Taladro tuvo que usar la pala mecánica para limpiar todas las puertas y techos de los autos que dejó la tormenta. Cuando terminó, regresó a la oficina de arriba y, siguiendo las órdenes de Miyata, hizo una llamada a un lugar de alquiler de electrodomésticos para obtener una herramienta de drenaje. Su pala mecánica fue diseñada para ser desmantelada, con un accesorio de brazo estilo agarre, y no era adecuada para remover agua.

Cuando terminó con la llamada telefónica, El Taladro miró el calendario. Técnicamente, no lo estaba mirando directamente, sino el reflejo a través de un espejo en la pared opuesta. Si se paraba en el lugar correcto, una pequeña marca hecha con marcador púrpura en el espejo se superponía con la fecha de hoy en el calendario. En realidad, no había nada marcado en el calendario en sí.

El punto morado en la fecha reflejada indicaba una inspección policial. Miyata estaba pagando a un investigador por debajo de la mesa, por lo que los empleados de la tienda de desguace sabían sobre las visitas antes de que sucedieran.

Las láminas de acero, el alambre de púas y las cámaras de seguridad eran imponentes. Los diversos patios comerciales de Japón, desde desmanteladores de automóviles y electrodomésticos hasta almacenamiento de materiales, a veces contaban con una seguridad más impresionante que la que se podía encontrar en las oficinas de la yakuza. Además, su naturaleza cerrada los convirtió en caldos de cultivo para el crimen. Los departamentos de policía locales de todo el país realizaron inspecciones periódicas en lotes privados sospechosos como estos. Eran investigaciones sin orden judicial, pero si un propietario se negaba, invitaba a un mayor escrutinio por parte de la policía.

Para alguien en la posición de Miyata, mantener las cosas tranquilas y amigables con la ley era primordial. Había estado en buenos términos con la policía antes de contratar a Chatarra. Desde entonces, había tenido que ser más cauteloso que nunca para no atraer la atención no deseada de las autoridades.

Miyata siempre mantuvo una filosofía operativa de que incluso si bordeaba la línea de la ley, nunca tocaría los negocios tradicionales de yakuza. Sin embargo, ahora el patio de autos que poseía estaba dirigido por personas más peligrosas que los yakuza. Chatarra mataba gente y derretía sus cuerpos de la manera más caballeresca. Un médico del mercado negro trajo a un peruano no identificado. El peruano trajo perros, mandó fusilar a algunos y dejó vivir a otros. Habían disparado miles de cartuchos de escopeta en el patio y había una bañera llena de sangre y vísceras en el garaje. Su negocio se había convertido en un osario de pesadillas, y lo más aterrador de todo para Miyata era que no tenía ni idea de lo que realmente estaba pasando detrás de todo este horror.

Un automóvil sin identificación de la Policía de la Prefectura de Kanagawa se detuvo frente al patio de automóviles. El Subaru Impreza plateado transportaba a dos miembros del equipo de Investigación Internacional del Departamento de Crimen Organizado: el Inspector Asistente Toshitaka Ozu y el Jefe de Patrulla Kazumasa Goto. Estaban siguiendo una pista sobre un grupo que vendía autos robados en el extranjero.

Ozu era un investigador y una fuente de información con mucha experiencia, y el joven Goto no tenía idea de que Ozu era conocido en el inframundo como un hombre que jugaba a la pelota. Goto idolatraba y confiaba en su superior. Los ucranianos que manejaban un casino ilegal en Kawasaki y los coreanos con el club secreto de prostitución solo para miembros sabían que Ozu era un policía corrupto. Solo Goto, que pasaba todos los días trabajando con él, estaba a oscuras.

La pesada puerta delantera de chapa metálica del patio de automóviles se abrió automáticamente y el Impreza entró en el terreno. Ozu y Goto espionaron la espalda de El Taladro, pequeña a lo lejos, mientras usaba una serpiente de drenaje para sacar el enorme charco de agua lodosa que se había formado. Parecía ser la única persona afuera en el espacioso lote.

El coche de policía sin distintivos rodó lentamente por el lodo hasta donde los esperaba Miyata, sonriendo.

Ozu se recostó en el sofá de la oficina, tomó un sorbo de la taza de té verde que le ofrecieron y preguntó: "¿Tienes un cenicero por aquí, papá?"

Miyata encontró rápidamente un cenicero redondo de cobre y lo colocó sobre la mesa.

"Esa lluvia de ayer fue algo, ¿no?" remarcó Ozu. "Ojalá fuera un poco más fuerte, para poder lavar este maldito montón de basura".

“No hagamos bromas, señor”, Miyata hizo una mueca, mirando de Ozu a Goto. “Tus llantas están llenas de barro, ¿no? Tenemos una lavadora a presión que puede usar para limpiarlos antes de irse”.

“No, gracias”, respondió Ozu. “Regresamos luciendo demasiado limpios y relucientes, y van a preguntar dónde conseguimos el lavado de autos. Si no hay recibo, habrá mucho que pagar. Resulta que nos estabas ofreciendo un regalo, entonces el departamento *realmente* derribará el martillo”.

“Escuché que en el pasado, los agentes antimafia iban a las oficinas de la yakuza y llevaban a los jóvenes allí para limpiar sus vehículos sin identificación”.

"Así es. Fue un tiempo infernal".

Ozu exhaló, sacó una moneda de cien yenes de su bolsillo y la arrojó al aire. Le había explicado a Goto antes que si la moneda caía en cara, mirarían al lado este del lote y al oeste en busca de cruz. El patio de autos era tan espacioso como el sitio de construcción de un importante complejo de apartamentos, por lo que tenían que elegir dónde buscar si querían terminar al final del día. Los oficiales no podían pasar todo el día en una búsqueda sin orden judicial.

"Parece que hoy es el este", le dijo Ozu a Goto, golpeando la moneda contra el dorso de su mano. En realidad, no había mirado la moneda. La decisión de buscar en el lado este del patio tampoco fue una decisión aleatoria. Se le había transmitido a Miyata de antemano.

“Iré a mirar primero”, dijo Goto, levantándose de su asiento. Tenía una lista con las marcas de todos los autos robados en la prefectura y una cámara digital para tomar pruebas.

“Iré tras de ti”, dijo Ozu, sacando un paquete de cigarrillos del interior del bolsillo de su traje. “Solo déjame fumar un cigarrillo primero. No puedo hacerlo en el coche.

Sin darse cuenta, Goto descendió las escaleras fuera de la oficina. Cuando sus pasos se desvanecieron, Ozu encendió el cigarrillo con un encendedor de aceite. Mientras exhalaba, miró el colorido paquete que había dejado al final de la mesa. Natural American Spirit Gold, 0,8 mg de nicotina, 6 mg de alquitrán.

El veterano agente, fiel a su oficio y siempre dispuesto a dar consejos a un subordinado que lo necesitara, de pronto adoptó el rostro de un hombre que había vendido su alma por dinero en efectivo.

Aspiró el humo felizmente, seguro de que entendía lo que realmente estaba pasando detrás de la puerta cerrada del patio de autos. Sin embargo, los tiempos habían cambiado y Ozu sabía menos que antes. Nunca podría haber soñado que un narco de México estaba criando sicarios aquí, entrenándolos al estilo paramilitar.

Ozu aplastó la colilla contra el cenicero y miró dentro del paquete de Natural American Spirit. Todavía quedaban algunos, pero preguntó: "Papá, ¿tienes cigarrillos de repuesto?"

Miyata le entregó un paquete de la misma marca, pero no había cigarrillos dentro, solo billetes de diez mil yenes doblados, quince en total.

Ozu metió la mochila en el bolsillo de su traje y lentamente se levantó del sofá. "Los tiempos cambian, ¿no?" él dijo. "La gente está tan interesada en los cigarrillos electrónicos en estos días, la gente como yo se siente excluida en las secciones de fumadores".

"Para ser honesto, yo también compré uno", confesó Miyata, sonriendo como disculpándose.

"Bueno, estaré condenado". Ozu chasqueó la lengua. "Por cierto, ¿qué tipo de perro tienes por aquí? ¿Cómo se llama?"

"Es una raza llamada Dogo..."

"Le estás poniendo vacunas contra la rabia y todo eso, ¿verdad?"

"Por supuesto..."

"No te atrevas a dejar esas cosas sueltas. Si sale, matará a dos o tres personas".

"Entiendo."

"Asegúrate de que tus muchachos lo sepan".

"Lo haré, señor".

Una vez que los dos policías terminaron su inspección y abandonaron el patio, El Taladro se dirigió a los montones de llantas viejas en el lado oeste del terreno para devolver las armas que había colocado allí al montón de chatarra en el lado este.

Sacó las llantas viejas de la parte superior del montón, sacó un pesado cofre de madera y luego lo metió en una carretilla. Lo empujó por el barro, usando botas de goma para una mejor estabilidad. Sin embargo, se detuvo a medio camino y se quedó mirando la caja que estaba transportando. Dentro estaban los Remington M870 que los otros chicos llamaban barracudas.

Quería disparar él mismo una de esas escopetas con silenciador cuadrado. El Taladro acababa de cumplir veinte años y ardía en deseos de tener la oportunidad de usar las armas, pero nunca se lo permitieron. Una cosa hubiera sido si solo su héroe, Chatarra, pudiera usar las armas de fuego, pero El Mamut y El Casco habían venido a la desguace después de El Taladro. No era justo que llegaran a disparar, pero no a él. No podía vencerlos en una pelea a puñetazos, pero la precisión de disparo no tenía nada que ver con la fuerza del brazo. Tenía talento propio, sin duda.

El Taladro sabía que el motivo de El Cocinero para no dejarlo disparar era su miopía innata. Pero estaba cansado de verse obligado a aceptar una realidad mundana que nunca cambiaría. Quería hacerse un nombre de alguna manera. El Taladro no tenía idea de para qué era realmente la práctica de tiro, pero eso no le importaba. Quería el respeto de El Cocinero y Chatarra, y quería unirse a El Mamut y El Casco. Quería ser un miembro genuino de la pandilla.

Después de esconder la caja en la pila de chatarra en el lado este, arrojó tibias de ganado en la carretilla vacía y metió una lata de cerveza de raíz A&W en el bolsillo trasero de sus jeans. No hacía frío, pero no le importaba. El Taladro volvió a empujar la carretilla, esta vez hacia el lado sur del patio de autos, donde estaba el perro de caza.

De todos los Dogos Argentinos que habían comprado para las pruebas *de sicario*, uno se había quedado atrás como perro guardián y ahora era más grande que cualquiera de los otros sabuesos que habían tenido.

El Taladro le dio el nombre de Músculo, y nadie más cuidaba al perro, por lo que nadie podía quejarse del apodo.

A medida que se acercaba, el poderoso Dogo Argentino levantó la cabeza de sus patas delanteras y bostezó perezosamente; estaba encadenado a un poste de metal y no tenía nada que hacer. El Taladro le tiró una tibia, luego abrió el A&W y vio cómo el perro mordía. Era el perro guardián más fuerte del mundo, una raza conocida por matar pumas antes de la madurez física total. Si bien su cara era similar a la de un bulldog o pitbull, sus piernas eran mucho más largas y su cuerpo era más grande.

Criado para ser lo suficientemente fuerte como para cazar un depredador ápice, el perro era intrépido por naturaleza, y cuando creció hasta la edad adulta, casi nunca ladró. Devoró su carne, masticó los huesos, lamió el agua con su gruesa lengua, luego sacudió la cabeza, haciendo tintinear la gruesa cadena, y miró sombríamente a la gente al otro lado del patio.

El Taladro se ponía nervioso cuando estaba cerca de Músculo y notaba que le sudaban las palmas de las manos. Solo podía imaginar lo que sucedería si la cadena se soltara. A esta distancia, un arma no lo salvaría. Pero Chatarra y los otros dos habían soltado a sus perros y los habían matado mientras estaban libres. Era notable que no hubieran vacilado ante las bestias. Sin embargo...

¿Los perros Chatarra y los demás no eran más pequeños que el que yo he estado criando?

Al darse cuenta de eso, El Taladro supo que tenía la idea correcta para ganarse la estima. *El jefe y Chatarra estarán contentos conmigo después de esto. Es una gran idea.* No podía quitárselo de la cabeza.

Con el sonido de Músculo rompiendo el hueso de vaca en sus oídos, El Taladro miró hacia el cielo, tan azul y claro que la tormenta de anoche bien podría no haber ocurrido nunca. Se bebió el A&W de una sola vez.

Koshimo pasó la mayor parte de su tiempo en el taller trabajando en las manijas. Esa era una parte importante de ser cuchillero, especialmente para los cuchillos plegables. Las manijas eran la cara de esas piezas. Hueso, madera, concha, fósil: Koshimo talló los diversos materiales en diferentes formas y los combinó con las hojas de Pablo. Finalmente, se le permitió agregar los toques finales.

El taller recibió materiales de todo el mundo.

Esas tibias de vaca que hervía casi todos los días venían de Estados Unidos. Las astas de venado eran de la India, los fósiles de colmillos de mamut eran rusos, los fósiles de colmillos de mastodonte eran de Canadá y los colmillos de hipopótamo, que se incluyeron en el Apéndice II de la Convención de Washington, procedían de Sudáfrica.

“Artículos de cazadores furtivos como colmillos de elefante y cuernos de rinoceronte”, explicó un día Pablo a Koshimo, “te darán un precio mucho más alto por un cuchillo. Pero no los uso. Un verdadero fabricante de cuchillos no usa productos del mercado negro para tratar de obtener un precio más alto de sus artículos”.

Koshimo recordó lo que le había dicho un instructor correccional en el centro de detención juvenil.

“Si haces algo correcto y bueno, siéntete orgulloso de ello”.

Curiosamente, los gestos de Pablo parecían estar lejos de ese axioma. Sus rasgos se veían terriblemente tristes, sus ojos vagaban y parecía un hombre que estaba viviendo una mentira. Cuando Koshimo le preguntó al respecto, Pablo dijo que iba a dar un paseo y prácticamente huyó del taller.

Solo, Koshimo continuó trabajando en un mango. Eventualmente, le dio hambre, así que puso la última porción de pizza que había entregado antes en el horno tostador.

35

cempöhualli-huan-caxtölli

En una fresca tarde de principios de octubre, Pablo colocó un mapa ferroviario de Kawasaki en la mesa de trabajo para que él y Koshimo pudieran examinarlo juntos.

Usó sus dedos para rastrear las paradas donde Koshimo necesitaría cambiar de línea, pero las respuestas sin vida del chico lo pusieron nervioso. *¿Será realmente capaz de llegar al destino?*

Koshimo nunca había tomado el tren solo, ni había tomado un autobús o un taxi. Naturalmente, no tenía licencia de conducir. Pablo se cruzó de brazos y frunció el ceño. Destacaría un hombre de más de dos metros de altura, perdido en la ciudad. *Tal vez debería ir con él, como lo he estado haciendo.*

Estaba a punto de decirlo cuando Koshimo comentó: "Conozco esta área". Su largo dedo señaló la estación Musashi-Nakahara, la parada más cercana al patio de autos que era su destino.

"¿Tú lo sabes?" preguntó Pablo, sorprendido.

"La cancha de baloncesto está por ahí".

"Sí", dijo Pablo. Como señaló Koshimo, Todoroki Arena estaba en dirección al río Tama. "Oh cierto, te gusta el baloncesto. ¿Alguna vez has estado allí?"

"Sí. En mi bicicleta."

"Tu bicicleta", repitió Pablo. "Por supuesto. Esa también es una opción".

Iban a llevar tibias de ganado adicionales que no se usaban para mangos de cuchillos al depósito de automóviles en Kamikodanaka. Todo lo que Koshimo tenía que hacer era entregar los futuros juguetes masticables para perros al trabajador allí, y luego terminaría.

Para este sencillo recado, Pablo fue y le compró a Koshimo una bicicleta de segunda mano. Tenía una cesta y un estante oxidados, y el cable del freno estaba terriblemente deformado. Pablo enderezó el cable, engrasó la cadena y los engranajes, cambió las cámaras de las llantas y las hinchó hasta que quedaron apretadas.

Antes de atar la caja de cartón con seis tibias de ganado adentro al estante, Pablo abrió el contenedor y arrojó una bolsa de comida para perros dentro. De esa manera, si un oficial de policía lo detuviera durante el viaje, Koshimo podría explicar de manera convincente que estaba transportando comida y huesos para perros.

"Enciende la luz cuando se pone el sol".

"Bueno."

"No hagas nada con los muchachos en el patio. Una vez que entregues la caja, vuelve de inmediato.

"Está bien."

Koshimo movió los pedales chirriantes, cabalgando hacia el sol en el oeste. Bandadas de pájaros volaban en la distancia y rastros de nubes flotaban en lo alto.

A medida que se acercaba al río Tama, Koshimo notó que la brisa estaba cambiando.

Amplio viento.

Había muchos tipos de viento: ancho, angosto, redondo, agudo, enojado, riendo, llorando. A veces se combinaban entre sí, formando una variedad infinita de patrones, como la hoja y el mango de un cuchillo.

Mientras pedaleaba, se preguntaba cuánto tardaría en llegar. Koshimo tenía un reloj de Pablo en su muñeca, pero nunca había mirado la cara. Pronto, el joven comenzó a pensar en el concepto de **tiempo**.

Koshimo tenía una filosofía peculiar con respecto al tiempo. Naturalmente, no pensó en ello como una filosofía, y no hablaba lo suficientemente bien como para transmitir sus pensamientos a nadie más.

Lo habían regañado cuando dijo: "Es hora en el baño", a un instructor correccional en el centro de detención juvenil. "Eso está mal", había reprendido el instructor. "La forma correcta de decirlo es: 'La hora del baño'".

Lo mismo sucedió durante una conversación con Pablo. Cuando Koshimo comentó: "El tiempo se está poniendo en el sol", Pablo corrigió cuidadosamente su sintaxis. "Quieres decir, 'La hora en que se pone el sol', ¿verdad?"

Koshimo no pensó que estaba equivocado en ninguno de los dos casos. Había descrito el tiempo de forma natural y adecuada, tal como él lo experimentaba.

Para Koshimo, el tiempo no era un contenedor para un tema o una cosa, sino la vida misma. El tiempo *era* el tema. Creía que el tiempo estaba experimentando el mundo. Era al revés de como lo veían los demás, como una versión en negativo cinematográfico de la típica concepción de la realidad.

Una vez que Koshimo se dio cuenta de que su forma de pensar era única para él, se abstuvo de discutir el tema del tiempo con los demás.

Ya estaba oscuro cuando llegó al patio de autos.

Desmontó la bicicleta frente a la cerca de alambre de púas con las cámaras de seguridad encima y presionó el botón del intercomunicador. "Buenas noches", dijo. "Estoy aquí para entregar los huesos".

No hubo respuesta. Koshimo fue a presionar el botón nuevamente, pero la puerta de acero comenzó a abrirse primero. Observó el amplio patio que tenía delante, iluminado por reflectores, y entró con su bicicleta.

El joven que apareció de la oscuridad llevaba una gorra de béisbol hacia atrás y guantes de trabajo sucios. Estaba mascando chicle y se veían tatuajes en partes de su cuello y brazo izquierdo que su camiseta no cubría.

"¿Estás bromeando?" El Taladro se quedó boquiabierto. "¿Qué maldita altura tienes?"

Pablo dejó la manija C-bone en la que estaba trabajando y miró el reloj en una de las paredes de la tienda. Eran las ocho. Koshimo aún no había regresado. Intentó llamar al teléfono inteligente que le había dado al niño, pero no hubo respuesta.

Se quitó las gafas de trabajo y se frotó los ojos. Había virutas por todo el banco de trabajo. Virutas de hueso C. Una vista del infierno.

De todos los productos que hizo por encargo en la tienda, el material más valioso para los mangos de cuchillos personalizados después del cráneo real fue C-bone. Todo lo que Pablo hizo con él fueron pequeños cuchillos plegables, y casi nunca fabricó cuchillos de vaina con él. Pablo creía que el C-bone no era un material lo suficientemente resistente como para servir como empuñadura para una hoja mediana o grande.

Si bien dejó que Koshimo lo ayudara a preparar el material (hervirlo y secarlo), Pablo nunca lo dejó tallar el C-bone en sí. Ni siquiera le mostró cómo se hacía. Él mismo lo hizo todo. Pablo grabó los patrones en el C-bone, lo lijó con papel y aceitó la superficie. Mientras tanto, lamentaba la crueldad del mundo y suplicaba perdón.

Cuando el producto terminado se colocó en una caja sellada, la etiqueta no mencionaba C-bone en ninguna parte. Tenía una descripción más genérica.

Kawasaki Riverport Metal Ltd.

Cuchillo de exhibición personalizado / Acero / Hueso de vaca (hueso calado, hueso engrasado, losa de hueso)

Pablo volvió a calzarse las gafas y siguió tallando la costosa empuñadura, que se vendía falsamente como hueso de ganado. Trabajaba con el cincel, mirando de vez en cuando el reloj. La ansiedad estaba creciendo.

Había sido un error enviar a Koshimo solo al patio de autos. ¿Que estaba haciendo? No estaba contestando el teléfono. Si no pudiera realizar un recado como este por su cuenta, nunca sería un hombre respetable por derecho propio.

Inmediatamente, Pablo sintió una punzada de autoburla ante este pensamiento perdido.

¿Respetable? Esa palabra solo existe para las personas que tienen trabajos dignos. No, lo que estamos haciendo en este taller, lo que estoy haciendo es...

El paso de El Taladro por Brasil hasta los catorce años le había enseñado que a los hombres muy altos se les llamaba *montanha*, montaña, en portugués.

Aparte de que el tipo que se presentó a entregar las tibias de ganado era un *montanha escandaloso*, todo iba al plan de El Taladro. De hecho, era incluso mejor para él que una nueva persona hubiera hecho la entrega. La Cerámica de mediana edad habría sido cautelosa, y el plan podría haber fracasado.

Al hablar con la *montanha*, El Taladro se enteró de que el chico en realidad era más joven que él, y que ni siquiera tenía un apodo todavía. El Taladro creía que la falta de título era prueba de que El Cocinero lo veía como un inútil. Pobre savia: todo ese tamaño y nada que mostrar.

En verdad, Koshimo nunca había conocido a El Cocinero, y ni siquiera sabía que el hombre existía.

El Taladro medía ciento sesenta y ocho centímetros, y Koshimo era al menos treinta centímetros más alto que eso. Recortados contra los focos del patio de automóviles, bien podrían haber parecido padre e hijo.

El hombre más pequeño crujió la grava bajo los pies, caminando junto a Koshimo y su bicicleta, y murmuró:

“No me culpes, *montana*. Simplemente tuviste mala suerte.

El Taladro llevó a Koshimo al lado sur del patio y se detuvo junto a Músculo. Nunca se acercó así, ni siquiera cuando cuidaba al perro.

Koshimo miró fijamente al animal encadenado, que descansaba sobre el suelo. Parecía más grande y poderoso que cualquier perro que hubiera visto en Kawasaki. Estaba cubierto de un pelaje blanco corto, excepto por una mancha negra alrededor de su ojo derecho, que le daba la apariencia de llevar un parche en el ojo de un pirata. Este era un patrón genético relativamente común para el Dogo Argentino, y los hombres que los llevaban a cazar jabalíes y pumas en América Latina los llamaban *piratas*.

El Taladro miró dentro de la caja de cartón que trajo Koshimo y sacó la bolsa de comida para perros. "¿Qué es esto?" preguntó. "Él no come esta mierda".

Arrojó la bolsa al suelo y luego le dijo a Koshimo que se quedara quieto sosteniendo la caja llena de tibias de ganado. Entonces El Taladro se coló sobre el Músculo dormido. Una vez en un ángulo donde Koshimo no pudiera verlo, comenzó a deshacer el candado que conectaba la cadena del perro al poste de metal.

Un perro grande que de repente se libera, sale disparado de su jaula debido a la negligencia del dueño y ataca a transeúntes desafortunados era el tipo de cosas que sucedía todo el tiempo, en todo el mundo. Fue una tragedia no diferente de un accidente automovilístico. Incluso los entrenadores de animales en los zoológicos fueron atacados y asesinados por los leones que cuidaban. Accidentes ocurrieron con animales mortales. *Aparece un tipo nuevo para entregar los huesos de vaca, y el Dogo Argentino se vuelve loco y ataca. Nada sorprendente en eso, pensó El Taladro.*

El perro guardián se suelta de alguna manera. El chico del taller es atacado. El Taladro no tiene más remedio que dispararle al perro para salvarlo.

Ese era el escenario que imaginaba. Demostraría ser valiente, centrado en el equipo y un buen tirador. Era la única forma de convencer a El Cocinero y Chatarra de que era digno de ellos.

El problema era la cantidad de tiempo que llevaría atropellar y agarrar la barracuda escondida en el lado este del patio. Si ya lo había descubierto, levantaría sospechas. Entonces, su única opción era correr para agarrarlo una vez que ocurriera la emergencia. Lo único que podía darle suficiente tiempo era otra persona para que el perro guardián la atacara. Solo Dios sabía lo que le pasaría a la *montanha* cuando Músculo fue a por él

Una vez que hubo abierto el candado, El Taladro dejó que la cadena colgara tranquilamente en el suelo, consciente de su considerable peso en la mano.

Músculo se quedó mirando la correa desatada con asombro, luego se inclinó para olerla. Eventualmente, la bestia se puso de pie y bostezó, exponiendo sus gruesos caninos. Sacudió la cabeza, que luego se estremeció en todo el cuerpo. El perro medía ciento veinte centímetros de largo, medía sesenta y ocho centímetros de alto y pesaba cincuenta y dos kilogramos.

A la luz de los focos, el pelaje blanco del perro brillaba como la nieve, inapropiadamente delgado en comparación con su cabeza maciza. Tembló de nuevo, luego miró a la persona más cercana.

Koshimo sintió un cambio en el viento, uno violento. Era como si un torbellino acabara de pasar por el patio de automóviles sin hacer ruido. *El tiempo se está poniendo furioso.*

Para El Taladro, era lógico que Músculo se acercara al hombre desconocido que sostenía la caja llena de huesos de vaca cuando fuera liberado. Sin embargo, eso no es lo que sucedió. El Taladro ya corría hacia el lado este cuando escuchó pasos débiles detrás de él, y se giró para ver a Músculo corriendo detrás de él sin ni siquiera un ladrido de advertencia. El terror se apoderó del joven.

¿Por qué yo? Yo soy el que te cuida.

Fue derribado en un instante y escuchó el sonido de su propio pómulo siendo aplastado entre poderosas mandíbulas. Lloró y suplicó, pero el aliento caliente de la bestia fue la única respuesta. Por el rabillo del ojo, El Taladro divisó la *montanha*, todavía de pie en el lugar con la caja en sus manos, y luego ya no pudo ver a través de la sangre. Su rostro estaba completamente destruido. Para un perro de caza capaz de matar grandes felinos, un hombre humano de veinte años no era más que un gatito.

El Dogo Argentino levantó la cabeza de El Taladro, que se convulsionaba en el suelo, y le dio un tremendo movimiento de lengua que arrojó sangre caliente, carne y saliva por todas partes. Fragmentos de cráneo se mezclaron con la saliva.

Lleno de alegría por la oportunidad de satisfacer su instinto genético de cazar, el perro apuntó su hocico rojo al próximo objetivo. Miró con oscura intención a Koshimo, que no se había movido. El Dogo Argentino fue lo suficientemente inteligente como para saber que había huesos masticables de vaca en la caja. Pero esta noche, tenía un juguete mucho más agradable para jugar.

Más tarde esa noche, Pablo recibió una llamada de El Cocinero.

Estaba esperando a que Koshimo regresara al taller, pero el chico nunca regresó. Finalmente, se dio por vencido y se fue a casa, encendió un partido de baloncesto en la televisión y se quedó dormido. Lo último que recordaba era la mitad del segundo cuarto.

Cuando se despertó con el sonido del teléfono, Pablo apagó el televisor, que en ese momento mostraba un patrón inmóvil de barras de colores, y contestó. Era un número desconocido. Intuitivamente supuso que era El Cocinero o El Loco. Cambiaban sus números casi todos los días y, a menudo, llamaban temprano en la mañana o tarde en la noche sin preocuparse por sus necesidades.

“La Cerámica”, dijo El Cocinero, hablando en español. El chico que contrataste está en el taller de desguace. ¿Koshimo, creo? Ve a buscarlo y tráelo a mi casa.

Pablo no dijo nada. ¿Koshimo todavía estaba en el patio de autos? No podía pensar en qué decir al principio. Finalmente, vacilante, preguntó: "¿Koshimo hizo algo?"

"¿Él también puede hacer cuchillos?" El Cocinero respondió, ignorando la pregunta.

"Le enseñé las cuerdas y lo dejé hacer algunos..."

"Quiero verlos", dijo El Cocinero.

Terminó la llamada allí. Pablo había sido contactado en medio de la noche un par de veces antes, pero nunca había sido convocado a El Cocinero's, el restaurante peruano en Sakuramoto. Los ecos de la voz grave de El Cocinero en sus oídos asustaron a Pablo. Su pulso se aceleró, y su camiseta se sentía desagradablemente húmeda por el sudor. Acunó el teléfono en sus manos y miró la foto de su hija en la pantalla de bloqueo. Todo lo que podía hacer era mirar fijamente su pequeña sonrisa, aferrándose a su calidez. Todo a su alrededor era una profunda oscuridad sin fondo. Finalmente, apartó los ojos del teléfono inteligente.

Algo estaba pasando. El Cocinero quería verlo y también quería a Koshimo. ¿Qué pasó en el patio de autos? Pablo cerró los ojos. No era un hombre religioso, pero su padre había sido un católico devoto. Como su padre había hecho tantas veces, Pablo se arrodilló junto a su cama y oró por su propia voluntad por primera vez en su vida. "Querido Dios..."

36

cempöhualli-huan-caxtölli-huan-cë

Cada vez que veía la puerta de acero del patio de autos, Pablo pensaba en la base militar estadounidense en Okinawa. Cuando se abrió el camino, pisó el pedal y metió el Citroën Berlingo en el aparcamiento.

Los faros iluminaron la pala mecánica utilizada para el desmontaje; era tan amenazante como un monstruo en la noche. Detuvo el coche en medio del inquietante silencio, cerró la puerta y se dirigió a la oficina que había encima del garaje.

La puerta de la oficina ya estaba abierta. Pablo vio a Koshimo y Miyata, el dueño del patio. Estaban sentados en el sofá que se usaba para las reuniones. La cabeza de Koshimo estaba colgada y había sangre en su camisa.

Un Miyata exhausto notó que Pablo había llegado. “Tenía la esperanza de darle una muda de ropa, pero nada le quedaba bien”.

"¿Qué pasó?" Pablo cuestionó.

Miyata tomó una bocanada de su pluma vape. “Nuestro empleado fue mordido por el perro guardián. Aunque *mordido* podría ser la palabra equivocada...”

No salió y dijo: "Y está gravemente herido y posiblemente muriendo".

"¿Mordido? ¿Por... ese perro? Pablo preguntó en voz baja. “Koshimo, ¿también te lastimó?”

Koshimo no respondió. Pablo notó que la camisa del niño estaba manchada de tierra además de la sangre.

"¿Se escapó el perro guardián?" preguntó Pablo.

“Perro guardián”, repitió Miyata con desdén. “Sabes que ese no es un perro guardián. es un monstruo Cuando dejé el departamento de bomberos, quería una vida más tranquila. Y mira a dónde me ha llevado. Estoy rodeado de monstruos. No puedo dormir bien por la noche. Es incluso peor que antes”.

Una vez más, Pablo preguntó: "¿Dónde está el perro guardián?"

"Se ha ido", dijo Miyata. Ese hijo tuyo lo mató.

Condujeron a través de Kawasaki en medio de la noche.

Pablo trató de mantener el Berlingo en movimiento lo más lento posible en el viaje desde el patio de autos hasta el restaurante de El Cocinero, Papa Seca. Cuando se acercaba un semáforo, disminuía la velocidad mucho antes de llegar a él. Necesitaba tiempo para pensar. La mente de Pablo estaba en caos. No había intercambiado una sola palabra con Koshimo.

En un callejón al costado de una intersección, algunos niños estaban reunidos en un círculo, estilo libre. Había una población de coreanos en Kawasaki que había crecido en Japón, no muy diferente a Pablo y Koshimo. Algunos de ellos hablaban el coreano de sus raíces, y algunos sabían inglés, pero otros no podían hablar nada más que japonés. Pablo entreabrió la ventana mientras esperaba que cambiara la luz, para poder escuchar su flujo. Rap japonés, rap coreano, coros en inglés, beatboxing, aplausos, pisotones.

Dentro del ritmo, eran libres. Los niños eran de la misma generación que Koshimo. El semáforo se encendió y Pablo pisó el acelerador.

Cuando llegaron a Papa Seca, apagó el motor del Berlingo y luego los faros. Había un cartel de CERRADO en la puerta, pero la luz brillaba a través de las ventanas. Pablo miró el estacionamiento: un Jeep Wrangler, un Range Rover y una Toyota Tundra importada.

Algo golpeó la ventana junto a él. Había un hombre con el dedo doblado para tocarlo, mirando a Pablo, que todavía tenía las manos en el volante. Pablo había visto a este hombre japonés en el patio de autos antes. Sabía su nombre: El Mamut. Pablo abrió la puerta.

"¿Qué estás haciendo?" dijo El Mamut. "Sal ya".

Los dos hicieron lo que él exigió. El Mamut era un hombre enorme de ciento noventa y un centímetros y ciento veintitrés kilogramos, pero incluso él se rió cuando vio a Koshimo de pie. Tenía en la mano una camiseta sencilla de color gris jaspeado, talla 8L. Ponte esto por ahora.

Koshimo bajó la cabeza, se quitó la camisa ensangrentada allí mismo y se puso la nueva.

El Mamut abrió la puerta con el cartel de CERRADO. Los bíceps sobresalían de su camiseta negra y los tatuajes corrían por sus antebrazos hasta sus muñecas.

Pablo entró al edificio, que estaba lleno de gritos estridentes. Koshimo hizo ademán de seguirlo, pero El Mamut extendió un brazo para bloquear el camino. Vas a subir. Ven conmigo."

Pablo solo pudo ver irse a Koshimo, su expresión era dura. La puerta del restaurante se cerró en su cara.

Koshimo siguió a El Mamut por las escaleras exteriores hasta la oficina. El camino estaba cerrado por una puerta de acero y vigilado por una cámara de seguridad. La puerta estaba cerrada por dentro. Se abrió y El Mamut empujó a Koshimo para que lo hiciera pasar. Luego se dio la vuelta y volvió a bajar para continuar con su comida.

La habitación estaba completamente a oscuras; Koshimo no podía ver nada. Estaba incluso más oscuro que las habitaciones privadas del reformatorio después de apagar las luces. Oyó que la puerta se cerraba sola después de cerrarse, pero no podía dar un solo paso sin saber lo que había a su alrededor.

A pesar de estar rodeado de oscuridad, Koshimo sintió que alguien lo observaba atentamente. De la nada, recordó una noche en la que había un relámpago, pero no hubo truenos.

"Se necesita tiempo para que tus ojos se relajen en la oscuridad", dijo un hombre en español. "Podrás ver eventualmente".

Encendió una cerilla y encendió algo. Después de unos momentos, Koshimo olió algo extraño, como una mezcla de néctar dulce y gasolina.

"¿Qué es eso?" preguntó Koshimo, también en español.

"*Copalli*", respondió el hombre. "Esa es la palabra náhuatl para resina antes de que se convierta en ámbar".

"...Náhuatl..."

"El humo de copal es una parte crucial de la cultura azteca".

"...Azteca..."

"¿Cuánto mide?"

"En este momento, estoy..." Koshimo trató de recordar cuál había sido el número la última vez que usó la cinta métrica en el taller. Había crecido cuatro quintos de pulgada desde que conoció a Pablo, por lo que estaba cerca de los doscientos cuatro centímetros. "*Dos y cuatro.*"

"Mirarte", comentó el hombre, "me recuerda a Rafael".

"...Rafael..."

"Rafael Contreras. Lo llamaban El Yeti. Lo conocí una vez en Nuevo Laredo. También medía más de dos metros. Pero por lo que puedo decir, eres más grande que él.

Koshimo todavía no podía distinguir al hombre en la oscuridad. Sin embargo, el nombre hizo pensar en su cabeza, así que preguntó: "¿Rafael era un jugador de baloncesto?"

"¿Baloncesto?" El hombre encendió otro fósforo, pero este no se fue a un trozo de *copalli* sino a un porro en la boca. "No, es un narco. Uno muy famoso. Probablemente todavía esté en prisión.

Valmiro siempre esperaba en total oscuridad cuando convocaba a alguien para visitarlo. Las únicas veces que mantuvo las luces encendidas fue con Nomura y Suenaga.

Tenía una granada de aturdimiento escondida en el cajón de su escritorio, un recuerdo de sus días en México. De esa manera, si un enemigo cargaba con gafas de visión nocturna, podría robarles instantáneamente la vista.

"¿Tu mamá es mexicana?" preguntó Valmiro.

"Sí", respondió Koshimo. Estaba empezando a ver los contornos del rostro del hombre.

"¿De dónde era ella?"

"Sinaloa".

"Sinaloa", repitió Valmiro. Exhaló un humo denso. "¿Te habló de su casa?"

"No", respondió Koshimo. "*Madre* no habló de Sinaloa. Habló mucho sobre la Ciudad de México, los fuegos artificiales en El Zócalo. *Viva Mexico.*"

“Ah, para el Día de la Independencia. La gran celebración”, afirmó Valmiro. “¿Tu *madre* te dijo lo que está enterrado debajo de la Ciudad de México?”

“No.”

“Hay pirámides debajo de la tierra allí. Templos. La Ciudad de México fue construida sobre la gloria de Tenochtitlan. Todo lo que tenían los aztecas fue destruido y ahora duerme debajo de la ciudad”.

“¿Quiénes son los aztecas?” preguntó Koshimo.

Koshimo nunca contaba chistes cuando hablaba con los demás, pero cuando hacía preguntas muy directas, la otra persona a veces se echaba a reír. Koshimo tuvo la sensación de que el hombre en la oscuridad iba a hacer lo mismo. Sin embargo, ni siquiera se rió entre dientes. Él tampoco se contentó con responder a la pregunta.

“Koshimo”, dijo Valmiro, “casi nunca me sorprende. Pero cuando escuché que mataste al Dogo con tus propias manos, me sorprendí por primera vez en mucho tiempo”.

“...Irse...”

“El animal que mataste en el patio de autos”.

Koshimo se mordió el labio. “Lo lamento.” Bajó la cabeza y la mantuvo allí. Miyata, el presidente de la empresa de patio de autos, le había dicho que el perro pertenecía al dueño de un restaurante peruano. El animal ya se había ido, y el hombre al que atacó se estaba muriendo. Tal vez él también estaba muerto ahora.

“Mantén la cabeza en alto”, le dijo Valmiro. “¿Recuerdas lo que pasó?”

“Si.”

Todo fue captado por una cámara escondida en un lugar que El Taladro no conocía. Las acciones de El Taladro fueron nada menos que una traición. Liberó al Dogo en un intento de echarse a un extraño. Los traidores merecían la muerte. Pero para Valmiro, la traición del niño nacido en Brasil no fue nada en comparación con lo que sucedió después.

Antes de que Valmiro conociera a Koshimo, había visto todo el espectáculo en el video de seguridad que Miyata le envió.

El Dogo Argentino volvió al cuadro, con el hocico ensangrentado después de casi matar a El Taladro. Koshimo arrojó la caja a un lado, derramando las espinillas de ganado en el suelo.

Habían pasado cinco segundos.

El Dogo Argentino no escatimó una mirada en busca de los huesos. Puso su mirada en Koshimo y cargó. El chico se mantuvo firme y extendió su largo brazo derecho. Agarró la cara del perro que gruñía y atrapó a la bestia en el aire, estrellándola contra el suelo. Cerró el puño con la mano izquierda y lo descargó contra un lado de la cabeza del perro.

Habían pasado diez segundos.

El perro de caza más fuerte del mundo estaba convulsionando, con la lengua colgando y luego dejó de moverse. La fuerza del golpe hizo que uno de los globos oculares del animal se saliera. Parecía un efecto especial de una película. Desde su asiento, Valmiro sintió que un escalofrío le recorría la espalda. ¿Cuánta fuerza de brazo, cuánta fuerza de agarre, era necesaria para lograr tal hazaña? Tampoco era solo una cuestión de poder. La agilidad para cronometrar el contraataque, la sangre fría para eliminar al enemigo, este chico los tenía a raudales.

“No estoy enojado porque mataste al Dogo”, explicó Valmiro. “Pero Koshimo, matar a esa criatura con tus propias manos traerá un gran cambio en tu vida. Ahora que me has conocido, ya lo ha hecho.

¿Voy a volver a juvy? Koshimo se preguntó. Apuesto a que Pablo y Malinal se enfadarán conmigo.

Has sido elegido. Te paras frente a la pirámide”, dijo Valmiro, exhalando más humo. “Una vez que estás allí, el único lugar que queda para ir es subir los escalones hacia el sol y la luna. Los sacerdotes están esperando en la parte superior para cortar corazones. Tú serás uno de ellos.

Koshimo no tenía ni idea de lo que estaba hablando el hombre.

“No es tu problema que el Dogo esté muerto”, continuó Valmiro. “Solo hiciste lo que era natural, Koshimo. Luchaste como un guerrero y venciste a la bestia. Pero, ¿y El Taladro? Todo esto es su culpa. El Taladro nos traicionó, su *familia*. No nos escuchó y optó por desatar al Dogo. Es solo porque luchaste valientemente contra el Dogo que aún respira, a pesar de haber perdido la mitad de su rostro. Ahora que se ha avergonzado a sí mismo, su vida pronto llegará a su fin. El Taladro debe ser castigado por sus acciones. Traicionó a la *familia*.”

“...Familia...”

“Koshimo, a partir de este día, eres nuestra *familia*. Estarás allí para vernos ofrecer El Taladro a Dios. Pero antes de eso, baja y come. Encuentro con Chatarra, El Mamut y El Casco. ¿Me entiendes, Koshimo? De aquí en adelante...”

“Somos familia.”

37

cempöhualli-huan-caxtölli-huan-öme

El Patíbulo. La horca.

Así llamaban El Mamut y El Casco a Koshimo cuando bajaba las escaleras después de reunirse con El Cocinero. Estaban acostumbrados a llamar a la gente por apodos en español.

Sabían el apodo que El Cocinero había elegido para el niño antes que él, todavía estaba tratando de procesar lo que estaba sucediendo. Un imprevisto accidente se tradujo en elogios de El Cocinero y un pronto puesto en la lista de *sicarios*. Los otros dos le dieron la bienvenida a Koshimo a su grupo, pero él no tenía idea de lo que significaba.

El Mamut y El Casco lo llamaron a su mesa. Los dos hombres se sentaron a ambos lados de Pablo, que parecía pequeño y miserable. Le habían estado dando pisco, un brandy peruano, a pesar de que había conducido hasta aquí. Se quedó mirando en silencio a la mesa, su rostro oscuro.

“Escuché que puedes hacer cuchillos. ¿Ese derecho?” El Mamut preguntó a Koshimo, flexionando los dedos. “Es una gran habilidad ser bueno con las manos. Los muchachos que son buenos con las manos también son buenos cuadrando”.

“¿Le diste un puñetazo a esa cosa? Eso es una locura. ¿Verdad, papá? El Casco palmeó a Pablo en el hombro, pero el cuchillero no levantó la vista.

Estos hombres habían criado a sus propios Dogos Argentinos en el patio de autos y los mataron a tiros, por lo que entendieron qué hazaña era matar a uno con las manos desnudas. Cuando El Cocinero les habló de Koshimo, sus ojos se iluminaron de emoción.

“Por cierto, ¿qué hiciste para que te encerraran en el reformatorio?” preguntó El Casco.

"|-"

“Ya lo sabemos”, lo interrumpió el hombre, riéndose. “En realidad no lo digas en voz alta. Hay otros invitados aquí.

El cartel de CERRADO estaba enfrente porque Papa Seca estaba alquilado por la noche. Más de diez hombres fornidos se dieron un festín con empanadas, pisco y cócteles de pisco y ginger ale con lima llamados chilcanos.

Los hombres que continuaban eran luchadores mexicanos que acababan de terminar un evento en un lugar en Yokohama. Eran una mezcla de *técnicos* y *rudos*, caras y rudos, que habían sido volados por un promotor japonés. Algunos de ellos se habían quitado las máscaras de luchador, mientras que otros permanecían con el traje completo.

"*Quiero comer sushi!* —gritó alguien borracho. Ninguno de ellos podría haber adivinado en sus sueños más salvajes que un narco del cartel en el exilio estaba en el piso de arriba.

Borrachos de pisco, se reunían alrededor de una mesa para apostar en improvisadas luchas de pulsos. Colocaron posavasos en las esquinas opuestas de la mesa: si el dorso de tu mano tocaba uno, perdías. Estaban apostando tres mil yenes por concurso. El más grande de los luchadores todavía medía sólo ciento ochenta centímetros más o menos, pero el cuello de cada hombre era tan grueso como lo exigía su profesión. Cada uno de ellos estaba lleno de músculos a lo largo de los hombros, bíceps y antebrazos.

La lucha armada fue campal y competitiva, los insultos españoles volaban. Un trago se derramó sobre los billetes de mil yenes, y todos los hombres gritaron y se rieron, con la frente cubierta de sudor.

"¿Sabes quiénes son?" inquirió El Mamut.

Koshimo miró a los hombres. Uno tenía la cabeza completamente cubierta con una tela roja brillante, mientras que otros vestían de púrpura o verde. Las telas estaban bellamente bordadas, ya Koshimo le hubiera gustado verlas de cerca, pero estaba demasiado ocupado comiendo la comida peruana que le servían: empanadas, ceviche de pulpo, una mezcla de papas y callos guisada llamada cau.

"¿También son *familia*?" preguntó Koshimo, saboreando la acidez de la lima y la especia del *ají amarillo*.

"No, no lo son. Son luchadores profesionales". El Mamut se rió.

"No los llames luchadores profesionales. Se supone que los llames luchadores", espetó El Casco. "El Patíbulo, hablas español, ¿verdad? La lucha libre profesional es *lucha libre* en español, ¿verdad?

lucha libre Koshimo masticó un bocado de pulpo y consideró las palabras. "No lo sé".

"¿Nunca has visto la lucha libre profesional?" El Mamut estaba incrédulo.

"Te dije; se llama *lucha libre*", reiteró El Casco.

"No importa una mierda", espetó El Mamut. Puso su mano sobre el hombro de Koshimo.

"Mira esto, chico nuevo. Ese de allí se va a llevar el dinero de todos estos tontos.

Cuando Chatarra se ofreció a unirse a la competencia de lucha libre, los luchadores elogiaron al hombre japonés con el sombrero de safari. Pensaron que solo era un cliente habitual del restaurante, o tal vez un fanático de la lucha libre profesional.

Pero cuando comenzaron los partidos, nadie pudo vencerlo. Los luchadores eran como niños desafiando a un hombre adulto. Chatarra golpeó sus manos contra la mesa sin piedad. Cada vez, el impacto derribó una botella o un vaso de la superficie y se estrelló contra el suelo.

Koshimo comió mientras observaba cómo se acumulaban las victorias de Chatarra. El hombre era bajo, pero extraordinariamente grueso, como un globo al que le habían brotado extremidades y una cabeza. Sus brazos eran innegablemente más anchos que los de los mexicanos.

Los luchadores agarraron el borde de la mesa con la mano izquierda para tener más fuerza, empujando con todo su peso, pero Chatarra tenía el control tan firme que podía tomar un trago de tequila con la mano libre.

Los billetes de mil yenes apilados frente a Chatarra. Un hombre que había estado bebiendo tequila en el bar mientras miraba finalmente se acercó a la mesa para probar suerte. Estaba cansado de ver a sus compañeros humillados por este aficionado.

La máscara negra del hombre tenía una cabeza de cabra y un círculo satánico cosido, que simbolizaba la magia negra. Era un *rudo popular* de nombre El Veneno. Su estilo de lucha era despiadado y atrajo la ira de la multitud, pero también era muy observador. No podías jugar un buen *rudo* a menos que fueras inteligente.

Tenía algo de experiencia con la lucha libre antes de convertirse en luchador. Hizo su propio programa de entrenamiento e incluso quedó tercero en la categoría de mano derecha de noventa kilogramos en una competencia internacional de lucha libre en la Ciudad de México.

El gordo japonés que venció a todos los luchadores ciertamente poseía fuerza en los brazos, pero hasta donde El Veneno podía decir, carecía de técnica. Ganó usando el método top roll todas las veces, y probablemente ni siquiera se dio cuenta de que lo estaba haciendo. Los competidores que ganaban mediante top roll tenían problemas con la técnica del gancho, que envolvía mejor la muñeca. Ese era el conocimiento básico en la lucha libre. Si un rodillo superior de fuerza primero se encontró con un agarre de gancho desde el principio, no había escapatoria. El Veneno sabía que un aficionado no tenía ninguna posibilidad contra el poder explosivo de un luchador de brazo competitivo experimentado.

Cuando El Veneno apoyó el codo sobre la mesa, rebosante de confianza, Chatarra se volvió hacia el promotor japonés, que hacía de juez, y le dijo: “¿Qué tal todo el dinero que he ganado contra su máscara?”.

Instantáneamente, el estado de ánimo entre los luchadores cambió. La sugerencia de Chatarra los irritó hasta la médula. La máscara no solo era cara; era un símbolo, la marca del profesional. No fue un accesorio de Halloween.

Sin embargo, El Veneno aceptó la apuesta, aunque con disgusto.

Inmediatamente atacó con el gancho, pero nada de lo que hizo pudo hacer que el brazo de Chatarra se moviera. En momentos, su brazo derecho estaba siendo dominado de una manera que nunca antes había experimentado. Intuyó que se iba a romper. El Veneno lo soltó, sacó la mano de esos dedos como fauces de anaconda y retrocedió.

“El cobarde corrió”, comentó Chatarra.

Sintiendo que su compatriota había sido insultado, los luchadores descartaron rápidamente los personajes de sus animadores y parecían listos para desechar. Agarraron botellas de cerveza y rompieron los extremos, rodeando a Chatarra. El restaurante se quedó repentinamente en un silencio sepulcral excepto por la música criolla peruana.

Debajo de la mesa, El Mamut y El Casco quitaron los seguros de sus armas, observando atentamente. Podían matar a los luchadores en cualquier momento, pero no querían lastimar a nadie en el restaurante. Además, los luchadores eran invitados de El Loco.

“Ve”, le dijo El Mamut a Koshimo sin previo aviso. Nuestro hermano está en problemas. Detener la pelea.

Koshimo había estado observando toda la escena mientras comía, así que entendió la situación. Con el apoyo de El Mamut, Koshimo se puso de pie con incertidumbre. Los luchadores habían estado festejando durante más de dos horas, por lo que no se dieron cuenta cuando llegó Koshimo. Sorprendidos por su altura, todos lo miraron alarmados.

Solo un portero abordaría una situación como esta. Los luchadores con las botellas rotas se tensaron, preparándose para una pelea, pero la siguiente acción de Koshimo los tomó por sorpresa.

"Iré", dijo en español. Empujó a un lado a El Veneno, que le estrechaba la mano entumecida, y se acercó a la mesa.

Chatarra, ya tomando otro trago de tequila, supo quién era el niño gigante. El Patíbulo. Levantó la vista y dijo: "¿Quieres pelearme con los brazos?"

"Sí."

Los otros hombres habían sido cortados justo antes de que pudieran luchar. Estaban de pie torpemente, sosteniendo sus botellas de cerveza rotas. De vuelta en la esquina, El Mamut y El Casco se agarraban los costados de la risa.

"Eres un tipo gracioso", se rió Chatarra. "¿Cuál es tu mano dominante?"

"Izquierda."

"Mío también. Vayamos con la izquierda, entonces."

Apoyaron sus codos izquierdos sobre la mesa y se enfrentaron. La longitud de sus brazos era bastante diferente, al igual que los ángulos de sus codos.

El Veneno, que se había autodescalificado por temor a la fuerza de Chatarra, le susurró al oído al promotor, solicitando la oportunidad de jugar de juez. Fue en parte para calmar las cosas antes de que se convirtiera en un tumulto, pero también porque quería tener la oportunidad de ver el partido de cerca.

Koshimo y Chatarra se tomaron de las manos. El Veneno colocó sus dedos en sus muñecas para ajustar el ángulo y dijo: "Muñecas rectas". Luego, como Koshimo podía entender español, aconsejó: "No quites la vista de tu propia mano. Te lastimarás mucho".

Una vez que se dio la señal, los dedos de Koshimo se tensaron. Ninguno de los brazos se movió. Chatarra estaba tratando de aplastar la mano de Koshimo con su agarre, en lugar de empujar el brazo hacia abajo. No iba a romperle los huesos, pero si hacía gritar al chico, podría mostrar dónde se sentaba cada uno de ellos en el orden jerárquico.

En cuanto a Koshimo, su primer pensamiento fue: *Así es como funciona este juego*. Había pensado que era una competencia de fuerza para ver quién podía empujar el otro brazo hacia la mesa, pero aparentemente, en realidad era una competencia de fuerza de agarre para ver quién podía aplastar los dedos del otro.

Con eso en mente, Koshimo le devolvió el apretón. Las venas de pitón se le hincharon en el brazo y sus músculos se tensaron. Fue agarre sobre agarre. La sonrisa desapareció de los labios de Chatarra. Parecía mortalmente serio e hinchó las mejillas. Había una mirada oscura en los ojos de ambos concursantes.

Ajá, pensó Chatarra. *No es de extrañar que haya podido matar al Dogo Argentino con sus propias manos*.

La puerta del restaurante se abrió y apareció El Loco. Llevaba un estuche de duraluminio que contenía productos que los luchadores habían solicitado para su gira de tres semanas por Japón: analgésicos y musculadores. El analgésico era fentanilo, una sustancia que podía pasar a través de Narita. Los constructores de músculo eran Dianabol, que era legal en Japón. No había restricciones de dopaje en lo que respecta al entretenimiento, por lo que no tenían nada de qué preocuparse allí.

Los luchadores se apiñaron alrededor de El Loco y su caso, entregando dinero en efectivo por las cantidades que necesitarían durante su estadía. Habían perdido todo interés en el concurso de pulsos. “Se acabó el tiempo”, dijo El Mamut, poniendo su mano sobre la de Koshimo y Chatarra. “El Loco está aquí, así que tenemos que irnos”.

Chatarra sonrió y se soltó. Los tres *sicarios* bajo la tutela de El Cocinero se dirigieron a la puerta con Koshimo, el chico nuevo. Pablo seguía sentado a la mesa, rodeado de botellas de cerveza y los platos vacíos de Koshimo. Nadie le prestó atención.

Cuando Chatarra y Koshimo se dispusieron a irse, El Veneno los llamó en español, después de haber terminado su compra de Dianabol. “Ustedes dos son monstruos. Me dio escalofríos solo con mirarte. ¿A qué te dedicas? ¿Alguna vez has tenido ganas de darle una oportunidad a la lucha libre?”

38

cempöhualli-huan-caxtölli-huan-ëyi

Koshimo atravesó la puerta de Papa Seca y miró hacia la noche.

La luna creciente brillaba tenuemente. No podía sentir ninguna expresión en el viento que soplabla en su rostro. No estaba riendo ni frunciendo el ceño. Las nubes flotantes, iluminadas por la luna, estaban en silencio.

“Sube al auto”, dijo El Mamut. Koshimo se subió al Toyota Vellfire de El Loco, el médico clandestino llamado Nomura.

Chatarra tomó la delantera con la camioneta Tundra (su volante estaba en el lado izquierdo), seguido por el Jeep Wrangler de Valmiro, luego Nomura y Koshimo en la camioneta Vellfire. Los tres vehículos mantuvieron una distancia uniforme, sus faros formando una sola línea que tejía mientras seguía la carretera.

Mientras esperaban que se abriera la puerta del patio de autos, los autos apagaron sus faros y cambiaron a luces antiniebla. El resplandor de los vehículos solo iluminaba débilmente el polvo que se levantaba del suelo en el lote oscuro. Los tres *sicarios* se bajaron de la Tundra y se dirigieron al garaje. Nomura tomó un rápido trago de coca en el auto y luego le dijo a Koshimo que saliera del asiento trasero. Valmiro salió del Jeep Wrangler. El cielo estaba tan frío y negro como la obsidiana, y miró fijamente la astilla de luna.

El Taladro estaba tirado encima de la mesa de desmontaje del garaje, esperando su ejecución. Le habían quitado la ropa ensangrentada, dejándolo en nada más que un par de calzoncillos Calvin Klein. La entrepierna estaba manchada de oscuridad donde se había orinado.

El Dogo Argentino se había desgarrado el lado derecho de la cara, y sus brazos y piernas estaban en similar estado. La hemorragia se había detenido, pero ya no podía darse la vuelta por sí solo. Sin embargo, todavía estaba consciente. El Taladro miraba el techo del garaje y respiraba débilmente. Su articulación mandibular estaba rota, por lo que su boca estaba abierta. De vez en cuando gemía, pero no podía pronunciar ninguna palabra inteligible.

Suenaga miró al moribundo. La morfina que le había administrado estaba aliviando el dolor, pero se había disipado con el tiempo y estaba a punto de agotarse. El Taladro se estremeció ante el torrente de agonía que le esperaba. Parpadeó rápidamente, moviendo los ojos, suplicando ayuda a Laba-Laba.

A pesar de los ruegos del joven, Suenaga no tuvo la intención de darle más morfina. Puso la jeringa y la botella de analgésico en su bolso y sacó una barra de proteínas con sabor a chocolate para picar. Cuando los autos se detuvieron en el espacio alrededor del garaje, miró al Taladro de pies a cabeza y recordó lo que le había dicho el Cocinero.

“Vamos a quitar la corazon del traidor a la familia con nuestras propias manos”.

En privado, Suenaga se quejó, *Podríamos ganar dinero si yo mismo lo diseccionara.*

No sabía si se trataba de un método de ejecución latinoamericano o de alguna antigua costumbre, pero le parecía un juego estúpido. Sin embargo, cuando el jefe dio órdenes claras, no tuvo más remedio que obedecer. Suenaga consideró llamar a Hao de Xin Nan Long para pedirle consejo, pero la estructura del comercio de corazones que estaban construyendo estaba enfocada en los niños. Extraer el corazón de El Taladro antes de que muriera y encontrar un paciente adulto urgente dentro del límite de cuatro horas para trasplantes solo interrumpiría la dirección de su negocio. Si quería monopolizar una cuota de mercado en particular, eso significaba ocasionalmente dejar ganancias sobre la mesa.

Pero seguramente los pulmones aún podrían venderse. Suenaga miró con añoranza el pecho desnudo de El Taladro. Luego suspiró. No funcionaría. Si un aficionado le arrancara el corazón, arruinaría los pulmones y los bronquios. Nada de su sistema cardiopulmonar sería salvable.

Entraban hombres al garaje: Chatarra, El Mamut, El Casco. Luego Nomura, seguido por el joven de diecisiete años que contrataron en el taller de Odasakae. Cuando vio a Koshimo, el único pensamiento de Suenaga fue, *Monstruo*. El Cocinero tenía una habilidad natural para atraer monstruos. Él sonrió. *Supongo que eso me convierte en uno de ellos.*

Suenaga arrugó el envoltorio de plástico de la barra de proteína terminada y la metió en la herida de la mordedura en la pierna de El Taladro.

Cuando Koshimo entró en el garaje y vio a El Taladro boca arriba sobre la mesa de trabajo, lo primero que sintió, incluso más que el terror y la desesperación del moribundo, fue un odio violento y hirviente. A él le pareció un vórtice invisible de humo negro. La emoción sombría y asfixiante venía de Chatarra, El Mamut y El Casco. Muchas veces llamaron traidor al moribundo. Koshimo no sabía qué tipo de traición había cometido el herido. *¿Fue tan malo dejar ir al perro? Fui yo quien mató al perro, así que yo también debería ser castigado*, pensó. En el centro de detención juvenil, el instructor lo habría regañado y disciplinado, por lo que era extraño que todos aquí lo elogiaran.

El espacioso garaje se llenaba de una emoción oscura y desagradable, que brotaba de las bocas de los tres hombres que estaban de pie junto a El Taladro como tinta chorreada por pulpos o calamares. Koshimo nunca antes había sentido tanto odio y furia. Lo mareó y lo dejó sin aliento. Le recordó ese sueño que había tenido, el que lo atormentaba y lo hacía despertar todas las noches.

Chatarra sujetaba el brazo izquierdo de El Taladro, mientras El Mamut y El Casco se ocupaban de sus piernas. Solo quedaba el brazo derecho, por lo que era trabajo de Koshimo asegurarlo.

"¿Qué ocurre?" preguntó Chatarra. "Date prisa, o él va a morir primero".

Koshimo no tuvo más remedio que sujetar el brazo derecho de El Taladro. Ya no tenía idea de lo que estaba haciendo. ¿Estaban condenando al desafortunado atacado por el perro, o tratando de salvarlo? El vértigo y la falta de aire eran terribles.

El Taladro no necesitó cuatro hombres poderosos para evitar que se moviera. No quedaba fuerza en su cuerpo. Sin embargo, todavía podía sentir dolor y estaba lo suficientemente consciente como para estar aterrorizado por su espantosa e inminente ejecución.

Valmiro terminó de fumar su porro y miró la luna por encima del Jeep Wrangler. En silencio se dirigió al garaje. El odio espantoso y el asesinato en el aire se espesaron. Valmiro rozó el pecho de El Taladro con la punta de los dedos; los ojos del hombre indefenso se llenaron de lágrimas. Cuando Valmiro habló, lo hizo en una mezcla de náhuatl y español.

“Yohualli Ehecatl, Necoc Yaotl, el más grande de los dioses. Ofrezco a este traidor Yollotl a ti, Titlacauan.

Valmiro colocó un trozo de carbón en el estómago de El Taladro y lo encendió con un mechero. Cuando estaba rojo ardiendo, añadió unas gotas de algún material ambarino: pedazos de incienso de copal. La resina se derritió con el calor y se unió al humo, llenando el garaje de un olor extraño: una mezcla de flores dulces y gasolina. Era el mismo olor que Koshimo había percibido arriba en el restaurante peruano unas horas antes.

Los ojos de El Taladro estaban tan abiertos como podían. Los capilares de los blancos se hincharon como relámpagos.

Cuando vio la hoja que desenvainó El Cocinero, Suenaga no pudo evitar negar con la cabeza. Era un primitivo cuchillo de piedra, con hoja de vidrio volcánico natural. Lo había visto antes: un cuchillo de obsidiana. La punta era afilada, al igual que el borde, pero no era nada comparado con un buen bisturí quirúrgico. Tampoco había sido esterilizado. Parecía una reliquia de un museo. *¿Por qué elegirías una herramienta de la Edad de Piedra para abrir a una persona?* pensó Suénaga. *Eres el más loco de todos nosotros, El Cocinero.*

Se ajustó las gafas y miró a Nomura. El otro hombre no lo miró a los ojos, manteniendo sus ojos en la mesa.

Valmiro hundió el cuchillo de obsidiana en el pecho de El Taladro. Cuando sacó el cuchillo, gotas de sangre salpicaron a los hombres que sujetaban las extremidades. El Taladro gritó con todas las fuerzas que le quedaban. Su voz era ronca. El cuchillo subió y bajó, una y otra vez, separando la carne con el sonido de un saco de arena golpeado. Cuando Valmiro cortó el esternón, agregó un chirrido y un crujido a la mezcla.

El incienso llenó el garaje y llegó hasta el techo. A través del velo de humo, Koshimo pudo ver el corazón latiendo.

¿Por qué? ¿Por qué estamos haciendo esto?

Su mente corría con confusión.

El Taladro se convulsionó, atormentado por un horrible tormento en lo profundo de su pecho, y siguió gritando con la poca voz que tenía. Una espesa lava roja goteaba dentro de su caja torácica, llenando su cuerpo con una agonía ardiente. Le ardía la garganta y la lengua, le zumbaban los oídos y no podía ver a través de las lágrimas. Ya no sentía nada en ninguna de sus extremidades. La sangre que brotaba de su pecho aterrizó en su rostro, y su calor cruel lo devastó. Era una muerte peor que recibir un disparo. No podía recordar un solo recuerdo. Ni sus padres, ni Río de Janeiro. Su único deseo era una rápida liberación del infierno que le acontecía.

Estoy soñando, pensó Koshimo. La vorágine de repugnante odio negro que llenaba el garaje disminuyó gradualmente, expulsado por la acumulación de humo de incienso. Si cerraba los ojos, podría parecer que el humo había limpiado el garaje, pero lo único que limpiaba la escena era la carne moribunda de El Taladro. El fenómeno trascendió la imaginación de Koshimo. Un sacrificio humano vivo trajo un fanatismo y un éxtasis que trabajaron para disipar el vórtice del odio y la violencia. El humo *de copalli* no era más que una pieza de decoración para adornar el horrible milagro.

Valmiro cortó arterias gruesas y extrajo el corazón que aún latía. Empujó su puño hacia arriba, atrayendo todos los ojos hacia arriba. Sus emociones negras y furiosas se concentraron en el órgano ensangrentado, que lo convirtió todo en un resplandor brillante para los ojos de Koshimo.

El Taladro estaba muerto. Su corazón extraído estaba absorbiendo, absorbiendo toda la atmósfera repugnante del garaje. Como la luz del sol enfocada a través de una lente de aumento, el poder oscuro y disperso fue atraído hacia un punto brillante. Una purificación maldita, un ritual de sangre practicado desde la antigüedad, el fundamento de una civilización oculta.

El torbellino de oscuridad se había desvanecido y el corazón del muerto brillaba tan brillante como una estrella. Incluso su cuerpo, con un enorme agujero en el pecho, parecía envuelto en un maravilloso arco iris de colores.

Koshimo estuvo presente por algo que no podía describir con palabras. Valmiro tampoco lo intentó.

Así como la humanidad adoraba al sol solitario ya la luna solitaria, el floreciente impulso de violencia había sido transferido al cuerpo de un sacrificio solitario. La sangre derramada y el corazón extirpado se tragaron las cadenas del odio, neutralizándolas. El sacerdote que supervisaba el ritual fabricó una forma de orden para los vivos, construida sobre el costo de los muertos, en nombre de un dios. **Sacrificio.**

Valmiro señaló el corazón que sostenía en alto y luego el techo del garaje.

La vista de Koshimo dio paso a la ilusión. La sangre que goteaba del corazón desobedeció la gravedad, cayendo hacia arriba, atravesando el techo alto. Fue absorbido por la luna creciente en el cielo nocturno. El Cocinero le dio el cuchillo de obsidiana a Chatarra, quien usó su fuerza bruta para cortar el brazo izquierdo de El Taladro. El miembro más cercano al corazón también se ofrecería al dios.

Valmiro colocó el corazón aún caliente sobre el rostro de El Taladro, silencioso y con los ojos muy abiertos. Suenaga, que estaba apoyado contra la pared mientras miraba, recordó cuando Valmiro había hecho lo mismo en Yakarta.

Como lo había hecho entonces, Valmiro susurró gravemente las palabras sagradas que su *abuelita* le había enseñado.

“En ixtli, en yollotl”.

39

cempöhualli-huan-caxtölli-huan-nähui

Diarios (Niños)

¡Escribe algo divertido que haya sucedido hoy!

[Nombre 🗨️ Yuji]

Estudiaba por la mañana. Docter me enseñó letras, fue divertido.

Después del almuerzo jugué en el trampolín.

*

Mitsuhiro se lastimó un esguince y yo lo ayudé. Me alegro de que esté bien.

¡Escribe algo divertido que haya sucedido hoy!

[Nombre 🗨️ Keisuke]

No puedo creer que tuviéramos una Playstation como si quisiera tres de ellas, además de tres televisores. Son tan ruidosos que jugamos juntos. Esperé mi turno. Todo es muy divertido aquí.

*

¡Escribe algo divertido que haya sucedido hoy!

[Nombre 🗨️ Emiri]

Mostraron cucarachas en las noticias de la televisión. Estaban causando problemas. Había cucarachas en mi antigua casa, pero aquí no. El doctor dijo: "Aquí no hay una sola cucaracha, porque lo mantenemos limpio". Me alegro de poder vivir en un lugar limpio ahora.

*

¡Escribe algo divertido que haya sucedido hoy!

[Nombre 🗨️ Ryoji]

ham

waz

baper

gud

*

¡Escribe algo divertido que haya sucedido hoy!

[Nombre 🗨️ Shihoko]

7:20 Tengo que bañarme de nuevo hoy. Me baño todos los días. Cuando estaba con papá, no podía conseguir uno. Me roció con la alcachofa de la ducha. Hacía frío. Salí del baño a las 7:40 hoy.

*

¡Escribe algo divertido que haya sucedido hoy!

[Nombre 👉 Akari]

Si todo lo que como son bocadillos, el doctor estará triste. Debo comer más arroz y estar saludable. Comí algunas verduras en la cena. Tuve brócoli.

*

¡Escribe algo divertido que haya sucedido hoy!

[Nombre 👉 Tadashi]

Lo que sucedió hoy fue que el doctor miró mi dedo roto que mamá golpeó hace mucho tiempo. Es mi dedo meñique derecho. Además, jugaba con globos. El maestro trajo un montón de globos. Todos los explotaron. Después de mi siesta, me subí a la máquina de correr.

*

¡Escribe algo divertido que haya sucedido hoy!

[Nombre 👉 Michiru]

Tuve una fiesta de cumpleaños hoy Es una fiesta de despedida Mañana iré a una nueva casa Hoy comí pastel de cumpleaños por primera vez

IV

Yohualli Ehecatl

(Noche y Viento)

Sólo por un breve momento,

Las flores, por un momento,

los hemos preparado:

Ya los llevamos a la casa del dios,

A la casa de los Descarnados.

—JMG Le Clézio, *El sueño mexicano o El pensamiento interrumpido de las civilizaciones
amerindias*

ömpöhualli

Eran poco más de las dos de la mañana. Suenaga acababa de terminar de extraer el corazón de una niña de nueve años en el quirófano del refugio debajo del templo Saiganji.

El corazón de ciento cincuenta gramos se introdujo en una bolsa de drenaje junto con un litro de solución de conservación y luego se colocó en una nevera.

El corazón tenía que ser entregado dentro de una ventana de cuatro horas. Dejó el refugio en un camión que atravesó el río Tama hacia Kawasaki, custodiado todo el tiempo por el vehículo de los *sicarios*. Pasó por el túnel subterráneo a la isla artificial de Higashi-Ogishima.

Corazón, solución, nevera. Descargaron el paquete de casi dos kilos en la terminal de carga y lo conectaron a un dron de fabricación china que los estaba esperando.

Nadie iba a notar un solo dron con una cámara infrarroja a bordo volando a través de la fuerte brisa sobre el rompeolas a las tres y media de la mañana. El piloto de IA del dron levantó su carga hasta la cubierta abierta superior del *Dunia Biru*, que estaba a más de setenta metros de altura, descontando lo que había debajo de la línea de flotación.

Los hombres que acechaban en la terminal de carga de Higashi-Ogishima examinaron las imágenes enviadas por la cámara infrarroja del dron, intercambiando mensajes inalámbricos con sus plantas entre la tripulación del barco. Si algo salía mal, estaban listos para cambiar al control manual en un abrir y cerrar de ojos.

El dron aterrizó en la cubierta abierta, sus rotores zumbaban tan suavemente que eran casi inaudibles. Los miembros de la tripulación aseguraron rápidamente la nevera y el dron despegó nuevamente y se fundió en la noche.

Bajaron la nevera a la cubierta 7 para dársela al equipo médico que esperaba allí. La lectura actual de la presión atmosférica era la palabra clave salud. Una vez que confirmaron el contenido, un miembro del personal médico respondió: “Cuidado, el piso está resbaladizo”, en inglés. Finalmente, la nevera se colocó en uno de los carros que transportaban sábanas de repuesto y se llevó al ascensor de empleados que bajaba a la cubierta 4, donde se encontraba el consultorio médico.

Había una habitación separada en la parte trasera de la enfermería de última generación totalmente equipada. Una niña de siete años que sufría de agrandamiento del corazón fue anestesiada y dormida allí.

Incluso el capitán del barco no sabía de su presencia a bordo.

No figuraba en el manifiesto de pasajeros y no desembarcaría subrepticamente en un puerto de escala.

El padre de la niña era un inversionista de Singapur. En una visita a un fabricante de semiconductores en el distrito económico especial chino de Shenzhen, entró en contacto con un hombre de un *heishehui*, quien le contó sobre el secreto del *choclo*.

El inversionista singapurense pagó un total de ocho millones de dólares singapurenses — unos seiscientos cuarenta millones de yenes en ese momento— por el nuevo corazón de su hija y la operación, que se le hizo al japonés apodado El Loco, que era el contacto del choclo. Eso fue más del doble del costo de un trasplante de corazón en un hospital en países médicamente avanzados como Alemania o Estados Unidos. Pero su padre no pensó que fuera demasiado caro. En el mundo de los trasplantes de corazón, donde nunca podría haber un donante, pagabas lo que fuera necesario para asegurarte de que hubiera un órgano. Y a pesar de haber sido arreglado ilegalmente, este no era el corazón de un niño criado en los barrios marginales miserables y contaminados, sino uno criado para ser sano y fuerte en Japón. El hombre habría pagado más y no se habría arrepentido.

Un equipo indonesio manejó los trasplantes en el *Dunia Biru*. El cirujano cardiovascular, el anesthesiólogo, el perfusionista, el cardiólogo y el enfermero (todos los integrantes del equipo) tenían una conexión cercana con Guntur Islami. Cuando la nevera aterrizó en la cubierta superior, se habían terminado las radiografías de tórax del receptor y se habían administrado los inmunosupresores. El equipo había limpiado la piel de la receptora y depilado incluso el vello fino. Los preparativos para la cirugía estaban completos.

Choclo.

El término que usaron para los corazones juveniles, enviados desde el refugio en Tokio al puerto de Kawasaki, fue *choclo*.

Choclo fue originalmente la palabra para un tipo enigmático de maíz cultivado en Perú. Por alguna razón, tenía granos dos veces más grandes que las variedades de maíz más comunes. Solo crecía en las tierras altas alrededor de la capital inca de Cusco, en elevaciones de tres kilómetros, y volvería a ser maíz de tamaño normal si se cultivara en cualquier otro lugar. Tampoco podría reproducirse con ingeniería genética.

Valmiro había elegido el nombre de este maíz para representar los corazones que vendía su negocio debido a su rareza debido a su ubicación exclusiva y la imposibilidad de imitarlo a través de métodos científicos.

Fue Xia, enviado desde Xin Nan Long, quien se encargó de manejar a los niños indocumentados bajo la "protección" del refugio. Tenía un personal bajo su protección, incluido un pediatra chino y Yasuzu Uno. Algunos de los que trabajaban en las instalaciones subterráneas conocían todo el alcance del negocio, mientras que otros no. Yasuzu fue uno de estos últimos. Los de esa categoría entendieron el albergue como un lugar para proteger a los niños de padres violentos, y por respeto a esa misión, no revelaron su existencia a nadie más.

Con la caja fuerte secreta de la instalación, la agencia sin fines de lucro vinculó a los niños con padres adoptivos en el extranjero y luego los "enviaron a casa" para nunca más regresar.

Estos no eran corazones criados en barrios marginales, sino productos de calidad, fabricados auténticamente en Japón.

Al establecer la nueva empresa, Suenaga fue al albergue en Ota Ward para encontrarse con Nextli.

Nextli, "Cenizas", fue el apodo náhuatl que Valmiro le atribuyó a Xia.

Al igual que una conferencia previa a la cirugía entre el médico y el paciente, Suenaga le dio al director del albergue una orientación integral del proceso.

"Quiero que les hagan escribir diarios. Así es, diarios. Eso puede parecer extraño en lo que respecta a la eliminación de pruebas, pero la idea es que quiero que hagan que los niños del refugio mantengan un registro de las cosas buenas que sucedieron cada día.

“Cuando estaba en Yakarta, leí un libro sobre trasplantes de órganos escrito por un antropólogo: *Strange Harvest* por Lesley Sharp. Sus estudios encontraron que los receptores de órganos y sus familias a menudo quieren saber más sobre el donante. Un trasplante que prolonga la vida no es una experiencia simple y olvidable. Tiene una resonancia emocional profunda y compleja.

“¿Qué tipo de persona era el donante? El destinatario y su familia desean saber, al igual que un niño busca saber acerca de los padres separados. Pero las compañías médicas mantienen los dos lados separados para evitar problemas innecesarios. Particularmente en el caso de los trasplantes de corazón: El donante está, por definición, muerto. Siempre existe la posibilidad de que un familiar del difunto guarde rencor. Este patrón es cierto en Japón. Los dos lados nunca se encuentran.

“He participado en muchos trasplantes de corazón y nunca me había planteado la cuestión de lo que sucedería si el donante y el receptor se reunieran.

“Sharp fue testigo de cómo sucedió esto. Ella escribió que hubo una oleada de alegría y celebración cuando se reunieron. Sinceramente, me sorprendieron las reacciones que informó en su libro. Me imaginé que sería una escena mucho más oscura, pero no lo fue.

“Esta comprensión mutua y el intercambio de emociones entre extraños, que me parecía tan extraño, Sharp lo describió como biosentimentalismo.

“En otras palabras, un órgano no es solo una parte, sino un símbolo de la personalidad de una persona. toda la existencia. Cuando continúa existiendo en otra persona, se convierte en un alma separada. Y ahí es donde surge el sentimentalismo. Un trasplante de corazón sin duda exacerbará esa emoción.

“¿Ves lo que estoy diciendo? Esta es la primera clave del éxito de nuestra *choclo* negocio. La segunda es la marca localizada. Estas dos cosas forman nuestro argumento de venta original y deben ser respetadas.

“Tenemos que estar abiertos al cliente y decirles, 'Los niños en el refugio fueron abusados por sus padres en el pasado, pero les ofrecimos una mano'. Ese es el atractivo del negocio. Los niños abandonados por el mundo, dejados morir por padres crueles e indiferentes, tuvieron la oportunidad de experimentar la estabilidad. Fueron nutridos y restaurados a una salud prístina, y entraron en un largo sueño después de los recuerdos más agradables. Después de eso, sus almas vivirán en nuevos cuerpos.

“Necesitamos proporcionar todos estos ingredientes para pintar una imagen para las personas ricas que compran estos corazones para sus hijos. Para ayudarlos a imaginar esa historia feliz por sí mismos.

“La información que brindamos a nuestros clientes satisfará su sentido de biosentimentalidad. Los absolverá de sus pecados y probablemente les sacará algunas lágrimas también. Esa emoción luego se extenderá al niño al que compraron el *choclo* para. Todo el mundo quiere ser una buena persona, especialmente los escandalosamente ricos.

“Los diarios que entregamos a los clientes son un nuevo tipo de atención psicológica posterior al estilo japonés. Deben ser palabras reales escritas por niños reales en su manera torpe y auténtica. Estas personas van a llorar cuando vean esos garabatos, aunque no los entiendan. Los traduciremos también, por supuesto. Inglés, chino, árabe, indonesio: adaptaremos nuestro servicio a cualquier idioma del mundo.

“Así que compra un montón de diarios y lápices. Compre crayones y déjelos hacer dibujos, si quiere. Todo depende de ti para decidir, Nextli.

La noticia ultrasecreta de un nuevo negocio de trasplantes de corazón, dirigido a niños en lugar de adultos, en un gigantesco crucero de Indonesia se abrió paso entre las élites de todo el mundo como las ondas de un terremoto bajo tierra.

Dentro del vicioso mercado del capitalismo de sangre, *el choclo* se convirtió en una marca única. Había forjado totalmente el mercado de los trasplantes de corazón para jóvenes.

Con base en las órdenes enviadas a Xin Nan Long, el refugio eligió a un niño del mismo peso que el destinatario. Ese se consideraba el requisito más crucial para conseguir un corazón del tamaño adecuado, más que el sexo o la edad.

Una vez superada la prueba de aptitud, se informa al niño donante que se le ha encontrado una familia de acogida en otro país. Se despidieron de sus amigos y se los llevaron en total ignorancia. Los niños nunca pusieron un pie fuera del refugio. Caminaron por el pasillo hasta la sala de cirugía oculta en el otro extremo del complejo, donde sus cortas vidas terminaron sobre la mesa.

El niño se acostaría en la cama según las instrucciones, momento en el que Nomura le administró el anestésico. Cuando el niño estaba inconsciente, Suenaga realizó una esternotomía medial y extrajo él mismo el corazón fresco. No hubo ningún proceso para determinar la muerte cerebral. El niño fue puesto a dormir mientras estaba vivo y nunca despertó.

Tras extraer el corazón, Suenaga y Nomura recogieron las demás partes viables: pulmones, retinas, riñones y tendones.

“Eso me recuerda, El Cocinero dijo algo gracioso el otro día”, le comentó Suenaga a Nomura, mientras le quitaba un fémur que iría al taller como material para los mangos. “Dijo que somos ' *corazón traficantes* '”.

“¿Traficantes de corazones?” Nomura respondió, colocando un manajo de fibras musculares extraídas en una bandeja de acero inoxidable. “¿Como los narcotraficantes?”

Suenaga simplemente le devolvió la sonrisa.

Había sudor en sus frentes, pero continuaron desmantelando las partes del cuerpo a pesar de todo. Capitalismo de sangre. Un ruido de sierra llenó la habitación.

41

ömpöhualli-huan-cë

Familia. Los nuevos hombres que aparecieron en la vida de Koshimo más allá del taller. Chatarra, El Mamut, El Casco. Práctica de tiro en grupo en el patio de autos. De la misma manera que practicó y perfeccionó su habilidad en la fabricación de cuchillos y aprovechó al máximo sus herramientas, Koshimo aprendió a usar una barracuda, inhaló pólvora sin humo y destruyó las zonas vitales de sus objetivos con perdigones de perdigones dobles. Aceptaron a Koshimo, lo elogiaron, lo instruyeron y absorbió las herramientas del *sicario*. Como no tenía carnet de auto ni de moto, le enseñaron a manejar un triciclo. Como un buggy, tenía un perfil bajo y sus neumáticos eran mucho más gruesos y estables que los de un scooter. No necesitaba casco cuando circulaba por la vía pública.

El Loco pagó para que las mujeres vinieran al garaje. Llevaban mucho maquillaje y perfume que flotaba por todas partes. Estaban muy contentos de recibir cocaína además del dinero, pero también tuvieron que aguantar los insultos de Chatarra.

Antes de irse, una mujer se quitó la ropa nuevamente frente a Koshimo e inhaló una línea de cocaína. "¿Cuál es el problema de ese gordo pedazo de mierda?"

La prostituta era boliviana y hablaba español. Ella llamó al polvo *polvo de oro*. Koshimo simplemente observó en silencio mientras la mujer desnuda olfateaba la línea de polvo blanco que había dejado en su muñeca.

"¿No quieres un poco?" preguntó, poniendo sus brazos alrededor de Koshimo.

Koshimo realmente no entendió la diferencia entre *polvo de oro* e *hielo*. La imagen de su madre flotó en su cabeza, pero se desvaneció con la misma rapidez.

Desayunó y almorzó en el taller con Pablo y cenó en la mesa con todos los *sicarios*. Koshimo nunca pagó por ello. Por lo general, era bistec, y Koshimo tenía un trozo de carne de res de tres o cuatro libras todas las noches. Creció aún más alto y engordó. La gran ingesta de proteínas lo ayudó a agregar músculo. A los dieciocho años, medía doscientos seis centímetros y ciento dieciocho kilogramos.

Al ver los tatuajes en los brazos de El Mamut, Koshimo decidió que él también quería un poco de tinta. Pidió la información de contacto del artista y pensó en el arte que quería mientras comía su bistec. Bebió agua, comió bistec, sorbió sopa y comió más bistec. No bebieron nada de alcohol. Koshimo solo había visto beber a Chatarra una vez: la noche en que mataron a El Taladro. Nadie había bebido desde entonces. Cumplían con las reglas de El Cocinero. Él había sido muy claro.

“Te dejaré cazar muy pronto. Manténganse en forma para que estén listos para partir tan pronto como los llame”.

“Oye, El Patíbulo”, dijo Chatarra, acercando un plato de helado de vainilla ahora que había terminado con su bistec, “cuando estabas en el reformatorio, hasta los malos tenían miedo de ciertas cosas, ¿no? Lo vi en la cárcel. Chicos asustados de una araña o una oruga y armando un escándalo al respecto. Siempre me reí de ellos, pero ahora lo veo diferente. Es *bueno* tener miedo de algunas cosas. Eso es lo que pienso. Si lo eres, piénsalo, ¿no? Si no le tienes miedo a nada, es aburrido. Es mejor que estés asustado. Nunca tuve nada que temer antes de esto. ¿Pero ahora? Le tengo miedo al Cocinero. Tu *padre*. Me mantiene alerta”.

Los demás podían decir que el jefe veía a Koshimo como especial, y no era solo porque ambos hablaran español. El Cocinero fue el único que no llamó a Koshimo “El Patíbulo”. En cambio, lo llamó El Chavo, el Niño. Hizo que Koshimo lo llamara “*Padre*” a cambio, una *familia* dentro de la *familia*. El Cocinero debería haber sido un padre para todos ellos, pero era obvio que solo trataba a Koshimo como un verdadero hijo.

Sin embargo, los hombres no estaban celosos de que Koshimo fuera el favorito de El Cocinero. Le habían jurado lealtad a El Cocinero, pero también le tenían un miedo mortal. Era un miedo que nadie podía describir adecuadamente. Harían cualquier cosa para evitar lo que hizo Koshimo, subir a la oficina en el segundo piso y hablar con él en la oscuridad.

“¿Ves fantasmas?” Chatarra preguntó de la nada, comiendo su helado. “A veces veo el fantasma de un tipo al que maté. A una distancia de esa pared de allá, vistiendo ropa, simplemente parado allí. No da miedo en absoluto. Solo está de pie. Quiero decir, yo soy el que lo maté, en todo caso, debería tenerme miedo. Tienes que ser un *pinche cabrón triste y estúpido* para asustarte conmigo después de que ya estás muerto. Pero tu *padre*, está perseguido por un fantasma en un nivel diferente a ese. Me enfría hasta los huesos. ¿Qué mierda es esa cosa? Incluso en la oscuridad, se esconde en un agujero aún más oscuro. No creo que pueda aguantar esa cosa en una pelea. Solo de pensarlo, mira, ¿ves la piel de gallina? Él siempre te está llamando allí, ¿verdad? ¿No lo ves? ¿No lo sientes?”

Koshimo no respondió. Incluso entre la *familia*, no podía simplemente decir lo que se le ocurriera. A decir verdad, su experiencia no fue diferente: sintió que vio cosas que no debería poder ver y tocó cosas intangibles. Chatarra lo impresionó de esa manera. Tal vez alguien que había matado a muchas personas desarrolló habilidades especiales. Koshimo creía que lo que Chatarra describía no era un fantasma, sino un dios, un aterrador dios azteca. El que servía su padre. Una gran deidad, a veces llamada Titlacauan, a veces llamada Yohualli Ehecatl, y a veces llamada Necoc Yaotl.

El que trascendió incluso a las deidades de la guerra. En silencio, Koshimo repitió el verdadero nombre oculto de ese dios.

El espejo humeante. Tezcatlipoca.

El incienso afilado y los corazones sacrificiales eran todos para él. Él fue quien recibió el corazón de El Taladro. Como decía Chatarra, vivía en un agujero, como la raíz fundamental de la oscuridad, que existía en el seno de la oscuridad. Pero no era un agujero, era un espejo. Un espejo de obsidiana. En la base misma del mundo más allá de la comprensión humana, incluso más profundo que la tierra de los muertos donde moraban los dioses de la muerte, yacía el oscuro espejo azteca que existió desde el momento en que comenzó el mundo.

Una vez a la semana, Koshimo recibía una citación de Valmiro y se dirigía a la oficina situada encima de Papa Seca.

En la oscuridad, Valmiro encendía incienso de copal y encendía un cigarrillo o cigarro. A menudo fumaba marihuana. Pero nunca consumió cocaína. Un narco solo probó *el polvo de oro* para determinar su calidad, nada más. Un sommelier de primera no se emborrachaba en la cocina, y un verdadero narco no se hacía adicto.

Valmiro encendía una lámpara de aceite justo cuando los ojos de Koshimo se acostumbraban a la penumbra. Apoyó los codos en la mesa sobre una calavera decorada con finos mosaicos de obsidiana y turquesa. La brillante combinación de negro y azul verdoso era tan hermosa que parecía un modelo artístico, pero era una calavera real. Era de El Taladro, en realidad, labrado por Pablo por orden de Valmiro, ofrecido al gran dios.

En la noche del sacrificio, Koshimo vio cómo Valmiro le cortaba la cabeza al hombre. Después de cortar el cuello, desolló la piel. Todo tenía una razón, y cada acción lo ataba al poder de los dioses que habitaban más allá del universo.

El anillo anaranjado de la llama en la lámpara, la calavera reluciente, el humo a la deriva del *copalli*...

Cada vez que Koshimo lo visitaba, Valmiro le contaba sobre el reino azteca. Se quitó el pañuelo que normalmente usaba sobre su nariz y boca, exponiendo su rostro a Koshimo.

Nunca antes en la vida de Koshimo una sola persona había llegado tan lejos para decirle algo. Pablo fue su maestro de cuchillería en el taller, pero Valmiro habló sobre el mundo más amplio, los dioses y las artes y rituales de la civilización *indígena perdida*. Todos ellos tuvieron un efecto profundo en los pensamientos y la sensibilidad de Koshimo. Escuchó, embelesado.

Valmiro trajo materiales académicos sobre los aztecas y le mostró los diagramas y las imágenes. Era como un arqueólogo instruyendo a su amado hijo sobre las maravillas de la historia. Sin embargo, Valmiro no le enseñó al Chavo sobre historia o maravillas, sino la mentalidad azteca en sí.

Los libros y su combinación de palabras en náhuatl y español cautivaron tanto a Koshimo que olvidó su hambre. Podría haberlos mirado durante horas y horas.

El cuenco de diorita para contener los corazones de los sacrificios estaba tallado con finas representaciones de águilas y jaguares. El cuchillo *tecpatl* para tallar el corazón estaba decorado con símbolos de maíz y flechas. Los artesanos aztecas hicieron un hermoso trabajo con adornos de conchas talladas y piedras preciosas. Koshimo no se cansaba de los motivos comunes: flores, pájaros, maíz, flechas, espinas de maguey, espinas de cactus, calaveras y animales. Incluso el equipo de guerra era hermoso. La gracia de los escudos cubiertos con plumas de quetzal era incomparable y brillaban como estrellas ardientes.

Una vez, Koshimo habló con Valmiro sobre el tiempo.

Koshimo siempre sintió que el tiempo no era un contenedor a través del cual pasaban todas las cosas, sino que el tiempo mismo tomaba muchas formas y tenía sus propias expresiones.

“Así es como me siento”, dijo Koshimo en español. “Entonces, en esta habitación con el humo de copal a nuestro alrededor, el tiempo mismo fluye como el humo”.

Cuando terminó su explicación, Valmiro no corrigió la sintaxis de Koshimo, a diferencia de los instructores de detención o Pablo.

“Tus sentidos son correctos,” dijo Valmiro. “Era lo mismo para mi *abuela*. Cuando viajaba a un pueblo lejano, a menudo decía: 'Se necesita un sombrero' o 'Ese es un viaje de dos sombreros'. Podía ver el tiempo en forma de sombreros. La cantidad de tiempo que lleva tejer un sombrero, por lo tanto, es el dios que reside en el sombrero. La forma del sombrero ya existía en el mundo de los dioses; fue el trabajo humano lo que le permitió manifestarse en el exterior. Hay un dios hasta en un sombrero, sí. Esa es la hora azteca. Las cosas no son simplemente colecciones de sus materiales. El orden de los dioses existe en ellos. También...

“Todos los dioses viven comiendo sangre y corazones humanos. Si no les diéramos sangre y corazones, incluso el sol y la luna dejarían de brillar”.

Valmiro fingió abrir un cajón y sacó un rostro humano con el cuero cabelludo, mirando el trofeo. Era la piel de El Taladro.

Suenaga había cosido hábilmente la parte mordida por el Dogo Argentino. La parte superior de la cabeza también había sido arañada, y los lados estaban dañados donde le habían quitado las orejas y se encogieron cuando se secaron.

El rostro reparado le recordó a Koshimo las máscaras de luchador que había visto antes. Tela llamativa y brillante que cubría la cabeza. Algo parecido había en la piel del difunto El Taladro. *¿Esta piel se debe usar de la misma manera y dejar que brille como esas máscaras?* Koshimo se preguntó.

Valmiro exhaló humo, enviándolo por los orificios de los ojos, la nariz y la boca.

“Ponte esto, El Chavo”, instruyó de la nada, mirando la piel.

"¿La cara?"

"Así es. Coloca su cara sobre la tuya.

Koshimo tomó la piel tallada; estaba frío y suave contra sus dedos. Volvió a llamar a los luchadores y trató de deslizar la máscara del muerto sobre su propia cabeza.

“No está funcionando, *padre*”, dijo Koshimo. "Es demasiado pequeño."

El rostro del hombre ya había sido desgarrado por el perro mientras estaba vivo. Si continuaba, sería rasgado nuevamente después de la muerte.

"¿Demasiado pequeña? Eres demasiado *grande*. Olvídalo, devuélvemelo," dijo Valmiro, arrancando el rostro de las manos de Koshimo. "Hacía años que no hacía un Tlacaxipehualiztli, así que quería probar uno pequeño. No puede ser tan extravagante como la cosa real.

"Tla...capesh..."

"Tlacaxipehualiztli. Es un festival para celebrar el Desollado, Xipe Totec. Eso no significa que realmente camine con su carne expuesta y de un rojo brillante, no. Xipe Totec siempre viste la piel de los muertos. Sus ojos están siempre cerrados, y trae todo tipo de enfermedades, especialmente aflicciones de los ojos. Los que padecen ceguera y otros males deben ser sacrificados a Xipe Totec. ¿Tus ojos están sanos, El Chavo?

"Ven bien".

“Entonces no hay problema”, respondió Valmiro encogiéndose de hombros. “Antes de hablaros del gran Yohualli Ehecatl, os hablaré de Tlacaxipehualiztli. Una vez al año, en el segundo mes del calendario *xiuhpohualli*, los aztecas realizaban una ceremonia de desollamiento en honor a Xipe Totec. Se llevaban los sacrificios ante una llama rugiente y se les arrancaba el pelo. Durante los veinte días del festival, el cabello se almacenaría cuidadosamente. Una vez que se quitaba el corazón del sacrificio en la parte superior del *teocalli*, el cuerpo era empujado escaleras abajo, momento en el cual la piel era diligentemente desollada. No solo la cara; todo el cuerpo. El sacerdote *tlamacazqui* le quitó el corazón, pero fueron los artesanos *toltecas* quienes lo desollaron. Usaron cuchillos de obsidiana, quitando hábilmente la carne de docenas de sacrificios. Los jóvenes elegidos para el festival se reunían y se ponían las pieles extraídas de los cuerpos. Esta era piel fresca, por supuesto, no hervida en cuero. Solo se elegía a los rápidos y fuertes, no a los guerreros jaguar más exaltados ni a los guerreros águila de sangre caliente, sino a los hombres poderosos, porque tenían que estar en movimiento todo el día. Estos hombres jugarían el papel de Xipe Totec, persiguiendo a la población. El pueblo temeroso necesitaba calmar a Xipe Totec dándoles comida o regalos a sus representantes. Eventualmente, aquellos que estaban afectados por enfermedades vendrían en grupo y traerían ofrendas para aplacar al dios que era la fuente de su enfermedad. Los hombres que jugaban a Xipe Totec a veces sostenían feroces batallas simuladas. Mucha gente vendría de muy lejos para presenciar estas peleas. Sangre y grasa brotaban de los agujeros de los ojos y la nariz, y de los codos y las rodillas donde se desgarraba la piel. Como dije, las pieles no fueron hervidas y limpiadas. Un mes entero en el *xiuhpohualli* son veinte días. A los hombres que hacían el papel de Xipe Totec no se les permitía quitar las pieles desolladas hasta el último día, cuando eran almacenadas en el *teocalli*. No se permite bañarse. Tuvieron que usar la piel durante todo ese tiempo, ya que se pudrió con sangre y grasa. Así aparece Xipe Totec. Eso es Tlacaxipehualiztli”.

Koshimo nunca había considerado la idea de que usar la piel de una persona muerta pudiera convertirte en un dios. Cuando terminó la historia de Valmiro, la piel de El Taladro de repente le pareció mucho más especial, y tenía muchas ganas de ponérsela. Quería ver el mundo desde el interior del rostro del muerto. ¿Qué aspecto tendría?

—No lo hagas —dijo Valmiro, acercándose—. Tu cabeza es demasiado grande. Yo lo usaré en su lugar.

Estiró el rostro de El Taladro y lo acomodó sobre su cabeza. Koshimo ya no vio las facciones de Valmiro. Parecía arcilla con agujeros en ella.

Valmiro volvió a meterse el cigarrillo en la boca y encendió la cámara selfie de su teléfono para verse a sí mismo, luego se echó a reír, con los hombros temblando. La piel de El Taladro estuvo a punto de partirse. “El peor Tlacaxipehualiztli que se ha hecho”, se rió entre dientes.

Siguió riendo, hasta el punto de que también se formó una sonrisa en los labios de Koshimo. Valmiro intentó quitarse la cara, pero se le quedó atascado sobre la nariz. Eso los hizo reír de nuevo.

Koshimo observó a Valmiro luchando a la luz de la lámpara de aceite. Esta era la primera vez que Koshimo se reía de lo mismo con otra persona. Estaba experimentando algo que nunca antes había experimentado: tiempo que pasaba riéndose con su padre. El tiempo se reía con *el Padre*. Todo fue como un sueño.

42

ömpöhualli-huan-öme

Después de un largo día de cuidar a los niños indocumentados en el refugio bajo Saiganji, haciéndolos escribir en sus diarios, revisando su salud y registrando sus propios datos, Yasuzu dejó a otro miembro del personal a cargo y se fue de las instalaciones.

Se necesitaban tres tipos de escaneos biométricos para ingresar o salir de las instalaciones: facial, impreso y retinal. La seguridad no era broma: ni un solo ratón podía entrar. El rigor era necesario para mantener a los monstruosos y abusivos padres alejados de los niños. Eso fue lo que le dijo Xia, quien se hacía llamar Nextli en la correspondencia, y Yasuzu lo creyó.

Ella no había revelado la existencia del refugio a nadie. En su vida privada, nunca habló con otros, punto. Viajó desde la superficie hacia abajo y, cuando se le ordenó hacerlo, puso a los niños bajo la custodia del grupo. Esa era toda su vida en este punto. Ella estaba salvando niños en secreto y consumiendo cocaína en secreto. No fue fácil manejar al grupo de niños en constante crecimiento, pero con el poder de la misión que lo abarca todo y su amiguito blanco, lo superó.

Por lo que podía decir, el chico que había entrevistado en el centro de rehabilitación juvenil, el que se convirtió en aprendiz de cuchillero, estaba bien sin ningún incidente. Todavía estaba trabajando en el taller en Odasakae.

La luz aún brilla en las sombras, pensó Yasuzu. Se enorgullecía de lo que estaba logrando. Ese niño, los niños escondidos en el refugio, su futuro, todo brillaba intensamente. Gracias a mi ayuda.

Yasuzu subió las escaleras hasta el nivel del suelo y se subió a un auto alquilado estacionado en el templo. Le habían regalado un Toyota Aqua negro. Se puso el cinturón de seguridad, encendió el motor y puso la marcha en marcha. Cuando los neumáticos crujieron sobre la grava, encendió los faros.

Conducir un alquiler diferente cada día era para la protección de los niños. Después de todo, un padre malvado aún podría cambiar de opinión y perseguir a un niño después de renunciar a él. Xia había explicado que, incluso si la ubicación del refugio era un secreto, usar el mismo auto con el mismo número todos los días no era seguro.

Todos los alquileres diarios de Yasuzu provenían de un servicio de automóviles que ayudaba a patrocinar las actividades de Kagayaku Kodomo. Le hubiera gustado conocer personalmente a los representantes de la empresa para agradecerles, pero nunca lo hizo. Xia simplemente le entregó la llave a Yasuzu y ella se la llevó.

Regresó a su departamento en el distrito de Setagaya, llenó la tina y se lavó el cabello. Cuando terminó de bañarse, se puso una bata y usó un secador de pelo. Sacó una lata de cerveza de la nevera, se sentó en el sofá y colocó un iPad de doce coma nueve pulgadas sobre la mesa. Cuando se colocó en ángulo sobre el soporte, se vio a sí misma en el reflejo de la pantalla oscurecida. Solo lo usó para ver películas en Netflix, nada más. Yasuzu no solía comprar cosas en Internet y no usaba las redes sociales.

Abrió la cuenta de la cerveza y comenzó una película de Marvel. Los héroes luchaban para salvar el mundo.

Mientras la escena saltaba y atravesaba una emocionante persecución de autos con chispas, Yasuzu de repente pensó en uno de los niños en el refugio que había escrito una entrada de diario preocupante. El chico era uno que ella había tomado bajo custodia personalmente.

Había escrito una sola línea en el papel.

Nos matarán a todos.

La vida del niño en el refugio fue tranquila. Él no estaba siendo molestado. Yasuzu se preguntó si todavía le tenía miedo a sus padres, pero nunca conoció a su padre y su madre ya estaba muerta. Antes de venir al refugio, había estado bajo la custodia de una de las amigas de su madre. Tenía tanto frío que podría considerarse negligencia infantil, pero no había signos de abuso físico.

¿Quién pensaba que iba a matar a todos? ¿O simplemente tenía ganas de escribir eso?

Yasuzu no iba a averiguar la respuesta dándole vueltas sin cesar. Xia eventualmente le daría consejo al chico si seguía escribiendo cosas así. Yasuzu imaginó a Xia, con sus gafas redondas sin montura y sus rasgos faciales sin maquillaje, como una linda maestra de escuela primaria.

Yasuzu dejó la idea a un lado y bebió su cerveza. Cuando estuvo vacío, lo volteó y le echó un golpe de cocaína en la base de la lata de aluminio. Luego se inclinó, lo resopló y volvió a concentrarse en la película.

La noche que Valmiro le enseñó a Koshimo el nombre de ese dios en la oficina sobre Papa Seca, actuó de manera diferente. Normalmente, Valmiro le hablaba a Koshimo sobre los crueles ya veces ridículos dioses aztecas con una risita irónica ocasional, pero en esta ocasión, ni siquiera sonrió. Habló como si estuviera describiendo una religión monoteísta austera, no un politeísmo más flexible y acogedor. Valmiro encendió incienso para la gran deidad, le pinchó el lóbulo de la oreja con una espina de maguey mexicano importado y roció su sangre sobre el humo. Le ordenó a Koshimo que hiciera lo mismo.

Con cada movimiento de la sangre en el humo, Koshimo sintió que una presencia aterradora se extendía por la habitación. Era la cosa de la que el cruel Chatarra había estado tan asustado, la entidad sobre la que le había advertido a Koshimo.

—Titlacauan —susurró Valmiro. “Somos sus esclavos”. La oficina oscura del segundo piso de un restaurante peruano en Kawasaki se convirtió en México, en la memoria de Los Casasolas, en Veracruz, donde los hermanos se reunían en la recámara de su *abuelita*.

Para Valmiro, el joven que le había llegado en el Lejano Oriente era un regalo de su *abuelita* y la voluntad de su dios. Lo supo desde el momento en que vio por primera vez a Koshimo. *Este niño es un guerrero jaguar. Una vez que tenga el poder de Yohualli Ehecatl, mi equipo de sicarios en este lejano país asiático por fin estará completo.*

Pero no era cosa sencilla hablar de este dios. Valmiro no podía simplemente iniciar una conversación al respecto, como si recordara una historia del pasado.

Bajo el humo del incienso que colgaba, Valmiro colocó el espejo de obsidiana de doce centímetros de Pablo y el jaguar de madera de Koshimo sobre el escritorio. Él les había encargado los artículos. El espejo quedó en el borde izquierdo de la mesa y el jaguar en el derecho. Entre ellos, puso un plato, sobre el cual descansó el corazón de un gallo. Sacudió el diminuto órgano con humo y rezó para que el dios lo perdonara por lo que estaba a punto de decir. Agregó que si su lengua hilaba mentiras, debería ser maldecido.

“*Jaguar y espejo, ocelotl tezcatl*”, entonó Valmiro, las palabras para jaguar y espejo tanto en español como en náhuatl. “No hay nada en común entre los dos. Su color y forma son diferentes. Sin embargo, ambos son formas del mismo dios. ¿Sabes por qué, El Chavo? No te dejes engañar por su aspecto. Su color y forma son diferentes. Aún así, son la misma cosa. Son formas de Tloque Nahuaque, el más grande de todos los dioses. Mi dios también se llama Titlacauan. ¿Y qué significa eso? Es tan temible que los juramentos de obediencia a él *se convirtieron* en su nombre. Mi dios también se llama Yohualli Ehecatl, Noche y Viento. ¿Qué significa eso? La noche es oscura, y el viento no tiene cuerpo. En otras palabras, no puede ser visto ni tocado. Esa es la grandeza de Tezcatlipoca, el Espejo Humeante”.

“Tezca...tlipoca...”

Valmiro le había mostrado a Koshimo la imagen extraterrestre de Tezcatlipoca representada en la edición en español del Códice Borgia. A Koshimo no le había parecido ni humano ni animal, sino una especie de máquina fantástica imaginada por el artista *indígena*. Era temible y combativo; había una cara y extremidades, pero no parecía ser un ser vivo. Tezcatlipoca estaba equipado con los veinte símbolos del día: *Cipactli* (Cocodrilo), *Ehecatl* (Viento), *Calli* (Casa), *Cuetzpalin* (Lagarto), *Coatl* (Serpiente), *Miquiztli* (Muerte), *Mazatl* (Venado), *Tochtli* (Conejo), *Atl* (Agua), *Itzcuintli* (Perro), *Ozomahtli* (Mono), *Malinalli* (Hierba), *Acatl* (Caña), *Ocelotl* (Jaguar), *Cuauhtli* (Águila), *Cozcacuauhtli* (Buitre), *Ollin* (Movimiento), *Tecpatl* (Cuchillo), *Quiahuitl* (Lluvia) y *Xóchitl* (Flor). A través de esta imagen, los artistas nativos representaron a Tezcatlipoca como un ser que trascendía el tiempo, existiendo más allá del calendario.

“La bestia más fuerte en tierras aztecas era el jaguar. Acelera a través del bosque, nada bajo el agua e incluso atrapa y mata serpientes y cocodrilos”, explicó Valmiro. “Ninguno puede igualar el poder del jaguar. ¿Sabes lo fuertes que son las fauces de un jaguar, El Chavo? Ese Dogo que mataste no sería rival para uno. Ni siquiera un puma salvaje podría defenderse. Las mandíbulas del jaguar son más del doble de fuertes que las de un león africano. Aplasta el cráneo de su presa y la arrastra hacia la oscuridad. La bestia más poderosa del bosque se convirtió en otra forma de Tezcatlipoca. En el cielo, está el águila. Nada es más fuerte que el águila entre las criaturas del aire. Entonces ese pájaro tomó la forma de Huitzilopochtli, dios de la guerra. Pero el propio Huitzilopochtli no es un águila. Su nombre significa Lado Izquierdo del Colibrí.

“Los luchadores aztecas más fuertes se unen a los guerreros jaguar, mientras que los inexpertos pero sedientos de sangre se unen a los guerreros águila. Escucha con atención, El Chavo. Mi antepasado *dirigió* a los guerreros jaguares en los días del reino azteca.

“Escuché la historia hace años y años. Yo era solo un niño en ese momento, pero todavía recuerdo la primera pregunta que me vino a la cabeza. Pensé: 'Los guerreros jaguar son más fuertes que los guerreros águila. Entonces Tezcatlipoca es más fuerte que el dios de la guerra. ¿Porqué es eso?'

“Para entender hay que saber por qué Tezcatlipoca es considerado Tloque Nahuaque, el más grande de todos los dioses.

“Como les dije antes, en la gran ciudad azteca de Tenochtitlán había una gran pirámide, que ahora se llama Templo Mayor. El frente de la misma mira al oeste. En lo alto de la larga escalera hay dos *teocallis*. El templo del lado sur honra a Huitzilopochtli, dios de la guerra, y el del lado norte a Tlaloc, dios de la lluvia. Debajo del *teocalli* del dios de la guerra hay un estante de calaveras llamado *tzompantli*. Y debajo del *teocalli* del dios de la lluvia hay una estatua llamada *chacmool* con una vasija para contener sangre y corazones. El dios de la guerra y el dios de la lluvia. Los aztecas rezaban a estos dioses en el Templo Mayor y les ofrecían sacrificios.

“Si se pierden las guerras, el país caerá en la ruina. Si la lluvia no cae, la gente morirá de hambre y sed. La guerra y la lluvia, ambas cosas importantes. Sin embargo, el espejo es más crítico que ambos.

“¿Entiendes, El Chavo? Escucha con tu corazón. Hay un profundo, profundo secreto del mundo allí. Antes de ganar guerras o recibir la recompensa de la lluvia, *la nación debe ser una nación*. Para que eso sea cierto, *los hombres no deben matar a sus hermanos*. Significa *somos familia*. Si nos matamos unos a otros, toda la gente morirá, hasta el último hombre, antes de que un país enemigo pueda destruirnos, y antes de que las plantas se marchiten sin lluvia. Los seres humanos somos un rebaño sin cohesión. Cuando uno muere, matan a otro en venganza, lo que lleva a otro asesinato, que exige respuestas más letales. La gente cae como fichas de dominó. En el rebaño, la violencia es contagiosa. Si no puedes contener el ciclo del odio y sofocar la violencia con fuerza, no habrá victoria en la guerra y la bendición de la lluvia se desperdiciará.

“Ahí es cuando se hacen sacrificios especiales. Ofrecer un corazón y su sangre a un solo espejo negro une los fragmentos de nuestros corazones individuales en uno solo. No es orar por la victoria o por la lluvia lo que lo hace.

“Rezán para recordarse a sí mismos que Tezcatlipoca gobierna sobre todo. Titlacauan, Yohualli Ehecatl, Necoc Yaotl. Tezcatlipoca no tiene domicilio fijo, anda libremente entre el cielo y la tierra. Incluso los dioses del más allá obedecen su palabra. El espejo es más grande que el dios de la guerra, por lo que es natural que el jaguar, que es más fuerte que el águila, sea su forma terrenal.

“Ves, El Chavo, para que la manada humana sobreviva, deben ofrecer sacrificios al dios. Esta gente moderna e ignorante dice: 'Los aztecas eran un pueblo bárbaro e incivilizado que prosperaba con la violencia', como si entendieran. Son irremediabilmente estúpidos. Solo mira el mundo. Manadas de personas siempre desean sacrificios. Eso es lo que nuestro dios quiere. Si la humanidad deja de dar ofrendas al espejo negro, la violencia se extenderá antes de que termine ese día. Comenzarán a matar a los de su propia especie. No habrá más amigos y aliados. La sangre del sacrificio no es solo sangre; los corazones no son sólo corazones. Están atados a los secretos de los dioses. Los aztecas lo sabían mejor y más profundamente que nadie”.

Koshimo escuchó la historia de Valmiro, como si se hubiera metido en un sueño del que no podía escapar. Trató y trató, pero no podía entender. Pensó en la historia de Tlacaxipehualiztli, la fiesta de nuestro maestro desollado, Xipe Totec. Él creía que entendía a Xipe Totec después de escuchar sobre el festival en ese entonces. Si escuchara más sobre una celebración, quizás también comprendería un poco mejor a Tezcatlipoca.

“Padre”, dijo Koshimo, “¿Yohualli Ehecatl, Tezcatlipoca tuvo un festival?”

“Estaba llegando a eso, El Chavo”, respondió Valmiro.

43

ömpöhualli-huan-ëyi

“Escucha con atención, El Chavo”, dijo Valmiro. “Te hablaré de **Toxcatl**, el quinto de los dieciocho meses del calendario *xiuhpohualli*, y nombre de la fiesta que se celebra en honor a Tezcatlipoca. Toxcatl significa 'cosa seca'. También cae alrededor del mes de mayo. El quinto mes azteca se encuentra al final de la estación seca, la parte más calurosa del año. El sol está ardiendo y los vientos cálidos soplan incluso de noche. La tierra se seca y las plantas se marchitan.

“Aparte de la noche en que terminaba el tiempo, que solo ocurría cada cincuenta y dos años, Toxcatl era la mayor celebración para los aztecas. Los conquistadores y sus malditos sacerdotes católicos escribieron que rivalizaba con el día de Pascua del Señor.

“Los preparativos del festival duraron un año entero. Terminado el quinto mes del *xiuhpohualli* de ese año, comenzaban los preparativos del año siguiente, y terminado éste, comenzaba el del año siguiente, y así sucesivamente.

“Se tuvo que seleccionar un niño para Toxcatl, un niño saludable. Ni un esclavo con las orejas cortadas, ni un prisionero enemigo herido. Se seleccionaría un niño sin heridas para cada Toxcatl, e incluso si naciera en la posición más baja posible, se le daría la ropa y las joyas más finas, y se mudaría a una gran mansión tan opulenta como cualquier palacio. Comió deliciosos festines, durmió en una cama lujosa y un *tlamacazqui* le enseñó a hablar bien, como un *tlatoani*. Un *tlatoani*, El Chavo, es un rey azteca.

“El niño no se cortaba el pelo. Los sirvientes encargados de cuidarlo lo peinaban todos los días. Le llegaría hasta la cintura, negro y brillante como un espejo de obsidiana.

“El niño aprendió canciones de cantantes famosos conocidos en todo el país y estudió flauta con un músico destacado.

“Él traería una atmósfera de festival simplemente caminando por la ciudad. Llevaba un gran tocado de plumas, llevaba flores del jardín y encabezaba una gran procesión de sirvientes. No importaba si ya se estaba realizando un festival diferente al *xiuhpohualli*. Él era excepcionalmente especial. Cuando la gente lo vio, se postraron en tierra y lo adoraron. Los nobles y caciques no fueron una excepción. Los guerreros jaguares se arrodillarían en su presencia. El líder de los guerreros colocaría sus manos sobre la tierra con humildad. Hicieron esto, El Chavo, porque el niño era la viva imagen de Tezcatlipoca. En el caso de los demás dioses, este papel lo desempeñaba un guerrero o danzante disfrazado, pero solo un niño podía ser Tezcatlipoca en todo un año.

“Pero ahora hay una gran contradicción, El Chavo. Piénsalo bien. Este dios era **Yohualli Ehecatl**. ¿Recuerdas lo que te dije sobre él? La noche es oscura, y el viento no tiene cuerpo. No puede ser visto ni tocado. ¿Por qué este dios está tomando la forma de un niño?

“Esta contradicción se resolvió un año después de la manera más sorprendente. La celebración terminó de manera muy diferente a la fiesta de Xipe Totec. Entenderás lo que quiero decir con el final de la historia, El Chavo.

“El niño no vivió simplemente una vida de opulencia total. Era importante hacer ejercicio. Eternamente joven, la viva imagen de Tezcatlipoca no podía darse el lujo de comer en exceso y parecerse a Chatarra. Se mantendría en forma jugando *ulama* contra sus sirvientes en la arena. Ese es un juego en el que intentas pasar una pelota a través de un anillo hecho de piedra. No involucra las manos, como el fútbol, pero no lo pateas. Golpeas la pelota con las caderas, usando grandes cinturones de cuero. Imagina que estás golpeando a alguien con un chequeo de cadera.

“Por fin llega el quinto mes. La ciudad está envuelta en un calor abrasador, y cuando faltan veinte días para que el festival Toxcatl alcance su cenit, cuatro niñas son enviadas al niño. Fueron criados solo para él y están vestidos con atuendos deslumbrantes.

“El día de la visita de las cuatro doncellas, la ropa del niño se cambia por un vestido más sagrado. Su cabello largo está corto, como el capitán de los guerreros jaguar. Un año de la mejor comida, sueño y ejercicio habrá convertido la carne del niño en la de un guerrero joven y fuerte. El niño luego se aparea con sus cuatro esposas. Lo hace durante veinte días, hasta el final de la fiesta. Pasan cada momento juntos.

“Cinco días antes del final de Toxcatl, el niño y sus cuatro esposas toman a los sirvientes y hacen una aparición pública. Hay una gran fiesta, con fogatas rugientes, y pulque y tortillas para todos. El aire está lleno de flautas y tambores. Los esclavos atados a una sola cuerda se disponen en círculo para bailar alrededor de los pilares. La realeza y todas las demás figuras poderosas de Tenochtitlan asisten al banquete.

“El día del ritual, el niño es llevado al lugar de la flauta, Tlapitzahuayan, donde se despedirá de las cuatro niñas que lo han acompañado durante esos veinte días.

“Por primera vez en un año, está solo. Allí toca la flauta, la última canción de su vida.

“Luego se dirige a Tlacoachcalco, el lugar santo. Eso también es un *teocalli*. Sube los escalones, sosteniendo una bolsa que contiene todas las flautas que ha usado en el último año. Saca una flauta en cada paso y la rompe con el pie.

“Una flauta para cada paso. Y así como se ha quedado sin flautas que romper, está en la cima de Tlacoachcalco.

Ahí lo esperan cinco *tlamacazque*. El niño camina hasta el altar de sacrificios y se acuesta. Cuatro sacerdotes le sujetan los brazos y las piernas, y el quinto, el *tlamacazqui* más alto de todos, le corta el corazón con un cuchillo de obsidiana.

“¿Entiendes lo que pasó, El Chavo? El niño era la encarnación de Tezcatlipoca. Pasó un año en esa forma, absorbiendo las oraciones de la gente en todo momento. Pero el dios es Yohualli Ehecatl, y no se puede ver ni tocar. Entonces, cuando el tiempo de transitoriedad del dios termina, debe volver a ser Noche y Viento.

“Tezcatlipoca sacrifica su propia sangre y corazón a sí mismo.

“Este es el impresionante final de Toxcatl, El Chavo. La más bella de las festividades aztecas. En la mayoría de los casos, el cuerpo simplemente se arroja por los escalones de la pirámide después de que se extrae el corazón, pero este no es el caso de Toxcatl. Los mismos sacerdotes la bajan cuidadosamente del *teocalli*. De vuelta en el suelo, le cortan la cabeza y la ensartan en el *tzompantli* con todos los demás.

“Y desde ese momento comienzan los preparativos para el Toxcatl del próximo año. Otro niño será elegido para desempeñar el papel del dios grande y poderoso”.

44

ömpöhualli-huan-nähui

Koshimo cortó dos tipos de madera dura en la tienda.

Tenía un trozo de palisandro de 76 por 19 centímetros y un trozo de cocobolo de 90 por 20 centímetros, ambos de dos centímetros de espesor.

Los alineó en el suelo, sopló el aserrín y luego miró el diagrama de la mesa de trabajo. Koshimo había dibujado un diagrama a escala real del arma que estaba a punto de fabricar.

El *macuahuitl* era el arma de un guerrero azteca. *Ma* que significa *mano* y *cuahuitl* que significa *madera*. Estaba destinado a ser balanceado como un machete para cortar un objetivo, pero después de escuchar la descripción de Valmiro, la forma que dibujó Koshimo se parecía menos a un machete y más a los remos de una canoa que habían dejado fuera del taller.

Pablo observó el trabajo de Koshimo, su expresión sombría. Para él, el diseño de su aprendiz era idéntico a un bate de cricket, hasta el punto de que se preguntó si eso era lo que el joven realmente estaba haciendo. Sin embargo, el material no era el adecuado para eso. El palisandro y el cocobolo que Koshimo había seleccionado eran mucho, mucho más duros que las maderas de bate de cricket adecuadas, como el sauce de Cachemira y el sauce inglés.

No impidió que su aprendiz emprendiera el extraño proyecto, porque carecía del derecho. El Patíbulo era la mascota favorita de El Cocinero, y ahora uno de los temibles hombres del patio de autos. Koshimo estaba elaborando con entusiasmo una herramienta para asesinar, probablemente algo de naturaleza azteca. Cada vez que El Cocinero lo convocaba, Koshimo regresaba con la cabeza llena de pesadillas de ese antiguo reino.

tomó forma el contorno del *macuahuitl*. La tabla de palisandro tenía cincuenta y siete centímetros de largo, con los diecinueve centímetros restantes cortados en una forma más estrecha para el mango. El cocobolo medía ahora sesenta y siete coma cinco centímetros con un mango de veintidós coma cinco centímetros.

Una vez que hubo pulido cuidadosamente la madera, Koshimo talló los veinte símbolos de las *treceñas* en el centro de las tablas, dispuestos en cuatro filas.

Cocodrilo Wind House Lagarto Serpiente

Muerte Ciervo Conejo Perro de Agua

Mono Hierba Caña Jaguar Águila

Buitre Movimiento Cuchillo Lluvia Flor

Solo el más poderoso de los guerreros de Tezcatlipoca tenía derecho a llevar un *macuahuitl* tallado con todos los símbolos a la vez.

Cuando terminó su tallado, que ahora era tan hábil como el de Pablo, si no más, Koshimo usó una sierra de marquetería para trabajar finos surcos en los lados de dos centímetros de las tablas. Sopló el aserrín y comprobó la profundidad de los cortes.

Luego comenzó con las hojas de obsidiana.

Debido a su experiencia con los cuchillos de piedra, Pablo le había enseñado a Koshimo la técnica del agrietamiento. Para hacer una hoja delgada de roca volcánica natural y vidriosa como la obsidiana, no se pueden usar herramientas de pulido como los espejos o los adornos. Tenías que preparar un gran trozo de obsidiana que sería tu núcleo, identificar las líneas naturales en el material y clavar una cuña a lo largo de la costura. Los aztecas usaban astas y herramientas de cobre para hacerlo, pero Koshimo empleó el acero de la forma en que Pablo le había enseñado. La cuña dejó una grieta en el núcleo de obsidiana, rompiendo pequeños fragmentos de los bordes. Esas piezas más pequeñas de vidrio negro se convertirían en cuchillas que podrían cortar tejido humano y animal y ayudar a quitar la piel. Koshimo rompió el núcleo una y otra vez. La obsidiana había sido extraída en Onbasejima, una de las islas Izu.

Koshimo colocó cinco hojas de obsidiana, cada una de diez centímetros de largo, en las ranuras a ambos lados de los bordes de la tabla de palisandro. Ocho de los mismos estaban pegados al tablero de cocobolo. Usó el *chicle adhesivo natural*, un material favorito de los aztecas, junto con resina de pino para fijar firmemente el vidrio volcánico en las ranuras. Masticó el *chicle sobrante*. Provenía de la goma de mascar hervida que se encuentra en las resinas del árbol Sapota, y se conocía principalmente en los tiempos modernos como un ingrediente en la goma de mascar.

Después de aplicar la última capa de barniz, Pablo examinó las armas indígenas que Koshimo había estado creando durante cuatro días. No sintió nada más que miedo. No eran cuchillos ni hachas. ¿Qué iba a hacer el chico con ellos? Pablo no quería saber la respuesta, así que no preguntó.

Para Pablo, la existencia misma de Koshimo era tan pura, solitaria y lamentable. Pero, por encima de todo, saber que no haría nada más que observar cómo Koshimo se deslizaba hacia una vida de pecado y crimen lo llenó de odio hacia sí mismo.

Las lágrimas se formaron en los ojos de Pablo cuando volvió a examinar las armas. La madera era lo suficientemente dura como para partirla el cráneo a un hombre, y ahora estaba revestida con hojas de vidrio negro como dientes de cabra. La simple belleza de los misteriosos símbolos que Koshimo había tallado en los costados de las tablas le daban a las armas un aspecto indescriptiblemente perverso.

El Mamut llevó a Koshimo al patio de autos en la Tundra. Allí, el niño sacó de su bolsa las dos recreaciones modernas del *macuahuitl*. Los otros hombres estaban dando mantenimiento a las barracudas, y cuando vieron las extrañas armas, sonrieron. No en burla, sino por respeto a la marca de locura de Koshimo.

“Esto es brillante”, dijo Chatarra, examinando la fila de cuchillas negras que recubren los lados de las tablas.

“Alguien te viene cargando con uno de estos, va a parecer una película de terror”, comentó El Mamut. “¿Cómo se llaman?”

“*Macuahuitl*”, respondió Koshimo. “El palo de rosa es para *el Padre*, así que usaré el cocobolo”.

“¿Vas a usar esto...?” El Casco dijo con incredulidad. El ex *bosozoku* levantó el cocobolo, que era más pesado de lo que imaginaba. “¿De verdad vas a golpear a alguien con esto? Eso es una locura. He visto mi parte de peleas con bates de aluminio, pero ¿esto...?”

“Si quieres uno, puedo hacértelo”, dijo Koshimo.

El Casco sacudió la cabeza sin decir palabra, aún con el *macuahuitl en la mano*. Los bordes de obsidiana brillaban bajo las luces del garaje.

El Loco apareció cuando se ponía el sol, recuperó todos los iPhones que estaban usando y les dio quemadores con nuevos números, registrados con nombres falsos.

“Necesitas instalar Hidelamb en esos”, instruyó El Loco.

Sus nuevos teléfonos fueron fabricados en China con un sistema operativo basado en Android. Hicieron lo que les indicó e instalaron la aplicación. Hidelamb 2.0 era una aplicación desarrollada en Indonesia para la comunicación encriptada, apreciada entre los bajos fondos criminales asiáticos por su seguridad. El servidor estaba en Yakarta; la policía japonesa no pudo rastrear ni analizar los datos.

"Espera aquí; recibirás un mensaje pronto", dijo El Loco, dándose la vuelta para irse con sus iPhones.

Chatarra bostezó y lo detuvo. “Me voy a quedar dormido mientras espero. ¿No puedes dejar algunas bolsitas con nosotros?”

El Loco lo miró por un momento. En voz baja, respondió: “¿Crees que ando con drogas en el bolsillo? Si quieres un poco, tienes que venir al auto”.

“Estoy bromeando”, se rió Chatarra. “Mientras tengamos un trabajo que hacer, no necesito coca. La adrenalina natural me despertará de inmediato”.

45

ömpöhualli-huan-mäcuilli

Los mafiosos japoneses mantuvieron una firme postura negociadora en el negocio internacional del contrabando de corazones.

El crucero indonesio ya había atracado en Kawasaki tres veces y el negocio *del choclo* había arrojado una ganancia de siete mil millones de yenes. El sindicato Senga-gumi de Korin-kai exigía el veinticinco por ciento de eso.

Reiichi Masuyama, el director interino de Kagayaku Kodomo y director ejecutivo de Senga-gumi, se sentó en la mesa de negociaciones de la sala de reuniones del hotel en Omiya-cho, Kawasaki, por segunda vez, leyendo una declaración preparada de una hoja para reiterar su reclamo anterior del lado.

“Les ofrecimos el espacio debajo de Saiganji en Ota Ward, Tokio, y les hemos proporcionado la información para reunir los productos que han ensamblado allí. Todo el negocio *del choclo* no tiene pie sobre el que sostenerse sin nuestra ayuda...”

La Sociedad Negra China Xin Nan Long tenía un amplio alcance en el sudeste asiático, y Guntur Islami era un poderoso grupo islámico militante. Masuyama era consciente de sus puntos fuertes, pero sabía que ni siquiera ellos tendrían el mismo acceso a la información sobre niños indocumentados en Japón. Necesitaban la red de datos de Senga-gumi, y Masuyama les recordó repetidamente a todos ese hecho durante las negociaciones. Xin Nan Long y Guntur Islami necesitarían mucho tiempo para construir ese nivel de inteligencia integral. Necesitaban colaboradores locales si querían mantener el negocio en funcionamiento.

“Sin el Senga-gumi, tu provisión de corazones se agota,” amenazó Masuyama. Seguramente una participación del 25 por ciento de las ganancias no era un costo irrazonable para mantener las cosas funcionando.

En la tercera negociación, el grupo Senga-gumi incluyó, por primera vez, al líder del grupo, Tadaaki Senga, y su segundo al mando, Masaru Tanimura. La expresión de Senga era sombría de principio a fin, y fumaba su vape sin cesar. No fue tanto la falta de progreso en las discusiones como la elección de los socios lo que lo enfureció.

Masuyama propuso un receso de veinte minutos, brindando un bienvenido respiro de la interminable discusión, y ambas partes se fueron a habitaciones separadas.

Después de una breve llamada con la organización matriz de Korin-kai, Tadaaki Senga sacó a Masuyama de su estudio de la hoja de negociación. Él siseó: "*¿Siempre has estado hablando con jodidos niños como ellos?*"

Masuyama no tenía una buena respuesta. Sus socios negociadores fueron Kenji Nomura, Suenaga y una mujer china llamada Xia. Nomura no era más que un médico del mercado negro que se presentó como contratista local para Senga-gumi, y Suenaga estaba en el mismo negocio. Suenaga tenía el tipo de rostro benigno que poseía la llamada intelectualidad yakuza. Eran del tipo encargado de dirigir los frentes públicos de la mafia. Xia, de treinta y tantos años, estaba allí como representante de Xin Nan Long y Guntur Islami, y parecía totalmente fuera de lugar, solo una chica normal. Hao de Xin Nan Long estuvo ausente, y no hubo noticias de que viniera a Japón. Los Senga-gumi estaban aquí discutiendo por su existencia continua, sin embargo, sus socios se burlaban totalmente de ellos con esta alineación de lacayos.

Sintiendo que la tercera sesión de negociación se iba a romper, Nomura llamó a El Cocinero tan pronto como comenzó el receso.

Ya existía una estrategia en caso de que Senga-gumi se negara a ceder en su recorte del 25 por ciento. El plan era darles un salvavidas. Para lograr que cedieran y tomaran menos de las ganancias *de los choclos*, la gente de El Cocinero ofrecería dinero de una fuente diferente.

Las claves eran *hielo* y *plaza*.

Suenaga le había enseñado a Nomura lo que significaban esas palabras en español. *Hielo* era hielo, cristal de metanfetamina y *plaza* era la palabra para territorio, donde vendías tu producto.

Hielo era la principal fuente de ingresos de Senga-gumi. Pero en los últimos años, su negocio se había reducido a casi nada. El problema era que la *plaza* donde obtenían la mayor parte de sus ganancias —la parte sur de Tokio y su hogar en Kawasaki— había sido ocupada por rivales que rebajaban sus precios. Sin el mismo flujo de efectivo de las drogas, los Senga-gumi tuvieron que compensar esa pérdida en otra parte, y eso los desesperó en las negociaciones *del choclo*.

El Cocinero tenía una respuesta sencilla.

Simplemente podemos eliminar a los competidores que venden *hielo* en su *plaza*.

Nomura pensó que era un buen punto. Si las ventas de metanfetamina de Senga-gumi se recuperaban, el grupo rápidamente abandonaría su ridículo intento de exprimir el 25 por ciento del negocio *del choclo*.

Sin embargo, eso significaba deshacerse de los competidores que ni siquiera un grupo yakuza podría eliminar.

Nomura estaba más nervioso que nunca. Finalmente había llegado el momento de desatar los monstruos de El Cocinero y dejar que exhibieran su violencia al estilo latinoamericano. Sus sicarios eran viciosos sin comparación, y Nomura no podía imaginar lo que esto podría traer.

Efectivamente, cuando El Loco llamó para informar que la tercera reunión de negociación no iba bien, Valmiro llamó a Chatarra, que estaba de guardia en el patio. Dio la orden de comenzar la cacería.

Una banda criminal llamada Zebubs comenzó en Kawasaki pero avanzó hacia el norte sobre el río Tama hacia Tokio. Fueron clasificados como "semiduros" porque no formaban parte de ningún grupo mafioso violento designado. Por lo tanto, en su mayor parte disfrutaron de la libertad de la policía onerosa y la supervisión de la seguridad pública.

Tenían dos ventajas principales: conexiones vietnamitas con el bajo mundo del sudeste asiático y miembros particularmente violentos para una pandilla que no era yakuza, la mayoría de ellos provenientes de círculos de peleas callejeras.

En julio de 2015, la red de robos de Kawasaki RKG, compuesta por vietnamitas y japoneses vietnamitas, decidió expandir sus operaciones al asociarse con un grupo japonés que había estado operando un club ilegal de artes marciales. Tal fue el origen de los cebúes.

El líder actual era un vietnamita japonés de veintisiete años que había sido miembro principal de RKG. Utilizó el alias Tham Hoa, que en vietnamita significa *desastre*.

Al igual que RKG, que llamó así por las granadas antitanque soviéticas, el nombre Zebubs también fue su invención. De vuelta en el país de origen de su madre, Vietnam, en 2011, descubrieron una nueva especie de murciélago y la llamaron Beelzebub. El título científico real era *Murina beelzebub*. Así que nombró al grupo después de las criaturas demoníacas.

El grupo de delincuentes vietnamitas, japoneses y japoneses vietnamitas había sido rival de una pandilla callejera coreana hasta que vencieron a la competencia y se expandieron a partir de ahí.

Eligieron ascender no a través de robos o luchas clandestinas, sino del tráfico de drogas, siguiendo conexiones personales con traficantes en Hanoi y Ciudad Ho Chi Minh. Vendieron su producto en Kawasaki y Setagaya Ward: metanfetamina, éxtasis y galgos nitrosos de alta calidad. La metanfetamina hecha en Vietnam adquirió una reputación de calidad. El mayor impulso a la credibilidad de los Zebubs provino de un mochilero francés que viajaba por el país. Antes de ser arrestado en Filipinas, el hombre publicó en la dark web que “Zeb tiene el mejor cristal que puedes comprar en Tokio”. Cada vez más clientes extranjeros acudían al grupo, lo que provocó un cambio en los compradores japoneses.

Con todo el impulso de su lado, los Zebubs se expandieron más allá de Setagaya hacia Ota, Shinagawa, Meguro y Minato. Todos estos distritos, que componían el cuadrante sur de Tokio, habían sido previamente el territorio de metanfetamina de Senga-gumi. Ya había habido enfrentamientos entre los dos lados, pero la última arruga apiló las cosas a favor de los cebúes.

La metanfetamina norcoreana de Senga-gumi no pudo competir y su negocio fue destruido. Fue tan malo que arrestaron a un comerciante después de pelear con un comprador que se rió de su producto inferior.

El primero en atacar a los cebúes en lugar de a la yakuza fue un grupo de contrabandistas iraníes furiosos por la pérdida de su mercado de éxtasis. Secuestraron y golpearon a un traficante, pero los cebúes respondieron con un asalto armado contra ellos, matando a dos. No usaban las típicas armas callejeras de Japón como bates de metal o puños americanos, sino SMG y pistolas que disparaban balas de 9 mm. También poseían rifles de asalto y chalecos antibalas militares, todos los cuales habían sido introducidos de contrabando desde Vietnam. Completamente vencidos, los iraníes huyeron del sur de Tokio y permanecieron ocultos.

Los Zebubs eran jóvenes y conocían los últimos medios de comunicación, y con la ayuda de un cifrado complejo, mantuvieron su ubicación en secreto de la policía y la yakuza. Incluso si se encontraban con los Senga-gumi en las partes más sórdidas de la ciudad, los ex luchadores de MMA disfrutaron de la oportunidad de pelear. Algunos usaban protectores bucales en todo momento, en caso de una pelea. Para los brutos jóvenes y sedientos de sangre, un yakuza descuidado era solo un saco de arena humano que gritaba mucho. Rompieron narices y dientes, desnudaron a sus oponentes y los obligaron a pedir perdón en la calle.

Sintiendo el peligro, los lugartenientes de Senga-gumi buscaron a otros ex luchadores de MMA en Osaka y Nagoya para contratarlos como guardaespaldas personales. Cuando Tham Hoa y sus secuaces se enteraron de esto, se rieron hasta las lágrimas. Los Zebubs piratearon las cuentas de redes sociales de los miembros del sindicato y les enviaron mensajes como ***Músculo para contratar, buscando trabajo, preguntando por detalles***, y luego se rieron a carcajadas nuevamente.

Habiendo acumulado un cofre de guerra con las ventas de metanfetamina vietnamita, los Zebubs consideraron expandirse a la inversión basada en criptografía. Al igual que los luchadores aficionados que buscan un contrato con una organización importante, un grupo de delincuentes no profesionales no tiene más remedio que viajar hacia arriba desde el subsuelo hasta la superficie, desde la oscuridad de la noche hasta las sombras y luego hacia la luz del sol. La cripto inversión fue parte de ese proceso.

Tenían previsto reunirse con un inversor vietnamita y recibir una lección privada sobre esta nueva empresa, pero las cosas se torcieron cuando uno de sus miembros, Nakaaki Morimoto, no se presentó. Cuando se dieron cuenta de que no podían contactarlo en absoluto, la situación se puso seria.

El japonés de veintiséis años era el despachador del grupo, el hombre número dos después de Tham Hoa, responsable de convertir a los Zebubs en lo que eran hoy, y había desaparecido sin dejar rastro.

46

ömpöhualli-huan-chicuacë

Nakaaki Morimoto era un individuo extremadamente cauteloso, no el tipo de hombre que sería capturado por una organización enemiga debido a su pereza. Tham Hoa lo nombró despachador por el gran cuidado que ponía en todo. Los cebúes se dispersaron en busca de Morimoto, pero no encontraron pistas sobre su desaparición.

Cuatro días después, se enteraron de su muerte.

Se colocó una caja de cartón sin marcas postales fuera de la casa de un miembro de Zebubs. Dentro había un brazo izquierdo amputado empacado en hielo seco. Estaba tatuado con una calavera con una corona de espinas, igual que la de Morimoto. El anillo con la cabeza de lobo en el dedo meñique también pertenecía a Morimoto. También había una lata de Dr. Pepper sin abrir junto al brazo. Era su refresco favorito, y todos los que habían pasado tiempo con el hombre lo habían visto bebiéndolo antes.

Los cebúes tenían doce escondites diferentes, por lo que reunieron a todos los miembros mayores en uno de ellos.

Tham Hoa ahuyentó las moscas atraídas por el hedor a descomposición y se quedó mirando el corte donde le habían amputado el brazo. No era la laceración limpia de una cuchilla, sino una herida horriblemente desordenada que se asemejaba al trabajo de un neumático de automóvil. La carne y los huesos eran un desastre destrozado. La piel descolorida reveló quemaduras en algunos lugares. Probablemente lo habían quitado mientras Morimoto aún estaba vivo.

¿Quién lo hizo? Tham Hoa tuvo que pensar.

Probablemente no el Senga-gumi.

El Dr. Pepper sin abrir enviado con el brazo era el favorito de Morimoto. Los yakuza eran demasiado faltos de sentido del humor para inventar un giro enfermizo del cuchillo como ese.

Todo lo que Tham Hoa sabía con certeza era que un enemigo desconocido había aparecido en escena.

Sin saber a quién se enfrentaba su gente, Tham Hoa trajo a sus ocho mejores hombres y los envió con maletines llenos de armas y transmisores a un área en Okawa-cho, una sección industrial de Kawasaki, a la que llamaron 4C. El nombre se refería a cuatro canales, el canal Keihin, el canal Shiraishi, el canal Sakai y el canal Tanabe, que rodeaban Okawa-cho. Los Zebubs habían comprado allí un almacén con un nombre falso a una empresa de salsa de soja.

A las dos de la madrugada, Tham Hoa y sus hombres, escondidos en el espacio de carga de un camión de cuatro toneladas pintado para parecerse a una furgoneta de transporte, siguieron una minivan negra Nissan Elgrand 350 Highway Star hasta su almacén 4C.

Acababan de pasar el tanque de almacenamiento de petróleo de la base de la Marina estadounidense en el oeste y cruzaron el canal Shiraishi, poniéndolos a la vista de su destino, cuando el camión que transportaba a los líderes de los Zebubs fue atacado.

La barracuda de Chatarra disparó dos dólares a través de la puerta delantera del vehículo. El conductor murió instantáneamente. El Elgrand que iba en cabeza se detuvo de inmediato, pero un triciclo se le venía encima y cada uno de sus tres anchos neumáticos chirriaba por la fricción. El triciclo había estado en el lecho de la Tundra. Un Koshimo sin licencia conducía la motocicleta de tres ruedas. Pisó el acelerador, su pelo largo ondeando al viento, mientras la Tundra daba una vuelta en U y se acercaba al camión de cuatro toneladas.

Koshimo saltó del triciclo frente al Elgrand 350 Highway Star y corrió como un jaguar, rompiendo el parabrisas con el *macuahuitl* en su mano izquierda. Las hojas de vidrio volcánico rompieron el vidrio, esparciendo fragmentos que brillaron bajo la luz de la luna que iluminaba la zona industrial. Con la otra mano, Koshimo metió una barracuda a través del agujero en el parabrisas y le disparó al conductor en un lado de la cabeza antes de que el hombre pudiera salir por la puerta. El perdigón fue tan poderoso a corta distancia que la cabeza del hombre prácticamente desapareció.

Los cinco en el asiento trasero no tuvieron más remedio que salir del auto ahora que su conductor estaba muerto. Abrieron la puerta corredera eléctrica y saltaron con SMG, justo en la línea de perdigones de escopeta de Chatarra. Uno de ellos sobrevivió arrastrándose debajo del auto. Rodó hacia el otro lado y se levantó una vez que estuvo despejado, solo para ver a Koshimo, el gigante, esperándolo. Koshimo pateó su metralleta, dejando al hombre sin otra opción que saltar sobre el gigante en una carrera suicida. El hombre era un ex campeón de peso welter en una liga clandestina de lucha; tenía mucha confianza en su directo de izquierda, pero su mejor golpe ni siquiera hizo tambalearse al enorme bruto.

Koshimo puso su mano derecha en la espalda del hombre, casi como si tranquilizara a su oponente después del intento fallido. Se parecía un poco a un abrazo lateral mexicano, excepto que agarró la derecha del hombre con la mano libre. Usando su palma en la espalda como punto de apoyo, empujó el cuello del hombre hacia atrás hasta que las vértebras cervicales se rompieron. La cabeza del miembro de Zebubs ahora miraba directamente hacia arriba. Con ojos apagados, miró fijamente el cielo sobre la ciudad durante unos segundos, con saliva goteando de sus labios. Al final, se derrumbó como una marioneta sin vida.

El Mamut se paró frente a la puerta trasera del camión de cuatro toneladas detenido, barracuda lista. No estaba cargado con dinero, sino con un proyectil de un solo tiro para abrir puertas. Voló el pestillo y la puerta se abrió de inmediato, surgiendo disparos del contenedor de carga oscurecido. Eran Tham Hoa y sus hombres tomando represalias con AK-47 que habían adquirido en Hanoi. Sin embargo, no había nadie en su línea de fuego. Cuando dejaron de disparar brevemente, El Casco arrojó una granada de aturdimiento en el contenedor. El sonido y la luz resultantes dentro del espacio cerrado privaron a los hombres de la vista y el oído. El Mamut se apresuró con gafas de visión nocturna y disparó a los tres guardaespaldas en el cuello y el pecho con una pistola. No tuvo reparos en matar a los cebúes, pero sintió que era una pena. Se desperdiciaba mucha sangre y órganos valiosos. Quizás la mentalidad frugal del médico del mercado negro se le estaba contagiando.

El Casco se aseguró de golpear al líder, Tham Hoa, en el hombro. Era mucho más difícil disparar para desactivar que disparar para matar, porque requería más concentración y acción decisiva. La pistola de El Casco estaba cargada con rondas de punta hueca diseñadas para expandirse dentro del cuerpo; El hombro izquierdo de Tham Hoa estaba desgarrado como una fruta vieja y blanda.

Chatarra cargó contra el contenedor, todavía lleno del humo blanco de la granada, y pateó a Tham Hoa en la cara cuando intentaba apuntar con su AK-47. Después de tomar el rifle de asalto, Chatarra se inclinó sobre Tham, agarró su muñeca izquierda y torció el brazo más allá de lo que podía aguantar el hombro destrozado, rompiendo la muñeca.

Los *sicarios* tenían cuidado de no disparar las llantas de los vehículos enemigos para que, una vez terminada la lucha, no tuvieran problemas para apoderarse de los autos de sus oponentes. Los únicos problemas fueron lidiar con los cadáveres de los conductores y la sangre y el vidrio en el volante y el asiento.

Como ex bombero, El Mamut tenía experiencia en el manejo de vehículos grandes. Tomó el camión, mientras que Chatarra reclamó la camioneta Elgrand. El Casco conducía la Tundra y Koshimo volvió a subirse a la triciclo. Fueron al almacén donde el líder de los cebúes pretendía esconderse y cerraron las persianas del interior.

Valmiro ya estaba esperando adentro; había estado observando el asalto mientras sucedía. Aplaudió la ejecución. Entre la brevedad del ataque y la total falta de piedad por el enemigo, el trabajo fue casi perfecto.

Chatarra arrastró al líder de los Zebubs fuera del contenedor del camión y lo arrojó al piso de concreto como una bolsa de basura. Tham Hoa hizo una mueca por la agonía de su herida de bala y sus huesos rotos, pero logró escupir, el proyectil salpicado de sangre. "¿Quién diablos eres?" exigió en japonés.

"Somos la guardia vecinal voluntaria, *pinche cabrón*". Chatarra sonrió. Comenzó a tararear la melodía de "I Love Kawasaki, City of Love", que hizo reír a El Mamut.

"Mátame", dijo Tham Hoa. "¿Que estas esperando? Acaba con esto de una vez.

Chatarra le dio una palmada en la cabeza y señaló a Koshimo con el pulgar por encima del hombro. "Vamos, no tengas tanta prisa por desperdiciar tu vida. ¿Qué tal esto? Si puedes vencerlo en una pelea, puedes salir de aquí con vida".

Lenta y dolorosamente, Tham Hoa se puso de pie. Miró a Koshimo. El joven acababa de quitarse la camiseta y estaba golpeando los muchos pedacitos de vidrio que se habían quedado atascados en la tela.

Sintiendo ojos sobre él, Koshimo le devolvió la mirada al ensangrentado Tham Hoa. El líder de los cebúes tenía el cabello muy corto, piel bronceada y aretes de diamantes en ambas orejas. Su hombro izquierdo estaba desgarrado y su muñeca izquierda estaba rota en un ángulo feo.

"Hazlo, El Chavo", Koshimo escuchó decir a Valmiro, y tenía una orden más.

"Es el *xochiyaoyotl*."

Con el fin de ganar prisioneros para los sacrificios, los guerreros aztecas lucharon entre ellos en una guerra ritual llamada guerra de las flores, o *xochiyaoyotl*. Los reyes aztecas optaron por no subyugar al estado vecino de Tlaxcala durante generaciones, manteniendo una hostilidad formal que les aseguraría poder enviar combatientes para reclamar prisioneros para el sacrificio cuando fuera necesario, en tiempos de inundaciones o sequías, o para prepararse para las principales fiestas del calendario xihpohualli.. Fue una guerra librada por placer y tratada como un juego, una persecución a nivel nacional y la oportunidad perfecta para que los luchadores sin experiencia aprendan sobre el combate práctico.

Koshimo arrojó a un lado su camisa llena de cristales y agarró el cocobolo *macuahuitl*. Había tatuajes frescos por todos sus brazos. Cuando acudió al artista por recomendación de El Mamut, le pidió diseños aztecas. Los símbolos de los veinte días salpicaban sus antebrazos, y se estaba haciendo un *teocalli de pirámide escalonada* en su amplio pecho. Koshimo pensó que la línea de arte incompleta del tatuaje se parecía a las líneas de marcado que dibujó en el metal y la madera al cortarlo.

La vista de él, de más de dos metros de altura, con cabello largo y tatuajes misteriosos, además de la extraña arma plana en su mano, parecía sacada de una pesadilla. Fue tan extraño para Tham Hoa que en realidad sonrió.

Valmiro le arrojó un cuchillo Bowie de acero de Damasco. Tham Hoa se quedó mirando la hoja a sus pies, girando como un trompo. Cuando se detuvo, se agachó para recogerlo con la mano buena. La hoja estaba cubierta por un patrón arremolinado y medía unos buenos veinte centímetros más o menos, pero parecía totalmente inadecuada contra el monstruo que tenía delante.

Su mente se tambaleaba por la pérdida de sangre y el dolor. Pero Tham Hoa iba a ponerse de pie y luchar. No importa cuán espeluznante fuera su oponente, tenía demasiado orgullo para arrastrarse y huir para salvar su vida.

Tham Hoa respiró hondo tanto como pudo, reuniendo todas sus fuerzas para saltar sobre Koshimo, pero el *macuahuitl* partió su antebrazo funcional. Se las había arreglado para levantarlo para proteger su cabeza a tiempo, pero ahora su brazo derecho no se movía. El arma blanca golpeó su hombro derecho a continuación, luego mordió uno de sus costados, rompiéndole la clavícula y las costillas. Tham Hoa soportó el increíble impacto de cada golpe y permaneció consciente contra viento y marea. A través de su confuso ingenio, pensó en todos los hombres que había matado. Él no rogaría como ellos lo habían hecho. *¿Por qué sigo vivo? ¿Ese gigante es fácil conmigo? Probablemente lo sea.*

Koshimo dejó caer sus caderas y balanceó el *macuahuitl* nivelado, cerca del suelo. Sacó los pies de Tham Hoa y destruyó por completo los músculos de la pantorrilla.

El hombre se derrumbó y aterrizó con fuerza sobre su espalda en el concreto, levantando una capa de polvo. Se retorció lo mejor que pudo, volteándose boca abajo y arrastrándose, dejando un rastro de sangre, tratando desesperadamente de ponerse de pie de nuevo. A través de la ventana del almacén que una vez había pertenecido a la empresa de salsa de soja, vio la planta de energía en la isla Higashi-Ogishima al otro lado del canal. Las sombras de las estructuras iluminadas por las luces distantes y el polvo suave y brillante que flotaba al alcance de la mano se entremezclaron, como en un sueño surrealista.

Koshimo miró fijamente al cocobolo *macuahuitl manchado de sangre* con muda sorpresa. Había golpeado con todas sus fuerzas muchas veces, pero su oponente aún vivía. *Me equivoqué, pensó. Lo construí mal. No es el arma adecuada de un guerrero.*

La sangre goteaba de las hojas de obsidiana que había pegado al borde del tablero con *chicle*. También había un leve brillo de aceite en ellos. El rostro de Koshimo se reflejaba en cada tachuela de obsidiana.

“No, esto es bueno”, aseguró Valmiro, plantando su pie en la cabeza de Tham Hoa mientras el moribundo intentaba alejarse arrastrándose. “El *macuahuitl* cumple un propósito que las espadas y las lanzas no. No es solo para matar, aunque con la fuerza de tu brazo, está a punto de morir en cualquier momento. Un *macuahuitl* es un arma para herir al enemigo del azteca para que pueda tomarlo prisionero y escoltarlo de regreso al *teocalli*. En el *xochiyaoyotl*, si matas a tu oponente, no tienes sacrificio para tu dios. ¿Cómo latirá el corazón de un muerto? Esto es muy importante, El Chavo. El corazón de tu sacrificio debe latir. Nuestro dios es el que se come ese corazón, no nosotros.

Los ojos de Tham Hoa se pusieron rojos de sangre, robándole la vista. Apenas podía sentir la sombra de un brazo extendiéndose hacia él, y cerró los ojos. Estaba listo para el golpe final. Pero después de esperar y esperar, no pasó nada. Le esperaba un final mucho, mucho peor.

Los hombres instalaron una cámara en un trípode y comenzaron a grabar.

No se veían rostros aparte del de la víctima del sacrificio. Los *sicarios* sujetaron las extremidades de Tham Hoa, mientras Valmiro le clavaba un cuchillo de obsidiana en el pecho y le sacaba el corazón. Gritos, gotas de sangre y una mirada de terror en el rostro de Tham Hoa mientras moría. Koshimo balanceó el *macuahuitl* con todas sus fuerzas sobre el cuello del hombre; el segundo golpe lo cortó. El seguimiento derribó el arma sobre el hormigón de abajo, astillando ruidosamente las hojas de obsidiana.

Hicieron una pausa en la cámara en ese punto, luego fueron a la caja de carga de la Tundra para sacar el equipo que habían traído.

La pieza principal era un poste de acero de tres metros con una placa de policarbonato blanco y un anillo en la parte superior. El anillo tenía unos cuarenta y cinco centímetros de ancho y de él colgaba una red abierta. Cuando el poste se puso derecho, se convirtió en un aro de baloncesto.

Empezaron a grabar de nuevo. Siguiendo las instrucciones de Valmiro, Koshimo recogió la cabeza cortada de Tham Hoa y la arrojó hacia el aro. Atravesó y cayó al hormigón. Chatarra lo recogió y volvió a disparar.

Valmiro se quitó un porro y miró las imágenes a través del monitor LCD de la cámara de vídeo.

Al inteligente líder de los cebúes, que había evadido todos los intentos de emboscada, le extirparon el corazón y le quitaron la cabeza ante la cámara. Los hombres que usaban pañuelos en la cara usaban el cráneo como una pelota de baloncesto.

Cuando los Senga-gumi recibieron las espantosas imágenes como regalo, se quedaron sin palabras.

Los DVD fueron enviados a las casas privadas del jefe Senga-gumi y todos sus lugartenientes. Como beneficio adicional para Reiichi Masuyama, su paquete también contenía las orejas de Tham Hoa. Los pendientes de diamantes todavía estaban en los lóbulos.

Ahora que Senga-gumi tenía el control total del mercado de metanfetamina en el sur de Tokio, sus socios comerciales tenían una nueva propuesta: "¿Qué tal si acordamos el siete por *ciento* de las ganancias *de choclo*?"

La situación no dejaba margen de maniobra para negarse o exigir una cuarta reunión de negociación. Los Senga-gumi no recibieron ninguna explicación sobre quién había destruido a los cebúes, si Xin Nan Long o Guntur Islami. De todos modos, las imágenes se enviaron a los miembros de más alto rango de la pandilla, a sus hogares, nada menos.

Fue una advertencia. Los hombres que mataron a Tham Hoa estaban enviando un mensaje con la grabación de su demencial ejecución.

“También podemos hacerte esto a ti, cuando lo deseemos”.

47

ömpöhualli-huan-chicöme

Medio mes después de que los *corazón traficantes* demostraran su fuerza al Senga-gumi, el *Dunia Biru* realizaba su cuarta visita al puerto de Kawasaki.

El mundo de 2021 fue muy diferente al de 2019, cuando el enorme crucero indonesio visitó por primera vez. En aquel entonces, fue una sensación mediática, llena de descripciones entusiastas como “el símbolo de la evolución asiática” y “una ciudad de ensueño en el mar”. Los miembros de la dieta y del consejo de la ciudad realizaron giras publicitarias del barco, y las multitudes acudían a ver el *Dunia Biru* cada vez que llegaba al puerto. Pero solo dos cortos años después, era el centro de un feroz debate, un tabú en las redes sociales y el blanco del desprecio en todo el país. La causa de esta polémica no fue el cruel negocio *del choclo* que salió a la luz, sino el virus que se convirtió en pandemia.

SARS-CoV-2, el nuevo coronavirus que causó el COVID-19. A principios de 2020, un crucero inglés anclado en el puerto de Yokohama fue sacudido por COVID. Los medios de comunicación informaron sobre el barco inmóvil durante muchos días, provocando un escándalo diplomático con Inglaterra y la línea de cruceros estadounidense y empañando el estado de ánimo nacional.

El *Dunia Biru* fue el quinto gran crucero del mundo en reanudar su actividad. Su tripulación tomó todas las contramedidas que pudo, dejando a Tanjung Priok en Yakarta con solo una quinta parte de la capacidad máxima de pasajeros, pero eso no hizo nada para sofocar la ola de críticas.

Antes de la pandemia, las cubiertas superiores estaban iluminadas con fantásticos tonos azules por la noche: *Blue Earth* es el nombre traducido del barco. La vista atrajo filas de autos a través del túnel hacia Higashi-Ogishima. Pero en 2021, las únicas personas que visitaron fueron los manifestantes y los miembros de los medios que vinieron a cubrir las protestas. Las filas de personas socialmente distanciadas llevaban carteles y carteles que exigían que no atracaran cruceros.

La multitud sólo podía acercarse a quinientos metros de la terminal de contenedores donde amarraba el *Dunia Biru*. El cordón policial les impidió acercarse, formado por policías antidisturbios de Kanagawa y miembros de la Guardia Costera con máscaras y protectores faciales.

"¡Envía a todos los barcos de pasajeros lejos!" "¡Entonces, el gobierno elige la economía sobre las vidas humanas nuevamente!" "¡Traiga al secretario jefe del gabinete aquí!" la gente rugió. Alguien gritó: "¡Por favor, no levanten la voz!". así que otro comenzó a hacer sonar un silbato de emergencia.

Tres activistas dentro de la multitud dejaron caer una balsa inflable desde el costado del muelle e intentaron golpear el costado del barco con bengalas para prenderle fuego. Lograron dispararle a la nave con bengalas humeantes de color rosa brillante, pero unos pocos oficiales de policía en un bote los atraparon de inmediato mientras un helicóptero de noticias que volaba en círculos capturó todo en la cámara.

La nube de humo rosa sobre el agua trepó hasta donde las gaviotas graznaban y chillaban, hasta que finalmente se disipó con el viento.

Xia reprodujo todas las imágenes de la cámara de seguridad en el refugio, con la esperanza de revisar las acciones de un niño problemático en particular. Era un niño de nueve años. En el tiempo transcurrido desde que Yasuzu lo llevó al refugio, otros tres niños habían sido seleccionados para cirugía y procesados con éxito.

Dormitorio, cafetería, pasillo, baño, sala de juegos, salón de clases y el patio "al aire libre" con césped y arenero bajo lámparas solares artificiales. Los niños corrían y jugaban con los carritos de juguete que rodaban por el césped a baja velocidad. Eran cuatro, y el que estaba hecho para parecerse al Batimóvil era el más popular, hasta el punto de que incluso las chicas querían viajar en él.

Nada parecía fuera de lugar por lo que observó en la cámara. No parecía que el chico hubiera visto algo que no debería haber visto. No pudo llegar al quirófano que usaban Laba-Laba y El Loco. No había absolutamente ninguna manera de que el chico supiera lo que estaba pasando.

Entonces por qué...?

Xia abrió su diario.

¡Escribe algo divertido que haya sucedido hoy!

[Nombre  Junta]

Nos matarán a todos.

Xia miró fijamente la página, luego se quitó las gafas sin montura y bebió un sorbo de café. Había escrito lo mismo ayer y anteayer.

Yasuzu estaba preocupado por su estado mental y le preguntó a Xia si todo estaba bien. Esa sola pregunta era una mala señal. El sistema de gestión del refugio era hermético y no podía haber ninguna fuga de información. Sin embargo, una vez que alguien se preocupaba, comenzaba a buscar sus propias respuestas. Yasuzu podría asomar la cabeza en algún lugar donde no tenía por qué estar y ver algo que no debería.

Los empleados como Yasuzu no eran lo único de lo que preocuparse. Los pensamientos negativos eran fuertemente contagiosos. Si los otros niños comenzaran a imitar estas palabras, tendría una gran influencia en los diarios que fueron clave para el cuidado posterior al estilo japonés ofrecido con el *choclo*. Laba-Laba estaría furioso por eso.

Xia ya podía imaginar lo que diría.

"¿Qué demonios estás haciendo? Para aliviar el biosentimentalismo del cliente, necesita saber que los niños fueron felices hasta el último momento. Es fundamental.

Xia dio una calada a su cigarrillo electrónico. Junta claramente no estaba mejorando. Tenían un bicho en las manos y tendría que decírselo a Laba-Laba.

Cuando terminó con su vaporizador, Xia terminó su café en silencio, cerró el diario y lo devolvió al archivador. Luego se volvió a poner los anteojos y le dio mantenimiento al arma que siempre estuvo presente en el refugio. El rifle de asalto H&K G36 era una herramienta familiar de los días de policía de Xia, al igual que la porra de acero al carbono.

Los hombres del Senga-gumi menospreciaban a Xia por ser mujer, pero antes de unirse a una Sociedad Negra, había trabajado para la Policía de Hong Kong. Acumuló experiencia trabajando en la oficina de Delitos Juveniles, pasó una dura prueba con una baja tasa de éxito y fue admitida en la prestigiosa Unidad de Deberes Especiales.

Los padres de Xia eran maestros de escuela primaria. Cuando recibió un doctorado en psicología infantil en la escuela de posgrado, asumieron que su hija seguiría sus pasos en educación. En cambio, se unió a la fuerza policial y se abrió paso en un escuadrón táctico de élite.

Durante una operación para invadir el escondite de un grupo de activistas independentistas, Xia disparó y mató a dos hombres que se resistieron al arresto. Un tubo de metal y un hacha estaban en el suelo, pero no habían estado tratando de alcanzarlos. Podría haber atrapado fácilmente a los hombres sin disparar su arma.

Los familiares de los fallecidos aseguraron que se trató de una ejecución extrajudicial. En la corte, Xia insistió en que estaba justificada para disparar su arma, pero la evidencia circunstancial jugó en su contra en todos los aspectos. Ella realmente, realmente no quería ir a prisión.

En el momento de mayor necesidad de Xia, la Sociedad Negra Xin Nan Long trabajó tras bambalinas para ella. Le ganaron un veredicto de no culpabilidad a través de medios clandestinos, y escapó de una sentencia de cárcel, como esperaba. La mujer renunció silenciosamente a la fuerza policial, se sometió a una cirugía facial, cambió su nombre y comenzó a trabajar para Xin Nan Long. Su primer deber en Yakarta fue defender a Jingliang Hao, un miembro de alto rango del grupo. Le dieron un Tipo 03, un rifle de asalto usado por el Ejército Popular de Liberación, y con él mató a una media docena de miembros de grupos rivales. Xin Nan Long reconoció su habilidad como sicario y le permitió hacerse un tatuaje de dragón de Komodo. Había sido consciente de sus impulsos homicidas antes de unirse a la policía. La vida en una sociedad negra le sentaba muy bien.

Después de desmantelarlo, Xia volvió a armar el G36 y luego salió en su patrulla nocturna del refugio. Ella no tomó el arma, pero el bastón de acero al carbono y un cuchillo táctico plegable permanecieron en su persona. Caminó por el largo pasillo bordeado de habitaciones de niños dormidos, sin escuchar nada más que el eco de sus pasos. Usando el mismo tipo de linterna que tenía como oficial, iluminó la oscuridad.

Los dioses acudieron a Koshimo en su sueño más profundo, en sus sueños. El reino de los *indígenas vencidos*, enorme *teocallis*, una ciudad sobre el lago sepultado bajo la Ciudad de México. Tanto el *tlatoani* como el *tlamacazque* se arrodillaron de miedo.

Los dioses vinieron uno tras otro, buscando la sangre y los corazones de los sacrificios capturados en el *xochiyaoyotl*.

Huitzilopochtli, dios de la guerra, con aretes de plumas de cotinga, un cinto teñido del color del cielo azul claro, una máscara de serpiente de fuego colgada de su espalda y cascabeles atados a los anillos alrededor de sus tobillos que sonaban mientras caminaba...

Tlaloc, dios de la lluvia, con corona de plumas de garza, collar de esmeraldas, rostro negro de hollín y decorado con puntos de amaranto amasado, capa de neblina, sandalias de espuma, y estandartes verdes y blancos tejidos con juncos...

Mictlantecuhtli, dios del inframundo, rey de Mictlán, con la cara de una calavera salpicada de sangre, un tocado de plumas de búho, un collar hecho con los ojos de los sacrificios, orejeras de hueso tallado y un perro del infierno como mascota. Ocasionalmente tomando la forma de un murciélago volador, y a veces arrastrándose por el suelo como una araña...

Quetzalcóatl, la serpiente emplumada, con aretes de mosaicos de turquesas, una capucha verde dibujada con un patrón de conchas en espiral que invoca al viento, y un collar de costillas de sacrificios humanos...

Xipe Totec, nuestro maestro desollado, vestido con piel de muerto, peluca de plumas, el rostro pintado con franjas amarillas verticales, aretes de oro, falda de hojas de chicozapote, y sosteniendo un escudo con un anillo rojo pintado, exudando el hedor de la muerte, y sangre goteando...

Luego vinieron las diosas. Aparecen uno tras otro por la sangre y los corazones.

Teteoh Innan, madre de dioses, diosa del parto y la adivinación y los baños de sudor, vestida con una falda forrada de conchas brillantes, y un *huipil* decorado con plumas de águila, con una pata de pavo en una mano y una escoba en la otra...

Cihuacóatl, la mujer serpiente, diosa que llora inquietantemente en la noche, luce aretes de obsidiana, sostiene un palo de tejer decorado con un mosaico turquesa, capaz de sentir las señales de una guerra inminente a punto de estallar...

Chalchiuhtlicue, la que lleva la falda de jade, diosa del agua que ahoga a la humanidad, de labios azules, rostro amarillo como un girasol, corona de plumas de quetzal, huipil con un círculo dorado encima y sosteniendo un *escudo* pintado con un solo nenúfar y un instrumento musical de niebla...

Cihuapiltin, las mujeres nobles, representadas por cinco mujeres idénticas, cinco como una, una forma alternativa de la diosa Tlazolteotl. Cada uno tenía un rostro blanco que se burlaba de la humanidad, un *huipil* de papel con puntas de obsidiana dibujadas sobre él, sandalias decoradas con plumas de guacamayo, un rostro y una boca naturalmente retorcidos, y poseían la capacidad de maldecir a sus víctimas a un destino malo...

Tlazolteotl, la diosa del pecado y la lujuria, vestida únicamente con una expresión temible, oyente de los secretos de los hombres a través de los hechiceros *nahualli*, aprendiendo de los peores pecados y las mayores vergüenzas...

Coatlícue, la que lleva una falda de serpientes, madre del dios de la guerra, cuya cabeza son dos serpientes enfrentadas para formar un solo rostro como una ilusión, apareciendo aún más temible que su hijo Huitzilopochtli...

Aparecieron más y más dioses.

Los aztecas tenían un panteón religioso tan amplio como profundo.

Eventualmente, una vez que todos los dioses habían ido y venido...

“Somos sus esclavos”, dijo el rey. Titlacauan.

“La noche y el viento”, dijo el sacerdote. Yohualli Ehecatl.

“Enemigo de ambos”, dijo el hechicero. Necoc Yaotl.

El silencio descendió abruptamente, y Koshimo estaba solo. Ya no había tambores ni flautas. Los *teocallis* desaparecieron, dejando solo a Koshimo, de pie solo en el desierto por la noche con el viento árido a su alrededor.

Solo un espejo negro flotaba cerca. Una enorme losa circular de obsidiana.

Tezcatlipoca.

Koshimo estaba desconcertado. Era solo el espejo. No había ningún dios en forma humana en ninguna parte para ser visto. Sin tocado de plumas, sin corona, sin sandalias. No vio al guerrero de la eterna juventud representado en el Codex Borgia. Sólo un espejo silencioso.

Todo sobre esto era extraño.

Por un lado, Koshimo todavía no entendía realmente lo que significaba ser un "espejo humeante". *Padre* le había estado enseñando tantas cosas, pero este dios, el más importante, seguía siendo un misterio.

Un espejo que humea. Un espejo escupe humo. ¿Qué significa?

Mientras Koshimo reflexionaba sobre esta pregunta, el espejo negro reflejó el rostro de un sacrificio. Dos ojos suplicaron a Koshimo por la salvación. Sintió un dolor terrible, como si el cuchillo se *le* hubiera hundido en el pecho, y se sentó erguido, aullando.

La habitación estaba oscura. ¿Donde estuvo el? No la cámara en el centro de detención. Esta era una cama adecuada, no una manta colocada en el suelo. Se quedó mirando sus largas piernas que sobresalían por el borde de la cama. Luego exhaló y se dio cuenta de que estaba cubierto de sudor.

Cerró los ojos y se acostó, pero no pudo dormir.

Finalmente, Pablo se dio por vencido y se levantó de la cama para abrir la ventana. Una brisa inusualmente poderosa azotó las cortinas y algo dentro de la habitación cayó al suelo. Pablo se quedó en la oscuridad durante varios momentos. Finalmente, se dirigió al escritorio, se sentó en la silla y comenzó a ver las imágenes en su teléfono.

Docenas y docenas de imágenes de su hija, enviadas por su esposa en Okinawa.

Deslizó el dedo por la pantalla, desplazándose por la lista, pero sus dedos solo sintieron la textura del **hueso C** en el que había estado trabajando ese mismo día. Ahora ese dedo estaba tocando el rostro sonriente de su hija. Sintió que un horror abrumador se asentaba sobre sus hombros. El dedo torcido del diablo tocó a su hija. Quería gritar, gritar: "¡Alto!" Pero el dedo era suyo.

Pablo dejó el teléfono inteligente y enterró su rostro entre sus manos. No se movió durante minutos. Finalmente, encendió la pequeña luz de lectura sobre el escritorio y miró la pequeña estantería que tenía delante. Las pocas posesiones que había traído consigo desde Okinawa estaban allí.

El primer cuchillo personalizado que hizo él mismo a los diecinueve años, el cuaderno de cuchillería que ya no necesitaba abrir, el retrato que le dibujó su hija en su cumpleaños, una muñeca con cabeza de cactus que le compró su esposa. Detrás de todos ellos descansaba un solo libro.

Una Biblia en español.

La Biblia había hecho un viaje más largo que el primer cuchillo de Pablo, había viajado mucho más lejos. Su cubierta de piel de venado estaba doblada y hecha jirones. Pablo nunca lo había leído él mismo, y no era una persona religiosa. Fue su padre quien leyó el libro hasta que la piel de venado estuvo apropiadamente vintage.

El padre que nació en Lima, Perú; el padre que vino a Japón por trabajo y trabajó hasta que murió; el padre que vivió en tal pobreza toda su vida que no pudo comprarle un balón de fútbol a su hijo. Era descendiente de afroperuanos perseguidos por su color de piel.

Pablo no quería vivir como su padre. Siempre había estado desesperado por mantenerse fuera de la pobreza, pero últimamente, se encontró pensando en su padre varias veces al día. De vez en cuando, deseaba volver a verlo.

Pablo ganaba mucho más que su padre. Pudo comprarle a su familia las cosas que querían. En unos años, es posible que puedan pagar una casa. Sin embargo, Pablo sabía lo que estaba haciendo para ganar ese dinero. Entendió de dónde venía este buen vivir para su familia.

Últimamente, cuando regresaba del taller, Pablo se encontraba mirando la Biblia en el fondo del estante. El hombre era consciente del cambio en sí mismo. Anteriormente, el libro no había sido de interés, solo un recuerdo de su padre, algo que guardaba como cortesía, un tomo cuyo contenido no tenía ningún atractivo. Ahora era un espejo que reflejaba su propio pecado hacia él, lo único en la habitación solitaria que encontraría su mirada.

Pablo se levantó de la silla y alcanzó el recuerdo de su padre. Le quitó el polvo y lo abrió bajo la luz de la lámpara de lectura. Había huellas dactilares oscuras en las páginas amarillentas; marcas dejadas por los dedos manchados de aceite después de los turnos en el puerto. Pablo no leyó nada. Simplemente pasó página tras página tras página.

Se detuvo cuando llegó a cierto y encontró un billete de papel utilizado como marcador allí. Era un billete de doscientos nuevos soles, que probablemente ya ni siquiera se usaba en Perú. Un retrato de Santa Rosa de Lima adornaba el frente.

Pablo lo recogió con cuidado, sintiéndose como un arqueólogo, y susurró una palabra que no había dicho en décadas. Una palabra que Koshimo llamó El Cocinero regularmente.

"Capellán."

Pablo podía sentir la presencia de su padre. Trabajando duro en el muelle por un salario exiguo, sentado solo durante la pausa para el almuerzo lejos de los demás, mordisqueando trozos de pan y bebiendo agua, concentrándose mucho mientras estudiaba detenidamente la Biblia. Pablo podía ver la imagen claramente en su cabeza.

El proyecto de ley estaba metido en una página del **Nuevo Testamento: Mateo 9**. Pablo decidió leer lo que allí estaba impreso. Luego lo hizo una y otra y otra vez. La luz fuera de la ventana brilló hasta que el cielo estaba tan azul como una cuchilla recién afilada, y Pablo todavía estaba leyendo esa única página.

48

ömpöhualli-huan-chicuëyi

Yasuzu llevaba una carga de ropa para niños para lavarla cuando se cruzó con Suenaga en el pasillo. El refugio debajo de Saiganji era lo suficientemente grande como para que fuera solo la tercera vez que esto sucedía.

No sabía su nombre, ni siquiera su apodo, Laba-Laba. Xia solo le había dicho a Yasuzu que era médico, como El Loco. El hombre era un excelente profesional médico que atendía a los niños.

Cada vez que lo veía, Yasuzu pensaba que si él era el mismo que El Loco, Nomura, entonces tenía que ser otro médico criminal que no podía trabajar en un establecimiento legítimo por alguna razón. Sin embargo, no parecía alguien que se metería en problemas.

A sus ojos, este médico era cualquier cosa menos criminal. Encajaba tan bien en el papel que ella prácticamente podía ver la bata blanca en él, a pesar de que no la estaba usando. Anteojos con montura negra descansaban sobre su rostro, y lucía un corte de pelo impecable a los lados con una raya siete-tres. Sus ojos brillaban con confianza. Caminaba con un propósito firme y directo, y lucía una leve y amable sonrisa. No miró a Yasuzu a los ojos mientras pasaba, en ninguna ocasión.

Suenaga supervisó él mismo el estado del refugio, como si fuera una granja. Pasó por delante de la guardería para niños de tres años y la sala médica, luego abrió una puerta en el extremo este del pasillo. Solo Xia y algunos otros pudieron pasar su sistema de seguridad. Había una oficina al otro lado donde manejaban toda la información de los niños, y más allá estaba la sala de cirugía para la extracción del corazón.

El diario en cuestión estaba sobre el escritorio de la oficina vacía. Suenaga se sentó en la silla y encendió la computadora para confirmar la información del niño que se le entregaría al cliente.

Nombre: Junta

Sexo: M

Edad: 9

Tipo de sangre: O

Sin condiciones preexistentes

Este niño provenía de un hogar de madre soltera. Ella era residente de Chiba y adicta a la metanfetamina, y había estado descuidando a su hijo indocumentado. Su dinero se fue a las drogas, al punto que no pudo pagar las cuentas para mantener las luces encendidas, y terminó muriendo de deshidratación por dentro durante una ola de calor. El apellido de su madre era Onogaki, pero esa información no se transmitió al cliente, solo el nombre de pila "Junta". Tenía sangre tipo O, lo que significa que su corazón podía venderse a cualquier destinatario con sangre tipo A, B u O.

Mientras esperaba que Xia llegara a la oficina, Suenaga hojeó el diario de Junta. Como le habían dicho, las anotaciones del niño de nueve años estaban llenas de desesperación y maldiciones, escritas con la torpe letra de un niño.

¡Escribe algo divertido que haya sucedido hoy!

[Nombre  Junta]

Nos matarán a todos.

Esta gente es estúpida.

Este es un lugar horrible.

Xia se encontró con Yasuzu moviendo la ropa a la secadora y le preguntó si había visto al médico.

"Fue por ese camino," dijo Yasuzu, mirando hacia el lado este del refugio.

"Ya veo", respondió Xia. "Gracias."

"¿No crees", agregó Yasuzu, "que se parece a Cary Joji Fukunaga?"

"¿OMS?"

"El director de cine. Él es japonés-americano..." Su voz se volvió más tranquila.

"¿Lo hace?"

"Sí. Um... lo siento, eso no tiene nada que ver con nada.

"¿Por que te estas disculpando? Por cierto, hoy es el día para comprobar la iluminación del jardín.

"Lo sé. Estaba planeando ir allí después de terminar esto".

El jardín era lo que llamaban el área interior de juegos para los niños. Al comienzo de cada semana, el trabajo de Yasuzu era usar un dispositivo para medir la luminosidad de las lámparas solares artificiales para asegurarse de que los niños recibieran la cantidad correcta de luz.

Xia corrió por el pasillo, pasó el sistema de seguridad de la puerta del final y entró en la oficina.

Suenaga estaba leyendo el diario de Junta.

"Puedes verlo justo ahí", le dijo Xia. "Todavía no sabemos por qué está escribiendo así. He revisado todas las imágenes de seguridad que tenemos, pero no hay nada..."

"¿Y cuando le preguntas si está hablando de este refugio, no te da una respuesta directa?"

"Así es."

"Entonces no hay nada más que podamos hacer", hizo una mueca Suenaga. "Este no es un centro de investigación de psicología infantil. Si esta Junta siente el destino, entonces estamos hablando de un sexto sentido, mierda de precognición. Eso está más allá de mí, solo hago operaciones. Nextli, ¿la policía de Hong Kong no tenía expertos en esas cosas? Premoniciones, visión de rayos x. Apuesto a que la policía de la República Popular China tiene gente así.

"No", dijo Xia rotundamente. "No lo hacen".

"Estoy bromeando." Sonaga sonrió. "Por otro lado, Junta tiene sangre muy conveniente. El tipo O significa que podemos trasplantar sus órganos a cualquier tipo de sangre".

Xia asintió sin decir una palabra. Necesitaban estar listos para cosechar el corazón de Junta en cualquier momento. Y no solo él; todos los *choclos* debían estar listos para ser transportados al *Dunia Biru* en un dron en cualquier momento. Esa fue la instrucción de Suenaga, y Hao, el jefe de Xia en Xin Nan Long, le había dicho: "Haz lo que diga Suenaga".

Por ahora, el diario de Junta era el único error en el sistema. Por lo demás, su gestión sanitaria se desarrollaba de forma óptima.

Si su diario no fuera tan horrible, pensó.

Suenaga sacó un hilo de su bolsillo y lo envolvió alrededor de sus dedos, cruzando los hilos como si estuviera jugando a la cuna del gato. El material era hilo de sutura que él personalmente había seleccionado. Quería estar seguro de la sensación del monofilamento antes de usarlo en la siguiente extracción. Hizo un nudo cuadrado, un nudo de abuelita y un nudo de cirujano de cada tamaño que necesitaría: 3-0, 4-0, 5-0. Estos eran nudos estándar que todo estudiante de cirugía tenía que practicar todos los días.

Después de colocar el tercer nudo sobre el escritorio, Suenaga dijo: "Estamos comprometidos con nuestro cuidado posterior. El diario del niño tendrá que ser escrito por otra persona".

"¿Por un niño diferente?" preguntó Xia.

"No, un adulto".

Aunque no dejó que se notara, Xia estaba preocupada por esta afirmación. Solicitar a un miembro del personal que imitara la escritura de un niño de nueve años que no había ido a la escuela primaria fue una gran petición. Los errores de ortografía y las letras faltantes eran comunes, y los niños a veces escribían letras reflejadas por accidente. Si hicieron un mal trabajo al falsificar uno, y un cliente particularmente escéptico lo llevó a un especialista en escritura a mano, fácilmente dirían que lo hizo un adulto. Y si su falsedad saliera a la luz, dañarían enormemente la confianza del negocio de *los choclos*.

"No dije que contrataríamos a un miembro del personal para hacerlo". Suenaga se rió, sintiendo la consternación de Xia. "Conozco a la persona adecuada para el trabajo. Su escritura es horrible, y no puede hacer kanji en absoluto. Será el reemplazo perfecto. Pero estoy seguro de que afirmará que no puede escribir un diario para alguien a quien nunca ha conocido antes. Querrá reunirse con Junta una o dos veces. Hablaré con El Cocinero al respecto".

La expresión tranquila de Xia finalmente se deslizó un poco. Nunca había considerado esta posibilidad.

Va a dejar que ese joven sicario escriba el diario?

Una vez que Xia volvió al trabajo, Suenaga salió de la oficina, pasó por un sistema de seguridad aún más estricto y se dirigió a la sala de cirugía. Inspeccionó la habitación vacía y respiró aire perfectamente purificado, cortesía de su sistema de filtración. El sistema de aire de la cámara de cirugía subterránea tenía un modo de presión positiva para cirugías ordinarias, un modo de presión negativa para evitar que la contaminación viral se propagara fuera de la sala, e incluso podía aumentar el flujo de escape hasta el punto de que la menor concentración de oxígeno hacía que la sala quedara parcialmente vacía.. Fue diseñado para ser tan finamente sellado como un laboratorio de patología experimental.

Suenaga se acercó a la mesa de operaciones y golpeó una línea de cocaína en su muñeca. Le recordó cuando trabajaba en un hospital legítimo como cirujano cardiovascular.

En el período de observación postoperatoria después de que una niña de once años recibiera con éxito un trasplante de corazón, Suenaga la escuchó hablar sobre el niño de diez años que había sido su donante. Sin embargo, eso era imposible, el tipo de cosa que solo podría suceder en una película o un libro. Sin embargo, de alguna manera, ella sabía que él se había vuelto loco después de un accidente de tráfico y describió con precisión una serie de otros hechos sobre el día en que sucedió.

El niño caminaba con su madre por la acera cuando una minivan saltó la acera y lo golpeó. Estaba justo afuera de un parque cerca de su casa. Llevaba una consola de juegos portátil en la mano izquierda y vestía zapatillas Adidas naranjas con rayas negras. Etcétera.

Un receptor hospitalizado no podía saber estas cosas sobre el donante de órganos fallecido mientras estaba en el hospital. Era simplemente impensable que la niña hubiera escuchado un relato tan detallado del accidente.

De hecho, sus descripciones eran tan precisas que el personal del hospital sospechó que alguien involucrado en el trasplante estaba filtrando información privada. Llevaron a cabo una investigación interna e incluso llamaron a Suenaga, el cirujano de cabecera principal. Estaba disgustado por todo el proceso. Suenaga no sabía nada sobre el donante aparte de su edad, sexo, tipo de sangre y el hecho de que el niño estaba muerto. Un cirujano de trasplante de corazón no tuvo tiempo de llenarse la cabeza con más datos que eso.

Mientras esnifaba la línea de coca, Suenaga repasaba sus recuerdos de ese incidente. La gente tenía habilidades inexplicables. El concepto de biosentimentalidad sugería tanto. En japonés, la palabra para el órgano podría leerse como "tripas del corazón": si el corazón envía algún tipo de señal, entonces un niño particularmente receptivo podría interpretarlo como voces o visiones...

¿Es posible que Junta escribiera esas cosas en su diario porque puede sentir las extracciones que estamos realizando?

Suenaga se recostó sobre la mesa de operaciones, como si descansara en su propia cama en casa. Miró las lámparas quirúrgicas apagadas e imaginó el nombre **Junta**. Tuvo que burlarse de la ironía de eso. Puede que Koshimo no lo entienda, pero El Cocinero sí. Cuando se lee con una *J silenciosa*, se convierte en un golpe militar.

Un golpe de Estado, eh. Mientras Suenaga se reía disimuladamente de su observación, las lámparas quirúrgicas apagadas comenzaron a brillar. La cocaína estaba funcionando. *Sí, pensó. Esta es una buena mierda.*

Se sintió ascender con dicha, descansando encima de la misma mesa sobre la que había derramado sangre juvenil, extrayendo sus corazones mientras aún estaban vivos.

"El Chavo", dijo Valmiro, "¿alguna vez has escrito un **diario?**"

Koshimo le preguntó si se refería en español o en japonés. La respuesta llegó a través del humo del incienso: "En japonés".

Ya había hecho eso antes. El centro de detención juvenil tenía tiempo para el diario después de la cena, que los instructores penitenciarios insistieron en que era obligatorio.

"Ya veo." Valmiro asintió. "Entonces vas a escribir uno de nuevo. Pero no es tu diario. Es uno para un niño en el refugio. Tiene problemas para escribir lo que sucedió durante el día. Deberías ayudarlo."

Como miembro de la *familia*, Koshimo sintió que comprendió la naturaleza de la tarea que se le había encomendado.

teocalli moderno en el distrito Ota de Tokio al otro lado del río Tama, donde se guardaba a los niños elegidos para un **Toxcatl** moderno. Vivían en paz y felicidad. Los niños entregarían sus corazones a Titlacauan, también conocido como Yohualli Ehecatl o Necoc Yaotl, el más grande de todos los dioses, Tezcatlipoca. El trabajo de Koshimo era mantener la celebración azteca y proteger *al Padre* y al *teocalli*. Era incluso más importante que sus responsabilidades en el taller.

Sin embargo, no tenía idea de cómo escribir una entrada de diario para un niño que nunca antes había visto, y mucho menos conocido. Parecía más difícil que crear cuchillos y *macuahuitls personalizados* o matar personas con barracudas.

—Te dejaré verlo —dijo Valmiro, exhalando un humo denso y denso—. Pero no le digas una palabra de **Toxcatl**. ¿Lo tengo? El único que puede contar los sacrificios de **Toxcatl** es el *tlamacazqui* que prepara la fiesta. Incluso los guerreros jaguar no están permitidos. Y el *tlamacazqui* todavía no ha visitado a este niño. Vas a visitar el refugio, escuchar lo que tiene que decir y escribir su diario para él. No tiene que ser importante. Solo escribe cuándo fue al baño, qué cenó y cosas por el estilo. No inventes historias. No hagas un dibujo. Tu arte es demasiado bueno en comparación con tu escritura. Los niños no pueden dibujar las cosas que tú puedes”.

Al salir de la oficina, Koshimo escuchó a Valmiro decir que el niño tenía nueve años. Mientras bajaba las escaleras afuera en la oscuridad, se dio cuenta de que se había olvidado de preguntar el nombre del niño.

49

ömpöhualli-huan-chiucnähui

El miércoles 4 de agosto de 2021 fue el día del Seis Conejo (Chicuace Tochtli) en la semana de la Casa (Calli) según el calendario azteca como Valmiro le había enseñado a Koshimo. Le había explicado todos los otros meses en el *xiuhpohualli*, pero Koshimo no podía recordarlos todos.

Temprano en la mañana de Chicuace Tochtli, un automóvil Honda eléctrico llegó al taller en Odasakae, y Koshimo se agachó para entrar.

El automóvil condujo silenciosamente hacia el norte por la ruta Dai-ichi Keihin y cruzó el puente Rokugo sobre el río Tama, desde Kawasaki hasta Ota, Tokio. Koshimo había crecido en ese lado del río, siempre mirando hacia el otro lado, por lo que esta era la primera vez en su vida que cruzaba el río hacia Tokio. Fácilmente podría haber cruzado el puente en cualquier momento, pero nunca se le había ocurrido como algo que pudiera querer hacer.

Koshimo miró a la mujer que conducía el coche en silencio. Llevaba gafas sin montura y no tenía prisa por hablar. La había visto unas cuantas veces en el patio de autos. Era miembro de la *familia* a la que llamaban Nextli.

El flujo de tráfico continuó hacia el norte hacia el centro de la capital, pero el automóvil eléctrico giró a la izquierda y siguió hacia el oeste a lo largo del río.

Es como Kawasaki, decidió Koshimo. Miró al cielo a través del parabrisas. El vasto azul parecía continuar para siempre. En ese contexto, los aviones de pasajeros se dirigían lentamente hacia el aeropuerto de Haneda.

Koshimo siguió a Xia a los terrenos de Saiganji. Así como nunca había estado en Tokio hasta hoy, esta también fue su primera visita a un templo budista.

Un estacionamiento de grava, un camino de piedra, un edificio señorial con techo de tejas, un abrevadero con cucharones de madera para lavarse las manos y una máquina expendedora de velas destinadas a ofrecer luz a la estatua que se encuentra en su interior. Koshimo entendió que el lugar donde estaban las piedras rectangulares con kanji y las tablas de madera en sánscrito era el cementerio. En voz baja, murmuró: "Tumbas budistas".

Extendió la mano y tocó una de las piedras lisas y brillantes. Estaba hecho de granito duro y alguien había colocado incienso delante de él. Trazó los nombres budistas póstumos tallados en el costado de la piedra, suponiendo que los había hecho una máquina. Eventualmente, reconoció un sonido como los hechizos de Nahautl siendo cantados desde el edificio principal del templo detrás de él. Escuchó atentamente, sin prestar atención al zumbido de las cigarras.

“En kakaka bisanmaei sowaka, en kakaka bisanmaei sowaka...”

Los monjes del templo cantaron el mantra de Jizo Bosatsu, el santo patrón de los niños fallecidos.

teocalli actual donde vivían los niños Toxcatl estaba ubicado directamente debajo del cementerio en los terrenos del templo.

Los niños no se fueron una vez que los llevaron bajo tierra. Solo surgieron en forma de *choclo* siendo enviado a un nuevo dueño.

Koshimo se inclinó para que su cabeza no golpeará el techo de la escalera que bajaba al refugio. No había mucha luz, el pasaje era angosto y el aire era frío. Se sentía como si estuviera descendiendo a un lugar terriblemente gélido, donde caía nieve a pesar de ser verano.

Si esto lo llevó debajo de las tumbas donde dormían los muertos, entonces tenía que estar en el fondo de la Tierra, mucho más allá de la muerte. Koshimo recordó al dios azteca que gobernaba Mictlan, el reino subterráneo: Mictlantecuhtli. Cuando los conquistadores cristianos vieron sus espantosas representaciones en arte y escultura, vieron a Lucifer y la Muerte. El epíteto del dios era Tzontemoc, "El que cae de cabeza", por lo que Koshimo tuvo cuidado de no resbalar en las escaleras. El nombre Tzontemoc le recordaba a *tzompantli*, el muro de calaveras de sacrificio. Eso estaba debajo del *teocalli* de Huitzilopochtli, dios de la guerra de Tenochtitlán.

Estos pensamientos eventualmente trajeron de vuelta una de las frecuentes dudas de Koshimo. *¿Por qué Mictlantecuhtli y Huitzilopochtli siempre parecen mucho más fuertes que el dios exaltado que adora el Padre?* El Tezcatlipoca que aparecía en los sueños de Koshimo tomaba la forma de un espejo redondo de obsidiana. No tenía sentido que un espejo negro solitario fuera más poderoso que el rey del inframundo con cara de calavera o el dios de la guerra con afiladas garras de águila adornando su tocado de plumas. *Da un poco de miedo, pero no parece ser el más fuerte.* A pesar de estar atormentado por esta pregunta, Koshimo no pudo llamar la atención de Valmiro. La culpa lo mantuvo en silencio.

En cambio, se emitió un recordatorio.

No puedes hacer eso. tienes que respetar El dios del ***padre sobre todo. Somos familia.***

Xia y Koshimo llegaron a una puerta al final de las escaleras.

La cara, el patrón retinal y las huellas dactilares de Koshimo ya estaban registrados. El sistema de seguridad lo autorizó a entrar y la puerta se abrió. La primera área era una sala de esterilización a oscuras. Koshimo se lavó las manos y caminó sobre una sustancia adhesiva que absorbía toda la suciedad y el polvo de las suelas de sus botas. Luego lo sometieron a una poderosa ducha de aire de pies a cabeza que soltó todas las micropartículas adheridas a su cabello y ropa.

Nomura recibió una máquina de prueba de China para realizar pruebas de PCR en Koshimo para COVID-19 antes de visitar el refugio. Lo probaron cuatro veces para eliminar la posibilidad de un falso negativo, y cada prueba fue realmente negativa.

Se abrieron dos juegos de puertas, revelando un pasillo brillantemente iluminado. La noche se había convertido en día, erradicando por completo el miedo de Koshimo de aventurarse en un lugar gélido. De hecho, había una brisa agradablemente templada. El aire que flotaba se sentía tan limpio como la orilla del río al amanecer. No había nada de la oscuridad y la humedad del Mictlan aquí.

Las puertas se alineaban a ambos lados del pasillo. Una de las habitaciones tenía anillos de juegos colgados del techo como asideros en un tren, y algunos de ellos estaban lo suficientemente bajos como para que los niños pudieran alcanzarlos.

El centro de detención donde Koshimo pasó varios años se limpiaba regularmente, pero no era nada comparado con este lugar. Todo en el refugio parecía nuevo, y entre la suave brisa y la luz, Koshimo olvidó que estaba bajo tierra donde el sol no llegaba.

Oyó los gritos de los niños. Eran gritos agudos, pero de alegría y risa. Los niños jugaban en el patio interior bajo las lámparas solares artificiales.

Junta ya estaba en el consultorio médico que se utilizaba como sala de reuniones, vestía una camiseta amarilla y esperaba a Koshimo.

Tenía nueve años, ciento treinta y un centímetros y veintiséis kilogramos. Cuando Yasuzu lo llevó al refugio, solo pesaba veintidós kilogramos, unos seis menos que el promedio de nueve años. Mientras vivía con su madre, normalmente solo tenía una comida al día. Eso no cambió después de que ella murió y uno de sus amigos lo acogió. Junta todavía no tenía una identidad legal, no iba a la escuela y, por lo tanto, no recibía almuerzos regulares.

Junta era el tipo de niño que nunca cambiaba de expresión. Ni siquiera lloró cuando le dieron una inyección. Pero cuando Xia hizo pasar a Koshimo por la puerta, sus ojos se llenaron de miedo.

A los diecinueve años, Koshimo medía doscientos ocho centímetros y pesaba más de ciento treinta kilogramos. El Loco calculó su porcentaje de grasa corporal en solo 8.8 por ciento, lo que lo convierte en una masa sólida de músculo. Su cabello negro le llegaba hasta la clavícula, y desde las mangas de su camisa negra hasta sus muñecas, sus gruesos brazos estaban cubiertos con tatuajes de símbolos aztecas.

Se colocó un soporte de acrílico transparente antigotas en el centro del escritorio del consultorio médico. Koshimo se sentó en la silla, oliendo un vago olor a químicos, y miró a Junta a través del tablero transparente.

Xia consideró si debería estar presente o no, luego decidió hacer lo planeado y salió de la habitación para mirar en el monitor de la puerta de al lado. Junta no le diría nada; eso ya lo sabía. Tampoco pensó que el plan de Suenaga de probar las cosas de esta manera tendría mejores resultados.

Incluso yo me sentiría intimidado sentado frente a un hombre como él, pensó Xia. ¿Se abriría un simple niño a alguien tan aterrador...?

Entre sus días de policía y el tiempo en un *heishehui*, Xia había visto muchos criminales en su tiempo. Sin embargo, nunca había visto a nadie cuya presencia física tuviera tanta fuerza como El Patíbulo, de diecinueve años.

Junta no dijo una palabra, y Koshimo tampoco.

Pasaron quince minutos sin que ninguno de los dos abriera la boca. La conversación estaba prohibida entre ellos. Casi parecían estar esperando a que alguien llegara a buscarlos.

Koshimo miró hacia la cámara de seguridad en el techo.

En la cubierta esférica sobre la lente, vio los pequeños reflejos del niño y de sí mismo. Los miró fijamente durante treinta segundos. Luego miró al niño. Sus ojos estaban vacíos y su rostro parecía una máscara de madera. Ninguna expresión coloreaba sus facciones. ¿Fue este realmente un sacrificio elegido para la gloria de Toxcatl? A Koshimo le pareció extraño. El chico no vestía ropa decorada con jade. Su cabello no estaba crecido. No tenía tapones para los oídos de obsidiana ni flautas.

¿El niño realmente llevaba una vida de lujo aquí?

Esta no es en absoluto la vida de un sacrificio que describió el Padre.

"Sé tu nombre." Koshimo fue el primero en romper el silencio. Xia le había dicho qué era. "Eres Junta, ¿verdad?"

Junta no respondió. El silencio volvió a llenar la cámara.

Xia suspiró en la sala de monitoreo de al lado y miró el reloj por costumbre. Le recordó cuando su padre solía jugar largas, largas partidas de Go.

Koshimo bostezó, abrió el cuaderno en blanco que Xia le había dado y comenzó a dibujar. Valmiro le había advertido que no hiciera ningún dibujo y no había olvidado esa orden. Pero no había daño mientras no dejara ningún dibujo en las entradas del diario que estaba escribiendo para el niño. Podría simplemente arrancar esta página.

Koshimo primero pensó en dibujar a la madre del dios de la guerra, la bestial Coatlicue, o el monstruo terrestre Tlaltecuhli. Sin embargo, estaba mal invocar dioses aterradores simplemente por diversión. En cambio, Koshimo dibujó los símbolos de los días. Hoy era el día de los Seis Conejos en la Semana de la Casa, así que dibujó una casa y un conejo, y marcó al lado del conejo. Arrancó esa página y se la entregó a Junta por encima de la pizarra acrílica. Cuando Junta no extendió la mano para tomarlo, se estiró más y lo dejó caer frente al niño.

"¿Puedes decir qué es esta imagen?" preguntó Koshimo.

Junta no reaccionó al principio. Finalmente, recogió la hoja de papel y se quedó mirando los extraños símbolos.

“Un conejo”, dijo Junta.

"Así es."

"Y éste..."

Eso es una casa. Tiene techo. Tengo lo mismo en mi brazo”.

Koshimo señaló dos símbolos tatuados en su antebrazo izquierdo. Cali y Tochtli.

Junta miró los tatuajes, luego a Koshimo. Dio la vuelta al trozo de papel y luego lo volvió a colocar en posición vertical. Luego miró a Koshimo de nuevo. Dijo algo en voz baja. Koshimo tenía un buen oído, pero no logró distinguirlo.

Se inclinó hacia adelante, pegando la oreja a la pizarra transparente entre ellos. Junta abrió la boca y repitió las palabras.

"¿Viniste a matarme?"

Esta vez, fue inconfundible. Koshimo miró al chico con sorpresa. ¿Él ya sabía de Toxcatl?

Eso no podría ser cierto. Solo el *tamacazqui* que preparaba la fiesta podía contar el sacrificio de Toxcatl. Y *el padre* había dicho que el cura aún no había visitado al niño.

Koshimo no pudo evitar preguntarle a Junta: "¿Por qué piensas eso?"

No hubo respuesta. Otro silencio se apoderó de la pareja. Koshimo podía escuchar el aire acondicionado y olía un ligero olor a químicos. Junta se quedó mirando el dibujo, y Koshimo se quedó sentado allí.

Después de que pasó más tiempo, Koshimo se puso de pie sin previo aviso, sorprendiendo a Junta.

“Solo dime una cosa,” dijo Koshimo. "¿A qué hora te bañaste ayer?"

Cuando Koshimo salió de la sala médica, lo llevaron a la oficina a través del estricto sistema de seguridad. Xia se aseguró de que ninguno de los otros niños se encontrara con el gigante.

Allí le dieron un cuaderno nuevo y escribió el diario de Junta para él. En la entrada de hace dos días, el 3 de agosto, hizo lo que le indicó Suenaga y anotó un mensaje.

¡Escribe algo divertido que haya sucedido hoy!

[Nombre  Junta]

Sí, hoy me bañé a las seis.

50

ömpöhualli-huan-mahtlactli

Era la expectativa ingenua de los adultos que si Koshimo se encontraba con el niño una o dos veces en el refugio, llegaría a imaginar otras entradas del diario por su cuenta.

Si Koshimo no hubiera conocido a Junta, no habría podido escribir una sola oración en el diario. No podía grabar ni el más mínimo fragmento de texto sin escucharlo directamente del niño. Todo lo que Koshimo podía hacer era escribir por proxy. Después de informarle a Suenaga, Xia fue a buscar a Koshimo al taller todas las mañanas.

Koshimo y Junta se sentaron en lados opuestos del escritorio en la oficina médica del refugio. Todavía casi no había conversación entre ellos, pero al menos habían entablado una especie de rutina.

En otro cuaderno separado del diario de Junta, Koshimo dibujó los símbolos del calendario del día, arrancó la página y se la dio a Junta. Era la Calli *trecena*, la Semana de la Casa. El día de las Siete Aguas dibujó los símbolos de Casa y Agua y . El día de Eight-Dog, dibujó la Casa y el Perro y . El día de Nueve-Mono, dibujó la Casa y el Mono y . Finalmente, el día de Ten-Grass, dibujó House and Grass y .

Junta guardó todos los bocetos y los trajo todos cuando se reunió con Koshimo. No había mostrado ningún interés en las consolas de juegos que le dieron Yasuzu y Xia, pero claramente tenía curiosidad por los misteriosos símbolos aztecas que escribió Koshimo. A veces, intentaba copiarlos y dibujar los suyos propios.

El día del Águila Trece, terminó la semana de la Casa y comenzó la semana del Buitre. Koshimo dibujó el Buitre, Cozcacuauhtli, más un . En el calendario gregoriano, era el jueves 12 de agosto de 2021.

Hubo un cambio innegable en los ojos de Junta cuando recibió los excéntricos dibujos. El niño había mantenido su corazón cerrado a todos, pero ahora comenzaba a aceptar a El Patíbulo. Esto fue una completa sorpresa para Xia.

Cuando el *sicario* se reunía con el niño de nueve años, siempre hacía una breve pregunta cuando se separaban: ¿A qué hora te bañaste anoche y qué cenaste? Junta siempre daba una respuesta breve, y el sicario salía del consultorio médico para escribir la respuesta en el diario con su horrible letra.

Mientras observaba su rutina cada mañana, Xia comenzó a sentir que estaba asistiendo a una especie de prueba psicológica con un propósito secreto. En realidad, no había otro objetivo que crear un diario creíble. Laba-Laba simplemente eligió a El Patíbulo porque era el más adecuado para el trabajo. Necesitaban páginas de diario para embarcar con el *choclo*, y las estaban consiguiendo.

En el día de los Dos Movimientos en la Semana del Buitre, Koshimo dibujó la imagen como siempre lo hacía, hizo sus breves preguntas y se dio la vuelta para irse. Sin embargo, se detuvo en la puerta esta vez. Volviendo a mirar al niño, dijo: "Junta, escribiste, *Nos van a matar a todos* en tu viejo diario, ¿verdad? ¿Por qué?"

En la otra habitación, las orejas de Xia se aguzaron y miró fijamente el monitor. El micrófono debajo del escritorio había captado la voz de Koshimo. A Junta le habían hecho esa pregunta antes y siempre se había negado a dar una respuesta clara. No importa cuántas veces lo hayan presionado.

"Huele a sangre", admitió Junta.

"¿'Huele a sangre'?" repitió Koshimo. Estaba familiarizado con el olor de la sangre corriendo. Sus fosas nasales se ensancharon, pero el único olor en la oficina era el de químicos débiles.

Junta se quedó mirando al hombre alto que husmeaba por la habitación.

Eventualmente, Koshimo preguntó: "¿También lo hueles de mí?"

Junta asintió.

Koshimo levantó los brazos para inhalar su olor e hizo lo mismo con la tela de su camiseta. Olían como el roble que había estado tallando temprano esa mañana en el taller. Las virutas habían sido eliminadas por el purificador de aire en la entrada del refugio, pero el olor a madera aún estaba allí.

"¿Estás oliendo a madera?" Koshimo le preguntó a Junta.

Junta negó con la cabeza. "Es sangre".

Xia hizo lo que había hecho Koshimo y pellizcó su blusa de cuello alto para olerla. Nunca antes había escuchado a Junta hablar sobre el olor de la sangre. La blusa olía a suavizante de telas. El refugio se limpiaba y esterilizaba con frecuencia y el sistema de ventilación estaba impecable. Ningún olor a sangre flotaba en el aire. El quirófano estaba detrás de varias puertas, fuera del alcance del sistema olfativo humano. Y los niños siempre se mantuvieron alejados de allí.

Esto hizo que Xia quisiera estudiar más sobre la intuición del niño, pero luego recordó lo que había dicho Suenaga.

"Este no es un centro de investigación de psicología infantil".

El sábado 14 de agosto de 2021 fue el día del Tres Cuchillos en la Semana del Buitre.

Esa mañana, Koshimo se frotó los ojos somnolientos y llegó al taller más temprano que de costumbre. Eran las cuatro. El sol aún no había salido.

Por la luz que entraba por las ventanas, supo que Pablo ya estaba allí. Koshimo abrió la puerta y captó una bocanada de café recién hecho. Eso ayudó a despejar un poco la niebla sobre su cabeza.

Pablo lo había llamado específicamente a esta hora temprana. El hombre había pasado tres días reparando la canoa que el dueño anterior del taller había dejado atrás, limpiando el barro y repintando la pintura. También había terminado de reforzar las viejas paletas. Pablo siempre había querido darle a Koshimo la oportunidad de viajar en él.

En las primeras horas de la mañana, no tendrían que lidiar con el sol abrasador de agosto. Más importante aún, Koshimo se fue a las ocho en estos días, por lo que tendrían que terminar su viaje al río para entonces. Koshimo no le había dicho nada a Pablo sobre a dónde iba todas las mañanas, pero era fácil para él adivinar en base a quién recogió al joven. Aunque la razón era un misterio, Koshimo claramente se dirigía a ese refugio en Ota. A las profundidades del infierno.

Koshimo llegó a tiempo, por lo que Pablo le puso un chaleco salvavidas. El tamaño no coincidía en absoluto, por supuesto. Salieron de la tienda, cargaron la canoa tándem de cuatrocientos setenta y dos centímetros y treinta y ocho kilogramos y la colocaron boca abajo en la boca del Citroën Berlingo. Después de atarlo con cuerdas, arrojaron los dos remos en la parte trasera y cerraron la puerta.

La canoa se sentó en el Tama antes del amanecer, deslizándose en silencio río abajo. Aunque Koshimo era el hombre mucho más grande, Pablo tenía más experiencia, por lo que se sentó en el asiento trasero y remó la mayor parte del tiempo.

Los ojos de Koshimo brillaron en la oscuridad ante la maravilla de su primer viaje en canoa. Era como si estuviera volando en sus sueños. Cuando necesitaban afinar su rumbo, Pablo golpeaba ambos lados del bote desde atrás, indicando la dirección a remar. El diminuto y sutil sonido de los remos rompiendo el agua era hermoso.

Cogieron una suave corriente una vez que estuvieron en medio del ancho río. Casi no había necesidad de remar; la corriente los llevó consigo. El cielo hacia el este se iluminaba constantemente, la temperatura aumentaba a medida que se acercaba el amanecer y la niebla comenzaba a formarse sobre la superficie del agua.

Era un mundo completamente diferente del río Tama visto desde tierra.

Koshimo imaginó la enorme capital azteca construida sobre el lago Texcoco, Tenochtitlan. Canales que iban y venían, gente que los recorría en canoa, como ahora, transportando mercancías, moviéndose de pueblo en pueblo y, a veces, yendo a la guerra.

El puente Maruko sobre el río se acercó, hasta que la canoa pasó por debajo. Las sombras de las vigas y los pilares del puente parecían *teocallis amenazantes*.

Todo estaba en silencio a su alrededor, roto solo por el chapoteo ocasional del agua. Finalmente, se encontraron con un pequeño remolino, en el centro del cual una percha muerta de veinte centímetros giraba lentamente. Su estómago había sido abierto a mordiscos, y pequeños huesos eran visibles a través de la carne blanda.

Pablo se quedó mirando el pez muerto, que giraba en su lugar como una especie de poste indicador. Le dijo a su compañero de remo: "Oye, Koshimo. Vas a ese refugio todas las mañanas, ¿verdad? Allá en Tokio..."

Koshimo no respondió. Las vistas del refugio eran las vistas del *teocalli*, secretos que pertenecían sólo a la *familia*. Y por alguna razón, los hombres en el patio de autos, que llamaban a Pablo "La Cerámica", afirmaron que él no era parte de la *familia*.

Padre había dicho algo similar.

"Escúchame, El Chavo. Es solo un artesano. Un muy buen artesano, pero no puede ser nuestro familiar."

No te preocupes por eso. No tienes que responder”, le dijo Pablo a Koshimo, cuando estaba claro que el joven no lo haría. “Por cierto, ¿sabes lo que hacen en ese refugio?”

Koshimo tampoco respondió a eso. Podría haberlo hecho, por supuesto. Era Toxcatl. El lugar donde se ofrecían sacrificios humanos a los dioses.

Pablo sacó dos vasos llenos de café y le dio uno a Koshimo. “Simplemente acércate hacia atrás, no te des la vuelta. Si giras, volcarás la canoa”.

Bebieron café caliente mientras la corriente los transportaba hacia el este a través de la fría niebla.

El resplandor que llenaba gradualmente el cielo parecía la luz del juicio, que venía a exponer sus pecados.

Este agradable viaje no es más que una ilusión, pensó Pablo. El barco en el que estamos nos está llevando hacia un pecado terrible, empujándonos en un curso hacia el infierno.

—Estoy seguro —murmuró Pablo, hablando sobre todo para sí mismo— de que ya sabes todo lo que guardo en secreto.

No creía haberse tomado la molestia de reparar la canoa e invitar a Koshimo solo para discutir esto. Sin embargo, el hombre también sintió que se habían subido al bote explícitamente para esta conversación. No, *ellos no, él*. Pablo no tuvo el coraje de abordar esto en el taller.

Cuánto deseaba huir, desviar la mirada. Koshimo había ayudado a los hombres en el patio de autos en el asesinato y fue testigo de la espeluznante ejecución del lamentable El Taladro. Quizás no había nada más que Pablo pudiera decir en este momento. Tampoco tenía derecho a decir nada.

Aun así, Pablo se sintió obligado a intentarlo.

Ahora que Koshimo se va a ese refugio, a las profundidades del infierno, necesito decirle algo muy importante. De lo contrario, Koshimo, mi primer aprendiz de cuchillero, pasará el resto de su vida como un monstruo. Bañado en sangre y oscuridad.

“Oye, Koshimo,” comenzó, cerrando la tapa del vaso. El cadáver de pescado viajó en la distancia a la misma velocidad que el río. Debería haberte dicho lo que es C-bone. Yo sé eso. Pero estaba asustado. Yo era un cobarde y un hipócrita. No quería que supieras que ganaba dinero vendiendo productos hechos con los huesos de los niños del albergue. No tenía sentido que me preocupara por eso. Y mientras mantuve ese secreto, te moviste constantemente en una dirección cada vez peor. Te encontraron y te agregaron a su *familia*. Aún así, no podría decírtelo. Mantuve mi silencio. Koshimo, C-bone es un fémur extraído de un niño muerto. Hay gente en este mundo que cree que las cosas hechas con huesos de niños tienen un poder mágico. Los coleccionistas los quieren porque son una rareza. Un cuchillo personalizado hecho con un mango de hueso C cuesta más de diez veces más que uno hecho con hueso jigged o ciervo sambar. Ese es el negocio en el que estoy. Es inhumano. es horrible Pero El Cocinero, tu *padre*, es...”

“*Está involucrado en un pecado mucho mayor*”. Pablo decidió guardarse esa parte para sí mismo. Eso no era lo que quería decirle a Koshimo.

“Escúchame”, dijo Pablo. “Hace mucho tiempo, había un hombre llamado Jesús”.

“Odio el cristianismo”, respondió Koshimo, mirando hacia adelante. “Destruyeron el país *indígena*. Quemaron los templos y mataron a todos. Son malos.

“Estoy de acuerdo”, respondió Pablo. “Eran tan malvados que deberían haber ido directamente al infierno. Mi papá nació en Perú, donde solía haber un gran país nativo llamado el Imperio Inca. Los conquistadores españoles también los destruyeron. Como los aztecas.

"Inca..."

“Pero Koshimo, el hombre llamado Jesús, nunca le dijo a nadie que destruyera los países indígenas para su propio beneficio. No hay una sola línea en el Nuevo Testamento que le diga a la gente que robe oro, esclavice a otros y plante la bandera de España en el suelo. Dice algo más, y quiero contarles sobre eso. Si deseas seguir siendo mi aprendiz, guarda estas palabras en algún lugar de tu corazón. No tienes que hacer nada más, solo aferrarte a las palabras”.

Mirando la ancha espalda de Koshimo, Pablo recitó las palabras de la página de la Biblia marcadas por el billete de doscientos nuevos soles de su difunto padre: Mateo 9:13.

Pero ve y aprende lo que esto significa: "Misericordia quiero, no sacrificio".

Con los ojos rojos e hinchados, Pablo sollozaba, la mucosidad le salía por la nariz, mientras repetía las palabras una y otra vez. Se aferró al remo como a un bastón, arrastrándolo por la superficie del agua aún oscura.

Con el sonido del sollozo de Pablo en sus oídos, Koshimo lentamente, con cuidado, para no volcar la canoa, se dio la vuelta.

51

ömpöhualli-huan-mahtlactli-huan-cë

¿De dónde viene la traición? ¿Enemigos o aliados? De los aliados, por supuesto. De lo contrario, no lo llamarías traición.

Valmiro bebió mezcal en la habitación a oscuras, el humo *de copalli* llenando sus fosas nasales, mientras consideraba su situación.

¿Quién fue el traidor? ¿No eran parte de la *familia*? Sí. Eran *familiares*. Por eso traicionaron.

Valmiro primero detectó que algo andaba mal por el contrabando de calaveras, que se hacía en paralelo con el negocio *del choclo*.

Después de extraer el corazón de un niño, el cráneo se enviaba al taller de Pablo, donde le daría un acabado artístico y lo enviaría al mundo. Ya habían vendido el de Tham Hoa, aunque no era de tamaño infantil. Anteriormente vendían calaveras sin decorar a un grupo religioso en el sur de Asia, pero ahora el margen de las calaveras hechas a mano para los compradores individuales era mucho mayor.

La idea de cubrir las calaveras con un mosaico de obsidiana y turquesa surgió de una representación ornamental de Tezcatlipoca que había sido arrebatada a los aztecas por los europeos, y que hasta el día de hoy aún reside en el Museo Británico de Londres. Era un cráneo real, por supuesto. El exterior estaba revestido de lignito y turquesa, mientras que el interior estaba forrado con un tejido de fibra de maguey y piel de venado, adherido con resina de pino. Se colocaron piezas de pirita pulida en las cuencas de los ojos, donde brillaban como ojos, y la cavidad nasal se revistió con una concha de ostra roja, recordando la sangre roja vívida que corría por el cráneo en vida.

Aunque no eran lo mismo que la máscara ornamental del Museo Británico, las piezas de arte de calaveras modernas producidas en el taller de Kawasaki fueron extremadamente populares, hasta el punto de que un rico industrial de Shanghái pasó de coleccionar marfil ilegal a calaveras. También disfrutó de los cuchillos personalizados con mangos de hueso C, creyendo que traían buena suerte. El hombre era el tipo de persona que exhibía con orgullo sus cuchillos C-bone en su oficina, junto con colmillos de tigre siberiano, cuya venta era tan ilegal como los colmillos de elefante. Era de los que deseaban las calaveras a toda costa. Ninguna etiqueta de precio podría impedir que ese tipo de persona obtuviera lo que quería.

Valmiro estaba tan ocupado con otro trabajo que dejó que Suenaga vendiera las calaveras en la dark web. Todo lo que Valmiro controlaba era la calidad de la decoración terminada y, en ocasiones, supervisaba los registros de entrega. No se enfocó tanto en los documentos como lo hizo cuando limpiaba clientes potenciales *de choclo*, porque no necesitaba hacerlo. Sin embargo, no pudo evitar notar que el mismo cliente había comprado calaveras varias veces en los últimos tres meses. No hubo ningún problema absoluto con que un cliente satisfecho volviera a comprar más. Algunos entusiastas compraban cuchillos C-bone prácticamente todos los meses.

Aún así, algo estaba mal. Valmiro tenía un atisbo de error que no podía quitarse de encima. Si no hubiera sido un narco que traficaba cocaína en México durante tantos años, se lo habría perdido. Valmiro dejó de lado la tarea de verificar las especificaciones del submarino de fabricación rusa enviado por Guntur Islami y se concentró en la sensación inquietante. Los cráneos valían más que el hueso C. Había una lista de espera para ellos. En el transcurso de tres meses, los cráneos fueron esencialmente monopolizados. En otras palabras, a alguien se le estaba ofreciendo acceso preferencial al producto.

Lo primero que hizo Valmiro fue llamar a Nomura a la oficina.

“Laba-Laba ha estado vendiendo cráneos al mismo cliente por un tiempo. El Loco, ¿sabes algo de esto?”

“No,” respondió Nomura, perturbado. “No estaba al tanto”.

Valmiro miró con frialdad al ex anesthesiólogo. Pensó en lo que su hermano Bernardo solía decir todo el tiempo.

“Las mentiras vuelan antes que las balas. Si no puede verlos primero, terminará lleno de plomo en poco tiempo”.

Nomura no estaba mintiendo.

Valmiro finalmente dejó que su mirada penetrante se alejara, para alivio de Nomura. Luego, el jefe le ordenó que contratara a un pirata informático para encontrar el historial de comunicaciones de Laba-Laba.

Dos hermanos en Adelaide, Australia, estaban comprando cráneos de Suenaga en sucesión: Darren McBride y Brendan McBride. No tenían antecedentes penales, trabajaban como productores de cine, eran dueños de su oficina en conjunto y el más joven de los dos estaba casado. No pagaron un precio especialmente alto por los productos, por lo que era un misterio para Valmiro por qué Suenaga priorizaría venderles las calaveras a ellos sobre otros.

Los mensajes y archivos que intercambiaron Suenaga y los hermanos McBride estaban encriptados con PGP, por lo que el hacker de Nomura no podía entrometerse en ellos. Sin embargo, dada la naturaleza del producto, tenía sentido que toda la correspondencia fuera encriptada de todos modos.

A medida que avanzaba la investigación, el hacker descubrió que, además del dinero por el producto, los hermanos McBride también enviaban pagos electrónicos separados a Suenaga. Totalizó hasta más de diez millones de yenes en transferencias individuales.

Ni Valmiro ni Nomura sabían para qué era ese dinero.

Fue un gran mérito del hacker descubrir el sitio de pornografía infantil que dirigían los hermanos McBride.

Juntos, los hermanos usaron el identificador "bolzob" para ejecutar un sitio exclusivo para miembros llamado Blood Shot Eyes Wide(Ojos inyectados en sangre de par en par), generalmente abreviado como BSEW.

La comunidad de comercio de pornografía infantil en la web oscura era mundial, se realizaba en absoluto anonimato y constantemente se escapaba de los dedos de las autoridades que intentaban detenerla. En ese sentido, era similar al comercio de drogas en línea, pero se trataba de cantidades de dinero mucho menores. A diferencia de las drogas, los videos y las imágenes de pornografía infantil se pueden replicar con un solo clic. Algunos datos se intercambiaban como cromos malditos, pero en el caso de información tan peligrosa que no podía permitirse el intercambio, había que localizar el original.

Un subconjunto pequeño pero particular de esta comunidad, en busca de una utopía que le concediera sus deseos más peligrosos, finalmente encontró su camino hacia BSEW.

El atractivo del sitio era que cargaba periódicamente una cantidad notable de originales nuevos. Los miembros del sitio de bolz_ob esperaban ansiosamente cada nueva gota, manteniendo su hambre secreta y grotesca oculta al resto de la sociedad.

Necropedofilia.

BSEW fue un lugar que los McBrides crearon para ser una tierra de paraíso para otros como ellos, que combinaron los gustos de la pedofilia y la necrofilia en uno solo.

Para las personas que solo podían encontrar estimulación sexual en los cadáveres de niños reales, los operadores del sitio bien podrían haber sido dioses. En BSEW, se podía ver a un niño desnudo después de una autopsia, junto con el cráneo de ese mismo niño, que había sido decorado y convertido en un trofeo de arte. Y podías mirar esas fotos todo lo que quisieras, sin cometer el crimen tú mismo.

Al examinar el sitio web, Valmiro reconoció imágenes del trabajo del cráneo de Pablo y la sala de cirugía en el refugio debajo de Saiganji. Los rostros y cuerpos de los niños cuyos corazones habían sido extraídos para trasplantes estaban claros como el agua.

Los hermanos McBride habían comprado los cuadros a Suenaga.

Cada imagen de un cadáver tomada de las imágenes de la cámara de seguridad en la sala de cirugía se combinó con su cráneo decorado.

La traición de Suenaga no se quedó en filtrar imágenes. Envío el dinero que los hermanos McBride le pagaron directamente a la ciudad de Ho Chi Minh, a un hombre llamado Minh Nguyen.

Valmiro recordó el nombre de Minh Nguyen. Cuando secuestraron y torturaron a Nakaaki Morimoto, el segundo al mando de los Zebubs, dejó caer ese nombre en un intento de apaciguar a sus torturadores. Minh Nguyen era un comerciante de la ciudad de Ho Chi Minh que abastecía a los Zebubs con su hielo de alta calidad. Estaba reuniendo capital con la esperanza de construir su propio laboratorio para la producción.

Ese era a quien Suenaga le enviaba su dinero. No solo estaba comprando *hielo* ; estaba invirtiendo en ello. Usó el dinero que obtuvo de los hermanos McBride para convertirse en patrocinador de un nuevo narco en Vietnam.

Valmiro no necesitaba llamar al hombre para escuchar sus excusas. El flujo de dinero ya le dijo todo.

Qué desgracia, Laba-Laba.

Completada su investigación, Valmiro cortó la punta de un cigarro con su cuchillo y le puso una cerilla. Miró hacia el techo oscuro, el humo salía de su boca y llamó a Jingliang Hao en Yakarta.

“Envíame un cirujano que pueda hacer trasplantes de corazón”, le dijo. “Ya no puedo usar a este médico”.

El *Dunia Biru* ya había vuelto a cruzar el mar rumbo a Kawasaki, y se acercaba la fecha de embarque de un nuevo *choclo*. Valmiro tenía que mantener viva a Suenaga hasta entonces, al menos.

Laba-Laba. La araña. El hombre no podía pasar desapercibido. *Tiene la confianza de Mictlantecuhtli, señor del inframundo, pensó Valmiro. Es cruel y despiadado, y fácilmente podría atacar donde somos más débiles y luego huir.*

Si hubo un momento en que Valmiro pudo garantizar la muerte del hombre, fue la noche en que embarcaron el *choclo*. Los cuatro *sicarios* harían el trabajo en el refugio. Estaban allí para escoltar el vehículo de transporte hasta la terminal de contenedores en el puerto, por lo que no había nada inusual o sospechoso en su espera en el origen del envío. Una vez que Suenaga terminara la extracción, sería el próximo en morir, luego de lo cual entregarían el *choclo* al crucero a tiempo. El problema pendiente sería encontrar otro médico para el refugio antes de que el barco volviera a puerto.

Valmiro exhaló humo y llamó a Chatarra.

Cuando recibió la obra de arte más nueva de Koshimo, Junta pareció desilusionarse. “Otro conejo. Conseguí ese antes.

Había imágenes de un buitre y un conejo en la hoja rasgada, junto con el símbolo  para simbolizar "trece". Era la semana de Cozcacuauhtli, el Buitre, y el día era Trece-Conejo, martes 24 de agosto.

El comentario informó a Koshimo que había dibujado la rotación completa de veinte símbolos desde la primera vez que visitó el refugio. Sin embargo, así era como funcionaba el calendario. Pensando en su tiempo en el reformatorio, entendió cómo se sentía Junta. Como no podía salir del refugio, obtener un nuevo boceto era algo que esperaba con ansias todos los días. Parecía que el chico guardaba los papeles con él en todo momento.

Ver a Junta luciendo tan abatido, como si hubiera sacado la mala suerte, hizo que la expresión de Koshimo también se oscureciera. Quería dibujarle al niño otra cosa, pero no podía simplemente inventar un nuevo símbolo que no existía en el calendario.

Koshimo consideró este dilema mientras Junta se enfurruñaba. Fue el comienzo de otro largo período de silencio; algo con lo que Xia se había familiarizado bastante.

Después de veinte minutos, Koshimo cruzó los dedos detrás de la cabeza, se recostó en la silla, apuntó su rostro hacia el techo y cerró los ojos. Se quedó inmóvil.

Junta sacó todos los dibujos que había recibido de Koshimo de su bolsillo, alisó las arrugas con sus pequeños dedos y comenzó a alinearlos sobre la mesa. Parecía un niño adivino, ordenando en silencio los veinte símbolos.

Mientras hacía esto, Koshimo permaneció en silencio, con los ojos cerrados.

Él no está durmiendo, ¿verdad? se preguntó Xia, chasqueando la lengua mientras se quitaba las gafas y se inclinaba más cerca del monitor. Se le permitió permanecer en silencio, pero tomar una siesta en la sala de reuniones era un lujo desenfrenado que no se le permitió. Estaba a punto de llamar a su teléfono cuando sus ojos se abrieron.

“Junta,” dijo Koshimo lentamente. “No dibujaré nada. No encenderé copal. No puedo decirte mi nombre. Pero solo para ti, te contaré un poco sobre el dios que conozco. El dios más fuerte de todos. El dios más fuerte es el espejo más fuerte”.

"...¿Espejo?"

"Sí."

"... ¿Ese es el más fuerte?"

“El dios de la guerra, la diosa con cabeza de serpiente, el dios esquelético de la muerte, es más fuerte que todos ellos. Es muy misterioso.

"¿Qué tipo de espejo es él?"

Redonda, hecha de piedra negra. ¿Alguna vez has tomado café, Junta? Cuando miras el café negro, ves tu cara, ¿verdad? Tu rostro también aparece así en el espejo negro.

Mientras hablaba Koshimo, Junta tomó un lápiz, eligió uno de los símbolos al azar y comenzó a dibujar en el espacio vacío a su alrededor. Dibujó un espejo circular que estaba hecho de piedra negra.

"El espejo no es solo una herramienta ordinaria", explicó Koshimo. "Hace humo. Por eso es especial".

"¿No es fuego? ¿Solo fumar?"

"Fumar. No tiene sentido, ¿verdad? Los espejos no fuman.

Koshimo observó a Junta usar el espacio en blanco del papel, dibujando diligentemente alrededor del símbolo. No era bueno reducir la magnificencia de los dioses a un arte descuidado, pero decidió que, dado que no era él quien dibujaba, estaba bien. *Padre* probablemente lo perdonaría.

Junta dejó el lápiz. En el borde exterior del círculo coloreado, había dibujado líneas borrosas para representar el humo. Ese fue el final. No había nada más que representar basado en la historia de Koshimo.

"Lo sé", dijo Junta. "Lo he visto."

La expresión de Koshimo cambió abruptamente. Le dio a Junta una mirada muy aguda e inquisitiva. "¿Dónde lo viste?"

"En el sol." Junta pasó a explicar el evento celestial que atravesó América del Norte el 21 de agosto de 2017. Había visto un video del evento en un programa de televisión.

¿El sol? pensó Koshimo. ¿Se refiere a Tonatiuh?

Tonatiuh, el Resplandeciente, era el dios sol colocado en el centro del calendario azteca. En medio del anillo del tiempo, colgaba su larga lengua en busca de sangre sacrificial. Pero Tonatiuh no era Tezcatlipoca. No era Yohualli Ehecatl, gobernante de las tinieblas, sino el dios que gobernaba la luz del día.

Koshimo pensó que Junta estaba equivocada, pero la mirada de absoluta confianza en los ojos del chico lo hizo vacilar. Junta no parecía estar mintiendo.

“Muéstrame ese dibujo”. Koshimo abruptamente salió disparado hacia adelante. Para Xia, que miraba a través del monitor, fue como si un depredador previamente dócil se abalanzara de repente sobre un niño indefenso. Entró en pánico y tomó su cuchillo táctico, pero cuando no sucedió nada más, exhaló. Los únicos sonidos que salían del micrófono eran los de dos personas conversando.

“El sol se puso negro”, dijo Junta. “La luna lo bloqueó, por lo que estaba totalmente oscuro a la mitad del día. Fue entonces cuando el sol se veía así. Brillaba a su alrededor, como el humo...”

Koshimo apenas podía respirar con el dibujo de Junta en sus manos. Sus ojos se hincharon. No había estado tan sorprendido desde la noche de la ejecución de El Taladro.

Lo que más lo asustó fue que Junta había elegido dibujar en la página que representaba al jaguar. Había dibujado el símbolo justo encima del jaguar de Koshimo.

Estaba aturdido y se sentía mareado. La imagen saltó de la página, dando bandazos directamente al pecho de Koshimo. Su respiración estaba sofocada, como si tuviera un cuchillo clavado en él. Agarró su corazón.

¿Por qué no me di cuenta hasta que Junta me lo dijo? Padre no me dijo. Quizás no se ha dado cuenta. ¿Padre sabe menos? ¿Cómo el sacrificio Toxcatl sabe algo que él no?

El chico con todos los símbolos del día estaba sentado frente a él. Era como un sacerdote *tlamacazqui* de los días aztecas, un representante sagrado de los dioses, llamando a Koshimo a su *teocalli* para enseñarle la verdad.

Koshimo recordó los programas de noticias que todos veían en el centro de detención juvenil. Durante un período de lección escolar, el instructor correccional les mostró una foto a los reclusos. Lo recordaba claramente ahora. Parecía un espejo redondo hecho de obsidiana. Ese fue el espejo humeante. Convirtió el día en noche, venció al dios sol y lo envolvió todo en la oscuridad, incluso el *teocalli* del dios de la guerra.

Koshimo ya no podía decir dónde estaba ni cuándo. No podía oír a Junta ni a Xia.

El redoble de tambores. Flautas que sonaban como gritos. Nativos aterrorizados, orando por sus vidas. Titlacauan, Yohualli Ehecatl, Necoc Yaotl.

Tezcatlipoca. El espejo negro estaba en el cielo.

Un eclipse solar total.

Después de salir del refugio, Koshimo tuvo problemas para volver a su trabajo habitual en la tienda. No estaba en ningún estado de ánimo para cortar una cuchilla con un molinillo o realizar un afilado de precisión. Regresó a su departamento, corrió las cortinas y se acostó en la cama. Sus pies sobresalían más allá del final.

Koshimo cayó en un profundo y largo sueño plagado de sueños. Dentro de su sensibilidad única, el tiempo dormía y los sueños lo observaban.

Los dioses acudían a él allí, viajando de aquí para allá.

Un espejo de obsidiana colgaba en el cielo oscurecido. Se estaba ofreciendo un sacrificio en el suelo debajo. Estaba el *Padre*, estaba *Chatarra*, estaba *El Mamut*, estaba *El Casco también*. El Taladro y Tham Hoa eran momias disecadas, revolcándose en el viento árido.

Nadie miraba al cielo.

Padre, pensó Koshimo. *Ese es nuestro dios. Ese es Tezcatlipoca.*

Pero a pesar de todas sus advertencias, *Padre* no se dio la vuelta. Estaba mirando sólo al sacrificio. De alguna manera, Koshimo estaba ahí con ellos, sujetando el cuerpo. La víctima fue Junta. Estaba mirando al cielo.

"Detente," dijo Koshimo, su voz débil. "Papá *no sabía. el no lo hizo saber sobre el espejo humeante. Y sigue adelante con Toxcatl. Padre, ¿a quién lo está sacrificando?*

Padre levantó el cuchillo de obsidiana.

"¡Detener!" gritó Koshimo. "¡Eres un mentiroso!"

La punta del fragmento de vidrio volcánico se hundió en el pecho de Junta y su cuerpo se sacudió. Sangre roja se derramó de sus ojos, boca, oídos y nariz. Todo su cuerpo se contrajo. Sus costillas se rompieron y el cuchillo le cortó el esternón. La sangre estalló. Los gritos de Junta llenaban el aire, y de su garganta salían los chillidos de El Taladro y Tham Hoa. Alguien susurraba al oído de Koshimo.

"Misericordia deseo, no sacrificio."

“Misericordia deseo, no sacrificio.”

"Ve y aprende lo que esto significa".

Koshimo se despertó con un grito. Se sentó derecho y puso una mano en su pecho. Había un hermoso tatuaje *de teocalli* allí. El tatuador finalmente lo había terminado recientemente. Los escalones de piedra cuidadosamente renderizados de la pirámide, entintados repetidamente con el sombreador, ahora estaban inundados con el sudor de Koshimo. Pero sintió que era sangre. Olía a *sangre*. La habitación estaba oscura y no podía decir cuánto tiempo había estado dormido.

Su teléfono inteligente se iluminó en la oscuridad.

"¿Te acabas de despertar?" dijo Chatarra. "Vamos a matar al doctor pronto, así que prepárate".

"Doc..." repitió Koshimo.

"Laba-Laba".

El plan para matar a Suenaga, miembro de la *familia*, había sido tramado en secreto y mantenido entre Valmiro y Chatarra hasta la noche de su ejecución.

"El estaba loco. Me gustó un poco por eso", comentó Chatarra antes de terminar la llamada.

52

ömpöhualli-huan-mahtlactli-huan-öme

Desde la caída de Los Casasolas, Michitsugu Suenaga había pasado más tiempo con Valmiro Casasola que nadie.

El día que se conocieron por primera vez en el *kaki lima* en Mangga Besar Road en Yakarta, Valmiro era solo el dueño de un carro satay cobra, y Suenaga era simplemente un coordinador de contrabando de órganos de bajo nivel.

Cinco años y dos meses habían pasado desde entonces.

Narco y *médico* : el negocio del *choclo* no se hubiera unido sin los dos. Inventaron una nueva forma de comercio de órganos y se convirtieron en *corazones traficantes*, una nueva forma de capitalismo de sangre. Pero los dos nunca habían compartido realmente el mismo objetivo en ningún momento de su asociación.

Gonzalo García y Raúl Alzamora: el verdadero deseo de Valmiro, escondido detrás de sus muchos alias, era recaudar fondos y fuerza para regresar a México, destruir el Cartel Dogo y recuperar su *plaza*.

Suenaga planeó colocarse en el *Dunia Biru* eventualmente. No quería extraer corazones en el sótano de Saiganji, sino trabajar en las instalaciones de última generación escondidas en el mega cruce, dirigiendo al personal indonesio en trasplantes de corazón. No solo quería ser un médico del mercado negro. Su objetivo era ser el cirujano principal que controlara todo el negocio *del choclo*.

Pero eso significaría vivir en el barco, y una vez que dejara atrás la tierra, sabía que El Cocinero reescribiría el sistema en Tokio y Kawasaki para adaptarlo a sus propias necesidades. Eso fue un problema.

El negocio *del choclo* estaba en marcha y el tiempo de El Cocinero como parte crucial había llegado a su fin.

El autoproclamado peruano con una obsesión religiosa por los corazones siempre había sido una presencia ajena. Un negocio ubicado en Japón necesitaba lógica y racionalidad acorde con la forma moderna de capitalismo de sangre, no armas exageradas, una banda de asesinos de culto y un concepto de familia criminal latinoamericana. Cada vez que Suenaga escuchaba a *los sicarios mascotas del hombre* cantar "*Somos familia*", se sentía un poco enfermo del estómago.

Sin embargo, la principal razón por la que Suenaga renunció a El Cocinero fue su trato a los cebúes. Para demostrar su fuerza a los Senga-gumi, El Cocinero soltó sus *sicarios* sobre el líder de los Zebubs, Tham Hoa. Este fue un error de cálculo obvio. Los Zebubs, de hecho, fueron la coalición más inteligente en lo que respecta a la forma moderna de capitalismo de sangre. Una alianza con ellos era mejor que destruirlos. Los Zebubs eran un grupo mucho más racional que los gamberros sedientos de sangre del patio de autos y más aptos para el negocio *del choclo*.

A El Cocinero no le importaba tanto expandir el negocio como formar una fuerza paramilitar. Gastó enormes sumas de dinero en efectivo en armas y municiones y estaba considerando comprar un submarino y misiles rusos. El hombre estaba claramente loco.

Dejar a alguien así en tierra mientras Suenaga partía para ser médico cardiovascular en el *Dunia Biru* terminaría de manera predecible. El Cocinero se haría cargo del negocio.

Suenaga contrató en secreto a un hacker japonés de dieciséis años y a uno vietnamita de diecisiete años, ambos subordinados del difunto Tham Hoa. Suenaga convenció a los dos muchachos, que estaban aterrorizados de ser ejecutados, de entrometerse en los planes de El Cocinero, y ahora tenía una idea muy precisa de lo que le iba a pasar.

Los dos piratas informáticos regresaron con un informe sombrío:

El Cocinero va a mandar a sus sicarios a tu refugio, y justo después terminaste la extracción del corazón, te van a matar en el quirófano, donde no hay escapatoria.

Era justo como había esperado. El extraño que necesitaba ser eliminado lo eliminaría primero. Suenaga sabía que clamar a Xin Nan Long y Guntur Islami por ayuda no le otorgaría una ayuda inmediata. En todo caso, las dos organizaciones consideraron a El Cocinero más acorde con su pensamiento, y preferirían utilizarlo antes que a Suenaga.

El médico tendría que trascender ambos grupos. No podía quedarse sentado con el pulgar en el culo, esperando que lo golpearan. Si El Cocinero pretendía enviar a sus *sicarios* a hacer el trabajo, Suenaga tendría que aprovechar para saberlo. En cierto sentido, era la oportunidad perfecta para darle al negocio una recalibración muy necesaria.

Una vez que había eliminado todos los elementos impuros, extraía el corazón del siguiente niño y luego hacía que uno de los empleados lo llevara al puerto de Kawasaki. Nextli fue suficiente para la protección personal.

Para cuando Suenaga realizara la extracción, su compañero de cirugía, Nomura, ya estaría muerto. Tendría que completar el procedimiento él solo. El sentido común decía que la extracción por un solo hombre era prohibitivamente difícil. Y tal vez eso era cierto, para un hombre común.

Suenaga pensó en el desafío sin precedentes al que se enfrentaba y esbozó una sonrisa.

De eso se trata ser un cirujano cardiovascular.

Pasadas las nueve de la noche del jueves 26 de agosto, pasos llenaron el pasillo del albergue mientras los niños dormitaban en sus habitaciones.

Todos los hombres llevaban bolsas de carritos de golf que contenían barracudas: escopetas Remington M870 con silenciadores Salvo 12. El de Chatarra era el único que tenía una bala de calibre doce para la caza de venados, en lugar de perdigones. Eso fue para reducir el daño innecesario a la sala de cirugía, ya que los gránulos se esparcieron mucho. Los otros tres tenían el habitual dólar doble en sus caparazones.

Además de las barracudas, habían traído armas de mano. Chatarra tenía una Walther Q4 como la de Valmiro, El Mamut una Glock 17 y El Casco una MP-443 rusa. Koshimo no tenía pistola; metió su *macuahuitl azteca de tres pies* en la bolsa de caddy con su barracuda.

Valmiro les había dado instrucciones de ir completamente armados. Se suponía que debían estar protegiendo al *choclo* y tenían que estar preparados para cualquier problema. Suenaga sospecharía si aparecieran con las manos vacías.

La pared gris se abrió cuando las puertas automáticas se abrieron, revelando un quirófano brillantemente iluminado lo suficientemente espacioso como para encajar perfectamente en cualquier hospital universitario. Suenaga se quedó allí con una máscara quirúrgica, esperando a los cuatro hombres con sus bolsas de caddie. Llevaba una gorra azul y una bata quirúrgica.

“Espero con ansias esto”, comentó Chatarra. “Siempre quise ver a un profesional hacer una extracción de corazón”.

“Ya hablé de esto con El Cocinero”, dijo alegremente Suenaga mientras los hombres entraban al quirófano por primera vez. “Le dije que solo querías ver sangre”.

Los cuatro observadores usaron máscaras quirúrgicas, anudadas, no con orejeras. Se cubrieron la nariz y la boca y anudaron las cuerdas detrás de la cabeza y el cuello.

Chatarra siguió el juego y se mostró emocionado, pero lanzó una mirada rápida a El Loco, que ya estaba en la habitación. El otro médico estaba al tanto de lo que iba a pasar, pero ignoró a Chatarra y tranquilamente colocó las herramientas de extracción en el carrito.

El Mamut y El Casco intercambiaban palabras con Suenaga con mucha naturalidad, pero Koshimo guardaba silencio.

La puerta automática detrás de ellos estaba bien cerrada. Casi no hizo ningún sonido. Una vez que se cerró, el sensor personal en el exterior se apagó, evitando que reaccionara ante cualquier presencia humana en el área del sensor. En un hospital real, un letrero rojo sobre la puerta que declara O PERACIÓN EN CURSO se iluminaría en este punto.

Toxcatl, articuló Koshimo. *el sacrificio de Dios.*

Se sentía a la deriva en un sueño. La desagradable sensación de esa larga visión aún se arrastraba por su cuerpo como diminutos lagartos.

El sueño en el que había gritado: “¡Padre, eres un mentiroso!”

Ese sueño me está observando cuidadosamente ahora.

Encima de la mesa de operaciones había un niño que usaba un respirador sueco recargable. Le estaban dando un anestésico.

Koshimo estudió el perfil del chico bajo las lámparas quirúrgicas.

"Junta."

Susurró el nombre del chico. Junta ya estaba dormida; un descanso como la muerte. Koshimo sintió una picazón en las sienes que rápidamente empeoró hasta que lo asaltó un dolor de cabeza más fuerte que cualquier cosa que hubiera sentido antes. Era como si le perforaran un agujero en el cráneo. Se sintió mareado, le zumbaron los oídos, la bilis le subió a la garganta, el corazón le latía con fuerza, se le cortó la respiración y se le oscureció la vista. Koshimo tropezó de lado contra la pared. Fue entonces cuando vio a los otros miembros de la <Familia> tirados en el suelo de la sala de cirugía completamente blanca también. ¿Que estaba pasando? Chatarra había caído, El Mamut también, y El Casco se convulsionaba. El Loco se derrumbó contra la pared, se agarró la garganta y pateó la bandeja. Los instrumentos de acero inoxidable y las jeringas llenas de líquido cayeron al suelo.

Sólo Suenaga se puso de pie.

Se había quitado la máscara quirúrgica para revelar que ahora llevaba una máscara gruesa y translúcida. A través de su estupor, Koshimo pensó que habían sido golpeados con gas venenoso. No sabía qué era la "anoxia". Nunca se le habría ocurrido que Suenaga había despresurizado rápidamente el quirófano sellado y bajado la tensión de oxígeno.

Suenaga respiraba a través de una máscara de oxígeno conectada a un pequeño bote de gas. Miró tranquilamente a Nomura, que había pasado de la dificultad para respirar a la agonía de la cianosis, y miró el número en el monitor de oxígeno. Con base en la tensión de los gases en sangre, Suenaga estimó que la saturación de oxígeno (SpO2) de los otros hombres había descendido por debajo de la marca de peligro del 90 por ciento hasta el 60 por ciento. Los únicos seguros eran Suenaga y la Junta inconsciente, quien estaba usando el respirador recargable bajo anestesia general.

Si Laba-Laba estaba esparciendo gas venenoso en la habitación, entonces Koshimo necesitaba abrir la puerta. Quería arruinarlo con la barracuda. Con dedos torpes, trató de abrir la cremallera de la bolsa caddy, agarrando débilmente la pequeña manija de metal.

Suenaga notó que El Patíbulo aún se movía y arrebató frenéticamente un afilado bisturí alemán. Cortaría la arteria carótida y se aseguraría de que el gigante estuviera muerto. Pero tan pronto como dio el primer paso, algo agarró su pie izquierdo.

Era Chatarra, que se había arrastrado por el suelo para agarrarle el tobillo. Suenaga volvió a mirar el monitor de oxígeno. La tensión del gas era aún más baja ahora. El Mamut, El Casco y El Loco se habían desmayado y caían de cabeza al abismo de la muerte.

Suenaga sacudió la cabeza con fastidio. ¿Cómo podía haber *dos* hombres todavía moviéndose en un ambiente con tan poco oxígeno? Eran más resistentes que los animales utilizados para los ensayos clínicos.

Cortó el tendón de la muñeca derecha de Chatarra con el bisturí, pero tan pronto como su pie izquierdo estuvo libre del agarre del hombre, sintió un dolor ardiente en el derecho. Le habían disparado en la rodilla con una pistola.

Suenaga aulló de dolor y cayó al suelo.

"¡Maldito monstruo!" escupió, rodando en agonía como si fuera él quien se estuviera quedando sin oxígeno. Fue una pesadilla total. ¿Quién podría manejar algo tan lógico y coordinado como golpear un objetivo con un arma cuando su nivel de oxígeno en sangre estaba por debajo del 60 por ciento? Era una imposibilidad médica.

El Walther Q4 de Chatarra disparó de nuevo. No acertó, por lo que la bala perforó la bolsa de drenaje, rociando solución de preservación del corazón por todas partes.

Suenaga, aferrada al cuerpo inmóvil de Nomura, volvió a mirar y apenas podía creer lo que veía. Chatarra estaba de pie. Suenaga dejó escapar un chillido quejumbroso. Chatarra avanzó hacia Suenaga, apuntando con una pistola, pero se desplomó bruscamente hacia adelante, como un boxeador que hubiera recibido un golpe limpio en la barbilla, y cayó encima del cirujano cardíaco. El arma se deslizó, pero la mano abierta del hombre atrapó la garganta de Suenaga. Jadeando, Suenaga recogió una de las jeringas que se habían caído del carro de Nomura y la clavó en el cuello de Chatarra, enviando la solución cardiopléjica que estaba destinada a Junta al torrente sanguíneo del monstruoso hombre.

Mientras Suenaga y Chatarra estaban enfrascados en una batalla mortal, Koshimo logró abrir la bolsa del caddie y sacar la barracuda. Se sentía más pesado que una barra de doscientos kilogramos. Su nivel de oxígeno era aún más bajo. Koshimo puso toda su fuerza en la empuñadura delantera y apretó el gatillo. Una vez era todo lo que podía manejar.

Los perdigones dobles destruyeron la puerta sellada. La diferencia de presión de aire entre los dos lados provocó una explosión, y la puerta se torció como si la hubiera golpeado un automóvil, enviando ráfagas de aire fresco.

A través de los ojos apagados, Koshimo vio una sombra saltar en silencio hasta el borde del carro quirúrgico, tan ágil como un mono. Parecía un niño pero también un adulto. Miraba de cerca a la Junta dormida. Tenía un tocado de plumas verdes brillantes sobre su frente, su rostro estaba pintado de amarillo y negro, una piel de jaguar estaba envuelta alrededor de su cintura, llevaba un escudo cubierto de piel de serpiente y sus sandalias eran tejidas, piel de ciervo pintada de rojo.

Levantó la cabeza y volvió los ojos hacia Koshimo; no eran humanos. Dos luces de obsidiana ardían como llamas oscuras.

El dios miró a Koshimo. Como el pájaro quetzal, inclinaba ágilmente la cabeza de un lado a otro.

Cuando Koshimo abrió los ojos, estaba acostado boca arriba, mirando hacia el techo de la sala de cirugía. De repente cayó en un violento ataque de tos, luego respiró tan desesperadamente como alguien que llega a la orilla justo antes de ahogarse. Su cabeza y extremidades se sentían como si alguien estuviera parado sobre ellas.

Muy lentamente, Koshimo logró ponerse de pie y caminar, pero tropezó y tuvo que apoyar las manos en el carro quirúrgico. Extendió la mano para descansarla sobre el pecho de Junta. Un débil latido de corazón latía contra la punta de sus dedos.

Deseaba que alguien en la <Familia> le dijera si estaba bien quitarle el respirador a Junta. Mirando alrededor de la habitación, el único hombre que seguía vivo era el que ya no estaba en la *familia*.

El peso muerto de Chatarra de más de ciento cincuenta kilogramos inmovilizó a Suenaga contra el suelo. Estaba tratando desesperadamente de agarrar el Walther Q4 que se le había escapado de la mano al muerto.

“Si lo saco, ¿dejará de respirar?” preguntó Koshimo, señalando la máscara de oxígeno sobre la cara de Junta.

Suénaga asintió. No hubo respiración autónoma bajo anestesia general. Si se quitaba el respirador recargable ahora, el niño moriría y su corazón no podría enviarse a su destinatario.

Koshimo revisó el tubo de alimentación por goteo y descubrió que la solución estaba vacía. "¿Puedo sacar esto?" preguntó.

Suenaga no respondió. Koshimo le apuntó con la barracuda. Él asintió sin decir una palabra.

Koshimo quitó la cinta que sostenía la jeringa intravenosa en el brazo de Junta y sacó la aguja.

Levantó la bolsa caddy que sostenía la barracuda sobre su hombro izquierdo, luego tomó a Junta y el respirador en su mano derecha. Koshimo empezó a salir de la sala de operaciones, pero se detuvo. Todavía temía al dios. Pero esto no era un *teocalli*, y Toxcatl no se estaba celebrando en este momento. De eso estaba seguro.

Pero si este es un Toxcatl real, eso significa que he robado el sacrificio de Tezcatlipoca.

Debería haber preparado al menos un regalo para sofocar la ira del dios supremo. Koshimo puso a Junta y el respirador en el suelo, abrió su bolsa de caddy y sacó el *macuahuitl*.

Suenaga notó que Koshimo se acercaba, abrió la boca y gritó a la máscara de oxígeno. Se retorció y luchó bajo el cadáver de Chatarra, moviendo la cabeza violentamente de un lado a otro. Koshimo se cernió sobre él.

"Espera", tartamudeó Suenaga. Su amortiguado debido a la máscara. "Si me voy, ¿quién va a sacar el corazón del niño? No podrás ofrecérselo a tu dios. Si eso sucede, tu amado *padre* sufrirá la justa ira, al igual que tú.

Koshimo consideró esto brevemente. "Entonces dime el nombre del dios".

Suenaga no pudo responderle.

Koshimo miró la ancha espalda de Chatarra, inmóvil sobre Suenaga, luego miró a El Loco, El Mamut y El Casco. Podía ver sus rostros. Todos ellos estaban muertos y quietos, con los ojos abiertos.

Koshimo levantó el *macuahuitl*. Suenaga habló en español, un último intento desesperado.

"No lo hagas. Somos familia."

“Ya no somos familia”, respondió Koshimo en japonés.

El rostro de Suenaga se distorsionó de odio.

"Maldito niño".

Esas fueron las últimas palabras que pronunció.

Koshimo estaba exhausto por la terrible experiencia, y se necesitaron cuatro golpes del *macuahuitl* para finalmente cortarle la cabeza a Suenaga.

Xia estaba transportando la hielera para el corazón a la sala de cirugía cuando escuchó que algo se rompía en el pasillo y dejó de hacer lo que estaba haciendo. Estaba amortiguado por las habituales capas de puertas de seguridad, por lo que no podía estar segura, pero definitivamente sonó como una explosión. Dejó la nevera en el suelo y escuchó con cautela.

Cuando no pasó nada, se dirigió con cuidado por el pasillo y de repente se encontró con Koshimo. Llevaba un niño, respirador y todo, y de una mano colgaba la cabeza cortada de Laba-Laba, que llevaba una máscara.

Sin apartar los ojos de Koshimo, Xia alcanzó el cuchillo táctico en su cinturón. También tenía su bastón especial de policía de acero al carbono.

Nextli se interpuso en el camino de Koshimo. A su alrededor, vio un aura negra oscura de asesinato. "Muévete", exigió. Quería salir de este lugar subterráneo.

“No hasta que te expliques. Ese chico...”, dijo Xia, fingiendo iniciar una conversación antes de atacar abruptamente a Koshimo. A un paso de distancia de él, ella cayó de cabeza a su derecha. Xia apuñaló el pie izquierdo del joven con el cuchillo y se lo arrancó mientras caía. El entrenamiento de CQC que había recibido durante su permanencia en la fuerza policial le dijo que primero atacara los pies del hombre más grande. Luego sacó su bastón de acero al carbono en preparación para su próximo movimiento. Sin embargo, algo la golpeó en la cara.

Era la cabeza de Suenaga, que Koshimo había balanceado con toda su fuerza. Un rostro vivo chocó con uno muerto; el impacto fue lo suficientemente fuerte como para fracturar el cráneo de Suenaga. Las gafas de Xia salieron volando y la cuenca del ojo y el pómulo se hicieron añicos. Rodó hacia el otro lado del pasillo como si la hubiera arrojado un coche. Le dio más que una conmoción cerebral; su cuello estaba roto.

Koshimo recogió su cuchillo táctico del suelo. Llevó el cuchillo a su cara antes de que siquiera hubiera revisado su herida, solo para ver la hoja y el mango de cerca. Era tungsteno de Damasco y el mango de color canela tenía un agujero para el pulgar. El cuchillo no vino del taller.

Llevaba a Junta, el respirador, la cabeza de Suenaga y la bolsa caddy con las armas adentro, y todo esto mientras cojeaba sobre un pie lesionado. Koshimo buscaba las escaleras a la superficie, pero no sabía dónde encontrarlas. Caminó por el pasillo, luego de regreso, y había vuelto sobre su camino varias veces cuando escuchó a un niño gritar.

Koshimo se dio la vuelta y vio a Yasuzu Uno.

“Malinal,” dijo Koshimo, con los ojos muy abiertos. “¿Yasuzu...?”

Yasuzu había acompañado a una niña de seis años al baño y salió a una vista horrible e impactante.

Un hombre enorme y espeluznante, que sostenía una cabeza cortada que aún llevaba puesta una máscara de oxígeno. Reconoció el rostro ensangrentado en el espeluznante trofeo. No estaba usando sus lentes, pero definitivamente era el doctor. Más adelante en el pasillo, Xia parecía estar colapsada en el suelo.

Yasuzu miró al gigante. Ella no podía hablar. Era el joven que trabajaba en el taller de Odasakae. En su mente, gritó, *¿Por qué estás aquí? ¿Qué hiciste? ¿Y quién es ese sobre tu...*

¿Junta?

Xia le había asignado a Yasuzu el turno de noche. Cuando la niña se despertó, Yasuzu la acompañó al baño y la devolvió a la cama. El grito del niño devolvió a Yasuzu a sus sentidos. Agarró la mano de la niña y comenzó a correr, pero el largo brazo de Koshimo se estiró y la agarró por el cabello, arrastrándola hacia atrás.

Yasuzu soltó a la niña y empujó su diminuta espalda.

"¡Correr! ¡Vuelve a tu habitación y cierra la puerta!"

Si el joven iba a ir tras la niña, entonces Yasuzu estaba preparado para morir tratando de detenerlo. Estaba alarmada por lo rápido que llegó a esa decisión, pero cuando vio los ojos de Koshimo mirándola, se sintió abrumada por su presencia. Parecía aún más grande que la última vez que lo había visto. Su corazón se debatía entre el deseo de salvar al niño y el miedo que le decía que huyera. Las lágrimas brotaron de sus ojos y su cuerpo se estremeció.

No tenía sentido. ¿Por qué estaba aquí Koshimo, con la cabeza del doctor, y por qué Junta estaba con él? Acababan de aprobar que una pareja australiana de edad avanzada acogiera al niño como hijo adoptivo. Junta había sido despedido anoche. ¿Por qué seguía aquí? No estaba enfermo, pero llevaba puesto lo que parecía un dispositivo de respiración artificial y parecía estar inconsciente. No estaba sumando. Nada de eso encaja. Aún así, Yasuzu tenía que protegerse a sí misma de una forma u otra. Sin embargo, no tenía armas de ningún tipo.

“Quiero salir de aquí,” dijo Koshimo, tratando de mantener la calma, apuntando el cuchillo de Xia a Yasuzu. “Conduce el coche por mí”.

En su mano, el arma parecía tan pequeña como un cuchillo de mantequilla.

Ese día, el auto de alquiler que esperaba en el estacionamiento de Saiganji era un Toyota Alphard blanco, como la primera vez que Yasuzu llevó a Koshimo al taller. El número de matrícula era diferente, pero la coincidencia se sintió como una destilación de su mala fortuna. Yasuzu agarró el volante, se sorbió los mocos, tragó y encendió el motor. Sus ojos estaban rojos.

"¿A donde debería ir?"

La cabeza humana cortada, que pertenecía a alguien que ella conocía, simplemente rodó por el suelo a los pies de Koshimo en el asiento del pasajero. A él no parecía importarle. Sostenía una enorme pistola en su regazo, como nunca había visto Yasuzu. Esto era una locura para ella. Junta estaba descansando en la parte de atrás, dormida, con el respirador puesto.

Koshimo le dijo a dónde ir.

Ahora que ya no creía en Toxcatl, el único destino era el taller. Cuando el auto salió del estacionamiento de Saiganji, Koshimo llamó a Pablo; se había ido a casa a pasar la noche. Koshimo le dijo: “Saqué a uno de los niños del refugio. Creo que *Padre* se enfadará. Voy al taller ahora”.

Valmiro dio una calada a un cigarro en su escritorio en la oficina de Sakuramoto. Mantuvo los ojos en el calendario clavado en la pared. Era el jueves 26 de agosto de 2021 d.C. según el cómputo gregoriano. Era el año de Nueve-Casa, el décimo mes, en la *trecena* del Agua, el día de Dos-Perro.

Ya deberían haber terminado de trabajar con el niño con sangre tipo O, pero Chatarra aún no se había registrado. Tampoco hubo reporte de El Loco.

Valmiro exhaló una gran bocanada de humo, luego tomó su teléfono y verificó la ubicación de Chatarra. Saiganji, Ota, Tokio. Sus coordenadas estaban allí mismo en el mapa. Lo mismo para El Loco. El Mamut y El Casco también estaban en el refugio. Incluso Suenaga estaba allí. Era hora de que se enviara el corazón, pero nadie se había movido de las instalaciones subterráneas.

Excepto por uno.

Las coordenadas de Koshimo lo ubicaron en Kawasaki.

Valmiro se convirtió en estatua en la oscuridad. Ni siquiera respiró.

¿Qué diablos estás haciendo, El Chavo?

Pablo ya estaba esperando a Koshimo en el taller y no perdió tiempo en escucharlo. Cuando vio la cabeza ensangrentada de Suenaga, no acusó a Koshimo de nada, ni intentó llamar a la policía.

Eso fue impactante para Yasuzu. ¿Qué les pasaba a los hombres en este taller? ¿Estaban ambos locos, maníacos homicidas?

"¿Sabías?" Pablo le preguntó a Yasuzu, su rostro severo.

"¿Saber qué?" Ella no tenía idea de lo que él estaba preguntando. Ella era la que tenía todas las preguntas aquí.

"No tenemos tiempo. Sé honesto conmigo", insistió Pablo. "¿Cuánto sabes sobre este acuerdo comercial?"

Era casi imposible para Yasuzu creer las cosas que Pablo le decía. Era una historia de actos criminales en una escala impactante. ¿Realmente diría mentiras como esta para proteger a su aprendiz convertido en asesino? Le pareció que la expresión de Pablo no era más que suplicante desesperación.

Corazones extraídos, un crucero que transportaba a los niños receptores de los ultra ricos, todo estaba más allá de lo imaginable. Y si fuera a aceptar la historia que él le estaba contando, entonces todos los niños que había llevado al refugio, con los que había jugado, ayudado a bañarse, arropado en la cama y enviado a nuevas familias eran...

No era cierto. no puede ser Yasuzu cerró los ojos. Este fabricante de cuchillos era un asesino, al igual que Koshimo, y disfrutaba llenándole la cabeza con falsedades. Miraron la cabeza cortada de un hombre muerto y no pensaron en ello. Por supuesto que mentirían...

Tomando la custodia solo de niños indocumentados, salario excesivo, un auto alquilado diferente cada día, Junta todavía en el refugio cuando supuestamente lo enviaron al extranjero, vistiendo una bata de hospital y puesto bajo —los médicos que vienen al refugio, doctores callejeros— frescos corazones-

Junta todavía dormía sobre la manta que Koshimo había colocado en la mesa de trabajo.

Quítale esa cosa. Por favor," gritó Yasuzu.

Koshimo rápidamente hizo lo que dijo y tomó la cabeza de Suenaga de la mesa, colocándola en el suelo.

Arrugó la cara y le dijo a Pablo: "Si todo esto es cierto, ¿qué pasa si le digo a la policía?".

"¿Vas a llamar a la policía aquí?" respondió.

Yasuzu solo le devolvió la mirada con los ojos enrojecidos e hinchados por el llanto.

"Koshimo", comenzó Pablo. Estaba empezando a entrar en pánico, pero hizo todo lo posible por mantener la calma. "Si tu *padre* se involucrara en un tiroteo con la policía aquí, ¿cuántas personas morirían?"

Koshimo acababa de terminar de limpiar la herida de arma blanca en su pie izquierdo. Puso su mano derecha sobre la mesa de trabajo y comenzó a contar los dedos. En su mente imaginó una barracuda escupiendo fuego y policías cayendo. Empezó con el pulgar y contó hasta el meñique. Luego hizo una pausa por un momento y continuó contando extendiendo los dedos nuevamente, comenzando por el meñique.

Pablo se tapó la cara con las manos y se congeló. No quería más muertes. Finalmente, dejó caer las manos, miró las luces del techo y exhaló. Miró al niño dormido sobre la mesa. Pensó en los ojos de El Cocinero, todos los huesos C y todos los cráneos.

"Por favor. Salva a este chico," suplicó Pablo, caminando hacia Yasuzu. "Llévalo a la comisaría de Kawasaki en tu coche, lo más rápido que puedas. Es solo una milla y media, por lo que solo debería tomar diez minutos. Recógelo, corre a la estación y suplica protección para los dos. ¿Lo tengo? Estación Kawasaki. Ni una de esas cabinas de policía en la esquina.

"Yo también iré," dijo Koshimo.

"Koshimo, si vas con ella..."

Yasuzu pudo ver el dolor en el rostro de Pablo. Ella sabía lo que él quería decir. Era una sensación extraña para ella. Koshimo era claramente un asesino, pero ella no sentía ninguna maldad sórdida en su ser. Quizás eso era lo que lo hacía tan aterrador.

Pablo abrió el mapa sobre su mesa de trabajo. Utilizó un marcador para rodear la estación de Kawasaki, explicando las direcciones a Yasuzu: bajo el puente de la línea Nambu, luego por la calle Kyomachi-dori hasta cruzar Dai-ichi Keihin. "Solo dispara directamente al estacionamiento de la estación", le dijo Pablo. "Tan rápido como puedas. ¿Lo tengo?"

Oyeron un ruido y se dieron la vuelta. Provenía de Junta, que ahora se retorció encima de la estación de trabajo de Koshimo. Tenía los ojos cerrados, pero los globos oculares se contraían bajo sus párpados. En su aturdimiento inconsciente, estaba alcanzando para quitarse la máscara de oxígeno.

Yasuzu corrió hacia el chico, que se despertaba de la anestesia, mientras Pablo caminaba hacia la esquina del taller. Hizo a un lado el banco que sostenía la amoladora de banda que él y Koshimo usaban, examinó las tablas polvorientas del piso, sopló el aserrín, luego levantó las tablas y recuperó un teléfono inteligente y dinero en efectivo del espacio debajo. El efectivo se dividió entre yenes y dólares estadounidenses, cada uno sujeto con un clip para billetes.

Hizo una seña a Koshimo.

"Una vez que los hayas despedido en la estación de policía, debes salir de aquí, Koshimo".

Presionó el teléfono y el dinero en efectivo en las manos de Koshimo, luego escribió un número de teléfono en un trozo de papel.

Era la información de contacto de un marinero de cubierta en un barco de contenedores que se detenía regularmente en el puerto de Kawasaki, una ruta de escape que había preparado en caso de que alguna vez necesitara huir del sucio negocio en el que se había metido. Algún día. Pablo cerró los ojos. *Ese día nunca llegará para mí. Pero eso está bien.*

“Llámalo, luego súbete al portacontenedores con destino a Panamá”, instruyó Pablo, señalando el número en el papel. “Puedes hablar español, así que podrás arreglártelas”.

"¿Qué pasa contigo?"

Pablo miró el rostro de Koshimo y sonrió. Habría abrazado a su único aprendiz, pero no había tiempo. "Ponerse en marcha."

Valmiro redujo la velocidad a catorce metros del taller, apagó las luces y observó. Nadie era visible. Entraba luz por las ventanas.

Cuando el Jeep Wrangler estaba a unos siete metros del taller, Valmiro apagó el motor.

Agarró su barracuda, salió del Jeep y llamó a la puerta del taller antes de alejarse y mirar por la ventana. No vio a nadie moverse. La música estaba sonando. Cuando terminó la canción, una mujer comenzó a hablar. Era la radio.

Valmiro volvió a la puerta y puso la mano en el pomo. Estaba desbloqueado. La abrió y siguió adelante, manteniendo la barracuda en un ángulo de cuarenta y cinco grados.

Pablo estaba en su mesa de trabajo, vestía una camisa de franela a cuadros negra y roja y bebía una taza de café recién hecho. El olor a frijoles era rico y audaz.

Valmiro apuntó la barracuda a Pablo. “Apaga la radio”, ordenó en español.

En cambio, Pablo bajó el volumen. Miró el cañón del arma. El silenciador era grande y en bloque. Aparte de la mira de punto y los accesorios de la linterna, era idéntica a la escopeta que llevaba Koshimo.

“Se acabó, El Cocinero”, dijo Pablo. “Ha llegado el día del juicio final”.

El teléfono inteligente de Koshimo, al que Valmiro había llamado repetidamente, estaba sobre la mesa de trabajo.

"¿Dónde está Koshimo?" preguntó.

“No lo sé”, respondió Pablo.

"¿Qué hizo él?"

“Esa es una pregunta extraña, El Cocinero”, respondió Pablo con ironía. “Todo lo que hice fue mostrarle cómo hacer cuchillos. Fuiste tú quien le enseñó a matar.

Las tablas del suelo crujieron bajo las pesadas botas de Valmiro. Vio la cabeza de Suenaga en el suelo y se acercó para recogerla y examinar el corte. Manchas negras estaban atrapadas en la sangre seca a lo largo de la carne irregular de su cuello: fragmentos de obsidiana.

"¿Dónde está Koshimo?" repitió Valmiro.

Pablo no respondió. Valmiro puso el dedo en el gatillo de la barracuda y Pablo cerró los ojos.

Valmiro bombeó la empuñadura de la escopeta, expulsando el cartucho vacío. Lo recogió del suelo y se lo metió en el bolsillo de la camisa.

Salió del taller y estaba alcanzando la puerta de su auto cuando recibió una llamada de un hombre chino, Cao Xu, aunque tenía otros tres alias. Era uno de los subordinados de Nextli y trabajaba para Hao. Su trabajo consistía en dar vueltas en el puente a lo largo de la ruta de transporte *de choclo* y esperar. Si había un accidente automovilístico, tráfico de obras o cualquier otra anomalía, se suponía que debía comunicarse con El Cocinero y sus *sicarios*. Según todas las apariencias, Cao Xu simplemente estaba dando un paseo nocturno por el puente, vestido con un chándal y un Apple Watch, con su teléfono inteligente, una identificación falsa y sin armas de ningún tipo.

“Estaba caminando por el puente y vi una minivan detenida que venía del lado de Kawasaki”, dijo en inglés. “Golpeó la valla entre la carretera y el carril peatonal. Un Toyota Alphard blanco, sin daños significativos. El número de placa es...”

Cao Xu comenzó el número con el sonido *wa*. Valmiro sabía que en este país, si la matrícula iba precedida de *wa*, entonces era un coche de alquiler.

Uno de los alquileres que usa la gente del refugio, pensó. Es posible que lo hayan abandonado, pero vale la pena ir a verlo.

Encendió el Jeep Wrangler y examinó el cielo nocturno a través del parabrisas. La luna había salido y rápidamente encontró el Triángulo de Verano entre las estrellas. Siempre había sido bueno para encontrar ese.

Valmiro se dirigió al puente.

El puente Rokugo, un tramo de un cuarto de milla, donde el Dai-ichi Keihin cruzó el río Tama, conectando Ota y Kawasaki.

Durante su corto viaje, Yasuzu encontró todo tipo de recuerdos inundando su mente.

La guardería que abandonó, los gritos e insultos de los padres y tutores en la reunión de orientación, el vaso de papel lleno de jugo de naranja que la golpeó, los pueblos de todo el país que visitó con su chaqueta de cuero, las sonrisas falsas, los violentos abusos. los padres vestían y, por último, los niños sin papeles, que apenas recibían una comida decente en un día y vestían la misma ropa durante semanas seguidas.

Pasó por un estacionamiento de pago con un letrero LED verde que indicaba que había vacantes. Las farolas se acercaron y desaparecieron. No había gente caminando por la carretera que discurría paralela a la línea elevada de Nambu.

Llegaremos pronto a la estación, pensó Yasuzu. Cualquiera que sea la verdad, el chico estará a salvo una vez que esté allí. La policía me hará todo tipo de preguntas. Tengo que decirles todo lo que sé.

Una extraña calma se apoderó de ella. Una persona muy diferente a la que trató de proteger a la niña en el pasillo del refugio de Koshimo comenzó a emerger.

Si yo fuera cómplice de crímenes terribles, entonces los detectives podrían decidir registrar mi apartamento. Por supuesto que lo harán. Y en mi cuarto hay...

Cocaína.

La palabra golpeó a Yasuzu como un relámpago, y tiró del volante. Los neumáticos chirriaron y el Alphard tembló.

Si la arrestaran, ya no tendría suministro. La ansiedad burbujeó dentro de ella, hasta que ese fue el único pensamiento en su mente. No podía imaginar una versión de sí misma sin esa nieve blanca.

Koshimo estaba alarmado de que ella no pasara por la intersección. El Alphard aceleró repentinamente su motor y corrió hacia el norte en Dai-ichi Keihin. La furgoneta pasó por debajo del puente de la Línea Nambu y aceleró.

Intersección de Motoki, Departamento de Bomberos de Kawasaki, Oficina del Distrito de Kawasaki: mantuvo el pie en el pedal, pero ni siquiera sabía a dónde iba en este momento.

"¿Adónde vas?" preguntó Koshimo.

Pasó un semáforo en rojo, ganándose una bocina tan larga como un silbato de vapor, pero mantuvo la vista al frente.

"¡¿Adónde vas?!" gritó Koshimo. Fue lo suficientemente fuerte como para despertar a Junta, que gemía y se agitaba en el asiento trasero.

No puedo alejarme de Padre. Koshimo estaba seguro. Nos atraparé y me sacará el corazón.

El Alphard aceleró hacia el puente Rokugo sobre el Tama yendo a cincuenta millas por hora, que estaba por encima del límite de velocidad. Estaban a mitad de camino cuando Yasuzu de repente pisó los frenos. Los neumáticos patinaron y chirriaron cuando el Alphard se coló y derribó un puesto de guardia con rayas rojas y blancas. Cruzó por debajo del letrero fronterizo que enumera Ota Ward en Tokio y Kawasaki en Kanagawa. El coche se estrelló contra la valla que separa la calzada del carril peatonal y se detuvo. Se rompió un faro y se rompió el parachoques delantero.

Yasuzu presionó su frente contra el volante entre sus manos y comenzó a llorar.

Junta miraba por la ventana, agarrada al asiento trasero.

Todo lo que Koshimo podía hacer era ver a Yasuzu sollozar y murmurar. ¿Que podía hacer? No solo fueron en dirección opuesta a la estación de policía de Kawasaki; este lugar era peligroso. Esta fue la ruta que recorrieron los corazones del refugio hasta el puerto.

Koshimo no sabía conducir. Un taxi bajaba por el otro lado. Pensó en detener el taxi para que los dos pudieran escapar, pero *Padre* podría encontrarlos en el camino. Le dispararía a la barracuda a través de la puerta del taxi y el parabrisas, dejando atrás a un conductor muerto.

Un presentimiento repentino golpeó al alarmado Koshimo, una premonición de que *Padre* se acercaba.

Él se está poniendo al día. Estamos condenados.

No ir a la estación de Kawasaki había significado el final de su escape.

Koshimo estaba desesperado ahora. Su mente se había estado fragmentando por la falta de oxígeno en el quirófano subterráneo, y ahora se estaba desgarrando de nuevo. Abrió la puerta del coche y aspiró aire fresco. Pedazos del faro estaban esparcidos por el suelo. El Tama estaba oscuro. El río donde anduvo en la canoa con Pablo. Noche y viento.

Xochiyaoyotl. Guerra de flores.

Había algo dentro de esa palabra. Simplemente apareció en su cabeza. Koshimo cerró los ojos, sumergiéndose en el lecho del río de sus recuerdos.

La noche que usó su *macuahuitl por primera vez* contra Tham Hoa, no mató a su objetivo muy rápido, por lo que pensó que no había logrado hacer un arma de guerrero adecuada. Sin embargo, *Padre* no había estado de acuerdo.

"No, esto es bueno".

"En el xochiyaoyotl, si matas a tu oponente, no tienes un sacrificio para tu dios. ¿Cómo latirá el corazón de un muerto? Esto es muy importante, El Chavo. El corazón de tu sacrificio debe latir. Nuestro dios es el que se come ese corazón, no nosotros.

De repente, Koshimo se dio cuenta de que tenía la respuesta. Sabía cómo salvarlos.

Eso es todo.

Movió la cabeza arriba y abajo. Luego le contó a Yasuzu su idea.

Dejar a Junta sola en el auto era aún más impensable para Yasuzu que dejar la coca. Los que se quedaron en el auto y se fueron estaban al revés. ¿Dejar a Junta en el Alphard para que los dos adultos pudieran observar desde una distancia segura? Absolutamente no. Si había un hombre terrible persiguiéndolos, abandonar a Junta equivalía a matarlo ella misma.

Koshimo abrió la caddy bag y sacó el cocobolo *macuahuitl*. Estaba manchado con la sangre de Laba-Laba. Debería haber usado la barracuda, pero las balas no eran la herramienta adecuada para el *xochiyaoyotl que se avvicinaba*.

La vista de esa espantosa arma le indicó a Yasuzu que Koshimo tenía la intención de luchar, no de abandonar a Junta. El monstruo que llamó *Padre* y Pablo llamó El Cocinero. *Pero, ¿quién es el verdadero monstruo?* Yasuzu se preguntó, mirando el arma en la mano de Koshimo. Parecía un remo con navajas negras en los bordes y rastros de sangre.

Ella se negó a escuchar ninguna de las explicaciones de Koshimo, por lo que se dio por vencido y arrastró a Yasuzu fuera del asiento del conductor. Luchó pero no gritó pidiendo ayuda. Ella había elegido no ir a la policía.

Xochiyaoyotl. Toxcatl. Koshimo podía oír la voz de Valmiro. Miró a los ojos al chico que estaba solo en el asiento trasero, asintió y pronunció un silencioso mensaje de tranquilidad.

Padre, no puedo matarte. Él no disparará. Solo va a revisar el interior del auto para ver”.

Valmiro llegó al Puente Rokugo en el Jeep Wrangler e iluminó el Toyota Alphard con sus faros. Se detuvo a la izquierda y se detuvo con el espacio de un coche entre ellos, bajó la ventanilla lateral y escuchó.

Después de un minuto, abrió la puerta en silencio y salió. Mantuvo la barracuda vertical, al ras de su cuerpo. La forma del arma era invisible en la oscuridad de la noche. Solo apuntó hacia adelante cuando rodeó el costado del Alphard. Fue a quemarropa, lo suficientemente fácil como para disparar a través de la puerta. Si un traidor dentro del auto le disparara ahora, no reaccionaría a tiempo. Los *sicarios* que Valmiro había entrenado nunca habrían permitido que un enemigo se acercara tanto.

Miró cuidadosamente dentro del coche. El asiento del conductor estaba vacío. Koshimo no estaba dentro. Había un niño en bata quirúrgica en el asiento trasero. Un respirador recargable estaba cerca.

Valmiro no podía ver la cara del niño, pero claramente era el paciente *choclo*. En lugar de abrir la puerta, miró al otro lado del puente. Luego se acercó a la barandilla y buscó la orilla del río. Estaba mirando a la oscuridad. Podía escuchar al Tama corriendo debajo. Alguien estaba parado en la orilla de Kawasaki. Basado en la silueta, parecía una mujer.

Fue entonces cuando sintió algo detrás de él.

Valmiro se dio la vuelta.

Koshimo había estado colgando de la barandilla al otro lado del puente y se había vuelto a levantar. Llevaba un *macuahuitl* en la mano izquierda y lentamente se acercó a Valmiro. Había un divisor central entre ellos. Koshimo se quitó la camiseta y expuso la pirámide escalonada tatuada en su pecho a la luz de la luna.

El Polvo alguna vez estuvo en la cima del narcomundo, y era lo suficientemente inteligente como para distinguir a alguien que estaba preparado para morir en una pelea de alguien que intentaba actuar con dureza. Un poder de observación tan finamente perfeccionado no era necesario aquí. No hubo engaños en las acciones de Koshimo, lo que hizo que su traición fuera aún más obvia.

“El Chavo”, gritó Valmiro, mientras Koshimo se acercaba a la división. “¿No tienes un arma? ¿Ninguna barracuda?”

“No”, respondió Koshimo.

—Te daré una pistola —ofreció Valmiro. Se quitó la Walther Q4 del cinturón y se la arrojó al joven. “No me obligues a matarte a sangre fría. Recójalo y haga el trabajo usted mismo.

Koshimo miró la pistola a sus pies, pero finalmente la ignoró. “Es un *xochiyaoyotl, padre*”, dijo. “Si me disparas, mi *yollotl* dejará de latir. El *yollotl del sacrificio* debe latir. Es el dios quien se come la *yollotl*, no nosotros. Me dijiste eso.”

Valmiro no dijo nada. Simplemente señaló la barracuda. En ese instante, Koshimo corrió hacia la división y subió, lanzándose por los aires.

Hizo retroceder el *macuahuitl*, elevándose tanto que estuvo por encima de Valmiro sin tocar el suelo.

Fue un salto notable.

Valmiro miró hacia arriba y se quedó atónito, como si le hubiera caído un rayo. No vio a un ser humano. Era Tezcatlipoca, entre la luna y las estrellas, su larga cabellera al viento. ¿Por qué había perdido a sus hermanos y a su familia, lo habían echado de México y había venido hasta esta isla en el Lejano Oriente? La epifanía fue instantánea. No fue por venganza, sino para encontrarse con el dios azteca. Fue para ofrecerle su carne. Estaba fascinado por la belleza salvaje más allá de toda medida. El terror envolvió a Valmiro, y en su desesperación saboreó la alegría. Apretó el gatillo y la barracuda escupió fuego. Sabía que no podía ganar. Todo lo que Valmiro quería hacer era demostrar que era un guerrero en presencia de su dios.

Podía escuchar el croar irregular de su amada *abuelita*.

“Titlacauán. Somos Sus esclavos.”

Mientras el *macuahuitl* descendía, Koshimo permitió que el destino decidiera si este único golpe mataría al *Padre*. Ese fue el *xochiyaoyotl*. Lo mantendrían con vida hasta su sacrificio, o moriría.

Las hojas de obsidiana partieron el cabello y el cuero cabelludo de Valmiro, y la madera de cocobolo se clavó en su cráneo. Valmiro miró los ojos brillantes del jaguar y sintió que su aliento se deslizaba entre los colmillos relucientes como humo caliente.

Chocaron, cayeron sobre la barandilla del puente y se sumergieron en el río Tama. Hubo un gran chapoteo, luego silencio. Yasuzu había estado observando el puente desde la orilla del río; se apresuró a regresar y corrió hacia el auto. Empezó a meterse en el Alphard atascado en la cerca, luego miró el Jeep Wrangler detrás de él. La llave aún estaba en el encendido.

Recogió el cuerpecito de Junta, que estaba vomitando como efecto secundario de la desaparición de la anestesia, subió al Jeep y encendió el motor.

Sin embargo, ella no se dirigió a Kawasaki. En cambio, Yasuzu condujo directamente a Tokio.

Cuando el auto llegó al final del puente, Yasuzu sintió como si hubiera logrado algo de su propia invención por primera vez en su vida. Ella haría cualquier cosa para proteger a Junta. Ese era su único deseo. Y ver eso hecho...

Yasuzu agarró el volante y se secó las lágrimas, solo para que llegaran más. ¿Cuántas personas habían muerto?

Miró hacia adelante, presionó el acelerador y se dio un nuevo estímulo.

Puedo dejar la cocaína.

El río oscuro que dividía dos ciudades pasaba por debajo de ellos, así de fácil. Como el calendario perdido, nadie vio a las dos personas que cayeron del puente.

Un calendario perdido.

Según el calendario juliano, el reino azteca cayó el 13 de agosto de 1521.

La fecha de hoy en el calendario gregoriano, 26 de agosto de 2021, si se hubiera convertido a juliano, habría sido el 13 de agosto de 2021, una coincidencia que incluso Valmiro ignoraba.

La noche en que cayeron al río fue exactamente cinco siglos después de la caída de los aztecas.

Días más allá del calendario

nemontemi

El penal construido en el estado mexicano de Sonora —ubicado en el desierto más brutal del planeta— albergaba a 1.277 delincuentes que cumplían condena. La mayoría de ellos eran narcos, con algunos asesinos por placer o beneficio personal.

El edificio estaba rodeado de vehículos blindados las veinticuatro horas del día, e incluso si un prisionero escapara milagrosamente, nada más que el imponente desierto de Sonora lo esperaba. Era imposible sobrevivir sin equipo.

Domingo Echevarría acababa de terminar un almuerzo anodino en la cafetería del penal. Sentado junto a Domingo estaba un hombre al que llamaban El Profesor. Cumplía cadena perpetua por matar a treinta y ocho niños de secundaria. Estaba vivo solo porque México había prohibido la pena de muerte.

El Profesor estaba bastante familiarizado con el delgado inmigrante argentino sentado a su lado. No había un preso en el lugar que no conociera a ese hombre.

Un asesino cuyo recuento de cadáveres estaba mucho más allá del suyo. El hombre que desafió la ferocidad sin igual de Los Casasolas, robó su *plaza* y los llevó a la extinción.

Domingo Echevarría era el capo de la prisión de Sonora.

Al comenzar siempre su comida después de Domingo, El Profesor demostró su silencioso respeto por el rey y su sumisión.

Habían pasado dos años desde que un operativo de las fuerzas especiales de la SEMAR arrestó con éxito a Domingo Echevarría, líder del Cartel Dogo.

Los principales miembros del cártel fueron repartidos en prisiones de varios estados. Sin su liderazgo, las fuerzas restantes del cartel se dividieron en tres facciones que procedieron a hacer la guerra entre sí. Cada pandilla promovió su legitimidad al afirmar que Domingo volvería a liderarla.

La luz del sol inundaba la cafetería a través de una claraboya especial que bloqueaba el calor abrasador del desierto. Los prisioneros desayunaron en silencio. Sus tenedores y cucharas estaban cubiertos con goma de silicona amarilla redondeada para que parecieran juguetes de niños, evitando que se usaran como armas letales.

Un hombre caminó junto a Domingo cuando salió de la habitación y chasqueó los dientes tres veces. Esa fue una señal de que tenía información para dar.

Se realizaron caminatas después del desayuno en pequeños grupos. El grupo de Domingo siguió las pautas de la cinta establecidas en el piso del gimnasio de manera infalible. No se te permitía salir de las líneas, porque los guardias de la prisión armados con rifles de asalto miraban desde todas las direcciones. Lo llamaban un paseo porque estabas caminando, pero eso era todo lo que decía la descripción. Lo único que se veía era el techo, las paredes, el suelo y los cañones de las armas.

Un hombre llamado La Mandíbula se acercó casualmente a Domingo. Obtuvo su nombre del momento en que fue alcanzado por un disparo de escopeta y perdió un tercio de su mandíbula inferior.

"Domingo", dijo La Mandíbula mientras caminaban por el gimnasio, "El Polvo ha sido asesinado".

Por una vez, la expresión de Domingo cambió. Se sorprendió al escuchar un nombre que no había tenido en años. *¿Todavía estaba vivo?*

"¿Dónde murió?" preguntó.

"En Japón. Los japoneses pidieron ayuda a los estadounidenses y la DEA lo confirmó. Es él."

"¿Quién lo atrapó?"

"No sé. Pero según los chinos, era su propio hijo".

Domingo no dijo nada. Miró la cinta en el suelo. Un guardia le advirtió que no dejara de caminar. Volvió a caminar a lo largo de la línea blanca y estaba llegando a una curva aburrida y familiar cuando preguntó: "¿Qué le pasó al hijo?"

"Ninguna información", respondió La Mandíbula.

Ese fue el final de su conversación. Después de una vuelta más en el gimnasio a lo largo de las líneas de cinta blanca, los guardias les informaron que la caminata matutina había terminado.

Una madre caminaba junto a su hija de ocho años, cargando un bulto de productos que había comprado en la tienda de mejoras para el hogar. El estacionamiento del centro comercial era enorme y había que caminar mucho hasta el auto. A las tres de la tarde de un domingo en Naha, Okinawa, la temperatura estaba en su punto máximo, provocando una neblina de calor sobre el asfalto y haciendo que los contornos de los automóviles pareciera derretirse en una mancha amorfa.

“Debería haber estacionado más cerca de la entrada”, se quejó la madre.

“Sí”, la chica estuvo de acuerdo. “Siempre estacionas demasiado lejos, mamá”.

Ambos usaban sombreros de ala ancha y la madre lucía anteojos de sol. Abrió la cajuela trasera del automóvil, que estaba lo suficientemente caliente como para causar quemaduras, y colocó los objetos que compró en una bolsa de mano. Empezó a empujar la puerta hacia abajo, pero se detuvo y dejó que se levantara de nuevo para poder inspeccionar sus compras. La madre se había olvidado de comprar tierra para las plantas decorativas. Ella suspiró y miró hacia el cielo. Hacía demasiado calor para que los pájaros se molestaran en volar. Lo único que protegía a la Tierra eran unas pocas nubes míseras.

“Espera aquí unos minutos”, le dijo a su hija. “Necesito volver y comprar tierra para la siempre fresca”.

Abrió la puerta para su hija, encendió el motor y encendió el aire acondicionado. Ya habían tenido que arreglar el aire acondicionado dos veces. Para evitar que la niña se enfermara por el calor, la madre bajó un poco la ventanilla del lado del pasajero.

Las puertas están cerradas, ¿de acuerdo? No los abras si pasa alguien —advirtió, quitándose brevemente el sombrero para secarse el sudor de la frente. Luego se apresuró a regresar a la tienda.

¿Por qué no condujo el auto más cerca de la entrada? se preguntó el niño. *Y ya no estoy en el jardín de infantes. Puedo abrir la ventana por mi cuenta. Si tengo miedo de enfermarme por el calor, puedo abrir la puerta y salir.* Pero sabía que si respondía, su madre se enfadaría y perderían más tiempo. Ella siempre fue así de descuidada. El niño de ocho años alcanzó la botella de plástico en el portavasos y tragó el agua tibia que había dentro. A través del parabrisas, pudo ver la forma de su madre vacilando en el calor hasta que desapareció en la tienda.

Un camión entró en el estacionamiento y ocupó un lugar a unos veinte metros detrás del automóvil. Ella lo miró a través del espejo lateral. Había dos hombres en la camioneta, uno salió del lado del pasajero.

La niña estaba asombrada por su tamaño. El hombre colosal vestía una camiseta negra y sus brazos estaban cubiertos de tatuajes. Hicieron que sus extremidades se vieran moradas desde los codos hasta las muñecas. Su cabello le llegaba más allá de los hombros y estaba atado en una serie de trenzas. Cojeaba un poco del lado izquierdo mientras caminaba, y su piel era un poco demasiado oscura para ser japonés.

Podría ser un marine, pensó la chica. Su maestra había sido muy clara durante la clase, instruyendo a los estudiantes que no se acercaran a los soldados estadounidenses cuando estuvieran solos. Sin embargo, no estaba segura de que este hombre fuera un infante de marina. No tenían hombres con el pelo tan largo.

La chica contuvo la respiración mientras él crecía más y más en el espejo lateral. *Tengo que revisar la cerradura. Ventana. Debe cerrar la ventana.* Estaba a punto de presionar el botón para subir la ventana del lado del pasajero cuando se dio cuenta con gran alarma de que el hombre gigante la miraba directamente a través de la rendija. Empezó a gritar, pero ningún sonido salió de su boca abierta.

“¿Eres la hija de Pablo?” preguntó Koshimo.

Ella no dijo nada. Por un momento, vio un atisbo del rostro de su padre en el de este hombre, a pesar de la total falta de similitud. Habían pasado tres años desde que murió.

La niña apretó las manos, cerró la boca y miró al hombre. Nunca antes había visto a alguien con unos ojos tan claros y transparentes. El negro de sus pupilas era mucho más profundo que el de su padre, más prístino. Sin embargo, llevaba una luz indescriptiblemente extraña. Eran algo así como los ojos de un animal, pero no exactamente.

Cuando la niña aterrorizada no dijo nada, Koshimo sacó un sobre lleno de dinero en efectivo y trató de meterlo a través del hueco en el marco de la puerta y la parte superior del cristal de la ventana, como empujando un paquete a través de una ranura de correo. El pesado sobre aterrizó en el regazo de la niña dentro del auto. Lo hizo dos veces más.

Después de los sobres, Koshimo bajó lentamente un colgante de madera tallada sobre la cabeza de la niña. Tenía la forma de una combinación de espirales y líneas, con una pieza de obsidiana incrustada en el centro y rodeada de trozos de jade y esmeralda. El objeto colgaba de una cuerda amarilla, girando para atrapar la luz y reflejar sus colores, negro y verde. Koshimo soltó el cordón y el colgante cayó en las manos de la chica.

"¿Tú..." la chica finalmente logró decir. "¿Conoces a mi papá?"

El asintió.

"¿Puedo hablarle a mamá sobre ti?"

Koshimo volvió a mirarla a los ojos. Después de pensarlo un momento, se inclinó más cerca de la ventana. "La noche y el viento no se pueden ver", dijo. "Probablemente estábamos soñando".

Ella consideró esto. Había algo en el hombre gigante que le hizo pensar que en realidad no lo estaba mirando. Se sentía como si estuviera flotando en un sueño. La chica parpadeó y luego miró el colgante de madera. Había escrito en la parte de atrás. **Koshimo y Pablo**. Al ver el nombre de su padre, dejó de respirar y cerró los ojos. El trueno rodó en la distancia.

Una ráfaga de viento sopló a través del estacionamiento y la niña abrió los ojos. El viento aulló. Podía ver a su madre regresar. El viento repentino la golpeó de frente y le quitó el sombrero. Se volvió para perseguir a la cosa que bailaba. La chica miró por el espejo retrovisor, pero el hombre enorme que cojeaba había desaparecido, al igual que la camioneta.

Busca un águila encima de un cactus,
comiendo una serpiente,
y ahí es donde florecerás.

"¿Qué siglo es este en el calendario del hombre blanco?" Libertad preguntó a los cuatro.

"El vigésimo," respondieron tres de ellos. Un momento después, Duilio copió la respuesta de sus hermanos mayores.

“Así es”, dijo Libertad. “El tiempo del hombre blanco y el tiempo de los aztecas son muy diferentes, pero hace apenas unos ochocientos años, en el siglo XII, los aztecas vivían en una pequeña isla en medio de un lago. Allí había garzas, *aztatl*, por eso lo llamaban Aztlán. Y los que vivían en la isla eran los aztecas, la gente de la tierra de las garzas.

“Entonces un día, un *tlamacazqui* escuchó la voz de Huitzilopochtli dándole una orden, y de allí, los aztecas salieron de su hogar en busca de un nuevo hogar. Huitzilopochtli es otra forma de Tezcatlipoca, y es su hermano.

“Los aztecas vagaron por el desierto. Eran pobres y tenían pocas pertenencias, así que dondequiera que iban, la gente decía: 'Aquí vienen extraños que nadie conoce'. Si trataban de detenerse y levantar una aldea, estallaban peleas con los vecinos y eran obligados a regresar al desierto para vagar.

“Los guerreros aztecas eran testarudos y más poderosos que cualquier otra tribu, pero su equipo era antiguo. Solo tenían palos y escudos en mal estado para usar. Además de eso, tenían hambre. Se enfrentaron a sus enemigos a pesar de todo y fueron derribados y obligados a huir. Sus oponentes tenían espadas y lanzas largas y llevaban escudos hechos de piel de animal estirada sobre marcos de madera firme.

“Viajaron y viajaron, pero no pudieron encontrar un nuevo hogar, y, al fin, exhaustos, fueron donde el rey de Culhuacán, que era descendiente de los toltecas, y le rogaron por tierras.

“Pero ahora es hora de ir a la cama, muchachos. Eso es todo por esta noche. Continuaremos la historia mañana.

“Escucha atentamente ahora.

“El rey de Culhuacán les dio a los aztecas una tierra seca y desolada, como todas las que habían recorrido. Estaba lleno de rocas y serpientes de cascabel. Verás, simplemente quería exiliar a los aztecas y sacarlos de su camino. Esto fue lo más parecido a hacerlo.

“Los aztecas estaban confiados, sin embargo, y estaban encantados de que el rey de Culhuacán los hubiera considerado dignos de darles un hogar. Comieron serpientes y bebieron su sangre, comieron escorpiones y frutos de cactus, y dejaron descansar sus huesos cansados.

“Al ver a los aztecas vivir felices entre serpientes y escorpiones, el rey de Culhuacán comenzó a preocuparse. Se preguntó si un exilio apropiado habría sido mejor.

“Los aztecas inconscientes lucharon con otras naciones por el bien del rey y demostraron ser alarmantemente fuertes. Sus guerreros eran absolutamente intrépidos mientras tuvieran algo para comer y un lugar para descansar. Hicieron uso de armas que robaron a sus enemigos. Como agradecimiento por ser reconocidos, los aztecas entregaron al rey todo el oro y las joyas que ganaron en la batalla.

“Un día, el palacio recibió una gran carga de oídos humanos. Los aztecas se los habían quitado a sus prisioneros. En lugar de ofrecerlos a los dioses, se los dieron al rey de Culhuacán. Disgustado, ordenó a sus hombres que tomaran las espigas y las arrojaran a las montañas.

“Eventualmente, los aztecas escucharon que el rey estaba descontento con su regalo de las orejas de los prisioneros. Nunca más le ofrecieron un montón de orejas.

“Bueno, muchachos, es hora de meterse en la cama. Eso es todo por esta noche. Continuaremos la historia mañana.

“Escuchadme atentamente, muchachos.

“Los aztecas se portaron bien y el rey de Culhuacán se sintió muy aliviado. Estaba tan aliviado que cuando llegó un enviado de los aztecas y dijo cortésmente: "Para la noche anterior al festival, nos gustaría mucho invitar a la princesa a asistir", dio su bendición sin pensarlo dos veces.

“En la noche de la fiesta, una mujer azteca que hacía de novia de Huitzilopochtli bailaba en la piel de la hija del rey. Ascender a los cielos y bailar con un dios era el mayor de los honores para los aztecas.

“Pero el rey estaba enojado, por supuesto. Todo lo que vio fue que su hija había sido sacrificada y desollada. Los aztecas fueron acosados por las fuerzas del rey y fueron expulsados de su tierra por el hombre en quien confiaban. Corrieron por sus vidas mientras sus familiares y amigos eran asesinados y perseguidos hasta la orilla del lago Texcoco. No había otro lugar al que pudieran ir. Entonces, en un sueño, el *tlamacazqui* tuvo una visión y escuchó un oráculo.

“Busca un águila encima de un cactus, comiendo una serpiente, y allí es donde florecerás’.

“El *tlamacazqui* encontró que una isla en medio del lago coincidía perfectamente con su visión. Había un águila posada sobre un cactus excepcionalmente alto, con una serpiente atrapada en su pico afilado.

“Los aztecas se reunieron a la orilla del agua y examinaron el vasto lago de Texcoco.

“Todos imaginaron el mundo del que se habla en el mito. Ese mundo es tierra plana rodeada de agua, con pilares rectos pero invisibles que penetran las trece capas de los cielos hasta Omeyocan, hasta Mictlan en el fondo de las nueve capas de la tierra.

“Esta era la tierra prometida. Habían pasado doscientos años desde que salieron de Aztlán. Su período de vagar por fin había sido recompensado. La historia del imperio azteca comenzó en esa isla del lago Texcoco.

“Por eso, cuando ves la bandera mexicana de color verde, blanco y rojo ondeando sobre el Zócalo, o el estadio de fútbol, o en un combate de boxeo, hay una imagen de un águila comiendo una serpiente en un nopal en su centro. Los hombres blancos robaron el mundo de los aztecas y no les dejaron nada más que el escenario de la profecía.

“Ahora, vayan, muchachos, a la cama. Eso es todo por esta noche. Continuaremos la historia mañana.

“¿Quién fue el primer rey de los aztecas?” Libertad preguntó a los cuatro.

—Acamapichtli —dijo Valmiro.

Así es. ¿Y qué significa eso?

“Significa Puñado de flechas”.

“Eres muy inteligente”, Valmiro. Libertad exhaló el humo de su pipa y se frotó la cabeza. Rápidamente se volvió hacia sus hermanos y les frotó la cabeza también, compartiendo la fuerza que recibió de su *abuelita*. Esa era la regla para un guerrero.

“Antes, cuando Tenochtitlan era solo un pequeño pueblo”, dijo Libertad, “en los días de Acamapichtli, sus antepasados eran guerreros orgullosos. También eran excelentes cazadores. Para la época del quinto rey, nuestra línea era la más grande de los guerreros jaguar. Los blancos llaman al quinto rey Moctezuma I, pero su verdadero nombre era Moteuczomatzin Ilhuicamina. Significa Angry Ruler Strikes the Sky.

“Había bandas de guerreros dentro del ejército azteca. Los más grandes entre ellos fueron los guerreros jaguares que servían a Tezcatlipoca. Tenían más experiencia y mucha más fuerza que los jóvenes guerreros águila que sirvieron a Huitzilopochtli, incluso si pensabas que los brillantes cascos de plumas de águila de esos guerreros águila parecían los más valientes y audaces.

“Los guerreros jaguar se pintaron la cara de amarillo y negro, se vistieron con ropa de combate acolchada con algodón y cubrieron sus poderosas extremidades con pieles de jaguar. Eran invisibles para los enemigos en el bosque, se movían rápidamente y, lo más importante, el cuero hervido desviaba las flechas del enemigo.

“Tu antepasado condujo a los guerreros jaguar a la batalla, los derribó una y otra vez y trajo grandes multitudes de prisioneros de vuelta a la ciudad. Moteuczomatzin Ilhuicamina dijo: 'Tú eres la verdadera personificación del mismo Yohualli Ehecatl'. Muchachos, su antepasado fue tan honrado que cayó de rodillas, bajó la cabeza y expuso la parte posterior de su cuello, justo en la nuca. Significa que estaba tan conmovido que estaba dispuesto a que le cortaran la cabeza en ese momento. Que un ser humano sea comparado con Tezcatlipoca es un honor que no se puede expresar con palabras.

“Moteuczomatzin Ilhuicamina le dijo a tu antepasado: 'De ahora en adelante te llamarás Tezcacóatl.' Significa Serpiente Espejo. ¿Por qué era una serpiente en lugar de un jaguar? Esa es una buena pregunta, Bernardo. Los aztecas tenían un dios llamado Quetzalcóatl, la serpiente emplumada, y luchó contra Tezcatlipoca en otra tierra. Así que llevar en tu nombre el espejo y la serpiente, *tezcatl* y *coatl*, es contener a la vez dos cosas opuestas: la noche y el día, la sombra y la luz, el agua y el fuego, la luna y el sol. Es un signo de verdadera grandeza.

“Eso es todo por esta noche, muchachos. Continuaremos con esto de nuevo mañana”.

"¿Ya acabaste tu tarea? Entonces hablemos más.

“Se decidió que se debía construir un nuevo *teocalli a Tezcatlipoca al sur de Tenochtitlan*, y los constructores comenzaron a construir los cimientos de la *pirámide escalonada*. Tezcacóatl tomó prisioneros a cientos de soldados extranjeros y los trajo para ser sacrificados, enterrados en los cimientos. Con el *tlamacazque*, ayudó a quitar los corazones de sacrificio, aprendió sus hechizos y comprendió el trabajo del *tlamacazqui*. Se le permitió hacer esto debido a su nombre especial.

“El hijo de Tezcacóatl también tomó el nombre de Tezcacóatl, al igual que su hijo después de eso. Heredaron el manto del más grande de los guerreros jaguar, de hijo a hijo, participando todos ellos en la construcción del *teocalli* de Tezcatlipoca. La construcción tomó años. Durante meses y años, apilaron las piedras, agregaron decoraciones y finalmente terminaron una espectacular obra de arte.

“El octavo rey de los aztecas, Ahuitzotl, fue uno de los gobernantes más poderosos y agresivos. Fue nombrado después de una bestia de agua.

“El dominio del reino se expandió mucho durante el reinado de Ahuitzotl; ningún otro podía enfrentarse a los aztecas. Pero en este mismo momento, Tenochtitlán sufrió una terrible inundación. Muchos miles de personas murieron, la hermosa ciudad fue destruida y el nuevo *teocalli* a Tezcatlipoca se inundó. El *tamacazque* se ahogó junto con él. Incluso el poderoso rey Ahuitzotl fue golpeado en la cabeza con una roca y murió mientras escapaba de las inundaciones.

“Tezcacóatl consideró esto. ¿Cómo podría ser que un rey tan poderoso pereciera y la ciudad santa se arruinara tan fácilmente?”

“En la mitología, se dice que Tezcatlipoca una vez destruyó el mundo al causar una gran inundación. Esto se conoció como Nahui-Atl, la Cuarta Edad del Agua, y duró 312 años.

“Eventualmente, tu antepasado se dio cuenta de que Tezcatlipoca estaba enojado porque les faltaban sacrificios. Para evitar otro desastre como Nahui-Atl, tendría que ponerse del lado de los sacerdotes ahogados y realizar los rituales. Reunió a artesanos de todo el país y los hizo apresurarse a construir un nuevo *teocalli*. Era un edificio pequeño, pero los guerreros jaguares traían el doble de prisioneros que antes, y los sacrificaban cada hora del día.

“Pero eso es todo por esta noche, muchachos. Continuaremos con esto de nuevo mañana”.

“Ah, hay una hermosa luna esta noche. Deberías mirar por la ventana más tarde. Pero por ahora, sigamos donde lo dejamos ayer.

“El noveno rey, Ahuitzotl, tenía un sobrino llamado Moctezuma Xocoyotzin. Los conquistadores simplemente lo llamaron Moctezuma, y los historiadores lo llaman Moctezuma II. Su nombre significa señor joven y enojado.

“Moctezuma Xocoyotzin dio muerte a todos los hechiceros *nahualli* que no supieron prever el diluvio. Ellos fueron los responsables de permitir que el viejo rey muriera. Cuando llegó la temporada de lluvias al año siguiente, las lluvias duraron y las aguas subieron. Cuando parecía que la ciudad se hundiría una vez más, los incesantes rituales y oraciones de Tezcacóatl finalmente dieron sus frutos, y Tezcatlipoca sofocó las aguas embravecidas.

“Por eso, Moctezuma Xocoyotzin nombró a Tezcacóatl *tamacazqui oficial*, permitiéndole ser tanto guerrero como sacerdote encargado de los rituales sagrados.

“Cuando fue a la batalla, a tu antepasado se le permitió usar ropajes reales, como corresponde a alguien que era a la vez guerrero y sacerdote. Fue un gran honor que incluso a los mejores luchadores no se les permitiera imitar.

“En su rostro portaba una máscara con un mosaico de turquesas y los dientes de nueve jaguares, en su cuello un collar de jade, en sus orejas dos aretes hechos con colmillos de murciélago, y en sus manos un hacha de obsidiana y un espléndido escudo. El escudo estaba cubierto de brillantes plumas de quetzal verde y piel de cocodrilo, siendo el verde el color de los mejores guerreros. Brillaba como una estrella, y en su centro había un espejo que reflejaba el miedo de sus enemigos hacia ellos.

“No se veía diferente de la realeza, y estaba cerca de un rey. Lo único que le faltaba era el tocado de plumas de un gobernante azteca. Cuando tu antepasado caminó entre los campamentos, otras partidas de guerreros temblaron de miedo y cayeron al suelo ante él.

“Ahora, ve y mira la luna antes de irte a la cama. Lo que ves allá arriba es la misma luna que se cernía sobre Tenochtitlán en los días de tus antepasados.

Materiales de referencia

TEXTO

Arai, Takehiro. *Arai Takahiro no Peru Ryôri*. [La cocina peruana de Takahiro Arai] Shibata Shoten, 2014.

Asiaín, Aurelio. *Shin Sekai Gendai Shibunko 5 Gendai Mekishiko Shishû*. [Nueva Poesía del Mundo Contemporáneo 5: Poesía del México Moderno] Editado y traducido por Hosono, Yutaka. Doyo Bijutsu Shuppan Hanbai, 2004.

Baquedano, Elizabeth. *azteca, inca y maya*. Supervisado por Kawanari, Hiroshi. Asunaro Shobo, 2007.

Cumbre de Baloncesto (Ed.). *Cumbre de baloncesto: B-League Kawasaki Thunders*. Kanzen, 2018.

Batailles, Georges. *Culpable*. Traducido por Ezawa, Kenichiro. Kawade Shobo, 2017.

Gran problema Japón, el. *El Gran Problema Japón*, no. 311, mayo de 2017.

Bolaño, Roberto. *Los Detectives Salvajes*. [Los detectives salvajes] Traducido por Yanagihara, Takaatsu y Matsumoto, Kenji. Hakusuisha, 2010.

Instituto Cardiovascular, el. *Hajimete no Shinzôgekakango: ¡Kara bijuaru de mitewakaru!* [Mi primera atención de cirugía cardíaca: ¡Comprenda con imágenes en color!] Medica, 2014.

Carney, Scott. *El mercado rojo: tras la pista de los traficantes de órganos, ladrones de huesos, granjeros de sangre y traficantes de niños del mundo*. Traducido por Ninomiya, Chizuko. Kodansha, 2012.

Chinen, Mikito. *Hitotsumugi no Te*. [Manos del salvador del alma] Shinchosha, 2018.

Collis, Mauricio. *Cortés y Moctezuma*. Traducido por Kanamori, Shigenari. Kodansha Gakujutsu Bunko, 2003.

Cretino, Thierry. *Mafia del mundo: organizaciones criminales transnacionales, noticias y perspectivas*. Traducido por Kamise, Tomoko. Ryokufu Shuppan, 2006.

Díaz, Gisele and Alan Rodgers. *El Codex Borgia: una restauración a todo color del antiguo manuscrito mexicano*. Publicaciones de Dover, 1993.

Díaz del Castillo, Bernal. *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. [La verdadera historia de la conquista de la Nueva España] Traducido por Kobayashi, Kazuhiro. Iwanami Shoten, 1986.

Pescador, Marcos. *Realismo capitalista*. Traducido por Breu, Sebastian y Ruri Kawanami, Ruri. Horinouchi, 2018.

Girard, René. *Des choses cachées depuis la fondation du monde*. [Cosas Ocultas desde la Fundación del Mundo] Traducido por Koike, Takeo. Prensa de la Universidad de Hosei, 2015.

González, Maruyama. *González en Nueva York*. Prensa del Este, 2018.

Grillo, Juan. *El Narco: Dentro de la Insurgencia Criminal de México*. Traducido por Yamamoto, Akiyo. Gendai Kikakushitsu, 2014.

Gruzinski, Serge. *Los aztecas: ascenso y caída de un imperio*. Traducido por Saito, Akira. Sogensha, 1992.

Hogan, Andrew y Douglas Siglo. *Cazando a El Chapo: la historia interna de los agentes de la ley estadounidenses que capturaron al narcotraficante más buscado del mundo*. Traducido por Tanahashi, Shiko. Harper Collins Japón, 2018.

Ido, Masae. *Mukoseki no Nihonjin*. [Japonés indocumentado] Shueisha, 2016.

Isobe, Ryo. *Un informe de Kawasaki*. Cizo, 2017.

Sociedad Bíblica de Japón. *Nueva Biblia de Traducción Interconfesional*. 1987.

Mostrador de informes de Kanagawa Shimbun "La naturaleza de los tiempos". *Heitodemo wo Tometa Machi: Kawasaki Sakuramoto no Hitobito*. [La ciudad que detuvo las manifestaciones de odio: la gente de Sakuramoto, Kawasaki] Gendai Shicho Shinsha, 2016.

Kim, Tae-seong, et al. *Indonesia no koto ga Manga de 3-jikan de Wakaru Excmo*. [Aprenda sobre Indonesia en 3 horas a través del manga] Asuka, 2013.

Kizawa, Satoshi. *Dark Web Underground: los habitantes oscuros de la red que descarrilan el orden social*. Prensa del Este, 2019.

Kizawa, Satoshi. *Nick Land y los neorreaccionarios: el pensamiento oscuro en el mundo moderno*. Seikaisha Shinsho, 2019.

Kunimoto, Iyo, ed. *Gendai Mekishiko wo Shiru tame no 60-shô*. [60 capítulos para explicar el México moderno] Akashi Shoten, 2011.

Las Casas, Bartolomé de. *Breve relato de la destrucción de las Indias*. Traducido por Someda, Hidefujii. Iwanami Bunko, 2013.

Le Clézio, JMG *El sueño mexicano o el pensamiento interrumpido de las civilizaciones amerindias*. Traducido por Mochizuki, Yoshiro. Shinchosha, 1991.

Matsuda, Hikaru, ed. *Shinzo Ishoku*. [Trasplantes de corazón] Maruzen, 2012.

Miller, Mary y Taube, Karl. *Los dioses y símbolos del México antiguo y los mayas: un diccionario ilustrado de la religión mesoamericana*. Tamesis y Hudson, 1993.

Murata, Ramu. *Jukai Ko*. [Reflexiones sobre el mar de árboles] Shobunsha, 2018.

Nicholson, Irene. *Mitología mexicana y centroamericana*. Traducido por Matsuda, Yukio. Seidosha, 1992.

National Geographic Nikkei. *National Geographic, edición de Japón*. noviembre de 2010.

Ohtsuka, Kazuki. *Jûki Shiyo Manyuaru*. [Manual de uso de armas de fuego] Data House, 2014.

Okudake, Bluelet. *Indonesia Yoasobi MAX 2015–2016*. [Vida nocturna de Indonesia MAX 2015-2016] Oakla, 2015.

Onda, Riku. *Megalomanía*. Kadokawa, 2012.

Sagawa, Fumiyoshi. *Yamanobori ABC Borudaringu Nyûmon*. [ABC del alpinismo: un manual básico de búlder] Yama-Kei, 2015.

Sahagún, Bernardino de. *Kamigami to no Tatakai I*. [Batalla contra los dioses I] Traducido por Shinohara, Aito y Fujihide Someda. Iwanami Shoten, 1992.

Saviano, Roberto. *CeroCeroCero*. Traducido por Sekiguchi, Eiko y Tomoko Nakajima. Kawade Shobo, 2015.

Shibasaki, Miyuki. *Kodai Maya Asuteka Fushigi Taizen*. [Los misterios completos de los antiguos mayas y aztecas] Soshisha, 2010.

Suetsugu, Fuminaga y Takanori Ikeda (Supervisión). *Circulación Libros actualizados 01: Shinzôgekai ga Kaita Tadashii Shinzôkaibôzu: Tôshizu -> Shinkate Danmenzu -> Shinekô Mitai Tokoro ga Mieru*. [Un cirujano cardíaco dibuja diagramas cardíacos adecuados: Transparencia - > Catéter cardíaco, sección transversal - > Eco cardíaco, vea lo que quiere ver] Medica Shuppan, 2014.

Suwa, Yasukazu. *Kachi ga Wakaru Hôseki Zukan*. [Libro de referencia de gemas, comprensión del valor] Natsume, 2015.

Tobe, Miyuki. *Diccionario nahua*. Tairyusha, 1994.

Prensa fotográfica mundial. *Revista de cuchillos*. octubre de 2011.

Prensa fotográfica mundial. *Naifu Meiking Tokuhon Saiko no Dôgu, Naifu wo Jibun no Te de Tsukuru*. [Manual de fabricación de cuchillos: fabricación de la herramienta más antigua del mundo con sus propias manos] 2004.

Yanagihara, Takaatsu. *Tekusuto a cagar no Toshi Mekishiko DF*. [Ciudad como texto: México, DF] Prensa de la Universidad de Estudios Extranjeros de Tokio, 2019.

PELÍCULA

Eisenstein, Serguéi, dir. *¡Que viva México!* Mosfilm, 1979.